A.B. YEHOSHUA

El señor Mani



Una inolvidable saga familiar que exalta un Jerusalén fascinante.

NOVELA

DUOMO NEFELIBATA

EL SEÑOR MANI

A. B. YEHOSHUA

Traduccción del hebreo
de Ana María Bejarano

Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Título original: *Mar Mani*

Publicado por primera vez por la editorial Hakibbutz Hameuchad, Tel Aviv, 1990.

© 1990, Abraham B. Yehoshua
© 2015, de la traducción: Ana María Bejarano
© 2015, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2015
Primera edición en formato digital: diciembre de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16261-99-4
CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:Agustí Estruga
Composición ePub:Grafime. Mallorca, 1, Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi padre, Y'akov Yehoshua,
bendito sea su recuerdo,
hombre de Jerusalén
y estudioso del pasado de la ciudad.

LOS PERSONAJES QUE HABLAN

AGAR SHILOH, estudiante (1962-)

YAEL SHILOH, de soltera KRAMER, granjera (1936-)

EGON BRUNER, sargento (1922-)

ANDREA SAUCHON, de soltera KURTMEIER, antigua enfermera (1870-1944)

IVOR STEPHEN HOROWITZ, teniente (1896-1973)

MICHAEL WOODHOUSE, coronel (1877-1941)

EFRAÍM SHAPIRO, médico (1870-1944)

SHALOM SHAPIRO, propietario de una cadena de fábricas de harina (1848-1918)

ABRAHAM MANI, comerciante (1799-1861)

FLORA HADDAYA, de soltera MOLJO, ama de casa (1800-1863)

SHABBETAY HANANIAH HADDAYA, rabino (¿1767?-1848)

PRIMERA CONVERSACIÓN

Mashabei Sadé

Las seis de la tarde del viernes 31 de diciembre de 1982

Los interlocutores:

AGAR SHILOH, nacida en 1962 en Mashabei Sadé, un kibutz fundado en 1949 que se encuentra a treinta kilómetros al sur de Beer Sheva. Sus padres, Roni y Yael Shiloh, llegaron al kibutz en 1956 cuando estaban haciendo el servicio militar. Roni cayó en la guerra de los Seis Días, el último día de la guerra, en los combates de los Altos del Golán. Agar tenía entonces cinco años, por lo que muy bien puede ser cierto, como ella sostiene, que guarde un claro recuerdo de su padre.

Agar fue educada en el instituto regional de Revivím. Cuando dejó los estudios le faltaban dos asignaturas del último curso de bachillerato, las de inglés e historia, pues no se había presentado a los exámenes. Fue reclutada en agosto de 1980 y sirvió como soldado en una unidad de paracaidistas, en el campamento base de la misma en la zona de Beth Lida. A causa de la distancia existente entre la base y el kibutz, Agar solía pasar los permisos de fin de semana en Tel Aviv, donde dormía en casa de su abuela paterna,

Noemí, a la que se sentía muy unida y a la que le hacía contar los recuerdos de la infancia de su padre. La abuela, que disfrutaba con la presencia rebosante de vida de la nieta, trataba constantemente de convencerla para que se matriculara en la universidad de Tel Aviv una vez que se hubiera licenciado en el ejército. Así, cuando Agar terminó el servicio militar, cuyos últimos meses fueron muy movidos a causa de la guerra del Líbano que había estallado en junio de 1982, y a pesar de la oposición de su madre, que creía que Agar tenía que volver a trabajar en el kibutz por lo menos por un período de un año antes de empezar a estudiar, consiguió convencer a la asamblea formada por los miembros del kibutz para que la autorizaran a estudiar, siendo como era, además, que aquellos estudios serían financiados en su totalidad por medio de una subvención que el ministerio de Defensa tenía destinada a los huérfanos de guerra. Agar se matriculó en el departamento de cine de la facultad de Bellas Artes de la universidad de Tel Aviv pero, como no tenía ultimados los estudios secundarios, no fue admitida para cursar el primer año de la carrera, sino que se vio obligada a estudiar antes, en la misma universidad, un año de preparación académica. Ese curso lectivo tiene por objeto que los alumnos aprueben los exámenes de bachillerato que les falten, así como que se les impartan las asignaturas de expresión hebrea, inglés y matemáticas como refuerzo para su capacitación académica.

A principios del mes de diciembre la abuela Noemí cedió ante la insistencia de su hijo, el tío de Agar, Benzion Shiloh, alto funcionario del consulado israelí en Marsella, aviniéndose a ir a visitarlo, ya que él había tenido que anular su visita estival a Israel a causa del incremento de las tareas de información que recayó sobre los empleados del ministerio de Asuntos Exteriores por la guerra «Paz de Galilea». A pesar de que no quería alejarse de su querida nieta por mucho tiempo, no pudo menos que responder afirmativamente a su único hijo, que tenía cuarenta años y cuya soltería seguía preocupándole mucho. Siempre había creído que su presencia cerca de él podría quizá conducir a algún arreglo matrimonial, por lo que

prolongó su visita para participar en las recepciones organizadas por el consulado con motivo del año nuevo civil.

Agar, de baja estatura, dinámica y que había heredado el purpúreo color de cabello de su difunto padre, se solazaba pensando que el grande y hermoso piso de la abuela estaría ahora por completo a su entera disposición. Primero pensó en invitar a vivir con ella a una amiga que había conocido en las clases del curso preparatorio, una muchacha muy decidida llamada Iris, también huérfana de guerra, que había perdido a su padre en la guerra de Yom Kippur y era toda una experta en las distintas bonificaciones y ayudas del ministerio de Defensa para con las familias de los caídos; pero finalmente la invitación no prosperó, y mejor para Agar que así fuera, porque a principios de diciembre empezó a tener relaciones en casa de la abuela con un estudiante, un alumno de máster llamado Efraím Mani, profesor de la asignatura expresión hebrea del curso de preparación universitaria. La relación tuvo un comienzo muy intenso, aun cuando ya el 9 de diciembre salió Efraím como reservista hacia la franja occidental del Líbano, que no acababa de calmarse a pesar del «acuerdo de paz» que había sido firmado entre Jerusalén y Beirut.

YAEL SHILOH, de soltera KRAMER. Nacida en Kiriat Motzkin en 1936. Militante activista socialista en los movimientos juveniles de los campamentos de inmigrantes, trabajó también como instructora. En 1952 salió a realizar un curso de campamentos juveniles en el kibutz Ein Harod por un período de un año, por lo que vio interrumpidos sus estudios secundarios que después ya no finalizaría. En 1954 se unió al grupo Re'im, que inició su servicio militar en el kibutz Rosh Hanikrá. Al grupo, compuesto por gente de los alrededores de Haifa, se unieron también unos cuantos jóvenes mayores, del movimiento de Tel Aviv y Rishon Lezion, entre los que se encontraba su futuro marido, Roni Shiloh, que había finalizado sus estudios en Tel Aviv. El noviazgo se consolidó ya en Rosh Hanikrá. Después de que Roni finalizara su curso de paracaidismo y

de que tomara parte, en el verano del 56, en dos breves operaciones bélicas y, por supuesto, también en la campaña del Sinaí, partieron ambos, junto con el resto de los miembros de la unidad, a servir en el kibutz Mashabei Sadé. La vida en aquel kibutz meridional les gustó y, al licenciarse, decidieron quedarse a residir allí, donde se casaron en 1958. Los dos trabajaban en la granja: Roni en los campos de grano y Yael en las plantaciones de frutales. En 1962, después de un viaje a las ruinas arqueológicas de Grecia organizado por la sociedad de estudiosos de la historia, nació su primera hija, a la que llamaron Agar, en honor al apego que los dos sentían por el desierto. Cuatro años después, en 1966, tuvieron otro hijo, que murió a la semana de nacer a causa de una hepatitis aguda debida a la incompatibilidad sanguínea de sus padres, problema que no había sido tenido en cuenta por el departamento de obstetricia del hospital de Beer-Sheva. Después de recibir asesoramiento médico decidieron tratarse para tener otro niño, pero este nunca llegó porque Roni cayó al final de la guerra de los Seis Días, en los combates por los Altos del Golán, en la carretera de Quneitra a Damasco.

A pesar de las súplicas de sus propios padres y, sobre todo de los padres de Roni, para que se marchara del kibutz y regresara a la ciudad, Yael decidió quedarse con su hija de cinco años en la granja e incluso fortaleció sus vínculos con el lugar. Sabía perfectamente, sin embargo, que las posibilidades que tenía de volverse a casar irían disminuyendo de año en año en aquel apartado kibutz de tan pocos habitantes, pese a lo cual siguió trabajando en la plantación e incluso dirigió las entonces innovadoras tentativas de cultivo del aguacate. Durante la guerra de Yom Kipur, cuando el secretario del kibutz tuvo que salir como reservista por un largo período de tiempo, Yael fue nombrada para ocupar aquel cargo que ejercería después durante varios mandatos con el beneplácito general, a pesar de que a algunos miembros de la comunidad les parecía demasiado extremista desde el punto de vista ideológico. La relación con su hija Agar, una relación por lo general muy intensa, tropezaba de vez en cuando con algunas crisis difíciles, por lo que más de una vez la

animaron los amigos más próximos a que asistiera a los cursos especiales del movimiento kibutziano sobre educación y psicología juvenil. Esos cursos divulgativos y eventuales resultaron muy de su agrado y de vez en cuando incluso viajaba a la universidad de Beer Sheva para oír conferencias relacionadas con temas de educación y psicología. En 1980, a pesar de que se acercaba ya a los 44, accedió a participar en uno de los encuentros de solteros y solteras que organiza el movimiento kibutziano, jurándose después a sí misma que jamás volvería a asistir a un encuentro de ese tipo.

Yael temía que la estrecha relación que su hija había mantenido durante el servicio militar con su suegra, la abuela Noemí, que había enviudado a mediados de los años setenta, pudiera tentar a Agar a marcharse del kibutz, por lo que se opuso a que Agar comenzara sus estudios en la universidad inmediatamente después de haber terminado su servicio militar, prefiriendo que volviera a la granja a trabajar durante por lo menos un año. Cuando Agar presentó la solicitud para salir a estudiar, Yael intentó en secreto y por todos los medios que aquélla le fuera denegada. Pero la política liberal por la que se regían los kibutzes a principios de los años ochenta en todo lo referente a la «realización personal» de los nacidos en el kibutz que habían terminado su servicio en el ejército y que pretendía, en realidad, impedir cualquier pretexto para marcharse apresuradamente del kibutz, además de que los estudios de Agar fueran a ser financiados por el ministerio de Defensa dentro del programa de ayudas que este otorga a los huérfanos de las guerras de Israel, inclinaron la balanza en contra de la postura de Yael en la asamblea general. El hecho de que Agar viviera en Tel Aviv con la abuela contribuía a que pudieran comunicarse por teléfono con cierta frecuencia, y Yael y Agar acordaron hablarse, por lo menos, dos veces por semana, a pesar de que en 1982 todavía no habían instalado en Mashabei Sadé teléfonos personales con extensión propia en las casas de los miembros del kibutz.

En el diálogo que sigue faltan las palabras de Yael.

* * *

—Pero aunque hubiera desaparecido, mamá, ha sido por muy poco tiempo, no es para haberse preocupado así por mí…

—Si te llamé, mamá, claro que te llamé, el miércoles por la tarde, desde Jerusalén…

—Claro que sí, el miércoles todavía estaba en Jerusalén, ayer también…

—También ayer, mamá, y hoy, pero si dejé el aviso…

—¿Cómo no te lo han dicho?

—¡Ay, Dios mío, mamá, no me digas que esta vez tampoco te ha llegado uno de mis recados!

—Yo qué sé… A quien descolgó el teléfono…

—Uno de los voluntarios alemanes…

—¿Pero qué querías que hiciera, mamá? Yo no tengo la culpa de que nadie que esté todavía en su sano juicio quiera contestar ya al teléfono en el comedor general después de la cena, porque a nadie le apetece corretear entre las casas, con el frío que hace, para avisar al que estén llamando. Intenta tú llamar al kibutz una noche de invierno y ponte a hablar en inglés con un voluntario medio drogado que ya ni se acuerda de cómo se sujeta un lápiz entre los dedos y, entonces, quizá comprendas que no ha sido muy inteligente por tu parte dirigir con tanto fanatismo esa cruzada contra los teléfonos privados, como si de eso dependiera que el socialismo fuera a seguir adelante o a desaparecer. En otros kibutz hace ya tiempo que los teléfonos particulares en casa de cada uno forman parte de la calidad de vida…

—Todavía no he visto ningún kibutz, mamá, que se haya hundido económicamente por culpa del teléfono… eso son fantasías tuyas…

—Pero si no he desaparecido, mamá… si solo he estado fuera de Tel Aviv durante los tres últimos días…

—¿Él? Qué va, pero si todavía sigue en el Líbano, si fue él quien me mandó a Jerusalén, a casa de su padre, y no he podido salir de allí hasta esta mañana.

—En conciencia, no podía marcharme…

—Pero si eso es precisamente lo que te quiero contar… si es eso lo que he venido a contarte…

—No, fue el miércoles por la tarde cuando empezó a nevar en Jerusalén, pero ayer ya no quedaba ni rastro…

—No, ha sido él quien me ha dado este viejo abrigo, su padre, el señor Mani ese…

—Sí, yo lo llamo el señor Mani… no sé por qué…

—Pero si esa es precisamente la cuestión, si es solo por toda esa historia por lo que he vuelto hoy a casa, aunque debo de haberme vuelto loca por estar ahora aquí sentada contigo en vez de haberme encerrado en Tel Aviv a estudiar para el examen…

—Si te lo he contado, tengo un examen de inglés el domingo, y me fastidiaría tanto que me volvieran a suspender…

—No, los libros y los cuadernos quedaron en casa de la abuela, en Tel Aviv. A Jerusalén me fui el martes sin nada…

—Pues claro que sin libros, pensaba estar solo unas horas. Fui por una pequeña misión, podríamos llamarla, que me había encomendado Efi, y de repente sentí que tenía que quedarme allí, y así fue como me quedé tres días…

—No, no por Tel Aviv… He llegado directamente desde Jerusalén, cambié de opinión en el último momento. Estaba en la estación central de autobuses de Jerusalén, que se encontraba ya medio vacía, en la cola para Tel Aviv y, de repente, vi en un andén cercano a un hombre pelirrojo, ya maduro, una cara conocida de aquí, de la zona, me parece que de Revivím, y de repente sentí una fuerte añoranza por estar en casa, muchas ganas de dejarlo todo y de volver a estar aquí, en nuestro querido desierto, de sentarme contigo a contártelo todo, mamá, como si todo lo que he vivido estos días ya no cupiera dentro de mí, como antes, como siempre te

lo he contado todo cuando me pasaba algo, ¿te acuerdas…? Desde el parvulario, o en el instituto, cuando un niño se caía, o cuando rompía un dibujo, sentía como si toda una historia empezara a inundarme y entonces salía enseguida a buscarte gritando: «¡Mira mamá, oye lo que ha pasado…!».

—Es verdad, ja, ja, nunca me alcanzaban, porque siempre me las arreglaba para refugiarme en… ¿cómo los llamaba?

—Sí, exacto, es verdad…

—Sí, eso es, en los padres ocasionales que siempre me salían y que estaban dispuestos a hacer todo lo que yo quisiera, quizá… Y esta teoría que tengo seguro que te va a gustar, quizá por la enorme culpabilidad que sentían de que mi padre hubiera muerto y ellos no, por eso me lo permitían todo y me pasaban de unos brazos a otros, por el comedor y la lavandería, del gallinero al establo, de allí al granero, hasta las plantaciones de frutales, allí, entre los árboles, donde estabas tú, mamá, para que pudiera finalmente echarme en tus brazos y contártelo todo. Y eso es lo que también me ha pasado hoy al mediodía en Jerusalén, mamá, de repente, aprisionada entre las vallas del andén, en aquella estación de autobuses que se ha ido quedando desierta, entre esos jerosolimitanos de aspecto tan frío y depresivo. He visto que el autobús de Beer Sheva arrancaba y que el pelirrojo ese de Revivím me clavaba la mirada desde la ventanilla intentando, quizá también él, reconocerme. De repente no he podido resistirlo, me ha invadido una enorme añoranza de ti, he saltado las vallas y me he abalanzado hacia la escalerilla de ese autobús colándome dentro. Pero mañana, mamá, tengo que volver muy temprano a Tel Aviv a estudiar para el examen; si no, de verdad que me vuelven a suspender. Habrá que averiguar quién viaja mañana hacia el norte. Si se te ocurre algo, dímelo y si no, empieza a pensar…

—Está bien…

—No, un momento, espera, ahora no…

—Pero, ¿qué prisa hay? Me siento helada por dentro, deja que entre un poco en calor…

—El agua no va a lograr calentarme ahora…

—No te enfades, mamá, pero no tengo ganas de ir al comedor para la cena del sábado…

—No tengo nada de hambre, lo que tengas aquí en la nevera es más que suficiente…

—No importa, lo que haya, de verdad que no tengo hambre.

—Si tanta hambre tienes y además te ves obligada a ir, pues vete tú… yo me quedo aquí en casa. Lo siento, mamá, no tengo paciencia para sentarme esta noche en el comedor y sonreírle a todo el mundo… y después la fiesta de Año Nuevo… esa farsa de juerga. Además no pienso bailar y ponerlo a él en peligro…

—Está bien, de acuerdo. Pues ve tú. ¡Qué se le va a hacer! Vete ya.

—Vete…

—Vete. Ahora siento haber pasado por aquí en lugar de haberme ido directamente a casa, es decir a Tel Aviv…

—Porque esta noche no he venido al kibutz, sino a casa, a estar contigo, mamá, a contarte lo que ha pasado allí, en Jerusalén…

—Nada de misterios… no seas tan dura…

—Supongamos que sí, vale, quizá le esté echando un poco de misterio a la cosa… puede que tengas razón y sea precisamente esa la palabra exacta: misterio… ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en que sea misteriosa? Supón que alguien abre la puerta de una casa ajena y ve algo que le conmociona tan profundamente que su espíritu, sí, su espíritu, se siente atraído hacia el interior de esa casa… Pero lo misterioso, mamá, no es lo que le ha conmocionado, porque entonces todo estaría muy claro y no tendría nada de misterioso. Lo misterioso está solo en el encuentro, que parece casual pero que en realidad no lo es, y eso es lo que ha pasado, eso es lo que me ha pasado en Jerusalén, aunque sé que no querrás creerme…

—Porque sí, mamá. Porque no me vas a creer… Te han estado educando durante toda la vida para que no creas en nada misterioso, así es que yo sé que no vas a creer en lo mío, lo sé, al

final lo negarás todo y dirás que no ha sido más que una alucinación…

—Pero si no se puede resumir… no te lo puedo contar en cuatro palabras, mamá.

—Si te lo resumo es cuando va a parecer pura imaginación…

—Sabes qué te digo, que la verdad es que no tiene importancia… vamos a dejarlo, no importa… vete a cenar, yo me quedo y me ducho… La verdad es que quizá no tenga importancia toda esa historia, mamá… prefiero dejarlo, ha sido un error haber venido. Solo pregunta en el comedor, por favor, quién es el primero que sale mañana por la mañana para Tel Aviv y si tiene un sitio libre para mí en el coche…

—No, es que de repente se me han quitado las ganas de contártelo, y hasta quizá tengas razón y sea yo la que me lo haya imaginado todo…

—Sí, la verdad es que todavía no has dicho nada, pero qué se le va a hacer si siempre sé lo que vas a acabar diciendo…

—Perdona…

—Bueno, perdona, mamá…

—Ya te he dicho que lo siento…

—No, creo que ahora no estás de humor para oír una historia como la que te tengo que contar…

—¿Estás segura?

—Pero quizá sea verdad que es una pena que te pierdas la cena del sábado en el comedor, eres tan amiga de todos esos formalismos…

—¿Estás segura?

—Pues entonces, mamá, si no piensas ir, olvídate ya y sentémonos aquí tranquilitas; corramos todas las cortinas para que no se vea luz desde fuera y déjame, por favor, por una sola vez, que cierre la puerta con llave… ¿Dónde la tienes?

—Por favor, solo por esta vez, te lo suplico, mamá, escondámonos de todo el mundo, que no sepan que estamos aquí,

no vaya a ser que intenten entrar y nos molesten… ¿Y si pusiéramos a hervir agua… y encendiéramos otra vez la estufa…? ¿Pero dónde está la llave?

—Luego, te he dicho que luego… Tengo demasiadas ganas de contártelo todo como para meterme ahora en la ducha… después… después… ¿Por qué armas tanto lío con lo de la ducha?

—Bueno, sí, el vestido está un poco sucio… pero no veo que sea una tragedia…

—Muy bien…

—No mamá, no hay nada nuevo…

—A ratos unas ligeras náuseas…

—No, todo sigue igual…

—Ninguna señal…

—¿Sigues teniendo la esperanza de que no lo esté?

—Pero, ¿por qué? Si ya te lo he dicho, mamá, lo supe desde el primer momento, es real, es inevitable, está bien aferrado dentro de mí…

—Esa criatura… el feto, el bebé… como quieras llamarlo…

—Echa tú misma las cuentas: la última vez que me vino fue el 19 de noviembre. Así es que hoy son ya dos semanas de retraso… tiene que ser eso…

—¿Por qué va a empezar ya a meter las narices ningún médico, qué me puede decir? Además, en Jerusalén ya me ha visto un médico, de esos…

—De medicina general…

—Enseguida te lo cuento, escúchame…

—Ahora te lo cuento, mamá, ¿por qué no tienes paciencia?

—Dijo que… pero espera un momento…

—No, sólo un reconocimiento general…

—Enseguida…

—No, mamá, no te hagas ilusiones, no es un embarazo psicológico, es completamente real… Sí, es un embarazo, te han

lavado demasiado el cerebro en todos esos cursos de psicología y ahora te parece que todo es psíquico…

—De momento esperaré tranquilamente… ya te lo he dicho, todavía tengo tiempo para tomar una decisión…

—Primero, que vuelva Efi del frente…

—Dentro de diez días, aunque no depende solo de él…

—Todavía hay margen… hay tiempo…

—Que vaya o no a reconocer su paternidad no está ya en mis manos, mamá… Pero por mí, si quiero puedo tenerlo también sin él, claro está…

—Porque el ministerio de Defensa, ya te lo he dicho, también nos ayuda en casos como este, aunque el niño no tenga un padre legal… Pásmate, pero precisamente por allí corren unos vientos muy liberales, por lo visto…

—Quiero decir, que por lo menos en lo referente a este asunto, quizá por puro sentimiento de culpabilidad… ¡yo qué sé!

—Me lo ha contado Iris, que lo sabe bien porque ha ido a enterarse de todos los detalles…

—Lo sabe todo, mamá, es una verdadera experta en nuestros derechos. De vez en cuando va por allí, le da la lata al funcionario de turno y le sonsaca información sobre nuevos derechos. Los huérfanos de guerra tienen montones de derechos de los que ni siquiera hemos oído hablar…

—Ya sé que todo esto te pone muy nerviosa pero, ¿qué quieres?, no he sido yo la que ha sacado el tema…

—¿Repugnante? Exageras. ¿Qué quieres decir con eso de repugnante?

—Pero si todavía no les he pedido nada ni he aceptado nada… ¿Por qué te irritas así?

—Pero si te lo he dicho, está todo en la historia que he venido a contarte, lo que pasa es que sigues sin dejarme hablar…

—No. Sí. Es como si de repente te diera reparo mi historia, como si tuvieras miedo de oírla y por eso estuvieras dándole vueltas al

asunto, intentando retrasarla. Desde aquella mañana, hace ahora un mes, cuando te llamé para decirte que me había acostado con él, o sea que me había acostado por primera vez con alguien… es decir, que por fin me había acostado con alguien… es como si se hubiera abierto una brecha en la confianza que tenías en mí y te hubieras vuelto, ¿cómo lo diría?, y estuvieras un poco confundida, sin saber a qué atenerte, como si hubieran acabado por escapársete de las manos las riendas de tu potrillo…

—Sí, las riendas… Siempre me has llevado con unas delicadas riendas…

—Sutiles, invisibles…

—Da lo mismo, déjalo…

—Pues claro que sí…

—No vuelvas a enfadarte, no he venido a ponerte furiosa…

—Bueno, digamos que no te asustó el hecho en sí, mamá, sino solo el que te lo contara ya al día siguiente por la mañana, ¿o no? Y que me empeñara además en que te llamaran a las plantaciones para que te pusieras al teléfono y oyeras la buena nueva. ¿Y qué tenía de malo? Desde entonces, a veces, has empezado a reconcomerte, mamá, porque lo que antes quizá te hacía gracia de mis historias se ha convertido en algo amenazador, hasta el punto de que me pregunto por qué tengo siempre que cargarte con todo, contarte todo lo que se me pasa por la cabeza, todo lo que me sucede, sin ocultarte nada, como si tuviéramos que seguir haciéndole caso a aquella señora, a aquella ridícula psicóloga que mandaron del ministerio de Defensa para que nos tratara cuando papá murió y que te dijo que había que animarme siempre a hablar, que había que charlar conmigo para sacármelo todo, ¿cómo decía?, «para que no se forme pus en algún recóndito pensamiento», ja, ja, ja… Y desde entonces, mamá, te lo juro, es como si tuviera miedo de que se me formara pus en el cerebro, y por eso siempre estoy dispuesta a hablar, y tú tienes que escucharlo todo… porque ¿quién me va a escuchar si no eres tú…?

—¿Efi? Espera, ya veremos… ¿Quién sabe? En realidad, ¿qué sé de él…? Y ahora, después de haber estado en Jerusalén, creo que todavía menos…

—Pero si eso ya te lo he contado, pero si te lo he contado…

—Te lo cuento en dos palabras… aunque ya te lo he contado…

—No puede ser que no te haya dicho que dos semanas después de que empezara el semestre suprimieron, de repente, dos de sus clases. Además, ya te hablé de él al principio del semestre, cuando me preguntaste por los profesores, y te dije que desde el primer golpe de vista, cuando entró en la clase, me había gustado mucho. Se quedó allí de pie, casi de nuestra misma edad, con rizos y lleno de entusiasmo, resultando casi enternecedor en sus intentos de convencernos de que sus clases de expresión hebrea nos eran vitales, porque la verdad es que había estudiantes en la clase que estaban muy cabreados y ofendidos por esa asignatura obligatoria, ¡ni que fuéramos analfabetos…! Y entonces, cuando anunciaron que se suspendían dos de sus clases, decidí ir a secretaría a ver qué le pasaba, si estaba malo, porque quería visitarlo, y allí me dijeron que lo que le pasaba era que se había muerto su abuela en Jerusalén, y que se había marchado para allá a pasar con su padre parte de los siete días de duelo. Y entonces… pero no puede ser que no te lo haya contado…

—Bueno, en resumen, que conseguí la dirección de su padre y me fui ese mismo día a Jerusalén a visitarlo, como para darle el pésame, yo qué sé, como en nombre de la clase, aunque en la universidad no formamos, en realidad, una clase propiamente dicha, y puedes imaginarte lo pasmado que se quedó cuando abrió la puerta y vio ante sí a una de sus alumnas que había tenido en clase apenas cuatro semanas, de la que casi no recordaba ni el nombre, y que se aparecía ahora de repente, sola, para darle el pésame, y además por la muerte de su abuela, y que encima había ido especialmente a Jerusalén solo para eso. Pero en cuanto se hubo repuesto un poco de la sorpresa y la confusión que se habían apoderado de él, empezó a entender lo que yo quería que

entendiera, que aquella visita de pésame no era en realidad eso, sino un gesto que indicaba que yo buscaba algún tipo de relación con él, y como no parecía estar muy acostumbrado a que las chicas lo obsequiaran con unas señales tan claras…

—Porque no es un tipo guapo o algo por el estilo… Es un chico de esos que es muy agradable, pero más bien por dentro, y por eso se prendió del extremo del cable que yo le lanzaba y decidió, después de un ratito de estar yo allí sentada un poco desconcertada al lado de su padre, que sí parecía estar muy afectado, no como la gente mayor, que cuando se le mueren los padres se sienten liberados, como aliviados, pues como te iba diciendo, decidió regresar conmigo aquella misma noche a Tel Aviv, y por el camino, en el autobús, empezamos a charlar ya con mucha confianza, y después de preguntarme sobre mí y mis futuros planes, cosas sobre el kibutz y cómo se está en el Neguev, y al darse cuenta de la sinceridad con la que le contestaba, también él se sintió libre y empezó a hablar de sí mismo. Al principio me empezó a contar, precisamente, de la abuela que había muerto, a la que de verdad parecía haber querido mucho, y también habló muy preocupado de su padre, y me gustó mucho que se preocupara por lo que sería de él a partir de entonces, porque su padre había estado muy unido a su madre, a aquella abuela de la que en realidad no se había separado desde niño, habiendo sido ella la que lo había salvado al final de la guerra.

—Entonces vivían en Grecia, imagina, concretamente en esa isla, en Creta…

—¿Ah, sí?

—Pues claro que me acuerdo de ese viaje que hiciste con papá… antes de que yo naciera…

—No, los padres de Efi se separaron hace tiempo, después de su *bar- mitzvah*. Él se fue a Tel Aviv con su madre, y ella se volvió a casar allí. Tiene una hermanastra más pequeña, pero hace unos años que están en Inglaterra y parece ser que se van a quedar allí; él vive solo… Sí, todo eso me lo contó ya en el autobús, pero sobre

todo volvía una y otra vez a hablar del servicio como reservista que debía cumplir en el Líbano… Yo sentía su pánico por tener que ir allí y lo enfadado que estaba porque la universidad no hubiera logrado librarlo de ello…

—No, es soldado raso, cabo como mucho, sanitario… Y así, mamá, fue ya en el viaje de Jerusalén a Tel Aviv cuando empezó a tomar forma nuestra relación; a mí, él me iba gustando cada vez más y notaba que volvía a empezar a enamorarme, pero ahora era mejor porque era de alguien más adecuado, y cuando llegamos a la estación central supe que si no me espabilaba para inventar algo que lo retuviera, todo el esfuerzo que había hecho viajando a Jerusalén habría sido en vano, porque como se tenía que ir a la guerra perderíamos el contacto durante un mes y, después, cuando volviera, apenas quedaría otro mes hasta que terminara el semestre. Además, sería ya el final de su curso y, como comprenderás, ya no le quedaba ninguna abuela que se le fuera a morir en un futuro inmediato para que yo pudiera volver a darle el pésame; por eso, aunque no era tarde, le pedí que me acompañara a casa, es decir, al piso de la abuela y, quizá, precisamente por la enorme diferencia entre su abuela de sesenta y ocho años que había muerto hacía unos días, y nuestra abuela Noemí de setenta y cinco, de la que le había contado cómo se había ido sola a Francia a principios de la semana como una mujer joven, quizá por eso se sintió atraído y se animó a subir al piso, mientras yo iba pensando: «como mucho quizá solo nos besemos y nos acariciemos un poco», pero de repente nos echamos uno en los bazos del otro, y él era tan tierno y delicado y, además, enseguida se quitó la ropa, y todo fue tan natural y casi sin dolor, hasta el punto de que volví a preguntarme, mamá, ¿por qué habré esperado tanto tiempo? ¿De qué tenía miedo? O quizá había algo en él que me atraía especialmente a pesar de que él, quizá lo conozcas algún día, está muy lejos de ser especialmente guapo, es decir, es un chico normal con gafas, el pelo rizado y delgado, sin nada espectacular. Y así fue cómo, ya por la

mañana, cuando se marchó, te llamé enseguida para contártelo todo…

—¿Por qué?

—Pues simplemente, mamá, para que te alegraras… ¿pues qué creíste?

—Sí, mamá, solo para darte una alegría, aunque sabía que tendrías que andar dos kilómetros de ida y vuelta a las plantaciones para oír todo eso por teléfono, pero es que creí que era necesario y que valía la pena, porque sabía que empezabas ya a estar preocupada por mi eterna virginidad…

—¿Pero cómo que no sabías nada? No te hagas la inocentona, mamá…

—Porque si hubiera habido algo enseguida lo habrías sabido… Te lo he dicho, siempre te lo cuento todo…

—Sí, todo. De momento…

—No, hasta que salió hacia el Líbano fueron otras cuatro veces… cinco en total…

—Él no tomó ninguna precaución. Creyó, seguramente, que yo me cuidaba; pero yo, ya te lo he dicho, me hice un poco un lío con las fechas, y además creía que si te lavas enseguida con agua caliente…

—Claro… claro… por algo sabes siempre con toda exactitud lo que mi subconsciente está pensando…

—Sí, fue siempre en mi casa, en el piso de la abuela, y ya que he decidido que lo sepas todo pues te diré que fue en su habitación, es decir, precisamente… agárrate… en la cama de matrimonio de la abuela…

—¿Qué pasa?

—¿Un engaño? ¿A quién?

—Nada de eso… Estoy convencida de que a la abuela lo único que le haría es gracia al saberlo…

—Algo nos atrajo a los dos justamente hacia allí… hacia su cama…

—No, por nada. Creí que podía interesarte…

—Yo qué sé… desde el punto de vista psicológico… quizá puedas interpretarlo de alguna manera…

—Pero si a mí no me importa contártelo todo, ¿qué puede importarte a ti oírlo?

—¿Estás loca? ¿A quién más podría contárselo? Solamente a ti, mamá, a nadie más que a ti… Si es que además no tengo en el mundo a nadie más que a ti…

—Pero, ¿en qué sentido?

—¿Cómo que no importa?

—Pero di, ¿qué es lo que no importa?

—Para mí, café… Pero, ¿qué no importa? Dime…

—Yo no creo que me haya tomado el pelo…

—No.

—No.

—¿Otra vez con que me duche? ¿Qué prisa tienes? Más tarde… Parece como si quisieras todo el tiempo hacerme callar…

—¿De la historia?

—¿Pero de qué tienes miedo? No he hecho nada malo en Jerusalén, mamá, al contrario…

—Porque ahí empieza de verdad lo que te quiero decir y todo lo que te he contado antes es ya agua pasada. Efi se fue hace casi dos semanas al Líbano y no había sabido nada de él hasta que a principios de esta semana…

—No, antes de que se fuera no pude contarle nada…

—No, ni siquiera yo tenía muy claro que hubiera pasado de verdad…

—Pues claro. Pero esta semana, el domingo, llamó de repente, ya tarde, por la noche, desde alguna unidad móvil que les habían llevado hasta las posiciones de las afueras de Beirut, y mientras yo seguía dudando de cómo contarle lo que nos ha pasado y si ni siquiera hacerlo, me pidió ayuda, que llamara a Jerusalén, a su padre, al que no lograba desde hacía días localizar por teléfono, y

que le dijera que no lo esperara el día treinta del duelo para la ceremonia en la que se descubriría la lápida en la tumba de la abuela, porque en el ejército no querían de ninguna de las maneras concederle un permiso por semejante razón; así es que le prometí, claro está, que localizaría a su padre en Jerusalén y también me alegré de que primero se hubiera dirigido directamente a mí para pedirme una cosa así, como si yo fuera ahora la persona más cercana a él. Pero cuando empecé a llamar a Jerusalén parecía realmente extraño que no contestara nadie o que el teléfono estuviera comunicando, y a pesar de que insistí durante toda la tarde y llamé varias veces no logré comunicar. Durante todo el día siguiente, que era lunes, tuve muchas clases en la universidad y por eso lo intenté solo tres o cuatro veces, pero ese mismo día por la tarde volvió a llamar Efi desde el Líbano y me preguntó si había conseguido encontrar a su padre y descubrir lo que le pasaba, y le dije que por lo visto algo no andaba bien con la línea. Y entonces, mamá, de repente, él se aferró por completo a mí, y en un tono entre suplicante y temeroso me pidió que no desistiera, que siguiera intentando localizar a su padre, porque empezaba a estar preocupado por él…

—No, no le conté nada, ¿cómo iba a contárselo? Pero si vi que estaba ya muy nervioso por lo de su padre y encima, allí, en el Líbano, estaban pasando una terrible tormenta de lluvia y viento y también me contó que había perdido las gafas y que no podía leer… Por eso me dije, ¿para qué ponerlo todavía más nervioso? ¿Para qué lo voy a asustar precisamente ahora con la noticia de que pronto va a ser padre? Dejémoslo en paz, de momento… Y así, la misma tarde del lunes, empecé enseguida a llamar a Jerusalén. Pero esta vez a conciencia, sin parar, hasta las doce de la noche, sin interrupción; pero el teléfono de Jerusalén seguía en sus trece, tan pronto no había respuesta como daba luego la señal de estar comunicando. El martes me puse el despertador muy temprano y me abalancé sobre el teléfono, aunque tampoco hubo suerte. Entonces llamé al 1-6 para saber si en ese número tenían algún aviso de avería, pero me

dijeron que no había llamado nadie para avisar de que el teléfono estuviera estropeado y que, según les parecía, no había ninguna avería, por lo que me aconsejaban que preguntara en el 1-4 si no le habrían cambiado de repente el número sin avisar al abonado, porque también eso es lo que a veces pasa, por lo que llamé enseguida al 1-4, pero no habían cambiado el número. Y entonces, no sé mamá, me entraron unas ganas inmensas de conseguir hablar por teléfono con su padre, al que precisamente recordaba muy bien de la corta visita que le había hecho hacía un mes en Jerusalén: lo recordaba allí sentado, en el sofá de su salón, un hombre bastante robusto, un sefardí de aspecto agradable, sin zapatos, sin afeitar, y a su lado dos viejecitas sefardíes, como las que salen en las películas griegas o italianas, que habían ido a consolarlo. Seguí llamando desde la universidad entre clase y clase y, hacia el mediodía, hasta salí a la mitad de una clase y lo llamé sin parar porque, como te digo, se habían apoderado de mí como unas terribles ansias de hablar con él…

—No, no me había dado ningún otro dato al que pudiera agarrarme; nada. Sabía vagamente que su padre era juez, o fiscal, y que por eso estaría vinculado a algún juzgado, pero no sabía ni a cuál ni dónde; una de las veces intenté probar suerte y llamar a uno de los números de teléfono del Tribunal Supremo, pero allí nadie parecía tener ni idea de quién se trataba. Así que seguí llamando durante toda la mañana, ahora ya como una loca; era como si no pudiera controlarme, como si a través de la minúscula simiente que Efi había plantado en mi interior siguiera proyectándose en mí su ansiedad, y no dejaba de ver en mi imaginación su piso de Jerusalén, que tenía un poco el aspecto de un viejo vagón de tren, porque lo formaban tres habitaciones unidas por un largo pasillo; pensaba además en cómo estarían resonando allí mis insistentes llamadas; en cómo el sonido correría por el pasillo de una habitación a otra, hasta que a las dos de la tarde, no pudiendo ya dominarme más, decidí saltarme la clase de inglés y marcharme personalmente a Jerusalén para comprobar qué es lo que verdaderamente estaba

ocurriendo allí, qué es lo que pasaba. Al fin y al cabo, ¿qué supone subir hoy en día desde la llanura de la costa hasta Jerusalén? Como mucho una hora de viaje, por lo que me fui a casa a dejar los libros y los apuntes y a cambiarme de ropa, y suerte que en el último momento cogí también este grueso jersey, porque incluso en el aire de Tel Aviv empezaba ya a notarse la ola de frío que se avecinaba. Luego corrí, mamá, a llamarte para decirte que me iba a Jerusalén, para que supieras que volvería tarde por la noche y no te preocuparas cuando me llamaras; pero sabía que la secretaría estaría ya cerrada y que en el comedor, a las tres de la tarde, como mucho, lo más que puedes esperar que ande cerca del teléfono es un gato, por lo que decidí no llamarte y en el último momento, antes de salir del piso, como empujada por una corazonada, eché al bolso el cepillo de dientes, un par de bragas y me marché a Jerusalén…

—No lo sé… Porque sí, es decir…

—Sí, sí, ya sé que te han enseñado que en la vida nunca existe el porque sí. Pero de todas maneras no te dejes llevar por las apariencias demasiado pronto porque hace ya un par de semanas que llevo unas bragas de repuesto en el bolso, por si a pesar de todo me viene de repente. Pero, ¿por qué me llevaría el cepillo de dientes? ¿Qué significado tiene? Eso tendrás que explicármelo tú que eres la que ha estudiado la simbología psicológica durante todos esos cursos y la que sabe interpretarla. Y no me digas que en mi subconsciente tenía ya la intención de quedarme a pasar la noche en Jerusalén, porque entonces habría sido mejor haberme llevado también el pijama y no solo el cepillo de dientes, y la prueba está en que no lo hice. Así es que, o mi subconsciente está un poco espeso… o es que también él tiene ya otro subconsciente que me lo interfiere…

—No te lo tomes tan en serio…

—No, pero es que pones nervioso a cualquiera, porque haces de todo eso como una nueva religión…

—Bueno, bueno. No importa… déjalo… Lo principal, mamá, es que el martes me fui para Jerusalén, y aunque salí a las cinco de Tel

Aviv, todavía con luz, cuando llegué a Jerusalén estaba ya completamente oscuro y una especie de neblina lo envolvía todo. Llovía; bueno, en realidad solo chispeaba, pero eran unas gotitas heladas, y por culpa de la oscuridad me confundí de parada y bajé antes de tiempo; en vez de en el barrio de Emeq Refaím bajé en el barrio anterior, que se llama Talbiyye, pero no lo lamenté porque me pareció encontrarme en una ciudad europea: llegué a una plaza grande y amplia rodeada de unas preciosas casas de piedra que a la luz de las farolas de la calle aparecían realmente majestuosas y mágicas, con unos porches de esos, terrazas con columnatas y patios interiores llenos de cipreses… algo increíble…

—Sí, eso es, ¿cómo lo sabes? Pero no solo el presidente, mamá, sino también el primer ministro, y el ministro de Asuntos Exteriores, todos viven por allí, muy cerca de esa plaza tan grande y tan bonita, y yo habría pasado tan tranquila sin darme cuenta de nada si no es por un policía que estaba sentado en una garita y al que me acerqué para que me mostrara el camino. Y como le pregunté que qué era lo que vigilaba, me señaló la casa del presidente y hasta me dejó asomarme un poco por encima de la tapia para ver. Y de repente tuve una sensación maravillosa, mamá, la sensación de haber entrado en el mismísimo corazón de la ciudad…

—No, nunca habíamos estado allí, te equivocas… Desde que tengo uso de razón siempre me han llevado a Jerusalén con algún grupo de niños, o como soldado, siempre para alguna ceremonia o un día de estudio, siempre a algún museo o a algunas excavaciones o a recorrer las murallas en un día de siroco persiguiendo a algún guía insoportable. Y cuando nos hemos quedado a dormir en Jerusalén siempre ha sido en las afueras, al pie del monte Herzl, o en ese bosque tan terrorífico del Museo del Holocausto, siempre en albergues juveniles, pero nunca en la ciudad propiamente dicha, en su verdadero centro. Luego, gracias a las indicaciones del policía que vigilaba la casa del presidente, no volví a la parada del autobús sino que tomé un atajo que baja hacia Emeq Refaím a través de un campo que hay detrás del teatro de Jerusalén, desde donde se llega,

a través de un bosque, hasta la calle de su padre, pero esta vez entré por el lado contrario…

—Es decir, por donde empieza la calle…

—No la conoces, es la calle 29 de Noviembre… está al final de la cuesta, detrás de la leprosería. Creo que no la conoces, es una calle larga y estrecha…

—¿La Moshavá Ha-Guermanit?

—No creo, mamá, que se llame así. En el plano ponía claramente Emeq Refaím, «El valle de los espíritus», y ya antes, cuando busqué en el plano la dirección que me dieron en la secretaría de la facultad y vi que ese era el nombre de la zona, pensé que solo a los de Jerusalén puede no importarles vivir en un barrio con un nombre tan aterrador como ese mientras que los de Tel Aviv no lo habrían aceptado nunca. La niebla seguía flotando a mi alrededor y, como había entrado en la calle por el lado contrario, tardé un poco en orientarme y volver a reconocer la casa. Así es que cuando entré en el portal estaba tan helada y tan empapada por la lluvia, y tenía los zapatos tan llenos de barro, que me quedé un ratito apoyada contra la pared para reponerme y fue entonces, mamá, en aquellas escaleras oscuras, cuando todo empezó. ¿Me estás escuchando? ¿Me escuchas?

—Esa extraña sensación que desde ese momento empezó a apoderarse de mí y que he tenido durante los días que he estado en Jerusalén, como si yo, mamá, no estuviera sola… como si… yo qué sé… como si me hubieran puesto en la primera página de un libro…

—De un libro… de una especie de… novela, o de cuento, o si quieres hasta de una película. Lo principal es que me parecía como si todo el tiempo me estuvieran observando un par de ojos más, o como si mis propios ojos me observaran desde un lado… como si me siguieran, pero no de verdad, sino solo en el libro… Como si yo, es decir, como si se hablara de mí en la primera página de un libro en el que todo apareciera escrito, como si… supongamos… supongamos… se tratara de un libro viejo que empezara así: una tarde de invierno salió una estudiante, huérfana de padre, del piso de su abuela en la

gran ciudad de la costa hacia la capital del país, enviada por su novio para averiguar lo que le había sucedido a su padre con el que había perdido todo contacto, algo que, en principio, parecía la cosa más natural del mundo, pero que no iba a tardar en complicarse progresivamente. Y así, se la vio entrando un frío atardecer de invierno en el portal de un edificio de viviendas de aspecto sencillo pero respetable; después de unos segundos se apagaron los focos y la cámara que la seguía desde fuera entró detrás de ella y la encontró junto a una puerta verdosa, cerrada a cal y canto, sobre la que había escrita una sola palabra, Mani. Y así es como empezó de verdad esta historia o esta película, como más te guste, mamá, llamando alternativamente con los nudillos y con un breve timbrazo, llamando una y otra vez. Y aunque el hombre que estaba allí dentro se empeñó, al principio, en no abrir la puerta, la muchacha esa, la protagonista, acabaría por obligarlo a abrir y se colaría dentro del piso, mamá, y hasta llegaría a salvarle la vida…

—Espera un momento… escúchame…

—Un momento…

—Un momento…

—Un momento…

—Un momento. Sí, no contestaba; pero quizá, mamá, precisamente porque ya en las escaleras me sentí como dentro de una novela y no en la vida real, fui capaz de seguir empeñada en creer que él estaba escondido en el piso, y que de la misma manera que no había querido antes contestar al teléfono, continuaba ahora no queriendo atender al timbre, por lo que decidí no darme por vencida. Y después de quizá diez minutos de haber estado llamando al timbre y de llamar con los nudillos de todas las formas posibles, hice como que bajaba las escaleras y me marchaba, pero enseguida volví, subí muy callada en medio de la oscuridad, y me quedé esperando completamente pegada a la puerta, casi abrazándola y conteniendo la respiración, como en las películas de suspense, hasta que oí un ligero rumor de pasos y noté que alguien se acercaba a la puerta y que se quedaba allí, separándonos tan solo la puerta. Y

entonces, con una voz suave y agradable, para no asustarlo, dije: «Soy yo, señor Mani, he venido a traerle un mensaje importante de parte de su hijo, de Efi», y no le quedó más remedio que ceder y abrir…

—Espera un momento, escúchame…

—Pero espera…

—Qué va, mamá, pero si tendrá solo tu edad; incluso puede que sea un poquito más joven, entre los cuarenta y los cincuenta, y cuando quiere hasta puede estar muy bien. Pero esa noche, cuando abrió la puerta y se me plantó delante daba miedo; parecía una fiera acorralada que asomara de una profunda caverna, con esa barba crecida durante el largo mes de duelo, con un albornoz viejo, un poco roto, los ojos enrojecidos y el pelo alborotado; estaba allí de pie en calcetines y, a sus espaldas, el piso completamente a oscuras pero ardiendo de calor, y parecía tan sorprendido y preocupado de que al final le hubiera hecho abrir la puerta que se quedó allí bloqueándola, mostrando cierta hostilidad; entonces supe que ni siquiera valía la pena intentar hacerle recordar quién era yo o contarle que ya había estado allí hacía unas semanas con motivo del pésame, porque estaba tan absorto en sus pensamientos que lo que había sucedido un mes atrás quizá le parecería que había sucedido hacía más de cien años y, por eso, lo único que hice fue apresurarme a mencionarle de nuevo el nombre de su hijo y la misión que me había confiado antes de que la puerta se cerrara definitivamente frente a mí. Y él escuchó mi mensaje pero no dijo nada, sino que únicamente empezó a mover la cabeza distraídamente mientras intentaba cerrar de nuevo la puerta, solo que entonces tuve suerte, mamá, y el teléfono empezó a sonar a sus espaldas, como si parte de mi espíritu se hubiera quedado en Tel Aviv y me ayudara ahora volviéndolo a llamar insistentemente por teléfono. Entonces él miró hacia los lados, buscando al principio cómo escabullirse, con la esperanza de que quizá yo lo dejara en paz antes de que tuviera que ir a atender el teléfono; pero como el teléfono no dejaba de sonar se dio la vuelta y entró en el salón para

levantar el auricular y entonces, mamá, quizá también por la fuerza de ese libro en el que yo notaba que estaba entrando, o con la seguridad de que la cámara, el director y todo el equipo estaban pendientes de cada uno de mis movimientos y que por eso también me defenderían de él si hubiera necesidad, decidí no conformarme con aquel simple movimiento de cabeza de él y me colé dentro sin que me invitara a pasar, porque sabía que tenía la obligación de descubrir lo que allí estaba pasando…

—Porque estaba segura de que allí pasaba algo y de que era por eso por lo que se empeñaba en no dejarme entrar, a pesar de haber llegado especialmente desde Tel Aviv enviada por su hijo y de estar allí en la escalera empapada por la lluvia y muerta de frío…

—¿No me digas…? Me lo temía, mamá…

—Ah, ¿no me digas? ¡Sabía que empezarías a insinuar eso! ¡Pues venga, dilo ya abiertamente…! Hace ya un cuarto de hora que estoy esperando esa frase, así es que si la vas a decir, dila ya…

—Sí, sí, dilo, exactamente, sí, sí, ya lo sé. Ya está de nuevo nuestra querida Agar intentando encontrar un padre… Agar se lanza de nuevo, como es su costumbre, en busca de un hombre maduro intentando ver en él a un padre… Me sé de memoria esa cantinela… Cuando estaba en el ejército, siempre que te hablaba de algún oficial algo mayor que me gustara un poco, enseguida aparecía esa sonrisa tuya de compasión…

—Sí, sí, pero eso es, por mil demonios, lo que me quieres decir, reconócelo, porque eso es lo que cuadra a la perfección con esas anticuadas teorías, tan banales, tan mortalmente ridículas de la psicología de los huérfanos que te han enseñado…

—¿Que no existe una psicología especial para los huérfanos?

—¿Por qué?

—Pues ya verás como pronto se la inventan…

—No, ya lo sé…

—Un momento, escúchame…

—Pero si eso es lo que querías decirme, lo sé, así es que dilo ya…

—Pues dilo… ¿y qué?

—Si no estoy enfadada…

—Pero puede que la verdad sea precisamente otra. Mamá, por favor, intenta por esta vez pensar de una manera completamente distinta, piensa que en realidad no es un padre lo que ando buscando, como a ti te parece, sino quizá, supongamos, por ejemplo, un hombre para ti…

—Sí, simplemente un hombre para ti… Un hombre de verdad, que quizá pueda liberarte un poco de este tedio que te rodea aquí, que te está marchitando sin que te des cuenta, a pesar de toda la amistad y la dulzura que puedan brindarte todos los amigos y las amigas que ya… sí… que ya… también ellos… aunque sientan un gran aprecio por ti… están ya un poco… Sí, lo sé, un poco cansados de ti, y están preocupados por cómo te les vas a volver vieja aquí sola, en el Neguev, mientras que encima te empeñas en seguir trabajando en el campo donde las posibilidades de conocer a alguien, de encontrarte con algo vivo, alguien al que te puedas sentir unida y amarlo, son nulas, y al final también yo, también yo me marcharé de aquí algún día… Por eso te digo que no es por mí por lo que a veces, supongamos que sí, supongámoslo solo, me aferro… si es que es verdad que lo hago… sino que también…

—Sí, he terminado…

—Exactamente, para hacerte de casamentera…

—¿Te hace gracia? No me extraña… ¿Y qué? Ya es hora, ¿no? Terca, más que terca…

—¿Cómo que lo mismo?

—¿Cómo que da lo mismo?

—Quizá…

—Es verdad…

—Es verdad… ¿pues cómo va a dar lo mismo?… Puede que el resultado sea el mismo, pero no las razones…

—No, no enciendas otra luz… basta con esa…

—Quizá, ¿y qué? Pero de verdad que esta vez en Jerusalén no ha sido por él, mamá, esta vez tenía derecho a entrar…

—El derecho de lo que ya está escrito en mi interior, mamá, aunque intentes ignorarlo; el derecho que me da esa especie de renacuajo que flota dentro de mí y que roe sin parar las células de mis entrañas para crear un hombre nuevo; el derecho que me daba la sangre de esa cosa insignificante que, aunque el mundo entero intente ignorarla, el verano que viene saldrá de mí y os berreará a todos. Ya estoy unida por la fuerza de la naturaleza a otra familia, mamá. No tiene importancia que Efi vaya a reconocer su paternidad o no, y por eso, mamá, no solo tenía derecho a entrar sin permiso en ese piso, sino también la obligación… la obligación que me imponía el pequeño señor Mani que tenía interés por conocer a sus antepasados y entrar un poco en su espacio vital. Porque entretanto, hasta que pueda representarse a sí mismo, lo represento yo, ¿me estás escuchando?

—En resumen, que como si se me iluminara la mente entendí por qué me había sentido tan empujada a entrar. Y no me vayas a decir ahora que no han sido más que imaginaciones mías, porque sé lo que digo, mamá, estoy convencida: ¡No! ¡No ha sido una alucinación, no han sido imaginaciones mías! Ya te digo de antemano que no pienso aceptar lo que pretendes decirme, porque enseguida lo vi muy claro, mamá, el espanto que allí se escondía y que explicaba toda aquella extraña conducta, los temores de Efi, la misión que tan insistentemente me encomendó, mis miles de llamadas y su forma de ignorarlas, y sobre todo el hostil recibimiento y sus intenciones de devolverme hacia la lluvia y la niebla de fuera, a pesar de mi buena voluntad de cumplir la misión que se me había encomendado. Porque yo, mamá, y escúchame bien, evité, literalmente, que ese señor, su padre, que el señor Mani se suicidara…

—No, nada de alucinaciones…

—Sí, ni más ni menos… Escúchame bien, porque es la verdad; son cosas que no pasan solo en los libros, pasan también en la vida

real… Lo que quiero decir, escúchame bien, es que simplemente por el hecho de haber ido ese miércoles a Jerusalén y por haberme empeñado en esperar a la puerta, logré evitar que ese hombre se matara… Sí, que se suicidara… Porque eso era precisamente lo que pensaba hacer. Lo vi tan claro en aquel momento, y también ahora me lo parece… Todo encajaba… Y si yo no hubiera llegado… solo de pensarlo… pero… pero…

—No…

—No…

—Basta…

—Estoy bien…

—No, mira, es que cuando me acuerdo de aquel momento me pongo a temblar y me entran ganas de llorar, porque sé que no eres capaz de creerme…

—Porque no quieres creerme… simplemente no quieres… te han educado para no creer…

—Dame…

—No…

—Está bien… basta… ya me calmo…

—Sí…

—Vale…

—Porque mientras él estaba allí en el salón, contestando con desgana al teléfono, intentando escuchar a alguien a quien no quería oír, entré en el piso como succionada hacia dentro por el paso del frío al calor. Y no me detuve enseguida, como hubiera sido de esperar por pura educación, sino que seguí pasillo adelante, y a través de una puerta abierta vi el dormitorio de la abuela que se les había muerto, que estaba completamente a oscuras y solo la luz de una lamparita de noche me reveló lo que había dentro, mostrándome una visión que me conmocionó por completo… incluso ahora me resulta difícil contarlo…

—Porque tenía allí preparado una especie de patíbulo…

—Sí, una horca…

—Pues sí, lo que oyes… Es decir, ante todo, la habitación estaba en completo desorden, un desorden casi demencial: la cama completamente revuelta, deshecha como si alguien enloquecido se hubiera revolcado en ella; las almohadas tiradas alrededor, las sábanas rasgadas, los libros por el suelo y la mesa llena de papeles, de hojas arrugadas… Pero lo principal, mamá, era la persiana, la persiana de la ventana grande, que estaba completamente bajada, sin dejar ni una sola rendija y, arriba, tenía la caja destapada, sin la cubierta, con el basto cemento al descubierto, sin revocar, y el interior de madera sin pintar. Y de dentro de la caja, mamá, de la barra de hierro rotatoria, colgaba una correa, la correa de la persiana, como la de esta persiana de aquí pero más ancha y más fuerte, hecha de una cuerda como amarillenta, con dos franjas rojas muy finas todo a lo largo, y colgaba allí sola, suelta, fuera de la persiana, sin estar ya unida a ella, y en un extremo tenía ya preparado un lazo, como el nudo de una corbata… Te estás riendo de mí, ¿eh…?

—No, pues eso no es todo… porque debajo tenía ya preparado un taburetito al que subirse para luego dejarlo caer bajo los pies… Y por si pudiera quedar alguna duda, su extraño comportamiento enseguida lo delató, porque cuando vio que yo entraba tras él y que pasaba por delante en dirección a la habitación, le entró verdadero pánico, interrumpió la conversación, soltó de golpe el auricular y corrió a detenerme, a echarme o, por lo menos, a cerrar la puerta para que yo no entrara y lo viera todo. Y por el terrible temor que se apoderó de él, un verdadero pavor, por la confusión y quizá la vergüenza que sintió, supe que él había comprendido que yo me había dado cuenta de todo, que lo había entendido todo… ¿Me estás escuchando, mamá?

—No. Sí. Yo había entrado ya en la habitación y me había quedado allí clavada, hipnotizada ante la vista de aquel patíbulo, y entonces, en la oscuridad, me agarró por atrás y empezó a forcejear conmigo para sacarme de allí…

—Sin pronunciar una palabra, ni una sola palabra… esa es la cuestión, si hubiéramos dicho algo quizá todo habría sido diferente… Pero en aquel momento yo ya tenía miedo; no solo por lo terriblemente furioso que se había puesto, sino también porque había notado que él seguía desnudo bajo el albornoz. De todas formas supe que tenía que resistirme con todas mis fuerzas si quería salvarlo y, por eso, mamá, luché con él y hasta intenté alcanzar la correa de la persiana para sujetarme a ella y soltarla; pero él empezó enseguida a arrastrarme fuera de la habitación, para seguir luego empujándome hacia la puerta de salida. Me di cuenta de que tenía que sentarme encima de algo, o hasta tirarme al suelo, para que me resultara más fácil oponerle resistencia, porque de otra manera me encontraría enseguida al otro lado de la puerta, fuera del piso, fuera de todo aquel asunto… Así es que de golpe fingí, solo fingí, que me desmayaba en sus brazos, hasta el punto de que se asustó y por un instante dejó de empujarme, y yo aproveché para dejarme caer en un silloncito que había allí mismo, a la entrada del salón, mientras seguíamos todavía sin pronunciar una sola palabra, ni él ni yo, porque estábamos los dos agotados por aquella repentina lucha. Y solo entonces, al verme allí acurrucada, como una especie de rana encogida, pareció rendirse de pronto, me dejó, se dirigió hacia el dormitorio y cerró la puerta tras de sí…

—Eso es todo.

—No sé, quizá tenía la esperanza de que me marcharía por mi propia voluntad…

—Yo, mamá, me quedé en el sillón… sin moverme…

—Me quedé allí mismo…

—No me fijé, no miré el reloj…

—Unas horas…

—Sí, unas cuantas horas…

—Pues a mí no me parece nada ridículo, mamá…

—Ya sé lo que estás pensando…

—Dilo, te escucho…

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Claro que sí, palabra por palabra…

—Sí, ya entiendo…

—Esa es tu interpretación, mamá, pero yo tengo otra versión…

—Ya te lo he dicho…

—Porque creí que mi mera presencia en ese lugar podía impedir que cometiera aquella atrocidad, aunque en teoría también podía habérseme suicidado al otro lado de la puerta, que había cerrado con llave, y yo no lo habría podido impedir y hasta quizá habría resultado sospechosa de asesinato…

—Espera… ya sé que no te lo crees… pero espera un momento…

—Enseguida te lo cuento… nada de alucinaciones…

—Yo no me moví de donde estaba, arropada por el sofocante calor de aquel piso al que, por lo visto, no entraba ni una sola gota de aire fresco desde hacía unos días; me quedé mirando el auricular del teléfono que seguía allí tirado encima de la mesa junto a una estatuilla que representaba un caballo y una hilera de ánforas de arcilla, mientras empezaba por fin a entender por qué durante los dos últimos días aquel teléfono había estado comunicando tantas veces, y era porque había estado allí descolgado junto a la estatuilla de aquel caballo que, por cierto, más bien parecía un mulo…

—No me moví…

—No, mamá, allí, allí, en el mismo sitio, no me moví…

—No lo sé… era como si me hubiera quedado fosilizada, como si toda la vitalidad que tenía dentro se hubiera esfumado… como si el escritor que me estaba escribiendo, o el director que me filmaba, hubieran soltado la pluma o la cámara y hubieran salido del piso para arreglar algún asunto o para ir a cenar, o puede que hasta simplemente a dar un paseo al fresco para volver con alguna idea nueva y ponerme otra vez en marcha…

—¿Pues qué querías que hiciera?

—¿Cómo que loca?

—No lo dirás en serio…

—No, me quedé esperando…

—Yo qué sé, me quedé esperando a que saliera de la habitación, porque yo solo sabía una cosa: que no podía dejarlo así a su suerte… que era sencillamente amoral marcharse de allí…

—Sí, amoral…

—Exactamente, mamá, eso es todo, no me moví de allí… no toqué nada… ni siquiera volví a poner el auricular en su sitio. Al principio sonaron unos cuantos pitidos, pero luego quedó mudo; también la puerta de entrada seguía entreabierta y de vez en cuando se oían fuera voces de gente que subía y bajaba, y veía apagarse y encenderse la luz de la escalera… Pero al final se hizo un profundo silencio y empecé a oír algunos ruidos provenientes de los otros pisos, las noticias de la radio o de la tele… pero sobre todo se oía el viento que no dejaba de rugir allí fuera.

—No, no me moví ni toqué nada… como si algo dentro de mí, mamá, me paralizara de tal modo que no pude sino quedarme en aquella casa extraña en la que me había colado por la fuerza. Me obligué a mantener los brazos cruzados porque, además, no quería dejar allí ni la más mínima huella, porque si finalmente le daba por colgarse que no vinieran luego a complicarme a mí la vida con acusaciones, como si…

—Que me acusaran…

—No sé, mamá, pensé en que hasta podrían inventarse pruebas contra mí… como que no lo había impedido o que lo había animado a hacerlo…

—No lo sé, no lo sé, ¡no lo sé! ¿Por qué insistes, mamá, en escudriñar dentro de mí de esa manera? Lo único que sé es que me quedé allí en aquel sillón de un rincón del salón y que después de mucho rato tuve hambre y sed porque llevaba desde el mediodía sin comer ni tomar nada. Y aun con todo no me levanté ni me moví, y aunque había allí mismo un cestito con caramelos no cogí ni uno, ni

siquiera me quité el jersey aunque estaba medio asfixiada de calor; miraba todo el rato la pantalla negra del televisor que tenía delante y, cuando no, volvía a leer una y otra vez las mismas líneas de un libro que estaba abierto en diagonal frente a mí y que ni siquiera me atreví a poner derecho, algo acerca de los distintos barrios de la antigua Jerusalén, hasta que con el paso de las horas y el silencio que reinaba ahora en el edificio noté como si una mano oculta me estuviera embalsamando como a una momia y empecé a dar cabezadas en aquel sillón como si fuera el lugar definitivo en el que me iba a quedar hasta el final de los tiempos; incluso estaba dispuesta a reconciliarme con la idea de que el señor Mani ese se estuviera balanceando allí en el aire colgado de la correa de la persiana. Me quedé como un fósil, esperando a que el autor o el director volviera, y entonces, aproximadamente hacia la medianoche, cuando ya estaba completamente aturdida, lo vi salir de la habitación pero ahora completamente diferente: no ya con aquel albornoz un poco roto, sino vestido, con un jersey y unos pantalones, y hasta peinado, y ya no parecía una fiera abatida, herida y acorralada que se está preparando el patíbulo, sino alguien que ha despertado y se ha adueñado de la situación. No pareció sorprendido ni enfadado al descubrirme allí, sino que ahora me miraba con una especie de sonrisa, un poco confuso. Empezó por cerrar la puerta de entrada que seguía abierta y, después, devolvió el auricular del teléfono a su sitio, para dirigírseme luego, muy educadamente, y preguntarme cómo me llamaba y qué era lo que en realidad quería de él…

—Por lo visto no me había escuchado al principio…

—No, mamá, espera, espera, de verdad que no son fantasías mías…

—Espera, mamá, espera… por qué te adelantas…

—Cada detalle no, pero… también los detalles son importantes…

—Pero ten paciencia, por Dios, espera…

—Lo he dicho por decir…

—No, los demás días los resumiré…

—No, no dijo nada del forcejeo que habíamos tenido antes, como si ni siquiera nos hubiéramos tocado un pelo… Y yo, claro está, volví a comunicarle la misión con la que me había enviado Efi, y por fin él lo entendió, aunque no pareció muy decepcionado al oír que a Efi no iban a darle permiso para que fuera a la sepultura de su abuela por el mes de duelo. Aunque lo que sí hizo fue preguntarme más detalles acerca de Efi, como si yo tuviera que saber de su hijo más de lo que él mismo sabía, y entonces le conté también lo de las gafas, que se le habían roto estando allá en el Líbano, y ante eso sí pareció preocuparse y enseguida me dijo que quizá podría encontrar otro par. Y con toda naturalidad, como si nada hubiera pasado, me invitó a pasar a la habitación de la que antes me había echado con tanta furia, solo que ahora la habitación estaba ordenada y tenía un aspecto más normal: la cama estaba hecha, las sábanas dobladas, los periódicos reunidos en una pila y, lo principal de todo, la persiana, estaba ahora subida, la caja de arriba cerrada, y la correa, que antes caía allí con aquel lazo, había desaparecido por completo, había sido devuelta a su lugar, y al otro lado de la ventana se veían los árboles agitándose movidos por un viento invisible. Empezó a rebuscar en los cajones hasta que encontró dos o tres pares de gafas y se preguntó de quién serían, si serían de Efi, y hasta se volvió hacia mí para preguntarme si reconocía algo que pudiera identificar sus gafas y al final las metió todas en una bolsita de tela diciendo: «Toma, mándaselas al Líbano, quizá le sirvan de algo hasta que salga de permiso». Y de pronto me pareció que ya no tenía tanta prisa por deshacerse de mí, porque clavándome una profunda mirada me preguntó de repente: «¿Pero de qué te conozco? ¿De qué me suenas?». Y cuando le recordé con una ligera sonrisa que había estado allí en su piso hacía tan solo un mes, cuando los siete días de duelo, no quedó satisfecho con la respuesta, pues por lo visto no se acordaba de mi anterior visita, por lo que siguió insistiendo en que me había conocido anteriormente. Y lleno de curiosidad intentó averiguar si yo no había estado viviendo antes en Jerusalén, y empezó también a indagar acerca de toda nuestra familia, por todos

los costados, a preguntarme por ti y por papá, y quiénes fueron vuestros padres, de dónde eran y si no había ningún jerosolimitano entre ellos. Resultó muy raro, mamá, que empezara de repente a hacerme aquel pesado interrogatorio acerca de la familia cuando era ya la medianoche, como si el reloj no existiera, como si estuviéramos por completo fuera del tiempo. Pero como yo no sé gran cosa sobre nuestra familia y estaba muy cansada, al final, pero después de mucho rato, mamá, se me escapó… es decir… otra vez… ¡Qué se le va a hacer!

—Exacto, sí, que nuestro padre también había caído en la guerra…

—Ya sabía que ibas a decir eso, pero de verdad que esta vez no quería contarlo… ¡Pero si me lo había jurado a mí misma, a mí misma, dejar de soltarlo en todas partes!

—Eso es muy fácil de decir… muy fácil de decir…

—Claro, tú lo sabes todo de antemano…

—No…

—No, no, pero empieza a ponerme muy nerviosa que estés siempre tan segura de que sabes con antelación lo que voy a hacer o a decir, pero espera, espera, que te vas a quedar de piedra esta noche… Verás qué sorpresa…

—Espera… ten un poco de paciencia…

—Sí, una sorpresa…

—¿Cómo que y qué? Pues entonces, mamá, qué se le va a hacer, todos sienten compasión…

—¡Qué va! Quizá al principio, pero hace ya mucho tiempo que no me hace ninguna gracia, hasta me molesta que en cuanto se enteran todos se sientan mis protectores, incluso él, aunque reconozco que con mucho tacto. Empezó a mostrar preocupación y a decir que cómo iba a marcharme con un tiempo tan malo a Tel Aviv y estando seguro, como estaba, de que pronto empezaría además a nevar. Así que salió de él que me quedara a dormir en su casa, diciéndome que por la mañana ya me llevaría a la estación de

autobuses o al tren; y aunque sabía que tenía razón seguí dudando, para que se convenciera a sí mismo de lo que decía, y entonces empezó a arreglar aquel cuarto en el que tan salvajemente había luchado conmigo, pareciendo querer demostrarme que el patíbulo que había desaparecido no había existido nunca… Y antes de que me hubiera decidido me ofreció enseguida la cama de la abuela…

—No, Efi no tiene habitación en ese piso, de verdad que era la habitación de la abuela muerta, lo noté desde el momento en el que puse los pies allí.

—No sé; por lo que quieras, por todo, por los muebles, por los cuadros que colgaban de las paredes, por una muñeca antigua y extraña, una bailarina turca con unos bombachos brillantes y un turbante, por los vestidos y las batas que seguían colgados en el armario. ¡Si hasta las sábanas que puso estaban amarillas de tantas lavadas! De uno de los cajones, además, sacó un camisón y me lo dio: un camisón que también era muy viejo, de franela gruesa y plagado de flores rojas, que se veía que estaban bordadas a mano porque eran todas distintas unas de otras. Y por un momento, mamá, sentí un extraño escalofrío; no por la abuela ni por el camisón, sino porque me pareció que él se alegraba de que me quedara a dormir allí por el solo hecho de ver que alguien volvía a ponerse aquel camisón…

—¿Te has vuelto loca?

—¡Qué va! ¿Cómo puedes pensar eso, mamá? Yo ya me había metido en la cama y estaba completamente tapada cuando él entró en la habitación para bajar la persiana y preguntarme si me estaba bien el camisón, y me di cuenta de que me miraba con cierta alegría, porque me puso muy buena cara. Y con toda facilidad, con una sola mano, bajó la persiana que estaba subida, quizá simplemente para demostrarme que aquello no había sido una horca sino tan solo una persiana estropeada…

—Pero si no me lo había imaginado…

—Lo había visto…

—Sé perfectamente lo que vi…

—Pero espera, ¿por qué no tienes un poco de paciencia?

—¿Y qué? Tenemos toda la noche por delante…

—Pero si has dicho que no ibas a ir a la fiesta de Año Nuevo…

—Pues, ¿por qué estás tan tensa?

—¿Por toda esta historia?

—Supón que sí, ¿y qué?

—Sí, eso es, mamá, no me importaría… ¿Por qué no? Si Efi se había metido en la cama de nuestra abuela con toda naturalidad, ¿por qué no iba yo a meterme en la cama de la suya?

—Quizá. Y si fuera eso, ¿qué pasa? Había pasado ya un mes de aquello y, ¿qué podía quedar allí? Además la muerte no es una enfermedad contagiosa ni nada sucio como la vida… Qué raro, mamá, parece que ahora, de repente, eres tú la que empieza a creer en los fantasmas.

—Nunca, de la forma más natural, y sabes muy bien que siempre me he sentido atraída por dormir en las camas de la gente mayor, quizá todavía por el repulsivo recuerdo que me ha quedado de dormir en la casa de los niños aquí en el kibutz… Por eso también allí me metí en aquella mullida cama, y enseguida me quedé dormida, sin problemas, a pesar de que él seguía vagando un poco intranquilo por el piso y también el viento, fuera, soplaba ahora con mucha más fuerza. Pero al cabo de una o dos horas me desperté, mamá, completamente aturdida, aunque sobre todo con una sensación de hambre tan inmensa que no la podía acallar, como si ese ser dentro de mí hubiera empezado ya a roerme las mismísimas paredes del vientre, y sentí necesidad de levantarme de la cama y de ir a buscar enseguida algo para comer. Y así fue como empecé a andar por el pasillo, a tientas, como si estuviera en un oscuro vagón de tren, y pasé deprisa por delante de la puerta de su habitación que estaba cerrada, hasta que llegué a la cocina. Pero no encendí la luz, ni siquiera abrí la nevera; encontré allí una barra de pan y corté unas rebanadas, les eché aceite, les eché sal y unas especias que encontré por allí y me las comí con una terrible voracidad, quizá la

mitad de la barra, hasta que estuve completamente saciada; pero cuando volví por el pasillo vi que su puerta estaba entreabierta, como si me hubiera estado esperando allí. Entonces me detuve un segundo, mamá, y lo oí adormilado llamándome por mi nombre muy bajito, como si me considerara ya una más de la familia, queriendo saber si había empezado a nevar. Y entonces, no sé por qué, me dio mucho miedo de él…

—No lo sé, temí quizá que volviera a forcejear conmigo y no pude contestarle nada, sino que me metí en la cama y di muchas vueltas hasta que logré volverme a dormir. Y por la mañana, a las siete y media, cuando entró en la habitación a despertarme, parecía ya muy impaciente; iba vestido así, como muy elegante, con un traje negro y una corbata negra, porque en realidad es juez, juez de primera instancia, según me dijo, y luego hasta pude ver cómo trabaja…

—Enseguida, enseguida, por orden, déjame que te lo cuente por orden…

—Ten paciencia, mamá. Entonces, cuando me despertó, dejando que entrara luz en la habitación y tocándome suavemente en el hombro, la primera cosa que dijo fue: «Perdóname, yo he tenido la culpa de que hayas pasado hambre esta noche, se me olvidó ofrecerte de cenar ayer».

—¿De eso? Ni palabra, mamá… ni mentarlo, ni una palabra todavía…

—Porque no quería que perdiera la confianza en mí, que pensara, ¿quién sabe?, que quizá yo no había ido a Jerusalén por la misión que me había encomendado Efi, sino con la oculta intención de chantajearlo…

—¡Yo qué sé…! Alguna promesa relacionada con el niño… o dinero…

—¿Cómo podía saber yo lo que pensaría él…? Quizá para un médico… O al revés, para un aborto… Por eso tuve mucho cuidado en no decir nada; al contrario, procuraba estar todo el rato alegre, también mientras lo miraba estando él allí de pie, tan sereno,

untándome queso de cabra blanco en una rebanada de pan negro, con la mirada pendiente de la ventana para ver si las gotas de lluvia se convertían en copos de nieve, mientras yo no podía dejar de pensar por un solo momento que ese hombre había intentado destruirse, como una fiera desesperada…

—No, solo se lo insinué muy vagamente… para que se mantuviera en guardia… Así, como inocentemente, le dije a propósito: «Veo que ha logrado reparar la persiana que ayer tenía la correa rota», porque quería estar segura de que no solo supiera que yo lo había visto, sino de que también lo había entendido todo…

—No, no contestó, solo asintió con la cabeza y se quedó callado… Después pareció sonreír ligeramente para sus adentros y empezó a meterme prisa para que me fuera y, de repente, mamá, me pareció que aquella amabilidad suya tan educada no era en realidad más que una treta para asegurarse de que de verdad me marchaba de Jerusalén, de que no pensaba quedarme por los alrededores para seguirlo. Y por eso, por lo visto, se inventó no sé qué asunto urgente que tenía que resolver en un barrio que está junto a la estación central de autobuses, y todo para poderme llevar de paso y dejarme en la mismísima estación. La verdad es que en un primer momento pensé que ya estaba, que lo que tenía que hacer era volver a Tel Aviv porque ya había perdido bastantes clases con aquella extraña aventura, pero por el camino, avanzando en su coche lentamente bajo la lluvia, entre los terribles atascos, empecé a observarlo, desde donde estaba a su lado, en medio del profundo silencio que reinaba entre los dos, y vi a un señor sefardí muy deprimido, que parecía estar muy solo y al que le olía el aliento a vino añejo. Y entonces, mamá, me encontré pensando, «mira por dónde, este va a ser el único abuelo que tendrá esa fórmula humana que se mueve en el líquido que flota dentro de mí, ¿por qué no conocerlo un poco mejor?». Y empecé a instigarlo para que hablara de sí mismo, y hasta mencioné el libro ese que habla de los barrios de la vieja Jerusalén del que había leído una página en diagonal junto a la estatuilla del caballo. Y él, enseguida se animó y empezó a

hablar del libro, que estaba leyendo con gran placer, y habló también de ese barrio, de Kerem Abraham, hacia donde se dirigía en aquel momento, de una casa vieja que les tiene alquilada a unos inquilinos, una casa que le quedó en herencia del abuelo de su padre, un hombre que había sido un famoso ginecólogo de Jerusalén hace noventa años y, allí, en aquella misma casa, así se lo habían contado, había habido también una especie de clínica de maternidad a la que las mujeres de Jerusalén, tanto las judías como las árabes, iban a dar a luz. En cuanto pronunció esas palabras, fue de repente como si me estallara el corazón, mamá. Me sonrojé de emoción, y aunque estábamos allí atrapados en un atasco bastante grande no lejos de Binyanei Haumá y alrededor estaba todo gris y una irritante lluvia resbalaba por las ventanillas, sentí que todo ese encuentro con él era una incomprensible predestinación, el hecho de que él me estuviera llevando a un lugar en el que hacía cien años muchas mujeres habían ido a dar a luz, por lo que me pareció de lo más natural sentirme atraída hacia allí, querer ver aquel lugar. Pero a él lo turbó un poco, le sorprendió mi petición y dijo: «Pero si allí no hay nada que ver, ahora no es más que una casa con unos cuantos apartamentos a la que voy solamente a renovar el contrato de arrendamiento a los inquilinos». De ahí, por lo visto, proviene el dinero que le envía a Efi cada mes para ayudarlo en los estudios. Pero yo me empeciné, casi le supliqué que, si no la casa, quizá por lo menos valía la pena ver el barrio, pero él volvió a intentar disuadirme, quiso convencerme de que no había nada que ver, que el barrio se había convertido simplemente en un barrio de ultraortodoxos vestidos de negro, que no había nada interesante para ver allí; pero yo seguí insistiendo, mamá, porque de repente aquello se convirtió para mí en algo muy importante, y a él no le quedó más remedio que acceder, no podía echarme del coche así, sin más, y por eso no se detuvo en la estación central sino que siguió hacia ese barrio de apretadas casas que, aunque es verdad que está inundado de religiosos vestidos de negro, parece extrañamente estar lleno de vida y de colorido. Allí aparcamos en

una de las calles junto a una casa vieja de piedra que no parecía nada pequeña, una casa de dos pisos y tejado de tejas rojas, y él, que pareció de repente sentirse desconcertado, dijo: «Esta es la casa, ves, no hay nada que ver», y después me pidió con delicadeza que lo esperara fuera y que no entrara con él, porque allí vivía una gente muy observante que no entendería exactamente quién era yo y qué es lo que hacía allí con él… Me reí para mis adentros, mamá, como si él supiera ya quién era yo, pero accedí a esperarlo fuera y él dijo: «Puede llevarme bastante tiempo, si te cansas puedes tomar desde aquí el autobús hasta la estación central», y volvió a amenazarme con la nieve que estaba a punto de empezar a caer y que podría impedirme salir de Jerusalén. Después me dio la mano en señal de despedida, mientras me pedía perdón por todas las molestias que me había causado por tener descolgado el teléfono, y enseguida desapareció por el portón de hierro de la casa. Empecé a andar un poco por los alrededores y a imaginarme cómo habría sido todo aquello hace cien años, segura de que no habría estado rodeado más que por campos desérticos, como aquí, y empecé de nuevo a pensar en el bebé, en que, desde el momento en que naciera, aquella vieja casa le pertenecería también a él y, en realidad, a través de él, también un poco a mí, y es que en el kibutz no hay ninguna casa que nos pertenezca de verdad, mientras que aquello era una casa entera con un tejado rojo y todo. A mi lado pasaba gente todo el tiempo, muy deprisa, religiosos solitarios con fundas de plástico transparentes cubriéndoles los sombreros, sujetando los negros paraguas cerrados como si fueran fusiles. Las gotas de lluvia se hicieron de repente pegajosas, como alargadas, viscosas, pero supe que aquello todavía no era nieve, aunque yo nunca había estado en la nieve. Entonces entré en la casa propiamente dicha, en un portal estrecho y oscuro en el que había cochecitos de niño sujetos a la barandilla. Y a un lado varios buzones sin tapadera. Y subí arriba, al segundo piso, hasta un pasillo que se veía que en realidad había sido antes una terraza de la casa original, en la que se notaba que habían derribado y construido

tabiques sin orden ni concierto, cambiándole toda la estructura, y empecé a pasar por delante de puertas que no estaba claro si daban a pisos o a simples trasteros, y por un momento se me pasó por la mente una curiosa idea: que quizá mi señor Mani se había colado en cualquier cuartito de aquellos para ultimar su suicidio sin ser molestado. Seguí por el pasillo, que llevaba a unas escaleras traseras por las que se baja a un pequeño patio interior embaldosado de piedra, rodeado de pequeños pisos y habitaciones y, en un trozo en el que queda la tierra al descubierto, vi que un alma cándida intentaba hacer que creciera algo en medio de tanta piedra. Resultaba conmovedor, mamá, ver cómo esos habitantes de la ciudad habían plantado además pimientos y tomates en tinas y en unos orinales grandes y viejos. Enseguida noté que me observaban desde todas partes; las ventanas empezaron a abrirse y a asomar cabezas y, al final, entró en el patio una mujer joven embarazada que intentó, disimuladamente, averiguar a quién andaba yo buscando. Y cuando le dije que solo estaba esperando al dueño de la casa pareció, de repente, muy preocupada porque creyó que yo había ido allí con la intención de alquilar un piso y enseguida empezó a explicarme que me equivocaba, que allí no había ningún piso libre, y se notaba, mamá, con toda claridad, que veía con horror que alguien como yo quisiera alquilar allí un piso. Eso me irritó bastante, por lo que le dije: «Pero quizá vaya a quedar alguno libre», y ella volvió a repetir: «No, imposible, hay una larga lista de espera y ninguno de los inquilinos quiere marcharse». Y enseguida entendí, mamá, que mi presencia le resultaba molesta y que ni siquiera podía soportar la idea de que me interesara por un piso para mí en aquel lugar en el que todos eran religiosos, y vi que le hacía señas a otras vecinas para que acudieran a convencerme de que nunca quedaría allí un piso libre. De pronto me pusieron muy nerviosa y les dije: «Estoy esperando aquí al señor Mani, he venido con él», y entonces me dijeron: «¡Pero si el juez ya se ha ido!». Yo corrí hacia la calle y vi que era verdad, que el coche había desaparecido, y pensé: bueno, por lo menos no se ha suicidado, solo

ha huido de mí. Y a partir de ahí la verdad es que ya ni sé, mamá, lo que me pasó para decidirme a seguir persiguiéndolo…

—A Migrash Ha-Rusím, donde están los juzgados…

—¡Y dale…!

—Sí, te oigo… ¿No podrías tener una idea más original?

—Bueno, pues supongamos que tienes razón, mamá, y que es verdad que todavía me paso el tiempo buscando un padre, como te han enseñado a pensar según esa trivial teoría psicológica, que se queda en la teoría, que no llega más allá de la superficialidad del subconsciente y que hace agua por todas partes. ¿Entonces qué? ¿Por qué lo he elegido precisamente a él? ¿Por qué al señor Mani ese? Mil veces al día tendría ocasión de encontrar un padre, si quisiera. De la noche a la mañana puedes encontrar ese tipo de hombres mayores y hasta te juro, mamá, que no siempre quieren acostarse, algunos quizá ni siquiera serían capaces de hacerlo, sino que estarían dispuestos a contentarse con unas pocas caricias y unos cuantos besos, con tal de que se les diera la oportunidad de ofrecer un poco de protección y afecto. Así que, ¿por qué iba a ir precisamente a Jerusalén en busca de uno y por qué iba a ser el elegido precisamente el deprimido del señor Mani? ¿Qué puede ofrecerme él que otro no tenga? No, lo siento, mamá, tendrás que buscarte otra teoría…

—¡Es asombroso! ¿Ahora hablas de eso? Y todo el rato has sostenido que no eran más que imaginaciones mías…

—¿Pero eso qué tiene que ver con nuestro padre? Ahora no lo entiendo…

—No entiendo nada…

—No entiendo nada…

—Me asustas ahora…

—Vale, pero después, después… te lo suplico, dame tiempo antes de empezar a bombardearme con tus interpretaciones…

—Vale…

—Vale…

—Vale, después, hablaremos de todo, durante toda la noche, de todo lo que quieras, pero solo después de que hayamos terminado con esta historia. Primero deja que te cuente todo esto, hasta el final, porque todavía me parece seguir allí, mamá, en aquel barrio, en Kerem Abraham…

—Sí, eso es…

—Sí, bajando desde la base militar de Majané Schneller, que ¿sabes lo que era antes?

—No, antes de eso…

—No. Un hospicio alemán…

—Exactamente, a tu izquierda, a la izquierda; pues desde allí, esa misma mañana, en lugar de tomar directamente el autobús hasta la estación central y marcharme enseguida a la llanura para volver a la universidad, me decidí por la dirección completamente opuesta, por la dirección contraria…

—Contraria a lo que en realidad habría tenido que hacer, es decir, volverme a Tel Aviv y correr a la universidad a prepararme para los exámenes; pero en lugar de eso volví a adentrarme en Jerusalén, fui a Migrash Ha-Rusím, y allí, en medio del frío y la lluvia, entre los viejos edificios de los juzgados, en los interminables y oscuros pasillos por los que se movían apresuradamente gentes con togas que precisamente se mostraron muy afables y simpáticos y me ayudaron a encontrarlo, al señor Mani, que ya había tenido tiempo de sentarse en su juzgado, en una sala minúscula que al principio me hizo mucha gracia porque no sabía que existieran salas de juzgado tan pequeñas: una habitación quizá del mismo tamaño que esta, en la que habían colocado tres o cuatro bancos frente a una especie de cátedra un poco elevada, negra y gigantesca, y allí arriba, de espaldas al ventanal, que por sus gruesas paredes formaba una especie de gigantesca hornacina, lo vi sentado ya, envuelto en una toga y juzgando. En cuanto me vio entrar así, con la cabeza gacha colándome en la sala, apartando los abrigos húmedos que estaban allí colocados y sentándome en el último banco detrás de los abogados y el acusado, se puso muy nervioso, se ruborizó, se quitó

enseguida las pequeñas gafas de lectura y miró a su alrededor muy preocupado para ver si los demás se habían dado cuenta de quién había entrado: pero de la misma manera que se había alterado se rehízo muy deprisa y después, a lo largo de toda la mañana, me ignoró por completo y siguió llevando los casos, con firmeza pero no sin cierto sentido del humor que yo ni había imaginado que pudiera tenerlo. Era especialmente sarcástico y mordaz con los abogados, que hablaban antes que él, y solamente cuando el acusado se ponía en pie para hablar parecía estar dispuesto a escuchar un poco más pacientemente; cerraba los ojos, y todo el rato se tiraba y retorcía su corta barba de duelo a la que, por lo visto, no había conseguido acostumbrarse todavía…

—Sí, estuve allí sentada unas cuantas horas, hasta el mediodía…

—Puede llegar a ser muy interesante, mamá, y además había cierta tensión suspendida en el aire todo el rato, cuando la gente se identificaba ante el juez, y cuando el fiscal leía los cargos y los acusados contestaban si reconocían o no la acusación… Y había también pequeños regateos entre los abogados sobre todo tipo de detallitos y nimiedades ridículas que no me decían nada y se acercaban a la cátedra a entregarle constantemente documentos, hasta que al final perdía la paciencia, suspendía la sesión y se encerraba con los abogados en su despacho que está al lado de la sala, de manera que a veces, mamá, me encontraba sola en aquella salita. Una vez me quedé sola sentada detrás de un árabe que estaba acusado del robo de un documento de identidad judío, y que de pronto se dio la vuelta y se puso a hablar conmigo…

—No sé lo que me paralizó allí… pero de nuevo, mamá, sentí como si me estuviera cayendo en un lugar muy profundo y no pudiera moverme de donde estaba. ¡Además, fuera hacía un tiempecito asqueroso! Desde la ventana se veía que la lluvia no solo es que no parara ni un momento, sino que además arreciaba y el cielo se volvía cada vez más gris y más bajo; y también es verdad que a ninguno de los que estaban a mi alrededor les importaba mucho que yo estuviera allí sentada, porque nadie se podía ni llegar

a imaginar que yo hubiera llegado allí con la intención de vigilar al juez que, por otra parte, parecía estar muy lúcido y animado, sin tener la más mínima intención de suicidarse, hasta el punto de que empecé a pensar lo que tú ya estás pensando ahora, que todo lo que había pasado por la noche en su piso no había sido en realidad más que un error, una alucinación mía…

—Espera… espera…

—No, no daba ninguna señal… ni siquiera una mirada; siguió como si nunca me hubiera visto, hasta el mediodía. En el mismo sitio, petrificada. Después de que hubiera pasado un buen rato desde que se marchara con los abogados al despacho, tanto que hasta el último acusado se había hartado yéndose también, me quedé sola en la pequeña sala, mirando la lluvia que ya había empezado a convertirse en granizo y lanzaba sus partículas de hielo contra la ventana, y pensé para mis adentros: «Pero por Dios, Agar, ¿qué demonios haces aquí? Allí, en la universidad, en Tel Aviv, la vida sigue su curso». Solo que entonces, mamá, empezaron a sonar las campanas de la cercana iglesia rusa y la habitación se llenó de aquel pesado sonido, como si algo primitivo y solemne la inundara, y de nuevo, mamá, volví a tener la extraña sensación que ya había tenido antes, en su portal, eso que ya te he contado…

—Sí, exactamente, que todo el rato había alguien a mi lado que me observaba y que escribía lo que tenía que hacer, o que me filmaba…

—Sí, exactamente, esa sensación tan rara…

—No veo motivo para sonreír…

—¿Por qué van a ser delirios de grandeza? A mí no me lo parece, al contrario, porque me refiero en el sentido de que no se trataba solo de lo que me estaba sucediendo a mí, particularmente, sino también a otras personas. Me daba la sensación de que yo no tenía que darme prisa por marcharme corriendo a ocuparme de mis pequeños asuntos pendientes, sino que tenía que ser paciente y ver qué es lo que significaba todo aquello, aunque solo fuera por Efi, y por el niño…

—Espera… espera… ¿por qué estás tan impaciente esta noche…?

—No te preocupes, que no me ha pasado nada malo… Total que cuando por fin me levanté y me asomé a su despacho para ver qué pasaba, lo encontré completamente desierto. La sala estaba ordenada y su abrigo y su cartera habían desaparecido, es decir, que mi señor Mani había vuelto a huir. Pero decidí no darme por vencida, mamá, así es que salí muy deprisa afuera, hacia los oscuros pasillos y empecé a buscarlo. Volví a preguntar por él a los de las togas, hasta que lo encontré envuelto en su grueso abrigo, junto al portón, la toga doblada sobre el brazo, charlando amistosamente con un fiscal joven que antes se le había enfrentado, mientras esperaban, por lo visto, a que dejara de granizar. Al principio dudé si acercarme a él, pero fue él quien me vio, me saludó muy efusivamente, me tomó de la mano y me llamó por el nombre preguntándome enseguida: «¿Qué, cómo he estado?» Y luego que qué me había parecido, que si me había gustado, y hasta me presentó al joven abogado que tenía al lado como la novia de su hijo Efraím, y yo, mamá, no sé qué es lo que me pasó en aquel momento pero de repente se me llenaron los ojos de lágrimas. Quizá fue porque dijo mi nombre, o porque estaba tan amable, pero la verdad es que quise abrazarlo, pegarme a su enorme y peludo abrigo, mamá, y si de verdad ha habido un momento… uno solo… durante todos estos días, en que quizá… quizá… lo reconozco… que puede que haya pasado por mi mente ese pensamiento, tan agradable, lo reconozco, de que él podría haber sido… es decir, por un momento, como… quizá…

—Quiero decir… consolarme de esa sensación de profundo desamparo que quizá sea verdad que siempre llevo conmigo…

—Sí, como… como una especie de padre… pero solo por un momento, nada más, créeme…

—Pues no, y eso era precisamente lo que más me despistaba, mamá, porque parecía que también él lanzaba constantemente unas ocultas señales de auxilio; parecía que me estuviera susurrando: sí, tienes razón, lo que viste anoche no fue un error sino algo que

puede llegar a suceder en cualquier momento, no te vayas, mientras que a la hora de la verdad era como si quisiera constantemente deshacerse de mí. De nuevo propuso por iniciativa propia llevarme en el coche a la estación central de autobuses, como para asegurarse de que esta vez era verdad que me marchaba de Jerusalén, así que abrió el paraguas y salimos juntos, me abrió la portezuela del coche muy caballerosamente, como a una dama, y por el camino, como para compensarme por querer deshacerse de mí tan apresuradamente, se detuvo en una calleja del mercado de Majané Yehuda y me llevó a un restaurante para que comiera ese *humus* tan especial que preparan en Jerusalén, con un huevo duro picado en el centro. Siguió siendo muy amable y cariñoso conmigo, aunque a ratos parecía apagarse, como si se le fundieran unas luces que llevara dentro y cayera en un abismo durante un rato, hasta que luego volvía a animarse y empezaba otra vez a hacerme preguntas, pero sin estar realmente interesado por lo que le contestara, sobre todo acerca de Efi, como si yo tuviera que saber más cosas que él de su propio hijo. Y por un momento, allí, en medio de aquel bullicio, del ruido y del frío de perros que hacía, sentí la tentación de contarle lo que le esperaba dentro de unos meses de ese pequeño vientre al que él estaba alimentando con aquel *humus*, pero enseguida logré dominarme y no dije nada. Cuando salimos del restaurante me llevó en el coche hasta la mismísima estación central de autobuses y, no contento con eso, se bajó a comprarme el billete y me llevó como a una niña retrasada hasta el andén, me puso en la cola y, sin separarse de mí, se quedó esperando pacientemente hasta que hube subido al autobús. Esperó incluso hasta que el autobús se puso en marcha, y a mí me resultó muy agradable que se ocupara tanto de mí, por lo que me dejé llevar, y la verdad es que además yo ya quería volver a casa y dejar toda aquella persecución en medio del frío y de la lluvia; aunque también fue un poco humillante ver cómo se tomaba tantas molestias para asegurarse de que yo me marchaba de Jerusalén, como si me considerara una loca que se había entrometido en su vida… en vez de verme como a una inocente

emisaria que había llegado allí con las mejores intenciones del mundo…

—Espera…

—No, un momento, espera, mamá…

—Sí, eso es, hace dos días, el miércoles por la tarde, me marché de Jerusalén…

—Sí, exacto… me fui… Fuera arreciaba la tormenta y la gente en el autobús no dejaba de repetir a mi alrededor: «Acabará por nevar… tiene que nevar…». Mientras, yo pensaba para mis adentros, ya está, se acabó, dejémoslo, qué me importa, quizá no hayan sido más que imaginaciones mías y además tengo que volver a casa, de todas formas no voy a poder seguir corriendo detrás de él toda la vida. El autocar empezó a alejarse a toda velocidad de Jerusalén, cuesta abajo, y todo a nuestro alrededor aparecía húmedo y cubierto por la niebla. Al llegar a la cuesta del Castel me dio la sensación de que entrábamos realmente en el mismísimo interior de una nube que se hubiera posado allí; no se veía nada a nuestro alrededor, y entonces, de pronto, cuando seguíamos bajando, vi que el autocar, en lugar de seguir recto por la carretera principal hacia Tel Aviv, torcía a la derecha por una carretera secundaria. Resultó que, en su afán por deshacerse de mí, el señor Mani me había llevado por equivocación a la cola del autocar que recorre los pueblos y no a la del directo. Empezamos a circular en medio de la niebla por las calles de Kiriat Anavím, Maalé Hajamishá y Abu Gosh. Todo estaba muy húmedo, anegado, muy verde, y solo de vez en cuando asomaban frente a la ventana las rocas de alguna loma por entre la niebla. Como el aguanieve seguía azotando pensé: si esto pasa aquí ahora que hemos dejado atrás las montañas, en Jerusalén tiene ya que estar nevando, tal y como se temía el señor Mani, aunque por otro lado parecía que lo deseaba mucho, quizá para poder cerrar a cal y canto su piso de aquel edificio con aspecto de vagón de tren, apagar las luces, encender bien fuerte la calefacción, desnudarse y volver a abrir la caja de la persiana por encima de la enorme cama

de la abuela, sacar la fuerte correa del engranaje, hacer el lazo y empujar el taburete, para matarse…

—Sí, mamá, todavía no había logrado deshacerme de ese pensamiento, y cuanto más nos adentrábamos por los montes de los alrededores de Jerusalén más me torturaba aquella idea. Cuando el autobús salió finalmente de Shoresh, volvió a la carretera principal y empezó de nuevo a avanzar por las suaves vueltas de las boscosas colinas de Shaar Hagai, supe que en unos minutos se lanzaría veloz hacia la planicie costera. Entonces, mamá, algo se rebeló en mi interior y me levanté del asiento…

—Sí, me rebelé contra la desesperación que sentía porque hubiera logrado echarme de Jerusalén en contra de mi voluntad, así es que me levanté de golpe y como atraída por una fuerza invisible me dirigí al chófer y le dije: «Por favor, señor, lo siento, pero tendrá que bajarme en Shaar Hagai porque estoy embarazada y esta velocidad no nos está sentando bien ni a mí ni al niño…».

—Sí, mamá, ni al niño, no sé ni cómo se me ocurrió decir eso…

—Sí, tal cual, ¿qué hay de malo en eso?

—¿Qué es lo que no debería haber dicho?

—Pues no, estuvo muy amable, enseguida aminoró un poco la marcha y después me dijo que me sentara delante, porque allí salta menos. Pero cuando vio que yo insistía, me hizo caso y justo en Shaar Hagai, muy cerca de la gasolinera, paró el autobús, abrió la puerta y me dijo: «Ten cuidado no vayas a resbalarte». El autocar desapareció entre la lluvia y la niebla y a mi alrededor reinó un profundo silencio. Sin vacilar ni un momento, mamá, volví a tomar la dirección contraria, la dirección opuesta. Sin saber qué es lo que me atraía hacia allí avanzaba por entre las ruinas esas, ¿sabes?, al principio de Shaar Hagai…

—Sí. Una vez nos explicaron que aquello había sido una antigua posada turca en la que se detenían los que viajaban a Jerusalén para que descansaran las caballerías. Y allí, en aquel silencio nuevo, vi que ya me estaban esperando… es decir, los mismos de antes, el escritor ese, o el director con la enorme cámara negra, y era como si

yo me hubiera olvidado de que nos habíamos citado allí, mientras que ellos llevaban ya rato esperándome en las terrazas de piedra que había junto a los árboles que chorreaban agua, con la cabeza apoyada en las manos, como tú estás ahora… Y no me mires así, mamá, te aseguro que no me estoy volviendo loca… que… que… sss… alguien llama… no te muevas…

—No te muevas… ¿Quién puede ser?

—Déjalo, no importa… pues no contestes por una vez… ¿Y qué pasa?

—No, no te levantes…

—¿Quieres que lo dejemos aquí?

—Pero, ¿qué hay?

—No… no… tranquilízate… Pero si lo único que estoy intentando todo el rato es explicarte esa nueva sensación que nunca había sentido antes, la de que no estaba sola sino que formaba parte de una historia mucho más larga de la que de momento no se podía saber nada porque solo estaba empezando, pero de la que quizá, con paciencia, podría llegar a dilucidar algo. Y así fue como me fui calmando, mamá, y hasta empecé a disfrutar de las ruinas de aquella solitaria posada, que a pesar de lo conocida que es, porque está al borde de la carretera principal y todos pasan por allí, nadie la conoce por dentro. Empecé a oír cómo caía el agua por todas partes y a imaginarme a los viajeros que en otros tiempos habrían parado allí en su camino de Jaffa a Jerusalén, sobre los que nos habían contado cómo hace cien años se detenían ahí a pasar la noche, y de repente, mamá, sentí que me invadía una gran paz, como si se tratara de una tregua…

—Sí, una tregua ante la vida, ante todas aquellas carreras de un lado para el otro, la universidad, los exámenes y otros quebraderos de cabeza. Habría podido quedarme así sentada, escondida en esa posada, mirando los coches que volaban ante mí en ambas direcciones y pendiente de cómo a lo lejos, en el negro y plomizo cielo del valle de Ayalón, el sol seguía luchando desesperadamente por asomar; pero pensé para mis adentros, aunque todo eso no

haya sido en realidad más que fruto de mi imaginación, ¿por qué no averiguar el asunto hasta el final y estar completamente segura? Ese depresivo señor Mani, si logra comportarse como es debido, será muy pronto abuelo. Así es que acabé por salir de la posada, alcé la mano en dirección hacia las montañas con la intención de parar un coche y a la media hora ya volvía a estar en Jerusalén, viendo cómo un vendaval de auténtica nieve intentaba blanquearle las calles…

—Sí, nieve de verdad, el miércoles por la tarde, ¿no lo dijeron por la radio?

—¡Una maravilla!

—Claro que me acordé de que tú casi nunca has estado en la nieve, por eso no quería perdérmelo, para ganarte en algo por una vez en la vida…

—Nevaba de verdad, pero acababa de empezar, y no se podía saber si llegaría a cuajar en las aceras. Pero a mí me pareció que aquel silencioso revolotear de plumas largas tenía algo de solemne, como si hubiera llegado a Europa, y por eso, para que me pareciera todavía más Europa, fui directa a aquella gran plaza que no queda lejos de la residencia del presidente y empecé a vagar por allí, por las calles que ya conocía del día anterior, para ver cómo las transformaba la nieve; y acabé por llegar hasta la casa del primer ministro, frente a la que había una pequeña tienda de campaña cubierta de pancartas contra la guerra del Líbano. Dentro se ocultaba del frío una pareja, envuelta en una enorme manta de cuadros, y enfrente había una mesa abandonada con una pancarta rota, seguramente de otros manifestantes, estos a favor de la guerra. Seguí andando, mirando dónde se había amontonado la nieve para pisarla, mientras rezaba para que aguantara por lo menos una noche y no se deshiciera enseguida, y sin tener todavía el valor para volver allí porque, ¿cómo iba a justificar mi regreso sin rebajarme? De ninguna manera quería volver a rebajarme ante él, por no darle pie a que pudiera volver a echarme, aunque lo hiciera con la misma delicadeza de caballero sefardí con la que lo había hecho antes. Pero al final mis pasos me llevaron hacia el teatro de

Jerusalén, que volvía a estar completamente a oscuras; crucé los aparcamientos vacíos que quedan un poco más abajo y volví a pasar por el mismo campo de al lado de la leprosería, donde vi, para mi alegría, que la nieve, que se derretía en las aceras y la calzada, había logrado cuajar en la tierra y se amontonaba entre las rocas, y hasta pude hacer una gran bola de nieve y tirársela a un grupo de niños que jugaban allí gritando en medio de un gran alboroto. Seguí luego hasta que llegué a la calle larga donde él vive, pero pasé de largo y me metí en la casa de al lado, para protegerme de la nieve y el frío y entrar un poco en calor, porque el frío me había calado hasta los mismísimos huesos y tenía el jersey completamente empapado de agua; y entonces, de repente, temí que con todo ese jaleo pudiera llegarse a congelar la minúscula cosa que llevaba dentro, que pudiera llegar a destruirlo, y que si no entraba enseguida en algún sitio a calentarme estaría cometiendo un verdadero crimen contra él…

—Sabía que dirías eso…

—Vale, vale, era una excusa…

—Bueno, de todas maneras reconozco que era bastante humillante… aunque la verdad es que en aquel momento yo no pensaba en mí, sino en lo que llevaba dentro. Lo hice por él, pero supongamos…

—Vale, vale, da lo mismo. Total que me rebajé, subí y llamé al timbre. De nuevo no hubo respuesta, pero me dije; esta vez no voy a insistir; me lo haya imaginado todo o no, estoy cansada de él. Así que bajé a la calle para buscar la parada del autobús y entonces reconocí su coche aparcado allí, en la calle, porque tenía la toga tirada en el asiento trasero. Pero todavía, mamá, seguía diciéndome: qué me importa; si de verdad quiere matarse nunca podré impedírselo, porque lo que no puede ser es que me venga cada tarde desde Tel Aviv o desde Mashabei Sadé para salvarlo, por lo que seguí andando, salí de la calle y me encontré en el pequeño y agradable centro comercial del barrio de Emeq Refaím. Había allí un pequeño café en el que entré a comer y a calentarme, y pensé en ti,

en que quizá habrías empezado ya a preocuparte, por lo que lo primero que hice fue llamar al kibutz y dejarle el aviso a ese voluntario alemán que te he dicho; aviso que, por lo visto, no te llegó. Luego me senté junto a la ventana a comer y a tomar algo y después me quedé esperando un poco a ver qué pasaba, simplemente a ver si la nieve acababa de cuajar o no, porque seguía luchando por no desaparecer entre las ruedas de los coches y los pies de la gente que la pisoteaba en las aceras, y era como si la importancia que el señor Mani ese le había dado a la nieve se me hubiera contagiado también a mí, aunque no veía muy bien por qué. Entretanto se hicieron las nueve y en la televisión del café dieron el telediario, que empezó con unos planos de la nieve que revoloteaba por las calles de Jerusalén, y los que estaban en el café lo miraban con gran interés, como si creyeran que aunque la nieve se deshiciera durante la noche, por lo menos lograría permanecer en la tele. Como todavía me daba tiempo, mamá, de volver a Tel Aviv, me levanté para pagar con la intención de marcharme de Jerusalén, pero antes de irme decidí hacer una última y breve llamada telefónica, simplemente para saber si finalmente se había colgado o si todavía seguía dudando; pero otra vez me encontré con lo mismo, la misma historia, no hubo respuesta, por lo que me dije no puede ser que se permita el lujo de volver a empezar con ese horrible juego, a no ser que ya esté muerto, y me reí amargamente para mis adentros pensando: si es así, ya está, ya ha caído el otro abuelo, así es que cuando el pequeño Mani llegue al mundo no se verá rodeado más que de mujeres…

—Porque tampoco Efi estará…

—Porque no…

—Porque no me hago ilusiones…

—No sé… lo presiento…

—En realidad no lo sé, pero no quiero hacerme ilusiones…

—Pero si te lo he dicho, no ha habido ocasión de contárselo, pero estoy segura de que todo eso, lo del niño, no le va a gustar nada.

—Porque creo que tiene otros planes… como salir a estudiar al extranjero, y lo único que le hacía falta es tener que cargar con un niño. Además, ni siquiera sabemos si estamos enamorados o si no ha sido más que…

—No, por favor, mamá, ahora no… hay mucho tiempo… ya volveremos sobre eso, porque ahora quiero seguir contándote… espera… Salí del café y volví por su calle. Entré un momento en el portal, solo para ver si volvía a tener aquella sensación de estar viviendo una situación solemne, para ver si volvía a apoderarse de mí la sensación de no estar sola y de que alguien me dirigía, pero no pasó nada, nadie me estaba esperando, ni escritor, ni director, ni cámara, nada, como si hubiera perdido su favor y a partir de entonces fuera yo la única responsable del menor de mis movimientos y de mis actos. Y entonces, mamá, me entró como una verdadera desesperación, como un inmenso cansancio provocado quizá también por la nieve que agota y hasta adormece a quien no está acostumbrado a ella, y me dije: basta, ha llegado el momento de despedirse definitivamente del señor Mani, por lo que subí las escaleras a oscuras hasta su puerta; pero no llamé, sino que simplemente me senté junto a la puerta, a oscuras, para entrar un poco en calor antes de marcharme. Me sentía un poco enfadada conmigo misma por dejar que todos hubieran acabado por dejarme abandonada allí, junto a la puerta…

—Todos… todos…

—Sí, todos… porque siempre dejo que todos hagan lo que quieran conmigo…

—No importa, déjalo, luego…

—Espera… espera…

—Déjalo ya… lo he dicho por decir… Y entonces, mamá, se encendió la luz de la escalera y vi que subía una señora mayor, regordeta y de aspecto amable, que resultó ser la vecina de la puerta de enfrente de la del señor Mani, y en cuanto me vio sentada apoyada en la puerta no pudo dominarse y me preguntó muy decidida, como sí ya me conociera, como si estuviera segura de que

yo pertenecía a aquella familia: «¿Qué te pasa, has vuelto a perder la llave?».

—Sí, por lo visto me confundió con alguien, o quizá me había visto salir del piso por la mañana, así que le contesté tranquilamente con un «sí» muy bajito, indiferente y pasivo, que bastó, sin embargo, para convencerla y que entrara en su casa a traerme la llave de reserva que ella le guarda a Efi para cuando se la olvida. Me encontré de repente en una situación bastante comprometida, mamá, con la llave del piso en la mano…

—No. Sí. Pues claro que intenté hacer tiempo para que ella volviera a entrar y poder marcharme de allí sin que lo viera, pero se plantó delante de la puerta de su piso y se quedó esperando a que yo abriera la puerta. Así que no me quedó más remedio, mamá, que girar la llave con cuidado, empujar ligeramente la puerta y sonreírle agradecida con la esperanza de que estuviera satisfecha y se decidiera a entrar en su piso; pero ella siguió allí en la oscuridad, observándome con mucho interés, por lo que me vi obligada a entrar y cerrar la puerta tras de mí…

—No, no pensé pasar de la entrada…

—Pues claro, mamá, ¿cómo puedes decir eso…? Mi intención era quedarme un momento junto a la puerta sin hacer ruido y volver a salir enseguida sin que nadie, si es que en realidad había alguien allí, lo notara. Pero de nuevo encontré el piso como la noche anterior, muy caliente, a oscuras y en silencio, y empecé a preguntarme: ¿será posible que esté ocurriendo lo mismo? Parece que estoy volviendo atrás en el tiempo. Este constante ir en dirección contraria está empezando a resultar peligroso, porque en ese momento estaba segura de que todo había terminado y pensé: por lo menos ha tenido el detalle de apagar las luces para colgarse…

—¡No, Dios me libre! ¿Cómo voy a querer asustarte, mamá? ¿Por qué? Solo te estoy contando lo que pensé. Todavía no había visto nada y, aunque conocía el piso, apenas se me habían acostumbrado los ojos a la oscuridad que allí había para poder reconocer algunos objetos conocidos como el teléfono, allí en el salón, la estatuilla del

caballo a su lado, la hilera de pequeñas ánforas griegas en el estante y hasta la puerta cerrada de la habitación de la abuela. Y recuerdo, mamá, que me dije: ya está, Agar, ya puedes pegar el consabido grito de terror, ese grito que te pone los pelos de punta y que la gente siempre espera oír en las películas de intriga, solo que esto no es una película, ni un libro, y nadie te va a oír ni lo va a compartir contigo, sino que gritarás solo para ti, para asustarte a ti misma, así es que, ¿para qué? Pero ya que has entrado hasta aquí, que te han visto entrar y que te interrogarán para ver qué ha pasado, pues por lo menos que sepas qué contestar, así es que vete a ver qué es lo que de verdad ha sucedido. Empecé a avanzar muy despacio por el pasillo, todavía sin encender la luz porque no quería ver de lleno aquella barbaridad, sino solo entreverla entre sombras, aunque conozco a mucha gente que tiene más miedo de la oscuridad que de lo que pueda haber en ella, y finalmente abrí la puerta y enseguida vi que la habitación que había quedado tan limpia y ordenada cuando salí por la mañana volvía ahora a estar…

—No, pero escúchame, por favor…

—No, mamá, tienes que seguir escuchándome, porque no puede ser que estés todo el rato diciéndome que son imaginaciones mías y ahora me dejes a la mitad de esta historia en la que estoy tan metida que empieza hasta a ahogarme… Te digo que la habitación que yo había dejado por la mañana tan limpia y ordenada volvía a aparecer ahora como si hubiera pasado por ella un violento huracán, como si un loco hubiera deshecho la cama, roto las sábanas y tirado ropa vieja por todos los rincones, junto con papeles viejos y fotos viejas. Y otra vez, mamá, como una de esas pesadillas que se repiten, vi allí preparado aquel pequeño patíbulo con los mismos elementos de antes: la persiana bajada del todo, sin dejar ni una sola rendija, y por encima la caja abierta por completo, sin la cubierta y dejando al aire la rueda de hierro de la que colgaba la correa de la persiana que había sido soltada de su enganche y que ahora tenía en el extremo un lazo preparado; y hasta el taburetito, que había desaparecido, volvía a estar en su lugar, todo como la

noche anterior, el mismo decorado para la misma representación, como si todas las noches tuviera que ponerse a prueba a sí mismo, tuviera que acostumbrarse, tuviera que ensayar su propia muerte. Entonces, mamá, empecé de verdad y por primera vez a sentir compasión de él y a querer ayudarlo. Y en lugar de marcharme ante aquella situación, que en realidad era tan íntima y privada, que tienes toda la razón del mundo en que nadie me dio permiso para entrar allí, quise saber qué pasaba, seguir penetrando en aquella especie de contracorriente que me arrastraba continuamente como un potentísimo imán; así que seguí a lo largo del pasillo hacia el interior del piso, hasta el cuarto de baño pequeño que está al lado de la cocina, porque pensé que si se repetía todo exactamente igual que la noche anterior, seguro que en ese momento se estaría lavando, como parte de los preparativos para el suicidio…

—Menos mal que te ríes un poco…

—Sí, mamá, la verdad es que era de risa verme dar vueltas por el piso como una sonámbula, de un lado para otro, buscándolo para librarlo de aquella idea de suicidio que lo obsesionaba. Quizá hasta habría entrado a la fuerza en el cuarto de baño, solo que la puerta estaba ya abierta y detrás de ella había abierta otra puerta que daba a una pequeña galería que yo no había visto por la mañana y desde la que se veía con toda claridad la impresionante silueta del teatro que está al lado de la casa del presidente; y allí, en esa galería en la que dejan, por lo visto, las escobas, los cubos y algunos trastos se encontraba mi querido suicida, el señor Mani, envuelto en su enorme y grueso abrigo, tanto que al principio creí que era un bulto o un armario y no una persona. Estaba allí, de pie, fumándose tranquilamente un cigarrillo al fresco, bajo un cielo que de repente había aclarado un poco, hasta el punto de que incluso ya podían verse en él algunas estrellas. Y estaba tan ensimismado que noté que ni siquiera se había dado cuenta de mi presencia en la casa, por lo que me quedé allí sin saber todavía cómo hacerle notar lo más delicadamente posible mi presencia, cuando, de pronto, se volvió hacia mí llevándose una sorpresa tan grande que se le cayó el

cigarrillo de la boca y lanzó un extraño grito de dolor, como si también él estuviera en una película o en un libro, solo que a él su director le había exigido que gritara de verdad. Pero enseguida me reconoció y rehaciéndose soltó una carcajada y quiso bromear diciendo: «Santo Dios, ¿otra vez tú? ¡Esto es increíble! ¿Otra vez has vuelto? Eres única, ¡qué terca! Pero dime, ¿cómo demonios has entrado ahora en el piso? ¿No me habrás robado antes la llave?».

—Sí, pero sin enfadarse, mamá, de buena manera, como si en el fondo estuviera contento de que hubiera llegado para salvarlo, y empecé a balbucear algo sobre la vecina que casi me había obligado a entrar. Y él dijo enseguida: «Ah, sí, la dichosa señora Shapira, siempre preocupándose por todos…», y había cierto tono de queja en su voz, como si aquella señora se permitiera unas libertades con él que ni siquiera él sabía muy bien a dónde llegaban. Entonces, tranquilamente, estando todavía en aquella pequeña terraza, empezó a hablar de la nieve, como si tuviera prisa por convencerse a sí mismo y también a mí de que yo no había regresado a Jerusalén más que por la nieve, y hasta estuvo dispuesto a justificarme por haberme empeñado en volver, porque ya estaba claro que la nieve que seguía cayendo no aguantaría hasta por la mañana. Además el cielo estaba empezando a despejarse, y el aire, por muy frío que pareciera, no era lo suficientemente frío como para conservar la nieve. Y cuando vi, mamá, lo confuso que se sentía y cómo intentaba disimular, tampoco yo, mamá, me sentí ya con fuerzas, y en lugar de soltarle en la cara la terrible verdad que había descubierto hacía un momento empecé, no sé por qué, también yo a tartamudear un poco y a inventarme que no había vuelto solamente por la nieve sino también para ocupar el lugar de Efi en la ceremonia del descubrimiento de la lápida en el cementerio, ya que no había logrado que le concedieran permiso en el ejército…

—Sí, eso es lo que le dije, porque no quería ni que llegara a imaginarse que llevaba persiguiéndolo todo el día para evitar que se suicidara. Al principio también él pareció muy sorprendido de la explicación que le di, como si hubiera olvidado la ceremonia que iba

a tener lugar al día siguiente, y debía de ser porque si en realidad se veía ya muerto aquella noche no se habría imaginado yendo al cementerio por otro muerto; pero pareció que la idea le fue gustando poco a poco, mi idea, quizá porque quería creer que aquella era la razón por la que yo había vuelto a colarme en su casa tan intempestivamente. Así que, allí en la terraza, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento y solamente añadió, con una extraña sonrisa, que qué lástima que yo fuera una mujer y no un hombre, porque le faltaba para la ceremonia en el cementerio parte de los diez hombres que se necesitan para recitar el *kadish* en público…

—Por lo visto.

—Sí, rarísimo… Yo también creía que la oración a los muertos era algo muy íntimo y que cada uno podía recitarla cuando quisiera, pero por lo visto no es así y hasta intentó explicarme el porqué. Y de repente, mientras él hablaba y yo seguía mirando el campo allí enfrente, junto a la leprosería, cómo se iba manchando todo de sombras blancas de nieve, de repente, te digo, fue como si algo en sus palabras me conmocionara, mamá, y las lágrimas empezaron a ahogarme hasta que me eché a llorar, no sé por qué, allí mismo, en aquella pequeña galería de la parte trasera, entre el cubo, la escoba y las pinzas de la ropa…

—Sí, a llorar de verdad, con ganas, sin poder parar, y aunque sabía que con eso no hacía más que rebajarme ante él todavía más, no dejé de llorar. Parecía como si él hubiera estado esperando que eso sucediera, porque se quedó allí escuchando, fumando otro cigarrillo con toda tranquilidad, sin decir nada, como si además quisiera castigarme un poco por haberlo perseguido tan terca y vilmente durante todo el día, por haberme tomado la libertad de entrometerme de esa manera en su vida…

—Pues no, mamá, no tenía razón…

—No, ni él tenía razón ni la tienes tú ahora, porque lo que vosotros veis como un abuso de confianza o hasta una insensatez, para mí, mamá, no fue más que un deber, un deber que me salió de dentro como una fina telaraña…

—La araña que llevo dentro en este momento…

—Que la fórmula de la vida va transformando…

—Pues eso es lo que nos explicaron en el instituto sobre el desarrollo del feto…

—Te digo que es así… me acuerdo muy bien… teníamos hasta un tablón con fotografías en el instituto de Revivím…

—Pues se te habrá olvidado, o no lo estudiaríais…

—No te preocupes…

—Estoy estupendamente bien…

—¿Otra vez con que son imaginaciones mías? Te lo estás poniendo muy fácil esta noche con eso de que todo lo que te cuento te parezcan imaginaciones mías…

—¿Por qué tienes que buscar lo que no hay?

—Tampoco hay nada que leer entre líneas, solo lo que te quieras inventar…

—Quizá entre las líneas de tus aguacateros, pero entre las de mi historia no…

—Pero si no he querido ofenderte, mamá, por favor…

—Perdona… lo siento…

—Soy perfectamente consciente de lo que hice…

—No me importa, porque lo hice con buena intención…

—¿Qué?

—¿Qué has dicho?

—¡Pero qué dices! Ahora sí que me has matado…

—¡Pues claro que no…! ¿Pero cómo puede ocurrírsete una cosa así?

—Así es que eso es lo que te ha estado preocupando todo el rato…

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Pues tranquila… eso no se me habría ocurrido ni en sueños…

—Qué locura…

—Aunque en realidad, entre paréntesis y solo entre paréntesis, el padre, el señor Mani, es muchísimo más encantador que el hijo…

—No se puede explicar así, en dos palabras… Cuando los conozcas a los dos quizá entiendas lo que quiero decir…

—No, solo se lo insinué muy sutilmente. Cuando volvíamos por el pasillo y pasamos junto a la puerta de la habitación de la abuela le dije, así, con toda naturalidad: «He visto que la persiana de la habitación ha vuelto a estropearse y parece la soga de una horca». Él se rio mucho, se sonrojó y dijo: «Es verdad, y la habitación está también completamente desordenada porque he estado buscando algo, así que esta noche ya no vas a dormir en la cama de la abuela de Efi sino en el salón, en el sofá cama, donde duerme Efi cuando viene a casa de visita». Y así fue como pasamos por delante de la desordenada habitación sin pronunciar ni una sola palabra más, y me condujo hasta el salón, sacó la cama del sofá y volvió a llevarme el antiguo camisón bordado de la noche anterior con unas sábanas que estaban un poco rotas y no supe distinguir si eran las mías o de otro, y sin parecer estar enfadado y en medio de un tranquilo silencio lo preparó todo para que pasara allí otra noche…

—No, ya casi no hablamos más. Era como si hubiéramos establecido un pacto: quizá no exactamente un pacto sino un alto el fuego, de modo que ya no luchó más contra mí, dejó todo el salón a mi disposición, desconectó el teléfono y me advirtió que al día siguiente habría que levantarse muy muy temprano. Yo lo tranquilicé: «No se preocupe, soy de un kibutz del Neguev y allí somos especialistas en madrugones», y él sonrió y cerró la puerta dejándome sola. Me sentía como si ya tuviera mi propio territorio en aquel piso, así que apagué las luces y abrí la ventana para que entrara un poco de aire mientras veía cómo la noche se aclaraba y calmaba; después le di la vuelta a la almohada en la cama y me propuse leer algo pero estaba demasiado cansada, así que encendí la tele, al principio completamente sin voz, hasta que se acabaran las noticias y después subí un poco el volumen para oír la película

que, no sé si la viste, empezó muy bien pero después, al final, degeneró por completo…

—¿Desde el principio? Pues a mí me pareció que empezaba bien…

—No, no quería complicarle más la vida; tampoco sabía si había agua caliente y no quería esperar. Además sabía que por la mañana temprano, directamente desde el cementerio me marcharía volando a Tel Aviv y allí, en casa de la abuela, me daría un buen baño y me lavaría la cabeza, porque también yo empezaba ya a estar un poco harta de mi nueva vida de vagabunda…

—Enseguida iré a bañarme… enseguida iré…

—Pues si el agua está ya tan caliente, apaga un rato el termo…

—Ya iré… enseguida… ya habrá tiempo… Y así fue, mamá, como volví a dormir allí una noche más, y a las cinco de la mañana ya lo tenía de pie junto a la cama, completamente enlutado, con un traje negro, una corbata negra y su barba negra, y solo los ojos tenían la rojez de la falta de sueño. Yo no entendía todavía qué prisa tenía por subir al cementerio tan temprano. ¡Ni que lo estuviera esperando la abuela! En la cocina me tenía ya preparado el desayuno: una barra de pan integral, aceitunas y unos cuantos tipos de queso de cabra y de oveja. Y de pronto, pareciendo muy intranquilo y preocupado, me dijo muy serio, como en tono de advertencia: «Si preguntan allí quién eres, di la verdad, es decir, que eres la novia de Efi, que tenías que venir con él pero que en el último momento no le han dado permiso…».

—Sí, la verdad es que fue muy raro y sorprendente que dijera eso, «di la verdad», como si yo fuera a querer o a poder decir otra cosa, a inventarme algo que hiciera que la gente pudiera sospechar de él…

—¡Y yo qué sé!… Pues que era su nueva amante y que quería pasarlo bien con ella allí en el cementerio…

—No, no le contesté nada, es que no lo entendí bien y me quedé tan perpleja que solo pude asentir con la cabeza; además estaba

todavía medio dormida y me habían empezado otra vez esos nuevos dolores, como unos tirones en las caderas y en el vientre…

—No… Sí, unos dolores como cuando tienes ganas de ir al váter, pero distintos, más fuertes. Serían las seis cuando salimos de casa, y aunque hacía mucho frío todo se había secado, el cielo estaba despejado y solo quedaban algunos restos de nieve en los coches y en las vallas de los jardines. Entonces comprendí por qué habíamos salido tan pronto: porque nos estaban esperando ya dos taxis grandes que tenían que seguirnos para recoger a todos los que querían acompañarlo a la sepultura de su madre… a la ceremonia del descubrimiento de la lápida…

—No, después se lo pregunté, y no eran parientes…

—Sí, y eso que pertenece a una antigua familia de Jerusalén que estuvo en Creta durante un tiempo pero que después volvió; no tiene muchos parientes en Jerusalén, así que recogió sobre todo a mujeres viejas, viudas que habían sido amigas de la abuela y que no querían dejar de asistir a la ceremonia si el tiempo lo permitía y, como lo permitía, pues madrugaron, se vistieron de luto y se enfundaron en sus abrigos. Eran unas viejecitas muy calladas, como las que salen a veces en las películas griegas, como cuervos solitarios esperando en las esquinas mientras el señor Mani las iba recogiendo y llevando respetuosa y amablemente hasta los taxis. De vez en cuando había al lado de alguna viejecita un anciano todo envuelto en bufandas y entonces el señor Mani se ponía especialmente contento, porque renacían sus esperanzas de lograr reunir a los diez hombres que necesitaba para la oración, así que le daba efusivamente las gracias, lo abrazaba con afecto y todos bendecían la suerte que habían tenido con que hubiera dejado de nevar. Así, después de una hora de vagar por las calles de distintos barrios de Jerusalén que empezaban ya a despertar, el señor Mani había logrado llenar los taxis con esas viejas. A nuestro coche subieron el rabino, el marmolista y un chico joven, que resultó ser el abogado que había defendido su caso el día anterior en el juicio, pero el señor Mani seguía preocupado porque todavía le faltaban

tres hombres para poder pronunciar la oración. Y aunque el rabino y el marmolista lo tranquilizaban diciéndole que allí en el cementerio encontrarían a los que le faltaban, no sirvió de nada y dirigiéndose al rabino le dijo: «Se le olvida que es un cementerio viejo que hará ya quizá cuarenta años que no se utiliza…».

—A mí también me pareció muy raro que le resultara tan difícil reunir a diez hombres para la ceremonia, como si no tuviera amigos a los que llevar y se viera obligado a contar con que los taxistas le completaran el cupo. ¿Estará de verdad tan solo o es que no querría molestar a nadie así de temprano antes del trabajo y hacerlo ir tan lejos atravesando toda la Jerusalén oriental a lo largo de las murallas hasta el otro lado de la ciudad vieja?

—No, no en el monte de los Olivos, sino más abajo, y no se llega hasta allí por el monte Scopus sino por la ciudad vieja. Hay que bordear las murallas y tomar por una gran bajada que va a Jericó, pasar un puente sobre un torrente o una especie de *wadi* muy bonito, con olivos, y torcer luego hacia una iglesia grande y también muy bonita que tiene un enorme mosaico de colores en la fachada…

—Me dijo el nombre, pero se me ha olvidado… Es una iglesia por encima de la cual, más arriba en la colina, hay otra iglesia llena de torretas y cupulitas doradas como flores o cebollitas a la que hay que entrar por una calle estrecha y muy empinada, bordeada de unos altos muros de piedra; una calle apenas tan ancha como las que tenemos aquí entre las casas del kibutz; una calle, mamá, que te juro que parece que está colgada del aire, nunca he visto nada igual. Los coches parecían pasar bastante apuro aunque la subían acelerados y se avisaban unos a otros a bocinazos, hasta que dando tumbos entramos por fin en ese viejo cementerio…

—No, que te digo que no, que no es exactamente el monte de los Olivos. Es debajo del monte de los Olivos, mucho más abajo; una enorme extensión de tumbas antiguas en una ladera medio rosada desde donde se extiende una vista fantástica sobre toda la ciudad vieja con las grandes mezquitas en medio de la explanada, las torres de las iglesias, las excavaciones de la ciudad de David y, detrás, las

torres blancas de la Jerusalén judía. Es un cementerio viejo, sin caminos, sin flores, sin un solo árbol, completamente desnudo y lleno de lápidas rotas, un lugar realmente fascinante…

—No, nunca has estado allí.

—No, no puede ser, te equivocas, no creo que hayas estado allí nunca…

—No, no es un sitio que se suela visitar, o para turistas, parece estar un poco como fuera del mundo. Te llevaré un día para que veas por ti misma que nunca has estado allí. Pero es un lugar muy atractivo…

—Fascinante… fascinante… Cuando vayas entenderás por qué. Hasta el abogado ese, el chico joven, que ha nacido en Jerusalén y la conoce muy bien, empezó enseguida a entusiasmarse con el lugar y se alegró mucho de que el señor Mani lo hubiera reclutado para recitar la oración. Y así fue como empezamos a avanzar en una corta y lenta fila india hacia el lugar, el marmolista a la cabeza guiándonos, pues no hay allí ninguna indicación ni ningún camino, mientras el rabino corría por la cuesta de la colina en busca de más hombres. El abogado, el señor Mani y yo íbamos ayudando a avanzar a las viejecitas por entre las lápidas rotas sobre las que todavía quedaban por aquí y por allá algunos restos de nieve, para que no se nos resbalaran y ocurriera alguna desgracia…

—Para mí, mamá, todo aquello era una verdadera experiencia, si no hubiera sido por el dolor cada vez más penetrante que notaba en la parte baja del vientre y en las caderas…

—Un momento, espera… pero si es parte de la historia…

—No… Sí, como los dolores de la regla aunque no exactamente, pero oye lo que pasó. Al final llegamos al lado de una lápida nueva y las ancianitas se pusieron alrededor muy afectadas mientras leían lo que estaba escrito, y una empezó a sollozar muy bajito. Y hasta que el rabino regresó con los hombres que nos faltaban, el marmolista estuvo preparándolo todo, limpiando un poco la gravilla y el cemento; no de la lápida de la abuela sino de una lápida vieja que había al lado, que limpió y levantó de la tierra porque se lo pidió el

señor Mani y a la que incluso preparó un nuevo cimiento mientras le explicaba algo al señor Mani y al abogado, que estaban a su lado agachados para ver mejor. También yo me acerqué, pero casi ni se podía leer lo que ponía, ni tampoco supe calcular las fechas porque no estaban en cifras, sino en letras hebreas. Lo único que estaba muy claro era el nombre, escrito en grandes letras: Mani, Yosef Mani, y el señor Mani le explicaba al abogado, que estaba casi echado sobre la lápida de tanto interés como ponía, cómo había encontrado la lápida allí y cómo tenía intenciones de reconstruir lo que allí decía. Pero cuando le pregunté: «¿Es su padre?», él se rio muy sorprendido: «¿Pero cómo va a serlo? ¿Es que no ves lo vieja que es esta lápida? Mira bien, es del siglo diecinueve, tiene que haber sido mi tatarabuelo…» Y al decirlo, pareció por un momento que su tatarabuelo se hubiera convertido en una lápida de piedra rosada y redondeada por un extremo…

—No, creo que no había más lápidas de parientes suyos allí, porque seguro que me las habría enseñado. Por lo visto aquella era la única que había encontrado. De todas maneras, mamá, yo, al principio, tuve la sensación de estar al margen de todo eso y no quise mezclarme mucho con ellos, como si participara en uno de esos entierros de los que se ven en las películas, en un cementerio de esos con toda la familia, con las viejitas vestidas de negro, el señor Mani muy elegante, con traje negro y sombrero, leyendo del libro. Hubo un momento en el que pensé para mis adentros: ¡tengo que haber estado loca ayer para haberme imaginado que quería suicidarse! Allí estaba, destacándose entre toda aquella gente que había acudido a acompañarlo, y hasta los obreros que el rabino había logrado cazar, y que al principio me habían parecido árabes, se habían puesto ya las kipás y teniendo en la mano los delgados libros de oración que el rabino había ido repartiendo a todos habían empezado a rezar balanceándose. Aunque me quedé un poco apartada, guardando cierta distancia, me sentía ya como parte de esa familia, que en realidad no era una familia sino solo un proyecto de familia, y de repente, sin mirar hacia atrás, noté que ellos volvían

a estar allí: el escritor, o el director ese, el cámara, o quienes fueran. Creí que ya me habían dejado en paz, pero ahí estaban, siguiéndome a cierta distancia, desde lo alto, protegiéndome de nuevo. El rabino cantaba con gran sentimiento la versión musical oriental de la oración de los difuntos, hasta que finalmente el señor Mani empezó a recitar el *kadish* con voz ahogada por la emoción. Y de repente, sin previo aviso, estalló en un raro llanto que arrastró tras de sí el sollozo de las ancianas, y una de ellas empezó a llamar a la abuela por el nombre y a gritar algo; gritaba y gritaba no porque en realidad estuviera más triste que los demás, sino porque creía que era su obligación hacerlo para avivar aún más el dolor de todos. El rabino, entretanto, seguía extendiéndose con la oración, y yo, mamá, estaba allí a un lado, atónita, hechizada por aquellos viejos sefardíes, como si no lo estuviera por mí misma en realidad sino por esa cosa que tiraba dentro de mí sin cesar hasta el punto de que empezó a dolerme la cabeza y a darme vueltas. Entonces tuve la sensación de que me venía la regla; pero no exactamente la regla, sino que era algo vivo, algo más importante, que se retorcía allí dentro y que empujaba para salir, porque de tanto correr tras el señor Mani para que no se suicidara, de tanto andar de un lado para el otro, el pequeño señor Mani, lo que todavía no era más que su fórmula, saltaba de repente como un pez a tierra. Y en ese momento, mamá, tuve miedo de perderlo allí mismo, delante de todos, y por eso me dejé caer sobre una de las lápidas, para intentar retenerlo o por lo menos para intentar disimular…

—No, espera… te lo pido por favor… por favor…

—No, escúchame… por favor…

—Después… después…

—No, la sensación no era de sangre, sé muy bien cómo se nota la sangre, esa consistencia espesa; pero no, eso no era nada fluido, eran como unas patitas que se movían, que me rozaban intentando salir…

—Sí, como las patas de algo. Antes te he dicho una araña y te ha dado grima, pero eso era exactamente lo que parecía… ¿Pero de

verdad que te da asco cuando te digo que sentía como una araña? ¿Pero a quién le voy a decir todo lo que siento si no es a ti?

—Bueno… dejémoslo…

—No, no era algo extraño y asqueroso; al contrario, era algo agradable, algo muy querido y unido a mí que se estaba perdiendo, no sé bien…

—Mi fantasía… puede… pero, ¿tú qué sabes si nunca has tenido un aborto…?

—Yo tenía un miedo de muerte, mamá… Me quedé petrificada y decidí no moverme… Y entonces, cuando terminó la ceremonia y todos empezaron a prepararse para marcharse después de haber colocado unas piedrecitas sobre la lápida, vi que el señor Mani, que de repente se acordó de mí, se me acercaba, contento, como muy satisfecho de haber podido pronunciar el *kadish*, y yo me apresuré a decirle que quería quedarme allí para mirar el paisaje ya que era tan bonito y que hacía tan buen día, que ya me las arreglaría para volver a Tel Aviv. Él no pareció en absoluto darse cuenta de mi angustia y, como el marmolista también se quedaba a terminar su trabajo, tampoco temió dejarme sola; así, sin oponerse y con toda naturalidad, quizá porque sabía que yo volvería a él como un yo-yo, se despidió de mí y empezó a guiar al grupo de ancianas de vuelta hacia los taxis…

—Espera… espera…

—Sí, sola… Pero si era por la mañana y allí todo estaba muy tranquilo. No había ningún peligro, y más arriba, en el cementerio del monte de los Olivos, debajo del hotel, se veían constantemente judíos y turistas, y además tenía que esperar hasta que por lo menos dejara de tener contracciones, tenía que hacer todo lo posible por salvarlo, por no matarlo…

—Pues claro que no puedo controlar todo lo que sucede ahí dentro; pero por lo menos, mamá, creo que hice lo que debía… y la verdad es que a la media hora o la hora se calmaron los dolores y solo me quedó una terrible pesadez en los brazos y en las piernas. Entonces vi que me había quedado allí sola, porque el marmolista se

había ido alejando colina abajo y había acabado por desaparecer de mi vista, y entonces pensé que lo mejor sería quizá volver a tomar el camino contrario. Y en lugar de volver a bajar hacia aquella calle tan empinada que iba a lo largo de los muros de las iglesias, pensé que era mejor subir hacia donde estaba la gente, en dirección al hotel… y que también para él sería mucho más seguro y menos movido si me ponía a subir que si bajaba…

—Exacto, sí, el hotel Intercontinental… que tiene esos arcos tan bonitos… Desde abajo parece que está cerca, más cerca de lo que de verdad está. Solo cuando empecé a subir por los senderos que hay entre las lápidas del cementerio sefardí hacia el cementerio asquenazí, mientras las inscripciones y los nombres se me mezclaban todos en la cabeza, solo entonces me di cuenta de que se trataba de una subida más empinada y larga de lo que había creído; y como encima me seguían las contracciones esas, tenía que pararme a descansar, descubriendo pedazos de verdadera nieve que seguían allí ocultándose entre las piedras. Y entonces noté que en cualquier momento empezaría a sangrar y el aborto que se me venía encima me pareció ya más peligroso para mí que para él. Empecé a asustarme, mamá, y apreté el paso, sacando de dentro las pocas fuerzas que me quedaban, y así pude llegar a la carretera, hasta donde había un camello y un caballo pequeño aparejados con unos tapices, adornados con campanillas y rodeados de turistas alemanes y de niños que vendían recuerdos. Estaba desfallecida y debía de tener un aspecto horrible, a juzgar por cómo la gente me miraba, y en cuanto me acerqué a un taxi que había allí parado el taxista saltó a abrirme la puerta y no había tenido tiempo ni de sentarme cuando ya había arrancado el motor. Fue solo entonces cuando me di cuenta de que era un taxista árabe, pero me pareció una falta de delicadeza bajarme…

—No. Supe que creería que tenía miedo por estar yo sola, así que le dije directamente en inglés una sola palabra, «hospital», y él enseguida asintió con la cabeza, como si esa fuera justamente la palabra que esperaba oír, y para calmarme dijo: «Okay, okay», y

salió como un loco a toda velocidad, tanto que creí que abortaría allí mismo, en el asiento trasero del taxi, solo que en unos dos minutos entró en el jardín de esa iglesia tan grande, sabes, al otro lado del monte Scopus, que yo no sabía que fuera…

—Sí, exacto, Augusta Victoria. ¿Cómo lo sabes? Así es que me vas siguiendo por los lugares… pero no es una iglesia, como tú crees, sino un hospital…

—Exacto, sí, la torre más baja y ancha, la que tiene esas partes negras, no la más delgada y alta…

—Sí, esa. ¿Sabías que no es solo una iglesia, sino principalmente un hospital?

—Sí, un hospital, y al entrar hay un gigantesco jardín interior con un bosquecillo, bancos de piedra, césped y fuentes, todo rodeado por los edificios del hospital que son como los que se ven en las películas inglesas que echan en la tele sobre su imperio en la India o en Egipto, con unos enormes pasillos en completo silencio y habitaciones muy amplias con techos altos y un pesado eco que resuena a cada movimiento y a cada paso. El taxista, que se desvivió por ayudarme, quería demostrar que aunque el viaje hubiera sido tan corto habíamos llegado al lugar correcto, por lo que no dejaba de repetir: «Hospital, hospital», y hasta bajó del taxi, me ayudó a salir y me llevó con mucho cuidado a la zona de urgencias…

—¿Qué querías que le dijera? Suélteme y sáqueme de aquí, su hospital no vale nada…

—No, dime, ¿qué querías que hiciera? ¿Que le dijera a la cara que me quitara las manos de encima, para que se ofendiera…?

—¿Pues entonces a qué te refieres?

—No, si ya sé que no dices nada, pero lo parece. Siempre tengo la sensación de que si te cuento algo un poco raro que me haya pasado, lo desorbitas todo…

—Espera… espera…

—Sí, mamá, al final me quedé allí echada un poco…

—Espera… espera…

—No, solo hasta que oscureció…

—Pues a mí no me parece que eso sea estar loca… Seguía teniendo calambres, me sentía muy débil y había algo allí dentro que no dejaba de moverse, de desplazarse; tenía miedo de empezar a sangrar en cualquier momento, no puedes ni imaginarte lo desfallecida que estaba, también por el madrugón. Por eso, en cuanto vi las camas de la habitación en la que me metieron, que no era la sala de urgencias porque por equivocación me habían llevado a una habitación vacía de uno de los departamentos, me entraron unas terribles ganas de echarme. Había un silencio tan profundo bajo aquellos techos altos, junto a los ventanales de piedra en forma de arco, que no solo noté cómo volvía a meterme en esa historia, o libro, o película, que me acompañaba desde que había llegado a Jerusalén, sino que me pareció que todo había terminado hacía ya tiempo y que ahora solo me proyectaban o me leían de nuevo; y de pronto me pareció que encajaba a la perfección con todo lo que había sucedido desde el momento en que llegué a Jerusalén. Me descalcé y me tendí en una de las camas que había allí, y el taxista ese del birrete de colorines, que parecía disfrutar ocupándose de mí, me colocó una almohada debajo de la cabeza, me tapó con una manta y se fue a avisar a una enfermera…

—¿Y qué?

—Pues a mí no me parece ninguna locura. Al contrario, me resultó de lo más agradable poderme acostar allí tranquilamente, bajo una manta calentita, frente a un enorme ventanal a través del que se veía el desierto de Judea, como si estuviera fuera del mundo. Pasó un buen rato hasta que el taxista logró encontrar a una enfermera y llevarla hasta allí, y enseguida me di cuenta de que, con solo verme, había notado que yo era israelí y no una simple turista, por lo que pude sentir cierto prejuicio en ella, como un amago de hostilidad que le salía del alma, y yo me puse a tartamudear frente a ella, fastidiada porque el taxista ese no se marchaba, sino que seguía allí con un aspecto bastante cómico, escuchando atentamente sin el más mínimo rubor. Y es terrible el montón de

años que se estudia inglés para que al final, cuando se quiere decir algo tan simple como embarazo o aborto o pérdida, no se encuentre la palabra. Además el taxista empezó a entrometerse intentando explicar algo en árabe y la enfermera se puso bastante furiosa con él por haberme llevado allí y no haberme llevado directamente a nuestro hospital, a Hadassah.

—Sí, exactamente, me di cuenta de que no quería ni empezar a examinarme, sino que lo que pretendía era convencerme para que me levantara de la cama y continuara con el taxi hasta Hadassah, pero como ella también solo chapurreaba el inglés, igual que yo, empezó a gesticular una y otra vez señalando al taxista y repitiendo la palabra «Hadassah». Y también él, que estaba un poco asustado por haberse precipitado de aquella manera, se le unió con patéticas y desesperadas gesticulaciones mientras gritaba con entusiasmo: «Hadassah, Jewish Hospital». Pero a mí, mamá, me apeteció de repente no moverme de allí por nada del mundo, no solo porque me sentía muy débil por toda esa aventura, sino porque notaba que en cualquier momento iba a empezar a sangrar y que si quería evitarlo y no perder el niño tenía que seguir tendida; así que empecé a decir que no con la cabeza mientras me acurrucaba en posición fetal bajo la manta que tenía fuertemente sujeta para que no me la quitaran…

—Sí, me la habrían tenido que quitar por la fuerza… ¿Y qué? Porque me sentía bastante ofendida por todo aquel comportamiento. ¿Qué hay? Ya que había ido a parar entre ellos por casualidad, pues que por lo menos me miraran y me dijeran lo que me pasaba… ¿De qué tenían miedo? Que correspondieran un poco por todo lo que los atendemos en nuestros hospitales…

—¿Pero qué complicación, mamá?

—¿En qué sentido? Tonterías…

—No es verdad… ¿Cómo iban a creer que estaba loca? No los defiendas, simplemente no querían… Entonces, como la enfermera vio que me empeñaba en quedarme, salió muy enfadada de la habitación, y el taxista, que se sentía culpable por la bronca que había recibido, salió tras ella, que quizá habría ido a llamar a

alguien. Entre tanto pasó otra hora y la sangre no bajaba. Tenía frío y había empezado a dejarme llevar por una dulce modorra entreabriendo de vez en cuando los ojos para mirar el desierto de Judea y ver la seca luz que resplandecía desde el este, y pensé que todo había pasado ya y que ahora podría ir al lavabo y ver qué es lo que había ocurrido, si había alguna señal. En el pasillo vi al taxista, cabizbajo, deprimido, esperando cualquiera sabe qué, quizá llevarme al hospital Hadassah o que le pagara la carrera, así que volví y le pagué, para que se contentara, porque él no tenía la culpa: «Usted no tiene la culpa», le dije dándole un amistoso golpecito en el birrete de colorines y él pareció entenderme a la perfección y se marchó tan contento. Entonces entré en los lavabos, que eran antiguos pero de una amplitud y luminosidad especiales, blanquísimos y admirablemente limpios, con grifos de bronce muy relucientes y unos lavabos y unas tazas de retrete enormes. Entré en una de las cabinas, me miré las bragas y la verdad es que lo que había allí no era sangre, sino una terrorífica mancha, mamá, negruzca, espesa, como algo untoso, parte de él quizá. Me sentí desesperada y empecé a sollozar para mis adentros; envolví las bragas en un periódico que había allí y, como no tenía otras de repuesto, me quedé solamente con el vestido. Tal cual. Volví a la habitación y vi que el taxista ya no estaba en el pasillo, pero se oían pasos a lo lejos; volví a tenderme en la cama y me quedé allí acostada, desesperada, dormitando, hasta que me despertó la enfermera con una fuerte sacudida. Ahora estaba con ella un médico joven, muy moreno, que hablaba un poco de hebreo y que con cierto reparo empezó a interrogarme. Se lo conté todo, abrí el periódico, le mostré la mancha en las bragas y él las miró en silencio; después las llevó hacia la ventana para verlas mejor a la luz mientras yo seguía explicándole lo que sentía. Él me escuchaba pero no me tocó, ni apuntó nada, solo me escuchaba y de vez en cuando me interrumpía, medio enfadado, medio en broma: «¿Pero de dónde has sacado que estás embarazada? ¿Quién te lo ha dicho?». Y por más que le repetía lo del retraso, las fechas y las sensaciones, él se empeñaba en no creerme, aunque no tan

exageradamente como tú, mamá, porque no llegó a decirme que eran imaginaciones. Se mantenía a cierta distancia de mí, y eso que no me habría importado que me examinara, pero ni siquiera me tocó la mano para tomarme el pulso, como si tuviera muy claro que yo no era más que una israelí que había ido a un hospital de la Jerusalén oriental con la intención de provocarlos, aunque todavía no tenía muy claro para qué. Decidió alejarse de mí como de las llamas, y cuando le volví a preguntar sobre la mancha y si le parecía peligrosa vi que no le daba ninguna importancia: «No es nada», dijo, «quizá solamente…», y vi que quería decir «suciedad» pero que en el último momento se había contenido para decir «barro», y pareció muy satisfecho de conocer la palabra en hebreo, «barro», por lo que la volvió a repetir varias veces.

—Sí, eso es todo… De todas formas envolvió las bragas en el periódico para llevarlas a analizar al laboratorio y moviendo la mano en dirección hacia el oeste dijo bruscamente: «Es mejor que te vuelvas para allá, con tu madre, con tu padre, vete a la Seguridad Social», y repitió estas últimas palabras con un extraño odio, mamá, como si todo su odio por Israel estuviera proyectado hacia la Seguridad Social, pero ni siquiera a la institución sino a la palabra en sí; después se ablandó un poco y dijo que si todavía quería quedarme allí a descansar un rato, una o dos horas, que podía hacerlo… Luego le dijo algo en árabe a la enfermera y los dos salieron, y al cabo de un rato volvió ella con una bandeja de comida y unas bragas de repuesto, del hospital…

—Pues no lo sé. ¿Y qué prisa tenía yo? Quería descansar otro poco, y en aquella cama ya había entrado en calor; además, a través de la ventana abovedada veía el desierto, con la maravillosa mancha azul del mar Muerto, y supe que nunca en la vida se me volvería a presentar la ocasión de ver todo eso desde ese punto de mira…

—Pues sí, mamá, precisamente el desierto… otra vez el desierto… siempre me ha gustado el desierto, ya lo sabes, me siento muy ligada a él, y además con esa impresionante mancha azul en medio…

—Pero si estaba allí echada, mamá… bajo la manta, bañando los ojos en el desierto, como en casa, solo que con el añadido de esa mancha azul con la que siempre hemos soñado. Y de repente apareció un rebaño, desde abajo, hacia lo alto de la colina, un enorme rebaño de cabras negras que no tenía fin, que fluía con el pastor confundido entre ellas hasta debajo mismo de mi ventana, desapareciendo por allí como si se metieran debajo del mismísimo hospital…

—Hacia las cinco o las seis, cuando oscurecía, empezaron a entrar en la habitación algunas pacientes que por lo visto regresaban de un permiso, mujeres árabes mayores, así que me puse los zapatos y me fui de allí. Salí deprisa a la carretera, que estaba iluminada por una débil farola, y a lo lejos, en el horizonte cada vez más negro se veían, mamá, los contornos imprecisos y borrosos de dos ciudades que se fundían la una en la otra. Alrededor del portón del hospital había unos carros con puestos de verduras y latas de conserva y noté cómo todos los hombres me clavaban la mirada desde todas partes y me hacían señas indicándome que me estaban llamando desde una especie de ambulancia que iba a llevar a trabajadores del hospital a sus casas. Dentro de la ambulancia se encontraba la misma enfermera que se había ocupado de mí, que ahora terminaba la guardia; estaba allí sentada con ropa de calle, maquillada y muy arreglada, y fue ella la que me invitó a subir para que me llevaran, como si estuviera un poco arrepentida por no haberme querido llevar a urgencias o quizá porque temía que alguien fuera a atacarme allí fuera: «To Jerusalem», me dijo sonriente, como si no estuviéramos en Jerusalén sino en cualquier otro sitio, de camino hacia ella, y como si además no existiera en todo el mundo otro lugar al que yo pudiera ir. Y la verdad es que en aquel instante y en lo alto de aquella colina, en aquel momento del crepúsculo, mientras las dos ciudades se amasaban en una sola, Tel Aviv, mamá, me parecía que quedaba completamente al otro lado de la realidad. Así fue, mamá, como empecé a bajar hacia Jerusalén desde la dirección opuesta, en medio del atardecer, con los

trabajadores del hospital que habían terminado su turno. Y fue un viaje de lo más maravilloso, mamá, por lugares en los que nunca habrás estado, a través de pueblos y barrios de la ciudad propiamente dicha, pasando de vez en cuando hasta por solitarios valles en los que todavía quedaban pequeñas manchas de nieve, para llegar a calles oscuras llenas de baches y de grandes charcos y de las que, de repente, surgía un bullicioso centro comercial donde acudían mayores y niños con cestas y burros. Parecían tan amables y agradables, como si vivieran muy bien, y es que quizá hasta puede que se hayan acostumbrado a nosotros. El chófer, que conducía con una lentitud pasmosa abriéndose paso por las callejuelas, sacaba la cabeza por la ventanilla para hablar y bromear con los transeúntes y dejaba a cada pasajero en la misma puerta de su casa. Así fuimos, dando una enorme vuelta, hasta la puerta de Jaffa, donde la última que bajó fue mi hermanita de la caridad, por lo que también yo quise bajar. Pero el chófer me hizo señas de que estaba dispuesto a llevarme a donde fuera, a la parte judía de la ciudad, y me preguntó la dirección para que viera que se conocía bien todos los rincones de Jerusalén, y yo, como no quería complicarle la vida con un itinerario demasiado largo, le dije: «No importa, lo más cerca que pueda del teatro de Jerusalén, donde quiera», y de pronto tuve la sensación de que por primera vez en tres días no estaba tomando la dirección contraria, sino la correcta, la más sencilla, la lógica. Empezamos a rodar por las calles que recordaba vacías y con el silencio de la mañana, pero que ahora estaban muy alegres y llenas de vida, y aunque no quedaba en ellas ni el más mínimo rastro de nieve parecía, mamá, que solo su recuerdo producía una satisfacción especial en la gente, como si hubieran vencido a la Naturaleza en una imaginaria lucha. Otra vez me veía en el teatro de Jerusalén, como el primer día, a la misma hora, las seis y media, pero esta vez el teatro estaba iluminado y había gente esperando en la entrada. Y entonces, sin pensarlo, con toda naturalidad, mamá, como si eso fuera lo que hacía todas las tardes, me encontré bajando por el campo que da a la parte trasera del aparcamiento que está junto a

la leprosería esa, como si volviera a casa, como si durante ese día me hubiera convertido en una auténtica jerosolimitana, una vieja sefardí con una pincelada árabe; y hasta me había olvidado, mamá, de su suicidio y lo único que quería era decirle adiós y asegurarme de que no se hubiera ofendido por mi inesperada despedida en el cementerio. Pero en cuanto entré en la calle vi que había un corte general de luz en la zona, estaba todo oscuro, las farolas y las casas, así que subí a tientas, llamé con los nudillos a la ya conocida puerta y otra vez, como siempre, mamá, no hubo respuesta y pensé que se habría acostumbrado a no abrir. Saqué la llave de la vecina, que no había devuelto, abrí y esta vez la casa no ardía de calor ni tampoco estaba oscura, sino que parpadeaba a la luz de muchas velitas encendidas. Y desde las profundidades del cuarto de baño lo vi salir hacia mí, pálido y atemorizado, en pijama, con una navaja de afeitar grande en la mano, y la cara, mamá, afeitada ya, sin barba, pero también toda cortada y sangrando hasta por el cuello…

—Sí, sangrando…

—¿Pero qué dices? Nada de imaginaciones… ¡Ni hablar! En cuanto vio que solo era yo la que entraba sonrió, como un niño al que acaban de pillar, con una sonrisa confusa, quizá hasta algo burlona, aunque no creo, pero tampoco es que me importe que contuviera algo de burla, porque me dijo: «La verdad es que ya empezaba a estar preocupado, señorita, de que no volvieras por aquí…». Eso me conmovió. Me sentí tan feliz de repente por su nuevo tono, más desinhibido, y por haberme llamado señorita con tanta dulzura que anduve a lo largo de todo el pasillo completamente en trance, lo tomé fuertemente la mano y le dije, bajito pero con firmeza: «No lo vuelva a hacer». Entonces me di cuenta, mamá, de que lo acababa de dejar completamente asombrado, sorprendidísimo, porque se llevó la mano a la cara y al cuello y al ver cómo se le manchaba de sangre pareció asustarse de verdad. De pronto, mamá, se esfumó todo el enfado que había sentido hacia él, como si finalmente, mamá, hubiera llegado a entender la verdad, y es que no tiene ningún dominio sobre ese

impulso que lo empuja a intentar suicidarse todas las noches. Porque simplemente, mamá, no tiene ningún motivo sino que solo le parece que lo tiene, y lo que a él pueda parecerle razón suficiente no proviene en absoluto de su interior, sino de otro, de otro lugar…

—Quizá algo que la abuela muerta había dejado en alguna parte del piso y por lo que él se sentía perseguido y vencido sin saberlo…

—No, escucha, mamá, te lo suplico… No descartes, sin más, lo que te digo, escúchame…

—Sí, de otro lugar, de otra persona… Shhh… shhh… no te muevas…

—No, espera… no te muevas…

—No, no abras la puerta… ahora no…

—Di que nos quedamos dormidas… también tienes derecho…

—No hace falta que mientas… pero lo que no puede ser es que esta puerta esté siempre abierta para todo el kibutz como si fuera la de un autobús…

—Shhh… shhh…

—¿Cómo que no está bien…?

—Shhh… shhh…

—Bueno, gracias a Dios que se han ido… ¿Quién habrá sido?

—Pues apago también esta luz… ¿Me oyes?

—Sí, bastante misterioso, exacto, eso es lo que sentí allí. Pero en vez de ponerme hecha un manojo de nervios, como seguramente te hubiera ocurrido a ti, sentí una inmensa paz interior…

—Bobadas, la barba del duelo no le había servido más que de pretexto…

—Un pretexto para seguir cortándose…

—Sé que fue así… lo sé…

—Lo vi… sé que es verdad…

—No lo crees, mamá, porque no quieres creerlo, porque tu ciencia se queda dentro del marco de la gente corriente, así de simple; la gente que en este desierto te proporciona seguridad y te da fuerza, pero que te deja completamente indefensa ante la gota

más pequeña de misterio, y por eso la combates sin piedad en cualquier sitio que sea con la lógica que te da la luz del día… Pero yo no me dejo amedrentar, mamá, ni dejé que me asustara el señor Mani con todos sus suicidios, ya fueran imaginarios o reales, y hasta corrí en busca de una toalla para colocársela sobre el corte y parar la hemorragia. Y así fue como, entretanto, nos sentamos en la cocina hasta que dejara de sangrar; encendí más velas y tomamos un poco de leche, porque no se podía poner a calentar agua por el corte de luz, y finalmente empezamos a hablar, cara a cara. De pronto, mamá, fui consciente de que durante aquellos tres días se había establecido entre nosotros un pacto secreto, que no estaba muy claro en qué consistía pero que era lo suficientemente fuerte como para que pudiera contarle lo que me había pasado en el cementerio y cómo había llegado al hospital Augusta Victoria. Él me escuchó con gran interés y me di cuenta de que no le asustaba la idea de que yo llevara una simiente dentro de mí, aunque fuera la de su hijo, y por eso no se apresuró a achacarlo todo a un delirio psicológico como haces tú, porque para él la psicología no es más que pura teoría y no algo más fuerte que la realidad. Así que se quedó allí sentado, enjugándose la sangre del corte del cuello y abriendo de vez en cuando la toalla delante de sí para observarla mientras nos íbamos haciendo verdaderos amigos; hasta me contó algo del Augusta Victoria, acerca de la visita del káiser alemán, cómo había sido construido el lugar y por qué. Y cuando le comenté cómo la ambulancia árabe me había llevado y cómo había pasado por algunos pueblos y barrios que yo ni sabía que existieran en Jerusalén, lamentó tanto que yo quisiera regresar a Tel Aviv sin haber visto la auténtica Jerusalén, es decir, la Jerusalén de sus antepasados, porque todos los viernes va al mercado de la ciudad vieja ya que los viernes no se trabaja en el juzgado… Y me sentí tan bien, mamá, de que él no hubiera perdido la esperanza, que por fin me veía capaz de marcharme de Jerusalén hacia Tel Aviv o hacia el kibutz sin verme en la obligación de entrar noche tras noche en su piso, que le dije: «Pues la verdad es que estoy dispuesta a pasear

un poco con usted antes de marcharme, porque si ustedes no trabajan en el juzgado los viernes, tampoco nosotros estudiamos en la universidad…».

—Nada en especial. Esperamos a que volviera la luz, pero no volvió hasta las once. No podíamos ni ver la tele ni escuchar la radio, no funcionaba la calefacción ni había agua caliente para bañarse, así que no nos quedó más remedio que quedarnos allí sentados a oscuras y con frío, cubiertos con mantas como en una fantasmagórica ciudad y leyendo un poco los periódicos a la luz de las velas, y solo a ratos le hacía hablar de lo que recordaba de Creta, donde había nacido, y él me enseñó algunas fotos de su familia y de Efi de pequeño, y al final me llevó a la cama de la abuela, donde había dormido la primera noche…

—No, la habitación estaba ahora ordenada, normal. Quizá desde el momento en que se le había ocurrido la idea de la navaja ya no veía razón para volver a montar la horca…

—No estoy hablando en broma, mamá… No me he tomado a broma ni un solo momento de todo ese viaje, te estoy hablando completamente en serio. A duras penas me estoy reprimiendo ahora para no salir corriendo hacia el comedor y llamarlo por teléfono para saber si ha muerto o si todavía vive… shhh… shh… Te lo juro, hay alguien junto a la ventana… es increíble… quizá es a mí a la que buscan y no a ti…

—Cuando bajé del autobús, junto al comedor, algunos me vieron…

—¿Qué luz?

—Ah, sí, claro, fue hacia la medianoche, quizá. Me quedé dando vueltas y más vueltas en la cama porque no me podía dormir y todo el rato me venían a la mente aquellas impresionantes imágenes del desierto con la manchita azul del mar Muerto en un extremo y el rebaño de cabras negras apiñándose y desapareciendo bajo la ventana. Después, a medianoche, sonó el teléfono y esta vez el señor Mani sí se dignó contestar. Aunque yo no oía más que un lado, enseguida me di cuenta de que era mi querido Efi, pobrecillo, que

seguía allí atrapado en las afueras de Beirut en un control al que habría podido llegar la unidad móvil con el teléfono. Su padre le contaba un poco acerca de la ceremonia de la mañana, pero vi que no le decía ni una sola palabra de mí, ni que hubiera ido, ni que le hubiera dado el recado, ni que me hubiera quedado, ni que hubiera vuelto para ir al cementerio, como si temiera tener que reconocer que yo estaba allí con él al otro lado de la pared, como si temiera que llegara a pensar que se entrometía en la vida de su hijo. Me quedé estupefacta, no por él sino por mí, de ver, mamá, lo lejos que me pueden llevar esas irrefrenables ansias de tener un padre…

—Sí… sí…

—Lo reconozco… tengo que reconocer que sí…

—Sí, sí…

—Quizá tengas razón y me lo haya imaginado todo… ¿Ya estás contenta? ¿Te tranquiliza un poco?

—¿Para mí? ¿Para mí? Me parece que te preocupa demasiado mi estado mental…

—Sí… sí… reconoce que has llegado a preocuparte de verdad…

—No, si no lloro, de verdad que no estoy llorando…

—Nada…

—Pero querida mamá… mamá…

—¿Por la mañana? Nada. Ya no podía echarme atrás de la promesa que le había hecho de acompañarlo para que me enseñara el mercado, pero fue un aburrimiento. Se puso una ropa algo raída y cómoda, sin corbata, un jersey y una americana vieja, perdiendo así todo su encanto y prestancia, y anduvo con sus cestas buscando todo tipo de cosas por entre las callejuelas de la ciudad vieja para ahorrarse unos pocos shékels. Luego me llevó al Muro de las Lamentaciones, como si yo nunca hubiera estado antes, y desde allí bajamos a casa de unos árabes amigos suyos, al pueblo de Siloé, y todo el tiempo hablaba de los árabes de tal forma que no podía saberse qué era lo que realmente opinaba, porque tan pronto decía que nos odian como que nos aman, que se quieren deshacer de

nosotros o que ya son inseparables de nosotros, que ya se han hecho a la idea, o que no nos quieren ni ver. Resultaba imposible saber qué era lo que quería decir, pero mientras yo había empezado ya a hartarme de Jerusalén y notaba en el aire la inmensa calma del sabbat que se acercaba. Entonces me asusté no fuera a ser que los religiosos cerraran pronto la estación central de autobuses y me quedara atrapada en Jerusalén sin poder marcharme, por lo que empecé a recordarle con delicadeza en cuanto vi que se iba animando en su vagar de una calleja a otra: «No se olvide de mi autobús, tengo que volver a casa», hasta que me hizo caso y me llevó a la estación de autobuses, a la cola para Tel Aviv, desde donde salté las vallas en el último momento para tomar el autobús hacia Beer Sheva y venir a verte a ti, mi querida madre, y volverte a decir: «Mira, mamá, oye lo que ha pasado…». Y eso que sabía lo que dirías: «Ya está Agar con otra de sus historias en busca de un padre», y la verdad es que tienes razón, que vuelves a tener razón, mamá, qué se le va a hacer si has vuelto a acertar. Pero también sé que por encima de tus teorías psicológicas existe algo más profundo, quizá hasta misterioso, porque tampoco tú has vuelto a casarte durante todos estos años, fiel a ese hombre de la foto que reluce aquí en la oscuridad, todavía más imperturbable que la estantería en la que descansa, sin moverse, sin cambiar, nuestro muerto imposible, que en una sola foto tiene más vida que todos nosotros juntos, que es la piedra angular de toda nuestra existencia y que ahora está mirando conmigo la oscuridad como un fantasma, sin ser una alucinación, y que quizá esté también ahora un poco dentro de mí, no sé si basculando entre la vida y la muerte…

Apéndices biográficos

AGAR SHILOH. Agar regresó a Tel Aviv a la mañana siguiente, pero no logró concentrarse mientras estudiaba para el examen de inglés,

porque el sábado por la noche tuvo finalmente la menstruación, que fue muy dolorosa y abundante. Prefirió creer que había sido un «pequeño aborto» y no un simple retraso de la regla. De cualquier forma, el deprimido estado de ánimo en el que se encontraba desapareció con el regreso de Efraím Mani del servicio como reservista y la reanudación de sus relaciones. Ella le contó vagamente lo de su visita a Jerusalén pero él no pareció muy interesado en escucharla, porque había pasado por experiencias muy duras en su reciente servicio en el Líbano y estaba amargado por haber recibido ya el aviso con la orden de tener de nuevo que reincorporarse muy pronto a filas. Del «embarazo» no le dijo nada, para impedir que pusiera reparos en seguir manteniendo relaciones con ella, por lo que a las pocas semanas logró quedarse embarazada de verdad, aunque ahora con menos entusiasmo, como si solo tuviera que cumplir con lo que le había contado a su padre.

Cuando Efraím se enteró de lo del embarazo, al principio se asustó y luego se enfadó mucho, llegando incluso a querer cortar con Agar. Después decidió reconocer su paternidad, aconsejado por su padre, que la consideraba una chica rarísima. El niño, que nació hermoso y grande en el otoño de 1983, se llamó Roni, por el difunto padre, a pesar de la oposición de la madre de Agar. Aunque para entonces Agar había terminado el curso preuniversitario, tuvo que renunciar a empezar a estudiar cine en la universidad porque resultó que la abuela Noemí, a pesar de su espíritu juvenil, no se mostró capaz de tener a un bebé en su casa, pues por las noches, cuando el niño lloraba, Agar seguía profundamente dormida y era la abuela la que tenía que levantarse para atenderlo, por lo que acabó derrumbándose. Muy pronto, pues, tuvo Agar que volverse con el niño al kibutz. Además, resultó también que la prometedora información que le había dado Iris en lo referente a las ayudas que ofrece el ministerio de Defensa en estos casos había sido bastante exagerada. El departamento de rehabilitación de dicho ministerio no era tan liberal como para ofrecer su incondicional apoyo a un niño «ilegal», por lo que lo único que consiguió Agar después de dar

muchas vueltas fue que le aumentaran un poco su propia pensión de huérfana de guerra.

Efraím Mani siguió en sus trece de no casarse con Agar porque le parecía que había sido engañado por ella y, en cierto modo, no le faltaba razón. Así pues, accedió a reconocer su paternidad solo «formalmente», y no «emocionalmente», según su propia definición, y se comprometió a pasarle al niño un tercio de su sueldo, cantidad que ascendía en 1987 a la suma de 400 shékels. Contrariamente a él, su padre, Gabriel Mani, o «el señor Mani», como Agar seguía llamándolo para sus adentros, llegó a sentirse muy unido a su nieto ilegal y de vez en cuando bajaba al Neguev para verlo y jugar con él. Esas visitas, que se hicieron más frecuentes cuando Efraím se marchó a Inglaterra a continuar sus estudios, fortalecieron la especial relación que había ido surgiendo entre el abuelo y su «consuegra».

Agar, que durante los primeros años en el kibutz se sintió un poco sola y abandonada, logró volver a los estudios cuando el niño hubo cumplido los seis años de edad. En 1988 se matriculó en los departamentos de historia judía y de magisterio de la universidad de Beer Sheva, y a pesar de carecer del título de bachiller fue admitida gracias al curso preparatorio que había realizado en 1982 en la universidad de Tel Aviv. Hoy, a punto de cumplir los veintiocho años, todavía no se ha casado. A pesar de ello se niega a dejarse influir por la presión que le hacen su madre y sus amigas para someterse a una terapia o para, por lo menos, recibir asesoramiento psicológico.

YAEL SHILOH. Cuando a las veinticuatro horas se enteró Yael de que su hija no estaba embarazada recibió una gran alegría y se sintió muy aliviada, aunque en su conversación con Agar intentó reprimir su contento. No pasaron, sin embargo, más que unas semanas hasta que Agar, que había continuado su relación con Efraím Mani, se quedó embarazada de verdad. Esta vez ya no fue tan abierta con su madre, que lo supo cuando ya era demasiado

tarde para pensar en tomar alguna medida médica para interrumpir el embarazo.

Yael sintió una profunda hostilidad contra ese embarazo que le parecía completamente fuera de lugar y en el que veía una fuente de futuros pesares y sufrimientos para su hija. Además, se empeñó en interpretar el embarazo como una inexplicable provocación dirigida especialmente contra ella. La negativa de Efraím Mani a casarse con su hija le pareció también muy humillante y ofensiva, pero debido a su educación ideológica progresista no pudo negarle ese derecho. En los primeros meses del embarazo seguía teniendo la esperanza de que su hija tuviera un aborto natural, pero este nunca llegó. Después de que naciera el niño, a principios de octubre de 1983, Yael se alegró en su interior de que Agar no volviera con el bebé al kibutz y de que continuara los estudios en la universidad, aunque solo fuera parcialmente. Pero enseguida se vio que, a pesar del espíritu juvenil de la abuela, le resultaba muy difícil enfrentarse a los setenta y cinco años a la presencia de un bebé en la casa, por lo que al cabo de algunas semanas tuvo Agar que dejar los estudios y regresar al Neguev. Cuando Yael vio a su hija y al niño en el kibutz bajando de la camioneta de la plantación, que regresaba de Tel Aviv después de haber dejado allí su carga de aguacates, se produjo en su interior un profundo cambio en su relación con el niño y, en realidad, también con su hija, como si de pronto hubiera descubierto el sentido de aquel nacimiento por encima de la aversión que había experimentado hasta entonces. Desde ese momento se entregó con todas sus fuerzas al cuidado del niño y a ayudar a Agar.

El joven padre, Efraím Mani, viajaba de vez en cuando al sur para ver al niño; pero como no manifestaba ningún afecto ni por el niño ni por Agar, sus espaciadas visitas se hicieron insoportables para ambas partes. Una vez, a principios de 1984, cuando Efraím volvía a estar como reservista en el Líbano, en su lugar llegó al kibutz de visita el padre, el juez de primera instancia Gabriel Mani, que quería volver a ver a su nieto, al que no había visto desde el día de la circuncisión.

La verdad es que aquella visita resultó algo muy especial y fue siempre recordada para bien; no solo por los bonitos regalos que les llevó el abuelo al niño y a su madre, sino sobre todo por el afecto que mostró hacia las dos mujeres y por el interés que manifestó por todo lo que las rodeaba. Cuando, por ejemplo, Gabriel Mani oyó que la tumba de Ben Gurión en Sde Boker estaba tan solo a veinte kilómetros de Mashabei Sadé, insistió mucho en que le gustaría aprovechar la visita para verla y Yael se prestó a llevarlo.

La excursión de los dos al museo de Sde Boker y a la tumba se prolongó más de lo esperado, y cuando regresaron al kibutz al atardecer pudo Agar apreciar un nuevo brillo en el rostro de su madre. En cuanto el coche de Mani hubo desaparecido se volvió pasmada y con insistencia hacia su madre queriendo saber qué es lo que había pasado. La madre, completamente aturdida, se vio obligada a reconocer que aquel hombre le había gustado, a pesar de que provenía de un mundo extraño y desconocido para ella.

Al cabo de dos semanas volvió a aparecer, vestido de negro, según su costumbre, y con una delgada corbata roja, y esta vez le pidió a Yael que lo llevara a Mitzpe Ramón, porque quería ver el famoso cañón del Neguev.

La excursión, que esta vez aún duró más, les hizo tomarse mucha confianza, hasta el punto de que durante el camino de vuelta Yael se atrevió a preguntarle, medio en broma, si cuando recibió la visita de Agar en diciembre de 1982 había tenido, aunque fuera la más ligera, intención de suicidarse. La pregunta no pareció sorprenderle en absoluto, y aunque parecía haberla estado esperando acabó por escabullirse de dar una respuesta clara, como si la cosa no fuera con él. Contó, sin embargo, que había notado algo extraño en el comportamiento de Agar durante aquellos lejanos tres días, y que quizá podría estar relacionado con ser la primera vez que iba sola a Jerusalén. Cuando llegaron al kibutz se apresuró a continuar su camino hacia Jerusalén y no quiso quedarse ni un rato más, ni siquiera para tomar un café.

A pesar de todo siguió manteniéndose en contacto con ellas, y después de que su hijo se marchara a Londres a realizar sus estudios de doctorado decidió ocupar, en parte, el papel de aquel apareciendo regularmente cada tantas semanas, lo mismo sábados que cualquier día de la semana, siempre vestido de color oscuro y muy caballeroso. Se llevaba al niño a pasear con él entre las amarillentas y desnudas colinas cercanas al kibutz y después se sentaba con las dos mujeres en el césped que había junto a la casa. Y mientras el pequeño correteaba alrededor de ellos, les hablaba un poco de sus antepasados y de los casos que se sometían a su juicio.

Las conversaciones que sostenían nunca se desviaban hacia discusiones políticas o ideológicas, pues parecía que el señor Mani carecía de opiniones concretas en esos temas, o aunque tuviera las ideas claras era evidente que prefería ocultarlas, mientras que, por el contrario, sentía una viva curiosidad por escuchar lo que opinaban los demás.

A pesar de su mucha cordialidad y de la gran capacidad que tenía de escuchar a los otros, tan propia de un juez, Yael comprendió que de aquellas visitas no surgiría con la rapidez deseada ningún romance y que habría que armarse de mucha paciencia. Afortunadamente resultó que el árido paisaje que rodeaba el kibutz no desagradaba a Gabriel Mani, sino todo lo contrario; a veces lo acompañaba Yael a pasear por los alrededores y él parecía de lo más interesado por embeber sus ojos con aquellos resecos paisajes.

Con el tiempo, las dos mujeres supieron que llegaba en su coche desde Jerusalén por Hebrón atravesando los territorios ocupados. Yael lo previno de viajar por entre los pueblos árabes de los montes de Hebrón, pero el señor Mani sostenía que el camino le parecía muy seguro y los pueblos por los que pasaba muy tranquilos, por lo que no había razón alguna para no tomar aquel atajo hacia el Neguev. Contó que una vez, cuando se detuvo en una gasolinera, estuvo charlando muy amigablemente con unos lugareños que quisieron venderle un caballo.

Pero a principios de 1987, desde Yatir, a unos veinte kilómetros al sur de Hebrón, le lanzaron al coche una piedra grande y esa noche tuvo que reconocerle a Yael que era un buen consejo no seguir viajando por aquel camino que, sin saber por qué, tanto seguía atrayéndolo.

SEGUNDA CONVERSACIÓN

Heraclión, Creta

Martes, 1 de agosto de 1944, entre las cuatro y las siete de la tarde.

Los interlocutores:

EGON BRUNER. Veintidós años. Nacido en 1922 en una hacienda cercana a Flansburg, distrito de Schleswig-Holstein, en el norte de Alemania, hijo de Werner Sauchon y Mariette Bruner.

El almirante Werner Sauchon, nacido en 1861, uno de los más altos mandos militares alemanes durante la Primera Guerra Mundial, condecorado con la distinción especial en las grandes batallas navales del Báltico de 1914, y su mujer Andrea, perdieron en el año 1916 a su único hijo, Egon, en las trincheras de Verdún, en el frente francés. Ante tal tragedia consideraron primero la posibilidad de llegar a adoptar al niño de unos parientes, pero el bebé destinado murió al poco tiempo de nacer, viéndose así frustradas las esperanzas del matrimonio. Sumidos en la desesperación decidieron ambos, tras muchas dudas pero de mutuo acuerdo, que una joven sirvienta huérfana, de nombre Mariette Bruner, hija de una antigua familia de sirvientes de la finca de los Sauchon, quedara embarazada del almirante en secreto; el niño seguiría manteniendo cierto

contacto con su madre y llevaría su apellido como hijo ilegítimo, pero se criaría en casa de los Sauchon como «candidato a adopción» y podría llegar a ser el heredero cuando cumpliera los veintiún años si «se hacía merecedor de ellos por méritos propios».

Cuando Egon, que también así se llamó el niño, tenía un año, su madre, Mariette, se marchó de la finca y se instaló en Hamburgo, donde al poco tiempo se casó con Werner Raiman, el director de un teatro proletario, teniendo con él otro hijo. Egon se crió en la finca de su padre, autorizándosele para que llamara a su padre y a su mujer simplemente abuelo y abuela, o a veces, como apelativo cariñoso, Opapa y Oma. Estudió con profesores particulares que acudían a la casa y también en la escuela de un pueblo muy próximo a la finca. De su educación se ocupó sobre todo su «abuela», Andrea, quien le dedicaba gran parte de su tiempo intentando reproducir la excelente educación que había recibido su querido hijo caído en el frente. Egon era un niño delgado, rubio, de mediana estatura y ligeramente corto de vista y en los estudios manifestaba una clara preferencia por las asignaturas humanísticas. Al principio fueron muy estrictos en mandarlo a pasar las vacaciones a casa de su madre y su padrastro a Hamburgo, pero tras el fallecimiento de su padre-abuelo el almirante Sauchon, en 1935, que coincidió con el comienzo de ciertos roces entre su padrastro y la policía nazi en Hamburgo que hizo que los Raiman prefirieran mudarse al campo, al sur de Baviera, las visitas de Egon a casa de su madre disminuyeron considerablemente.

Egon fue reclutado por la Wehrmacht en 1940, a los diecinueve años de edad, y, por deseo expreso de su abuela y con su recomendación se enroló en la marina para continuar con la tradición familiar. A causa de su miopía fue enviado a un curso de enfermería en una base del puerto de Hamburgo y, aunque a principios de 1941 ya había finalizado el curso, no fue inmediatamente destinado a un buque de guerra, pues en marzo de 1941 hubo cambios en la estructuración de fuerzas del ejército como consecuencia de los crecientes preparativos secretos para la

inminente invasión de Rusia, y muchos marinos y oficiales navales que habían estado relativamente inactivos fueron transferidos a la infantería. En abril de 1941, también esta vez por intervención de su abuela, Egon fue destinado como sanitario a la séptima división de montaña, cuya base estaba cerca de Núremberg, y en el mes de mayo pasó, también como sanitario, a la undécima brigada de paracaidismo, cuyas filas habían sido considerablemente engrosadas en previsión de la creciente actividad militar que iba a tener lugar en la zona de los Balcanes. Egon, con su brigada, fue trasladado a Atenas en avión el 16 de mayo y se lanzó en paracaídas sobre la isla de Creta con el segundo reemplazo de paracaidistas, el martes por la tarde, 20 de mayo, como parte de las fuerzas del general Student. A pesar de que la unidad de Egon, que había sufrido numerosísimas bajas, fue evacuada hacia Alemania pocas semanas después de la conquista de la isla, Egon fue dejado allí con la guarnición de ocupación. Al principio le escribió lacónicamente a su abuela unas cuantas tarjetas postales, prometiendo explicarle, cuando se vieran, la razón por la que había abandonado la unidad de élite a la que había pertenecido. A su primer permiso, en abril de 1942, renunció en favor de un amigo que quería casarse. El segundo permiso, en diciembre de 1943, fue suspendido en el último momento por la situación de pánico que produjo la derrota de Stalingrado, y en abril de 1944 salió con un tercer permiso en un avión de carga hacia Salónica, desde donde continuó un poco hacia el norte en un convoy que fue atacado por partisanos griegos, por lo que tuvo que volver sobre sus pasos. Egon decidió entonces renunciar también esta vez al permiso y regresar a Creta en un barco griego. De las escasas cartas que había escrito, muy pocas alcanzaron su destino porque la censura militar tenía calificada ya a Creta como «frente del este» y desde 1942 apenas salían cartas desde allí. Egon, sin embargo, seguía recibiendo con regularidad las cartas de su «abuela» y, a veces, incluso alguna que otra carta de su madre. También le llegaron, a petición suya, la *Ilíada* y la *Odisea*, así como un libro sobre la Grecia antigua, todo ello a través de la comandancia del

Estado Mayor de la marina. A finales de julio de 1944 recibió la noticia de que su abuela, Andrea, iba a visitarlo y, efectivamente, el 1 de agosto llegó en vuelo directo desde Atenas, en un avión ligero que tomó tierra en el aeropuerto de Heraclión a primera hora de la tarde.

ANDREA SAUCHON. Nacida en 1870, en Lübeck, hija de un pastor protestante apellidado Kurtmeier. En 1894 se graduó en una escuela de enfermería de Hamburgo y trabajó en un hospital militar, donde conoció al oficial naval Werner Sauchon, quien visitaba con cierta frecuencia a los subordinados que habían resultado heridos en las maniobras del Báltico. En 1896 contrajeron matrimonio y a finales de ese mismo año, en el que vivieron en los pabellones de los oficiales de la base naval imperial, nació su único hijo, Egon. Como Werner había ido ascendiendo de graduación, se trasladaron a la finca de la familia en el principado de Holstein, donde criaron a su hijo. Al estallar la Primera Guerra Mundial el hijo fue llamado a filas, y después de una breve instrucción fue enviado al frente francés donde encontró la muerte, contando tan solo veinte años de edad. Su desaparición afectó sobre todo a Andrea, ya que su marido estuvo durante aquellos años completamente absorbido por la guerra haciendo grandes méritos y recibiendo las más altas condecoraciones. Pero tras la capitulación alemana y la firma del tratado de paz de Versalles, que supuso la retirada del servicio activo de Werner Sauchon, este empezó a darse cuenta de la magnitud de la tragedia que se había cebado en su casa. No pasó mucho tiempo hasta que los afligidos padres intentaron encontrarle un sustituto al amado hijo, sustituto que acabó por llegar en 1922 con el nacimiento del hijo-nieto dentro del más completo acuerdo mutuo y confianza de la pareja. El almirante insistió en que el hijo no llevara su apellido, sino el de la madre, por lo menos hasta la edad de veintiún años, para evitarle a su amada esposa la más mínima sombra de dolor. A pesar de que Andrea tenía ya cincuenta y un años cuando nació el segundo Egon, se volcó enseguida, como una

madre joven, a criarlo y educarlo, y se preocupó también de que el niño siguiera en contacto con su madre biológica, la cual se marchó de la finca en términos amistosos un año más tarde. Andrea se conformó con que el niño la llamara «abuela».

La llegada de los nazis al poder fue vista por la pareja Sauchon con una mezcla de curiosidad y comedida simpatía pues creían que la situación de Alemania mejoraría si se imponían la ley y el orden. Tras el fallecimiento de su esposo en 1935, la educación del muchacho quedó exclusivamente en manos de Andrea. En 1940, cuando el chico se enroló en la marina, Andrea se mantuvo en constante contacto con su unidad, recibiendo además con regularidad informes del oficial que se cuidaba de su instrucción. Cuando se enteró de que parte de los miembros de la marina iban a ser destinados a la infantería por la inminente invasión de Rusia, hizo todo lo posible para que Egon estuviera entre ellos y lo destinaran a una unidad de combate de élite. Fue así como, a principios de 1941, trasladaron a Egon a la división de paracaidistas, pero Andrea, cuyos contactos en la infantería no eran tan buenos como en la marina, perdió por un tiempo la comunicación con su «nieto», lo que le produjo un estado de tristeza que se trocó en gran entusiasmo al recibir la noticia de que Egon había tomado parte en la arriesgada y famosa conquista de la isla de Creta en mayo de 1941. A Andrea le pareció que la participación de Egon en esa batalla la resarcía, en parte, de la muerte del primer Egon en las trincheras de Verdún, por lo que esperaba ansiosa el regreso a casa de su héroe de adopción. Pero Egon no volvió a Alemania con la séptima división de montaña, sino que se quedó en Creta con la fuerza de ocupación, y las tarjetas que le envió desde principios de 1942 eran tan lacónicas que parecían querer ocultar algo. Por eso esperó Andrea con verdaderas ansias el primer permiso. Tres veces estuvo esperando en vano que él llegara, por lo que acabó por tener la corazonada de que Egon intentaba evitarla. Por eso empezó a escribirle con mayor frecuencia y hasta le envió, tal y como él le había pedido, las obras de Homero y un libro sobre la historia de la

Grecia antigua. A Andrea le parecía muy extraño que Egon no hubiera vuelto a su unidad de paracaidismo para seguir luchando en el frente del este y que, por el contrario, se hubiera quedado en Creta en una unidad de segunda que hacía las veces de fuerza de ocupación. A comienzos de 1944, cuando empezaron a sucederse las derrotas alemanas en todos los frentes y habiendo empezado ya el desembarco de las fuerzas aliadas en Normandía, se apoderó de Andrea el temor de que no volverían a verse, por lo que intentó utilizar todas sus influencias entre los conocidos allegados a la comandancia para que Egon fuera trasladado a Alemania a luchar por su tierra en la decisiva batalla que se avecinaba. A pesar de que Andrea Sauchon consiguió la orden de traslado de manos de un destacado mando militar de Berlín, la orden quedó detenida en uno de los canales burocráticos del ejército en su camino hacia Creta. Pero Andrea no se rindió. Tomó de nuevo la iniciativa y organizando un grupo de viudas de guerra, mujeres de altos mandos de la marina, que habían luchado junto a su finado esposo ya durante la Primera Guerra Mundial, solicitó a la alta comandancia del Estado Mayor un permiso para salir de viaje hacia Atenas y sus alrededores «antes de que todo ello fuera devuelto al enemigo». Gracias a su capacidad de improvisación y perseverancia, y gracias sobre todo al renombre de su apellido, pudo salir finalmente una delegación de ancianas viudas a través de toda Europa con dirección a Grecia. Lograron visitar Atenas y sus alrededores y la fotografía que se hicieron entre las columnas de la Acrópolis apareció en la primera página del *Frankfurter Zeitung*. Pero la meta de Andrea no era Atenas, sino Creta, para llevarles en propia mano a los superiores de Egon la orden de traslado. Así pues, cuando el resto de las viudas regresaron a Alemania, ella se quedó en Atenas logrando convencer al gobernador militar para que la llevara a Heraclión en un avión ligero. Veinticuatro horas antes del despegue de su avión se hizo llegar un telegrama a la comandancia de la isla en el que se notificaba la llegada de la anciana y respetable señora, que sentía, por su parte, una fortísima emoción por reencontrarse, después de

tres años, con su «nieto», que todavía no sabía nada acerca de la orden que descansaba en el bolsillo de su «abuela».

En el diálogo que sigue a continuación faltan sus palabras.

* * *

—Si hasta yo me doy cuenta de que te sientes cansada, querida abuela, y ¡cómo no vas a estarlo! Si aunque te corriera acero por las venas —y tiene que correrte, como lo demuestra, para cualquiera que pueda ponerlo en duda, este extraordinario viaje que has realizado atravesando Europa en estos momentos—, permíteme que insista en que tendrías que estar agotada… Pero antes de que me disponga a responder con todo detalle a las muchas preguntas que has traído contigo desde tan lejos, tanto las que ya me has formulado como las que tienes pensado hacerme, no quiero dejar de llevarte en este preciso instante a que veas algo, tal y como estás, querida abuela, vestida todavía con esta espléndida ropa de viaje y calzada con las botas que en cuanto has pisado la escalerilla del avión he reconocido con alegría: ¡las botas de excursionista del bosque de Schistan! Ha sido muy inteligente, por tu parte, ponértelas, querida abuela, como buena mujer de militar que eres, y hasta me habría echado a tu cuello de la alegría que he sentido, pero todos nos estaban mirando y he tenido que guardar las formas. Pero ahora ten la bondad, permíteme que te lleve tal y como estás, con el júbilo que nos ha producido este maravilloso encuentro, este increíble y predestinado encuentro, sí, predestinado encuentro de los dos, en este lugar y en este momento, permíteme que te lleve primero a esa colina que ves ante ti…

—No, no es una montaña, abuela. Como naciste en las llanuras de Holstein cualquier colina sigue pareciéndote un monte. Pero no es más que un cerro, créeme, las montañas tienen otra forma y, además, te aseguro que en esta isla existen verdaderas montañas…

—Despacito y tranquilamente vamos a irnos aproximando como buenamente podamos a la cima redondeada que tan bien se divisa desde aquí…

—Exactamente.

—Así es.

—Sí, porque hoy la visibilidad es estupenda, abuela, y no sé si puedes apreciar la profundidad de campo que se abre ante ti. Parece como si hubieran bruñido en tu honor las ventanas del mundo, como si hubieran aclarado la isla con el más puro de los vinos y lavado las nubes con el más delicado jabón. En nuestro mohoso norte, en realidad, no se ve más que la mitad del mundo posible, mientras que aquí se ve la otra mitad oculta, y puede que hasta más. Desde muy temprano nos hemos alegrado todos al ver el espléndido día que iba a hacer hoy y me han dicho: «Mira qué claro está el cielo en honor de tu abuela, la señora Sauchon».

—Todos lo saben y están entusiasmados con que hayas venido; el comandante Bruno Schmelling hasta tiene la intención de ofrecer un pequeño banquete en tu honor… en honor a la vieja y pequeña Alemania…

—Pues claro que te está esperando. Pero ahora, por favor, abuela, no nos perdamos este magnífico momento. Es la mejor hora, tenemos cinco estaciones en nuestra pausada escalada, cinco puntos de observación desde los que te contaré mi historia por orden, como debe ser, pues el orden es lo que les confiere fiabilidad y sentido a las cosas; eso es lo que siempre solías decirme y yo lo suscribo ahora de todo corazón… No disponemos de mucho tiempo, solo de unas pocas horas, por lo que no podremos entretenernos desviándonos hacia cosas sin importancia o charlando sobre los recuerdos de la infancia, sino que tendremos que centrarnos en las cuestiones de mayor importancia… Bien cierto es, abuela, que he guardado silencio durante tres años y apenas te he escrito, porque temía salir de esta isla no fuera a ser que jamás regresara. Por eso incluso renuncié a los permisos a pesar del dolor que te causaba, y puede que también a mi madre; pero ¿quién sabe?, quizá en lo más

hondo de mi corazón lo que quería era atraerte, abuela, hacia este lugar, que dentro de poco, sí, de muy poco, tendremos todos que dejar y que a pesar de lo mucho que nos entusiasmó al principio no nos hemos esforzado por conocer a fondo. La verdad es que he logrado que vinieras, y desde el inolvidable momento en el que recibí el telegrama con la sorprendente y dulce noticia de tu llegada, abuela, no he hecho más que pensar y planear esta visita e incluso, ¿me creerías si te dijera que hasta he estado puliendo el texto de lo que te voy a contar? Ja, ja… No he podido conciliar el sueño en toda la noche…

—No tiene importancia, aquí lo que nos sobra es tiempo para dormir. El primer invierno lo pasamos durmiendo prácticamente sin interrupción, así que todavía vivo de rentas…

—¿Que he engordado? Puede… es cierto… en realidad hasta hace muy poco esto ha estado muy tranquilo. Los habitantes locales fueron muy amables con nosotros al principio, los ingleses se retiraron a enterrarse en su inmenso desierto del norte de África y los rusos se fueron haciendo a la idea; nadie quería arriesgarse a turbar nuestra tranquilidad… y además este aire abre mucho el apetito…

—Sí, abuela, lo primero que nos despertó un poco de nuestro sueño fue lo de Stalingrado, después la invasión de Italia y ahora el desembarco ese en la costa francesa… ¿cómo se llama?

—Exacto, eso es, poco a poco hemos ido despertando, aunque estemos en un lugar tan apartado como este. Bueno, ¿nos ponemos en marcha?

—No, es absolutamente necesario. Por favor, abuela, te lo aseguro, no es por rehuir nada, estoy dispuesto a responder a todas tus preguntas y con la más completa sinceridad, como siempre ha sido entre nosotros, conoces bien a tu nieto… ¿Acaso insistiría en dar este paseo si creyera que se puede llegar al fondo de lo que te quiero hablar sin que intervenga la visión del paisaje que nos rodea? Y es que esto no es simplemente un paisaje, abuela, sino uno de los personajes de la historia que te quiero contar. Y ahora tendríamos

que apresurarnos para que no se nos haga oscuro cuando estemos arriba. Y no es que ni tú ni yo temamos a la oscuridad, pero los elementos hostiles que merodean por la zona se han multiplicado últimamente y tenemos orden de no salir del cuartel una vez que haya oscurecido si no es en grupos de cinco, y nosotros, abuela, lo mires como lo mires y por mucho que nos empeñemos no sumamos cinco… Ja… ja…

—Sí, aquí oscurece un poco antes. No olvides, abuela, que ahora estás bastante más al sur, en realidad es el punto más meridional del Reich… Aquí, en el paralelo 35, el crepúsculo es muy rápido, casi insustancial, nada de románticas puestas de sol interminables y cobrizas como las del pantano y los bosques de Schleswig. ¡Cómo las eché de menos al principio, y también nuestra alegre casita de caza…!

—¿Que la han incendiado?

—¿Y el puentecito? No, no me lo cuentes… prefiero no oírlo…

—¿Y por qué tuvieron que bombardearlo…? No importa… volveremos a construirlo…

—Pues claro que lo creo… ¿cómo no iba a creerlo…? Pero basta, abuela, vayamos ya, todo está listo, porque aunque el sendero es bueno y de suave pendiente tiene tramos tortuosos, así es que esta misma mañana he vuelto a comprobarlo, lo he examinado con tus ojos, lo he medido con tus fuerzas y hasta he llevado conmigo una pala para rellenar los baches, escardarlo un poco y cavar unos escalones, y me he estado grabando en la mente los puntos en los que pararemos para reposar. En solo una hora de camino, abuela, llegaremos a la cima donde en el banco del viejo puesto de vigilancia turco podrás sentarte con relativa comodidad, protegerte del viento, si lo hace, pero no lo va a hacer, y mirar la puesta de sol en todo su esplendor… Aquí en la mochila te llevo preparados unos prismáticos porque como ya te he dicho la visibilidad es hoy magnífica y no podemos desaprovecharla. Imagínate, abuela, que no fueras tú la que está aquí sino el Opapa Sauchon: ¿no crees que con sus ochenta y tres años y todo no habría subido a esa colina en un abrir

y cerrar de ojos? ¿Acaso habría dejado pasar la oportunidad de disfrutar de esta estratégica vista panorámica del lugar del nacimiento de Europa? Así es que, piensa, abuela, que aunque solo sea por el abuelo debes tomarte la molestia de subir y admirar lo que desde allí se ve, tienes que ser sus ojos…

—Gracias… gracias, abuela, eres maravillosa…

—Sí, Europa… la doncella, claro está… que fue seducida por Zeus…

—Despacito, ya lo sé… Claro, si hasta me he atado esta cuerda a la cintura y hecho este lazo para que puedas asirte y no haya peligro. Así sabré que irás segura ante cualquier traspié, y hasta puede que un día escriban sobre ti, si es que queda alguien que quiera escribir sobre nosotros, cómo Frau Andrea Sauchon, viuda del gran marino y héroe del Báltico, a la edad de setenta y cuatro años, en el punto más meridional del gran Reich —que me temo mucho que ya no vaya a durar mil años: como mucho mil días, aunque cada día por venir será más doloroso que los pasados—, se encaminó un buen día, a pie, hacia la colina que se encuentra junto al aeropuerto para mirar la bahía de Heraclión…

—¿Unas gafas de sol? Claro que sí…

—Tengo una cantimplora…

—Sí, está cargado…

—No lo vas a necesitar…

—Bueno, pues coge el abrigo, pero lo llevo yo…

—No, no es ninguna locura, ya verás…

—Esto se ha agravado mucho durante el último mes, aquí todos oímos la BBC y, a veces, hasta parece que la tierra está emitiendo en inglés bajo tus pies. Pero los británicos ni se acercan por aquí. ¿Por qué iban a hacerlo si saben que acabaremos por marcharnos…?

—¿Y que se vierta más sangre, abuela? ¿Para qué? Ya se ha derramado suficiente sangre aquí. Hace tres años perdieron la vida siete mil soldados alemanes por esta isla, ¿todavía quieres que haya más sangre? No…

—Pero, ¿defenderla cómo, abuela? Si es como si estuviéramos desnudos en una terraza frente a ellos. Cada una de esas barquitas de pescador que ves allí en el muelle nos está espiando, y todo niño que parece estar inocentemente jugando junto a la comandancia se ha convertido en un agente secreto.

—Exactamente…

—Cada barca… no importa…

—Todo es posible, ¿por qué no? Aquella que se ve allí quizá también…

—Quizá… porque los lugareños han empezado a prepararse «certificados de comportamiento» para contrarrestar la tranquilidad en la que nos han dejado vivir durante estos tres años, así que antes siquiera de que nos haya dado tiempo de realizar cualquier movimiento ya lo saben los ingleses en Chipre, y por eso, abuela, mira allí, no, más allá…

—Exacto… están retirando de la pista el pequeño avión en el que has llegado para ocultarlo entre las ramas, pero no servirá de nada porque las barcas de los pescadores ya se están haciendo señales unas a otras y en menos de una hora ya sabrá el enemigo en Chipre que a Creta ha llegado una personalidad importante, ¡pero va a quedarse bien confundido con tu descripción… ja, ja, ja! ¿Qué significado militar podrá tener esa abuela?, se preguntarán en el cuartel general los brigadieres y coroneles, ¿qué respuesta merece?

—No, no estoy exagerando, y todavía no salgo de mi asombro de que te hayan traído hasta aquí. Muchos habrán sido los que han puesto sus vidas en peligro para lograr que atravesaras en avión el Reich en llamas. Y eso es una prueba más de la leyenda creada alrededor de Opapa y que parece brillar con mayor fuerza a esta hora del crepúsculo. ¿Quién sabe?, quizá hay alguien en el Estado Mayor que ha creído que si te ayudaban a cruzar el frente podías llegar a recordar algún viejo plan de ataque de Opapa Sauchon, o alguna estratagema secreta que se le hubiera ocurrido hace treinta años y que pueda salvarnos de la derrota que se cierne sobre nosotros desde todos los flancos.

—No, aquí a la gente joven no le dice nada ese nombre, pero en cuanto la noticia de tu llegada llegó a oídos de Schmelling enseguida te identificó y derritiéndose de placer empezó a gritarme: «¿Por qué te lo has callado durante todo este tiempo?».

—Ni una sola palabra…

—No quise… Desde que llegamos a la isla ni siquiera se me ocurrió mencionar ese renombrado apellido que quizá un día podré llevar…

—Si no me quejo, abuela… muy bien lo sabes…

—Simplemente no quería que pusieran en mí, como militar, unas expectativas que pudieran terminar en desengaño… Y con más motivo desde el momento en que salí de la unidad de combate y me quedé con las tropas de ocupación… y además, de cualquier forma… ¡Pero mira hacia la derecha, abuela, observa, allí, en el horizonte, mira el mar…!

—Ponte aquí…

—Apóyate en mí…

—Eso es, exactamente… desde ese pedazo de horizonte que ahora irá tomando un tono ardiente, como si fuera un corazón muy rojo, desde ahí es, abuela, desde donde hace tres años reflejamos los rayos de este sol hasta cegar a los británicos, que se disponían a tomar el té de las cuatro, porque por entre esa rosada apertura asomaron los cincuenta aviones que teníamos y que habían logrado convertirse ya en toda una leyenda… Seguro que el australiano que estaba aquí sentado esperando la puesta de sol tuvo que verlos llegar como puntos brillantes y silenciosos y hasta quizá al principio limpiara las lentes de sus prismáticos sin entender que no desaparecieran de ellas. Porque, ¿quién habría podido imaginar un ataque tan espectacular sin tener la certeza de que sería un perfecto suicidio?

—Sí, abuela, tampoco nosotros lo creíamos, es decir, los pocos de entre nosotros que éramos capaces de pensar o que queríamos pensar. No estoy hablando de esos jóvenes lobos para los que desde

el 36 el mundo se había convertido en un patio de recreo para sus juegos y que le daban patadas a la bola del mundo como si fuera una pelota de trapo. Y que incluso si los hubieran arrojado desde el aire para conquistar el cuartel general de los ingleses en Calcuta habrían cumplido la orden ciegamente con el mismo grado de fe y seguridad con el que habían invadido Holanda o Polonia. Pero nosotros, es decir, los pocos que estábamos capacitados y dispuestos a pensar un poco, permanecíamos sentados acurrucados bajo los cascos de acero mirando con pavor la extensión del mar que corría sin cesar bajo nosotros, preguntándonos en busca de qué demonios íbamos a aquella extraña y apartada isla si no era para sacrificar a los mejores soldados en el altar de las proezas que allí se erigiría y para asombrar no solamente al mundo sino también a Alemania. De pronto empecé a temblar, abuela, me temblaba todo el cuerpo porque veía el inminente fin de mi vida, y se me vino a la mente el «tío» Egon, a quien en esos momentos envidiaba porque ya estaba muerto…

—Sí, pensé también en él, abuela, me exasperaba la idea de que te estuviera aguardando un nuevo sufrimiento; temblaba tanto, que la camilla que estaba pegada a mi cuerpo empezó a agitarse conmigo y el comandante de nuestro batallón, el coronel Thomas Stanzler, un hombre estupendo y muy admirado, que estaba sentado frente a mí con el casco todavía en la mano, de modo que el rayo de sol que entraba por la escotilla le daba de lleno en la calva, se dio cuenta de mi agitación, sonrió ligeramente y tocándome con mano consoladora me dijo: «Recluta Bruner, parece usted una extraña ave, parece Ícaro cuando intentó volar de Creta, solo que debe saber que sus alas son de acero y no se derretirán con el sol…». Y entonces, abuela, recordé la historia y los ojos se me llenaron de lágrimas de agradecimiento por nuestro culto comandante, quien pocos minutos después resultó herido de muerte, pero que todavía tuvo tiempo de recordarme el mito de Dédalo y su hijo y que me trajo a la memoria a aquel viejo profesor que me pusiste…

—Koch… sí, eso es, Gustav Koch… el viejo profesor de lenguas clásicas con sus historias de griegos y romanos…

—Sí, exactamente.

—¿Cómo no voy a acordarme de él?

—Yo ya no era tan pequeño. Él era el primero que quería echar la oxidada ancla de la historia alemana en este mar que ahora tienes delante. «Porque ahí», repetía una y otra vez, «ahí es donde se encuentra el cálido y verdadero útero azul del genio alemán»… «¡Fíjate bien, Egon!», solía gritarme cuando yo confundía a los distintos personajes míticos con sus leyendas, «esos son tus ancestros, de ahí nació nuestra pobre Europa. ¡Ojalá hubieran llegado las tribus germanas a Grecia hace mil quinientos años en lugar de detenerse en la maldita Roma…!».

—¿No te acuerdas que a veces maldecía…?

—¿También fue profesor del tío Egon? Qué estupendo…

—Sí, es verdad. Así que de pronto, abuela, en aquel avión que se balanceaba perdiendo altura, ceñido por las correas del paracaídas, las mochilas, la camilla y las armas, el casco bien calado y las gafas, que en mi estupidez no quise meterme en el bolsillo, sujetas a la nuca con un cordón de bota, se me pasó por completo el terror que me había dominado hacía un momento y se apoderó de mí un exaltado estado de ánimo, como si por fin comprendiera el verdadero sentido de la guerra y me acabara de convertir en uno de los eslabones de la oxidada cadena del ancla del viejo Koch que prodigiosamente hubiera sido lanzada por los aires, por encima de los Alpes, hasta caer sobre nuestros legendarios antepasados, mezclándose así el musgo de los negros bosques y los efluvios de las setas de los pantanos con las cálidas olas de este mar, de modo que los sueños teutónicos que nos perseguían adquirían finalmente un significado en la blanca superficie marmórea de las esculturas de Hélade… Así que, al encenderse la luz roja y sonar la alarma, el sargento empezó a vociferar, los lobeznos se pusieron en pie, metieron una bala en el cañón de su *schmeisser*, dieron un terrible alarido y empezaron a desaparecer uno tras otro por la portezuela

con las piernas abiertas. Hasta que de pronto también yo grité con todas mis fuerzas, grité, abuela, el grito del profesor Koch, mi querido maestro, y también fui absorbido por ese mismo cielo que ahora tienes delante…

—Sí, exactamente…

—Sí, de aquí hacia allí…

—Enseguida, pero ten cuidado porque este escalón es un poco alto para ti, dame la mano…

—Allí, junto al olivo, tenemos nuestra primera estación. Pero ahora observa atentamente este cielo que se abre ahí delante y piensa en mí lanzando un fuerte grito y saltando por la portezuela del avión que rugiendo se apartó al momento dejándome sobre el viento, que parecía haberme estado esperando para arrancarme primero salvajemente las gafas, abrir después sobre mí un blanquísimo paracaídas y agarrarse con fuerza a la camilla que sobresalía de mí como la enorme y solitaria ala de una extraña ave. Ese mismo viento enseguida me hizo volar por encima de la línea de esta costa que estás viendo ahí, meciéndome entre los gritos de espanto y de dolor de mis compañeros, los lobos del rebaño, que eran abatidos por las balas entre el cielo y la tierra, mientras a mí el viento seguía empujándome hacia un lado, por encima de esa colina, en dirección a aquellas casas blancas que ves allí diseminadas por las lomas, abuela, esas casas que parecen los terrones de azúcar que tanto le gustaba derretir en la boca a Opapa en la cama antes de dormirse. Hacia allí… mira… hacia allí es hacia donde me empujó el viento con una gran fuerza, hacia la copa de ese olivo alrededor del que había un grupo de cabras que me recibió con un silencio indiferente…

—Allí… allí, abuela… esos puntitos negros que se ven allí…

—Exacto… allí… y es que hace ya tres años que hay un rebaño de cabras en ese mismo sitio. Día y noche, verano o invierno, un rebaño que parece multiplicarse día a día por el solo hecho de mordisquear los arbustos…

—Sí, abuela, sí, muchísimos murieron estando todavía en el aire… Mira, así les ahorraron camino a las almas, que se separaron del cuerpo en el aire y subieron directamente al cielo… Casi toda mi compañía fue aniquilada en menos de dos minutos…

—¿Te sorprenderás si te digo que dos malditos australianos con una sola ametralladora hicieron todo el trabajo? Y adivina desde dónde, abuela…

—Aun con todo, mira a tu alrededor e intenta adivinarlo… después de todo eres la viuda de un famoso militar…

—Vamos, inténtalo…

—No, abuela. Fíjate bien, desde el lugar en el que te encuentras ahora… desde aquí, su posición estaba exactamente al lado de esta roca; si removiéramos un poco la tierra todavía encontraríamos los casquillos de hace tres años. ¿Comprendes ahora por qué he insistido en hacerte subir hasta aquí? Para que comprendas la historia desde el principio y desde todos los ángulos.

—¿Pero por qué iban a tener que informaros de las bajas? ¿Para empañar la felicidad del pueblo y el buen nombre del genio austríaco…? Pero ahora debes saber, abuela, que fueron muchos los que murieron en esa operación y que fue solo después de unos meses cuando nos dimos cuenta de lo numerosas que habían sido las bajas: planeadores enteros que se estrellaron en tierra con todos sus ocupantes a bordo, decenas de hombres que se ahogaron en el mar, paracaídas que no se abrieron, que ardieron o que se enredaron unos con otros. Fue un verdadero milagro que yo me salvara, gracias quizá a la camilla que fue empujada por el viento alejándome de todos hasta llevarme detrás de esa colina. Y si no hubiera sido porque me enredé con las correas del paracaídas en la copa del árbol, medio desmayado, magullado y, lo que es más importante, sin las gafas, puede que también yo, abuela, hubiera corrido en busca de un inglés o de un australiano que habría acabado por pegarme un tiro; pero en lugar de eso quedé atrapado entre las ramas de un olivo viendo un mundo borroso y blando y rodeado de unas barbadas cabras negras cuyo pastor había

desaparecido y que levantaban la cabeza para mirarme con las esquilas tintineando suavemente. Yo, abuela, que nunca había visto unas cabras tan negras como aquellas tuve en ese momento más miedo de ellas que de las balas de los ingleses o los cuchillos de los griegos, no fuera a ser que se encaramaran al árbol y me mordieran…

—No, no parecían nada amigables sino unos animales bastante estúpidos y faltos de curiosidad, pues ni siquiera cuando finalmente logré cortar las correas con ayuda del bisturí y salir de entre las ramas para bajar hasta su lado, ni siquiera entonces mostraron interés alguno por mí, sino que continuaron pastando por allí como si yo fuera una piedra que hubiera caído del cielo. Y la verdad, abuela, que es a lo que más me parecía porque me quedé allí tendido sin moverme, en medio de unos terribles dolores, con la mano herida y, lo que todavía era peor, viéndolo todo borroso, como cuando hacía quinto y seguías empeñándote en que no necesitaba gafas…

—No, no perdí el sentido; tan solo estaba paralizado por la tranquilidad y el silencio que me rodeaban, hasta el punto de que no me quedó más remedio que, desesperado, llegar a la conclusión de que el ataque había fracasado y que todos habían muerto o habían sido hechos prisioneros.

—Sí, abuela, eso es lo que pensé mientras iban cayendo las sombras de la tarde y me invadía una extraña calma que me empujaba a reconciliarme con la idea de que el Führer había ordenado enviar a sus mejores hijos a que derramaran su sangre sobre las rocas de esta alejada isla, solo para mostrarle a Europa que su mano había alcanzado los mismísimos orígenes de los que había brotado. Y como me acordaba perfectamente de los «diez mandamientos» que nos habían dado antes de despegar de Atenas para el combate, y sobre todo del sexto, que el barón Friedrich von Heidete en persona nos había repetido una y otra vez: «La rendición no existe, solo la muerte o la victoria son prueba del honor», me apresuré a vendarme la mano herida, desplegué la camilla sobre una

hendidura de la roca y la preparé haciéndome con ella una pequeña posición fortificada, y entretanto, hasta que encontrara a alguien que quisiera luchar conmigo o alguien ante quien pudiera morir, me eché allí entre las cabras que pastaban y empecé a escuchar el canto de los grillos, que desde ese momento de hace tres años, abuela, me acompaña día y noche sin que sepa todavía si lo odio o si me siento atraído por él…

—Sí, escucha, es como si un gran abanico chirriante abanicara toda la isla ininterrumpidamente, haciendo, por alguna misteriosa razón, todavía más profundo su silencio.

—Están por todas partes, también aquí, en las ramas, entre las hojas, pero no se les ve, mete ahí la cabeza y los oirás mejor…

—Sí…

—Nunca varía… es un canto monocorde que va aserrando el silencio hasta convertirlo en virutas resecas… y quizá fuera eso, abuela, lo que me hipnotizó y me abstrajo del ruido de los disparos y las explosiones que provenían del aeropuerto de Heraclión que no estaba sumido, como luego supe, en el silencio de muerte en el que a mí entonces me parecía que se encontraba sumido todo…

—Más tarde… en la cárcel, cuando volví a analizar una y otra vez lo que había hecho aquel día…

—Sí, estuve un tiempo… enseguida te lo cuento…

—No quería apenarte…

—Sí, esa fue una de las causas de que guardara silencio durante tanto tiempo…

—Pero… aguarda… si te estoy contando mi historia, si te la estoy intentando hacer ver desde el mismo escenario de los hechos, así que si no estás muy cansada, abuela, tienes que seguir subiendo para ver con tus propios ojos dónde termina el aeropuerto, que finalmente fue conquistado después de varios días de duros y sangrientos combates librados por las fuerzas de refresco que trajeron por mar, y para que observes el lugar en el que empezó el viaje particular del recluta Egon Bruner, que se apartó por un tiempo

de la historia para entrar, sin darse cuenta, en la prehistoria, enredado en las varillas del abanico del canto de los grillos que no cesaba ni un instante en medio de aquella noche que cada vez se volvía más oscura; para que comprendas cómo me aparté de aquel olivo, a cuyos pies había enterrado el paracaídas blanco, y del rebaño de cabras al que maté con el *schmeisser* para que no se fueran tras de mí llamando gratuitamente la atención con el tintineo de las esquilas, porque me había propuesto firmemente, abuela, con toda sinceridad, no caer prisionero, tal y como ordenaba el sexto mandamiento, sino huir o luchar, pero luchar contra algo que valiera la pena morir por ello. Así fue, abuela, como me encaminé hacia el sur… Mira esas dos colinas que hay allí, a las que los australianos, así nos lo contaron los griegos, llamaban «Charlies», que es un apelativo cariñoso que tienen para los pechos de las mujeres, y que nosotros habíamos cambiado en «Federico el Grande» y «Federico el Joven», porque nos habíamos dado cuenta de que no tenían el mismo tamaño. Y ahora, abuela, imagínate a Egon «segundo», pasando con su miopía por entre esos dos «Charlies» la noche del 20 de mayo de 1941, armado, cargado con la mochila conteniendo el material de primeros auxilios y raciones de combate para tres días y arrastrando la camilla, como si en el caso de que resultara herido o muriera fuera a poder transportarse a sí mismo en ella. Seguía, pues, avanzando en una noche sin luna, siempre hacia el sur, en medio de un fuerte olor a incendio, bajo un cielo como el que nunca había visto en casa, un cielo que resplandecía de estrellas cuyos nombres desconocía, pasando cautelosamente por entre viñedos de los que cogía uvas agraces, subiendo y bajando tapias de piedra, teniendo mucho cuidado con las chozas, que estaban a oscuras y cerradas, alejándome de las carreteras, de las que de vez en cuando llegaba el ruido de un automóvil que pasaba veloz, avanzando siempre hacia el sur, con la esperanza, quizá, de encontrar a alguno de los héroes de los mitos de Koch que estuviera dispuesto a luchar contra mí…

—Todo a su tiempo… Te lo ruego, abuela, dame tiempo, por favor, déjame que te cuente esta historia a mi estilo y a mi ritmo, y sobre todo confía en mí y déjame que sea yo el que te siga guiando por ella. Mañana nos diremos adiós, y quién sabe cuándo volveremos a vernos o si ni siquiera volverá a suceder algún día, y además, créeme, abuela, esta es la versión más breve posible de la historia que te quiero contar. ¡Si hasta me he anotado en la palma de la mano los puntos principales, parada por parada! Así que te ruego que seas paciente conmigo, porque en cuanto sigamos subiendo podrás ver hacia dónde marché aquella noche. Algunos se han empeñado en ver lo que hice como una huida cobarde o, en el mejor de los casos, como un error provocado por el miedo, mientras que yo sigo viéndolo como una profunda penetración, como una entrada nocturna en aquel útero de la historia sobre el que Koch tan brillantemente disertaba. Porque ahora sé que si llega el día en el que nos pidan cuentas por esta horrible guerra que empezamos con la más clara premeditación, si nos piden cuentas por la sangre derramada, por el fuego y el sufrimiento que hemos sembrado a nuestro alrededor, sabremos qué responder y no nos quedaremos avergonzados y tartamudeando como cuando terminó la otra terrible guerra de la que después nos culparon por haber invadido Francia solo para derramar nuestra sangre con la de los franceses e ingleses, sin saber que en el fondo de nuestros corazones lo único que queríamos era ir hacia el sur, al que ahora hemos llegado finalmente. Al sur, a la antigua Hélade, a esta maravillosa isla de Creta, abuela, que en mi humilde opinión ha sido el verdadero móvil de nuestro espíritu alemán y que podría definirse simplemente como una salida deliberada de la historia. Y si en la Gran Guerra los franceses no se hubieran empeñado en repelernos en la frontera es posible que hubiéramos pasado por entre ellos sin hacerles ningún daño, como simples turistas, porque nosotros, los alemanes, no somos en el fondo más que unos turistas entusiastas que en ocasiones nos vemos obligados a conquistar los países que visitamos para que no nos impidan que los veamos a fondo…

—No, no bromeo… te aseguro que en este momento no…

—Es posible, quizá no sean más que imaginaciones mías, pero también puede que no; déjame primero que desarrolle mi pensamiento hasta el final y después podrás juzgar… Pasemos este escalón, agárrate fuerte a mí, porque aquí el camino se va estrechando…

—No, no estoy intentando escabullirme…

—Enseguida…

—Unos pocos pasos más y ya está. Mira, allí te espera una silla… esa es la segunda estación, abuela…

—La he subido hasta aquí esta mañana, especialmente para ti.

—¿Y por qué no? ¿No lo mereces, acaso?

—Pues claro que la devolveré a su sitio, pero ahora siéntate aquí, por favor, coge estos prismáticos y enfócalos hacia allá, hacia aquel amplio valle… sí, hacia allí, hacia aquel bosquecillo, hacia las colinas que hay detrás… eso es…

—A la derecha del pueblo, abuela, donde la colina está algo en sombras…

—Eso es…

—No son rocas, son unas ruinas arqueológicas…

—Eso es, exacto. Pues eso es la antigua Cnosos, abuela. La mismísima Cnosos…

—¿Cómo es posible que no te acuerdes? Pero si es ahí donde estaba el legendario Laberinto… el palacio del rey Minos… Zeus engendró primero a Minos, protector de Creta…

—Homero.

—De los libros que me mandaste, y te vuelvo a dar las gracias por las molestias…

—Pues claro que los leí…

—Ya lo sé, no se ve gran cosa desde aquí… pero he querido que te hicieras una idea; me habría gustado mucho llevarte a visitar ese espléndido lugar del que me he convertido en verdadero especialista durante los dos últimos años, pero Schmelling me lo ha prohibido

con toda firmeza. Teme que corras el riesgo de que los partisanos nos den una sorpresa y no ha habido manera de hacerle cambiar de opinión. No tienes ni idea de lo preocupado que está por tu integridad. ¡Si incluso casi se niega a concederme el permiso para traerte a esta colina! Y no se ha quedado tranquilo hasta que no ha apostado a los pies de la colina a esos medio prisioneros, esos soldados italianos, para que escolten a distancia nuestra pequeña excursión.

—Sí, solo por nosotros. ¿Y por qué no? ¿Qué otra cosa podrían estar haciendo? Cuando íbamos ganando la guerra no tenían ganas de luchar, y ahora que la estamos perdiendo no quieren huir. Pero déjalos, abuela, mira, desde aquí puedes ver con toda claridad el camino que hice aquella noche. ¡Hacia el sur! Pero te aseguro que no fue una deserción del campo de batalla, Dios me libre, sino una breve pausa hasta que llegaran nuevos lobeznos a sustituir a los que habían muerto envueltos en los paracaídas. Entretanto, yo, que como ya te he dicho me había jurado por la memoria de mi padre-abuelo no caer prisionero, decidí, tal y como estaba, herido, magullado y arañado y, sobre todo, no lo olvidemos, muy miope, seguir penetrando hacia las montañas con el fin de encontrar un puesto de lucha delimitado en el que pudiera defenderme hasta encontrar unas nuevas gafas. Anduve en la oscuridad sin ver muy bien por dónde, guiado quizá por el espíritu de Koch, que podía haberme oído gritar cuando salté del avión, salvando las cercas de los campos, en medio del persistente canto de los grillos, llegando finalmente a avanzar tan solo cinco kilómetros que a mí me parecieron treinta. De pronto, sin previo aviso, fui a dar con las ruinas del maravilloso palacio del Laberinto, que aunque fue construido hace más de tres mil quinientos años y yo no veía muy bien, enseguida identifiqué como algo de un inmenso significado, abuela, sumergiéndome en su interior presa de un gran entusiasmo y ebrios los sentidos, subiendo y bajando por las rotas escaleras de mármol, de sala en sala, entre las rojas columnas que separan las estancias hasta cuyo interior llegaba la suave luz de las estrellas, lo

que me permitió descubrir unas enormes tinajas de barro que incluso en la oscuridad revelaban estar pintadas en magníficos colores. Y en los muros, abuela, aparecían pintadas unas doncellas y unos efebos esbeltos que en larga procesión seguían a un gigantesco y hermoso toro rojo cuyo enorme par de cuernos en forma de uve había visto ya en el tejado de otra de las ruinas. Y entonces, abuela, avanzando como entre sueños, me sentí de pronto incomprensiblemente cerca del Führer, de Hitler, porque aunque todavía no sabía a dónde había llegado empezaba a adivinar el secreto propósito de aquella sangrienta cruzada a la que habíamos sido enviados desde tan lejos. No era a los ingleses a quienes el Führer había venido a buscar a Creta, ni una base desde la que con mayor facilidad pudiera alcanzar el canal de Suez, sino que todo ello no habían sido más que excusas que les había puesto a los generales con el fin de que accedieran a dar la orden al ejército de llegar hasta aquí. No, abuela, el Führer no estaba más que prestándole oídos al profesor Gustav Koch en su búsqueda del antiguo origen de Europa, al cual acababa de llegar yo, abuela, el soldado Egon Bruner, la primera flecha alemana disparada por el gran arco, la única que había dado en el blanco, el único auténtico conquistador de aquella noche; y por eso, abuela, decidí que aquel era el lugar por el que merecía luchar y morir, tal y como se me había instruido…

—No, no se trataba solo de luchar por las ruinas, abuela, sino por lo que podría resucitarse de ellas, ese nuevo hombre del que tanto hablábamos y en el que tanto habíamos pensado durante las largas noches del invierno del año 39 cuando me preparaba para los exámenes finales de historia de Alemania y tú ya sabías con toda certeza, abuela, que una nueva gran guerra se avecinaba inevitablemente y te llenaba de preocupación la posibilidad de que, como en la otra guerra, volvieran a culparnos de todo exclusivamente a nosotros, y que fuéramos a quedarnos sin explicación ni justificación hasta el punto de que los frutos de la victoria se nos pudrirían entre las manos… Por eso creí que quizá

aquí, quizá precisamente de esta isla, podría surgir la justificación y la explicación que mi abuela andaba buscando, y ese es el pensamiento que ha seguido minándome durante los últimos tres años…

—Lo juro…

—¿Pero por qué dices que desaparecí? Eso no es cierto… ¿Cómo que desaparecí?

—Fue simplemente una tregua… me había quedado sin gafas… todo se deformaba ante mí y confundí el sur con el norte…

—¿Cómo puedes decir eso, abuela? Tú, que aconsejaste que me pasaran, con mi miopía y todo, a una unidad de combate, de lobos y tigres…

—¡Pero eso no es cierto! Si hubiera sido una deserción me habrían hecho un juicio sumarísimo y me habrían ejecutado al instante… No es posible que me juzgues con mayor dureza que la comandancia de la séptima división de paracaidistas. No sé por qué te niegas a comprender que fue un milagro que me salvara y que solo por pura casualidad me encuentro ahora ante ti. Desde el punto de vista militar habría sido mucho más natural haber muerto con la manada de los mil trescientos lobos que fueron abatidos en las primeras veinticuatro horas en el frente establecido en ese triángulo que tienes ahí delante…

—Sí, mil trescientos, recuerdo muy bien esa cifra, y enseguida vas a saber por qué…

—Ahora mismo… pero déjame que te cuente toda la historia. A veces me parece que si me contara entre los muertos quizá estarías más contenta…

—Porque así habrías logrado finalmente encontrar el punto de contacto entre el verdadero Egon y yo…

—Lo que quiero decir es que…

—No importa…

—Perdona, abuela… te ruego que…

—Perdona…

—Porque en el fondo de tu corazón sé que nunca has llegado a aceptar del todo mi existencia…

—A veces no puedo evitar pensar eso…

—Pues entonces estoy equivocado y te vuelvo a pedir perdón, abuela… soy capaz de pedirte perdón mil veces más con tal de que no se nos estropee este encuentro…

—¿Cómo? ¿Por qué? Al contrario, al contrario, abuela, nunca he pensado en desprestigiar a Egon sino todo lo contrario, siempre he intentado ensalzarlo y alabarlo. Quién como yo ha padecido contigo, abuela, desde pequeño, el daño y la ofensa que le infligieron a Alemania culpándola injustamente de aquella maldita e inexplicable guerra; una culpabilidad que yo, en mis pensamientos, veía cernirse incluso sobre los terrones de tierra francesa que cubren su tumba al pie de la cruz…

—Naturalmente que me acuerdo de aquella visita… y del odio de los campesinos franceses del pueblo de Méricur cuando vieron a Opapa con su uniforme blanco cuadrado ante la tumba de su hijo.

—Pues sí… ¿Por qué no iba a acordarme? ¿Cuántos años tendría?

—¿Nada más? ¿De verdad?

—Lo ves. Me acuerdo de verdad, porque todavía conservaba la candidez infantil que me hacía soñar con que alguien en uniforme blanco se cuadraría también ante mi tumba cuando llegara el momento, y por eso no solo no he olvidado la muerte de Egon ni por un solo instante sino que siempre he intentado descifrar su verdadero significado.

—No, no fue la fatiga, abuela, sino esa soledad completamente nueva para mí lo que me maravilló, porque desde el momento en que fui reclutado y hasta aquella noche no había tenido ni un solo momento para mí solo; estaba constantemente rodeado por la manada de lobos, siempre marchando en formación y bajo vigilancia, de orden en orden y de disciplina en disciplina, día y noche, hasta el punto de que los sueños ajenos se infiltraban en los míos propios… Y ahora, de repente, sin previo aviso, me encontraba

completamente solo, en un paisaje totalmente extraño para mí, sin un solo alemán a mi lado, y lo peor de todo, abuela, sin un oficial que me diera alguna orden. Por eso, lo que debía hacer ante todo era buscarme un superior, y como no había otro candidato a mano me nombré a mí mismo, con lo cual pude volver a actuar con disciplina y enseguida me ordené parapetarme detrás de aquellas gigantescas tinajas preparándome una posición estratégica, un lugar en el que pudiera esconderme y desde el que pudiera ver; pero como sin las gafas mi capacidad bélica quedaba por principio muy limitada, abrí la camilla, abuela, me tendí de espaldas y comí la primera ración de combate acompañado por el canto de los grillos y con los ojos hipnotizados por el firmamento que aparecía cargado de estrellas nuevas que dentro de un rato reaparecerán ante ti con todo su esplendor, abuela. Y así, al finalizar aquel primer día de lucha, la noche del 20 al 21 de mayo de 1941, quedé sumido en un sueño profundísimo, casi prehistórico, del que me despertó por la mañana el relincho de un mulo que había entrado en el palacio guiado por dos civiles griegos, a los que al momento y sin pensarlo ni un instante hice prisioneros abalanzándome sobre ellos desde mi escondite.

—Sí, tenía que hacerlos prisioneros y enseguida comprenderás la razón. Pero quizá, si ya has reposado lo suficiente, será mejor que continuemos subiendo hasta nuestra próxima estación; te aseguro que de aquí en adelante el camino es mucho más cómodo y más fácil de recorrer. Rodearemos la colina hacia su lado occidental para poder ver la ciudad desde arriba… Mira, levántate apoyándote en mí…

—No, todavía tardará un poco en oscurecer. Hemos salido a las tres y regresaremos a las siete en punto, para la cena que te ha organizado Bruno Schmelling, antes de que nos alcance la noche…

—No te preocupes… mañana mandaré a uno de los prisioneros italianos para que se la lleve…

—No hay ningún problema… de verdad que no…

—No, no se me olvidará… Pero ahora, abuela, en lugar de preocuparte tanto por esta insignificante silla, levanta los ojos hacia la espléndida vista que se va extendiendo ante ti iluminada por esta luz tan especial que llega a henchirme el corazón hasta provocarme, a veces, verdadero dolor. También me gustaría que oyeras, abuela, unos versos que he aprendido de memoria: Hay una tierra llamada Creta, en medio de un mar rojo como el vino, hermosa, fértil y rodeada de agua, /poblada de innumerables gentes en sus noventa ciudades que hablan en sus muchas lenguas./ Allí se encuentra también Cnosos, la ciudadela del rey Minos, amigo del gran Zeus. Nueve años reinó en ella… Ja, ja, ja…

—Quizá…

—Quizá…

—Porque sí… me apetecía… pero ahora vuélvete a agarrar de este lazo que llevo sujeto al cinturón y escucha el ulular de la sirena de ese barco griego que está haciendo su entrada en el puerto. Cuando los oigo por la noche entre sueños tengo la sensación de que al final he logrado subir a uno de los buques de guerra de papá…

—Es decir, del abuelo… me refería a Opapa…

—Quizá tengas razón en que estoy alargando un poco toda esta historia, pero quizá también sea verdad, abuela, que fue ya durante aquella mañana cuando cayó la primera simiente de lo que tú has llamado «desaparición» y que Schmelling llamó «connivencia» o, más exactamente, de aquella «cautividad», como a mí me gusta llamarla, pues en cuanto vi entrar en la sala a los dos civiles griegos, que entonces ni con la imaginación más desbordada habría podido imaginar quiénes eran…

—Enseguida… ahora mismo…

—No, es una sorpresa… para mantenerte en vilo y que sigas dispuesta a avanzar…

—Enseguida… un momento… Pues eran dos hombres que llevaban un mulo cargado con dos o tres fardos grandes que

pretendían esconder para los tiempos difíciles que se avecinaban, porque a ellos, querida abuela, no les cabía ninguna duda de que nosotros, los alemanes, íbamos a ganar la batalla que en aquel momento todavía se encontraba muy lejos de estar decidida. Y como conocían perfectamente el lugar, se dieron cuenta enseguida, por la posición en la que ahora se encontraban aquellas antiguas tinajas, de que alguien ya se hallaba allí escondido, por lo que se quedaron paralizados, y antes de que tuvieran tiempo de avisar a los ingleses, a los que yo, por el completo silencio que reinaba, seguía teniendo por vencedores, decidí adelantarme y hacerlos prisioneros antes de que ellos hicieran lo propio conmigo. Así pues, salté desde mi posición con el *schmeisser* apuntando hacia ellos, en la medida en que me lo permitía la miopía y gritándoles en inglés que se rindieran.

—«Hands up!» Eso es lo que nos habían enseñado en Atenas que había que decirle a todo inglés que pretendiera, aunque no fuera más que eso, entablar conversación con nosotros…

—¿Matarlos?

—¿Pero por qué, abuela? Si solo eran civiles, y en mayo del 41 aún no se nos había aconsejado matar a los civiles porque todavía no se sabía que serían precisamente ellos los que se convertirían en nuestros más venenosos enemigos…

—Dos, padre e hijo. Y fue precisamente el hijo, que era solo unos pocos años mayor que yo y que parecía uno de los nuestros, robusto, rubio y hasta agraciado, quien fue presa del pánico al ver el *schmeisser* apuntándole, mientras que el padre conservaba la sangre fría, quizá porque él mismo parecía un fantasma que hubiera salido de una de las tumbas del palacio, vestido como estaba con un traje negro y polvoriento y una fina corbata de rayas anudada al cuello como una soga, calvo y con gafas, detalle este último que constituyó una razón añadida para mi rápido ataque…

—Pues claro… Pero cuando se las arrebaté y me las puse me di cuenta de que me había precipitado en balde, porque ese mundo que se me había aparecido hasta entonces tan blando y borroso se

hizo de repente diminuto y lejano, como si estuviera mirando a través de un telescopio, a pesar de lo cual no se las devolví, sino que se las confisqué guardándomelas en el bolsillo con el propósito de volverlas a examinar más tarde. Y por la suave sonrisa que se dibujó en sus labios vi que había comprendido enseguida que el escorpión negro que les había atacado no era más que un desafortunado paracaidista alemán que se había extraviado y que había perdido las gafas, y aquello le pareció tan humano que sin esperar a que yo preguntara nada empezó a hablar muy educadamente en un alemán sencillo pero perfectamente inteligible. Empezó por presentarse como uno de los guías turísticos de ese palacio en ruinas al que simplemente se había apresurado a acudir aquella mañana para comprobar si, Dios no lo quisiera, la guerra había afectado sus ruinas, y después añadió que estaba dispuesto a llevarme a su casa para buscarme unas gafas más adecuadas; pero al ver que yo vacilaba, porque temía que fuera una trampa…

—Exactamente…

—Exactamente… me propuso enseguida, y en el mismo tono sosegado, que enviara al joven en busca de las gafas mientras él se quedaba como rehén. A esa proposición tan lógica y justa ya no pude negarme, abuela, y fue precisamente en ese punto cuando empezó esa extraña relación entre esas personas y yo.

—Enseguida… ahora mismo…

—No, ya no están… pero espera… espera…

—No, te equivocas, ahí no me tendieron ninguna trampa, y ellos no tuvieron la culpa, abuela, de que cuando volví al campo de batalla esta hubiera terminado ya. En aquel momento seguía convencido de que la zona se encontraba infestada de ingleses, y como estaba completamente decidido a luchar y a no caer prisionero, lo primero que tenía que hacer era encontrar unas gafas. Por eso, acepté sin vacilaciones la propuesta de aquel fantasma que hablaba alemán para que se quedara de rehén, pero también tomé extremadas medidas de precaución. Le ordené que bajara a una de las salas interiores del palacio, donde lo até a conciencia de pies y

manos con unas vendas que saqué del botiquín, y como era enjuto y menudo le ordené que se metiera en una de las gigantescas tinajas para poderlo dominar de un solo disparo. Y al joven, que estaba muy pálido y parecía paralizado por el pánico de ver a su padre atado con tanta eficacia y rapidez, lo envié a buscar las prometidas gafas, pero no antes de ordenarle que bajara también al mulo a una de las salas y que lo dejara allí atado como un segundo rehén…

—En efecto, abuela, yo seguía pensando en términos de derrota, de honor… Pero para ser la primera vez en la vida que me encontraba con el enemigo en terreno conquistado verás que actué con mucha eficacia, y aunque desde entonces he detenido y atado a mucha gente en esta isla recuerdo que las manos me temblaron ligeramente cuando até a aquel fantasma lleno de arrugas que, por su parte, me sonreía con finura, como si comprendiera y autorizara mis actos…

—Las gafas me eran indispensables, porque a pesar de tu inamovible opinión, abuela, desde que hice quinto soy miope…

—Vuelvo a insistir, querida abuela Andrea, y lo haré mil veces más, que yo no oía ninguno de los ruidos de la batalla, y también por eso es por lo que te he hecho subir a esta colina, para que veas con tus propios ojos la distancia que hay entre ese apartado valle, al cual fui a parar, y los lugares en los que se libraban los verdaderos combates. Mira, ahí, a la orilla del mar, a las puertas de la misma Heraclión que ves ahora a tus pies…

—Quizá no me lo creía…

—Quizá no podía creerlo. No olvides que durante aquellos primeros días de lucha toda aquella genial operación seguía pendiendo de un hilo…

—Quizá tampoco quise creerlo… Puede ser que haya una buena parte de verdad en lo que dices, abuela…

—Es verdad, lo reconozco. A veces me precipito y soy un poco derrotista, pero es para evitarme después una decepción. Lo reconozco…

—Ya ves, cuando intento ser amable y reconocer un poco mi culpa vuelves a echarme toda la culpa a mí solo… como siempre…

—¿De nuevo? ¿A priori, abuela? ¿Pero es que nací ya culpable? Entonces no tiene sentido continuar con la historia…

—¡No, ya basta! Dejémoslo… Vamos a bajar por aquí… No tiene sentido explicarte nada… dejémoslo aquí…

—Sí, naturalmente. Me enfado porque en realidad no quieres escucharme, porque ya has fallado tu veredicto y has decidido que intenté desertar, mientras que yo no quería desertar de la guerra sino entenderla, y desde el mismo momento en que salté del vientre del avión y oí el silbido de las balas y los gritos de los que morían supe que el camino más fácil era morir y que el más difícil sería comprender, y escogí el difícil. Por eso, cuando logré liberarme del ramaje del árbol me encaminé hacia el sur, abuela, hacia la soledad, reconfortado por la fuerza que me proporcionaban mis mejores intenciones interiores de darme a mí mismo las órdenes correctas, por lo menos con la misma precisión y responsabilidad que las que había recibido de la comandancia. Y al ser la soledad una de las más claras órdenes, abuela, tuve que retroceder hasta el rebaño de cabras y matarlas, para que no me siguieran y no me distrajeran con la expresión humana de sus tontos rostros. Y así fue, abuela, como completamente solo en medio de las sombras de la noche fui a dar con las ruinas de una antigua civilización, que aunque me hechizó y me impresionó profundamente no supe en un principio cómo abarcarla. Por tanto, lo más natural fue, abuela, que desde el momento en el que tuve en mis manos a un griego que además era guía turístico, decidiera sacar el mayor provecho posible de él, a lo cual, por otra parte se avino enseguida con toda amabilidad a pesar de la humillante situación en la que lo tenía. Empezó, pues, a hablar y no como lo haría un enemigo capturado y lleno de odio, sino como un intelectual, como un amigo en potencia que se esforzara por darle sentido al pausado y sencillo alemán que hablaba y que había aprendido, según sus propias palabras, trabajando de guía. También hay que decir que desde el momento en que vio los paracaídas

alemanes llenando el cielo tuvo la seguridad de que venceríamos y supuso que entre los paracaidistas se encontrarían también unos cuantos humanistas amantes de la cultura que, finalizados los combates, solicitarían una visita con guía por el famoso Laberinto; pero lo que no se imaginaba era que ya aquella misma mañana iba a encontrarse atado de pies y manos por el primer humanista…

—Yo, naturalmente.

—Al principio solamente para pasar el rato, hasta que regresara el hijo con el par de gafas. Pero poco a poco me sentí arrastrado por la fuerza de la historia que narraba tan maravillosamente, asomando la calva cabeza por la boca de la antigua tinaja, como una sabia serpiente, hablando con dotes de auténtico orador, abuela, y ello a pesar de que su alemán era de lo más rudimentario. Me contó tanto la historia de los hombres que excavaron como la de los excavados, me habló del inglés sir Arthur Evans y sus arqueólogos, que habían llegado para excavar a principios de siglo, y del rey Minos y su corte hace tres mil quinientos años, como si todos formaran parte de una misma familia, y sus palabras me impresionaron de tal modo que ya entonces empezó a apoderarse de mí la idea de que si lográbamos hacernos con la victoria podría convertirse en realidad, por lo menos en parte, el sueño del profesor Koch, y a las ruinas del Laberinto llegarían alemanes de los cuatro rincones del Reich para estudiar sus orígenes y poder ver la fuerza de otra cultura antigua, y así consolarnos, abuela, de la pena y la decepción que a veces nos provoca nuestra propia cultura por tomárnosla en ocasiones demasiado en serio; imagínate, abuela, que hasta empecé, allí mismo a…

—Sí, mientras los combates continuaban allí fuera…

—Lo reconozco… sí, tengo que reconocerlo… empecé a anotarlo todo febrilmente, sin poder dominarme, y solo cuando empezó a descender el crepúsculo y vimos que el joven se demoraba en volver decidí dejar salir al rehén de la tinaja para que me mostrara el palacio antes de que tuviera que matarlo por haberse incumplido el trato. Tuve la precaución, sin embargo, de no devolverle las gafas,

para que no pudiera huir y, así, tan miope como yo, me fue guiando por las distintas salas pintadas, sala tras sala y pintura tras pintura, para ilustrarme acerca de todo lo que acababa de narrarme, porque yo había tomado la determinación de sonsacarle absolutamente todo lo que supiera de aquella antigua cultura, y cuanto más hablaba de ella más y más me entusiasmaba.

—Porque no había cargado con culpa alguna, abuela, y por eso no había temido nada…

—Así es como él me lo explicó…

—Se sabe, abuela, hasta por insignificantes detalles como, por ejemplo, por el hecho de no haberse encontrado ningún rastro de fortificación alrededor del palacio… y eso es una prueba elocuente de que los habitantes no solo eran auténticamente pacíficos sino que también consideraban la paz como un bien inalienable. Incluso las pinturas murales, los frescos de colores, irradian una completa paz y tranquilidad, y hasta el enorme toro parece haber sido muy querido por todos, puesto que los jóvenes hacían competiciones de salto desde su lomo, y con la excepción de un hacha de doble filo que aparece en una de las pinturas no ha aparecido ningún otro rastro de armas…

—No, esa es la teoría de importantes estudiosos que el guía se limitaba a citar…

—¿Cómo?

—¿Qué has dicho?

—Me asombras, abuela…

—Enseguida lo explico… muy inteligente por tu parte…

—Ahora… enseguida… aguarda…

—Estudiosos judíos… qué extraño…

—Ahora… enseguida lo comprenderás todo… pero permíteme, mi querida e inteligente abuela, que te felicite, aunque en nombre de la exactitud histórica habría que puntualizar cuanto antes que en aquella época todavía no había judíos en el mundo.

—Ni un solo judío…

—Es que es tan simple como que todavía no se habían inventado a sí mismos…

—Por lo visto, abuela, no son tan antiguos como ellos se creen…

—Sí, ya entiendo…

—Él mismo me lo dijo por primera vez aquella noche, mientras describía la isla y los pueblos que la habitaban en aquella época… y esa es la razón por la que…

—Naturalmente que me dijo el nombre…

—Mani…

—Sí, así de sencillo…

—Sin más… sencillamente Mani…

—No creo que sea diminutivo de nada… pero…

—Quizá de manía…

—Yosef…

—¿Matarlo, abuela?

—Aguarda… aguarda un poco… eres tan impaciente…

—Pero si él estaba cumpliendo el trato, solo que su hijo había esperado a que oscureciera para poder ocultarse a los ojos de los habitantes de la ciudad que todavía tenían la seguridad de que los ingleses estaban repeliendo con éxito nuestro ataque y podían ser capaces de poner en peligro a su padre por intentar darme caza a mí, y por eso esperó. Pero en cuanto aparecieron en el cielo las primeras estrellas se oyó un suave crujir de maleza y antes de que me diera tiempo a levantar el *schmeisser* se plantó junto a mí, abuela, una muchacha bajita y delicada, de aproximadamente mi edad, la esposa del hijo y, por tanto, la nuera del fantasma que tenía prisionero, que había acudido para tantear la situación y llevarnos una cazuela con un guiso caliente y un puchero de café para la noche, pues quizá había supuesto ya que los cinco pares de gafas que había encontrado en la casa y que llevaba envueltos en una toalla no me satisfarían. Y la verdad es que no se trataba más que de gafas de leer para ancianos, quizá de los abuelos de los Mani, unas gafas bastante parecidas a las tuyas, que cuando me las iba

probando como un niño no hacían más que empeorar mi borrosa visión…

—Naturalmente. Fue lo primero que hice. En ningún momento se me olvidó dónde me encontraba. Mani padre me tradujo enseguida las noticias que traían la muchacha y el hijo, porque el joven de pelo rubio y aspecto asustado, armándose de valor, había salido ahora de su escondrijo y temblando se había unido a nosotros llevando de la mano y a rastras a su hijo, un niñito de unos tres años, y en la otra mano un saco pequeño de cebada, para el mulo; llevaba puesto una especie de capote militar descolorido que enseguida se quitó para entregárselo a su padre.

—Sí, la verdad es que reunieron allí conmigo a toda la familia, quizá porque sentían la proximidad de la muerte…

—Enseguida llego a eso… Porque aquel joven, no pudiendo aguantar más, se echó a los brazos de su padre, estallando sin avergonzarse en un extraño y entrecortado llanto, dando rienda suelta a sus sentimientos de tal manera que por un momento me pareció un poco débil mental, y tanto sollozaba que su padre y su mujer tuvieron que abrazarlo con fuerza para que se le pasara un poco el temor y la desesperación que se habían apoderado de él desde el momento en que me había visto atar a su padre y meterlo en la tinaja para mantenerlo vigilado. Entonces, abuela, yo no sabía todavía que en realidad aquello no era para mí sino el primer bocado de ese guiso agridulce que llaman el pánico del conquistador, del que hemos comido luego hasta asquearnos. Es el sabor del pánico en la boca y el temor que desprende cada uno de nosotros, aunque no esté dando más que un inocente paseo, abstraído en los pensamientos más puros y humanos que uno pueda imaginar. Es el amargo sabor por sentir vigilado el menor movimiento de cada uno de nuestros soldados, aunque ellos hayan empezado ya a sentir náuseas de sí mismos. Así fue como todo ello empezó aquella noche de verano, conmigo allí apuntando con la metralleta, todavía sin gafas, a una familia de civiles que intentaba tranquilizarme con promesas, no fuera a ser que me diera un ataque de desesperación

y decidiera apretar el gatillo, porque ya les había comunicado mis intenciones de cumplir con mi deber de soldado. Y por eso, aunque volviendo ahora la vista atrás sepamos que la situación del ejército alemán aquella noche en el frente de Heraclión era todavía muy difícil, el Mani mayor, resplandeciendo como un fantasma en la oscuridad, me prometía generosamente una inminente victoria alemana, y aunque me reconoció que su familia había visto tropas de refresco inglesas aproximándose a la cercana carretera, no le cabía la menor duda de que los ingleses no lograrían finalmente sobreponerse al duro ataque alemán. «El poder de los ingleses», me repetía una y otra vez con firmeza y cierto sarcasmo antibritánico, «es solo muy grande cuando luchan fuera de Europa, en Asia o en África, donde su cultura es lo que les da valor, del mismo modo que les sucedía a los bárbaros con su barbarie». Decía conocerlos muy bien y estar seguro de que, contra auténticos europeos que disponían además de una superioridad aérea, les asaltarían todas las dudas posibles. A pesar de que sus palabras, que después se revelarían como verdaderas, me fortalecieron el ánimo, seguía sintiéndome impotente ante aquella situación. Después de todo, habría resultado completamente ridículo, por ejemplo, pedirle a la joven que me tomara de la mano, miope como estaba, y que me condujera hasta mi unidad de combate como a un alumno que se hubiera escapado…

—¿He dicho escapado?

—He querido decir extraviado…

—Es posible…

—Y aunque haya sido un lapsus, abuela, contiene cierta dosis de verdad, porque sí fue en cierta manera una huida de la que, por otro lado, no hay que lamentarse tanto porque acabó bien…

—Primero, porque en estos momentos me encuentro ante ti sano y salvo y, segundo, porque durante estos tres años he estado preparando mi defensa para cuando llegue el día del terrible juicio que se le avecina a nuestra pobre Alemania, frente al que el proceso de Versalles, querida abuela, parecerá un juego de niños.

—Ahora mismo… Es una sorpresa… cada cosa a su tiempo…

—Digamos que vuelves a tener razón, abuela, y que me impliqué demasiado en la vida de esa familia a la que hice prisionera un poco precipitadamente y que, por motivos que entonces no podía imaginar, estaba colaborando conmigo, quién sabe si también por miedo ante la vista de un soldado enemigo armado que les había caído del cielo y que había perdido las gafas, o por un sentimiento de piedad hacia un atemorizado soldado que parecía ansiar un poco de calor familiar después de largos meses de carecer de permisos; un soldado mordido y arañado por la manada de lobos..

—No te comprendo, abuela.

—¿Pero cómo?

—¿Matarlos? Otra vez me vienes con esas…

—¿Y el niño?

—¿Pero cómo iba a hacer eso?

—Quizá…

—Quizá…

—Es posible, es posible, aunque de nuevo con ciertas reservas, abuela, y solo por el bien de nuestra conversación, estoy dispuesto a reconocer que quizá actué un poco a la ligera por mi falta de experiencia en el contacto con civiles de territorios conquistados. Lo que tenía que haber hecho era frenar desde el principio aquel contacto «sentimental», cortarlo de raíz, haberme conformado simplemente con una taza de café del puchero que había llevado la joven y después, enseguida, haberme montado en el mulo requisado y haberme alejado para siempre de las ruinas del Laberinto a carrera tendida hacia el interior de la noche, hasta que se hubiera oído en medio del silencio el tiro mortal de un australiano, para fatalidad mía, o la ansiada voz de mando alemana. Solo que aquel civil, el señor Mani, temía, y quizá no le faltaba razón, que yo pudiera llegar a ser presa del pánico, que pudiera volver sobre mis pasos y matarlos del mismo modo que había matado al rebaño de cabras. Y por eso, aunque te asombre, mi astuta e inteligente abuela, te diré

que, sin que se lo pidiera, aquel fantasma que se balanceaba ya sobre sus pies de puro cansancio volvió a ofrecérseme como rehén, y después de haber comido un poco del guiso que había llevado su abnegada nuera, de haber besado y abrazado al hijo y al nieto y de incluso haberme entregado una especie de pequeño prospecto turístico escrito en alemán sobre las ruinas de Cnosos, fue y se metió en la tinaja haciéndose voluntariamente prisionero, abuela, y, según tu versión, convirtiéndome también a mí en prisionero. Y antes de que yo pudiera reaccionar les hizo una señal a su hijo y a su nuera para que lo taparan con aquel abrigo viejo y cálido que habían llevado, quedando allí oculto, mientras ellos desaparecían, abuela, por uno de los corredores del palacio en ruinas, que en la oscuridad había recuperado de pronto su antigua cualidad de laberinto.

—Parecía que todavía con el mismo fin, abuela, es decir, el de encontrarme unas gafas adecuadas. Y así fue como tuvo lugar el segundo turno de espera, que empezó con una vela que aquel hombre se sacó del bolsillo y que sin pedirme permiso encendió para que yo pudiera ver con toda claridad cómo él cumplía con su deber de prisionero y evitar de este modo cualquier malentendido en la oscuridad…

—Sí, abuela, era un tipo taciturno e inescrutable, pero tan eficiente y decidido que hasta llegué a pensar si no correría por sus venas algo de sangre alemana. Hasta se las compuso para manipularme un poco con esa astucia disfrazada de sumisión que se convierte en la primera cualidad de los civiles conquistados, proponiéndome, después de haber encendido la vela y no conformándose solo con ello, que, para que pasáramos la noche en paz, imagínate, abuela, volviera a atarlo con las vendas y así pudiéramos los dos, tranquilamente, dormir un poco confiando mutuamente el uno en el otro. Entonces me asaltó ese pensamiento, que lleva dándome vueltas en la cabeza desde hace tres años, de que todo el episodio de las gafas perdidas no fue para aquel civil más que un pretexto para satisfacer el velado y repentino capricho

de convertirse en prisionero o en rehén antes de morir, de que lo ataran de pies y manos, quizá para redimir alguna antigua culpa o quizá incluso para transferírmela a mí a fin de que me apiadara de su familia…

—Sí, abuela, y ahora viene la sorpresa…

—Pero aguarda… aguarda… Murió sin que ni siquiera lo tocara, solo, por sí mismo, sin el más leve suspiro, con la inmensa tranquilidad del justo sobre la que tan a menudo solemos leer en los libros o ver en el teatro y que en vano buscamos en la vida real. Pero antes, desde un rincón de la antigua sala, en aquella noche de primavera arrullada por el canto de los grillos y la llama de la vela agitándose contra la piel de pergamino de su rostro, se me dirigió de pronto muy educadamente para saber si quería hacerle alguna pregunta más o si le estaba permitido dormirse ya. Todavía recuerdo, abuela, mi asombro ante aquella sumisa petición que provenía de un hombre que podía ser mi padre, y entonces pensé para mis adentros, ¡inocente de mí!, que se excedía en su sumisión, porque todavía no me había percatado de que aquello no era más que la forma de comunicarme su definitiva marcha y la invitación a la muerte para que se aproximara, una muerte cuya primera señal quizá había ya brillado en él como el faro de una locomotora en una lejana vuelta, pero que yo, endurecido precisamente por la sumisión de sus palabras, no había podido apreciar. Ni siquiera le contesté, sino que me senté en un rincón a comer mi ración de combate; él, entonces, volvió el rostro y se enroscó en el abrigo, preparándose para descender al Sheol, y al poco rato había bajado ya a las profundidades, atado como estaba y en una perfecta posición fetal. Yo, entretanto, salí a vagar un poco por entre las ruinas, descubriendo nuevos rincones en los que todavía no había mirado, y hasta me perdí un poco, para volver después a encontrar al prisionero que, extrañamente, dormía con gran placidez, seguro de que yo no iba a causarle ningún daño, por lo que me aproximé a él, lo desperté tocándolo suavemente con el cañón del *schmeisser* y le pregunté quiénes habían sido los dioses de aquella antigua cultura.

El despertó con gran dificultad, pero, volviendo a salir de la profunda fosa, abrió los ojos que parecían dos brasas ardientes y me comunicó con firmeza que aquella civilización prehistórica no había tenido ningún dios y que por eso le había agradado tanto. Entonces le pregunté: «¿Cómo se puede saber si tuvieron dioses o no, si usted mismo me ha dicho que aquí no se han encontrado más que objetos pero ningún texto escrito que haya podido ser descifrado?». Él no se inmutó en absoluto, sino que respondió enseguida: «Esa es precisamente la prueba; si aquella gente hubiera creído en dioses habría tenido que escribirlo, para que al menos lo escrito fuera testimonio de su fe».

—Eso es…

—Y esa respuesta, abuela, me gustó tanto que aún la recuerdo y la guardo dentro de mí desde hace tres años; quizá fuera en ese instante cuando empecé a apiadarme de él, por lo que le pregunté si había nacido aquí, en Cnosos, y por primera vez pareció confuso y, vacilante, empezó a contarme que fueron los ingleses los que lo habían deportado a Creta hacía muchos años desde una pequeña y desértica ciudad del Asia Menor cuyo nombre, seguramente, no me diría nada… Y esa fue, en realidad, la última frase que salió de sus labios, porque en cuanto lo dejé se apresuró a arroparse, se cubrió la cabeza con el abrigo, y en algún momento de aquella noche, mientras yo dormía en mi rincón, él murió…

—Ahora… enseguida…

—Ahora mismo, pero déjame que te lo cuente por orden…

—Insisto, abuela, en que tiene que ser por orden… Sigamos avanzando un poco más porque desde ahí tendremos una vista muy clara de los alrededores de Heraclión… Ahí mismo está la silla que hemos subido esta mañana para tenerla preparada en esta tercera estación, abuela, donde haremos una pausa al estilo de los ingleses… nos serviremos de mi cantimplora el té de las cuatro y comeremos bizcocho inglés, ya que es la hora…

—Últimamente he descubierto las propiedades sedantes de los bizcochos de los ingleses, cada miga resulta más flemática que la

anterior…

—Enseguida lo verás… Y así, abuela, antes de que amaneciera, volví a sentirme completamente solo. Al principio, al verlo tan quieto, creí que había huido y que le había dado al abrigo la forma de un maniquí, pero al acercarme me percaté enseguida de que estaba sin vida, de que lo que yacía allí en el fondo era un fantasmagórico cadáver que pasaba todas las pruebas que nos habían enseñado en el curso de enfermería. Lo primero que hice fue soltarlo de pies y manos y sacarlo de su posición fetal para que tuviera un aspecto más normal y disipar así hasta la menor sospecha de que se le hubiera causado algún daño, porque en el año 41, abuela, todavía considerábamos la atrocidad como un sucio trapo que había que esconder y no como una bandera que se hace ondear bien alto…

—Ya sabes…

—Lo sabes muy bien…

—Sabes muy bien a lo que me refiero…

—No tiene importancia, no vamos a discutirlo ahora, pero no olvides, abuela, que ese era, en realidad, el primer muerto de verdad con el que me encontraba y, además, en completa soledad, porque incluso cuando, a la edad de trece años, me diste permiso para que me despidiera de Opapa, te apresuraste a cubrirle el rostro, aunque te rogué, ¿te acuerdas?, que me dejaras besarlo; porque creíste, y quizá con razón, abuela, que era demasiado joven para la muerte, mientras que después, en mayo de 1941, era ya, como todos los de mi edad, demasiado viejo para la muerte. A la tenue luz de aquel amanecer yacía ante mí mi primer cadáver de verdad, intacto, natural, un extraño que estaba a mi entera disposición y con el que podía hacer lo que se me antojase; desde esa mañana, abuela, han pasado más de tres años y he visto muchos muertos, algunos de los cuales yo mismo he matado, y sin embargo, no sé por qué, aquel fantasma permanece vivo en mí arrastrando hacia sí y mezclando en su interior a todos los demás muertos. Yacía, pues, allí, entre las enormes tinajas, provocándome una tristeza tan profunda y conocida a la vez que decidí marcharme porque no

quería ni pensar en la pena y el horror que aquello produciría en los jóvenes; y aunque era posible que me hubieran encontrado unas gafas, plegué la camilla, volví a cargarme con la mochila de enfermero y cubrí el cadáver con su sayo amarillento, no sin antes haberlo registrado para llevarme unas pocas velas blancas, así como lo que me pareció una especie de documento de identidad escrito con letras griegas y que llevaba una vieja fotografía del muerto. Me lo eché también al bolsillo para tener algo que mostrar a quien pudiera llegar a exigirme responsabilidades por su muerte, así que ya puedes ver, abuela, lo inocente que yo era entonces por pensar que a un soldado alemán en la Europa del 41 se le iba a exigir explicación alguna por la muerte de un civil cualquiera en territorio ocupado, y menos tratándose de una muerte natural. Luego me dirigí a la sala en la que se encontraba el mulo, que seguía en el mismo lugar en el que lo habían dejado, rebusqué en las alforjas que habían quedado allí y encontré latas de conservas, varios saquitos de harina y de arroz y distintas y extrañas especias. El morral seguía pendiéndole de la cabeza, estaba rodeado de cagajones, y al principio pensé pegarle un tiro igual que había hecho con el rebaño, pero después se me ocurrió una idea mejor. Lo tomé por el ronzal y, sin quitarle el morral ni montarlo, empecé a tirar de él, medio ciego, con la intención de que me guiara con su instinto animal, como guían al labriego por los campos. Y eso fue lo que sucedió. Con el canto del primer grillo salí de Cnosos, avanzando agachado y oculto junto al enorme y peludo vientre del mulo, de vuelta hacia el norte, saliendo de las ruinas tan miope como había entrado, tanteando el camino por entre los vapores de la mañana que eran como unas grumosas y espesas gachas de leche; y así, abuela, después de muchos rodeos y vueltas, gracias al sentido del mulo, que no al mío, pasé entre las posiciones inglesas de la línea del frente y las casas de los griegos, hasta volver a dar con las dos colinas Charlies, como quien cae en el seno de una mujer amada. Allí se oía hablar en alemán con un sabroso acento de Weimar, pero no eran más que dos charlatanes que estaban de guardia, dos

soldados de la cuarta brigada que se habían lanzado en paracaídas un día después que nosotros y que ahora estaban sentados junto a un árbol tan ensimismados en su filosófica conversación como si de cualquier Goethe y Eckermann se tratara, que pude aproximarme a ellos sin que me atacaran antes. Se asombraron mucho al saber que había sobrevivido y que estaba sano y salvo uno de los soldados de la tercera brigada, que había sido eliminada prácticamente por completo, y enseguida quisieron que me uniera a ellos, abuela. Pero para cumplir con el reglamento me aconsejaron que lo comunicara a mi compañía, que acampaba casi al completo, aniquilada, en una viña próxima; y así, avanzando con cuidado por entre heridos y muertos, pude ver lo que había sucedido en la historia durante el día que yo había pasado en la prehistoria, y lo afortunado que había sido. Pero todavía me cuidé mucho de revelarle a ninguno de los que me reconocieron nada de la antigua civilización que se encontraba allí mismo, al otro lado de las colinas, e incluso sin llegar a comparecer ante mis superiores para anunciar mi llegada bajé la camilla a tierra y tendí en ella, finalmente, a un verdadero herido; me quité la mochila, saqué su contenido y enseguida me puse a cumplir con mi función de sanitario, sumergiendo las manos en la sangre y trabajando sin tregua, asistiendo, limpiando, vendando, cortando, introduciendo a los muertos en sacos y tranquilizando a los heridos. No dije ni una palabra de lo otro y nadie me preguntó de dónde había aparecido de repente, y así fue como pude, abuela, reincorporarme a lo que quedaba de mi compañía como un soldado cualquiera, solo que hacia el atardecer, después de haber dejado a un oficial herido en la choza de un labrador en la que yacían los moribundos, vi, entre las luces del crepúsculo, una camilla elevada sobre unas piedras y en la que, en medio de un montón de harapos ensangrentados de lo que había sido un uniforme, agonizaba el comandante de mi unidad, el coronel Thomas Stanzler, que antes de que saltáramos del avión me había llamado en broma Ícaro. Entonces, abuela, no pude dominarme más, y si no me hubiera acercado a esa camilla en aquel atardecer, tú, abuela, no habrías

tenido que venir hoy a encontrarte aquí conmigo, porque hace ya tiempo que no sería más que un blanquecino esqueleto en las cercanías de Stalingrado y a ti te habrían entregado un precioso certificado de defunción que estaría colgado de la pared, junto al primer certificado, completamente mudo y no tan charlatán como yo… Y no solamente me llegué hasta Stanzler, sino que me arrodillé junto a aquel admirable comandante, que a pesar de las sombras de la agonía me reconoció al momento. Ya no podía hablar y solo me escuchaba, con los ojos entornados y en los labios una sonrisa surcada por hilillos de sangre. Como supe que iba a morir y que nunca vería el Laberinto de Cnosos, ni la señal en forma de uve de los cuernos del minotauro, ni tampoco las tinajas ni el hacha de doble hoja, que nunca sabría nada acerca de las pinturas de los efebos y las doncellas que seguían en fila al tranquilo toro, comencé a contárselo todo febrilmente, para que desde las fauces de la historia en las que se encontraba atrapado pudiera alegrarse con la consoladora proximidad de la prehistoria. El coronel me escuchaba, abuela, con los ojos cerrados, y cuanto mayor era su silencio más me empujaba a hablar, hasta que al final abrió los ojos, volvió la mirada hacia su ayudante, que permanecía en silencio junto a su cabecera, y con un amplio movimiento de mano me señaló dibujando con ella en el aire como una especie de esvástica torcida, y se vio seguidamente asaltado por los primeros estertores de la muerte. Estaba yo todavía levantándome del suelo por respeto a la muerte cuando el ayudante se apresuró a salir de la tienda para volver con dos enfermeros que tenían las manos completamente manchadas de sangre. En cuanto el coronel Stanzler hubo entregado el alma, el ayudante dio la orden de que se me quitara el arma, se me arrancara la insignia de mi brigada y se me detuviera, con el demencial argumento de que con aquel movimiento de mano que Stanzler había hecho antes de morir había fallado el veredicto de condena por haber huido premeditadamente del campo de batalla, por delito de deserción…

—Exactamente. Así fue como empezó todo.

—Sí, solamente el ayudante.

—Ni una sola palabra… solo aquel gesto con la mano. Y al día siguiente, cuando Heraclión había sido finalmente tomada, me condujeron completamente humillado, avergonzado y aturdido, y sin haber podido pronunciar ni una sola palabra en defensa propia, junto a los prisioneros ingleses y griegos al museo municipal, que los bárbaros de la compañía de la comandancia habían convertido en cárcel. Míralo, allí delante lo tienes, abuela, ese edificio de las columnas y las tejas verdosas; he orientado la silla en la que estás sentada de forma que puedas verlo todo perfectamente, abuela…

—No, abuela, fíjate en la tercera ventana por la derecha del segundo piso. Esa es la ventana desde la que vi el mundo y enhebré mis pensamientos sobre él durante el largo verano y el breve otoño de 1941.

—Así es que acerté al sospechar que…

—¿Pero cuándo te enteraste?

—Lo sabía… lo sabía…

—Sabía que encontrarías la forma de enterarte de mi detención…

—Porque estaba seguro de que en cuanto supieras que no estaba luchando en el frente ruso te preocuparías…

—No, no intenté ocultarte nada, pero tampoco quería escribirte, porque sabía que algún extraño leería las cartas y no quería que ninguna sombra de duda enturbiara el honor de ese apellido que tanto veneras. Y para qué voy a negarlo, abuela, con verdadera ansiedad estuve siempre esperando de ti aunque no fuera más que una palabra de consuelo…

—De consuelo, he dicho, no de comprensión…

—Porque nadie quería implicarse… todos se lavaban las manos… y como el veredicto lo había fallado un alto oficial en su lecho de muerte fue tomado por definitivo y no dejó lugar apelación. Además, aquel maldito ayudante que lo había inventado todo en su enferma mente había volado a los pocos días en un avión con los ataúdes repletos de cadáveres a Berlín, para representar a la compañía en

los sepelios, y desde allí fue luego absorbido por la comandancia de ayudantes hasta perderse su rastro, por lo que me quedé no solamente con una sentencia sagrada e irrevocable, sino también imprecisa. Todas las semanas me sentaba a escribirle una súplica al comandante de la cárcel, para que por lo menos especificara y fijara mi pena, pero nadie quería cargar con la responsabilidad…

—Sí, simplemente caí en el más absoluto de los olvidos, abuela.

—Exacto… pero…

—Eso es. Exactamente… no podías haberlo expresado mejor… conoces bien la mentalidad de los mandos, pero antes de que continuemos, aquí tienes el prometido té inglés, bien calentito, como debe ser, preparado según la tradición por un prisionero escocés, con leche…

—Muy dulce… y con el bizcocho que tan bien le va…

—Últimamente nos estamos entrenando en la insípida comida de los ingleses, como preparación para nuestro próximo encuentro con ellos…

—¡Quién sabe, abuela, dónde será! Quizá en uno de sus campos de prisioneros…

—No es miedo, es saber ver la realidad…

—No, abuela, en absoluto. Nadie está ya dispuesto a dar la vida por esta isla, ya ha corrido bastante sangre. ¿No quieres el bizcocho?

—Pero si es muy ligero, te sentará bien…

—No importa… dámelo, quizá te apetezca más tarde. Pero por lo menos mira atentamente hacia esa ventana, abuela, y piensa en mí tras ella durante incontables horas mirando la ladera en la que ahora nos encontramos…

—Siempre la misma celda y la misma ventana. Desde el 23 de mayo hasta el 9 de diciembre. Veintiocho semanas. Mira hacia allí. Esa es la ventana junto a la que durante noches enteras anduve dando vueltas, al principio completamente destrozado y desamparado. Esa es también la ventana desde la que a veces quise

arrojarme, sobre todo cuando vi llegar al general Student con sus oficiales para arriar e izar la bandera y condecorar y hacer desfilar a los pocos supervivientes de mi regimiento. Esa es la ventana desde la que veía a los soldados de la ayudantía bañarse y divertirse en el mar, ese mar que yo tanto anhelaba y al que no me había podido acercar ni siquiera una vez… Y hasta esa ventana me llegó una mañana el canto de los prisioneros ingleses que salían hacia los campos de prisioneros en Alemania mientras a mí me devoraban la envidia y las añoranzas. Y cuando una de las noches de junio la séptima división de paracaidistas recibió la orden de despegar de la isla y me di cuenta de que todos habían terminado por olvidarse de mí, no pude contenerme más y me permití gritar en medio del silencio de la noche a los soldados que, ya equipados, esperaban en la calle…

—Sí, un grito. Un verdadero alarido.

—Porque, me dije a mí mismo, no puede ser que todos me ignoren. Pero nadie se fijó en mí, porque ya no sabían quién era. Mis compañeros de regimiento, aquellos lobos, habían muerto hacía tiempo, los ayudantes habían marchado acompañando los entierros y la comandancia cambiaba sin cesar, unas unidades partían y eran sustituidas por unidades italianas. Los guardias de la prisión, por su parte, me llamaban el «paracaidista desertor», y como ya no aguantaba más, a punto estuve, abuela, de revelarles quién era…

—Es decir, quiénes erais *vosotros*… Quizá si pronunciaba el nombre del almirante Sauchon podría encontrar quien me escuchara. Pero entonces, el día 22 de junio nos llegó a todos la asombrosa noticia de la operación Barbarroja y, de pronto, mi queridísima abuela, cambié de opinión y me tranquilicé por completo…

—No, al contrario, porque ya entonces, abuela, comprendí el terrible y espantoso error que se había cometido.

—No, abuela, no…

—No, abuela, no… Aquel mismo sábado el rey de la barba roja sentenció el destino del Reich. Porque en lugar de seguir hacia el sur, para limpiar y purificar nuestra antigua barbarie en una cultura

más antigua, en lugar de replegarnos hacia ese útero azulado del Mediterráneo y despojarnos capa tras capa de la corteza de la historia, nos dirigimos, en nuestra necedad, hacia el este. ¿Y para qué? ¿Para qué, abuela? Aparentemente en busca de espacio vital, pero en realidad solo para encontrarnos con otros bárbaros. ¿Pero para probarnos qué? ¿De nuevo nuestra superioridad? Como si no la conociéramos ya… como si no estuviéramos seguros de ella… Entonces fue cuando comprendí que Student y sus generales acólitos habían logrado embaucar a nuestro Führer, al pobre Hitler, que había perdido el juicio olvidando lo que el maestro de escuela Gustav Koch nos había enseñado a todos. Así fue, abuela, como supe cuál sería mi misión: demostrar, antes del inminente día del juicio, que existía un resquicio para la salvación. De esta manera pude de pronto hallar reposo, porque supe que algo de mucha mayor importancia que el maldito ayudante o que la mano muerta de Friedrich Stanzler me había llevado hasta la cárcel…

—Aunque solo sea en un susurro, abuela, solo entre nosotros, y sin la menor arrogancia, ¡Dios me libre!, fue el destino, o digamos que un resto del destino, del mismísimo destino, la sombra de las famosas leyendas que aquí tuvieron lugar. Desde ese momento hasta que me liberaron, hacia el principio del invierno, me fui apegando cada vez más, abuela, a través de esa ventana que ahora estás viendo, me fui apegando a esta maravillosa isla, aprendiendo sus ruidos, sus olores, los matices de la luz de sus días y sus noches: primero durante aquel verano largo y azul que progresivamente iba profundizando en su pureza y, después, cuando llegó el otoño y las autoridades carcelarias lograron proporcionarme finalmente unas gafas adecuadas, solazándome también con infinidad de pequeños detalles en los que antes no me había podido fijar, como las cercanas colinas de Chaios y la silueta de los lejanos montes, mientras volvía una y otra vez a pensar en aquellas primeras cuarenta y ocho horas durante las que vagué libremente por la isla y que ahora me parecían misteriosamente mágicas. Pensaba en el salto desde el avión en aquel primer día, en cómo había volado

hasta el olivo, en mi marcha de sonámbulo aquella noche hasta Cnosos, hasta las salas de las ruinas del Laberinto con sus rojas columnas y sus gigantescas tinajas, y cómo al amanecer había entrado allí el mulo conducido por aquellos dos griegos a los que enseguida hice prisioneros; y pensé mucho en aquel fantasma convertido en rehén, que atado había pronunciado su discurso desde el interior de la tinaja acerca de aquella primitiva civilización. Recordaba también constantemente la llegada de su familia, y los sollozos del hijo, aquel hombre fuerte y rubio que llevaba de la mano a un niño, y hasta la imagen de la mujer joven volvía a ocupar mi mente, acercándoseme sin hacer ruido en medio de la oscuridad y tendiéndome con gesto tímido una suave toalla en la que venían envueltos cinco pares de gafas viejas de los abuelos y abuelas. Y así, de tanto pensar en ellos día y noche, abuela, relacionando unos detalles con otros, me asaltó la extraña sospecha de que aquellos no habían sido griegos, sino otra cosa, y ese pensamiento, abuela, llegó incomprensiblemente a torturarme…

—Es decir, abuela… que eran judíos… una especie de judíos…

—Porque empecé a atar cabos…

—Es verdad. Pero de todas maneras…

—Es verdad. Nunca he visto a un judío… y tú, hasta te habías negado a hablarme de ellos… pero de cualquier forma todos pensamos siempre un poco en ellos…

—Bueno, pues alguna vez…

—No lo sé, la idea empezó a obsesionarme, me sentía indignado…

—Porque al fin y al cabo, quizá aquellos judíos me habían engañado distrayéndome de la guerra…

—No, no llevaban sombrero…

—No, no, ni rastro de tirabuzones detrás de las orejas… conozco muy bien esas fotografías de la enciclopedia, enseguida me habría dado cuenta… No, abuela, eran personas completamente normales, esa es la cuestión, completamente normales, y ahora, si ya te has

tomado el té, levantémonos y sigamos subiendo hasta nuestra próxima estación… para que la oscuridad no nos sorprenda…

—No, abuela, no quiero que lo dejemos… No vas a volver a tener la oportunidad de ir a un lugar tan hermoso, y así, cuando te encuentres en medio de las tinieblas que próximamente se cernirán sobre toda Alemania, guardarás en tu corazón la visión de esta dulce luz que ilumina ahora el mar y podrás consolarte sabiendo que hemos tenido esta luz a nuestra entera disposición durante más de tres años.

—No, no es lejos, te lo aseguro… unos cien o doscientos metros, eso es todo, y la pendiente es moderada, muy suave. Es muy importante para mí que podamos mirar juntos desde allí también hacia el este.

—Sí, es por la historia que te estoy contando, solo por eso. Si hubieras venido hace unos meses no te habría molestado haciéndote subir a esta colina, sino que te habría dado un par de gafas contra el viento, te habría ayudado a subir al sidecar de mi motocicleta y habríamos recorrido toda la isla para que vieras absolutamente cada montaña y cada cala y todos los monasterios y templos; pero, como fuiste retrasando tu viaje, has llegado cuando esta isla se está ya desmoronando bajo nuestros pies y por eso te ruego, abuela, que te sujetes al lazo de mi cinturón para que pueda ayudarte a llegar hasta arriba…

—Despacito… sin prisa…

—Te lo prometo… enseguida…

—Es verdad.

—No. Es importante. Escúchame. El caso es que empecé a atar cabos… Pero si hasta tú te has dado cuenta, si con solo oír la historia has empezado a pensar en ello, para luego saltar diciéndome: ideas de judíos, estudiosos judíos…

—Eso es… Lo mismo me ocurrió a mí. Un buen día desperté a medianoche y me dije: pero si tienen que haber sido judíos… Y eso me produjo una profunda tristeza…

—Quizá no sea tristeza la palabra adecuada, quizá sería mejor decir amargura o decepción… Porque, ¿cómo era posible que también esta vez, también en esta maravillosa y genuina isla, entre el sol y el mar, entre las ruinas de una cultura prehistórica, hubieran querido de nuevo adelantársenos? ¿Y cómo habían logrado llegar hasta aquí?

—Me pregunté, abuela, dentro de la más pura lógica, para qué habían salido con el alba aquellos dos griegos el primer día de la guerra, después de haber cargado el mulo con fardos de harina y azúcar, conservas y especias, si no era porque estaban ya preparándose un refugio. Y por qué iban unos griegos a buscarse un escondite a largo plazo si no fueran en realidad judíos que no solo sabían que venceríamos aquí, sino también lo que podían esperar de nosotros tras la victoria…

—Evidentemente, abuela, no era precisamente amor lo que les esperaba…

—Sí, incluso hasta aquí habían llegado ya algunos rumores sobre el trato que estaban recibiendo en Europa del este; también me acordé, abuela, del terror que se apoderó de ellos en cuanto me vieron, de lo deprisa que quisieron colaborar conmigo y hasta del inmediato e inexplicable ofrecimiento del padre de entregarse como rehén, y empecé a pensar en cómo allí atado y dentro de la tinaja se había puesto a hablar con entusiasmo de aquella cultura que no había conocido ni la culpabilidad ni el miedo, mezclando la historia y la prehistoria con tanto entusiasmo… Además, él mismo reconoció no haber nacido en Creta, sino en una pequeña e indómita ciudad de Asia, cuyo nombre no quiso revelarme, y hasta es posible, abuela, que ese secreto que se guardó para sí fuera lo que lo matara…

—Enseguida… enseguida… todavía te aguarda otra pequeña sorpresa…

—Así fue, abuela, como seguí atormentándome con el pensamiento de que habían sido unos judíos los que me habían puesto en apuros y que aquel hecho podía acabar saliendo a la luz y

empeorar la situación en la que ya me encontraba, por lo que tomé la determinación de no marcharme de la isla sin haber descubierto la verdad y haber hecho algo al respecto. Así pues, cuando a finales del mes de noviembre llegó el mayor Bruno Schmelling con sus fuerzas policiales a reemplazar a nuestro ejército de aficionados por un sistema policial convencional, y lo primero que hizo fue trasladar la prisión del edificio de ese ridículo museo a otro mucho mayor, más seguro, con numerosas celdas y hasta con una bodega… Mira, ahí lo puedes ver, a la derecha, al fondo de la plaza…

—Sí, sí… el de las minúsculas ventanas…

—Eso es. Durante años había sido un gran lagar en activo, pero desde la llegada de Schmelling pasó a ser la prisión central y no te asombres, abuela, si te digo que es un lugar que ha seguido conservando todas sus funciones pero con distinta materia prima… El caso es, abuela, que en el trecho que separa el museo del lagar, en medio de la fila de prisioneros, me descubrió de repente, allí solo y olvidado como iba, uno de los soldados alemanes, y recordó que yo era un paracaidista que no había sido juzgado y que cargaba con una condena disparatada, por lo que enseguida me separó de los demás y empezó a interrogarme. Y cuando vio de lo que se trataba decidió liberarme por iniciativa propia y enviarme a donde debía estar, es decir, al frente oriental, al sexto ejército, que con la llegada del frío había empezado a necesitar soldados del mismo modo que una fogata hambrienta devora la leña seca. Pero yo, y en este punto tengo que volver a reconocerlo, abuela, alegando ser huérfano solicité que se me permitiera permanecer allí…

—No, huérfano, pero solamente desde un punto de vista militar, porque mi compañía había sido exterminada y la cuarta brigada aniquilada. El coronel Thomas Stanzler había muerto e incluso me habían arrancado la insignia de mi regimiento, por lo que empecé a suplicarle que antes de que me enviara de nuevo al este con los muertos me traspasara a una unidad normal en la que pudiera vivir por un tiempo, y que lo más simple sería, para no demorar más mi vuelta al servicio del Reich, así se lo propuse, que me incorporara a

su unidad de la policía, pues en una isla tan maravillosa como esta también la policía debía de serlo…

—Sí, abuela, fui yo mismo el que me ofrecí para incorporarme a la policía…

—¿Pero cómo que una traición? ¡Estás exagerando, abuela!

—¿Pero cómo que he manchado nuestro buen nombre? ¿Cómo eres capaz de decir una cosa así? Además, aquí nadie sabía todavía que yo tuviera algo que ver con ese apellido…

—¿Acaso la policía no lucha también a su manera?

—En honor a la verdad quizá no sea lo mismo… pero a su manera…

—También es una lucha… enseguida lo entenderás…

—Quizá Schmelling no disponía de la autoridad para incorporarme a su unidad, pero lo hizo sin vacilar, con la seguridad de un capitán de la policía secreta que ha pasado a la policía gubernativa pero que pronto piensa volver a la secreta.

—Lo ignoro. Quizá le gusté, abuela, quizá precisamente por la embrollada y extraña historia que le conté. Quizá llegara a pensar que mi inclinación por las ideas abstractas podría serle de provecho a la policía, o que por lo menos elevaría el nivel cultural de los agentes. Pero me parece, abuela, que lo único que hizo fue comportarse como habría hecho cualquier oficial inteligente que hubiera tenido delante a un enfermero diplomado, es decir, adscribirlo a su unidad con el material médico incluido, y eso fue precisamente lo que hizo. Enseguida localizaron la camilla y la mochila con el material médico en el almacén del museo, con mi nombre, mi número de identificación personal y la fecha y la razón de mi detención debidamente anotados sobre ellas. Y en esa misma mochila, queridísima abuela, que ya no esperaba ver más, descubrí, aparte de una mohosa ración de combate del mes de mayo, el olvidado documento de identidad que antes del amanecer de aquel lejano día yo le había sacado del guardapolvo a Mani padre, aquel fantasma que había entregado su espíritu. Y créeme, abuela, que he

revisado infinidad de documentos de identidad y de partidas de nacimiento en esta isla habiendo llegado a convertirme en un gran experto, hasta el punto de que Schmelling me llama «sargento identificación y nacimiento», y, sin embargo, ningún documento me ha proporcionado el placer y la satisfacción que me produjo ese primero que tuve en mis manos, porque enseguida me di cuenta, abuela, de lo acertados que habían sido mis temores.

—No, en esa clase de documento de identidad no aparece quién es judío y quién no, pero está anotada la dirección, la fecha y el lugar de nacimiento, y así fue como descubrí el nombre de aquella pequeña e indómita ciudad del Asia Menor en la que había nacido el señor Mani…

—Adivina…

—Venga, abuela, que no es difícil…

—Pero si conoces perfectamente su nombre, si antes de que te hicieras de los Testigos de la muerte de Dios hasta cantabas salmos sobre ella de vez en cuando…

—De pronto te empeñas en no acordarte, en no saber nada…

—¿Bagdad? ¿Cómo que Bagdad? ¿Cuándo le has cantado tú nada a Bagdad…?

—No…

—Si es muy simple, abuela… venga…

—¡Pues Jerusalén, abuela! Jerusalén, ni más ni menos…

—Por supuesto, ya lo sé, eso no quiere decir que tuviera que ser judío… exacto, podía del mismo modo haber sido un árabe, o un griego, o un turco, o hasta un inglés, o cualquiera que hubiera nacido en Jerusalén, pero yo sabía bien que todos esos no son nuestros verdaderos enemigos, sino unos simples obstáculos que tenemos que apartar de nuestro camino, mientras que los judíos son la verdadera razón de todos nuestros movimientos, el punto que siempre tenemos tras la mirilla en esta guerra, y por eso, abuela, ¿cómo podía permitirme continuar impasible después de haber estado en contacto con ellos y haberme contaminado? Si todavía no

habían huido de la isla tenía que denunciarlos porque, ¿cómo íbamos a poder purificarnos a nosotros mismos en el primitivo seno de nuestros antepasados, como había sido el deseo del maestro Gustav Koch, si los malditos judíos habían penetrado ya en él exigiendo insolentemente, según es su costumbre, también en esta ocasión ser partícipes de nuestro mito…

—¿Yo? ¿Yo, abuela?

—No seréis más bien vosotros…

—Sí, vosotros allí en la patria, vosotros habéis sido los auténticos locos que os habéis dejado llevar por la borrachera de la victoria echando el ejército al galope hacia Moscú… No, yo no estaba en absoluto volviéndome loco… lo único que yo deseaba y que todavía deseo es la salvación de Alemania…

—Ya aminoro la marcha… agárrate bien a mí…

—No, abuela, ¿ahora quieres que demos la vuelta y bajemos? No, sería muy triste dejarse vencer ahora… Pero si el sendero es de lo más agradable y respirar este aire tan puro sienta de maravilla… ahora que ya has andado un buen trecho… y lo principal es que nos esperan unas vistas espectaculares…

—¿Jerusalén?

—¿Desde aquí?

—No… ja, ja. No, eso no… ja, ja…

—No. Aunque entre la isla de Creta y Palestina no hay más que una estrecha franja de liso mar que los antiguos atravesaban sin dificultad ninguna, aun así, desde aquí no puede verse Jerusalén, ni siquiera teniendo una vista tan aguda como la tuya… No, querida abuela Andrea, mis intenciones son más modestas y más fieles a la historia que tan pausadamente te estoy contando… Lo único que quiero en este momento es mostrarte a esta rosada luz y a vista de pájaro lo que fue la casa de la familia Mani, la casa a la que llegué a los pocos días de haber sido liberado de la cárcel, resuelto y libre, montado en una motocicleta militar como la que me prohibiste

comprar con mis ahorros a pesar de las muchas súplicas y lágrimas…

—¿Demasiado joven? ¿Que era demasiado joven? Es cierto, puede… pero es extraño cómo mi juventud se evaporó luego de golpe. En los campamentos de instrucción, sin darnos cuenta, la enrollamos por lo visto junto con la camisa de civil y la enterramos en la mochila, donde acabó por desaparecer, porque la verdad es que aquí ya no hay jóvenes sino solo soldados a los que el casco y uniforme igualan tanto para la vida como para la muerte… Pero ahora mira atentamente… hacia el este, abuela, hacia el este… Allí, entre los viñedos, aunque no veas nada, créeme, allí está su casa, junto a la carretera que va de Cnosos a los… Esa es la primera casa en la que entré como soldado de las fuerzas de ocupación en el año 41, y desde entonces, abuela, he entrado en muchas casas sin haber sido invitado, he revuelto armarios y deshecho camas, he reventado cajones, he convertido colchones en cedazos con la bayoneta y he aprendido que si quiero conservar el juicio debo apartarme de cualquier innecesaria muestra de educación; es decir, que tengo que apresurarme a culpar al otro en cuanto la puerta se entreabre, a los violentados inquilinos, y que no debo pedir permiso ni disculparme, sino pisar fuerte y avanzar con determinación por las habitaciones encolerizándome por el mero hecho de que haya armarios, cajones, alcobas o incluso paredes entre las habitaciones, como si una casa conquistada tuviera que ser una superficie llana y abierta en la que puedes irrumpir sin obstáculos. Pero aquella tarde de invierno, que se presentó acariciada por una fina y aromática lluvia, todavía era yo, abuela, un soldado inocente, podría decirse que virgen, por lo que me llegué hasta la puerta con delicadeza, hasta me limpié el barro de las botas y tartamudeé un «perdón» a la mujer joven que me abrió la puerta sin reconocerme, no solo porque la casa estaba en sombras y porque había cambiado el uniforme de paracaidista por el de policía y además ahora llevaba gafas, sino porque, por lo visto, aquella otra noche de mayo, cuando nos habíamos visto por vez primera, ella no me había considerado como un ser humano con

alma e inteligencia, sino como algo a medio camino entre soldado y dragón que había arremetido contra ellos desde las ruinas del Laberinto dejando sin vida al padre de su marido. Pero el hombre que estaba con ella, el ciudadano Mani, que había oído mi voz, se apresuró a entrar en la habitación, arrastrando todavía de la mano a su hijito, como un enorme canguro al que se le hubiera desgarrado la bolsa, y enseguida, nada más verme, abuela, me reconoció, volviendo a apoderarse de él un inmenso terror, como si hubiera visto el fantasma de su padre amarrado a mi espalda y tendiéndole su documento de identidad. En aquel instante, abuela, a punto estuve de dispararle, de la misma manera que le había disparado a las cabras, porque en el año 41 seguía creyendo, ¡inocente de mí!, que el miedo era la prueba irrefutable de la culpabilidad, y no sabía que también existe el miedo limpio de toda culpa. El caso es que logré dominarme y me dirigí a él, sin ira ni amenaza en la voz pero mirándolo directamente a los ojos y hablándole muy despacio en el alemán más fácil y simple que pude: «Así es que, señor, usted es judío…».

—Sí, abuela, sin las triquiñuelas ni los rodeos de las historias de detectives. Y no solo porque no tuviéramos una lengua en común en la que pudiera interrogarlo, sino también porque había decidido utilizar una táctica de choque para mostrarle a la joven y a su marido que yo había descubierto ya toda la verdad aunque no tuviera todavía decidido qué hacer con ella. Y entonces, abuela, aquel hombre se irguió, miró desesperado a la mujer para saber si también ella había comprendido lo que allí se había dicho y después me dirigió a mí una mirada clara y directa; nunca sabré, abuela, si la respuesta que entonces me dio había nacido en él en aquel momento o si hacía ya tiempo que la tenía preparada, quizá incluso desde el momento en el que había descubierto a su padre tendido muerto junto a las grandes tinajas y ahora, por fin, había encontrado la ocasión de pronunciarlas. Porque empezó a balbucearme, abuela, y con estas mismas palabras: «Sí, he sido judío, pero ya no lo soy más… lo he anulado».

—Lo sé, abuela… espera… ya lo sé…

—Lo sé, abuela… espera un momento… por lo que más quieras… espera… atiende…

—Sí, abuela, eso es lo que volvió a repetir en el mal alemán, casi embrionario, que había aprendido durante los seis meses de ocupación, y que equivaldrían a unos pocos días de estudio en la Berlitz de Berlín. Al principio, abuela, tengo que reconocer que me quedé sin habla, tan grande fue mi asombro ante tan sorprendente respuesta; me quedé molesto e indignado, como tú ahora, pero enseguida recordé, abuela, lo que tú misma me habías enseñado cuando oíamos sus discursos por la radio, que solo a los tontos les asustan las cosas absurdas, mientras que los inteligentes siempre logran aprender algo de lo absurdo, y por eso me limité a sonreírle mientras me sacaba del bolsillo el documento de identidad de su padre. Abriéndolo puse el dedo exactamente en la palabra griega adecuada, y todavía en un tono amable y en un alemán muy sencillo lo provoqué preguntándole: «¿Y qué hay de Jerusalén, señor, también la ha anulado?». Completamente aturdido por la vista del documento que yo exhibía, avanzó pesadamente hacia mí con el niño en brazos para, sin permiso, arrebatármelo de entre los dedos, como si ahora que su padre había quedado reducido a tan minúsculas dimensiones pudiera por fin atreverse a liberarlo de mis manos por la fuerza. Y habiendo vuelto a mirar desesperadamente a su mujer, se me dirigió moviendo la mano como si buscara las palabras alemanas de la misma forma que ya había hecho antes: «Ya estuvimos en Jerusalén, pero hemos dejado de estar…». Y entonces, abuela, escúchame bien, sentí una gran alegría, y hasta felicidad…

—Sí. Sí… incluso hice una inclinación de cabeza en señal de aprobación y agradecimiento, di una pequeña vuelta por la habitación, como un silencioso simulacro de registro, me cuadré ante la familia en pleno y salí apresuradamente de la casa…

—Un saludo normal, como el que haría un policía educado a cualquier ciudadano que no hubiera transgredido la ley…

—Me sentía doblemente feliz, abuela. Primero porque mi apreciación intelectual había sido tan tajante como el filo de una navaja y, segundo, porque el origen de la contaminación había desaparecido, con lo que el útero azulado al que habíamos regresado volvía a estar puro ante nosotros…

—Ya me lo temía, abuela, que tarde o temprano me dirigirías ese insulto, llevo preparándome para ello durante la última media hora…

—Pero si sabes perfectamente que no soy de esos…

—Porque no soy ningún estúpido, simplemente no lo soy ni lo he sido nunca, ni a ti te lo he parecido, abuela, ni a ningún otro…

—Entonces tendríamos que indagar cómo he llegado a serlo, si es que lo soy, cosa que no creo…

—Pero escúchame, abuela, por Dios, escúchame…

—Te oigo…

—Bueno… dime…

—Está bien, habla…

—Te escucho…

—Sí…

—Sí…

—Sí…

—Sí…

—¿Puedo hablar ya…?

—Ahora mismo…

—De acuerdo…

—Te oigo…

—Y ahora escúchame atentamente, abuela. No, espera, te he escuchado sin decir nada, pero ahora escúchame y dime si no es ridículo y de mal gusto hablar así, en términos biológicos o zoológicos, de las personas y hasta de naciones enteras; pero si es humillante hasta para nosotros, los alemanes… ¡Como si fuéramos todos distintas razas de perros o de monos! No, abuela, por favor, esa no fue nunca la intención de nuestro Deamon, porque la palabra «raza» no era más que una referencia alegórica de otra palabra más

respetable, a saber, naturaleza, que es lo principal. ¿Y qué es en realidad esa naturaleza sino el carácter, ese carácter humano y nacional susceptible de ser descrito y que puede variarse…? Si hasta el propio Führer habló del «peligro del judío que todos llevamos dentro…».

—Lo dijo, te lo juro… lo dijo… en los campamentos… En Flansburg había quienes conocían de memoria cada una de sus palabras…

—Claro… por supuesto… por eso me alegró tanto la respuesta del ciudadano Mani hijo, porque comprendí que si desde su propio interior podía eliminarse la maldita y pertinaz cualidad de judío, para nosotros también puede que todavía exista la esperanza…

—Nuevamente por dos razones, abuela. Primero, que no tendremos que andar detrás de cada judío para destruirlo, porque lo hará él mismo, y segundo, que llegado el momento también nosotros podremos hacer lo mismo eliminando una pequeña parte de nosotros…

—Supongamos que vuelva a juzgársenos, abuela, y que quieran condenarnos como en la primera guerra, cuando tanto dolor te causaron. También nosotros podremos decirles: «Fuimos alemanes, pero hemos dejado de serlo… hemos revocado nuestra condición de alemanes…».

—Pero abuela, domínate, estás perdiendo los estribos sin motivo, enfadándote así conmigo y obsequiándome con semejantes insultos, como si lo que yo quisiera fuera ofenderte. Ni soy un estúpido ni me he vuelto loco… aunque reconozco que, a veces, me asaltan extrañas ideas, solo que la realidad es lo suficientemente benevolente y generosa conmigo como para que no se pongan en práctica.

—¡Dios me libre, abuela! Ni me estoy burlando de ti ni intento apartar tu atención del tema, sino todo lo contrario. Estoy contándote la historia por rigurosísimo orden y, quién sabe, quizá cuando la termine hasta sea de tu agrado… quizá incluso te alegre… Aguarda, que todavía te tengo preparada otra sorpresa…

—Enseguida… ahora mismo… pero sigamos avanzando un poco más, solo unos cuantos metros, hacia esa caja blanca y grande que está ahí adelante entre los árboles… ahí, ¿la ves?

—Sí, allí… la caja blanca… que no es más que… Venga, abuela, adivínalo…

—No importa, di lo primero que se te ocurra…

—¿Un buzón? ¡Qué idea más original! No, abuela… ¿Quién iba a venir aquí a echar una carta? No, se trata de otra cosa…

—Pero mira, abuela, es una capillita, casi de bolsillo, una simple vitrina con un altarcito y un platito con aceite en el que arde una mecha en memoria de los difuntos, y junto a él una estatuilla de la Virgen con el Salvador niño del tamaño de una aguja; capillas como esta, abuela, pequeñitas y muy bonitas, las tienen los griegos diseminadas por todas partes a la vera de los caminos para que los caminantes, aturdidos por el fuerte sol, el mar o el cielo no vuelvan al paganismo de sus antepasados y se pongan a adorar, Dios no lo quiera, a los árboles y las piedras, sino que permanezcan fieles a la fe de sus padres… Pero no me mires a mí, abuela, mira al cielo que goza a esta hora de su mayor belleza, mira cómo se va encendiendo ante ti…

—Si vuelves a estar cansada podemos sentarnos un poco en este banco destinado a los fieles. ¿Te gustaría rezar un poco?

—Pero si estás sola… nadie te va a ver… y es la misma María que la de la iglesia luterana que tenemos junto a la hacienda, aunque esta de aquí sea tan pequeñita…

—Pues déjalo, no importa… Si quieres, tengo autoridad para requisar esta imagen junto con el niño Salvador y regalártela para que los conserves como recuerdo del paseo que hemos dado juntos y de este magnífico cielo, y hasta para que te acuerdes un poco de mí, porque quién sabe…

—Lo que quiero decir, abuela, es que quién sabe cuándo volveré a casa…

—¿Qué?

—No puede ser…

—¿Por qué estás tan segura?

—¿Pero cómo? ¿Quién?

—¡Qué tontería! ¡Cómo van a haber decidido trasladarme a Alemania! ¿Quién puede saber siquiera que me encuentro en esta isla dejada de la mano de Dios…?

—Dime lo que sabes, ahora mismo…

—La verdad, abuela, ¿has intervenido tú? Dime la verdad, abuela… ¿has vuelto a mediar?

—¡Pero qué sabrás tú si ni siquiera has comprendido todavía lo que pasó…! ¡Tengo que permanecer aquí, todavía tengo que encontrarlos…! ¡Maldita sea! ¿Por qué has vuelto a precipitarte, abuela, sin tan siquiera consultarme…?

—Lo siento… perdona…

—A los dos, a la mujer y al niño…

—¿Que me he dedicado a divertirme con esos judíos? ¿A divertirme? Al contrario, enseguida lo vas a ver… al contrario…

—Pero si no ha sido por ellos, sino por nosotros, abuela… por Alemania… Los judíos, aquí y en cualquier otro lugar, no son más que conejillos de Indias en los que experimentamos lo que todavía tememos experimentar en nuestras propias carnes… Además, a ellos les encantan esos experimentos, están acostumbrados a cambiar de forma y a pasar de laboratorio en laboratorio; he aprendido mucho durante los tres últimos años y aunque tú no estés de acuerdo con mi forma de pensar, lo que no puedes hacer, abuela, es acusarme de superficial. ¿O es que no te acuerdas de todos los exámenes en los que me suspendieron en la escuela por no haber querido contestar superficialmente a las banales preguntas de los profesores? Porque no irás a imaginarte que aunque aquella idea había sido de mi agrado y me había colmado de felicidad iba a dejarme llevar por ella tan inocentemente como para no cumplir con mi obligación de comprobarla las veces que hiciera falta, y contrastar si la sorprendente respuesta de aquel ciudadano era realmente posible.

Por eso, aquella misma noche, abuela, al finalizar en la prisión mi turno de guardia como carcelero, no pudiendo dominarme más y exaltado como estaba por nuevas dudas que se me agolpaban en la mente, en lugar de dirigirme al lecho monté en la motocicleta y partí a toda velocidad, a la tenue luz del amanecer, hacia aquella casa de las afueras de Cnosos. Llamé fuertemente con los nudillos, y al no recibir respuesta inmediata ya no esperé, sino que entré por una ventana; no conformándome con quedarme en la primera habitación entré también en la siguiente, que resultó ser su dormitorio; dirigí la linterna hacia las mantas, entre las que se acurrucaban aquellos judíos que habían dejado de serlo, y sacudiéndolos los saqué del último sueño de la noche haciéndolos levantar con el fin de volver a interrogarlos. Ambos se quedaron ante mí tiritando por el frío de la mañana; la mujer, con el pelo revuelto, etérea en su camisón de franela bordado con hilo rojo, y el hombre cubierto con el mismo pesado capote militar con el que había tapado a su padre; y al momento vi, por la serena mirada que me dirigió, que no se había sorprendido por mi repentina aparición, como si ya se hubiera estado imaginando que cualquier noche, incapaz yo de digerir la confesión que me había hecho, acabaría por vomitarla…

—Mi intención, abuela, era encontrar algún objeto claramente judío que utilizaran por la noche y que pudiera refutar su declaración, aunque la verdad es que no sabía muy bien qué es lo que debía buscar, y además, a finales del invierno del año 41 todavía no comprendía lo que después, desde la primavera del 42, empezaría a tener tan claro, y es que no existe ninguna señal claramente judía sin la que un judío no pueda vivir…

—Que la identidad de los judíos, abuela, puede existir tan solo en su mente, por lo que la esperanza de que también de ahí pueda ser eliminada es muy dudosa…

—Pero si esa es precisamente la cuestión… si ese es el asunto, mi sabia e inteligente abuela, que repetidamente intento explicarte, para que comprendas hasta qué punto resulta absurda y casi imposible la guerra que el Führer les ha declarado…

—No, al mayor Schmelling no le conté nada…

—Porque sabía, abuela, que era una idea demasiado sutil para él. ¿Quién es al fin y al cabo ese tal Schmelling? Un viejo oficial de policía de la antigua escuela que todo cuanto sabe sobre los judíos lo ha aprendido de la prensa diaria, de los discursos vocingleros y de los vituperios de los eslóganes pintados en las paredes, por lo que no puede menos de tomárselo al pie de la letra y creer que el mundo es como el zoo de Berlín, y que hay que ir de jaula en jaula para comparar los animales hasta llegar a descubrir al mono superior… No, no quiero molestarlo con una idea que ni yo mismo he terminado de perfilar por completo…

—¿Que es tal como lo he dicho? No creas… no estoy muy seguro… especialmente desde que ese joven, Mani, se fue al fondo del mar hace ahora ocho semanas… aunque sin embargo…

—Enseguida… enseguida… ahora lo comprenderás…

—Naturalmente, abuela, después de todo habría podido repetirme a mí mismo una y otra vez, como tú no haces más que decirme, que aquel hombre intentaba engañarme, que era un maldito judío que intentaba escapar a su suerte, pero yo sabía que esas no eran más que palabras huecas, la respuesta de los que no tienen paciencia y que en lugar de pensar se apoyan el *schmeisser* en el vientre y abren fuego en todas direcciones; pero, precisamente quizá por haber llegado yo a esta isla planeando silenciosamente desde el cielo, sentí el deber de pararme a prestar atención a lo que ocurría a mi alrededor. Y no por el hombre ese, por Mani, sino por nosotros, por Alemania y por los alemanes, para saber si era posible regresar al punto de partida y volver a ser solamente un hombre, un *hombre nuevo*, desprovisto de la cáscara de la historia que se le ha pegado como una fea costra de caspa, si era capaz de salir de esos oscuros y húmedos aposentos repletos de mohosos libros, de descoloridos óleos y de deformes esculturas, de salir por la iluminada puerta que en este momento tienes abierta ante ti, abuela, en todo su esplendor, atronando con este coro de grillos que me temo no nos vayan a dejar oír lo que hablamos si no nos

ponemos en pie y proseguimos nuestro camino… Ven, abuela, sigamos…

—No, no mucho… te lo aseguro… te lo suplico…

—No, todavía falta un poco hasta que empiece a oscurecer… Además, ya no estamos lejos de la cima… y aunque mi historia siga irritándote tendrás el maravilloso paisaje, la transparencia del aire y la extensión del mar como recompensa por el pesar que te estoy causando…

—Eso es… sí… menos mal que me comprendes, abuela…

—Gracias, abuela, gracias…

—Lo sé…

—Pues claro que podrás darme tu opinión…

—Te lo prometo… todo lo extensa que quieras… toda la noche te escucharé, si quieres…

—Sí, exactamente, eso fue lo que me dije a mí mismo: aunque esté intentando engañarte lo obligarás a cumplir con lo que ha dicho. Y por eso lo primero que hice fue asegurarme de que no huyera a las montañas, así que no dejaba pasar más de dos días, abuela, sin aparecer por sorpresa en su casa y comprobar que cumplía plenamente con su condición de no ser ya judío…

—Al principio solamente a su casa, abuela, porque todavía estábamos entre el invierno y la primavera del año 42 y yo seguía estando en el peldaño más bajo de la escala del cuerpo, un simple carcelero del turno de noche en aquel inmenso y seco lagar que Schmelling había convertido en prisión. Al finalizar mi turno de guardia, con las primeras luces del alba, mientras seguía ardiéndome la cabeza por los gritos de los sospechosos torturados, me montaba en la motocicleta y volaba de Heraclión a Cnosos, por caminos muy tranquilos a causa del toque de queda, que en aquella época todavía era completamente respetado por los habitantes del lugar, y llegaba a casa de mis sospechosos particulares y secretos. Estos, desde el momento en que habían comprendido que no pensaba desistir, dejaban sin candar la puerta de la calle para que pudiera entrar sin

molestarlos, hasta la misma alcoba, hasta los dos bultos arropados sobre los que el haz de luz de mi linterna se paseaba en busca de la deseada señal judía, que aunque yo no tenía ni la más remota idea de cuál sería su nombre, su forma o naturaleza, seguía creyendo que existía y que una noche aparecería de entre las colchas para delatarlos…

—No, abuela. Porque a principios del verano del 42 logré finalmente convencer a Schmelling para que pusiera bajo la protección de nuestra policía el palacio de Minos e incluso que erigiera allí un pequeño puesto de guardia con el fin de que cuando llegaban a la isla los distintos altos mandos de la policía, ya fueran de la secreta o de la gubernativa, desde cualquier punto del Reich, para palpar con sus propias manos los contornos del nuevo mapa de Alemania y disfrutar de sus dimensiones, pudieran visitarlo. Entretanto me había ascendido Schmelling al grado de sargento primero, nombrándome, además, policía escolta de los invitados de honor. Primero, abuela, los subía hasta esta colina, igual que he hecho ahora contigo, y les contaba la historia de nuestra legendaria llegada por aire y los heroicos combates que la siguieron, y después de haberlos exaltado con nuestra victoria y de ganarme su confianza los convencía para que me siguieran hasta Cnosos a visitar el antiguo Laberinto, intentando que no lo vieran solamente como las ruinas reconstruidas y rebozadas de colores, fruto del capricho de un fanático arqueólogo británico, sino también como una posible meta para los europeos de un futuro inmediato que se sentirían libres de todo temor y culpabilidad. Y allí, en la explanada que hay junto a la entrada de las ruinas arqueológicas, a pocos metros de la estatua de sir Arthur Evans, me encontraba, a veces, con mi hombre, el *ex judío*, con el que había sido judío y había dejado de serlo por decisión propia, en su pequeña tienda, con el niño, como de costumbre, correteando entre los tarros de hierbas medicinales, los frascos de especias y los regalos para los turistas: diminutos minotauros, pequeños cántaros de barro y también minúsculas imitaciones de los cuernos del toro en forma de uve; como seguía

disfrutando de la licencia de su padre para vender las entradas al lugar, me acercaba primero a él a comprarle las entradas para mis invitados, a mitad de precio, encontrándome, a veces, con que solo estaba su delicada y joven mujer, mientras el propio Mani andaba recorriendo las ruinas, igual que había hecho su padre, como guía ocasional de los turistas griegos, que durante los años 42 y 43 seguían llegando como siempre desde grandes ciudades como Atenas y Salónica a veranear en esta isla, sonriéndonos amigablemente a los alemanes, como si también nosotros fuéramos turistas como ellos y las armas que llevábamos al hombro no estuvieran destinadas más que a cazar en las montañas. De este modo, como lo veía muy a menudo, ya no tuve que vigilarlo más por las noches, al *ex judío* que había vuelto a ser, o de eso intentaba yo autoconvencerme, solamente un hombre, un hombre intacto, como el rey de aquella antigua y bienaventurada civilización que, puesto que todavía no había estado contaminada del autoinvento del judío, había vivido sin temores ni sentimientos de culpabilidad en su seno y se había sentido segura con un templo sin fortificaciones, sin murallas, con sus fluidas escaleras de mármol que llegaban hasta las rojizas salas inundadas de pinturas de efebos y doncellas que seguían felices al pacífico toro. A veces, abuela, lo encontraba junto a las grandes tinajas, en el lugar exacto en el que su padre había estado atado y había muerto, y entonces me invadía la esperanza y la fe de que el hombre puede llegar a transformarse a sí mismo. Él incluso me sonreía tranquilamente, pero tal y como tú crees, abuela, aquello no era más que una comedia en la que representó su papel a las mil maravillas; con toda naturalidad atraía al niño, al que también llevaba hasta allí, hacia sí, para que no molestara al grupo de oficiales que yo guiaba y que, vestidos de negro o de civil y calzados con sus resplandecientes botas de piel, escuchaban mi disertación sobre aquella antigua civilización que no había conocido ni la culpa ni el miedo, mientras se sonreían misteriosamente… Esos dragones diplomados, esos descollantes asesinos, esos genios de la destrucción… ¡La escoria y el horror de la raza germana!

—Sí, sí…

—Lo sabes, lo sabes perfectamente, abuela…

—Sí… lo sabes… no lo niegues … todos lo sabemos, hasta los que dicen que no lo saben…

—¡Sí!

—¡Sí, sí, sí! ¡No seas ingenua!

—Bueno, ya me calmo.

—Está bien.

—Ya me calmo…

—Está bien, te ruego que me perdones…

—Ahora mismo… enseguida… Mira, esta es ya nuestra última estación, por fin hemos llegado al viejo puesto de vigilancia turco que lleva aquí desde el siglo pasado… Ven y verás por qué lo situaron aquí, mira lo que se abre frente a los ojos… mar, mar y más mar. Aquí se sentaban los turcos hace cien años a esperar a los piratas… Ven, siéntate, abuela, siéntate aquí… lamento haberte gritado…

—¿Quién soy yo para acusar a nadie si también formo parte de todo ello? Aunque cuando llegué a esta isla me aferré con entusiasmo a la idea de que quizá aquí podría abrírsele una nueva puerta a la nación y al individuo, que existía una nueva vía de la que ese Mani que había renunciado a su anterior forma de ser no era más que una metáfora, una parte de toda una nueva concepción del mundo que yo sabía que tendría que poner a prueba en el otoño de 1943…

—Ahora mismo… enseguida…

—Italia había caído, y los italianos, que habían sido una especie de aliados, se convirtieron en una especie de prisioneros a los que también había que quitar las armas y empezar a vigilar. De pronto nos sentimos aislados, y cuanto mayor era nuestro aislamiento, abuela, más nos odiaban. Nuestros odiadores acabaron siendo tantos que pronto hubo que encerrarlos para poderlos contar dos veces al día, por la mañana y por la noche, y también para podernos

decir estos son todos, no hay más… Pero ni a nosotros mismos nos podíamos hacer creer que allí estuvieran todos, por lo que salíamos en busca de más enemigos, que enseguida encontrábamos, pero nunca nos creíamos que esos fueran todos, así es que los torturábamos para que delataran a más, y luego a más y a más… Así, pues, estábamos todo el día ocupados: terminábamos una guardia y empezábamos a contar, volvíamos de una redada y salíamos para otra, terminábamos un interrogatorio y este nos llevaba a otra redada y más búsquedas, hasta que en un cambio de guardia a medianoche descubrimos que en lugar de reducir nuestro aislamiento lo habíamos aumentado y que éramos los prisioneros de nuestros propios prisioneros. Entonces solicitamos ayuda y, al principio de la primavera, llegaron finalmente desde Atenas dos expertos que enseguida le reprocharon a Schmelling el que se hubiera hecho con un tan elevado número de prisioneros y presos en lugar de haberlos matado, por lo que lo primero que ordenaron fue que reunieran a todos los judíos y que los embarcaran hacia el lugar donde habitualmente se les agrupaba. Y yo, ingenuo de mí, creí que si el judío que yo había encontrado había dejado de serlo, habrían dejado de serlo todos, por lo que me quedé atónito cuando llegó a mis manos una lista completa de auténticos judíos que durante todo aquel tiempo, según parecía, habían vivido en Heraclión y sus alrededores, parte de los cuales incluso ya había logrado huir…

—No, abuela, su nombre no figuraba en la lista; y no porque los de arriba le hubieran aceptado su renuncia a ser judío, sino porque ni siquiera sabían de su existencia. Su padre no había sido del lugar, sino que nacido en Jerusalén había sido deportado de Palestina a Creta por los británicos a finales de la Gran Guerra, y durante todos esos años se había mantenido a una prudencial distancia de los demás judíos, por lo que logró pasar inadvertido para los denunciantes no judíos. Yo, si así lo hubiera querido, habría podido eliminar esa distancia y devolver la familia Mani al redil de los judíos con la facilidad con la que se añade un nombre a una lista, pero

supe que había llegado el momento de la prueba y, no solo para él sino también para mí, abuela, porque tenía que decidir en el acto y por mí solo si aquella renuncia había sido verdadera o tan siquiera era posible, no solamente para él sino para cualquier otra persona en el mundo, o si los dos, él y yo, no habíamos estado más que jugando con aquella palabra durante los tres últimos años. Al punto decidí, sin vacilar…Venga, ¿qué es lo que crees? Adivina, abuela, qué es lo que decidí…

—Exacto. Has dado en el mismísimo clavo. Pero no lo hice por lo que tú crees, es decir, por simple ingenuidad o ligereza, sino todo lo contrario; después de haberlo meditado profundamente y, sobre todo, por lealtad hacia ti, abuela, y a todo lo que hablamos durante aquellas noches de invierno del 39 cuando preparaba los exámenes finales de literatura y de historia y a ti ya no te cabía la menor duda de que la llegada de la guerra era inminente. Recuerdo que me pediste que le rezara a Dios, en el que tú habías dejado de creer, para que la devastación y la ruina que Alemania iba a llevarle al mundo condujera finalmente a un cambio positivo y a una reconstrucción del mundo. Por eso me apresuré ahora a ir en busca del ciudadano Mani, porque sabía que muchos de los nombres de mi lista habrían empezado ya a huir en todas direcciones, y llevando conmigo a otro soldado para poder conservar las ideas claras vi que había hecho bien en apresurarme, porque detrás de la casa volvía a estar atado aquel mismo mulo cargado de fardos, cuyo contenido sería sin duda harina, azúcar y especias, y entonces supe que ya le habían llegado los rumores sobre mí y la lista que estaba en mi poder y que estaba intentando huir. Lo encontré muy pálido y desconcertado y le dije: «Señor, ciudadano Mani, he venido a decirle que no tiene nada que temer, que no huya, porque puesto que renunció a su condición de judío ahora no es más que un hombre, un ser humano que vive en Cnosos entre las ruinas de una civilización que no habría podido reconocer a un judío aunque hubiera querido, porque los judíos todavía no se habían inventado a sí mismos. Y por eso, ahora», así le dije, «ha llegado para usted el

momento de probarme que confía en mí del mismo modo que yo, hasta ahora, he confiado en usted…».

—Ah… ya era hora de que me dijeras algo agradable. Ahora que lo entiendes, lo reconoces, ahora ya lo reconoces…

—Gracias, abuela, gracias.

—Te escucho, pues claro que te estoy escuchando…

—El caso es que él estuvo muy atento a mis palabras, aunque su alemán, después de tres años de ocupación, no era mejor que el que hablaba antes: un alemán pobre, sin vitalidad ninguna. Volvió como siempre a cruzar miradas e intercambiar susurros con su mujer, que seguía pareciendo, como la primera vez que la había visto aquella noche de hacía tres años, una joven de mi edad. Él se mantuvo muy serio y atento hasta que asintió con la cabeza y dirigiéndose hasta donde estaba el mulo descargó los fardos. Seguidamente, y para que no volviera a caer en la tentación de recapacitar, le maté el mulo de una sola ráfaga, le dije adiós y me encaminé a sacar de sus agujeros al resto de los judíos que no habían podido o no habían querido renunciar a su condición…

—Ya no quedaban muchos… lo habíamos retrasado demasiado… para el día de la deportación no habíamos conseguido reunir más que a doscientos setenta…

—Enseguida… ya casi termino, abuela, estoy muy cerca del final… ¡Qué impaciente, pareces una niña pequeña…!

—Naturalmente que tenía mis dudas, porque te repito que nunca he sido un ingenuo, así es que volví a ir a su casa al día siguiente por la noche, la noche del 21 de mayo, exactamente tres años después de mi llegada en paracaídas, en un rato libre que logré encontrar en medio del caos de registrar a los prisioneros; monté en mi querida motocicleta que estaba ya muy vieja y despintada y salí a toda velocidad, a pesar de que sabía que estaba poniendo mi vida en peligro por esas carreteras de los pueblos, porque había empezado a soplar cierto viento del este, desde las estepas de Rusia, impregnado del olor de la sangre alemana derramada que como una sutil especia había comenzado a animar a la población

civil poniéndole un toque de insolencia en la mirada. Con todo, no me detuve, porque ansiaba saber si se había fiado de mí no escapando, de la misma manera que yo había confiado en él, y también si él mismo se fiaba de él y podía, según su voluntad y libremente, renunciar a aquella superflua condición. Al aproximarme a la casa sentí una inmensa alegría, pues vi que, tras los visillos, que estaban corridos, había señales de luz. Mas cuando abrí la puerta, tras llamar, y entré en la casa, de la que después de los años que habían pasado me conocía absolutamente cada detalle, y él se levantó dirigiéndose hacia mí, al punto me di cuenta, por las manos, que movía extrañamente a su alrededor, que algo había sucedido, o que algo faltaba, y como un relámpago me cruzó el pensamiento de que la mujer y el niño habían huido a las montañas. Encolerizado levanté el *schmeisser* y me lo apoyé contra el vientre con la intención de matarlo de una sola e interminable ráfaga, pero él lanzó un amargo grito en aquella habitación en sombras y se abalanzó hacia mí sujetando fuertemente el cañón del *schmeisser* para desviarlo, y en su atropellado alemán, empezó a suplicar balbuciente, a quererme demostrar, que justamente por la completa confianza y entendimiento que reinaba entre nosotros había enviado al niño con su madre, porque no podía exigirle a su hijo lo que se había exigido a sí mismo, es decir, que todavía era demasiado pequeño para comprender el significado de aquella renuncia y saber escoger, y que por eso, entretanto, era preferible que siguiera siendo lo que era, es decir, un niño judío que no había renunciado a su condición como tal…

—Lo sabía…

—Sabía que dirías eso… es desesperante…

—Pero si es justamente lo contrario… Al contrario, abuela, escúchame bien, si él se había quedado en lugar de huir… eso quería decir que era porque confiaba y tenía fe en lo que había hecho… no podrás negarme que no era una prueba irrefutable… ambos habíamos pasado la prueba, él la mía y yo la suya…

—Entonces volví a saludarlo y salí para Cnosos, que estaba completamente a oscuras, miré el cielo sembrado de estrellas y me acordé de aquella noche del 41, tres años antes, cuando había llegado por el aire, como el Dédalo de Gustav Koch. Entré en el pequeño puesto de guardia que había junto a la tienda de Mani, no lejos del busto de sir Arthur Evans, y telefoneé a Schmelling que estaba muy preocupado por el menguado número de judíos que habían reunido hasta el momento y que empezó a reprocharme: «No es posible que ahí estén todos, tiene que haber más, no ha buscado usted lo suficiente». Por lo que le dije: «Ya es imposible encontrar más judíos, pero: ¿sería correcto arrestar a un civil que ha ayudado a huir a un niño y una madre judíos hacia las montañas?». Me contestó: «Naturalmente, naturalmente, tráigalo aquí de inmediato». Y así fue como regresé enseguida a su casa, preguntándome si todavía lo encontraría o si, por el contrario, habría terminado por huir. Pero allí seguía, esperando tras las cortinas que tenía completamente echadas por la prohibición de que se viera ninguna luz, perfectamente fiel no tanto a la promesa que me había hecho a mí, abuela, como a aquella idea que poco a poco se había ido apoderando de él, y por eso quedó tan sorprendido cuando me vio volver para comunicarle que lo detenía por haberlos ayudado a escapar, exclusivamente por ese delito. Entonces empezó a protestar y a resistirse, hasta el punto de que tuve que disparar a las paredes de la casa, amenazarlo muy seriamente y atarlo de manos; después lo metí a la fuerza en el sidecar y salí con él a toda velocidad por las solitarias carreteras hasta llevarlo con los que en realidad eran sus hermanos, aunque él creyera que había renunciado a ellos… Y ahora, mira hacia allá, abuela, mira bien, hacia el oeste, mira qué veloz y sutil es aquí la puesta de sol…

—Pues sí, esa es la sorpresa que te prometí… ya ves que te estabas preocupando en vano…

—Pues ya no estés más preocupada, porque al final también él fue a parar a aquel lagar desecado junto con el resto de los judíos que habían sido llevados hasta allí desde todos los puntos de la isla.

Y como su número seguía siendo insuficiente a los ojos de los enviados de Atenas, Schmelling, desconcertado, decidió añadir cuatrocientos prisioneros griegos; pero como tampoco les satisfizo la nueva cantidad conseguida les añadió trescientos italianos que, por haber sido antes amigos, se habían convertido en unos prisioneros muy molestos. Como el 6 de junio había llegado entre susurros el rumor de un ingente desembarco del enemigo en Francia, nos apresuramos, y aquel mismo día cargamos a todos los deportados en un pequeño barco que requisamos en el puerto de Heraclión; y a pesar de que habíamos decretado toque de queda en la ciudad para mantener a los ciudadanos alejados del muelle, cuando llevábamos hacia allí a los expulsados vimos que nos observaban desde todos los tejados y los terrados, por lo que se dio la orden de disparar al aire. Como teníamos serios temores de que fueran a intentar liberar el barco de los deportados en su camino hacia Grecia se me ocurrió, abuela, precisamente a mí, el especialista en partidas de nacimiento y en documentos de identidad, proponerle a Schmelling y a sus oficiales que se le cambiara el nombre al barco, que se le diera una nueva identidad para que fuera olvidado para siempre, y hasta le encontré un nombre adecuado que recordaba de los libros que tú me habías mandado: *Dánae*, que así se llamaba la hija de Acrisio, el rey de Argos. ¡Lo orgulloso que se habría sentido de mí el maestro Koch si lo hubiera sabido! Y así fue como le cambiaron el nombre al barco, que aquella misma noche partió con rumbo a Santorini, pero un bombardero británico que por casualidad pasó volando por encima y vio que no era barco conocido lo hundió, abuela, no muy lejos de donde ahora estás viendo sumergirse el sol…

—El ciudadano Mani también estaba allí. ¿Por qué no iba a estar? Pues claro que Mani también estaba allí.

—Una vez. Solo por un momento. Estando en la cola para la cena. Le prometí la libertad a cambio de que me revelara dónde se encontraban la mujer y el niño, pero él se quedó callado sin contestarme y yo no tenía tiempo para indagar si se negaba a hablar porque se había cansado de la lógica por la que yo me guiaba, y que

nos había llevado a los dos a un círculo vicioso o, quizá, justamente, por todo lo contrario: porque ahora sabía que por las leyes de aquella misma lógica quizá podía liberarlo a él, pero tendría, por otra parte, que detener al niño y a su madre y llevarlos con el resto de los deportados. Ahora…

—Naturalmente…

—Claro que sí. ¿Por qué no…? Lo decía completamente en serio…

—¿Por qué no? ¿Acaso no era lo más natural?

—Si tú, por ejemplo, y es solo un ejemplo, hubieras nacido judía…

—No, no te enfades…

—Lo siento…

—De acuerdo… de acuerdo…

—Eso es, enseguida empezaremos a descender, abuela, porque como te he dicho cuando hemos salido, el crepúsculo aquí es muy breve, no como en nuestra patria…

—Desde entonces, abuela, nada… Han pasado casi dos meses y ya hemos levantado un nuevo campo que ha vuelto a llenarse de prisioneros con una rapidez sorprendente, a pesar de que la isla está ya completamente limpia de judíos, si exceptuamos, naturalmente, a esa mujer y a su niño, a los que estaría dispuesto a buscar por las montañas si no fuera porque se nos ha prohibido ya salir de los límites de Heraclión, por lo que no me queda más que subir hasta aquí todos los días con el atardecer, hasta este puesto de vigilancia turco, para ver si no han burlado el cerco y han vuelto a casa… Por si vuelve a aparecer alguna luz en la casa…

—¿La mujer?

—¿Por qué lo preguntas?

—Pero si ya te la he descrito…

—Digamos que de estatura media… de facciones agradables… ¿qué más podría decirte…?

—¿Por qué lo preguntas?

—No, a nadie en particular… quizá…

—Quizá… ¿pero por qué lo preguntas?

—Al principio me pareció que había algo… una expresión, o la sonrisa… quizá una fotografía vieja que teníamos en casa, pero luego el parecido se fue desvaneciendo…

—De mamá no… de ella no… sino precisamente tuya, abuela, una fotografía muy vieja…

—La seguiré acechando desde aquí. Quizá, después de todo, llegue a atraparla con su niño… Porque el solo hecho de pensar que pronto tendremos que marcharnos de aquí para meternos de nuevo entre los pantanos y la niebla mientras ellos se quedan aquí frente a esta resplandeciente bahía, entre los antiquísimos olivos, con esta mágica luz, para seguir contaminando nuestro purísimo útero azul, solo el pensarlo, abuela, me subleva de tal forma que estoy empeñado en no desistir ni moverme de aquí hasta que no les haya puesto de nuevo las manos encima.

—¿Por qué?

—¿Cuándo?

—¿De qué estás hablando?

—¿Contigo? ¡Imposible!

—¿Pero cómo? ¿Quién te lo ha dicho?

—Yo estoy luchando por Alemania desde aquí… es decir, hasta que lleguen los ingleses…

—¿Cómo? ¡No puede ser!

—¿Mañana?

—¿Pero de qué estás hablando?

—Aquí no va a llegar ninguna orden de traslado…

—No entiendo… ¿qué orden?

—¿Cómo es posible…? ¿Quién te la ha dado?

—¿Pero quién la firma? ¿Quién tiene autoridad para firmarla?

—Muéstramela, no me lo creo…

—Hasta ahí has sido capaz de llegar, abuela… Has ido demasiado lejos… ¿Pero por qué no me lo has preguntado? Ah, ¿en qué me he

comportado mal contigo, abuela…? ¿Por qué te vuelves a inmiscuir en mi destino…?

—Pero no entiendo a quién está destinada… ¿A quién se la debes mostrar?

—Enséñamela, no te creo… se caerá de bruces cuando vea la firma…

—Enséñamela… no es posible…

—No, todavía hay suficiente luz en el cielo…

—Pero muéstramela… ¿Qué temes?

—¿Ha sido él en persona quien la ha firmado? No es posible… Te has vuelto loca, abuela… ¿Has llegado hasta él? No te puedo creer…

—¿Qué tiene que ver con el apellido Sauchon…?

—No quiero hacer mofa de nada…

—¿Pero cómo? ¿Cómo, abuela? Me desesperas… no has comprendido mi historia… no has entendido la idea… al contrario. Pero si solo estoy hablando de nuestra libertad… No vamos a poder seguir persiguiendo a cada uno de ellos hasta el final de los tiempos… hay que permitirles que ellos mismos renuncien a ser ellos… Pero si lo único que me preocupa es la pobre Alemania… nuestro desesperado Führer… solo pienso en el futuro…

—No digas eso, porque no es verdad…

—No, ahora lo entiendo, quieres que me maten por Alemania en un suicida combate final… igual que enviaste a la muerte a Egon durante la primera guerra… Así es que, no me equivocaba… ¡sigues sin aceptar mi existencia…! He creído que venías a visitarme por amor, que quizá hasta te quedarías conmigo aquí en la isla, pero ahora me doy cuenta de que has venido a sacarme de aquí… Pero eso es imposible, no voy a acceder… no estoy dispuesto a irme… No, abuela, no se la enseñes a nadie, no le des a nadie esta orden… Te lo suplico, no se la entregues a nadie…

—¿Pero qué honor? ¡Por Dios! ¿De qué honor me estás hablando? ¿El honor de quién?

—No, no te voy a devolver este papel… no hasta que me prometas que lo vas a romper… este papel no vale nada, está de más…

—Pues entonces lo voy a romper yo… Toma su firma, si quieres, pero el resto lo rompo en trocitos para que se los lleve el viento…

—Ya lo creo que me atrevo… No te lo voy a devolver… Que no te lo devuelvo… con el corazón en la mano te digo que he visto muchos muertos y no quiero irme a reunir con ellos… Tú no puedes decidirlo por mí… no tienes derecho a hacerlo… no mataste a Dios para ocupar su lugar ni eres Minos, el nieto de Zeus…

—Así que renuncio a vuestro apellido y a los honores que conlleva; nací como una compensación que no ha logrado compensar nada, porque en realidad hasta la misma Creación es un error a tus ojos, el mundo es una equivocación, en el fondo de tu corazón perteneces a *ellos*… tu desesperación es esencialmente la suya misma…

—No quiero nada de la finca… no aceptaré ni un solo terrón de tu tierra… porque no quiero participar en esa batalla suicida que el Führer tiene en mente… Yo me quedo aquí, no me moveré de esta isla hasta que vuelvan los ingleses. No, abuela, tú no eres Minos, el hijo-nieto de Zeus… no puedes juzgarme… no tienes derecho a hacerlo…

—No, escucha… atiende…

—Sí, tienes que escucharme, es del libro de Homero que tú misma me enviaste…

—No, aguarda, mira, escucha… mira qué hermosas palabras de la *Odisea*… «Allí vi a Minos, el hijo-nieto de Zeus, con el cetro de oro en la mano y juzgando a los muertos, sentado, y ellos, rodeando al soberano que dictaba sentencias, sentados o de pie en los aposentos del Hades de amplios atrios…».

Apéndices biográficos

EGON BRUNER. La noticia de que el avión en el que viajaba su abuela había sido derribado desapareciendo en el mar tardó unos días en serle comunicada al cabo Egon Bruner, el cual quedó sumido en una profunda tristeza porque, aunque a su manera, se había sentido muy unido a la anciana y especialmente porque la despedida había resultado muy traumática para las dos partes. A pesar de todo, en su fuero más interno, Egon seguía teniendo la seguridad de que había obrado bien rompiendo aquella «orden». Aunque los ataques de los guerrilleros griegos contra los alemanes en Creta se fueron multiplicando considerablemente, Egon no cejó en su empeño de descubrir en qué pueblo o monasterio podrían estar ocultos la mujer y el niño, mas todos sus esfuerzos por lograrlo resultaron vanos. En octubre, ante el avance del ejército británico, pasó con otras unidades alemanas al norte de Italia y, desde allí, a través de Austria, al frente oriental, que se encontraba entonces al rojo vivo. En enero de 1945, en lo peor de un durísimo invierno, fue destinado a una apartada finca, no lejos de la aldea polaca de Oswiecim, donde sirvió como enfermero en una unidad de apoyo de la guarnición de los campos de concentración de la zona. En febrero de 1945 cayó prisionero de los rusos, que lo mantuvieron como tal hasta enero de 1946. Al ser liberado regresó a la finca de sus abuelos que, debido a la confusión reinante en la Alemania ocupada, pudo administrar como si fuera su único dueño. No obstante, cuando el apoderado de la familia regresó de una prolongada estancia en un campo de prisioneros de Siberia y se leyó el testamento del matrimonio Sauchon, resultó que el nombre de Egon aparecía tan solo como el de un posible heredero y no como el único, además de que en ningún lugar del testamento se mencionaba que fuera hijo del almirante. Un grupo de codiciosos sobrinos de la familia del padre demandaron también su parte en la herencia aduciendo que Egon no había sabido aprovechar la confianza que los ancianos habían depositado en él, y como lo último que deseaba Egon era

que se volviera a destapar todo el asunto de su «deserción» de los primeros combates durante la ocupación de Creta y que de ahí pudiera llegarse a conocer el contenido de la última conversación que había mantenido con su abuela, accedió, después de asesorarse judicialmente, a pactar la pérdida de la parte nororiental de la finca. Entretanto había iniciado sus estudios en la universidad de Hamburgo. Al principio quiso especializarse en historia de la Grecia antigua, pero ante la dificultad que le representaba el aprendizaje del griego clásico terminó por preferir la especialidad de historia del siglo XX. Durante los años cincuenta trabajó como profesor de historia en un colegio de enseñanza media cercano a la finca y, como seguía soltero, disponía de mucho tiempo libre para sus actividades políticas en el partido liberal. Con su madre y su hermanastro mantenía una relación correcta pero esporádica.

En los años sesenta, con la llegada del partido socialdemócrata al poder, Egon fue nombrado director del Instituto Goethe de Atenas, desde donde pasados unos meses se atrevió a embarcarse para Creta, con la barba crecida y unas gafas de sol, por temor a ser reconocido. Pero nadie lo reconoció, ni siquiera el tendero de Heraclión, a quien había solido comprarle el tabaco durante los tres años que estuvo de servicio en la isla. Se fijó en que en Cnosos, en la casa de los Mani, vivía ahora una familia griega, pero no se atrevió a llamar a la puerta para preguntar por los anteriores inquilinos. Acabó por alquilar una moto para vagar por los caminos montañosos del interior de la isla, llamando a la puerta de los pequeños monasterios que encontraba preguntando por una mujer y un niño judíos, pero no logró descubrir nada concreto, ya que en todas partes le decían lo mismo: que en Creta ya no quedaban judíos porque todos habían muerto cuando se hundió el barco. Egon Bruner quedó muy sorprendido de que nadie pareciera lamentar en absoluto aquel suceso.

Mientras trabajó en el Instituto Goethe de Atenas volvió varias veces a visitar Creta, y una vez, en 1963, incluso prosiguió viaje desde allí hasta Israel, disfrutando de una interesante semana

invitado por el Instituto Goethe de Tel Aviv. Uno de esos días, mientras esperaba en el despacho de un colega a que este llegara, se le ocurrió pedirle a la secretaria israelí que buscara en el listín de teléfonos el apellido Mani. Ella, entonces, le preguntó si el apellido que buscaba se escribía con o sin álef. Él, por supuesto, no lo sabía, por lo que le pidió que le informara tanto de los que se escribían con álef como de los que no la tenían. Al ver que la lista que la secretaria le estaba confeccionando era larguísima, que abarcaba distintos lugares del país y que incluso incluía a un árabe, decidió rendirse y abandonar sus pesquisas.

Después del golpe de Estado de los generales en Grecia regresó a Alemania, y en 1973 partió como director del Instituto Goethe de Estambul. Durante los últimos años, después de haberse jubilado, ha vivido en su pequeña finca, en el norte de Alemania, e incluso ha participado, ocasionalmente, junto con intelectuales judíos e israelíes en varias mesas redondas que ha organizado el Instituto Baumen, institución patrocinada por el partido liberal. Después de la invasión del Líbano por parte de Israel en 1982, mostró cierta aversión por estos encuentros y terminó por dejar de participar en ellos.

ANDREA SAUCHON. El hecho de que la cuartilla con la «orden» hubiera quedado convertida en pedazos a la luz del crepúsculo en la cima de aquella colina conmocionó e irritó de tal forma a la anciana que, por un rato, se quedó completamente sin habla. Cuando la recuperó estaba tan indignada y tan triste que decidió in extremis no volver a dirigirle la palabra a su nieto hasta que no se le hubieran aclarado las ideas. Despacio y en silencio descendieron de la colina. Ahora veía que había fracasado por completo en la educación de su «nieto», pero no podía explicarse dónde exactamente se encontraba el error y cuál había sido el fallo del código moral por el que se habían guiado, si es que lo habían hecho, todos los actos de Egon durante los tres años que había permanecido en Creta. Ambos llegaron a la base después de una hora de pausado andar, cuando la penumbra lo invadía ya todo. Bruno Schmelling en persona los

estaba ya esperando, impaciente y preocupado. Enseguida les anunció la solemne cena que había organizado en honor de la mujer del almirante y de la eterna y vieja Alemania, mas para asombro suyo, la anciana rechazó la invitación aduciendo que tenía un fuerte dolor de cabeza y que se retiraba a descansar a su habitación ya que le esperaba un duro viaje de regreso hacia el norte. Schmelling se sonrojó y pareció muy desolado. Aquella cena, que él mismo había preparado, significaba mucho para él, por lo que se permitió insistir, pero ella, obstinadamente, se negó a acceder.

Durante toda aquella noche no logró conciliar el sueño: en primer lugar por el resonar de los pasos del nieto por delante de su puerta candada, y después por el presentimiento que se empezó a apoderar de ella de que jamás volvería a ver la patria porque moriría por el camino.

Acompañada por esa sensación de que estaba viviendo sus últimas horas se tomó el desayuno que le llevó Egon a la habitación; tampoco él había logrado dormir durante la noche y le hablaba ahora de forma que no fuera necesario que su abuela le respondiera, por lo que aunque ella estaba ya dispuesta a contestarle no pudo encontrar la forma de romper dignamente el silencio que ella misma se había impuesto. A las siete de la mañana la acompañó Egon en silencio hasta el avión ligero, que despegó de inmediato hacia Atenas. Junto a la isla de Paros fue detectado por dos aviones *Spitfire* británicos, que patrullando como estaban en la zona vieron en aquel avión una presa fácil, iniciando inmediatamente su persecución. El piloto, que los había avistado, le gritó a Andrea, que a diferencia de él no llevaba paracaídas: «Siento comunicarle que debe usted prepararse para lo peor». A lo que ella le contestó enseguida: «Eso es lo que llevo haciendo durante setenta y cinco años», para, de pronto, sorprenderse al descubrir el rostro joven de un piloto británico que volaba un poco por encima de ella: y que, durante la fracción de segundo que tardó en abrir fuego, le pareció que era el rostro de Egon.

TERCERA CONVERSACIÓN

Jerusalén, Palestina.

Las siete de la mañana del miércoles 10 de abril de 1918.

Los interlocutores:

TENIENTE IVOR STEPHEN HOROWITZ. Nacido en Manchester, en 1896. Su padre, nacido en Rusia, llegó a Inglaterra con la familia a la edad de catorce años y entró a trabajar en el ramo textil. Su madre, de soltera Diana Elias, había nacido en Manchester en el seno de una familia judía que había llegado a Inglaterra proveniente de Argelia a principios del siglo XIX. Ivor empezó por asistir a un instituto corriente, pero en vista de las excelentes calificaciones que obtenía fue trasladado por sus padres a un prestigioso internado de la zona de Derbyshire, no lejos de Manchester. En 1913, habiendo terminado los estudios secundarios, fue admitido en el King's College de Cambridge, donde empezó a estudiar derecho y literatura inglesa. Después de un año de dudar entre cuál de las dos carreras seguir decidió, aconsejado por la familia, continuar estudiando derecho.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, no fue movilizado pero, en segundo curso de sus estudios en Cambridge, pasó las pruebas médicas, lo tallaron y fue ya a comienzos de

tercero, en octubre de 1915, cuando fue reclutado. Después de una breve instrucción en el sur de Inglaterra fue trasladado con su regimiento al frente de Francia.

Ivor, de estatura media, rechoncho y con gafas, intentó, sin éxito, que lo destinaran a las oficinas de la ayudantía. En abril de 1916 fue enviado con su regimiento a la primera línea de fuego, entre los pueblos franceses de Dompierre y Méricur. Allí permaneció Ivor durante nueve semanas tomando parte en crudísimos combates y escapando dos veces a una muerte segura. A finales de junio lo enviaron, a petición propia, a un improvisado campamento de instrucción que acababa de establecerse para la preparación intensiva de los nuevos oficiales que debían reemplazar las enrarecidas filas. Entretanto, y debido a las numerosísimas bajas, su regimiento se había replegado con el fin de reponerse y reorganizarse.

A principios de 1916 Ivor regresó a su regimiento, apostado entonces en la zona de Compiègne, al norte de París, pero como no pudo hallársele ningún puesto de mando se le destinó a la ayudantía, donde desarrolló actividades de comunicación con el ejército francés, especialmente en cuestiones referentes al orden y la disciplina. Viendo enseguida que un buen conocimiento de la lengua francesa le sería de gran utilidad en el desarrollo de sus funciones, empezó a estudiar febrilmente esa lengua con la diligencia que siempre lo había caracterizado. Su mayor anhelo era afianzarse en su puesto administrativo y llegar a ser en él completamente imprescindible para evitar así tener que volver al frente, cuyo solo pensamiento le causaba pavor. Mas a pesar de sus inconmensurables esfuerzos por destacarse en su labor, una reorganización de último momento de su regimiento, que se disponía a volver a las trincheras de Verdún, obligó a Ivor a abandonar su puesto y a partir hacia allí al mando de un pelotón.

Comoquiera que sea, el 24 de noviembre de 1916 tuvo lugar un casual encuentro entre Ivor y uno de sus profesores de derecho de Cambridge, el mayor Harwell Shapiro, a la sazón oficial jurídico de la

37 división, cuya sección judicial experimentaba un creciente número de casos pendientes de resolución a causa del aumento de las infracciones disciplinarias que los soldados cometían después de más de dos años de indecisos combates. Ivor logró convencer a su profesor de que podría resultarle de gran utilidad y, de este modo, el mayor Shapiro consiguió trasladar al joven oficial a una unidad de la policía militar cuya brigada al completo partió para el frente en diciembre de 1916, quedando la comandancia, que se encontraba en las cercanías de Lille, al alcance de la artillería alemana.

Hacia febrero de 1917 hubo profundos cambios en el alto mando y después del fracasado ataque del general Murray para conquistar Gaza a finales de marzo, sir Edmond Allenby, apodado «el Toro», obtuvo el mando de la 52 división en Oriente Medio. Allenby llevó consigo un gran número de oficiales con el fin de reorganizar la comandancia de la división y prepararla para la campaña contra los turcos en Oriente Medio.

En mayo de 1917, para su gran satisfacción, Ivor Horowitz salió de Europa con destino a Egipto, lugar que le pareció en extremo agradable y acogedor. A partir de ese momento formó parte de la comandancia de Allenby, acompañándolo en todos sus viajes en calidad de abogado militar. A finales de octubre de 1917 cruzó con el ejército la frontera de Palestina. Posteriormente, en enero de 1918, aproximadamente un mes después de la toma de Jerusalén, Ivor fue ascendido de segundo teniente a teniente.

CORONEL MICHAEL WOODHOUSE. Galés. Nacido en 1877. Su padre, sir Ashley, había sido miembro *tory* en la Cámara de los Comunes y viceministro de Justicia durante el gobierno de Gladstone. Siendo todavía un muchacho, Michael fue enviado a la academia militar de Sussex, y se enroló en el ejército en 1896. Sirvió en el Extremo Oriente, en la India, Malaya y Ceilán, lo que le mereció repetidos ascensos en la escala militar. En 1912 regresó a Gran Bretaña para mandar el tercer regimiento galés en la región de la que era originario. En 1914, con el grado de mayor, llegó con las

primeras fuerzas expedicionarias británicas a Francia, siendo su destacamento de los primeros que combatieron contra los alemanes. El mayor Woodhouse tomó parte en los combates de contención de El Marne en septiembre de 1914 y en los del Somme en 1915, siendo ascendido al grado de teniente coronel, con el que dirigió las operaciones del sexto batallón. Habiendo sido hecho prisionero logró huir muy pronto y regresar a su regimiento, pero en las trincheras de Verdún, a finales de 1916, resultó gravemente herido perdiendo el brazo derecho y buena parte de la vista. Por espacio de tres meses permaneció en el castillo de Chenanceau, en el valle del Loira, castillo que a la sazón había sido convertido en hospital militar. A principios de 1917, cuando salió del hospital, ascendido ya al grado de coronel y habiendo sido altamente condecorado, se negó a regresar a Inglaterra insistiendo en seguir en activo. Primero fue destinado a un puesto administrativo de la comandancia, pero tras repetidas desavenencias con sus superiores, algunos brotes de depresión y su excesiva inclinación a la bebida, solicitó a uno de los generales de la comandancia de Allenby que lo destinaran a ultramar. En septiembre de 1917 llegó al cuartel general de Allenby en El Cairo y fue asignado al cuerpo de la policía militar. Muy pronto se solicitaron sus servicios para presidir los distintos juicios militares que tenían lugar en la zona y, a pesar de que carecía de todo conocimiento procesal, aquel nuevo destino resultó muy de su agrado.

En el diálogo que sigue a continuación faltan sus palabras.

* * *

—Mi coronel, teniente Ivor Stephen Horowitz, del cuerpo general jurídico militar de la ayudantía de la división 52. Le estoy profundamente agradecido por haber accedido a resolver conmigo este asunto que…

—Horowitz, mi coronel, con hache y uve doble.

—Británico, por supuesto. Nacido en Manchester, señor.

—1896, señor.

—Sí, señor.

—Mi padre, lamentablemente, señor, no tuvo la fortuna de haber nacido en el Reino Unido, pero llegó allí de niño. Mi madre, sin embargo…

—De Rusia, señor, pero de muy pequeño. ¡Qué tiempo tan desapacible!

—También a nosotros nos ha sorprendido, mi coronel. No esperábamos encontrarnos con un invierno tan lluvioso en Jerusalén, que nuestra mente británica, por lo menos la mía, había imaginado como una ciudad abrasada por el sol. Pero durante estos dos meses de ocupación no ha dejado de llover, y los más viejos del lugar aseguran que no ha habido otro invierno igual en este siglo. De todas maneras, incluso los días que amanecen tan tristes como por ejemplo el de hoy, señor, siempre tenemos asegurados algunos hermosos claros. No es la eterna llovizna de Glasgow o de Leeds…

—Incluso hoy, mi coronel, no hay por qué perder la esperanza…

—No. Aquí todavía no existe una predicción fiable del tiempo, señor, y los globos del Real Servicio Meteorológico de El Cairo no son lo suficientemente potentes como para cubrir Palestina. Pero el barómetro que está colocado en la fachada de la casa del cónsul de Francia nos proporciona una predicción segura de unas cuantas horas, y antes de venir aquí, señor, me he fijado bien, y me alegra poderle anunciar, que existen buenas razones para confiar en que el tiempo mejore hacia el mediodía…

—Horowitz, señor.

—Correcto, señor, hache y uve doble. Espero que haya descansado bien, mi coronel.

—Oh…

—Oh…

—Oh, cuánto lamento oírle decir eso, señor. ¡Pero si está considerado como el mejor hotel de Jerusalén! El mismísimo general

Allenby se hospedó aquí después de conquistar la ciudad y no recuerdo que nadie de su comitiva tuviera queja alguna. Me aflige oírle decir eso, señor.

—Es cierto, señor, eso lo sé, los cocineros no han logrado todavía acomodarse a la comida británica y son del dominio público las dificultades que existen para encontrar en Jerusalén un *bacon* decente. Precisamente la mujer del gobernador, lady Humphrey, le estaba diciendo lo mismo al brigadier. Pero, por el contrario, ha llegado a mis oídos que en este hotel el cocinero ha aprendido a preparar unas estupendas gachas de avena al más tradicional y puro estilo británico. Tendría que pedirlas para probarlas, señor.

—Comprendo, mi coronel.

—La ciudad propiamente dicha, mi coronel, es pequeña y sórdida, y después de haber pasado unos meses aquí puedo decirle sin sombra de duda que se trata de una ciudad decididamente insulsa. La población es muy heterogénea, una mezcolanza de pequeñas comunidades sumamente cerradas, que se mueven entre la pobreza y la ignorancia, por un lado, y un sentimiento de superioridad mesiánico, por el otro; como de costumbre, no existe relación alguna entre la fama mundial de su nombre, que la debe a los maravillosos textos que en ella y acerca de ella se escribieron, y la mísera realidad, señor, con la que uno se encuentra aquí.

—¿Que qué puede ofrecer? No gran cosa, mi coronel. Una renombrada y sobrecogedora mezquita, el Domo de la Roca, que así se llama, señor, acerca de la cual, sin duda alguna, ya habrá oído hablar. Unas cuantas iglesias de importancia, siendo la principal la iglesia del Santo Sepulcro, que constituye, si se me permite la expresión, la mayor decepción de todas. Son mil veces preferibles las iglesitas que encontramos fuera de las murallas, pues por lo menos gozan de cierta armonía y encanto. Cuando quiera visitarlas, señor, la oficina jurídica le proporcionará un excelente guía.

—Los judíos, señor, como de costumbre, no tienen mucho más que ofrecer que a sí mismos. Para gran sorpresa nuestra resulta que constituyen la mayoría de la población de la ciudad, a pesar de que

durante los años de la guerra muchos fueron expulsados y otros huyeron. Desde el punto de vista arquitectónico no tienen más que unas cuantas humildes sinagogas y, claro está, esa pared blanca, un vestigio del muro del Templo, al que acuden con frecuencia.

—Sí, simplemente se quedan ahí de pie, señor, rezando, como clavados…

—Con medio día, señor, será más que suficiente para visitar reposadamente los Santos Lugares, porque todo está hacinado y las distancias son ridículas, yo casi diría que trágicas.

—Fuera de las murallas, señor, hay unos barrios nuevos diseminados por las colinas en los que precisamente he encontrado durante este melancólico invierno unos cuantos rincones que pueden llegar a cautivarle a uno, aunque creo realmente, señor, que lleva cierto tiempo acostumbrarse…

—Los alrededores son bastante inhóspitos. Si conoce Grecia, señor, este lugar le trae a uno a la memoria el sur del Peloponeso.

—No, lamentablemente, señor, nunca he estado en Grecia, pero lo dicen los que la conocen bien, yo me limito a transmitir su juicio. Por ejemplo, los olivares y los viñedos, las colinas de suaves lomas, las aldeas, tan humildes, y los pastores vestidos de negro. Claro que no debemos olvidarnos de Belén, que no está más que a unas pocas millas de aquí y que es un lugar agradable y placentero que descansa grácilmente sobre colinas y donde se encuentra la famosa iglesia de la Natividad en la que un pastor anglicano, amabilísimo, le habla a uno acerca del lugar en un estilo casi bíblico, cosa que llena de regocijo a quienes lo escuchan. También le recomendaría, señor, que baje a Jericó, al mar Muerto y a la desembocadura del Jordán, donde están acampadas las fuerzas australianas; si el Baedeker no se equivoca, ese es el lugar más bajo del mundo, y ya que el destino ha querido traerle hasta aquí, señor, no debe perderse llegar a pisar el punto más bajo del mundo, porque lo que es al más alto no vamos a llegar tan fácilmente, ja, ja, ja.

—Perdone, señor, pero no he entendido bien el nombre.

—Lo voy a anotar, señor. ¿Se trata de una nueva marca?

—Tenemos en la oficina un oficial irlandés que es un verdadero entendido en bebidas y que está en unas excelentes relaciones con la iglesia armenia, cuya bodega está muy bien provista. Le pediré cuanto antes que le proporcione una botella.

—Cinco botellas, señor…

—Queda anotado. ¿Le parecería bien alguna otra clase, además?

—En ese caso, se hará todo lo posible por encontrarlo y de cualquier modo lo mantendré al corriente a lo largo del día. ¿Alguna otra cosa, señor? ¿Cigarrillos? ¿Tabaco?

—Muy bien. Pues el juicio, señor, se iniciará mañana por la mañana. A las ocho en punto lo estará esperando un automóvil a la puerta del hotel. La distancia es de unos cinco minutos de viaje, aproximadamente. Se ha dispuesto ya una pequeña sala en Migrash Ha-Rusím, fuera de las murallas, muy cerca de la iglesia de los pravoslavos, una sala bastante cómoda, teniendo en cuenta las comodidades de las que aquí se puede disfrutar.

—Perdón, señor, no lo he oído bien.

—Ah, pues no lo he comprobado, pero estoy convencido, señor, de que no habrá problemas acústicos, porque no seremos muchos, mi coronel, sino muy pocos, y la acusación tiene la intención de solicitarle al tribunal que parte del proceso sea a puerta cerrada para no revelar la identidad de las fuentes, que han realizado un trabajo excelente. En realidad, señor, si no surgen imprevistos, se calcula que el juicio no durará más que unos pocos días…

—Por supuesto que los nombres ya los conoce usted, mi coronel. Aparecen en el sumario que le entregó ayer el sargento, y creo que esta noche, en la recepción que le ofrece el gobernador en su casa, podrá conocer a los demás miembros del tribunal. A su derecha se sentará el teniente coronel Keypore, del batallón australiano, que llegó ayer especialmente desde Jordania, y a su izquierda, señor, tendrá al mayor Jahawala, un indio de los servicios de Inteligencia. En cuanto a la defensa, señor, el acusado carece de ella, porque hasta ahora ha resultado imposible persuadirlo de que la acepte. No quiere ni a un judío, ni a un árabe, ni a un británico, ni a nadie.

Nuestro acusado sostiene que como en su juventud estudió uno o dos años de leyes en Beirut, se siente lo suficientemente capacitado como para ser su propia defensa. De todos modos, le he pedido al primer teniente Brian Oswald que esté en disposición de tomar él la defensa, si llegara a ser necesario. Creo que eso es todo, señor, a excepción de los testigos, claro está.

—Ah, por supuesto, le ruego que me disculpe. La acusación correrá a cargo de dos. El primer teniente Harold Gray y yo mismo, señor.

—Sí, señor.

—Cierto, señor.

—Sí, señor. El mayor Clark es nuestro togado en jefe.

—Oh, mi coronel, creí que estaba al corriente de la ausencia del mayor Clark. La carta personal que le envió tendría que encontrarse en el sumario.

—Comprendo. En pocas palabras, señor, el caso es que el mayor Clark se embarcó hace tres semanas para Inglaterra, a Blenheim Park, para casarse. Con el permiso del brigadier, claro está.

—No puedo añadir gran cosa, señor, tan solo que se trata de la hija de lord Barton, que corría cierta prisa celebrar la boda y que reinaba un ambiente bastante incómodo en la mansión del lord, con lo que creo, señor, que cualquier otro comentario huelga.

—La conoció en París, señor. ¿No conoce usted al mayor Clark, señor? Es un hombre de lo más encantador.

—Siento decirle que es todo cuanto sé, señor. Pero puedo averiguar si se trata de la primogénita de lord Barton o de la más joven.

—Como lo desee, señor. En definitiva esa es la razón por la que el mayor Clark ha sido eximido de actuar como fiscal en este juicio y voy a ser yo quien ocupe su lugar.

—Ciertamente sí, mi coronel, aquí hay oficiales de más alto rango que yo, pero el mayor Clark prefirió confiarme a mí esta misión.

—Estudié derecho en Cambridge, señor, desde 1913 hasta que fui reclutado en enero de 1916.

—En el King's College, señor.

—No logré graduarme, señor, a causa de la guerra.

—No, señor, primero estuve en Francia.

—No, señor, en el 38 regimiento de infantería, división 42.

—En 1916, mi coronel, entre marzo y agosto.

—No, señor, en el mismo frente, en el este de Francia.

—No, señor, como soldado raso.

—Por supuesto, señor, en las trincheras, señor, combatiendo, señor, en los asaltos frontales. ¿Dónde si no podría haber estado?

—De abril a mayo de 1916.

—En la línea del Somme, mi coronel, entre los pueblos de Dompierre y Méricur.

—En el flanco norte del frente.

—Ciertamente, señor, la noche del 17 de mayo la recuerdo con verdadero horror, fue la más terrible de todas.

—Hablo por mí mismo, claro está. En solo dos horas perdimos trescientos hombres y dos comandantes de pelotón.

—Cierto, señor, ¡así es que usted lo conocía! ¡Qué sorprendente!

—Tuve mucha suerte, señor, solo un poco de metralla.

—Gracias, señor, con mucho gusto, muy amable de su parte; pero si no le importa, mi coronel, preferiría sentarme aquí, a su lado, porque querría mostrarle unos documentos.

—Gracias, señor, no es necesaria una mesa. Se trata de un asunto muy breve, no se moleste. Ahora que ya tiene claros los principales puntos del caso, me gustaría… querría… hablarle de un asunto… es decir, antes de que el juicio dé comienzo… porque entonces me veré obligado a limitarme a lo que haga el tribunal, como habrá podido observar en el sumario…

—¿Perdone, señor?

—Ah, me temía que no hubiera podido leerse todo el sumario.

—Oh…

—Oh, no…

—Dios mío, mi coronel, no lo sabíamos, estoy desconcertado.

—Oh, Dios mío, señor, lo siento muchísimo, estoy completamente desolado. Naturalmente que sabíamos que había resultado herido en Verdún; su nombre, señor, es bien conocido en todas las divisiones desde la batalla del Marne.

—No sabe cuánto lo siento, señor. Nadie nos dijo nada. Si nos lo hubieran advertido, yo mismo habría ido a leerle el sumario.

—¿Ahora? ¿Y por qué no? Como quiera, mi coronel, mi tiempo es suyo, estoy dispuesto a leerle el sumario completo y todos los demás documentos.

—Naturalmente que es posible, señor. Una especie de *resumé*, como dicen los franceses. Así resultará más agradable y no se hará tan largo…

—Gracias, señor, con gusto…

—Solo una copita… es suficiente para esta hora de la mañana, señor… gracias…

—Así es que este es el whisky… excelente… ¡Ahora comprendo por qué ha insistido en que sea esta misma marca, mi coronel!

—Pues sí… esto… señor… aquí… exacto… de eso se trata… ¡ha dado en el blanco, señor…! La acusación pedirá pena de muerte por tratarse de un juicio militar en tiempo de guerra, mientras que nosotros… De eso precisamente es de lo que le quería hablar…

—¿Diga, señor?

—Por supuesto, es mejor que empecemos por el principio, pero permítame que medite un momento cuál es el principio. Digamos que el 28 de febrero fue una noche neblinosa, fría y lluviosa. Peor que eso en realidad: una noche en la que los copos de aguanieve que revoloteaban se transformaron hacia el amanecer en la auténtica nieve que suele caer sobre esta zona una vez al año y por la que los lugareños sienten un gran temor. Esa fue la noche en la que el acusado fue detenido. Y el lugar, a unas diez millas al norte

de Jerusalén, al norte también de una aldea llamada Ramalah, que significa «la colina de Dios», en un apartado pueblecito que se llama el-Bireh, que creo que es el Betel del Antiguo Testamento, un poblacho rodeado de olivares y pequeños huertos, el punto más alejado al que llegó Allenby cuando conquistó Jerusalén en el mes de diciembre y donde se detuvo sin que existiera razón aparente. Quizá simplemente porque sus fuerzas querían descansar después de la exaltación de la entrada en Jerusalén y les sucedió lo que al acero templado: que después de estar al fuego vivo, si se le deja en reposo se oscurece y enfría adoptando las más extrañas formas. Allí es donde ahora está la primera línea del frente, mientras los turcos se ocultan al otro lado de las colinas. La línea de fuego divide el pueblo en dos, de modo que unas cuantas casas de una de las laderas de la colina han quedado en tierra de nadie y a sus habitantes, unos humildes pastores a los que se les permite vagar a su antojo, se les han entregado unos «certificados de buena conducta» que les permiten moverse con toda libertad entre las colinas y los dos ejércitos. En el pueblo se encuentra un animado pelotón de irlandeses con un oficial muy bravo del Ulster que no es más que sargento primero. Han cavado trincheras y han instalado ametralladoras y fusiles, mientras soportan la niebla del invierno que llega desde el mar hacia el desierto y piensan en su querido Ulster. De vez en cuando chasquean la lengua llamando a las cabras o le hacen señas a alguno de los pastores que está en la ladera para que baje a que se le controle el certificado; pero como no hablan árabe y no tienen intérpretes no pueden comunicarse con los nativos que, por otro lado, no se preocupan en absoluto de ellos y los consideran como negras sombras que vagan a su alrededor. Por eso parece extraño que lograran verlo en la penumbra del amanecer y que pudieran detenerlo, y todavía más extraordinario resulta que después de atraparlo lograran retenerlo, y eso que tras haberlo meditado estoy convencido de que es muy posible que se dejara atrapar, que hiciera lo que hizo porque quería que lo detuvieran,

para que lo juzgaran y poder así pronunciar su discurso en los tribunales…

—Treinta y un años, señor. Enjuto y de pelo negro, mediana estatura, y aunque solo me lleva diez años está tan avejentado que podría ser mi abuelo, con tal cantidad de arrugas en el rostro que se creería que sus intrincados y sibilinos pensamientos se le han salido del cráneo para desparramársele por todo el rostro. Treinta y uno, señor, pero tiene unas facciones tan duras como las de un hombre de cincuenta, y un carácter muy serio y formal. Cuando lo detuvieron aquel lluvioso amanecer, envuelto en un ancho capote y llevando tras de sí tres cabras negras, en representación del rebaño que en realidad no tenía, fue porque había escalado directamente hasta la posición de McClane, ese sargento irlandés, y lo había sacado de su sueño.

—Ciertamente, señor. Así fue como en medio de la niebla y en aquella última hora de la noche le exigieron el certificado y, dado que no lo tenía, lo retuvieron hasta que amaneciera y pudieran comprobar de quién se trataba. Solo que, no habiendo pasado más que un rato, intentó huir amparándose en la oscuridad, pero lo atraparon y lo metieron en un pequeño cuarto, junto con sus cabras. Así fue como pasó un día entero con ellos, mientras la lluvia se convertía en los primeros copos de nieve, rehusando comer, enfurecido y maldiciendo en árabe con la esperanza de que los irlandeses se hartaran de él y terminaran por dejarlo marchar. No siendo sus esperanzas más que una estratagema, porque desde su encierro seguía la conversación de aquellos, pues entendía absolutamente cada palabra de lo que hablaban, pero sin decir por su parte absolutamente nada. Así, como ya he dicho, ellos querían soltarlo, porque la nieve y la tormenta les impedían llevarlo hasta el cuartel general de Ramalah, pero el sargento McClane no lo consintió e insistió tercamente en que debían retenerlo hasta que llegara la policía militar y lo interrogara.

—Comprendo, señor, también eso despertó mi curiosidad. Así es que hace dos semanas, cuando reconstruimos los hechos con el

sargento McClane y sobre todo el momento de la captura, con el fin de enviar el informe para que lo ascendieran y lo condecoraran, quise saber por qué había sospechado de aquel hombre, a lo que él me contestó con toda naturalidad: «Las cabras no lo querían. Puede decirse que entiendo un poco de cabras, y esas no le tenían ningún aprecio». Por lo abatidas y nerviosas que estaban supo enseguida que aquel hombre no era un pastor, sino un farsante. Ja, ja, ja. ¡Menudo ojo! Al día siguiente llegaron desde Jerusalén, caminando por la nieve, dos policías militares y un intérprete, Roger Evans, licenciado por el Queen's College de Oxford, uno de esos orientalistas que salen de nuestras universidades, que siendo especialistas en los secretos del Corán se quedan en blanco y se les traba la lengua cuando tienen que pedir en árabe una taza de café, porque sus profesores, que lo más al oriente que han llegado es a la otra orilla del río de Oxford, les han enseñado el árabe como si no hubiera árabes en el mundo, del mismo modo que sus colegas enseñan latín o sánscrito. El tal Roger Evans, pues, estaba furioso porque le hubieran hecho levantarse en una noche tan fría y acudir hasta allí por causa de un estúpido pastor que, acurrucado en su capote y la cabeza gacha, ni se movió de donde estaba.

—A eso voy, señor. El pastor seguía allí acurrucado mientras el irlandés, un tanto nervioso, les pedía disculpas. El intérprete seguía balbuceando en su pésimo árabe de Oxford y el pastor le respondía enfadado y lacónicamente, mientras los policías militares tomaban breves anotaciones intentando recomponer una embrollada historia acerca de unas cabras que se habían escapado, las huellas que la lluvia había borrado y un pueblo al otro lado de la frontera, y todos rabiaban contra aquel hombrecillo del Ulster que había armado todo aquel alboroto por nada. El intérprete se disponía ya a partir, cuando la susurrante voz del pastor y la inclinación de su cabeza le removieron algo en la memoria. Mil veces nos habrá contado a todos lo que sintió en ese momento en que se le iluminó la memoria, porque también a él tuve que firmarle una recomendación para que lo ascendieran y le concedieran una medalla, así es que como podrá

ver, señor, este asunto ha llegado ya a promocionar la carrera de unas cuantas personas. El caso es que Evans pidió que se le acercara una lámpara y le ordenó al árabe que se levantara. Le quitaron el pañuelo que llevaba enrollado a la cabeza y, Evans, alzando la linterna lo miró directamente a los ojos y ordenó que le quitaran la chilaba, a lo que el hombre se negó y se resistió, pero los soldados se la quitaron apareciendo ante todos un hombre vestido con un traje negro, una fina corbata de rayas anudada al cuello y en el bolsillo de la chaqueta un libro del que cayeron unos papeles. Y entonces el intérprete lo reconoció enseguida mientras estallaba en carcajadas, para seguidamente hablarle en inglés y llamarlo por su nombre: «¿Pero señor Mani, es usted?».

—Mani, señor, así es como se llama.

—Yosef Mani suena como dinero, pero no significa dinero; ni maníaco, aunque también suene a eso.

—Por lo que yo sé no tiene traducción, señor. Es un apellido judío, bastante común en esta zona de Oriente, porque el pastor no era tal pastor, ni era árabe, sino un judío que enseguida cambió de tono y respondió en un perfecto inglés de inconfundible acento escocés. Y como si todo aquello no hubiera sido más que una representación teatral, abrazó a su amigo el intérprete y lo arrastró hacia la salida, resultando que también él era un intérprete al servicio de Su Majestad.

—Sí, señor, un inconfundible acento escocés que mañana podrá oír cuando lo tenga delante en la vista oral. Ese acento lo adquirió en su infancia, en el colegio del convento de Saint Joseph, en Jerusalén, a finales del siglo pasado, de un sacerdote escocés que se lo inculcó tan profundamente que le resultaría imposible disimularlo. Su padre y su madre son ciudadanos británicos, señor, por lo que también él lo es, aunque nunca haya estado en Inglaterra. Esa es la razón por la que la acusación quiere condenarlo a muerte, por haber traicionado a su patria, y es precisamente por eso por lo que he venido a hablar con usted, mi coronel, para preguntarle por su parecer antes de que mañana dé comienzo el juicio.

—Por supuesto, señor, disculpe.

—Claro, naturalmente, sería un error por mi parte adelantarme a los acontecimientos, señor, sin habérselo expuesto todo antes; temí cansarlo entreteniéndome con tantos detalles que a mí, personalmente, me fascinan.

—Muy interesante, señor, con muchísimo gusto. Allí estaba, pues, despojado de la chilaba, con su raído traje de cuyos bolsillos asomaban unos papeles, y contando con voz temblorosa y balbuciente una descabellada historia acerca de una mujer a la que amaba y que se encontraba al otro lado de las líneas turcas. El empecinado irlandés, sin embargo, alentado por la confirmación de sus sospechas le confiscó los papeles, y viendo en ellos mapas de Palestina y algo parecido a unas proclamas escritas en árabe, aunque no sabía muy bien lo que allí decía, imaginó que aquellos no eran papeles que un hombre le lleva a su amada, por lo que se fue en busca de una cuerda y ató con ella a «su» detenido sin fiarse ya ni del intérprete ni de los policías. Y llamando a dos soldados abandonó su posición y empezó a descender acompañado de aquel séquito hacia el cuartel general de Ramalah, desde donde trasladaron al señor Mani a Jerusalén. Recuerdo muy bien la noche en que lo trajeron: era una fría noche de invierno, la nieve ya se había deshecho en las callejuelas y nosotros, un grupo de oficiales, charlábamos en la cantina al amor de la estufa cuando entró uno de los policías militares que estaba haciendo guardia y nos anunció que habían encontrado a un espía cerca de Ramalah y que le estaban haciendo un primer interrogatorio; enseguida se levantó un gran revuelo, y he notado, señor, que los asuntos de espionaje nos alarman sobremanera, precisamente por la lealtad al prójimo que se nos inculca desde la infancia…

—Sí, así lo creo, señor, porque no hay ni uno entre nosotros que no haya tenido sus fantasías de espionaje, es decir, que no haya imaginado que descubre y da caza a un espía. Así pues, el oficial de policía se quedó en medio de la habitación, con la trinchera cubierta de gotas de lluvia, rodeado de todos nosotros, mientras dejaba caer

la información con suma cautela, hasta que yo me abrí paso hacia él, lo recuerdo muy bien, y le pregunté: «¿Pero quién es? Un árabe, ¿no?», porque en aquel momento no me cabía la menor duda de que los árabes eran los únicos que podían espiar contra el Reino Unido. «En absoluto», me sonrió él con sus ojos celestes y ante la sorpresa general, «se trata de uno de los nuestros», y mirándome directamente a los ojos, no pudiendo dominarse, se corrigió, «casi de los nuestros, es decir, es uno de esos judíos que se han empeñado en unírsenos». Él sabía perfectamente quién era yo, por lo que, medio en serio, medio en broma, me sonrió provocativamente. Y recuerdo, señor, si me permite decirlo, que en aquel momento sentí cierto desasosiego en el pecho no por la precisión antisemita que acababa de oír, que no tenía gran importancia a mis ojos y que aparté de mí con la misma indiferencia de siempre, sino porque la casualidad hubiera querido que precisamente se tratara de un espía judío aquí, en Jerusalén, cuando Clark, que partía a la noche siguiente, me había brindado lo que para mí era la gran oportunidad de estar en la acusación de un juicio importante, y era posible que ahora, justamente al ser yo mismo judío, por una malentendida delicadeza, quisieran evitarme…

—Exactamente, señor…

—Exactamente, señor…

—Quisieran evitarme un mal trago…

—Ciertamente, señor, porque usted sabe muy bien los casos que normalmente nos ocupan a los abogados militares: deserciones, refriegas entre soldados, hurtos, borracheras, insubordinaciones, faltas de entre treinta y sesenta días de arresto y multas de una guinea, mientras que lo que ahora se nos presentaba era una auténtica investigación en profundidad de la que había que escudriñar hasta el mismísimo fondo, un caso en el que quizá un hombre fuera a encontrar la muerte. En medio de mi agitación salí, pues, de la cantina y me fui directamente a la comisaría de la división, que se encuentra en la puerta de Jaffa, donde imaginé que estaría detenido. Yo no sabía todavía ni quién era ni cuál era su

nombre; lo único que sabía era que no estaba dispuesto a que me apartaran del caso, así que en aquella fría noche me encontré frente al lugar que llaman la torre de David, que quizá esté equivocado pero que parece una especie de versión en miniatura de la torre de Londres, y estaba pensando en todo aquello cuando, de pronto, vi en la explanada vacía, medio oculto tras la esquina de una callejuela, a un judío vestido de negro que me observaba, y al punto supe que aquel hombre estaba relacionado con el espía que estaba detenido, y que había ido allí a ver lo que hacían con él. Porque la noticia había corrido ya por toda Jerusalén, y para saber dónde se encontraba habían enviado un primer emisario, el tipo de emisario más disimulado posible, eterno y metafísico. Fue solamente más tarde cuando descubrí que los que los enviaban eran igual que los enviados…

—Perdone, señor, he vuelto a adelantarme a los hechos, intentaré refrenarme, lo lamento.

—El 28 de febrero, señor, y al día siguiente reinaba un silencio sepulcral en las dependencias de la judicatura. Todos estaban al corriente de lo de los interrogatorios que tenían lugar en la torre de David, y de la oficina del brigadier buscaban desesperadamente al mayor Clark, que hacía ya unos días que había desaparecido, ocupado como estaba en preparar el equipaje y comprar los regalos, joyas orientales, estolas de seda y pequeñas alfombras para la nobleza británica en pleno que lo esperaba impaciente e irritada en la mansión de los Blenheim. Precisamente ahora le había ido a caer del cielo un espía, por lo que temía que le ordenaran que se quedara para ocuparse de la investigación, mientras que allí, en Inglaterra, su heredero seguiría aumentando de tamaño sin que el ejército británico en pleno pudiera detenerlo. Clark corría todo el día de los sastres y los orfebres al calabozo de los interrogatorios, y de allí a la oficina del brigadier, y después, muy agitado, a las dependencias de la judicatura, a consultar distintos libros de leyes, pero todavía sin decirme ni una sola palabra, sin decirme «encárguese usted del caso», a pesar de que sabía cuánto yo lo deseaba y de que ya no

era capaz de separarse ni por un momento de la botella en su correr de un lado para otro con la mirada extraviada de un perro abatido…

—Me parece, señor, que no tiene una clara preferencia por ninguna bebida, sino que todo lo que caiga en sus manos le viene bien. El caso es que aquella misma tarde el sargento primero dio la orden de que los cuatro oficiales de la judicatura permaneciéramos en el despacho, y al rato apareció el mayor Clark, con los ojos enrojecidos y hundidos en las cuencas a causa de la bebida y del trajín de todo el día. Vestía, sin embargo, su traje de gala, con los botones y pasadores bien bruñidos y las medallas resplandecientes, y hasta su ligero estrabismo parecía haberse borrado. Enseguida nos dimos cuenta de que había convencido al brigadier y que se le había concedido el permiso para que partiera a sus desposorios, y también sabíamos que nunca regresaría a Oriente Medio, porque su futuro suegro le tenía preparado un destino en el Estado Mayor para que el pájaro no fuera a volárseles del nido ahora que habían logrado meterlo en él. El caso es que nos sentó allí reunidos a los cuatro, teniendo ante él el manual de jurisprudencia de tiempos de guerra y el sumario secreto, y empezó a hablarnos a todos aunque solamente mirándome a mí, porque me conoce muy bien y sabía que llevaba ya veinticuatro horas preparándome para encargarme de la investigación. Nos habló de todas las vicisitudes por las que había pasado durante el día, el duelo que había tenido que mantener con el brigadier, y al final me dijo: «Va a ser usted, mi querido judío, quien se encargue de su congénere; sea leal al puesto que ocupa y lleve a cabo una justa investigación, prepare una buena acusación y pida pena de muerte, porque la ley exige la muerte para estos casos y el alto mando de la división en pleno también pide pena de muerte, porque a causa de este hombre se ha perdido toda la artillería del otro lado del Jordán así como la vida de muchos soldados, por lo que se encargará usted de que se le castigue con la muerte lo más rápida y eficazmente posible, porque si un judío condena a muerte a otro judío, ¿quién va a negarse a aceptar la sentencia? Hasta será ejecutada con especial complacencia…».

—Sí, esas fueron sus palabras, señor, «con especial complacencia».

—Esa es su forma de hablar, señor, pero nunca me ha preocupado demasiado, señor. Hace ya un año que sigo al mayor Clark, primero en Francia y luego aquí, y puedo decirle que no existe un hombre más afable y justo que él, excepto por lo afilado de su lengua y porque es un antisemita nato, natural, es decir, de esos para los que el antisemitismo no es más que parte de su concepción del mundo, del mismo modo que tienen sus ideas sobre las mujeres o los caballos; unas ideas tan preconcebidas y arraigadas que la realidad no les afecta ni les provoca ni un rasguño, pero sería incapaz de hacerle daño a nadie y siempre es muy amable y un verdadero caballero con todos. Y así fue como brindamos allí mismo por él y nos despedimos, mientras el sumario descansaba ya firmemente aferrado en mi mano como si fuera un maravilloso libro que iba a tener que leer y escribir a un tiempo y mi espíritu volaba ya hacia el joven espía para decirle: «¡Ya eres mío!». Yo sabía que él seguía en sus trece y que no había confesado, así es que en cuanto Clark hubo abandonado la estancia, cerca de la medianoche, salí afuera solo, en medio del frío y de la lluvia, y me dirigí a la fortaleza notando cómo la nieve se derretía y fluía bajo mis botas. Una inmensa luna flotaba suspendida sobre las murallas, como si alguien la estuviera atrayendo hacia allí con un hilo; crucé la ciudad vieja, en la que reinaba un profundo silencio, desde la puerta de Nablus hasta la puerta de Jaffa, cuando de pronto oí un resollar y un tintineo de campanillas y vi un rebaño de cabras negras, sin pastor, las cuales salían de un portalón, apresuradas, nerviosas y asustadas, como un rebaño de diablos en busca de Satanás, y que fluían calleja abajo hasta desaparecer bajo las losas. Las campanas de las iglesias resonaban penetrantes y un aroma de pan horneándose lo invadía todo mientras yo avanzaba temblando por el deseo de empezar con la investigación, perseguido ya, desde aquel momento de la noche, por esa sensación de responsabilidad que me ha acompañado a lo largo de estas tres últimas semanas, desde que me levanto hasta

que me acuesto, y por la que estoy ahora en su presencia, mi coronel, fatigándole sin llegar a ponerle al corriente de la historia que nos sigue separando, por lo que temo estar acabando con su paciencia...

—Gracias, señor, es usted muy amable. Y así, subí las escaleras de la torre de Jerusalén, que los judíos llaman la «fortaleza de David» y los árabes el-Kal'a, desperté a los sargentos y al oficial de guardia y les enseñé el sumario y la orden que me autorizaba a dirigir la investigación y además di la orden de que nadie se acercara al prisionero sin mi permiso; después me llevaron hasta las celdas de arresto, viendo por el camino las huellas de cuatrocientos años de presencia turca, hasta un calabozo, una especie de foso rodeado de un corredor, donde se encontraba nuestro joven, el acusado, como si fuera una pantera o una peligrosa serpiente, cuando en realidad, con su traje negro, parecía más bien un aguilucho. Estaba sentado en un camastro leyendo un libro a la luz de una vela, como con desgana, el libro ligeramente apartado de él y con un gesto muy duro en su demacrado y arrugado rostro; se trataba de una Biblia, con el Antiguo y el Nuevo Testamento, que un viejo oficial de los guardas, que era evangelista, viéndolo ya ahorcado y apiadándose de su alma le había entregado. El acusado, sumergido como estaba en su desafiante y reluctante lectura, no se había apercibido de que yo lo observaba desde lo alto, por lo que de pronto, como si estuviera en un escenario, soltó el libro, sopló la vela y se dejó caer sobre la cama como el aguilucho que parecía, cerrando los ojos. En aquel instante pensé dejarlo y regresar a la mañana siguiente, para entretanto poder meditar sobre lo que estaba escrito en el sumario y construir así un plan de ataque; pero se apoderó de mí una especie de premonición que me decía que solo si aquella misma noche me dejaba llevar por el primer impulso que había tenido de interrogarlo podría sonsacarle una confesión veraz, porque cuanto más tiempo pasara, más fuertemente podría tejerse alrededor una perfecta coraza con los hilos de la mentira. Pedí, pues, que me prepararan una pequeña celda y una buena cafetera y me senté a leer el

sumario con todo detenimiento y meditando bien cuanto leía hasta que a las dos de la madrugada bajé hasta donde él se encontraba. Hacía allí un intensísimo frío; lo toqué, le quité la manta de encima y él abrió los ojos, unos ojos jóvenes y puros que desentonaban fuertemente con las duras facciones del rostro. Empecé a hablarle suavemente y muy deprisa mientras seguía entre la vigilia y el sueño, lanzando una fina red que pudiera atrapar el pez de la verdad que se encontraba entre las turbias aguas pantanosas del cansancio, la confusión y el desánimo; pero el prisionero, con ese perfecto acento escocés que mañana podremos oír durante el juicio, luchaba con todas sus fuerzas por no dejar escapar el pez de la verdad, empezando a hablar de nuevo de la mujer amada que tenía en uno de los pueblos de las montañas de Samaria, al otro lado de la línea del frente turco, como si los habitantes musulmanes de esos pueblos no fueran unos ignorantes fanáticos y sus mujeres unas aldeanas que andan descalzas y completamente tapadas, sino hablando como si por allí fluyera el Loira y aquello fueran los pueblecitos franceses que describe Maupassant con sus hermosas *mademoiselles* de delantales bordados que pasean esperando que llegue el amor. Él insistía en seguir hablando de su amada aunque yo ya me había dado cuenta de que aquel no era hombre de mujeres, sino de palabras, porque ni siquiera era capaz de fijarse en la mente la imagen de aquella mujer inventada, ya que si le hubiera preguntado por el color de sus ojos se habría asombrado de que pudieran ser de algún color y me habría dicho que tendría que fijarse. Yo me negué firmemente a creerme todas aquellas mentiras, rebatiéndoselas una tras otra, pero él siguió insistiendo durante un buen rato, contándome que había allí una mujer con la que se veía en secreto desde hacía un mes y adornando con mil detalles aquella extraña y ridícula historia que ni él mismo ya se creía, como si la mentira se hubiera apoderado de él convirtiéndolo en su esclavo y no pudiéndola dominar se le hubiera desbocado por completo; hasta que al final, tiritando de frío, devolvió la amada a su mente y se calló. Entonces lo subí a la oficina y después de permitir que se

calentara y de darle té hirviendo, me presenté y le pregunté: «¿Qué podría hacerle a usted confiar en mí?». Y entonces me dijo que tenía un niño pequeño al que hacía ya tres días que no veía y que lo echaba mucho de menos. Así es que desperté a tres soldados de la guardia y a las tres de la mañana salimos hacia su casa, que se encuentra en uno de los barrios nuevos de fuera de las murallas, en Kerem Abraham; llamamos a la puerta y enseguida nos abrió una mujer mayor con una bata muy limpia y de aspecto agradable que parecía estarlo esperando y que al verlo con los soldados lloró un poco. Él la tocó suavemente y murmurándole algo en hebreo subió muy deprisa al segundo piso para bajar con un niño de unos cuatro años en brazos, un niño muy guapo, de pelo rubio, blanco, de aspecto enfermizo, quizá hasta un poco retrasado, que mañana, señor, podrá usted ver en el juzgado porque le he dado permiso para que lo lleven a la sesión de apertura de la vista, porque no me cabe la menor duda de que si el acusado tuviera un abogado defensor utilizaría al niño para mover a compasión…

—A eso voy, señor.

—Sí, señor.

—No, señor.

—Ciertamente, señor.

—El caso es, mi coronel, que mientras él besaba a su hijo di la orden a los soldados de que registraran la casa y recogieran todo papel que encontraran sin escatimar abrir ningún armario o cajón; nosotros, él con el niño en brazos y yo, nos quedamos callados en la cocina, hasta que cesó el ruido que hacían los que buscaban, que habían reunido todos los papeles que encontraron en una cesta que me entregaron. Les dije que se sentaran en la sala de estar, les sirvieron té y también ellos permanecieron en silencio. La noche empezaba ya a tornarse violácea y aunque unas cuantas luces se encendieron en el barrio, porque había corrido la voz de que había llegado la policía, nadie salió. Reinaba un profundo silencio, el silencio que precede al alba. La mujer volvió a llevar al niño a la cama y se fue a acostar, quedándonos los dos solos. Entonces le

dije: «Cuéntemelo todo desde el principio, y si le parece incluso desde antes, dígame quién es». Estábamos los dos tan sumamente rendidos que solamente la verdad podía ya mantenernos despiertos y dispuestos, a él a hablar y a mí a escucharlo, y así fue como se abrió la brecha por la que pude entresacar su historia, la confesión principal, porque todo lo demás no fueron sino matizaciones y retoques sin importancia.

—Gracias, señor, con mucho gusto.

—En efecto, es nacido en Jerusalén y también su padre nació en Jerusalén. Su abuelo llegó de Grecia siendo un muchacho. No es fácil encontrar judíos así, porque no es cosa común que un judío nazca en Palestina como los ingleses nacen en Inglaterra, los galeses en Gales y los escoceses en Escocia; la mayoría de aquellos con los que se va usted a encontrar han llegado aquí hace poco, porque los que nacen aquí se marchan y son muy pocos los que se quedan, aunque los demás los tienen en gran estima, más de lo que ellos se tienen a sí mismos, aunque esa admiración que los demás sienten por ellos les aumenta un poco la autoestima, pero solo un poco…

—Está en lo justo, señor, de que parecería que Jerusalén es a los judíos lo que Londres a los británicos, pero la realidad es que en el East End de Londres viven más judíos que en toda esta tierra junta, quizá porque Londres es una ciudad tan real que a un inglés le resultaría una carga demasiado pesada como para llevarla en su corazón, mientras que el judío sabe llevarse a Jerusalén y vagar por el mundo con ella, y cuantos más judíos la llevan consigo, más ligera les resulta a todos.

—En cierto modo, señor, en cierto modo. Yo también, señor, por qué voy a negarlo. Pero mi hogar está en Manchester y todas mis miras están puestas en Londres, y si le tengo reservado un pedacito de mi corazón a esta ciudad es solo como idea abstracta y no como realidad, como lo demuestra el extraordinario hecho de que haciendo ya cinco meses que estoy aquí la idea abstracta que tenía de ella y la realidad no se han interferido.

—Gracias, señor. Así pues, intentaré contarle quiénes son él y su familia haciendo un esbozo de sus biografías. Sus abuelos llegaron aquí a mediados del siglo pasado desde Salónica, que entonces era Turquía, con la esperanza de que estableciéndose en Jerusalén serían escuchadas sus oraciones y conseguirían tener el por tanto tiempo ansiado hijo, el cual, efectivamente acabó por llegar. Y así nació el padre de nuestro acusado, al que llamaron Moshé Hayim, hijo único de su madre Tamara y de su padre Yosef Mani, que murió antes del nacimiento del hijo. Moshé Hayim, huérfano de padre, pues, creció rodeado del inconmensurable amor que le brindaba su madre, convirtiéndose en un niño tan hermoso y cautivador que el entonces cónsul británico en Jerusalén, que residía vecino a ellos, lo tomó en adopción; siendo como era el cónsul un gran amante de la Biblia, parece posible que viera en el niño la reencarnación misma del primer Moisés. Con el tiempo decidió convertirlo en ciudadano del imperio, por lo que cuando el muchacho cumplió los trece años le regaló un pasaporte británico que se encuentra aquí adjunto en el sumario que tiene ahora delante, mi coronel, y que es un documento muy peculiar, escrito con una magnífica y elegantísima caligrafía, de esas que ya no se encuentran, y que lleva la foto de un muchacho con unos ojos de una candidez y una lealtad extraordinarias. El pasaporte tiene número y ya ha salido un telegrama hacia Londres para averiguar a qué serie pertenece y de dónde procedió, porque no era práctica común que los cónsules británicos, por iniciativa propia, concedieran pasaportes a los niños por el simple hecho de que les parecieran adorables. Comoquiera que fuera, el muchacho estaba encantado con su nueva ciudadanía y llevaba el pasaporte a todas partes envuelto en un bello papel mientras recitaba poemas de Byron y Shelley y contaba los *Cuentos de Canterbury* entre la pestilente pobreza de su ciudad, pues su madre lo llevaba a la escuela de la misión para que aprendiera bien el inglés. Cuando acabó ahí los estudios, lo enviaron a estudiar medicina a la universidad americana de Beirut, de donde regresó al cabo de un año porque extrañaba a su madre y su ciudad, Jerusalén. Lograron

convencerlo, sin embargo, para que se volviera a Beirut, donde continuó estudiando con grandes dificultades pues cada varios meses se volvía a Jerusalén, hasta que se llevó a su madre a Beirut y fue estudiando poco a poco, empujado tan solo por la lealtad hacia el cónsul, su benefactor. Cuando llegó a ser médico tenía ya veintisiete años, y aunque él estaba conforme con su soltería decidieron que había que casarlo. El cónsul dijo que a un británico había que hallarle una igual para reforzar la ciudadanía que le había otorgado, por lo que buscó hasta encontrarle una mujer británica, una huérfana como él, unos años mayor, descendiente de la familia de un judío británico que a finales del siglo XVIII se había unido al ejército de Napoleón en la campaña de Egipto, y quien, hecho prisionero por los turcos y habiendo los franceses olvidado rescatarlo, se quedó en Oriente hasta que logró liberarse a sí mismo. El caso es que en 1880 se casaron y no tardaron en tener una niña que, sin embargo, murió enseguida; al poco tiempo tuvieron otra que también murió, y luego un niño que tampoco sobrevivió, y todo por un problema de incompatibilidad de sangres, hasta que en 1887 nació el Mani que ahora es nuestro acusado y que también estuvo a punto de morírseles, solo que no lo dejaron porque lucharon por su vida día y noche obligándolo a vivir, y al cabo de dos años nació su hermana, que también sobrevivió. Así, por la mucha experiencia que había adquirido el médico luchando en tanto parto se le ocurrió abrir una especie de pequeña clínica de maternidad, para lo que a principios de los años noventa compró la casa de Kerem Abraham, pues en aquella época empezaban los judíos a salir fuera de las murallas. Encontró una robusta y animosa partera sueca, una religiosa de Malmoe que había llegado a Tierra Santa con una peregrinación y que al no haber hallado a Dios abandonó la religión y se hizo partera, puso unas cuantas camas y trajo de Francia el instrumental más moderno del momento, entre el que se encontraba un gran espejo que colocó en la sala de partos para que la futura madre pudiera ver por sí misma el parto. Después empezó a decirles a las mujeres de Jerusalén que acudieran a su clínica a dar a luz; al

principio acudieron mujeres de dudosa reputación, prostitutas, muchachas que habían tenido un descuido y monjas y peregrinas que apartándose de sus virtudes habían quedado embarazadas. La sueca, con gran juicio y empeño, las ayudaba a dar a luz con el menor sufrimiento posible, como si absorbiera en sus propias carnes una buena parte del dolor. Con el tiempo, la clínica fue adquiriendo fama y el número de mujeres que acudía a ella fue en aumento, llegando a convertirse el doctor Mani en una importante figura de Jerusalén, calificado por las mujeres de encantador y muy querido por todos, de modo que lo invitaban constantemente a las casas, a lo que él correspondía invitando asimismo a sus anfitriones, y siendo el enviado de las más diversas misiones de la comunidad. Así fue como cuando tuvieron lugar los primeros congresos sionistas se convirtió en un sionista entusiasta e incondicional admirador del doctor Herzl, prestándose para acudir a ellos como representante mientras en su clínica se quedaba la fiel sueca haciendo la mayor parte del trabajo, porque él llegaba siempre en el momento de las últimas contracciones para recoger al niño, darle la palmadita que lo reanimaba provocándole el llanto, bromear con la parturienta, cortar el cordón, extraer la placenta y ayudar en la búsqueda de algún nombre. Su madre, a la que cada vez amaba y respetaba más, estaba siempre a su lado, mientras su mujer permanecía en la sombra y nuestro Mani y su hermana pequeña correteaban por entre las camas. A finales del verano de 1899 viajó el padre a Europa, regresando con dos hermanos judíos, un muchacho y una muchacha de un pueblecito polaco cercano a Cracovia. Nuestro Mani los recuerda perfectamente, aunque no siempre entendía su lengua. El hermano era médico y la hermana una joven muy hermosa y atractiva. El doctor Mani intentó que el hermano se interesara por la clínica y que la hermana se interesara por él porque, de pronto, se había enamorado locamente de ella, como solo un hombre maduro suele enamorarse de una muchacha joven, sin tiempo para cortejos y con grandes prisas por devorarla. Pero como ella no quería ser devorada él la deseó aún más y no la dejaba ni un momento, de

modo que no tardó Jerusalén entera en saber que estaba enamorado de ella, porque además, el padre, contrariamente a como es el hijo, hablaba con toda naturalidad de sus sentimientos en público, con lo que llegó el escándalo. Los dos jóvenes, entonces, quisieron regresar a Polonia, pero el doctor Mani empezó a suplicarles que no se marcharan de Jerusalén llegando incluso a seguirlos a Jaffa y hasta se embarcó con ellos hacia Beirut, donde se perdió su rastro. Fue solo después de unas cuantas semanas cuando se supo que había muerto allí, a los cuarenta y ocho años de edad, en un horrible accidente en la estación de trenes, por lo que, hasta que se identificó el cadáver y fue trasladado a Jerusalén, llegó el otoño.

—Sí, señor, toda esta información la obtuve de boca del acusado y la he cotejado después con otras fuentes; lamento estarme extendiendo tanto, pero tengo mis razones… créame que las tengo…

—Gracias, señor. Es cierto que desde entonces ha pasado mucho tiempo, casi veinte años, señor. ¿Pero acaso puede existir algún límite en el tiempo cuando lo que queremos es llegar a encontrar las raíces de la traición y el espionaje mientras todavía no eran más que simple odio y antes de que fueran capaces de causar el mal? Así pues, la familia quedó conmocionada por la desgracia que se les había venido encima; el cónsul, su protector, hacía ya tiempo que había muerto y la clínica quedó sentenciada. La sueca, al principio, todavía intentó seguir con su trabajo, primero abiertamente y después a escondidas, porque las autoridades habían revocado la licencia médica al haber muerto el doctor; existían además ciertas deudas, por lo que parte del material tuvo que ser vendido y algunas habitaciones alquiladas a peregrinos, de modo que poco a poco el lugar empezó a vaciarse hasta que las parturientas dejaron de acudir. Corría entonces el mes de diciembre de 1899 y nuestro acusado, que tenía doce años y siempre había sido muy independiente, incluso en vida de su padre, lo fue todavía más ahora que este había muerto. Si intentara ahora imaginarse a aquel muchacho, señor, del mismo modo que yo lo hice, tendríamos que

verlo como un chico delgado, con gafas, moreno como su madre, con un carácter extremadamente melancólico, muy soñador y que incluso solía hablar consigo mismo. Eran los últimos días de diciembre de 1899, señor, y finalmente el invierno había llegado a Jerusalén; las campanas de las iglesias convocaban a los peregrinos rusos a las muchas celebraciones religiosas y todos estaban muy emocionados por el siglo que se marchaba y por el que estaba al llegar. Y cuenta él que, un día por la tarde, bajó a la planta baja de la clínica a la que ya nadie acudía y, para su asombro, se encontró en una de las camas a una mujer joven debatiéndose entre los dolores del parto, una de esas judías, entre inmigrante y aventurera, que llegaban solas a Palestina desde Europa para asentarse en uno de los nuevos poblados agrícolas, en parte por ideología y en parte por huir de la casa paterna. Con el resto de las fuerzas que le quedaban había logrado llegar a Jerusalén, porque le habían dado la dirección de la clínica sin saber que ya no funcionaba; al llegar y no ver a nadie se había tomado la libertad de tenderse en una de las camas. Era por la tarde y no se encontraban allí ni la madre, ni la hermana ni la abuela del muchacho, porque habían ido a ver las procesiones, así es que se encontró solo ante la parturienta que ya había empezado a gritar y sollozar quitándose de encima la manta que la cubría. El niño estaba allí petrificado, mirando alternativamente a la joven y al enorme espejo que tenía delante mientras ella le gritaba en la helada sala que la ayudara. Él, al principio, no acertaba a reaccionar, pero después intentó quitarle la ropa a la mujer, aunque sin éxito. Como ella seguía suplicándole, corrió en busca de un cuchillo, le cortó las ropas y vio cómo el seno de la muchacha se abría mientras ella bramaba, cómo empezaba a sangrar y la cabeza iba asomando poquito a poco en medio del sufrimiento y del llanto; él seguía allí, impotente, en medio de aquella gélida habitación, con ella haciéndole jurar que no la dejaría y que tampoco soltaría el cuchillo que todavía llevaba en la mano, con el que tendría que cortar el cordón umbilical. Él no cerraba los ojos ni por un instante, mirándola unas veces a ella y otras al

espejo, de modo que el parto tenía lugar a un lado y a otro de él, y fue en ese momento, en aquella fría habitación y sosteniendo el cuchillo en la mano, cuando su conciencia política irrumpió dentro de él con toda su fuerza…

—Sí, política, señor, esa es exactamente la palabra que utilizó, y dice que esa conciencia política se apoderó de él hasta tal extremo que pasó a ser la cosa más importante del mundo para él, lo que lo ha regido desde entonces. Así fue como el niño de doce años delgaducho y con gafas que era, en ese significativo y frío momento *de fin de siècle*, se convirtió en un *homo politicus*, también según sus propias palabras. Y es posible que ese fuera el origen de la minúscula y débil simiente de la extraña y repugnante traición que cometería exactamente diecinueve años más tarde y por la cual le han hecho venir a usted aquí desde Egipto, señor, con el fin de que presida el juicio de mañana junto a sus colegas los jueces mientras yo llevo adelante una acusación implacable. ¡Pero mire cómo se ha aclarado el cielo! Ya le he dicho antes que Jerusalén no es Glasgow y que hasta la más virulenta lluvia tiene un límite aquí… Me estaba preguntando, señor, y ahora se lo pregunto a usted, si no lo estaré fatigando, porque siempre recuerdo la advertencia de mi madre que me decía: «No olvides cómo eres», queriendo decir que no olvidara a los que me escuchan, porque la lengua se me desata con facilidad, y este excelente whisky que acaba de regarla no ha hecho más que animarla todavía más.

—Por supuesto, señor, todo esto tiene un propósito bien definido.

—Todo acabará por tener su sentido, si Dios quiere.

—Haré cuanto esté en mi mano, mi coronel, todo cuanto esté en mi mano.

—Gracias, señor, muy amable de su parte. Pero, ¿dónde estábamos? Ah, sí, en los umbrales de este siglo con nuestro acusado en Jerusalén.

—¿Perdón?

—¿El recién nacido? ¿Pero qué recién nacido?

—Ah, el niño ese… Discúlpeme… ¿Pero cuál es la pregunta, señor?

—Ah, claro, señor…

—Sí, señor.

—Ah, pues… Ah, ah, por supuesto, señor, ese niño, se me había borrado por completo, señor. En efecto… pues… supongo que terminaría por nacer. Lo siento, pero ya no seguí ese punto de la historia, que me pareció más bien una alegoría… Supongo que cortaría el cordón umbilical con el cuchillo y liberaría al niño, pero si sobrevivió o no, eso ya no lo sé… pongámonos en lo mejor…

—Por supuesto, señor. Así pues, el siglo XX nacía para todos nosotros, cada uno en su lugar, hasta para la familia Mani que seguía estupefacta y desconcertada por la desgracia que se le había venido encima. La abuela, una anciana de casi ochenta años ya, mantenía, sin embargo, un espíritu muy joven y su nieto la veneraba. La madre, por el contrario, había engordado mucho y estaba muy avejentada, mientras que la hermana, todavía una niña de diez años, sabía ya muy bien que su destino sería un temprano matrimonio; entretanto la familia se mantenía a duras penas alquilando las habitaciones de la desaparecida clínica. El muchacho, nuestro Yosef Mani, se había convertido para entonces en un joven si cabe todavía más independiente y como *homo politicus* que era se había fijado unas metas moviéndose en unos círculos en concordancia con ello. Para empezar, se propuso cambiar el rumbo de sus estudios, poniendo como objetivo principal el aprendizaje de idiomas, pues todavía lamentaba el no haber podido entender nada cuando su padre había hablado con los dos jóvenes que se trajo de Europa, y por eso decidió entregarse por completo al estudio de otras lenguas con el mismo ímpetu con el que atacaría un ejército que se propusiera cruzar un río. Así pues, haciendo caso omiso de la autoridad que sobre él pudieran todavía tener su madre y su abuela, se salió, sin decir nada, de la escuela hebrea El maestro de Sión, a la que lo había llevado su padre, y empezó a vagar por Jerusalén hasta que fue a parar a la iglesia de la Dormición que, dirigida por la

misión escocesa, poseía allí su escuela bíblica. Se trataba de un colegio religioso cristiano cuyo interés se centraba en las Sagradas Escrituras, que no era precisamente por lo que se interesaba el muchacho, sino por el inglés que allí se hablaba y que empezó a estudiar con ahínco adquiriendo el más puro acento de Inverness. Pero eso no fue más que el principio, porque al poco tiempo empezó a acudir por las tardes al cercano pueblo de Siloé, donde vivía un anciano árabe, amigo de su padre, que charlaba con él en árabe y le recitaba la conjugación de los verbos, y de vez en cuando iba a casa de una familia argelina para vigilar a los niños y de paso oír francés e ir acostumbrándose a su cadencia. Ya por entonces empezó a manifestársele la cualidad de moverse con toda naturalidad entre las distintas comunidades, y eso que todavía no había llegado a la edad del *bar-mitzvah* que podríamos definir como el rito de iniciación de los judíos, o más bien como la confirmación entre los católicos o el *tuhur* de los musulmanes, y que consiste en la lectura en la sinagoga de varios fragmentos bíblicos con una melodía especial que es sumamente difícil, créame, mi coronel, y de ello son testigo mis cuerdas vocales y la gran sinagoga de Manchester. Cuando llegó finalmente el momento de su *bar-mitzvah*, acudió a una pequeña secta de ultrarreligiosos, de esos que ahora viven en Jerusalén procedentes de las montañas de Hungría, que visten de negro, llevan sombreros de piel y un largo tirabuzón junto a cada oreja; esa clase de judíos, mi coronel, que quizá haya visto en el este de Londres si se ha aventurado a cruzar el Támesis en dirección sur…

—Sí, justamente allí… Allí puede vérseles vestidos exactamente igual. Acudió a ellos, pues, y les dijo: «Soy huérfano», pues así es como se presentaba en todas partes, como si tampoco tuviera madre, «hacedme el *bar-mitzvah*», y ellos le enseñaron el canto de los pasajes bíblicos e incluso prepararon el convite cuando llegó el día, y así fue como empezaron sus extrañas relaciones con ellos que perduran hasta el día de hoy. He estado investigando muy a conciencia a esas gentes, tratando de llegar hasta el fondo de la cuestión, de la relación que los une a nuestro acusado, porque en

realidad él no es uno de ellos, ni jamás podría llegar a serlo aunque quisiera, porque él es sefardí, un librepensador y además sionista, por lo que siempre será un completo extraño entre ellos. A pesar de ello los unen unos vínculos cuyo origen fue el servicio mutuo y que llegó a convertirse en verdadero aprecio, porque incluso el sistema más totalitario y herméticamente cerrado necesita algún tipo de válvula de escape, un hombre que le permita mantenerse en contacto con el mundo exterior, que entre y salga, y siempre es preferible que no sea uno de dentro, porque si lo fuera se abriría una brecha difícil de controlar, mientras que siendo ave de otro corral, y en el caso que nos concierne un huérfano de dudoso origen, pueden siempre llegar a decidir prescindir de él. Así pues, él les prestaba sus servicios redactando cartas en inglés para influyentes judíos de América, negociando con los ismaelitas el alquiler o la compra de pisos, resumiéndoles las noticias de los periódicos, porque ellos tienen prohibido leerlos. Todo ello a cambio de dinero o su equivalente, porque ellos nunca le han impuesto ninguna obligación religiosa, ni siquiera que lleve sombrero, y siendo todavía un muchacho entraba a ver a su anciano rabino con la cabeza descubierta, hablándole respetuosamente pero de igual a igual. Y no es que se considere antirreligioso, porque acude asiduamente a la sinagoga; pero no a la de ellos, sino a las de los sefardíes como él, cuyos himnos ya conoce y en las que los rezos no se alargan tanto. Allí se pone el fez rojo de los turcos y reza, pese a lo cual se resiste a que lo califiquen de religioso, porque lo único que le resulta realmente imprescindible es la libertad sin límites.

—En Dios, propiamente dicho, tengo la impresión de que sí, pero nunca lo reconocerá abiertamente. De cualquier modo se negó a responder a esa pregunta a pesar de que se la formulé con la mayor delicadeza posible. Arguyó que se trataba de una pregunta demasiado personal.

—No, señor, el judío no está obligado a creer en Dios, pero es aconsejable que lo haga porque no le queda mucho más en qué creer.

—¿Desea realmente, mi coronel, que me adentre en esas cuestiones de identidad? Tiene que saber que se trata de unas tierras movedizas en las que los mismos judíos entran con pie muy cauto para terminar aleteando desesperadamente; además siento muchísimo estarle cansando de esta manera.

—Con muchísimo gusto, señor, me siento muy halagado.

—Será un placer, señor, e incluso tengo mi propia versión, cierta hipótesis… Pero, de momento, sigamos el hilo de la historia, para lo que me gustaría precisar un par de cuestiones acerca de esa secta de ultraortodoxos, porque desde el día en que el acusado fue detenido andan sigilosamente tras él y tras todo el que tenga que ver con él como una bandada de pájaros, de cuervos, podríamos decir, revoloteando sobre la arena del circo, muy parecidos todos pero cada uno en su puesto y con una misión específica. Aquella primera noche en la que en medio de la nieve me dirigí a la fortaleza al encuentro del acusado vi ya al primero, agazapado en las escaleras como una negra ardilla, y solo con verlo supe que había sido enviado y hasta el paraguas se iban pasando del uno al otro como si fuera el fusil de guardia. Desde esa noche siempre me sigue uno de ellos, por la calleja por la que me meta, en la tienda en la que entre, por las escaleras por las que suba, pero desaparecen en cuanto intento acercarme a ellos, y todas sus cuitas consisten en intentar leer en mi rostro si el detenido ha dicho algo que pueda comprometerlos.

—Sí, señor, se ha llevado a cabo una investigación a conciencia, una inspección exhaustiva, con la ayuda de un intérprete que habla su lengua.

—Yiddish, señor. Parece ser que no tenían ni idea de sus acciones y que sus mentes están muy lejos de todos sus proyectos. Inglaterra, Turquía, todo eso no son más que bagatelas a sus ojos y lo único que temen es verse salpicados por el delito que él haya cometido, mientras que por otro lado no pueden dejar de sentirse solidarios con él porque quizá todavía los unen los cantos de aquel lejano *bar-mitzvah*… Pero volvamos a la historia que nos ocupaba. El

muchacho, pues, fue creciendo, oscuro de cabello, feo y con gafas, convirtiéndose nuestro *homo politicus* en un joven independiente y algo desarraigado que se movía cómodamente entre las distintas identidades de Jerusalén configurando su propio mundo político y afanándose en el estudio de sus lenguas, como si con ello se estuviera preparando el manojo de llaves necesario que le permitiría la entrada en una casa de muchas puertas. Entretanto seguía soltero, conmocionado todavía por los gritos de parto de aquella muchacha y el recuerdo de la visión de su seno abriéndose, cuando en 1905, teniendo él dieciocho años, falleció su anciana abuela, el único ser al que él realmente amaba, y su hermana pequeña, que ya desde los diez años se había imaginado vestida de novia, logró casarse finalmente con el hijo de un judío norteafricano de muy buena posición que había llegado a Jerusalén para comprarse una sepultura y que muriendo allí de repente pasó a ocupar mucho antes de lo que tenía planeado. El hijo se llevó a la hermana y a la madre a Marsella e invitó también al hermano, que trabajaba ya de oficial en el juzgado de la ciudad, para que se uniera a ellos, pero él declinó tajantemente la invitación porque seguía esperando algún cambio político que acabó por llegar desde el norte, en 1907, con la rebelión de los jóvenes turcos que propició el nacimiento de una Turquía multinacional y multirracial cuya proclamación caló tan hondo en él que tomó la decisión de estudiar leyes y servir al Gobierno turco. Alquiló las dos habitaciones en las que hasta entonces vivía en la clínica convertida ahora en posada de peregrinos, guardó las pocas posesiones de la familia en el sótano, dio la ropa de su padre a la caridad, excepto un abrigo grande y cálido que guardó para él, se dirigió a una imprenta y se hizo unas tarjetas en las que decía «periodista», aunque todavía no tenía periódico para el que trabajar, y a finales del verano de 1908 tomó el tren para Jaffa, siendo aquella la primera vez en su vida que salía de Jerusalén. A pesar de ello, no alzó la cabeza para contemplar las montañas y colinas que pasaban junto a él, sino que la llevaba inclinada, con la maleta colocada entre las piernas y el abrigo de su

padre al lado, porque quería salir de Jerusalén y dejar Palestina sin ver el camino por el que su padre los había abandonado, a él y a la familia. En la estación de Jaffa tomó un carruaje para que lo llevara directamente al puerto donde se embarcó hacia Constantinopla. Al cabo de tres días, hacia el atardecer, el barco ancló en Beirut, que como bien sabe, señor, es una ciudad muy hermosa, adelantada y famosa por sus lugares de entretenimiento. Todos los pasajeros saltaron a tierra excepto él, así me lo contó, porque había decidido no salir del barco, el cual quedó vacío y por cuya cubierta anduvo paseándose mientras miraba las luces de la ciudad en la que había fallecido su padre y oía las risas y la música que llegaban desde la orilla. Hacia la medianoche empezaron a regresar los primeros pasajeros a sus camarotes, pero él continuó paseando por cubierta, viendo apagarse poco a poco las luces y oyendo cómo las risas y la música morían lentamente mientras ascendía una tardía luna. Fue entonces, señor, y así me lo ha contado él, cuando oyó una especie de sollozo, de llanto, como si un enorme y fortísimo niño sollozara en la ciudad, eso es lo que me ha dicho, cuando con manos temblorosas recogió la maleta y bajó a tierra, pasando el control y adentrándose luego por las distintas callejuelas, en las que tropezaba con animadas gentes que volvían a sus casas y con pasajeros de los barcos que regresaban a ellos, mientras él seguía oyendo aquel sollozo y se iba adentrando por los tortuosos callejones hacia la ciudad vieja, hasta llegar a la estación de trenes, donde cruzó rápidamente las vías desapareciendo luego por otra calleja que subía hasta un alto donde vio un hotel, o más bien una pequeña pensión de esas en las que los viajeros de paso se quedan a pasar una sola noche. Al acercarse oyó voces y vio una luz balanceándose en el vestíbulo, por lo que entró y preguntó si tenían habitaciones libres, a lo que le contestaron afirmativamente. Subió, pues, a la habitación, arrojó la maleta encima de la cama y salió a la terraza para mirar hacia la estación de trenes que estaba allí abajo, inundada por la luz de la luna, perdiéndose los raíles hacia el norte y el sur. Seguidamente volvió a entrar en la habitación, abrió el

rechinante armario y dejó allí colgado el viejo abrigo de su padre los siete años siguientes.

—Sí, señor, siete años completos permaneció en Beirut, hasta que estalló esta guerra, en la misma habitación de la misma pensión, y si no hubiera sido por la guerra no me cabe la menor duda de que todavía seguiría allí, como si la proximidad a la estación a la que había llegado su padre lo tuviera atenazado. No hago más que preguntarme sin hallar respuesta si este acto de traición o espionaje que ha aflorado a la luz varios años después no aparecería ya en estado embrionario mientras se hallaba en Beirut entre los turcos.

—Sí, mi coronel, los interrogatorios han sido exhaustivos, día y noche, desde todos los ángulos posibles; no he dejado piedra sin remover, de modo que si los turcos hubieran tenido algo que ver, no me queda ninguna duda de que habría terminado por descubrirlo. Pero nada, señor, ni turcos ni tan siquiera alemanes. Parece que todo el asunto ha surgido de él, de su retorcida y perturbada mente, y a eso es a lo que quiero llegar contándole todo esto: al hecho de que si en algún momento creímos que sacaríamos alguna conclusión de este caso, es decir, acerca de cómo atrapar en el futuro a otros espías o traidores, nos equivocábamos por completo, porque, por lo visto, cada hombre es un caso único, lo mismo que Yosef Mani, que se quedó en Beirut durante siete años, según aduce él, por sus estudios. Y es cierto que se matriculó en la universidad americana, para lo que su pasaporte británico le resultó de gran provecho. El dinero del alquiler que le llegaba desde Jerusalén le bastaba para pagar la habitación de la pensión y el desayuno continental que allí le servían, mientras el resto de sus necesidades lo cubría trabajando como guía, intérprete ocasional y agente de hoteles, pues en aquellos años, siendo como era Beirut una ciudad tan floreciente, eran muchos los que se sentían atraídos por ella dado que se había convertido en una especie de puerta hacia Oriente por la que pasaban sobre todo alemanes, franceses y británicos, pero también americanos, rusos y austríacos, así como grupos de peregrinos,

expediciones arqueológicas, misioneros y periodistas que querían descubrir Oriente. Y también, por supuesto, judíos de las más diversas comunidades. La organización sionista había abierto allí una oficina para atender los trámites de los jóvenes que llegaban del este de Europa y de las estepas rusas en su camino hacia Palestina, unos jóvenes pobres, que carecían de visado de entrada para el Imperio otomano, cuanto más para Palestina en concreto, y que no teniendo dinero para realizar el viaje en barco llegaban por tierra e intentaban entrar en esta tierra clandestinamente. Mani, que iba a dar vueltas por la estación de trenes al atardecer, los reconocía enseguida, nada más verlos bajar de los vagones, hombres y mujeres rusos jóvenes y muy pálidos, que seguían huyendo a causa de la abortada revolución de 1905 en la que habían tomado parte, y que se quedaban allí de pie desaseados, hasta sucios, con los hatillos atados con cuerdas y los dedos de los pies asomándoles por las sandalias. Y entonces se encontraban con ese judío palestino, moreno, con gafas y encorbatado, que intentaba animarlos empezando por hablarles en hebreo para pasar luego al francés, y hasta en ruso sabía ya decir unas palabras, y así los llevaba a los albergues baratos de las colinas en los que tenía una pequeña comisión. Les ayudaba, además, a encontrar alguna casa de comidas muy barata, les hablaba de la tierra de Israel y les decía dónde se encontraba la oficina de la organización sionista, pero nunca intimaba con ellos más que eso. De las mujeres seguía manteniéndose apartado, como si no hubiera podido superar la imagen que conservaba en la memoria del día de invierno, en su casa vacía, cuando, siendo un niño de doce años, aquel útero se había abierto ante él y por un momento le había parecido que no es que la vida fuera a ser expulsada de él sino que quería engullirla y con una voracidad tal que él jamás sería capaz de satisfacer. Y además, todavía era estudiante.

—Sí, y un estudiante muy entregado, señor. Todas las mañanas se dirigía a la universidad americana, y a lo largo de esos siete años no dejó de considerarse a sí mismo como estudiante, aunque se

tomaba los estudios con cierta tranquilidad y gozaba de un estatus especial a causa de la pureza de su inglés. Arrastraba los exámenes y los trabajos de un año para el otro, y solo poco a poco iba cumpliendo con todo; la mayor parte de la mañana la pasaba leyendo periódicos y revistas en la biblioteca, porque no en vano había sido dueño de sí mismo desde los doce años, así es que cuánto más en una universidad como aquella en la que la mezcla de estudiantes de todos los niveles y comunidades era muy grande. Así es como fue construyéndose el currículo a su gusto, centrándose en la línea de la política y la jurisprudencia, para lo que estudió el derecho de los majlis, legislación americana y filosofía del Corán, pero cursando también materias como poesía inglesa, arqueología sumeria e iconografía bizantina, escogiendo las asignaturas que más le agradaban; y si consideraba que no había llegado bien al fondo de alguna de ellas esperaba un año o dos a que las impartieran de nuevo para volver a matricularse en ellas. Las tardes las dedicaba a profundizar en sus conocimientos prácticos, para lo que asistía a las reuniones de los drusos, los chiitas, los cristianos maronitas o a las de los sacerdotes católicos, pasando de una identidad a otra, porque todos estaban mezclados; le bastaba con pasearse por la calle principal de Beirut para encontrarse con todos ellos. Por descontado que tampoco olvidaba la sinagoga sefardí, a la que asistía asiduamente todos los viernes por la tarde, pues aunque no observaba los preceptos religiosos y comía de los alimentos prohibidos, la asistencia a la sinagoga y el no encender fuego los sábados seguía observándolo a rajatabla. La política, sin embargo, seguía siendo su más claro objetivo; la tenía en gran estima, considerándola una verdadera ciencia poseedora de su propia lógica interna y principio y fin de todo. Los estremecedores episodios de Europa y los Balcanes hicieron profunda mella en él y el sobrecogimiento que le provocaba la inminente guerra aumentaba de día en día. Su madre y su hermana le rogaban ya que se reuniera con ellas en Marsella, pero él se negó a ello. El Gobierno turco afianzaba sus posiciones, los alemanes empezaban a aparecer por

doquier y los extranjeros eran expulsados, por lo que Mani temía salir del Imperio otomano no fuera a ser que no le permitieran regresar, además de que el pasaporte británico se le había convertido de pronto en una brasa encendida dentro del bolsillo. Para complicar más las cosas, a principios del invierno de 1914 se vio con un recién nacido, mi coronel, y además huérfano de madre.

—Sí, un niño de verdad, señor, cuya madre murió poco después del parto que había tenido lugar en aquella misma habitación en cuyo armario seguía colgado el abrigo gris de su padre, tal y como lo había dejado siete años antes. Un niño al que había que registrar en las oficinas policiales infestadas ya de oficiales alemanes y en las que se respiraba una atmósfera tensa y hostil de preguerra. Llamaba pues la atención aquel estudiante de Palestina, tan delgado, con gafas, aquel periodista sin periódico, que todas las mañanas llevaba al niño a un ama de cría drusa, una vendedora del zoco de Beirut, y se sentaba a su lado a esperar que el niño terminara de mamar, mientras leía cualquier periódico atrasado que viera allí mismo en la acera. Pero un día, el periódico no era tan atrasado como para no enterarse de que Turquía entraría muy pronto en la guerra que ya había estallado en Europa, de modo que por la misma repentina decisión que le había hecho llegar a Beirut a finales del verano de 1907 se marchó de ella a finales de 1914. Tras descolgar de la percha el abrigo de su padre y de envolver en él al niño emprendió camino hacia el sur, hacia su ciudad natal, que le pareció, después de Beirut, una ciudad muy pobre y lóbrega, bañada por una luz seca y dura. Así fue como regresó a la casa de Kerem Abraham, que encontró repleta de inquilinos, porque cada uno de los que allí vivían había llevado a alguien más de modo que no había quedado ni un solo hueco para el dueño de la casa. Se dirigió, pues, a la secta con la que había convivido y llamando a la puerta de aquellos ultraortodoxos con el niño en brazos envuelto en el viejo abrigo de su padre les dijo: «Buscadme una mujer», y ellos no se inmutaron ante su repentina aparición, porque tienen por costumbre no extrañarse de nada que ataña a este mundo con el fin de tener libre

la mente para los asuntos del cielo. Así es que le preguntaron enseguida: «¿Una mujer para que cuide del niño o para que te dé hijos?», a lo que él les respondió «dejadme que lo piense». Y después de meditar un momento, allí, frente a ellos, decidió: «Encontradme una mujer que cuide del niño y de mí». Y aunque disponen de mujeres libres, viudas jóvenes o divorciadas, que dándoles una simple orden se casarían con quien se les dijera, no le llevaron a una mujer de las suyas, como si quisieran darle a entender sin palabras: «Debes guardar cierta distancia con nosotros», porque no están de acuerdo con que las comunidades se mezclen. Buscando, terminaron por encontrarle a una mujer de unos cuarenta años, es decir, trece años mayor que él, una mujer hermosa pero estéril, que había llegado de Mesopotamia a finales del siglo pasado y había tenido ya dos maridos, uno que falleció y otro que la había repudiado. Tenía la mujer una pequeña propiedad y una tienda de *souvenirs* para turistas en la ciudad vieja, entre el barrio judío y el barrio armenio. Enseguida adoptó al niño como propio y se entregó a su cuidado con un amor infinito; también llevó a su casa al padre de la criatura, donde quedó cómodamente sumergido entre las almohadas y los edredones que los dos maridos anteriores habían ido dejando atrás, escondió el pasaporte británico debajo del colchón y se entregó a los brazos del sueño durante todo el invierno de 1915, mientras ingentes ejércitos se enfrentaban regando de sangre los ríos de Europa. Su nueva mujer, entretanto, le preparaba sus babilónicos guisos llevándoselos a la cama, como si estuviera convaleciente de una grave enfermedad, y el niño, rodeado de mucho amor, comía también con él todo tipo de golosinas. Pero Mani, incluso desde aquella cama, no dejaba de verse a sí mismo como un hombre político, por lo que enviaba a su mujer a que le trajera todos los periódicos posibles que encontrara en Jerusalén, para luego leerlos entre las almohadas, incluso periódicos viejos; leía sobre los vivos y los muertos, observaba los mapas allí impresos, estudiaba con interés las posiciones que ya habían sido conquistadas y se mantenía al corriente de los cambios de fronteras, hasta que

finalmente empezó a asomar de su agujero y a salir por Jerusalén, una Jerusalén que la guerra del otro lado del mar había empobrecido aún más. Con el fez turco puesto volvió, pues, a vagar por entre las distintas comunidades de la ciudad. Por las mañanas se sentaba en los cafés de los árabes, en la ciudad vieja, donde mediaba en pequeñas disputas y les escribía las demandas para los tribunales, pues se presentaba como jurista aunque no había traído ningún diploma de Beirut. Al mediodía regresaba a su casa, dormía un profundo sueño y se levantaba para, con la misma ropa que había llevado por la mañana y solamente cambiando el fez por un sombrero blanco, salir hacia la parte nueva de la ciudad a encontrarse con un profesor alemán, un judío religioso, al que enseñaba gramática árabe; más tarde, poco antes de la *minjá*, que es la oración vespertina, se dirigía hacia la sinagoga sefardí que solía frecuentar y recitaba la oración, y a continuación se encaminaba hacia el centro de sus sectarios, a los que les traducía la correspondencia que recibían en inglés. Después volvía a su casa y comía con su mujer y su hijo, y hacia el atardecer salía con la cabeza descubierta en dirección al centro sionista, donde se sentaba junto al agente secreto turco que dormitaba en la última fila y escuchaba atentamente los discursos y las discusiones, poniéndose en pie de vez en cuando para preguntar algo en representación de los habitantes del lugar que siempre habían vivido allí. A su casa regresaba ya anochecido, intentando acallar todas las voces que resonaban en su interior después de lo que había oído a lo largo del día. Y aunque iba formándose ya su propia opinión seguía todavía sin pensar nada en contra de Inglaterra, porque ni se imaginaba que los británicos fuéramos a querer llegar aquí, de modo que si ya llevaba la traición dentro de sí, esta no era en aquel momento más que una simiente inmadura, seca como una piedrecilla, una pepita que había caído en terreno estéril y que de momento más seguía pareciendo el desperdicio de un fruto que el principio de un nuevo árbol. Así es como el tiempo fue transcurriendo lentamente hasta que llegó el año 1917 y nuestras fuerzas expedicionarias alcanzaron

Egipto, cruzaron el desierto, acercándose Gran Bretaña a las puertas de Palestina, hasta que el 9 de enero, como usted bien sabe, señor, tomamos Rafah.

—El mayor general Philip Chatwood, señor, con los regimientos de caballería de Australia y Nueva Zelanda; una batalla breve y sin dificultades de la que los primeros rumores llegaron a Jerusalén a principios de febrero provocando una gran agitación en nuestro acusado. Me ha contado que estaba tan alarmado que hasta empezó a temblar, literalmente, y yo pensé para mis adentros si no habría sido ese temblor el que empujó a aquella seca pepita haciéndola caer por cualquier grieta hacia una tierra más oscura, cálida y envolvente.

—Sí, lo que quiero decir, señor… le pido disculpas… Lo que intentaba decir de una manera un poco literaria es que quizá fuera ese momento el principio de la traición que más tarde irrumpiría con fuerza. Porque, ¿qué significa tanta conmoción en un hombre que se considera a sí mismo como un ser político, un *homo politicus*, y que se queda en Jerusalén durante la guerra vuelto, según su propia declaración, hacia el norte, hacia Turquía, mientras permanece ciego ante lo que ocurre detrás de él? ¿Qué esperaba que sucediera? ¿No sería todavía el muchacho que seguía esperando que su padre volviera a casa? Porque de pronto, en cuanto Gran Bretaña aparece por el sur, se echa a temblar, como si su padre hubiera rodeado Palestina de incógnito y hubiera regresado por el sur.

—Es solo una alegoría, señor, he usado a su padre como una simple metáfora…

—Le pido disculpas, señor, por haber hecho una interpretación apartándome de los hechos…

—Sí, en efecto, eso es lo que pretendo, al final todo casará perfectamente, discúlpeme, señor.

—Intentaré ser lo más breve posible, señor. En realidad los hechos también se sucedieron con más rapidez a partir del punto al que hemos llegado. Los ejércitos se disponían para el combate, y aunque en el mes de marzo sufrimos una vergonzosa derrota en

Gaza, todas las partes sabían que la última palabra todavía no estaba dicha. El verano transcurrió en Jerusalén en medio de un constante sucederse de rumores; y no porque los turcos quisieran crear confusión, sino porque realmente no sabían desde dónde les atacaría «el Toro» inglés, nuestro admirable sir Edmund, que a finales del verano empezó a avanzar con su infantería y su caballería hacia Tierra Santa. Para entonces, señor, comenzaba ya el otoño, en el que los judíos celebran varias fiestas y que aquí no se diferencia del verano más que por un vientecillo que empieza a soplar hacia el atardecer; esos son los días del año nuevo de los judíos, que se levantan por las noches para tocar en unos extraños cuernos. Mani notó enseguida los nuevos vientos que soplaban del sur, y un buen día decidió ponerse en marcha. Sacó el pasaporte británico de debajo del colchón y después de haberlo cosido al forro de su viejo abrigo salió hacia Belén, donde todo seguía como siempre: los turcos se movían perezosamente, los árabes dormitaban y solo en los ojos de los judíos, en los que apreció una chispa de duda, y en la inclinación de sus cabezas, creyó reconocer la expresión de atención de quien oye ruidos extraños. Como era la fiesta de los Tabernáculos, bajaba una procesión de judíos hacia Hebrón, para rezar en la cueva de los Patriarcas, y Mani se unió a ellos. Casi a las puertas de la ciudad se encontraron el camino cortado por un destacamento del ejército turco que se dirigía hacia Gaza; él, entonces, se apartó del camino, se dirigió al zoco, que estaba en completa calma, y subió a un carro que bajaba hacia el desierto de Judea. Era ya por la tarde y el sol empezaba a ponerse cuando, de nuevo, una compañía mixta de soldados de infantería y caballería turcos pasó ante el carro entonando una alegre canción turca, como si regresaran a casa. Uno de los oficiales ordenó bruscamente que el carro se apartara y a sus ocupantes que no se movieran, y nuestro señor Mani no supo en ese momento que cuando hubo pasado el último de aquellos soldados turcos se había llevado con él de un solo soplo cuatrocientos años de gobierno turco, el único gobierno que Mani había conocido para esta tierra. Así fue como él y sus

compañeros de viaje se encontraron de pronto en aquella tierra de nadie al sur de Hebrón y con la intención de dirigirse a Beer Sheva. Estaban allí acampados unos beduinos que se les acercaron para ofrecerles sus tiendas, y como ya había oscurecido se sentaron a calentarse al fuego y se quedaron a pasar la noche con ellos. Era el 31 de octubre y Mani no sabía que sir Edmund había tomado Beer Sheva aquel mismo día.

—No diría yo que entusiasmo, señor, sino que era más bien impaciencia lo que él sentía por llegar a encontrarse con nosotros, aunque no sabía muy bien lo que ello podía significar; lo único que sabía era que si se quedaba donde estaba, ya no habría vuelta atrás. El encuentro no tardó en producirse. Pues, en efecto, a la mañana siguiente, se vieron rodeados por la caballería de Chatwood, a cuyo mando iba el capitán William Daggett, del cuerpo de furrieles del 67 regimiento cuya declaración también está adjunta aquí en el sumario, señor, y que será el primero en comparecer mañana como testigo de la acusación; se trata de un oficial impetuoso, uno de los más distinguidos y respetados hombres de Chatwood, un viejo escocés con mucho orgullo y de carácter fuerte, que en un principio se negó a ser interrogado y al que hubo que encerrar durante dos largos días para conseguir hacerle hablar.

—En efecto, señor, así es ese capitán, que tiene setenta años y tal pasión por los caballos que podría decirse que forma con ellos una misma cosa. En la comarca de Edimburgo es él quien decide absolutamente todo lo referente a las carreras y su vida entera la ha dedicado a conseguir una mejor raza de caballos, un pura sangre que corra mejor y más veloz y que pueda darle la gloria. Por eso, en cuanto estalló la guerra, inmediatamente se incorporó a filas, a pesar de que por edad estaba ya exento, y enseguida fue nombrado oficial del regimiento 67 de caballería; su servicio en Francia transcurrió husmeando en los establos, pues la guerra no era a sus ojos más que una colosal carrera de caballos de la que lo único que no comprendía era por qué los jinetes andaban a tiros. Cuando los caballos y sus jinetes desaparecieron de Europa y fueron sustituidos

por los tanques se sintió tan desplazado que volvió la mirada hacia Oriente, como el conocido poeta que estando en Occidente tenía el corazón puesto en Oriente, por lo que se unió al Estado Mayor de Allenby con el fin de que lo llevara con él al otro lado del mar, creyendo que quizá ahí llegaría a encontrar un magnífico caballo árabe que podría embarcar hacia Edimburgo para admiración de todos sus amigos. Cuanto anhela, pues, es encontrar ese caballo y, en su opinión, toda esta inmensa guerra, desde el archiduque asesinado en Sarajevo hasta los millones de muertos de Verdún, no ha servido más que para hacerle llegar a él a los desiertos de Arabia en busca de su caballo ideal, por lo que su única ocupación es ir de lugar en lugar confiscando caballos y camellos para el regimiento. Así, en cuanto hubieron tomado Beer Sheva, mientras las columnas de humo seguían elevándose por encima de las casas en llamas y estaban recogiendo a los heridos y a los caídos, él ya se había puesto su falda escocesa, había reunido a sus acólitos y a dos intérpretes y galopaba ya por las colinas peladas del desierto de Judea en busca del corcel de sus sueños…

—Gracias, señor, con mucho gusto le acepto otra copa. Vaya, ya está lloviendo otra vez. Siento muchísimo estarle cansando tanto, pero nuestro decano en Cambridge siempre nos decía que Dios se encuentra en los detalles, y parece ser que no solo es así cuando se trata del Dios asceta sino también con respecto al Dios jurista. En esta historia cada detalle es vital, y solo así podremos llegar al eslabón que vincula a nuestro acusado con el ejército británico, porque si no hubiera sido por el entusiasmo que el capitán Daggett mostró por él, nunca habría podido penetrar tan rápidamente hasta el mismísimo núcleo de los cuarteles generales.

—En efecto, señor, y sin ninguna reserva, porque el capitán Daggett no tenía la mente más que en los caballos; cabalgaba como un poseso de un campamento de beduinos a otro ordenando que sacaran a todos los equinos y que los pusieran en fila ante él, tras lo cual les examinaba la dentadura y las patas y les emitía un silbido que había aprendido en Escocia y que cualquier caballo del mundo

entiende, para leer en el movimiento de las orejas lo que solo él podía leer, e incluso esperaba a que defecaran para oler los cagajones y saber así qué bullía en sus entrañas.

—Es completamente cierto, señor, con mis propios ojos lo he visto. Es de esas personas tan perfeccionistas que no se sabe bien dónde termina el experto y comienza el loco. Así, tras examinar el caballo, hacía comparecer a su dueño para que le recitase al completo el árbol genealógico del animal con la ayuda de dos intérpretes, completamente enrojecidos por el sol de El Cairo, que se había traído del Queen's College de Oxford; un par de discípulos de esos orientalistas que como ya le he dicho antes lo más al oriente que han llegado es al río de Oxford; los dos intérpretes le tenían tanto miedo a Daggett, que el poco árabe que sabían se les volaba de la cabeza, de modo que cada vez que él les preguntaba algo a los beduinos los intérpretes se aconsejaban interminablemente rebuscando febrilmente en el diccionario; y tal era su nerviosismo que ni siquiera la palabra inglesa que finalmente encontraban les resultaba muy clara, por lo que volvían a discutir por un buen rato qué versión final darían. Los beduinos permanecían pacientemente a la espera mientras el capitán, cada vez más furioso, se iba poniendo como la grana. Cuando finalmente saltaba al aire la palabra mágica, en la atroz pronunciación engendrada por la imaginación de los intérpretes y cuyo más insignificante parecido con el árabe habría sido pura casualidad, los beduinos se quedaban paralizados, se ponían lívidos de ira, escupían al suelo, se volvían de espaldas, empezaban a desmontar las tiendas y recogiendo los enseres y los caballos desaparecían en el horizonte tras una columna de polvo dejando plantados a los abochornados intérpretes que, por más que se lo preguntaban, no llegaban ni a imaginar en lo que habían errado…

—Es posible, mi coronel, por supuesto que puede que sea un poco exagerado y que le haya echado un poco, aunque le aseguro que ha sido solo un poco, de imaginación, pero nos sirve para comprender el entusiasmo que se apoderó de nuestro capitán

cuando, aquella mañana del 1 de noviembre, se le acercó el señor Mani, sin afeitar y con el traje negro muy arrugado por una noche de insomnio y se puso a observar cómo el capitán daba vueltas alrededor del caballo, emitía el silbido escocés y esperaba a que cayeran los cagajones mientras los intérpretes, temblorosos, balbuceaban palabras inconexas a los beduinos, que empezaban a tener fundadas sospechas de que lo que allí se pretendía era quitarles sus caballos. Mani se había ido acercando, con la mirada fija en los uniformes, las armas y los aparejos de las monturas de los soldados, porque hasta entonces solo había visto británicos vestidos de civil, y de pronto empezó a hablar en el más puro acento escocés de la escuela bíblica traduciéndole al capitán con toda precisión y presteza una completa disquisición sobre cuestiones equinas. Tratado con gran respeto por el capitán, que vio en él la salvación caída del cielo, se encontró Mani de pronto sobre uno de los caballos confiscados y conducido hacia Beer Sheva, adonde llegaron al atardecer para ser conducido de inmediato a la casa del gobernador turco sobre la que ondeaba ya la Union Jack. En aquel mismo edificio me encontraba también yo, señor, si me permite darle una nota personal a esta historia, con la ayudantía de la brigada, guardando los documentos turcos en cajas, identificando a los muertos y tapando a los heridos para que pudieran terminar de morirse en paz a la luz crepuscular del desierto. Y fue allí, entre los espantados caballos, cuando lo vi por primera vez, desmontando, completamente pálido, exhausto, el rostro avejentado, avanzando por las escaleras mientras pisaba los casquillos de las municiones de los turcos y las lunas rotas del edificio que refulgían al sol poniente, sin tener aspecto ni de inglés, ni de judío, ni de árabe, ni de turco, ni de nada, aunque, en realidad, pertenecía a aquel lugar más que ninguno. Y me pregunto si ya entonces estaría pensando en la traición.

—Era el 1 de noviembre de 1917, señor.

—Sí, mi coronel.

—No, mi coronel.

—Ciertamente, señor.

—Entretanto no, señor. Desde entonces se convirtió en el intérprete principal de la división, y como también se defendía en turco no tardó en hacerse indispensable para todos. Y él insiste, señor, en que todavía no se le había pasado por la mente la idea de una traición, por lo que parece ser que la simiente fría y lisa que se había colado por aquella oscura y seca grieta seguía sin saber desde dónde le llegaría la humedad que la despertaría.

—Sí, señor, eso es lo que ha contado en una de las noches de interrogatorio. Además, ha declarado que al principio prefirió quedarse un poco al margen, para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos, por lo que decidió no descoser el pasaporte británico que llevaba oculto en el forro del abrigo, mientras se decía con amargura que lo que allí estaba sucediendo es que llegaban unos extranjeros a reemplazar a los anteriores. Gaza, entretanto, había caído en nuestro poder y el avance era todo un éxito; nuestro «Toro», sir Edmund, embestía con fuerza abriéndose paso hacia el norte por la llanura costera, a través de los campos de Filistea, de las dunas y los pantanos, directo hacia Jerusalén, para tomarla antes de la Navidad y entregársela como regalo a Lloyd George y a todo el pueblo británico, pues en Londres esperaban con verdadera ansia una clara victoria que pudiera consolarlos de la descomunal matanza de Verdún, porque habían entrado ya en el cuarto invierno de campaña sin conseguir resultados destacables. ¿Sería la toma de Jerusalén la humedad que hizo germinar la semilla de la traición?

—No, señor. Primero fue prisionero del viejo escocés, que lo tenía oculto en su furgón y andaba con él entre Beer-Sheva y Gaza en busca de aquel caballo que tanto ansiaba, pero al poco tiempo su nombre llegó a oídos del servicio de Inteligencia de la autoridad militar, la cual se lo decomisó al escocés para utilizarlo como su propio traductor, mientras los intérpretes británicos lo seguían aprendiendo y maravillándose de lo deprisa y bien que traducía, como si no fuera necesario que las palabras entraran en su mente para convertirse en otras, sino que todavía en el aire se

transformaban, con gramática y fonética incluidas, hasta el punto de que al que hablaba le parecía que ya dentro de su garganta se obraba el milagro que convertía sus palabras en las de la lengua desconocida. Nuestro ejército seguía, pues, avanzando por la llanura como un poderoso río y destruyendo una tras otra las posiciones turcas que encontraba a su paso que no eran más fuertes que la arena que las rodeaba; también los pueblos se iban rindiendo uno tras otro, y las autoridades militares llevaban consigo a Mani para que les tradujera a los habitantes la declaración de la conquista. De ese modo se paseaba entre nosotros un ciudadano delgado, con lentes, callado, de ojos muy vivos, envuelto en el abrigo de su padre, que sufría ahora ya un patente desgaste, y que atónito ante el repentino giro que había dado su vida, alejado de su casa y de su hijo, seguía sin poder comunicarles dónde se encontraba. Por otra parte estaba conociendo su tierra, atado al caballo porque todavía se caía, entrando en apartadísimos pueblecitos árabes formados por casetas y tiendas, tan bajito y tan poco militar entre todos aquellos oficiales del Estado Mayor que iban con la fusta debajo del brazo y a los que les traducía las proclamaciones de ocupación y las órdenes de toque de queda ante los habitantes del pueblo que allí se congregaban, un pequeño grupo de aldeanos con chilabas y *kaffiyas*. Y lo hacía con tal pericia que incluso antes de que el oficial británico hubiera podido abrir la boca para pronunciar sus palabras, sonaba ya la traducción, que en realidad ya no era tal, sino un breve discurso personal que él mismo había compuesto y del que nadie tenía conocimiento pues no entendían lo que decía. En realidad, señor, ya no parecía un intérprete, sino más bien un mohíno comisario que, acompañado por sus oficiales, pasaba por los pueblos para explicarles su idea de la guerra a aquellos árabes que lo escuchaban con suma atención oliéndose al judío que se ocultaba bajo el viejo abrigo y que se había rodeado de británicos. Si el *mujtar* hacía alguna pregunta, la contestaba él con gran resolución y por iniciativa propia. Y cuando el oficial le preguntaba qué había dicho, le contestaba que había sido algo sin importancia. Y si le insistía que

les dijera esto o lo otro, lo interrumpía y alegaba que ya estaba todo dicho. Y haciendo una señal a los oficiales que lo acompañaban, los hacía ponerse en marcha hacia el próximo pueblo…

—Sí, señor, a tal extremo llegaba, y era tan grande la decisión que mostraba que los militares llegaron hasta a tenerle miedo. Estando así las cosas, el 20 de noviembre, cuando Allenby avanzaba ya directo hacia Jerusalén, se adentró Mani en el cuartel general y descubrió encima de una mesa un telegrama que había llegado desde Londres con la declaración de Arthur Balfour y cuya lectura lo conmocionó sobremanera.

—Como me supuse que le gustaría verla, señor, la he adjuntado al sumario. Sí, tiene el aspecto de una breve carta personal y está escrita por el mismo lord Balfour.

—La declaración le produjo una fortísima agitación, señor, porque no esperaba semejante noticia en un momento como aquel; hacía ya tres semanas, además, que no había vuelto a su casa y, sobre todo, que no veía a su hijo al que se sentía muy unido. Ahí se encontraba, en cambio, atrapado en el carro de guerra británico que arrasaba Tierra Santa por donde pasaba, cuando de pronto había aparecido ante él aquella sorprendente y generosa declaración con la que nunca habría soñado y, para ser justos, habría que decir en su favor que tampoco los demás se la esperaban. Aquello le quitaba el sueño y lo que más ardientemente deseaba era poder regresar a Jerusalén. Por las noches vagaba entre los caballos, los cañones y las guardias nocturnas. Las lluvias habían llegado ya acompañadas de un viento frío, y el ejército subía despacio por los montes de Judea. Como el abrigo de su padre se había desgastado por completo, le dieron una chilaba y unas botas, y así se encontró en las primeras líneas del frente, medio disfrazado de militar, observando las avanzadillas con un par de prismáticos y no dejando de maravillarse al pensar que hacía un mes que había salido de su ciudad huyendo hacia el sur y que ahora regresaba a ella para conquistarla por el oeste con el ejército del imperio más grande del mundo. El 6 de diciembre, mi coronel, avanzó con la infantería hasta Nebi Samuel, donde tuvieron

lugar unos durísimos combates y desde donde vio la ciudad de sus padres, Jerusalén, que le pareció muy pequeña, obstinada y hostil. Como bien sabido es, el 9 de diciembre fue conquistada Jerusalén, y dos días más tarde entró en ella sir Edmund a pie y seguido de sus columnas; las campanas de las iglesias repicaban con fuerza y los principales de la ciudad lo recibieron con el pan y la sal. Nuestro acusado, al principio, caminaba en las filas del conquistador, tan diferente a los que lo rodeaban con las gaitas y los sombreros australianos y, observando ansiosamente a la multitud; pero junto a la puerta de Jaffa se desvió a la derecha, tomó hacia su casa y, como quien regresa tan tranquilo del trabajo diario, se sumergió entre las almohadas y los edredones con su hijo. Durante una semana no traspasó el umbral de la casa, y como no tenía amigos a los que contarles su aventura y tampoco con su mujer hablaba mucho, se quedó mirando a través de los cristales de la ventana, golpeados por una furiosa lluvia, mientras oía los disparos y los cañonazos del coronel Chatwood que repelía el contraataque turco empujando la línea del frente hasta Ramalah.

—En efecto, señor, el contraataque fue también muy violento, y tengo la seguridad de que el brigadier estará impaciente por llevarlo al lugar de los combates para mostrarle dónde tuvieron lugar las mayores hazañas de nuestro ejército, por lo que no querría yo ahora robarle la primicia de esas explicaciones siendo como soy un simple aficionado en cuestiones de estrategia militar. Pero volvamos a nuestro acusado, porque me gustaría terminar de contárselo todo. Hacia el día de Navidad el cielo aclaró algo y él salió de su casa encontrándose las calles con un bullicio y un aire diferentes. El nuevo gobierno militar se había apropiado ya de varios edificios en los que tenía establecido su cuartel general y las diversas oficinas y que había rodeado de alambradas. Policías, oficiales, funcionarios y estadistas correteaban de un lado para otro mientras los judíos estaban exultantes, los árabes atónitos, y sobre todos ellos volvía a llover con furia, como si nuestro ejército se hubiera traído consigo toda la lluvia y la niebla de Londres. Mani, viendo aquel ambiente,

no hacía más que decirse para sus adentros: «De nuevo unos extranjeros han venido a reemplazar a otros extranjeros».

—Efectivamente, señor, se lo he preguntado una y otra vez. ¿Cómo había podido creer un *homo politicus* como él que íbamos a conquistar la ciudad para entregarles las llaves del poder a sus habitantes y después retirarnos con una reverencia?

—¡Acertadísima interpretación, mi coronel! Porque ese fue el momento decisivo en que definitivamente la simiente de la traición, que poco a poco se había ido hundiendo en aquella oscura grieta quedando cubierta de tierra, empezó a alimentarse de la dulce humedad que le goteaba encima, abriéndose de pronto como si la hubieran rociado con un corrosivo ácido y descomponiéndose en miles de diminutos filamentos, como débiles telarañas que parecían no tener futuro entre los terrones pero que una mirada atenta enseguida habría visto que ocultaban el interior de la simiente que se había partido en dos, en raíz y tallo, y que desde ahora cada uno iría por su lado con una fuerza incontrolable empujando al otro en dirección contraria… Así es que ese mismo día entró en el cuartel general y todos se alegraron de verlo, porque con la dificultad de la conquista se habían olvidado de su fiel intérprete. Después se dirigió al ayudante en jefe de la división, el mayor Stanford, le enseñó el pasaporte británico y fue aceptado al instante como soldado, por lo que le entregaron el uniforme, la gorra, el petate, la chapa de identificación y hasta una pistola vieja, y después de nombrarlo cabo le asignaron una soldada de media guinea a la semana. Todo fue firmado por el mayor Clark en nombre del cuerpo general de la judicatura militar y a partir de ahí empezó la carrera militar de Yosef Mani como cabo e intérprete del ejército de Su Majestad…

—Desde luego, señor, todos los documentos están firmados y se encuentran en el sumario que tiene usted delante haciéndolo bastante pesado en todos los sentidos.

—Es cierto, señor, se actuó con cierta ligereza, sin ningún tipo de investigación de seguridad ni prueba de aptitud alguna, porque como ya lo conocían todos desde la campaña del otoño de camino

hacia Jerusalén no lo creyeron necesario. Sin embargo, son muchos ahora, mi coronel, y no se admire, los que querrían destruirlo cuanto antes junto con todos los documentos que les hizo firmar. Porque desde el momento de su revelación como británico, entraba y salía del cuartel general como uno de ellos e incluso disponía de una mesa en uno de los despachos de la comandancia, desde la que traducía las órdenes que dictaba el gobernador. Por la noche regresaba a su casa, se metía en la cama grande con su hijo y su callada mujer, cerraba los ojos y rememoraba los días en los que, rodeado de oficiales británicos, había ido pronunciando discursos por los pueblos árabes de los campos de Filistea, de modo que de pronto empezó a sentir lástima por los árabes, señor…

—Sí, por los árabes, aunque quizá no por ellos exactamente, sino como pretexto para alimentar la raíz que crecía en la oscuridad y para que el tallo pudiera seguir desarrollándose.

—Ya estoy llegando a ese punto, señor, prácticamente he terminado. El caso es que la decepción de Mani era cada vez mayor. Los días iban pasando y todos lo respetaban por el uniforme británico que vestía; pero al atardecer se lo quitaba, se ponía el traje negro y salía con su hijo hacia la ciudad vieja, dejaba atrás el muro de las Lamentaciones y las grandes mezquitas, salía por la puerta oriental de las murallas que es la puerta de los Desperdicios, subía por el monte de los Olivos, donde está enterrado su abuelo, llegaba al hospital Augusta Victoria y al convento de Tur-Malka, todos estos lugares, señor, están aquí en el plano, y muy cerca de allí entraba en un pequeño café de los ismaelitas donde escuchaba sus conversaciones frente a las bandejas de cobre que hacían las veces de mesa. Asistía también a las reuniones de los de su propio pueblo, a escuchar los discursos de las delegaciones de dignatarios judíos que llegaban atemorizados desde el otro lado del mar para testimoniar lo que allí estaba sucediendo y volverse por donde habían venido. De vez en cuando se oían hacia el norte los ecos de algunos cañonazos que perezosamente se lanzaban los dos ejércitos, pero la serpenteante raíz de la traición seguía todavía sin saber cuál

sería la planta que nacería de ella… Hasta que un día entró en uno de los despachos del cuartel general para tirar un borrador al cesto de los papeles. La habitación estaba vacía y solo se oían las risas lejanas de unos oficiales que jugaban al fútbol con una pelota de tenis y, entonces, viendo en el cesto un plano enrollado, lo cogió y se lo escondió en el pecho. Por la noche, ya en casa, se dio cuenta de que aquello no era ni más ni menos que el plan de ataque del regimiento 22 de la Transjordania; lo dobló, lo metió en la bolsita del taled y se encaminó, como era su costumbre en día sábado, a la sinagoga sefardí que se encuentra en la calle Rabí Isac de Praga. Cuando hubo finalizado la oración llevó a su hijo a casa pero él no subió, sino que siguió en dirección sur, hacia la ciudad vieja, donde se compró una túnica árabe con la que se cubrió. De la ciudad vieja salió por la puerta de Nablus y anduvo durante tres horas (por aquí, señor, según la línea marcada en el mapa, y si deseara ver la ruta con sus propios ojos sepa que tiene en mí a un guía incondicional). Así fue como llegó a una pequeña ciudad llamada Ramalah, que atravesó como un sonámbulo para salir hacia los campos donde vio a las guardias británicas en sus tiendas y las zanjas vadas, tan diferentes de las profundas trincheras de Verdún, porque aquí parecen no haber sido hechas más que para que los soldados puedan poner en ellas cómodamente los pies cuando se sientan a tomar el té. Mani bajaba y subía por las colinas mientras empezaba a llover, y no había pasado mucho rato cuando olfateó el humo de las hogueras de los turcos y el té que tomaban, y al final los vio, con los uniformes desgastados y los galones descoloridos, así, tal como ellos son, como siempre los ha visto desde niño por las callejuelas de Jerusalén. Estaban allí sentados, vencidos, calentándose al fuego, riéndose bajito, hambrientos como siempre y mordiéndose el bigote. Se les acercó, llamó al sargento, y tendiéndole los planos le dijo que llamara a un oficial que llegó enseguida, miró los papeles pero no entendió nada. Entonces pidió que llamaran al alemán, porque siempre suele acompañarlos uno, y mientras fueron en su busca Mani se quedó esperando, absorto con el fuego y los soldados

observándolo con la boca abierta. A lo lejos se veían las casas de un pueblo árabe que no sabía muy bien cuál era, pero que según el mapa tenía que ser el-Bireh; y así, mientras pensaba en eso, seguía esperando y tragando saliva, sin sentir la lluvia que le golpeaba la chilaba, como si en lugar de ser él fuera otro el que la llevara puesta. Pasado un rato llegaron tres jinetes, uno de los cuales era el alemán, que desmontó muy deprisa. Se trataba de un tal Werner von Karajan, del que ya habíamos oído decir que era un hombre muy astuto, y haciendo honor a ello se dio cuenta enseguida de que los planos eran auténticos y de incalculable trascendencia, por lo que quiso aprovechar cuanto antes aquella oportunidad que se les brindaba. Pero sucedía que ahora nuestro intérprete necesitaba de otro intérprete que resultó ser un turco con fez, gafas y muy moreno, el doble de Mani del otro lado de la línea de fuego. Resplandecieron unas monedas de oro, pero el acusado las rechazó con firmeza y parece ser cierto que en ningún momento recibió dinero de ellos sino que lo único que les exigió es que reunieran ante él a los habitantes de los dos pueblos vecinos porque quería hablarles. Y cuando le preguntaron acerca de qué, él lo silenció y sin mirarlos dijo que quería pronunciar unas palabras ante ellos. Reunieron, pues, deprisa y cruelmente, literalmente a latigazos, a los aldeanos, mujeres, niños y ancianos y avisaron a los pastores y los labradores, unos hombres hoscos, que llegaron con la azada y la horca todavía al hombro, tirando del ronzal del burro y seguidos de las ovejas; aquí y allí se veía entre los congregados a algún hombre de aspecto algo más culto, algún maestro con un sucio fez rojo. El crepúsculo estaba ya muy próximo, pero el cielo todavía clareaba algo y había dejado de llover, de modo que los ardientes y purpúreos rayos de un fuerte sol invernal se estrellaban en la plaza del pueblo sobre un charco de barro y cagajones. Solicitó entonces que le llevaran una mesa, pero como no había ninguna en el pueblo, le sacaron una cama sobre la que colocaron una tabla; se quitó después la chilaba apareciendo ante ellos con el traje y la corbata, encogido de pronto como una lengua de fuego pequeña y negra, y

se subió a la tabla que habían puesto encima de la cama, señor, haciéndose a su alrededor un profundo silencio. Con un ligero balanceo del cuerpo, como si continuara la oración de la mañana, empezó a hablar en árabe diciéndoles: «¿Quiénes sois vosotros? ¡Despertad antes de que sea tarde y el mundo se transforme! ¡Haceos enseguida con una identidad!». Seguidamente extrajo del bolsillo la declaración de lord Balfour, que había traducido al árabe, y después de leérsela sin explicación alguna siguió arengándoles: «Esta tierra es vuestra y nuestra, la mitad os pertenece a vosotros y la otra mitad a nosotros». Y apuntando hacia Jerusalén que, perdida entre la niebla, se divisaba a lo lejos en la montaña añadió: «Allí están los ingleses y aquí los turcos, pero todos acabarán por marcharse dejándonos solos, ¡despertad, no os durmáis!».

—Sí, señor…

—Así es, señor, «despertad, no os durmáis», ese fue el quid de aquel discurso que no duró más allá de unos minutos. Después tendió los brazos hacia los oficiales turcos, que permanecían de pie a su alrededor con sus resplandecientes botas hundidas en el barro, y ellos lo bajaron en volandas de la cama para que no se manchara de barro. Los allí congregados, que no habían entendido absolutamente nada, seguían mudos, sin comprender aquella nueva orden que se les daba, porque carecían de la más mínima conciencia de nación ya que ni siquiera sabían dónde se encontraban los límites de su pueblo. Él, entretanto, se había vestido la chilaba en la creciente oscuridad acosado por las lisonjas del alemán que lo condujo escoltado hasta la tierra de nadie y al que prometió que regresaría al sábado siguiente con nuevos documentos…

—Sí, señor, esa fue la única recompensa que recibió, contamos con la verificación del otro lado. Pero todos los sábados de los meses de enero y febrero acudió allí, hasta un total de ocho veces; incluso le tenían preparado un pequeño rebaño de cabras para que pareciera un pastor, aunque ya en el primer cerro perdía siempre unas cuantas no quedándole nunca al final más que dos o tres. Cada vez le cambiaban el itinerario y el alemán había preparado una

unidad especial que lo recogía del lugar por el que debía aparecer, momento en que él les entregaba con desprecio los documentos mientras mascullaba entre dientes: «No los merecéis». Ellos, por el contrario, lo trataban con profundo respeto y lo llevaban al pueblo que él les indicaba, donde los habitantes llevaban esperándole de pie en la plaza desde antes del amanecer. Para entonces toda la población árabe entre Ramalah y Nablus lo tenía por un verdadero castigo que el gobierno turco le imponía como venganza por sus derrotas, un extraño y ridículo castigo reflejo de la descomposición y debilitamiento de su poder pasado. Ahora disponía ya siempre de una mesa, una silla, una gran pizarra e incluso de un vaso de agua; en pie y rodeado de los oficiales turcos empezaba por leer la declaración de lord Balfour y después desplegaba un mapa de Palestina que él mismo había dibujado y en el que incluso había pintado de azul el mar, y que los árabes miraban asombrados al ver por primera vez su patria entera reducida a un pedazo tan pequeño de papel. Él les señalaba el mar azul, el Jordán y Jerusalén diciéndoles: «¡Despertaos!», y ellos se miraban unos a otros como preguntándose quién habría osado quedarse dormido. «¡Tomad conciencia de vuestra identidad!», proseguía él, «todos los pueblos del mundo están tomando conciencia de su identidad, después ya será tarde y os sobrevendrá la desgracia, los judíos estamos llegando cada vez en mayor número». Sacaba entonces unas tijeras del bolsillo y decía: «La mitad para vosotros y la mitad para nosotros», y cortaba el mapa a lo largo entregándoles a ellos la mitad de las montañas y el Jordán y quedándose para sí la costa y el mar; ellos sentían cierto desasosiego al verlo cortar el mapa, se acercaban a él e incluso había quienes querían tocarlo, pero los patizambos, pitañosos y hambrientos soldados turcos que lo rodeaban apuntaban con las bayonetas hacia afuera y cargaban el mosquetón, porque el alemán había dado órdenes estrictas de que no se le tocara ni un pelo de la cabeza, aunque nadie lo habría hecho, porque cuanto más se enfadaba él con ellos, los insultaba y los provocaba, más se compadecían de él y solo le decían como

niños: «¡Pero nosotros también queremos el mar!», y él, primero algo desconcertado y luego con gran enfado, sacaba irritado otro mapa del zurrón y lo cortaba a lo ancho.

—Unos ocho sábados, señor.

—En numerosos pueblos, señor. Incluso llegó a Nablus y a Jenin y logró entrar en las casas de los principales del lugar en las que su terco y orgulloso carácter le impedía probar hasta del café que se le ofrecía. Casi nadie entendía de lo que estaba hablando y se burlaban piadosamente de él, aunque siempre había uno o dos que lo escuchaban atentamente y que palidecían a la par que se les borraba la sonrisa de los labios: alguien que había estudiado en Beirut, en Haifa o en Jerusalén, que llevaba traje, corbata y zapatos blancos y andaba por el pueblo como si fuera Virgilio o Platón; estos lo escuchaban desasosegados cuando hablaba de los judíos que estaban llegando, pues no sabían muy bien a qué se refería cuando les decía que eran como la plaga de la langosta que está en el desierto y de repente cae sobre los campos. Lo inexplicable, mi coronel, es que nuestras patrullas nunca vieran nada y que lograra cruzar las líneas a plena luz del día, como si de mantequilla derretida se tratase. Aprovechando la oscuridad de la noche regresaba andando con sigilo y recorría apresuradamente las seis millas de distancia que hay hasta Jerusalén, adonde llegaba hacia la medianoche, cansado, mojado y sucio, por el norte; entraba en la ciudad vieja por la puerta de Nablus, recorría sus callejuelas mojadas por la lluvia y en compañía de la luna que subía desde Jericó hasta llegar a las escaleras de piedra de su casa, de la que su alta mujer le abría la puerta antes de que él hubiera podido siquiera poner la mano en el picaporte. Ella, que no sabía nunca a dónde había ido ni de dónde venía, lo desnudaba, lo bañaba, lo secaba, le ponía la comida en la mesa y le abría la cama en la que él se metía temblando y acompañado nuevamente por la luna…

—Le pido disculpas, señor…

—Sí, le ruego que me disculpe, señor, lo lamento, tengo que reconocer que me he dejado llevar un poco.

—Horowitz, señor, no sabe cuánto lo siento.

—Ivor Stephen, señor, Stephen Horowitz, lo siento de veras, me he dejado llevar.

—Sí, mi coronel.

—Sí, señor.

—En efecto, señor, estoy un poco cansado porque hace ya tres semanas que me ocupo de este caso día y noche y mis ansias por alcanzar la verdad han llegado a atormentarme. Absolutamente cada detalle ha sido investigado; he ido a su casa cientos de veces, he recorrido a pie el camino de su traición una y otra vez, y cuando me han faltado las pruebas las he reconstruido con la imaginación, porque mi mayor anhelo es comprender cabalmente esta traición.

—No, mi coronel, en modo alguno, decididamente no. Aunque se tratara de un árabe, un hindú o un nepalés habría obrado de igual manera, porque en cualquier lugar del imperio en el que me encuentre mi único deseo será siempre desvelar la verdad. Pero me temo que el juicio fluirá como el raudal de un río puesto que el señor Mani ha reconocido su culpa sin desmentir nada, de modo que la acusación, y no me malinterprete, señor, será tan contundente como el filo de una navaja de afeitar. El teniente coronel Keypore y el mayor Jahawala ya han dictado sentencia para sus adentros y cuando vea usted, mi coronel, la relación detallada de la cantidad y naturaleza de los documentos que pasó al enemigo será presa del furor.

—Sí, por supuesto, señor, aquí está la lista, de la que él mismo llevaba un control estricto ya que le era entregado un recibo por cada documento y que está además confirmada desde el otro lado de las líneas porque tenemos allí, mi coronel, y esto es un pequeño secreto, un británico que se hace pasar por alemán ya desde finales del siglo pasado y que de vez en cuando presta ciertos servicios en beneficio del Reino Unido.

—Aquí está, señor, pero no tengo la seguridad de que este sea el orden cronológico de entrega. El plan de asalto del regimiento 22 para cruzar el Jordán, el 3 de enero de 1918. La relación de los

heridos y enfermos de la misma brigada en la semana de entre el 30 de diciembre de 1917 y el 6 de enero de 1918. El informe disciplinario del tercer pelotón durante la tercera semana del mes de enero, firmado por el capitán Smogg…

—Había habido numerosas quejas, señor. La relación de oficiales de permiso en la división desde el día 13 de enero de 1918. El proyecto del plan de ataque para la conquista de Damasco, firmado por el mayor Sluce, del 26 de enero de 1918. La lista de los invitados a la cena de gala ofrecida por el gobernador de Jerusalén, del 30 de enero de 1918. Dos fotografías del general Allenby, sin fecha. La relación de las provisiones enviadas al quinto batallón de australianos. El despliegue de nuestra artillería en el área de Jericó desde el 1 de febrero de 1918. Borradores de las cartas personales del teniente coronel Keypore a su mujer.

—Lamento tenerle que decir que esto no es todo, mi coronel.

—La descripción del mecanismo de disparo del cañón *F Howitzer*, sin firmar ni datar. La solicitud para la reposición de la munición artillera. La fotografía de una mujer joven sin identificar, presumiblemente una prostituta, en la Vía Dolorosa. Un plano de Jericó con la señalización de la posición de nuestra artillería, del 3 de febrero de 1918, y esos fueron, mi coronel, los cañones que perdimos a principios de mes en la desafortunada batalla que libramos al otro lado del Jordán; el alemán contó los disparos que hicimos y cuando supo que habíamos agotado las municiones ordenó el asalto en el que perdimos ciento cincuenta soldados. Me temo que los australianos lamentaron más la pérdida de los cañones, más difíciles de reemplazar que los hombres.

—En efecto, señor, todo esto lo encontraba en las papeleras.

—Ha sido un gran escándalo, mi coronel; varios oficiales han sido detenidos y se les ha abierto expediente. Se han instruido nuevos procedimientos, para lo que se ha traído especialmente a un oficial de El Cairo que ya lleva aquí una semana. Cuando visite usted mañana la jefatura con el general comprobará que las papeleras se encuentran completamente vacías porque a un sargento

acompañado por dos soldados le ha sido encomendada la misión de estar quemando día y noche cualquier papel antes incluso de que pueda llegar a la papelera, por lo que al lado de la iglesia de los rusos se eleva una perenne columna de humo que incluso en este momento puede verse desde la ventana, señor. Ah, veo que el cielo ha vuelto a aclarar y allí… allí tenemos de nuevo a uno de esos cuervos negros porque saben, y no me pregunte cómo, señor, que ha llegado el presidente del consejo de guerra y que yo me encuentro con él.

—Sí, señor.

—Sí, señor.

—Allí, mi coronel, ¿puede distinguirlo?

—Aquella mancha negra. Pues esas manchas negras me acompañan constantemente desde hace tres semanas, porque saben que el peligro se está aproximando, que el lazo de la soga se va apretando alrededor del cuello. Ya han venido a visitarme dos emisarios: un magistrado viejo y un escribano que balbucea algo de inglés; solicitaron ver el código legal para tiempos de guerra, el cual les entregué con mucho gusto ofreciéndoles incluso una sala en la que tranquilamente pudieran sentarse a consultarlo. Allí estuvieron leyéndolo durante todo un día, entre grandes debates, como si se tratara de una cuestión de Estado. También les servimos el té, pero no tocaron nada, y al final del día, pálidos y exhaustos, me devolvieron el libro, sujetándolo con la punta de los dedos, como si contuviera un patíbulo plegado y moviendo tristemente la cabeza de derecha a izquierda mientras se miraban el uno al otro. Después me preguntaron si conocía a la familia Horowitz de Londres, y como les contesté negativamente empezaron a nombrarme familias Horowitz del mundo entero de las que por fuerza yo tenía que ser pariente lejano, hasta que finalmente se rindieron con un suspiro y uno de ellos murmuró: «Este Mani no es más que un loco. ¿Por qué va Gran Bretaña a rebajarse ocupándose de un loco? Su padre se suicidó siendo él un niño, tengan piedad de él». Pero yo, mi coronel,

mirándoles directamente a los ojos les respondí con firmeza: «Saben perfectamente que no está loco».

—No, señor, ni siquiera padece el tipo de demencia que se oculta tras una aparente cordura y cuyo agrio olor se aprecia solo con compartir el mismo aire en una habitación. No, en modo alguno puede calificársele de loco pues ni siquiera se aprecia en él el menor desequilibrio que, en un momento dado, pueda hacer que se aparte del camino. Es un hombre de mente clarísima, mi coronel, y aunque ahora se encuentre en una situación de conmoción espiritual conserva intactas la inteligencia y la voluntad y es dueño y señor de todas sus palabras y actos porque dice lo que le parece y se calla lo que le conviene. Me temo, señor, que nos tiene preparado un extenso discurso político; en realidad no destinado a nosotros sino al público y a la prensa, porque es del tipo de personas que necesita un público cada vez mayor que le escuche cautivado. Lo que él pretende, pues, es que primero hable yo y diga cuanto tenga que decir, para poder luego él pronunciar el discurso de un hombre que está a punto de subir al patíbulo conmocionando así a Jerusalén entera. Así lo creo y, en realidad, lo sé, porque fue por eso por lo que sus pies lo llevaron directamente a la posición del irlandés ese del Ulster, cuando perfectamente podía haberlo evitado como de costumbre hacía, y todo porque ya no le bastaba con aquel público de ismaelitas que lo escuchaba por imperativo de los turcos, sino que deseaba que Jerusalén entera lo escuchara.

—Así es, señor, apenas sé nada, pero presiento que está afilando una cuchilla envenenada. Por más que he intentado tirarle de la lengua no he logrado sacar nada en claro y, además, cuando intenté quitarle el borrador del discurso, que había escrito en hebreo, se lo comió y no ha habido manera de hacerle hablar.

—Usted mismo podrá verlo mañana, mi coronel, sentado en el banquillo, y si le parece que escucha atentamente lo que se dice, sepa que en realidad no estará pensando más que en el discurso que va a pronunciar sobre esta tierra que él ve como un inmenso y eterno campo de batalla marcado por la desgracia, y acerca de las

multitudes que caerán sobre ella como la langosta cuando llega volando desde el desierto, aunque si mira usted a su alrededor no verá todavía más que un inmenso erial prácticamente despoblado. He intentado aconsejarlo diciéndole: «Tome un buen abogado que hable de la infancia que usted tuvo y de la muerte de su padre, porque si no acabarán por colgarle y si además insiste en pronunciar sus arengas políticas lo único que va a lograr es apretar el lazo todavía con más fuerza». Pero él, como animal político que pretende ser, solo me sonríe intentando convencerme de que todos sus actos están regidos por la idea política, y sin embargo tengo la seguridad, señor, y esa idea me atormenta hasta el punto de no permitirme el reposo, de que tras todo esto se esconde otra historia, que Mani quiere vengarse de alguien lejano y que todo el asunto político no es más que una obsesión inventada.

—Así es, señor, yo también soy de la misma opinión. Por eso, una noche, di la orden de que dejaran allí una soga después de que, a escondidas, hubieran clavado en el techo un gancho y que la guardia evitara vigilarlo, todo con la esperanza de que fuera él mismo quien pusiera fin a su vida. Pero él, por la noche, arrancó el garfio, enrolló la soga y liándolos juntos me los entregó por la mañana sin pronunciar una sola palabra, lo que significa que bajo ningún concepto tiene la intención de renunciar al discurso que día a día va puliendo en su mente; y aunque no puedo saber con exactitud el contenido de dicho discurso, sentiría una gran alegría si pudiera evitarse que lo pronunciara, porque sé que irá dirigido contra nosotros y que no nos traerá más que problemas.

—No, señor, nada puede ya cambiar su suerte. Está prácticamente sentenciado a muerte, señor, a no ser que esos cuervos pudieran volar hasta el palacio de Buckingham y lograran arrancarle al rey un indulto. Porque la acusación, que ha sido cuidadosamente perfilada, va a ser implacable, y no debe dejarse engañar, mi coronel, por las vacilaciones que haya podido observar ahora en mí, porque mañana por la mañana permaneceré firme como una roca; de modo, mi coronel, que no va a tener que ser

necesario convencer a sus colegas. El teniente coronel Keypore, además, desearía colgarlo para vengarse por los cañones que perdió al otro lado del Jordán y hará todo lo que esté en su mano para hacerlo… todo lo que esté en su mano… Pero, señor… ahora yo… quiero hablar ahora como civil… sí, como ciudadano británico… si me lo permite… porque cuando mañana comience la vista todo se sucederá con tal rapidez que ya no podremos… quiero decir, que ya no tendremos control sobre ello… y he creído que habría que pensar que… lo que sucede es que…

—¿Decía, señor?

—Sí, señor, la parte interesada ha realizado ya sus pesquisas… y ha descubierto en la torre un patíbulo turco con suficientes horcas como para colgarnos a todos juntos. Y si los turcos se hubieran preocupado de almacenar tantas municiones como sogas es muy posible que nos hubiera resultado mucho más difícil vencerlos. Hay allí un árabe, además, que fue ayudante del verdugo y que se ha comprometido a tenerlo todo preparado… Por eso quiero decir que… que… pero no hago más que hablar… porque hemos visto que… hemos visto que…

—¿Disculpe, señor?

—¿El niño? ¿Qué niño?

—Ah, sí, claro, el niño… pero eso ya lo he mencionado, señor… Me parece… quiero decir… ¿En qué sentido?

—Oh…

—Oh…

—Sí, por supuesto… enseguida, señor, ese niño…

—Su nombre es Efraím y el acusado dice que es suyo, cuestión que no tenemos por qué poner en duda, a pesar de que prácticamente no se le parece porque el pequeño es más bien blanco y tiene los ojos azules; la madre, que como le he contado murió, fue, según dicen, una joven judía de Rusia o de algún lugar cercano que Mani encontró, tuberculosa ya, entre todas aquellas maletas y cajas que bajaban del tren en la estación de Beirut

adonde él iba a esperar a los jóvenes judíos que llegaban del norte. No sabría decirle si se trataba de una verdadera revolucionaria, porque a veces los jóvenes proyectan el terrorismo contra la casa de sus padres creyendo que se han levantado contra el Estado viéndose luego obligados a huir. Sea como fuere, no se apartó de él, y por muy acostumbrado que estuviera a los caprichos de aquellos trotamundos de los que siempre lograba deshacerse, de ella no se pudo librar, quizá porque poseía una conciencia política tan fuerte como la suya. De cualquier modo, algo hubo en ella que caló en el alma de aquel soltero empedernido; ella, por su parte, temiendo entrar en Palestina o sospechando que nunca lo lograría, es muy posible que lo único que quisiera de él fuera un hijo para tener algo de aquella tierra que también fuera suyo, pero resulta difícil saberlo porque él apenas ha querido hablar de ella, señor. De cualquier forma, eran pobres y vivieron uno o dos años en la pensión esa cercana a la estación, esa pensión de la que le he hablado antes, en el Beirut occidental, señor, en el barrio musulmán, que según sus palabras es un barrio muy pobre, junto a la antigua sinagoga sefardí a la que acudía a rezar todos los viernes y adonde nosotros, si Dios quiere, iremos muy pronto con el fin de verlo todo con nuestros propios ojos. Cuando llegó la hora del alumbramiento temieron acudir al hospital no fuera a ser que tuvieran que identificarse, porque los turcos habían empezado ya a expulsar a todos los extranjeros. El caso es que creyó que podría arreglarse solo ya que con el nacimiento del siglo había asistido a aquel parto en su casa de Jerusalén en el que había cortado el cordón umbilical; llamaron, pues, solamente a una partera musulmana para que los ayudara, pero la madre, que ya era de por sí un ser muy débil, perdió mucha sangre y murió al día siguiente del parto, quedándose él solo con el recién nacido, que resultó después ser un niño algo lento y tartamudo pero de una creciente y lánguida belleza, heredada de su madre que, a pesar de que cuando Mani la encontró estaba ya muy desmejorada y enferma, manifestaba ahora su hermosura en los rasgos del hijo que se abría como una bella flor. Tiene ahora cuatro

años y ya lo verá mañana allí sentado, mi coronel, justo frente a usted, en la primera fila. He consentido que esté presente en la primera vista porque he supuesto que le gustará ver la sala y los uniformes de los oficiales y también para que recuerde siempre que su padre tuvo un juicio justo y que no se le mató así, sin más…

—Sí, señor, eso es todo, en resumen. Parece ser que ahora sí está aclarando de verdad y que el aire seco del desierto volverá esta tarde a dorar dulcemente Jerusalén… Pero estoy verdaderamente desolado por haberle fatigado de esta manera…

—En resumen, señor, las estrictas órdenes que he recibido se ajustan al código militar en tiempos de guerra, sección décima, parágrafo tres. En estado de guerra, en territorios ocupados y tratándose de un ciudadano británico acusado de espionaje con consecuencia de pérdida de vidas humanas, la acusación está obligada a solicitar la pena de muerte que el tribunal está autorizado a ejecutar sin derecho a recurso de apelación… pero…

—Lo comprendo… sí, señor…

—Sí, señor.

—Esas han sido mis palabras, señor…

—En efecto.

—Ya veo, señor… de ello podría inferirse que…

—¡Qué sorpresa, señor…!

—Mi coronel…

—Ciertamente, señor… entonces ya sería otra cuestión…

—Eso es también lo que me ha parecido a mí… señor… tendría que ser de ese modo…

—Excelente, señor… tendríamos que pensar algo…

—Gracias…

—Entonces, hemos logrado atar todos los cabos…

—Mi más profundo agradecimiento…

—Estoy emocionado, señor, le estoy profundamente agradecido por la paciencia que ha mostrado para conmigo y la buena disposición que ha tenido hacia mí escuchándome. Porque cuando

me comunicaron en la comandancia que llegaba usted desde Egipto como presidente del tribunal tuve mis temores y al entrar aquí hace dos horas, señor, lo he hecho temblando, sabiendo en presencia de quién me encontraba, porque su nombre, señor, está en labios de todos los oficiales desde hace varios días: «¡El héroe de la batalla del Marne!». Pero al verlo aquí sentado en la penumbra de la sala, con las oscuras gafas de sol, la manga vacía apoyada en el brazo de la butaca y todas esas cicatrices he sentido una gran pesadumbre a la vez que cierta alarma, pues no había imaginado unas heridas de tal magnitud, y enseguida me he dicho: «A la tribuna de mañana ocupada por la pantera y la cobra ha venido a sumarse el león herido que quién sabe la sed de venganza que traerá dentro de sí», porque lo que aquí se nos presenta es un caso grave de auténtico espionaje en tiempos de guerra que ha conducido a graves daños y pérdidas de vidas humanas, y se trata además de un porfiado judío que rechaza la idea de tener un defensor y que está dispuesto a dejarse colgar con tal de pronunciar un exaltado discurso político que enemistará entre sí a las distintas comunidades y pueblos. Y cuando dé comienzo el juicio nada podrá impedir ya que llegue a su amargo final en el que yo, como acusación, tendré que declararle una guerra sin cuartel. ¿Pero va a ser así como tenga que dar comienzo la historia de Gran Bretaña en Tierra Santa, con un judío ahorcado en Jerusalén? Y tuve que preguntarme a mí mismo: ¿podré ser comprendido? Y si hablo abiertamente, ¿podrá entendérseme sin sospechar que profeso una doble lealtad?, porque yo nunca he ocultado mi condición de judío como hacen otros oficiales judíos de nuestra división, ni tengo intenciones de hacerlo, y no porque el apellido, el aspecto, las gafas, el trasero pesado y caído y mi presuntuoso y literario modo de hablar, que ni siquiera el aristocrático tartamudeo de Cambridge ha sido capaz de eliminar, me delaten fácilmente. Temí que todo ello, señor, le produjera cierto rechazo y prejuicios, pues le creí un poco antisemita; y no solo en el sentido sociológico, por su posición y los ambientes en los que se encuentra inmerso, de modo que me esperaba de antemano no solo

un rotundo fracaso sino quizá hasta una dura reprimenda, pero recordé un consejo que siempre me repetía mi madre: «No cedas, hijo mío, no temas nada mientras tengas la seguridad de que tus intenciones son puras». Y así es como se lo he expuesto todo, señor, no solo como un soldado que obedece órdenes sino también como ciudadano de Gran Bretaña que soy, del imperio que está a las puertas de su rotunda victoria, del fin de la guerra y de la gloriosa era que nos aguarda a nosotros y a todos los pueblos que se encuentran bajo nuestra protección…

—Señor.

—Señor.

—Señor.

—Señor.

—Estoy exultante por merecer su confianza, señor.

—¿Realmente lo cree así, señor…?

—Ciertamente, señor. Si no se tratara de un súbdito británico la acusación no tendría que pedir pena de muerte y sería considerado como ciudadano del territorio ocupado.

—Su ciudadanía es del todo dudosa, señor. Le fue otorgada por un procedimiento irregular, a pesar de la oficialidad del pasaporte.

—Si queremos ser muy estrictos, señor…

—Su abuelo, señor, llegó de Salónica, que en aquel momento era Turquía y que hoy pertenece a Grecia.

—Desde luego, señor, podríamos considerarla como definitivamente griega, pero si llegáramos a deportarlo, ¿podríamos obligarlos a recibirlo?

—¿Entonces dice usted, mi coronel, que lo mejor serían las islas?

—En efecto, señor, todos los barcos que zarpan de Jaffa hacia Occidente pasan por ellas… por Rodas, por Creta… que elija él…

Apéndices biográficos

TENIENTE IVOR STEPHEN HOROWITZ. Hasta el final de la guerra continuó al servicio de las fuerzas del general Allenby con las que llegó hasta Beirut, Alepo y Damasco, e incluso estuvo presente en el asalto final a Mosul, previo al armisticio con Turquía firmado en octubre de 1918. Tras la rendición de Alemania, a principios de diciembre, Horowitz fue liberado del ejército con el fin de poder matricularse ese mismo año en Cambridge. En 1920 finalizó con matrícula de honor sus estudios de derecho y prefirió pasar a cursar la especialidad en la fiscalía de Manchester. No quiso, sin embargo, permanecer al servicio del Estado, por lo que ingresó enseguida en el despacho de un conocido abogado judío que hasta le entregó a su hija por esposa. A la par que trabajaba en el despacho escribió su tesis doctoral, que versó sobre los distintos aspectos jurídicos del espionaje en tiempos de guerra. Dicho estudio gozó de gran reconocimiento y le abrió las puertas de la carrera académica. Empezó impartiendo clases de derecho en la universidad de Manchester, y unos años más tarde, en 1930, se trasladó a Londres con su mujer y dos hijos pequeños, donde fue profesor titular en la facultad de Derecho de la universidad de Londres. En Londres fue miembro activo de la Federación Sionista, con la que colaboraba además como asesor jurídico voluntario. Su carrera académica estuvo sembrada de éxitos y tuvo fama de ser un profesor fascinante. En 1957, con motivo de su sesenta cumpleaños, viajó a Israel, y desde entonces regresó todavía algunas veces más, teniendo ocasión de encontrarse con los dirigentes del país y con David Ben Gurión entre ellos. Uno de sus nietos incluso emigró a Israel y se asentó en el kibutz Revivím. En octubre de 1973, a los setenta y siete años y tras una breve convalecencia a causa de una embolia cerebral, Horowitz murió en Londres.

CORONEL MICHAEL WOODHOUSE. También continuó en el ejército después de haber finalizado la guerra sirviendo en distintos tribunales militares por todo lo largo y ancho del Imperio británico. A causa de su progresiva pérdida de visión, que acabó en completa

ceguera, el ejército le asignó un ayudante, un armenio, que lo acompañó en sus cometidos como juez a Malaya, Birmania, la India y Ceilán. A mediados de los años treinta el rey Jorge V le otorgó un título nobiliario; la fama de sir Michael como juez se fue extendiendo, y su ceguera no hizo más que reforzarla. Presidió numerosos consejos de guerra contra oficiales británicos del ejército colonial y era conocido por sus originales actuaciones y su profunda capacidad de comprensión. Al estallar la Segunda Guerra Mundial estaba sirviendo en Kenia, pero exigió con determinación que se le permitiera regresar a Inglatera para tomar parte en la defensa de la patria. Murió en uno de los ataques aéreos contra Londres en junio de 1941 a los sesenta y cuatro años de edad y fue enterrado en su pueblo natal con todos los honores militares.

CUARTA CONVERSACIÓN

La finca de Jelleny-Szad en la Galizia occidental, en las proximidades de Cracovia, Polonia.

La noche del viernes al sábado entre el 20 y el 21 de octubre de 1899.

Los interlocutores:

EL DOCTOR EFRAÍM SHAPIRO, de veintinueve años y soltero, nació en 1870 en la finca de sus padres, Shalom Shapiro y Sara Shapiro, de soltera Pomerantz. Hasta la edad de diez años recibió una educación judía y estudió un poco de aritmética con profesores particulares, para completar después su educación en la escuela judía de una pequeña localidad próxima. A pesar de las claras tendencias humanísticas que manifestaba, lo convencieron sus padres para que estudiara medicina en la famosa universidad Jagellónica, en la cercana Cracovia. Sus estudios duraron diez años y, como los hizo con desgana, no fue más que un estudiante mediocre. Todas las vacaciones, por breves que estas fueran, las pasaba en la finca de sus padres.

En 1895 se licenció en medicina general y, a pesar de la propuesta que recibió para seguir una especialización en uno de los

hospitales de Cracovia, prefirió ser pediatra en su distrito natal con el fin de poder volver a vivir en la casa paterna.

Efraím era un joven alto y enjuto, con una perpetua expresión irónica que le confería su extraña sonrisa, y tenía un carácter inclinado a la melancolía. No estaba especialmente vinculado a la comunidad judía del distrito, y a la sinagoga asistía solamente en los días de las fiestas solemnes. Como persistía en su soltería, seguía viviendo en la finca de sus padres, donde habiéndosele asignado un ala de la casa tenía además su pequeña clínica. Para disgusto de sus padres, las noches solía pasarlas conversando distendidamente con los sirvientes polacos. A estas conversaciones solía unirse también su hermana pequeña, Linka, de la que Efraím era profesor particular de contabilidad por iniciativa propia.

En 1898 viajó el padre de Efraím, Shalom Shapiro, a Basilea, con motivo del Segundo Congreso Sionista, de donde regresó rebosante de ideas e impresiones y firmemente comprometido con el nuevo movimiento. De vez en cuando colaboraba, pues, en la organización de alguna velada sionista en los alrededores, llevando siempre consigo a su hija Linka, ya que el precario estado de salud de su mujer Sara le impedía viajar con él. En 1899 se disponía a viajar al Tercer Congreso Sionista como delegado oficial de su distrito, cuando a causa del agravamiento de la enfermedad de su mujer tuvo que suspender el viaje en el último momento. En su lugar envió a sus dos hijos, Efraím y Linka, con el fin de que lo representaran y conocieran mejor el nuevo movimiento. Finalizado el congreso, en vez de disfrutar de dos semanas de vacaciones en Lugano en una pensión judía, como habían planeado en un principio, prefirieron ambos hermanos continuar viaje hasta la tierra de Israel. A la finca de Jelleny-Szad regresaron a los cuarenta días aproximadamente de haber partido de su casa.

SHALOM SHAPIRO. De cincuenta y cinco años de edad, había nacido en 1848 en Vilna, Lituania, en el seno de una familia muy humilde. Estudió en el *jéder* y en una *yeshivá* llegando a ser un destacadísimo alumno, pero dada la difícil situación económica que

padecía la familia se vio forzado a abandonar los estudios y a emplearse como profesor particular de contabilidad y sagradas escrituras en casa de una acomodada familia judía de la provincia de Pinsk, desde donde partiría después hacia el suroeste, hacia Galizia, hasta llegar en 1867 a Jelleny-Szad, la finca de Meir Pomerantz, el propietario de un gran molino de harina. Allí fue Shalom Shapiro tutor de la hija del propietario, Sara, que era tres años mayor que él. En 1869, cuando él tenía veintiún años, se casó con ella, y en 1870 nació su primogénito Efraím. Sara se vio postrada en cama a raíz del parto y solo llegó a recuperarse ligeramente largo tiempo después. Entretanto había muerto su padre, Meir Pomerantz, por lo que Shalom Shapiro había pasado a dirigir los negocios de su difunto suegro, mostrando enseguida mucho talento para ello y un gran poder de iniciativa, de modo que a los pocos años había logrado ampliar la hacienda familiar comprando otros molinos y algunos de los bosques de los alrededores y se había hecho un nombre en la zona como experimentado hombre de negocios. Su hijo Efraím creció rodeado del amor de sus padres, que no podían darle un hermano debido al precario estado de salud de la madre. Sin embargo, con el tiempo, en 1879, nueve años después del nacimiento del primogénito, nació la hija pequeña, Linka, que llenó la casa de felicidad, a pesar de que el nuevo parto había empeorado considerablemente el ya débil estado de salud de la madre.

En 1897 empezó Shalom Shapiro a mostrar un gran interés por el movimiento sionista que acababa de ser fundado, y en 1898 asistió al congreso sionista en Basilea del que regresó entusiasmado por las nuevas ideas y los debates que allí había oído. Estando en Basilea, incluso consiguió que le presentaran al líder del movimiento, el doctor Herzl, con el que pudo conversar en alemán por espacio de unos cuantos minutos. En 1899 tenía intención de asistir al Tercer Congreso Sionista, pero un brusco empeoramiento en el estado de salud de su mujer lo obligó a renunciar al viaje en el último momento, por lo que decidió enviar a su hijo Efraím, para que conociera también él el nuevo movimiento y con la velada esperanza

de que conociera a alguna muchacha judía de la que se enamorara, pues la prolongada soltería del hijo y su distanciamiento de los ambientes judíos tenían muy preocupados a los esposos. Linka, que tenía entonces veinte años y se mostraba entusiasmada por las ideas del movimiento sionista, imploró insistentemente a sus padres que le permitieran viajar con su hermano. Los padres, muy indecisos al principio, terminaron por ceder ante las insistentes súplicas de Efraím.

En el diálogo que sigue a continuación faltan las palabras de Shalom Shapiro.

* * *

—Aquí, padre…

—Aquí… tras la cómoda, en el diván pequeño…

—No… por ninguna razón en especial… fumando un cigarrillo.

—¿Escondiéndome? ¿Por qué?

—Ah… ja, ja, ja… es posible que me haya escondido en cierta manera…

—No, no estoy cansado, es que se está tan a gusto aquí en la oscuridad. Y este bosque, y el canto de las ranas, ¡qué hermosa es nuestra patria! El invierno se os ha venido encima entretanto… asombroso… no habéis dejado ni una sola hoja en los árboles…

—He comido muy bien.

—No, padre, no quiero nada, estoy satisfecho y además tengo aquí un samovar y unos dulces que me ha traído Stefa, temblando todavía, llorando e intentando de nuevo besarme la mano; en cuanto me ve empieza a santiguarse sin cesar. ¿Pero, cómo, mi querido padre, habéis llegado a preocuparos tanto?

—Ah, ¿esa es entonces la razón?

—Por eso ha sido… Nunca se me habría ocurrido…

—Es cierto… en honor a la verdad, también les pertenece un poco…

—Y es que yo, padre, no he alcanzado a comprender toda esa emoción al recibirnos. Mrazhik se ha arrodillado y se ha quitado la gorra, después ha tomado a Linka en brazos y la ha llevado en volandas desde el vagón hasta el carruaje y luego hasta nos ha tapado con unas mantas, como a príncipes nos ha tratado…

—¿Las campanas?

—Es cierto, sí, las oigo… ¡Ay, mi querido padre, qué simplísimo soy…! ¡He creído que todo ese trato se debía a lo mucho que nos quieren y nos han extrañado!

—No, si lo comprendo, pero hasta el extremo de mostrar tal agitación…

—¿Que han encendido las luces en el pueblo? Ah, sí…

—Hasta ese extremo… ¡Diantre!

—Por supuesto que también es su Tierra Santa… es cierto que también les pertenece en cierta medida… no sabes cuánta verdad hay en lo que estás diciendo… Jerusalén también es suya, también tienen parte en todo eso… ja, ja, ja… pero semejante revuelo… ¡Si hasta han querido besarme el ruedo de la capa…!

—No, querido padre, no siento ningún cansancio, ha desaparecido al instante con este aire tan húmedo que tenemos aquí, con el aroma de los pantanos… Así estoy muy cómodo, junto al fuego. En los trenes no hay calefacción, se supone que la gente tiene que calentarse mutuamente, pero uno tiene que dar mucho calor antes de recibir una pizca a cambio… Puede que por eso me resulte ahora tan maravilloso este desinteresado fuego… Durante todo el viaje de regreso me he entretenido pensando en que llegaba a casa y me sentaba delante del fuego… así es que ahora soy feliz… mírame si no…

—Sí, me he sentido muy feliz cuando el tren ha salido de Cracovia y me he dado cuenta de que el viaje estaba tocando ya a su fin. El sol ha comenzado a parpadear entre las copas de los

árboles y hasta el horizonte he podido ver extenderse la llanura, a ambos lados de los raíles y en todas direcciones, y cuando he visto nuestro rótulo de madera clavado en las negras aguas del Vístula ha sido como si mi alma estuviera saliendo de una oscura caverna por un pasadizo subterráneo hacia la libertad…

—Sí, por una caverna… Recuerdo que siendo niños, cuando el abuelo murió, nos contaste algo parecido, una historia así sobre los difuntos: que llegará un día, en el final de los tiempos, en el que todos resucitarán, y mientras los difuntos de los gentiles se levantarán aquí mismo de sus sepulcros, los nuestros, es decir, nosotros, llegaremos a través de unas cavernas subterráneas hasta la tierra de Israel, donde finalmente resucitaremos. Pues así es como yo me he sentido durante estos últimos días, pero en sentido inverso, de allá para acá, rodando por túneles y cruzando tumbas, pareciéndome que no nos encontrábamos sobre el globo terráqueo sino bajo su corteza, con el resoplar de los vagones y el ulular de la locomotora, entre el humo, la carbonilla y la lluvia de chispas por las noches, de túnel en túnel, por estaciones remotas, entre las lámparas temblorosas y la rugiente oscuridad, hasta que de pronto salimos al silencio y aparecieron nuestros molinos a lo lejos como titanes en la niebla, ¡la resurrección de los muertos! Me siento realmente feliz, padre, y eso que casi perecemos…

—Sí, he dicho perecemos…

—Literalmente…

—No, pero tú pareces estar muy cansado, padre, no tienes buena cara. Anda, retírate a dormir, pero dame antes otro cigarrillo, que me quiero quedar aquí en este antiguo diván, mi rincón preferido de la infancia, esperando a que amanezca, porque me conozco bien y sé que estoy demasiado emocionado para poder conciliar el sueño… Te esperaré aquí, y en el momento que lo desees estaré dispuesto a comparecer ante ti…

—Quiero decir que te daré cuenta de todo…

—Un informe. ¿Estás muy enfadado?

—Estás en tu derecho… en tu completo derecho…

—Indudablemente… tienes derecho a estarlo… hasta que lo comprendas, si llegas a poder comprenderlo… porque ni yo mismo estoy muy seguro de haberlo logrado…

—Como quieras… ¿Estás seguro? Interrúmpeme cuando lo desees, porque ya me ha contado madre el sufrimiento por el que habéis pasado durante las últimas semanas… desde que empezó nuestro «silencio oriental»… Pobre madre, tiene muy mal aspecto; me he tenido que morder los labios para no dejar escapar ni una sola palabra de más, no fuera a ser que apreciara el terror que me ha producido como médico su visión. ¿Pero qué es lo que sucede, padre?

—¿Cuándo?

—Sangre ya, ¡Dios mío!

—¿Por la mañana?

—De acuerdo… de acuerdo… ahora no… pero mañana me encargaré de revisar toda esa montaña de frascos y polvos. Déjame que me interese por el tratamiento y que hable muy seriamente con Heshin; no podéis mantenerme completamente al margen, no puedes pedirme que sea un simple observador…

—En un segundo plano, si quieres… está bien, pero que tenga acceso a… Como quieras, ya lo discutiremos después… solo que… yo…

—Está bien… si eso es lo que has decidido… ¿Pero qué es lo que pasa ahí arriba? Sigue corriendo el agua… ¡Se diría que una vez limpio el cuerpo ha pasado a lavarse también el alma! Ja, ja, ja…

—No importa, dejémosla, dejémosla… no es asunto mío. Llevaba ya siete días soñando con este baño, como si tuviera incrustada la suciedad de generaciones y generaciones… quizá el agua mitigue su dolor. Hidroterapia, así es como lo llaman en los manuales de medicina… Pero habrá que tener cuidado de que no se quede dormida ahí dentro, porque hace tres días que no ha podido conciliar el sueño. En el pequeño compartimento ha permanecido de pie

horas enteras febrilmente aferrada a la ventanilla y apretando el rostro contra el cristal, así es como ha cruzado toda Bulgaria…

—Ya se lo he jurado a madre…

—Está completamente sana…

—No tiene importancia que haya adelgazado un poco, ya volverán las carnes…

—Ya sabía yo que os asustaríais… pero le volverá a crecer. ¿O es que crees que no?

—No, no fue en Jerusalén sino en Estambul, hace diez días… Se despertó llorando a medianoche y vio cómo corrían por toda la almohada; en el hotel, uno de esos sitios sucios y baratos, no tenían jabón y el agua se había agotado… Inmediatamente se puso a buscar un cuchillo mientras yo le suplicaba: «Déjalo, media humanidad cría piojos y no es peor por eso, no te precipites… padre y madre te van a querer hasta con piojos…». Pero ya la conoces, detrás de todas esas sonrisas es una testaruda, o quizá es que sintió la necesidad de tener algún defecto… Me ofrecí para despiojarla, pero ni siquiera me dejó que la tocara, sino que bajó a donde estaba el portero, tomó prestado un puñal turco, se puso delante del turbio espejo y empezó a raparse…

—Yo también estaba furiosísimo, padre, viendo cómo iban cayendo al suelo sus espléndidos cabellos rojizos mientras los piojos turcos, y hasta quizá también alguno palestino, correteaban por ellos muy ofendidos. Por un momento estuve a punto de recoger los cabellos y guardarlos, pero me dio miedo por ella… Después, en el tren, rapada como estaba, llamaba la atención mil veces más. La gente pasaba para mirarla porque, incomprensiblemente, estaba ahora muchísimo más hermosa, los pómulos más marcados… los ojos…

—No.

—Por supuesto que nada. ¿Qué podía yo hacer? Durante los últimos días no he dicho nada. Es otra persona, una extraña. Arisca, atormentada, distraída, malhumorada… He decidido que ya la he

soportado bastante, no quiero saber nada de ella, os la he devuelto y me marcho de aquí, me iré a vivir con la abuela…

—Me marcho… querido padre, espera a oír lo que te voy a contar…

—Sí, pero solamente allí, en el hotel de Estambul, mientras esperábamos el tren que nos devolviera a Europa…

—No tuvimos elección, créeme, padre, no nos quedó otro remedio… Un momento, aguarda, padre, nos estábamos quedando sin fondos…

—No sabía ni si podríamos salir de allí… te lo aseguro…

—Sí, lo prometí y lo cumplí, en todas partes, también en Venecia… en todas partes…

—Naturalmente que también en la tierra de Israel, y allí todavía más separados. Al principio dormí en la misma casa que ella, rodeados de parturientas, pero yo en el piso inferior, y después me trasladé a una pensión que estaba a una legua de allí…

—Enseguida te lo cuento…

—Una especie de clínica…

—En el barco también, evidentemente, siempre en camarotes separados, y cuando no había dos disponibles solicitábamos una mampara…

—Una mampara… pero solo en la última etapa del viaje… A Estambul, sin embargo, llegamos siendo ya noche cerrada y no quedaba más que un cuartucho en la estación, de la que no quise que nos alejáramos no fuera a ser que no llegáramos a tiempo al tren que salía por la mañana rumbo a Europa, porque estábamos ya un poco cansados de los turcos… y además nos quedaba muy poco dinero…

—Pero si te lo estoy explicando, padre, te ruego que me escuches. ¿Pero por qué demonios eres tan desconfiado? A Turquía entramos con cien *bishliks*…

—Alrededor de treinta táleros… y las monedas de oro no quería tocarlas… no hasta que fuera estrictamente necesario. Todavía las

llevo en el cinto, tal y como cuando me las diste…

—He llevado un control estricto de todos los gastos, puedo darte cuentas hasta del último céntimo…

—Por supuesto, padre, por supuesto. Es por principio, no por el dinero, lo sé, lo sé muy bien. Tuvimos muchos contratiempos; hubo un accidente en la estación de trenes de Beirut y nos vimos obligados a permanecer allí otra noche, de modo que el barco, con nuestras maletas y fardos, partió sin nosotros hacia Estambul, y cuando llegamos no encontramos más que los restos, mientras que la mayor parte del equipaje, incluidos los regalos que os habíamos comprado en Jerusalén, había sido robado.

—Después… todo se andará…

—Murió un hombre, un buen amigo…

—Pero si te lo estoy diciendo, padre, por Dios y por lo que más quieras, temí que se nos acabara el dinero y tuviéramos que…

—No, no estoy gritando, perdona, ¿pero qué es lo que quieres saber exactamente?

—¿Que te lamentas por los cabellos de Linka? Eso por lo menos podrá remediarse…

—Otras cosas hay en ella que ya no volverán a ser como antes…

—Por ejemplo… por ejemplo… no tiene importancia…

—No, no es mi intención asustarte.

—Por ejemplo, digamos que la inocencia, padre, quizá hasta la alegría.

—La alegría, sí.

—Tal como suena, la alegría y la inocencia. No pretendo hacerte daño, lo que intento decirte es que casi la perdemos allí, porque quería quedarse… Con las últimas fuerzas que me quedaban pude sacarla del abismo…

—De Palestina, naturalmente; claro está, querido padre, de tu *Eretz-Yisro'el*…

—Es verdad, lo estoy mezclando todo… perdona… será mejor en otro momento porque ahora no vas a tener paciencia para

escucharme… Si te estás cayendo de cansancio… Ve a dormir, padre, mañana… pero antes dame un cigarrillo, estos míos parecen de paja…

—Cigarrillos de Tierra Santa. También allí fuman como chimeneas…

—Al contrario… aquí tienes, quédate con todo el paquete… Ahora lamento no haber traído más, tendría que haber supuesto que tratándose de cigarrillos de allí te gustarían especialmente…

—¿Esto? Quién demonios lo sabe, una especie de camello, según parece…

—Puede que un camello judío…

—Al natural son más pardos, del color de la arena… unos seres muy pacientes… puede que por el reducido tamaño de su cabeza…

—Gracias.

—Los ismaelitas, por supuesto…

—Los hay que son nómadas y otros que no lo son…

—¿La mayoría? Viven en pueblos y ciudades…

—Sí, en auténticas ciudades.

—¿Que hacia dónde van? A ningún sitio…

—No las conté, pero hay bastantes…

—No, padre, no estoy malhumorado, es que las ruedas del tren siguen martilleándome la cabeza. Durante cinco largos días hemos ido de vía en vía, Europa está sembrada de raíles. Un joven ingeniero alemán que subió en Salónica y viajó en nuestro compartimento por espacio de dos días me dijo que dentro de diez o veinte años podrá uno subirse a un vagón en un extremo de Europa y lo llevarán hasta el otro extremo sin que tenga que poner el pie en un andén ni una sola vez…

—Eso es lo que dijo; pero al otro lado de la ventanilla, padre, desde los repletos vagones hemos visto una Europa alborotada a la vez que sumida en una profunda tristeza. En los pueblos arden hogueras, los campesinos abandonan el arado y se convierten en peregrinos itinerantes que encienden fogatas en los campos. Todos

hablan del *fin de siècle*, de los últimos días de este siglo que se acaba, y aunque se aprecia cierto sentimiento de euforia también existe un gran temor y todos se aventuran a filosofar y profetizar. Todos parecen participar en un mismo carnaval, y los primeros los *muyiks* rusos, con sus cantos, sus reverencias y sus muchas velas y los griegos y los turcos engañándolos a todos. Y por todas partes, padre, sea donde sea, siempre encuentra uno a gente de nuestro pueblo, los ojos inquietos y temerosos: unos marchan hacia el oeste y otros van al sur, peregrinos de la vida que no andan buscando a Dios porque ya lo llevan consigo junto con los fardos y los niños. Sí, no puedes ni imaginar cuántos niños judíos corretean sucísimos a tu alrededor por donde quiera que vayas…

—De Palestina propiamente dicha salimos hace dos semanas y antes de la fiesta de los Tabernáculos ya estábamos en Beirut…

—En compañía de ese hombre…

—Del médico que nos empujó a partir hacia Jerusalén… Pero si Linka os escribió una carta antes de que nos embarcáramos hablándoos de él…

—El doctor Mani…

—Naturalmente que era judío, ¿pues qué habías creído…? ¿No tendrías un poco de aguardiente por ahí?

—De pronto he empezado a temblar…

—No importa… voy a avivar un poco la lumbre… la he echado tanto de menos… Las noches más frías las pasaba soñando con que entraba en casa y me dirigía directamente al fuego…

—Ah, ¿todavía es sábado? He perdido la noción del tiempo… pues entonces llamemos a Mrazhik…

—¿Estás seguro de que quieres oírlo ahora? ¿Te ves con ánimos?

—Yo sí… pero vamos primero a atizar el fuego… ¿Dónde estará Mrazhik? No se habrá hecho judío precisamente hoy… Hay un extraño silencio en el piso de arriba, ¿será verdad que se ha quedado dormida o le estará susurrando a madre toda su historia?

Padre, a lo mejor quieres subir a oírlo todo de boca de ella… A mí no me molesta… no me voy a ofender…

—Sea…

—De acuerdo, que haya, pues, dos historias, una arriba y otra abajo, y la verdad que suba y baje las escaleras…

—¿Desde el principio? ¿Pero cuál es el principio?

—No te enfades por favor, no, te ruego que no te enfades, no estoy intentando eludir una explicación. A propósito, vi a tu querido Herzl pero no tuve ocasión de transmitirle tus saludos… fue solo un momento y pasó todo tan deprisa…

—¿Desde el principio? Pero si eso ya lo sabes, Linka os escribió tres cartas.

—De acuerdo… de acuerdo… ¿pero por dónde empezar? Temo afligirte…

—¿A la tierra de Israel? Ja, ja, ja… ¿Cómo que por qué? ¿Y eso me lo pregunta un sionista como tú? ¿O es que ya has olvidado que nos enviaste a un congreso sionista?

—Pues una vez que ya estábamos allí lo más lógico era dar el paso que dimos, ja, ja, ja…

—Te ruego que me disculpes, empezaré por el principio. Pues bien, el viaje de ida fue maravilloso, absolutamente todo, hasta la calidez y transparencia del cielo. Ya en Katowice empezamos a notar la presencia de los delegados del congreso que habían llegado desde toda Galizia y toda Polonia para tomar aquel tren, un tren completamente sionista, a no ser por el invisible maquinista que guiaba la locomotora. Hacia el atardecer llegó desde Moscú un tren que descargó en nuestro vagón a un numeroso grupo de jóvenes que me impresionaron mucho. Esos son otro tipo de judíos, padre, llenos de vida, formales, vestidos con sencillez, inconfundiblemente judíos pero a la vez librepensadores, diferentes a nosotros: agresivos, hijos de los pogromos y las revueltas pero portadores de la luz de la esperanza. Llevaban hatillos con la comida para ahorrarse los gastos de los restaurantes. Me di cuenta de que Linka

se sentía atraída por ellos; aunque intentó disimularlo no pudo evitar que lo descubrieran y entablaran conversación con ella. Primero en yiddish, claro está, pero enseguida hubo alguien que empezó a hablar en francés, y otro en inglés, y las clases de idiomas de madame Zwitowska empezaron enseguida a dar sus frutos y de ahí en adelante todas esas lenguas se fueron mezclando por los lugares a los que íbamos llegando, desde Suiza hasta Palestina, y fue allí, en Palestina, donde precisamente el inglés nos llevó a la desgracia…

—Atiende, déjame contarlo por orden, de manera que el dolor también vaya llegando gradualmente, un dolor del que no hay escapatoria y que irá creciendo a medida que la historia avance, esta historia, padre, que…

—Eso es. Seguimos todavía en aquel vagón en el que todos éramos ya judíos porque los cristianos habían huido ante nuestra masiva presencia; era una noche llena de promesas en la que todos respirábamos sionismo, en la que incluso yo, que como bien sabes tengo mis profundas dudas al respecto, estuve dispuesto a prestar atención. Había allí una joven pareja de Ucrania: un muchacho corpulento y barbado, vestido con un blusón bordado, al que acompañaba una joven, y como no encontraron sitio entre el grupo que rodeaba a Linka se sentaron conmigo, porque ya he observado que tengo un especial poder de atracción para con las parejas, que les resulto irresistible; el caso es que constituían una de esas parejas que tan bien conectan con el sionismo, y enseguida empezaron a explicarme su posición y su programa, completando uno las frases del otro, y aunque no iban en calidad de delegados, sino que iban más bien de observadores, tenían unas ideas muy revolucionarias, estaban muy bien relacionados y hablaban de tu querido doctor Herzl como si se tratara de un tirano mayor que el mismísimo zar y no de un fantasioso escritor.

—De un fantasioso escritor.

—La fantasía no tiene por qué ser mala.

—Yo no he dicho eso.

—Por supuesto, padre.

—Todo es posible… El caso es que pudimos divisar las maravillosas torres de Praga al amanecer y para entonces Linka ya iba riéndose, y todavía se reía cuando después de atravesar los bosques de Alemania entramos en Múnich, por entre sus casas rojizas, ciudad en la que el tren nos descargó a todos para que estiráramos las piernas hasta que repostaran el carbón para la locomotora y desinfectaran los compartimentos de nuestros pensamientos… Así pues, nos fuimos todos a pasear por las avenidas y callejuelas de esa preciosa ciudad, aunque la verdad es que Linka ya no andaba sino que flotaba entre aquellos muchachos rusos, mientras yo la seguía acompañado por la pareja de jóvenes, que para entonces ya me habían secuestrado por completo, y pensando que era muchísimo más bella de lo que nunca la habíamos considerado en nuestro remoto pueblecito de Jelleny-Szad. Parece ser, padre, que habíamos malinterpretado el silencio de los molinos de harina…

—Lo que quiero decir es que esa belleza pelirroja tan femenina y especial que yo había creído ser el único en comprender se manifestaba de pronto ante aquellos jóvenes con todo su encanto mientras yo me consideraba un tonto por haber podido dudar en algún momento de su poder de comunicación…

—No tiene importancia.

—No tiene importancia.

—Es cierto, tengo la costumbre de decir que no tiene importancia cuando quizá sí la tenga…

—Déjame que me extienda y lo cuente a mi manera.

—Sí, me siento con ánimos de contártelo todo, pero tienes que dejarme que lo haga detalladamente, porque ya me conoces, sea como fuere, al final siempre logro llegar al quid de la cuestión…

—No abusé de tu confianza, padre, pero aceptando que no seguimos estrictamente los planes que llevábamos, ¿no deseas conocer la razón? Tienes que querer conocerla, porque al principio todo sucedió tal y como estaba previsto. El tren partió hacia la medianoche para Basilea, y al mediodía dejamos la estación y nos

dirigimos a tu pensión respirando las primeras bocanadas de aire suizo; todo tal y como nos contaste que habías hecho tú el año pasado, y allí nos dieron dos habitaciones muy limpias y agradables…

—En efecto, en el tercer piso…

—Sí, Frau Kuralnik te recuerda muy bien y también Herr Frisch…

—Sí, el anciano también, por supuesto que sí… el anciano también. Todos lamentaron mucho que no hubieras podido ir esta vez, y cuando les conté lo de mamá también lo sintieron mucho. Con Linka, que los saludó con una ligera genuflexión, quedaron maravillados. Como hacía ya unos días que habían ido llegando los delegados de Inglaterra y Bélgica se habían esmerado en que la cocina fuera estrictamente *kosher*, por lo que habían apartado de allí el cerdo y los quesos. Oyendo el vocerío de todos aquellos judíos me sentí de pronto tan atribulado que me fui a mi habitación y me tiré sobre la cama preguntándome: «¿Para qué habré venido…?». Al momento me quedé dormido, y habría podido seguir durmiendo durante todos los días del congreso si no hubiera sido por Linka que me fue a despertar en medio de una gran excitación mostrándome entusiasmada dos flamantes credenciales que había conseguido en la secretaría del congreso y en las que decía doctor Efraím Shapiro y Linka Shapiro, delegados del tercer congreso sionista, que solo Dios sabe a quién habría obnubilado para conseguirlas…

—Eso parece.

—Te esperaban a ti, pero como no fuiste le otorgaron a tu único hijo los honores que te habrían correspondido y tuvieron también en cuenta a tu hija menor, como prueba de la incipiente democracia judía…

—Creo que ella era la delegada más joven del congreso.

—Los tenía a todos prendados de sus encantos, porque desde que salimos de Jelleny-Szad parecía que Linka iba madurando de hora en hora arrastrando tras de sí como un torbellino a todo el que se le acercaba. La verdad, padre, es que en el virginal caparazón de su habitación de niña, de cortinas celestes y ventanas abiertas a

estos grises campos, se había ido forjando en secreto una mujer, una auténtica mujer. Cuando me quise dar cuenta se habían cambiado las tornas, y ya no era yo el hermano mayor que guía a su hermanita sino un hombre triste y ya un poco calvo que sigue pacientemente a una animosa mujer. Al principio todos se equivocaban y me decían: «Su mujer ha ido hacia allí», o «¿Dónde está su encantadora mujer? Nos prometió que vendría». Y yo balbuceaba con una ligera sonrisa: «No es mi mujer, señores, sino mi hermana, mi hermana pequeña», y una dulce tristeza me corroía el corazón.

—No tiene importancia, estoy diciendo tonterías.

—Sí, ja, ja, ja, ya estoy otra vez con eso de que «no importa». Es que te fijas demasiado en cada palabra que digo mientras yo lo que estoy haciendo es hablar medio en sueños. No te lo tomes todo literalmente, padre; lo que quiero decir es que todo se había vuelto del revés, porque mamá y tú habíais enviado a vuestro solterón a un congreso de judíos y judías con la esperanza de que por fin llegara a encontrar novia y cuando llega se ve como quien dice casado ya con una mujer joven y atractiva a la que tiene que vigilar para que no le sea infiel, ja, ja, ja…

—Sabes tan bien como yo, querido padre, que no fue tu pasión por el sionismo lo que te empujó a enviarme a ese congreso, que no fue más que la excusa…

—No me digas que no era esa la razón oculta…

—Está bien, digamos que esa fue una de las razones, te lo concedo. Me lo discutes todo, padre, cuando lo único que intento es contarte lo que pasó, contarte lo que nos pasó en tu Palestina, una historia que tengo aquí al lado en este viejo sofá como si fuera un niño pequeño y que empezará a llorar desconsoladamente si no lo escuchamos. Bueno, pues pasó el primer día y llegó la noche de la inauguración del congreso y nosotros dos, como verdaderos delegados que éramos, teníamos que comportarnos como tales, a pesar de que todavía no habíamos asumido a quién o a qué distrito representábamos. ¿A tus campos y bosques, a tus molinos o a las

estaciones de tren y a las vías por las que habíamos pasado? Porque la verdad es que de las familias de aquí del pueblo, ni los Mendel, ni los Hefner ni los Urbach nos habían autorizado para representarlos. Sea como fuere éramos delegados y así sería porque así nos habían inscrito. Era una noche de una luminosidad intensa en la que las nieves de los Alpes se avistaban a lo lejos con un resplandor reconfortante.

—Reconfortante porque eran la prueba de la existencia de algo más eterno que la algarabía y las preocupaciones de aquellos judíos.

—Ya sé que tu opinión es otra. No importa. Lo importante es que avanzábamos por la calle con los demás delegados que iban llegando desde otras partes de la ciudad hacia el salón del casino, donde tendría lugar el congreso, como un grupo de experimentados y respetables jugadores. Era una verdadera mezcla de pajaritas, fracs negros, delantales de las gruesas suizas, vestidos de noche, brazos desnudos de las delegadas judías, bolsas de compras, cabriolés y tabernas, mientras los residentes locales nos miraban desde su más profunda normalidad con la mayor indiferencia, de manera que si hubiéramos aparecido con túnicas budistas o con pieles de esquimales no se habrían inmutado en absoluto. Al fin y al cabo éramos judíos, hoy aquí, mañana en otro lugar… mientras que Linka…

—Theaterstrasse… eso es…

—Tal y como nos lo contaste el año pasado… y Linka…

—Así es, padre, exacto, la Taberna del Gallo Dorado… en efecto… Pero atiende, padre… Linka…

—Sí, todo el rato iba yo pensando en ti, consciente de que recorría el mismo camino que tú habías hecho… y me sentía apenado por ti… Pero aguarda, porque nuestra querida Linka…

—Me sentía apenado por ti porque no hubieras podido asistir de nuevo…

—Sí, también la pastelería de la exquisita nata batida…

—¿También tú te atiborraste allí? Ja, ja, ja…

—Por supuesto, la sinagoga sigue en Eulerstrasse, tal y donde la dejaste… pero Linka…

—No, no tuvimos oportunidad de entrar, pero aguarda, ahora escúchame, porque allí en la calle Linka seguía teniendo un aspecto muy solemne, con la cautivadora mirada que había empezado a adoptar desde que subió al tren en Katowice, la credencial de delegada en la mano como si fuera la Carta Magna, y con el vestido negro que, por lo visto, había cosido aquí a escondidas y del que nadie me había prevenido. ¿También tú, padre, participabas del secreto de ese vestido tan frívolo, atrevido y escandaloso que le dejaba completamente desnudos el cuello, los hombros y los brazos? Pero si son unos brazos todavía infantiles, padre, pecosos y algo rellenitos por el efecto de la leche materna; unos brazos que hasta entonces nadie había visto y que de pronto mostraba a los ojos de todos…

—No, no, las pecas en sí no tienen importancia, no eran más que una anécdota, una divagación sin interés con la que me entretuve mientras marchábamos hacia el casino pero que sería una premonición de lo que pasaría más tarde, una metáfora de la femenina promesa que parecía ir dejando por donde pasaba, para que puedas entender lo que sucedió después…

—¿Me escuchas?

—¿Pero me estás escuchando?

—¿Me escuchas? En la entrada se formó una gran aglomeración, con aplausos y vivas de entusiasmo, y hasta la pareja de rusos revolucionarios que decían haber llegado allí como observadores conspiradores se habían puesto ropa limpia y también habían empezado a aplaudir en cuanto creyeron haber avistado la barba de Herzl. Entretanto había dos jóvenes que ya desde el tren habían estado al acecho de Linka y que pretendían ahora llevarla con ellos, y en el momento en que yo tiraba de ella para impedirlo vi ante mí la resplandeciente calva del profesor Steiner, del departamento de patología de la universidad…

—Sí, sí, también Migolinsky asistió al congreso, solemnemente vestido de negro, muy serio. ¡Y yo que creía que hacía tiempo que se había bautizado!

—Había corrido el rumor…

—Quizá es que se había vuelto a convertir, ja, ja, ja…

—¿Quién iba a haberlo enviado? Había ido por iniciativa propia, como todos. Pero si un hombre tan frío como él había llegado a ese congreso de judíos y me había abrazado con tanto entusiasmo significaba que todavía existía la esperanza, y hasta yo me sentí contagiado, porque la verdad es que a mí no había dejado de corroerme la duda de si estaríamos preparados para vivir esa aventura, si había que apresurarse así y mostrarse a los ojos del mundo, si no sería un error exponer públicamente nuestras debilidades en lugar de seguir mamando de la leche de los pueblos entre los que hemos vivido, para fortalecernos un poco más antes de precipitarnos hacia la responsabilidad de tener una bandera y un himno…

—Creo que decidieron algo acerca de eso…

—Sí… me parece que sí… azul y blanca con unas cuantas estrellas…

—No, no me lo preguntes porque no lo recuerdo. Han sucedido tantas cosas desde entonces que solo me acuerdo del gentío que se agolpaba a la entrada, de Linka, con su ridículo vestido, que era arrastrada por un grupo de entusiasmados «observadores», de mí siguiéndola con la vista acompañado del calvo profesor, y de que nos guiaron hasta un palco lateral donde me sentaron detrás de una columna.

—No, te lo suplico, padre, ahora no, no me preguntes nada acerca del congreso…

—¿Un discurso? Por supuesto… tuvo que haberlo… En realidad se trató más bien de un informe…

—No, no lo recuerdo…

—Sí, acerca del encuentro que había tenido con el káiser alemán en la tierra de Israel…

—Me parece que no sucedió nada. Decía cosas muy vagas, evasivas, aunque puede que yo no lo entendiera muy bien…

—De la tierra propiamente dicha apenas habló nada.

—Bueno, quizá… una o dos palabras sobre Jerusalén. Algo muy poético acerca de la noche, de la luz de la luna. Pero ahora que yo mismo he estado en esa ciudad me doy cuenta de que no entiende nada, de que vive de un ideal ignorando la realidad. Habla de la luna y no de la calle, de las murallas y no de las casas, de los alemanes y los turcos y no de los judíos, del futuro y no del presente. Se queda en la mera formulación del problema, padre, pero no le da una solución.

—Solo se quedó tres noches en Jerusalén, dos de las cuales, según parece, se las pasó tosiendo y sufriendo sobre una mesa de billar en una posada llamada hotel Kamenitz…

—Parece ser que no encontró cama allí por lo que le pusieron una mesa de billar, algo muy simbólico…

—Yo no diría que triste, ni tampoco melancólico, sino más bien en un estado febril; me fijé muy bien, ya que no estaba concentrado en lo que decía por su acento vienés que me costaba entender y, de repente, padre, sentí una inmensa piedad por él. No creo que vaya a vivir mucho, padre…

—Pues tómalo, si quieres, como la opinión de un médico…

—Es pura intuición… ¿por qué te burlas?

—Su forma de transpirar, esa palidez, el incontenible temblor de los brazos, las marcadas ojeras… Si viniera a verme un paciente así lo enviaría inmediatamente a que le vieran la sangre y le auscultaría los pulmones… No vivirá mucho, morirá muy pronto, y quién sabe si entonces no desaparecerá también todo ese asunto…

—Está bien, puedes llamarlo una «profecía médica»… búrlate…

—La idea es exclusivamente mía, mía particular. Estuve observando la cara de Steiner para ver si también él pensaba algo

similar, pero no me pareció que estuviera haciendo ninguna apreciación médica sino que seguía el discurso con gran atención y entusiasmo, aplaudiendo casi violentamente…

—Aguarda, padre.

—Aguarda…

—Fue solo una reflexión… no te enfades, es posible que esté equivocado…

—Está bien, me he equivocado…

—Espero, sin embargo, que no se trate del movimiento de un solo hombre.

—Pero aguarda…

—¿Tú? ¡Ja!

—Tú vas a vivir todavía muchos años más, no temas…

—Palestina no me ha alterado en absoluto las facultades mentales, pero si alguien me hubiera dicho en aquel momento en el salón del congreso que al cabo de doce días me encontraría en cuerpo y alma en Jerusalén, lo habría tomado por loco.

—Espera… espera… no te enfades… pensaba en voz alta… espera…

—¡Cualquiera diría que lo he mandado a la tumba! Al contrario, padre, porque la sesión se alargó… los discursos, las salutaciones, los agradecimientos y hasta algún conato de réplica… mientras yo seguía allí enclavado entre la columna y mi profesor, hasta que finalmente, ya bien entrada la noche, se clausuró la sesión y salí en busca de Linka, a la que había perdido desde el principio de la velada, sin lograrme liberar de mi patólogo que seguía acosándome con otra perorata sembrada de las ideas más peregrinas y crueles. Así, despacito, fuimos empujados hacia la calle que hervía de gente y carruajes y a mí me daba vueltas la cabeza porque no estoy acostumbrado a estar en medio de una concentración así de judíos y además vestido de gala. Estuve buscando a Linka hasta que mis ojos lograron distinguirla en medio de aquel gentío, entre los jóvenes rusos de los pogromos y las revueltas, con el vestido muy arrugado,

los tirantes caídos y los encendidos brazos cargados de panfletos; y además, padre, y es como si ahora lo estuviera viendo, le reposaba placenteramente sobre el hombro la vigorosa mano de un hombre. Pero antes de que lograra acercarme a rescatar a nuestra joven relaciones públicas apareció un vejete furioso que tocado con una chistera parecía haber surgido de la tierra justamente a mi lado y que empezó a gritar en yiddish: «¡Un médico, se necesita un médico! ¿Hay aquí algún médico?». Inconscientemente di un paso hacia él que sin soltarme ya empezó a arrastrarme de nuevo hacia el interior de la sala que acababa de abandonar inundada de luz y de gente y que ahora aparecía vacía e iluminada por una mortecina lámpara. Solo quedaban algunos sirvientes suizos que barrían papeles con unas grandes escobas, apagaban las lámparas y abrían las ventanas para ventilar el moho de los discursos. El viejo me hacía señas desesperadas para que lo siguiera más deprisa por el pasillo que separaba las butacas, y cuando llegamos al escenario se detuvo repentinamente y me preguntó en un tono impertinente: «¿De dónde es usted, joven?». Se lo dije pero él, como era de esperar, no sabía dónde era, por lo que añadí: «De cerca de Cracovia», y al punto se le iluminó el rostro. «¿Y qué clase de médico es?», añadió, reteniéndome todavía allí donde nos habíamos detenido. «¿Cuál es su especialidad?» «Pediatría», le contesté sonriendo, y él enseguida frunció el ceño con decepción y me dijo: «¿Pediatra?», pero recapacitando murmuró: «No importa, venga». «¿Qué es lo que ha pasado?», le pregunté, pero él, con mucho misterio susurró: «Venga deprisa, alguien se ha desmayado». Me arrastró, pues, tras de sí hasta la parte trasera del escenario, abrió una puerta que daba a una sala de billar amplia y oscura, desde donde subimos al piso superior por una gran escalinata. Después me arrastró por interminables corredores hasta introducirme en una habitación llena de humo de cigarrillos donde se encontraban dos hombres junto a un sillón en el que, ¿sabes quién estaba sentado? ¡Herzl!

—Herzl en persona, menudo y muy pálido, sin la levita ni la corbata, con la camisa blanca un poco abierta, pero muy tranquilo,

con un vaso de agua en la mano y hablando en francés con los que lo acompañaban. El viejo que me guiaba se le dirigió en alemán con gran familiaridad: «He encontrado un joven médico de Cracovia. Permítale, por Dios, que lo examine». Herzl agitó la mano con impaciencia en señal de rechazo, pero las personas que estaban con él enseguida apoyaron al anciano e intentaron convencer a Herzl, hasta que él, de pronto, cedió dejando caer la barba sobre el pecho con un gesto conmovedor mientras el afanoso anciano me empujaba hasta el sillón casi haciéndome caer, como si temiera que si no me apresuraba Herzl se arrepentiría. En aquel momento, oye lo que te digo, padre, deseché por completo la idea de su inminente muerte, porque viéndolo de cerca allí a mi lado me pareció todo lo contrario. La momia que había visto sobre el escenario hacía un rato aparecía ahora convertida en un ser fuerte y lleno de vida, cuyas negras ojeras hasta me parecían un magnífico maquillaje. Yo no sabía qué mirarle, pero imaginé que había sufrido una lipotimia, quizá un ligero desvanecimiento, porque tenía los ojos un poco saltones y las pupilas algo dilatadas. Miré a mi alrededor para ver si había vomitado, porque es lo que los niños suelen hacer en esos casos, pero ni vi nada ni olía a nada. Yo permanecía allí confuso, sin saber lo que esperaban de mí, por lo que me incliné hacia él con el corazón batiéndome por la ansiedad que me invadía, y entonces alzó la cabeza y me dirigió una sonrisa casi alegre mientras empezaba a hablarme en alemán y yo le contestaba en yiddish intentando germanizarlo en la mayor medida posible. Así fue como, con voz temblorosa, le pregunté por lo que había pasado y él, riéndose, se dirigió a sus amigos haciéndoles alguna chanza acerca de aquel médico que parecía más desmayado que él mismo. Y como de pronto alargara la mano hacia mí, no sé a ciencia cierta si para despedirme o como gesto de sorpresa, se la agarré enseguida y me apresuré, ¿qué otra cosa podía haber hecho?, a tomarle el pulso.

—A veces puede descubrirse algún desarreglo en el ritmo cardíaco…

—Esa es la cuestión, que no lograba encontrárselo. Quizá no le estaba tomando la muñeca con la suficiente fuerza o puede que tuviera el pulso muy débil, pero entretanto se había abierto la puerta dando paso a dos hombres que traían apresuradamente a otro médico, un hombre guapo, un tanto grueso y muy moreno, vestido con una levita blanca, y que con mucha cortesía saludaba con una ligera inclinación hacia uno y otro lado. Sonrojado por la emoción se acercó, sin embargo, con cierta familiaridad y desenvoltura a Herzl y se apresuró a presentarse a sí mismo en inglés como el doctor Mani, añadiendo algo acerca de Jerusalén, algo así como que había conocido a Herzl allí, pero Herzl lo observó con la misma socarronería con la que me había mirado a mí antes y dijo no conocerlo. En estas yo seguía sujetándole la muñeca y con el corazón en la boca intentaba desesperadamente desabrocharle el dorado gemelo para encontrarle el pulso que parecía haber desaparecido por completo, viendo cómo llegaban, cada vez más presurosos, nuevos médicos, porque con el desmayo de Herzl sus amigos habían salido en todas direcciones y ahora regresaban todos con un médico o dos, como si en lugar de tratarse de un congreso sionista se tratara de uno médico, ja, ja, ja… Pero todos, naturalmente, se detenían al verme ya a mí junto al sillón, acariciándole con perseverancia la mano a Herzl para encontrarle un pulso que aunque lo encontrara sería ya incapaz de contar las pulsaciones por el alboroto que allí había, además de que Herzl, regocijado por la afluencia de médicos, no dejaba de moverse. De pronto le volvieron los colores al rostro y la tranquilidad pareció inundar la estancia porque vimos que el dirigente estaba con vida y que hasta se reía, como si aquel desfallecimiento no hubiera sido más que una travesura para reunir allí a todos los médicos. Pero yo seguía insistiendo, sin ninguna razón, como si mi mano se hubiera pegado a la suya, y cuantos más médicos llegaban, más paralizado me sentía, pues esperaban impacientes, aunque con educación de colegas, a que el joven e impertinente médico terminara su ridículo examen, porque habían notado que ni había encontrado el pulso ni

estaba contando nada. Y solo cuando vi el brillo de la calva de mi profesor de patología, que también entraba en la sala, sentí verdadero terror y solté finalmente la mano de Herzl, que con extrema amabilidad se levantó y volvió a tendérmela para estrechármela muy agradecido, ja, ja, ja…

—¿No te parece gracioso, padre? Ja, ja, ja…

—A veces sucede que la arteria queda hundida…

—Pues claro que tiene un nombre, ¿por qué no iba a tenerlo? Todas las partes del cuerpo tienen un nombre…

—¿Por qué lo preguntas?

—La arteria radial, o algo similar…

—Absurdo… en efecto… fue algo ridículo…

—Que tuviera que pasarme precisamente a mí que estoy acostumbrado a pulsos tan débiles… A los niños, muchas veces, ni se les encuentra…

—No, no te aflijas… de cualquier modo, ya nadie se acuerda de mí allí…

—¿Cosa del diablo? Me parece que estás exagerando… ¿Por qué te enfadas? No me van a retirar la licencia de médico por eso…, ja, ja, ja…

—No, nadie más se le acercó para examinarlo. Se acercaban con el solo propósito de presentarse, y había allí grandes profesores que hablaban un alemán muy florido; enseguida se vio rodeado por un numeroso grupo de ellos, ocasión que yo aproveché para retirarme hacia un rincón pensando no ya en Herzl sino en Linka, que con toda seguridad estaría preocupada por mi súbita desaparición y que quizá, habiendo regresado al hotel, andaría perdida por sus oscuros pasillos. A mi lado se encontraba ahora el médico de Jerusalén que también había retrocedido ante el empuje de la lengua alemana que cada vez resonaba allí con mayor potencia; parecía sentirse un poco rechazado y humillado por el hecho de que Herzl no lo hubiera reconocido, de modo que en cuanto empezaron a insinuarnos a todos que nos podíamos retirar para que el muerto resucitado

pudiera reposar, vi que el jerosolimitano abría una puerta trasera desapareciendo por ella, y yo, como si mi humillación se sintiera atraída por la suya, lo seguí encontrándome en un corredor estrecho y oscuro que al momento descubrí no ser el mismo por el que me habían guiado antes, pero como no quería volver sobre mis pasos empecé a avanzar a tientas tras la sombra que me precedía. Él se dio cuenta inmediatamente de que alguien lo seguía y deteniéndose sacó una velita del bolsillo, la encendió, la alzó un poco y se quedó esperándome amablemente. Y desde esa espera, si quieres, padre, podríamos trazar una línea recta y terrible hasta los hechos que lo han llevado a la muerte hace ahora diez días en la estación de trenes de Beirut, aunque en el fondo de mi corazón sé muy bien que tanto Linka como yo no fuimos más que un pretexto…

—Un pretexto.

—Un pretexto… el pretexto para saldar otra cuenta. Yo fui el pretexto para Linka y Linka el pretexto para otra persona, puede que para otra mujer…

—Yo también me lo pregunto…

—No puedo dejar de pensar en ello sin sentir una profunda tristeza…

—No…

—No…

—¿No te encuentras cansado?

—¿Yo? Cada vez estoy más despierto. Hasta me parece, querido padre, que esta historia y yo nos hemos fundido en un solo ser… El fuego la está soldando a mi alma. Ya desde la infancia este fuego me ha hechizado siempre y puede que cuando haya devorado esta historia no me conforme con que solo mi espíritu se haya ido con ella sino que yo mismo acabaré por meterme entre las llamas y desaparecer ahí hecho un puñado de cenizas… Ah…

—No lo comprendo, pero desde que cruzamos el estrecho del Bósforo y entramos en Europa se me ha metido tal frío en los huesos que me parece estar levitando…

—Puede, pero para quien viene de la tierra de Israel este otoño es pleno invierno…

—Sírveme un poco, por favor…

—No, té no… aguardiente…

—Más…

—Así está bien. Gracias. Pues ahí fue donde realmente empezó todo, padre, en el encuentro en un pasillo oscuro, que daba a la escalera de servicio, con un jerosolimitano que me esperaba sosteniendo una vela encendida. Todavía me asombra que llevara aquella vela en el bolsillo, como si se pasara la vida entre lóbregos pasadizos, y en realidad no llevaba una solo para él, sino que también para mí sacó otra vela que encendí con gran alegría. No puedo dejar de preguntarme si nos hubiéramos llegado a conocer si Herzl no hubiera sufrido aquel desvanecimiento, o si, aunque Herzl se hubiera desmayado, yo no lo hubiera seguido. Pero el caso es que sí lo seguí porque me sentía arrastrado por él, y si todo hubiera sucedido de otra manera también lo habría encontrado, quizá porque desde el primer instante en que lo vi me pareció la antítesis perfecta de todo lo que allí nos rodeaba, aquel hombre de Jerusalén algo grueso… tan vital… con su buena mata de pelo… bien parecido… un ginecólogo oriental…

—Antítesis.

—La antítesis de todos nosotros, de ti, por ejemplo, la antítesis de todos los demás delegados, de los médicos judíos alemanes…

—No lo sé…

—Ginecólogo, o mejor dicho, obstetra. ¿Recuerdas, querido padre, cómo dudé al terminar mis estudios si especializarme en ginecología o en pediatría, y mientras que tú te inclinabas por las mujeres Linka opinaba que era mejor que fuera pediatra?

—Por supuesto… todo es posible… todavía puedo cambiar de opinión… Pero ese hombre del que te estoy hablando era ginecólogo y obstetra, había abierto una clínica de maternidad en Jerusalén y era además toda una figura pública allí…

—Rondando los cincuenta… Puede que no fuera mucho más joven que tú, pero a pesar de ello, y perdóname por decir esto, tenía todavía unas facciones muy frescas, incluso podría decirse que algo infantiles, aunque luego era muy astuto en el buen sentido de la palabra…

—Una auténtica clínica. Espera, ahora te lo cuento…

—¿Por qué iba a ser solo para judías? Para las árabes y las peregrinas también, para todo el que quisiera… pero sé un poco paciente…

—¡Buena pregunta…! Al principio balbuceamos ambos unas pocas palabras en alemán, pero enseguida vimos que así no llegaríamos a nada, y entonces él propuso el inglés, que ya me había apercibido yo de que lo hablaba con gran pompa, pronunciándolo con sumo cuidado y redondeando los labios como si tuviera un huevo en la boca, a la vez que lo alababa diciendo que aquella era la lengua del futuro. Pero yo, que me sentía impotente en inglés, me pasé al yiddish dándome cuenta enseguida de que no le resultaba del todo desconocido porque empezó a intentar hablarlo introduciendo muchas palabras en hebreo a las que les trasladaba el acento hacia el principio, por lo que me dije: otra posibilidad es que hablemos en hebreo, por lo menos en esta situación en la que nos encontramos dos judíos a tientas por este oscuro corredor. Y así fue como el hebreo, que tanto has luchado por enseñarme, empezó a fluir lentamente en medio del silencio y la oscuridad y en ese momento se me ocurrió pensar que, de haberme podido ver, te habrías sentido muy orgulloso de mí…

—Sí, padre, en auténtico hebreo, y aunque adquiría un sabor extraño y oxidado en mi boca, porque no conjugaba los verbos sino que los decía tal y como aparecen en las gramáticas, y por lo visto también confundía constantemente el masculino con el femenino, a pesar de todo sentía un placer especial en poder utilizar en aquel pasillo, aunque solo fuera rudimentariamente, esa antigua lengua, y hasta hacer alguna broma en ella, porque nos equivocamos de camino y empezamos a descender por una escalera muy estrecha

hasta una bodega que no tenía salida, y a cada peldaño mi hebreo se fortalecía, cosa que a él parecía alegrarle mucho como demostraba cuando me contestaba en un hebreo de fuertes sonidos guturales. Enseguida nos dimos cuenta de que aquel no era el camino, por lo que volvimos sobre nuestros pasos con la ayuda de las velas hasta que llegamos a la puerta por la que habíamos salido y que para nuestro asombro estaba ahora cerrada; no se oía además nada al otro lado, quizá porque Herzl ya se había acostado o porque sus amigos se lo habían llevado para proseguir debatiendo sobre el tema. Yo, entretanto, había empezado a preocuparme seriamente, porque no podía dejar de imaginarme a Linka, con su descocado vestido, buscándome por la calle en medio de la noche. De pronto, sin embargo, oímos el pesado ruido de unos pasos y apareció una robusta criada suiza que subía a su habitación después de un largo día de trabajo y que nos guio por aquel laberinto hasta una calle que daba a la parte trasera del casino, una calle estrecha y tan desierta que parecía mentira que hiciera solo un rato que nos habíamos visto en medio de aquella algarabía de judíos…

—Pero si te lo acabo de decir, padre, aproximadamente de tu edad, pero lleno de vitalidad y con un aspecto muy joven, tu antítesis…

—¿Cómo que en qué sentido? ¡En todos los sentidos…!

—¿Un ejemplo? Pues… ¿Acaso serías tú capaz, padre, tal como te ves ahora, como cabeza de familia de una casa respetable, propietario de una hacienda, padre de un médico ya no tan joven pero capaz y de una muchacha decididamente hermosa, podrías un buen día enamorarte apasionadamente, desesperadamente, con verdadera locura…?

—Sí, ¿podrías llegar a sentir verdadero tormento por amor?

—Tú…

—De una muchacha joven, como, bueno, como…

—Sí…

—Un amor devastador que te llevara a dejarnos a todos, y a dejar la hacienda, para seguir a tu amada…

—No.

—Bueno, pues…

—¿Qué?

—Ah…

—¿Tú? ¿Tú?

—Bromeas…

—Entonces, querido padre, ¿por qué no te enamoras un poco? ¡Enamórate! Ja, ja, ja…

—Es verdad, sé muy poco de ti…

—Lo que creo…

—En realidad, ¿qué sabemos de los demás?

—Muy poco…

—Tenía un hijo y una hija… pequeños… porque antes había sido un soltero empedernido…

—Claro que tenía mujer…

—¿La mujer? Aguarda…

—Espera… no seas tan impaciente…

—¿No te lo he dicho? Mani…

—Moshé…

—Es un nombre muy común en Oriente…

—Sí, suena a manía… pero ya verás, espera a oírlo todo…

—Sí, espera a oír la historia hasta el final, pero te suplico que me la dejes contar con todo detalle, pausadamente, para que sirva de bálsamo a la profunda pena que tengo… Déjame, por favor… siento un profundo dolor por su muerte…

—No estoy gritando… te pido perdón… Nos encontrábamos, pues, en aquella desolada y silenciosa calle rodeando juntos el casino mientras él había empezado ya a hablarme de Jerusalén y de la clínica que había abierto allí unos cuantos meses antes y por la que había venido a Europa, con el fin de recabar fondos para

ampliarla y comprar instrumental. La verdad es que yo lo escuchaba distraído porque me alarmó el comprobar que Linka ya no estaba donde yo la había dejado y que también en las siguientes calles reinaba un completo silencio, excepto en alguna que otra lóbrega taberna a las que me asomaba, no encontrándome más que con sonrojados suizos borrachos que entonaban canciones muy tristes que parecían surgirles del fondo del alma. Me reconcomía pensando en cómo había sido capaz de dejarla de aquella manera y no hacía más que preguntarme dónde estarían todos, porque parecían haberse esfumado. El doctor Mani, sin embargo, me seguía sin dejar de hablar, porque desde el momento en que había oído que yo era pediatra había sido presa de una gran excitación y había empezado a hablarme de una enfermera sueca que trabajaba con él que se había especializado en partos sin dolor, y que él había desarrollado un sistema para purificar la sangre de los niños que nacían con ictericia, enfermedad de la que habían muerto tres de sus hijos; pero yo asentía automáticamente como si lo estuviera oyendo en sueños, porque empezaba a imaginarme cosas terribles que mejor ni nombrar.

—Que se la habían llevado… que la habían perdido…

—No sé, eso ya no importa. El caso es que estaba muy asustado, porque nunca habíamos estado solos tan lejos de casa y, como había perdido ya toda esperanza de encontrarla en aquellas calles vacías, le dije a Mani que tenía mucha prisa por volver a la pensión porque mi hermana había desaparecido. Solo entonces cesó su parloteo y se ofreció para llevarme a la pensión en el coche de caballos que tenía a su disposición, y de la misma manera que se había sacado del bolsillo aquellas dos velas hacía un rato hizo ahora aparecer un carruaje. Me llevó hasta una callejuela, padre, donde lo esperaba un auténtico coche de caballos, de bellísimo techo negro. En el pescante dormitaba un cochero suizo con una gran barba y vestido con una librea roja. El coche, por lo visto, se lo había proporcionado un banquero judío de Zúrich, que habiendo mantenido el puño cerrado cuando Mani le había pedido dinero para la clínica, quiso

recompensarlo poniendo a su disposición aquel carruaje para facilitarle la tarea de ir a pedir fondos a otra parte. Todavía puedo ver el coche, padre, en la esquina de la calle a aquella avanzada hora de la noche, muy cerca del casino donde tenían lugar las sesiones del congreso. Tiraba de él un brioso caballo negro de largas patas que parecía haber descendido directamente de los Alpes con la luna reflejada en sus enormes pupilas, y de nuevo desde ese momento en el que me apresuré a subir al carruaje vuelvo a tener la visión de que una línea directa se trazaba hacia la muerte de ese hombre… hacia esa horrorosa desgracia… aunque en realidad sé muy bien que no fuimos más que un pretexto…

—Porque es inimaginable que ese pensamiento no se encontrara ya dentro de él, aunque solo fuera a la manera de una semilla seca que ha caído por una grieta de la tierra y ni siquiera conoce su condición de semilla…

—No, padre, no, tiene que ser por orden…

—Sí, insisto, no vaya a ser que me dejes solo en medio de la noche aquí junto al fuego en cuanto oigas el final, porque sé que lo único que logra vencer tu cansancio es el suspense de lo que pasaría cuando aquel espléndido carruaje nos llevara hasta la pensión en medio de la serena y fría noche de Basilea, trotando el caballo sobre los adoquines de las calles cuyos habitantes gozaban ya de un bien merecido descanso, mientras yo me seguía preguntando dónde habrían desaparecido todos los judíos, y sobre todo los jóvenes, porque no era posible que ya todos se hubieran retirado a dormir. Enseguida llegamos a la pensión, que se encontraba completamente a oscuras, y el corazón me dio un vuelco al comprobar que tampoco en su ventana había luz, lo que significaba que no había regresado todavía. En aquel momento temí que el carruaje desapareciera y yo fuera a quedarme solo y desesperado en la dormida pensión, por lo que le imploré al doctor Mani, que entretanto ya había alcanzado a contarme que había nacido en Jerusalén, lugar en el que también había nacido su madre, que no se marchara, que se quedara a esperar conmigo. No tuve que suplicarle mucho porque

inmediatamente se prestó a esperar conmigo, quizá porque la afrenta que le había hecho Herzl lo empujaba ahora a estar en compañía de alguien, como reparación. Así pues, lo dejé allí esperando y entré en el vestíbulo, sacudí al viejo conserje que dormía en un diván del comedor por encima del que pendían las sartenes de cobre bruñido que refulgían a la luz de la noche como soles rojizos y, quitándole las llaves que ya tenía en la mano, volé hacia la habitación de Linka y la encontré exactamente igual a como la había dejado cuando salió para la velada, del mismo modo a como suele dejarla en casa, los vestidos tirados en desorden y la ropa interior rodando por el suelo. Sentía clavárseme la ansiedad como un cuchillo afilado, porque toda la noche me atormentaba el pensamiento de que Linka estaba en su primer día, de modo que no era la ocasión más adecuada para andar vagando por ahí…

—No, me refiero al primer día de su *impureza*…

—Lo sabía, siempre lo sé, no importa cómo pero lo sé…

—Siempre lo he sabido, desde que era una niña… desde la primera vez…

—No me preguntes cómo. Lo sé, lo presiento, ni yo mismo sé cómo lo sé…

—No, déjalo ahora, porque ella no es lo principal de esta historia, sino…

—No, ella no, sino él, el delegado médico, el doctor Mani ese, que ahora se había sentado conmigo en el comedor, frente a una lámpara que nos había encendido el conserje, preparándose para su propia condena mientras se aferraba a su «pretexto», porque nosotros solo fuimos un pretexto para él. Pero, ¿por qué digo nosotros? ¿Por qué nosotros? Cuanto más nervioso me iba poniendo por la ausencia de Linka, más parecía él irle teniendo simpatía, y puede que hasta se estuviera ya enamorando de ella sin tan ni siquiera haberla visto, sin que tuviera la necesidad de verla. Me parecía apreciar en él cierta molicie oriental, cierta paciencia servil, un vago y primitivo ultraje asumido, pero a la vez un gran poder para comprender a los demás, para identificarse con ellos. Él, por su

parte, seguía hablando de la clínica y de cómo estaba intentando conseguir donativos para mejorarla; me tanteaba para ver si no querría yo ser una especie de socio suyo, tanto económica como profesionalmente, porque desde el momento en que había oído hablar de la hacienda había entrado en éxtasis ante la idea de llevarse no solamente a un pediatra sionista, sino también al rico heredero de una gran finca…

—Por el camino, en el carruaje, cuando me impresionó el paso ligero del caballo y lo comparé con nuestros pesados caballos que tanto le cuesta a Mrazhik poner al trote…

—De ahí pasé a la finca, al molino de harina, al bosque, y él se quedó escuchando con la boca abierta, como si quisiera tragárselo todo.

—No, le conté también algunos casos médicos, le hablé de cómo gritan las judías en los partos mientras las polacas lloran…

—Sí, lloran, es verdad.

—Porque nunca me lo has preguntado…

—Son un mar de lágrimas, las polacas lloran todas.

—¿Las judías? Con todas sus fuerzas, para que el recién nacido que las oye lo recuerde toda la vida y sepa luego compensar a su madre todo el sufrimiento que le causó. Pero las polacas lloran, cualquiera sabe por qué, puede que de vergüenza por estar trayendo otro polaco al mundo, ja, ja, ja…

—Hablamos de banalidades, pero, ¿qué otra cosa podía yo hacer con lo preocupado que estaba? Me aferré a Mani con uñas y dientes para que me distrajera un poco, y él, que era muy cordial y no carecía de encanto, seguía apegándose a su pretexto mientras afuera las montañas se teñían ya de violeta…

—Sí, pretexto. Mira, querido padre, no te va a quedar más remedio que aceptar esa palabra, porque esa debe ser la palabra exacta para lo que sucedió, si quiero volver a conseguir conciliar el sueño.

—No, todavía no, porque entonces, finalmente, oí su risa en la calle desierta, una risa con un matiz nuevo, como la de una fiera salvaje a la que le estuvieran haciendo cosquillas, y al momento apareció. Pero los estudiantes rusos, los jóvenes idealistas de los pogromos y las revueltas, habían sido sustituidos por tres polacos de mediana edad, dos de Lvov y el tercero de Varsovia, este último un *gentil* medio antisemita y prosionista que había sido enviado por un nuevo periódico nacionalista para comprobar si era realmente factible que los judíos se marcharan definitivamente…

—Narojd Ojcizna.

—Cada vez se irá oyendo más ese nombre. Se trataba de un insolente bufón que estaba un poco borracho y que me hizo una profunda reverencia mientras se comportaba de lo más desinhibido con todos nosotros y sobre todo con Linka, a la que había cubierto los desnudos hombros con su ancha bufanda blanca, y no por puritanismo sino para ocultar las manchas que se había echado en el vestido en una de las tabernas. Ella estaba muy sofocada, el vestido completamente arrugado y el pelo revuelto, aturdida por las galanterías y el acoso constante de aquellos hombres, pero también, sin duda alguna, y créeme, padre, disfrutando enormemente de ello. En cuanto entró, lanzó sobre la mesa montones de papeles, resoluciones, panfletos, informes y manifiestos, todo lo que los delegados habían repartido en la sesión del congreso, y se abalanzó hacia mí con una furia inaudita reprochándome el haber desaparecido dejándola sola, por lo que había tenido que molestar a aquellos encantadores señores que la habían ayudado a buscarme. Yo permanecía allí de pie avergonzado, apretando los puños, deseando pegarle, padre, porque desde el momento en que había oído resonar su risa en el silencio de la noche había deseado pegarle; yo, que el solo hecho de pensar…

—Sabes que nunca le he levantado la mano a nadie… Pero de pronto me dominó el irresistible deseo de pegarle, yo, que nunca la he tocado para hacerle daño, ni siquiera cuando de niña hacía las peores travesuras, ni cuando os marchasteis a Vilna para el entierro

de la abuela y la dejasteis a mi cargo durante dos semanas. Y así fue como nos pusimos a discutir delante de todos en medio del silencio de la pensión, hasta el punto de que el conserje, que había acudido allí al olor del alcohol del sionista varsoviano, se quedó discretamente a ver qué pasaba…

—De todo, ni lo sé, de todo. Y lo peor era aquella bufanda blanca del otro que reposaba sobre sus hombros cubriéndole en parte el escandaloso vestido que me apresuré a destruir al día siguiente. Parecía como si de repente se hubiera convertido en una dama; tendrías que haber visto cómo tendía las manos hacia aquellos polacos para que se las besaran, y cómo el admirador de Varsovia apretaba con evidente deseo sus labios contra la mano infantil y manchada de tinta de Linka mientras ella se reía entusiasmada, hasta que la navaja que tan discretamente descansaba en mi bolsillo se abrió de pronto…

—No, no. Basta, no. Mi intención no era impresionar a nadie y además, en ese mismo momento, apareció Mani del oscuro rincón en el que se había mantenido hasta entonces, de entre los relucientes cazos de cobre, rechoncho y confuso, y yo me apresuré a presentárselo a todos como una verdadera sorpresa, a mi «antítesis». «De Jerusalén, señores, es de Jerusalén», anuncié furioso, «de la mismísima Jerusalén, señores», y el misterio de la palabra Jerusalén hizo soplar de repente por la sala una fresquísima brisa. Los polacos empezaron a mofarse: «¿Jerusalén? ¿Es eso posible?», mientras Linka, fascinada, se dirigía hacia mi antítesis acariciándolo con la mirada y le tendía la mano. El doctor Mani se la besó con gran nobleza y recato y entonces me di cuenta de su peculiar forma de tratar a las mujeres. «Habla inglés», añadí al momento. «Háblale en inglés», le ordené a Linka, y ella, sin vacilar, se le dirigió en inglés, que en su boca suena muy suave y musical, como unas dulces gachas de avena. Él, sumamente impresionado y agradecido, le respondió al momento en su inglés de pavo real, y así entablaron conversación en la lengua del futuro, según él la había definido. Los tres hombres se quedaron confusos y burlándose

también del inglés, y solo el conserje pareció sorprenderse de que en el lapso de unos pocos minutos el inglés fuera ya la cuarta lengua en la que hablaban aquellos judíos. Y en ese momento, querido padre, o así es por lo menos como ha quedado registrado en mi memoria, nació en mí el deseo de continuar nuestro viaje con aquel hombre hasta la tierra de Israel, de llevar a Linka hasta el fondo mismo de la cuestión por la que allí estábamos, hasta la oscura fosa del auténtico sionismo. ¡Si tenía que ser Jerusalén, pues que fuera Jerusalén!

—¡Iríamos a Jerusalén!

—Sí y enseguida. Quería partir cuanto antes, aunque solo fuera para deshacerme de los polacos y que la dejaran en paz. Y entonces pensé en ti, padre, y sentí una gran furia…

—Porque desde aquí no ibas a entenderlo y te ibas a negar…

—Que literalmente nos lo ibas a prohibir…

—Que dependíamos de ti… eso es lo que pensaba…

—Es decir, que si hubiéramos intentado pedirte permiso… nos lo habrías denegado rotundamente…

—¿Cómo que no te habrías opuesto? Si ahora *a posteriori* reaccionas así…

—Es evidente que estás furioso… estás…

—¿Cómo?

—¿Que no te enfadaste?

—No lo entiendo…

—¿Imaginaciones mías?

—No, pero…

—¿Que te alegraste? Pero, ¿cómo? ¿Por qué motivo?

—¿Que hasta te sentiste orgulloso? Qué extraño… ¿Orgulloso? ¿Es eso cierto?

—¿De verdad? Y yo que temblaba como un vulgar criminal cuando te mandamos el telegrama desde la estafeta de correos de Venecia antes de embarcar…

—Entonces, Linka tenía razón, entonces, te juzgué mal… Linka siempre lo sabe mejor…

—«Es solo en apariencia, en el fondo de su corazón está con nosotros…». ¿Pero cómo es posible?

—Aun con todo…

—Solo por eso…

—Estaba equivocado… no lo imaginaba… me empeciné… Querido padre, perdóname… ¡Y yo que había asimilado ya tu enfado, que me ha acompañado todo este tiempo como una acusadora mirada clavada en la nuca! No he hecho más que pensar en el disgusto que os habría dado por haberme marchado al desierto con los camellos y los burros en lugar de ir a la pensión de Frau Lippmann en busca de un buen partido…

—¿El congreso, padre, el Tercer Congreso Sionista? Pero si habrá un cuarto congreso…

—Es decir… ¿Pero no escribieron ya en Der Yid lo que allí se dijo? A fin de cuentas, no tuve puesta la mente en el congreso, padre.

—Palabrería, pura palabrería. Discursos, debates. Incluso el doctor Mani pronunció un breve discurso para el «Comité médico» en el que solicitó ayuda e invitó a los médicos a visitarlo en Jerusalén. Mira, es mejor que le preguntes a Linka, seguro que ella recuerda por qué se exaltaban los ánimos y cómo volvían a sosegarse, porque escuchaba atentamente a todos y no se perdió ni una sola sesión. Tendrías que haberla visto con su vestido bordado de campesina —porque el vestido escandaloso se lo había tirado yo —, sentada allí muy pensativa, y a ratos tomando notas, la responsable y leal delegada de una circunscripción que ni siquiera la había enviado, aunque, en realidad, tampoco a los demás los había enviado nadie. ¿Sabían acaso en Moscú o en Varsovia quién se había tomado la libertad de ir a representarlos? En resumen, podría decirse que yo no estuve en el congreso, porque me dediqué a planear el viaje a Palestina y a hacer los preparativos, y todo ello en secreto. No le dije nada a Linka, ni al médico jerosolimitano, del que por casualidad pude saber el nombre del barco en el que zarparía el

1 de septiembre del puerto de Venecia con rumbo a Jaffa. Pero me parece que un sexto sentido le hizo notar algo, porque empezó a buscarnos mucho, a sentarse junto a Linka y a charlar placenteramente con ella en la lengua del futuro, aunque en esos momentos yo no pensaba en ellos, sino solamente en ti…

—En ti, en la sorpresa que te ibas a llevar y en lo enfadado que te pondrías. Incluso ahora, padre, me resulta difícil creer que no estuvieras furioso…

—¿Que te alegraste? ¿Cómo es posible? Bueno, dejémoslo, no quiero oír nada más, no te pongas terco, ja, ja, ja… Pero si gran parte del capricho del viaje era por llevarte la contraria…

—Lo que yo quería era rebelarme contra tu sionismo domesticado, así es que si dices ahora, querido padre, que no te enfadaste conmigo, me siento verdaderamente decepcionado.

—Pues la verdad es que me siento decepcionado, aunque parezca extraño, ja, ja, ja… Pero, ¿quieres saber cómo se llega de Basilea a Palestina y qué es lo que hay que hacer? Lo primero que hice fue ir al *Bahnhof* a que me informaran y aconsejaran, pero los suizos me desesperaron con sus negativas a entender mi estropeado alemán, y cuando por fin me entendieron se quedaron atónitos ante la pregunta, porque Palestina les parecía un lugar que solo se encuentra en las Sagradas Escrituras y al que no se viaja. Al final, sin embargo, dándose cuenta de mi identidad, me mandaron a que hablara con una empleada judía, una muchacha muy dulce, no mucho mayor que Linka, hija de una familia ultrarreligiosa de Vilna, que había escapado de su casa hacía dos años para acudir al Primer Congreso Sionista, gracias al cual había podido «liberarse» tomando después la decisión de no regresar a Vilna. Entre congreso y congreso había malvivido en Basilea, y hacía un tiempo que había encontrado trabajo en el *Bahnhof* porque las autoridades habían considerado necesario abrir un «departamento judío» especialmente pensado para organizar los viajes de los congresistas y, sobre todo, con el propósito de, una vez finalizado el congreso, encontrarles pensiones y hoteles en esa frondosa parte de Europa donde poder

descansar, recuperarse de sus cuitas como delegados y digerirlo todo como es debido…

—Sí, es cierto, también había gente seria y fiel a la idea, pero no vamos a negar, padre, que había también muchos vividores, como yo, por ejemplo, que lo único que pretendían era divertirse un poco a costa del destino judío como si se tratara de una partida de bridge…

—En realidad nuestro mismo viaje, por ejemplo, estaba concebido como una pura diversión, hasta que se dieron vuelta las tornas…

—Un momento, espera, ¿o es que no quieres que te hable de la empleada de Vilna…?

—La verdad es que no era especialmente hermosa, padre. Era paliducha, tenía un aspecto algo enfermizo y, en mi opinión, estaba tísica, pero era una muchacha muy decidida, independiente y culta, tan experta en el mapa de Europa que parecía tenerlo doblado en la mente y siempre a punto de ser desplegado para responder a cualquier pregunta que se le hiciera. Conocía el itinerario de todos los trenes, se sabía el nombre de las estaciones por las que pasaban, los horarios y enlaces; además, era capaz de describirle a uno los compartimentos de cada clase, el lugar de los asientos, así como la naturaleza de los vagones, y ni qué decir tiene que conocía todos los precios. En una palabra, una muchacha única a la que yo también le gusté y de la que me hice muy amigo, porque en cuanto supo que lo que yo deseaba era viajar a la tierra de Israel se tomó mucho interés en organizar el viaje, como si lo fuera a realizar conmigo, y aunque tenía sus dudas acerca del barco griego de Mani que zarpaba de Venecia, porque se trataba de un barco muy pequeño, se apresuró a enviarle un telegrama al agente del barco para que nos reservara dos buenos camarotes y después inició la búsqueda de hoteles para el resto del camino. En resumidas cuentas, que se lo tomó con tal entusiasmo que no hizo más que animarme en la idea del viaje. Así fue como anduve yendo y viniendo de la sala de congresos a la estación, urdiendo aquel plan

que entonces seguía pareciéndome pura fantasía. Pero en la tarde del tercer y último día del congreso fui a ver a la pequeña tísica, quien me entregó un hermoso portafolios con todos los detalles del viaje escritos en yiddish, los salvoconductos, los pasajes de tren y el itinerario especificado, en el que los viajes resultaban ser nocturnos con el fin de que los días nos quedaran libres para pasear. Ningún detalle había sido descuidado, pues aparecía anotado con toda precisión dónde nos detendríamos, lo que comeríamos, lo que debíamos ver, cuánto pagar y, por supuesto, también, cómo regresar de la tierra de Israel y a quién dirigirnos, por lo que podría decirse que lo único que allí faltaba por especificar era la altura de las olas y su grado de agitación… que, ¡ay de nosotros!, finalmente resultó ser, padre, el detalle más importante de todos, ja, ja, ja…

—Aguarda… a eso voy… Aquella misma tarde y en su cabina de la estación, que rebosaba de gente, le pagué el importe del viaje, tomé su fina mano de doncella y, viendo que de pronto se le llenaban los ojos de lágrimas como si le costara despedirse de mí, se la besé con gran afecto…

—Cuatro mil francos suizos.

—Al cambio serían unos…

—Algo así…

—Aproximadamente…

—Puede que un poco más… ¿Tan caro te parece? Pero si la pensión de Lugano también habría costado lo suyo…

—Todavía no le había dicho ni una palabra a Linka, que con tanta disciplina había asistido a las sesiones del congreso sin perderse ni una sola palabra de toda aquella cascada de discursos. A veces, el doctor Mani se sentaba a su derecha y otras me sentaba yo a su izquierda, callado y sonriendo para mis adentros, y aunque sabía que ella sospechaba que tramaba algo, su escrutadora mirada me reveló que no podía ni imaginar de lo que se trataba.

Además, todavía no nos habíamos reconciliado por completo desde la noche de los polacos, y las pocas frases que habíamos

cruzado habían sido de una frialdad y un laconismo absolutos. La última noche, ya en la pensión, una noche especialmente cálida, sin pronunciar todavía ni una sola palabra de más, me mostró, sin embargo, el vestido que pensaba ponerse para el baile de clausura y que esta vez era del todo presentable…

—Sí, hubo una fiesta, padre. ¿En tu congreso no la hubo?

—Pues esta vez organizaron una pequeña fiesta, para remontar un poco los ánimos que habían decaído por la frialdad demostrada por el káiser alemán. Es decir, «los escogidos» se reunieron en una sala y se eligieron mutuamente para los distintos cargos, mientras el «proletariado» se vestía de fracs y trajes de noche y bailaba luciendo sus diamantes. Cuando llegamos al salón sonaban ya los alegres valses austríacos, y en la cola de los carruajes que esperaban en la calle principal me sorprendió descubrir también el hermoso coche de techo negro del doctor Mani, cargado con las maletas y bolsos y a punto ya para el viaje. El corpulento cochero vestía un guardapolvo y sostenía el látigo en la mano, mientras el caballo comía avena del morral con los ojos inyectados en sangre vueltos hacia el cielo. Me acerqué y le pregunté al cochero qué significaba aquello y él me explicó escuetamente que debido al repentino calor que había empezado a hacer habían decidido adelantar el viaje hacia Ginebra, porque el caballo corría mejor con el fresco de la noche. Entonces temí que el tal Mani fuera a desaparecer antes de que supiera que íbamos a ser sus huéspedes, por lo que me apresuré a entrar en el salón de baile, donde lo vi enfundado en un frac negro y bailando con una anciana judía inglesa cargada de diamantes a la que hablaba animadamente pero muy serio, con la segura esperanza de sacarle algún donativo de última hora para su clínica. También vi a Linka que, a pesar del recatado vestido que ahora lucía, estaba rodeada de jóvenes, por lo que me retiré a un lado y me quedé fumando cigarrillo tras cigarrillo con el plan del viaje escondido en el corazón y temblando ligeramente por la magnitud del secreto, a pesar del pesado calor reinante.

—¿Bailar yo? Sabes que no soy muy aficionado a los bailes, y las mujeres, excepto Linka, no parecían demasiado ligeras al bailar, aunque debo confesarte, padre… en honor a la verdad, que si se hubiera encontrado allí la pequeña tísica de la estación puede que no hubiera podido resistir la tentación de sacarla a bailar un vals.

—Sí, es posible. Me gustaba en cierta manera, pero créeme que no vivirá mucho… tenía una tos muy seca…

—¿De nuevo estás con esas? ¡Ni que fuera un asesino! No soy más que testigo de…

—Sí, puede que por eso me gustara… ja, ja… qué sutil… ja, ja, ja…

—No, deja eso ahora, padre. Tú, de momento, no te vas a morir, todavía te queda mucha vida. Me parece que todavía no te has dado cuenta de que no soy yo el protagonista de la historia que te estoy contando, sino él, Mani, que dejó finalmente a su pareja de baile, a la que no había logrado sacarle ni el más pequeño de los diamantes, y que tras saludarla con una profunda reverencia vino afligido a sentarse a mi lado mientras seguía con la vista a Linka que bailaba alegremente. Y ahora me pregunto si en aquel momento no tendría ya intención de quitarse la vida, y si la tenía, como una semilla viva dentro de sí, por qué no lo llevó a cabo allí mismo, en aquel salón azul cielo, frente a todos los delegados, porque habría causado un efecto muchísimo mayor que el que produjo en la abandonada estación de trenes de Beirut en la penumbra del atardecer…

—¡Quién demonios lo sabe, padre!

—No lo sé… no…

—Porque me di cuenta de que se sentía incapaz de separarse de mí, lo difícil que le resultaba despedirse, y yo, padre, empecé de pronto a temblar, trastornado por el secreto del viaje que me abrasaba el corazón como un carbón encendido, y la idea del arrepentimiento empezó a rondarme. Me pregunté si no sería mejor cancelarlo todo y que el plan del viaje se quedara para siempre en mi bolsillo sustituyendo al auténtico viaje…

—Tenía miedo… no lo sé… miedo de la tierra de Israel…

—No, no, tu enfado no hacía más que empujarme a ponerme en camino…

—De la tierra de Israel propiamente dicha, porque la había visto tan pequeña y amarillenta en un extremo del mapa que ella tenía allí colgado, en la oficina, como una especie de áspid amarillento sobre el que aparecían impresas las negras letras de la palabra Palestina…

—Por la forma de las letras, quizá… eso es lo que pensé, querido padre. Pero ahí seguía sentado a mi lado el ginecólogo jerosolimitano, muy moreno, paseando los ojos por el salón, afligido por tenernos que dejar a todos y esperando para poder despedirse de Linka, con la que había trabado cierta amistad. En aquel momento sentí piedad de él y como por arte de magia me pareció que se fundía en un solo ser con la muchacha de la estación que me había arreglado todo el viaje, así que sin pensarlo rompí el silencio y le pregunté en voz muy baja si todavía seguía en pie la invitación que me había hecho para que lo visitara en Jerusalén, porque era posible que fuera a ir muy pronto. Él, al principio, se quedó atónito y se ruborizó ligeramente, por lo que me pregunté si todas sus amables invitaciones no habrían sido hechas porque sabía que nadie iba a aceptarlas. Pero enseguida empezó a tartamudear muy excitado: «¿Es cierto que quiere usted ir a Jerusalén?». Le contesté con un débil «sí» mientras palpaba los papeles del viaje que guardaba junto al pecho y que emitieron un suave crujido. «Sí», volví a confirmarle, hablando todavía en primera persona, porque no sabía lo que diría Linka. «El 1 de septiembre zarpo de Venecia en el barco…», y sacando una nota del bolsillo leí el nombre Kereiti Zurakis. Al oír el nombre del barco que yo tan claramente había pronunciado se levantó de un salto, me asió fuertemente por la muñeca, como si quisiera comprobar por el pulso si le estaba diciendo la verdad o si lo engañaba, y se quedó sin habla por un momento hasta que, recuperándola, me dijo: «En Jerusalén será usted mi invitado». «Acepto complacido», dije con una inclinación de cabeza y hablando todavía en primera persona, como si no tuviera

una hermana. Él empezó entonces a dar vueltas a mi alrededor hasta que preguntó: «¿Y la señorita, también lo acompaña?». Me resultó muy extraño que llamara así a Linka y que hubiera formulado la pregunta con tanta excitación, porque a pesar de que yo sabía que ya se había enamorado de ella incluso antes de verla, no creí que supiera que estaba enamorado de ella también después de haberla visto, porque ella no era más que…

—¡Bravo, padre! Sí. Un pretexto. No te sonrías. No fuimos más que el pretexto para lo que llevaba maquinando desde siempre, quizá ya desde el vientre de su madre, sí, querido padre, y esa idea la defenderé a capa y espada…

—Espera, no digas nada, espera… por Dios, espera…

—Linka se ha negado a hablar conmigo desde lo de Beirut. Solo me ha contestado con los síes y los noes imprescindibles referentes al viaje de regreso…

—Yo no la obligué, sino todo lo contrario. Le dije a Mani: «¿La señorita? Llamémosla y preguntémosle su opinión». Me levanté, esperé a que la música decreciera y el vals se detuviera, la arranqué de los nuevos brazos que ya la estaban esperando, y te aseguro, padre, que eran muchos, y muy sonrojada la llevé hasta donde se encontraba el doctor Mani, que le besó la mano porque sabía que ella ya se había acostumbrado a aquellos besos. Radiante como estaba con los ojos muy brillantes y una espléndida sonrisa, le dije: «Linka, mira, el doctor Mani nos invita a Jerusalén, y yo me inclino por aceptar la invitación. ¿Qué te parece si partimos mañana para Palestina?». Si ella, en aquel momento, me hubiera dicho: «Querido hermano, estás loco, se te ha metido el diablo en el cuerpo», al momento me habría apartado de ellos para destruir todos los documentos del viaje sin tener en cuenta nada más y después me habría ido, como era tu deseo, directamente al lago de Lugano, a la pensión de Frau Lippmann, a escoger a una de las doncellas judías que acuden allí de toda Europa con el fin de encontrar marido y que no sé por qué me producen tal repulsión. Pero los ojos de Linka empezaron a centellear sonrientes a la mortecina luz de la fiesta que

continuaba desarrollándose a nuestras espaldas, y hasta el día de mi muerte recordaré, padre, cómo se me echó al cuello cubriéndome de besos, abrazándome con una alegría casi infantil, como si hubiera estado esperando esa pregunta desde que hacía dos días había empezado yo a acudir a la estación. Y ahora que se la había formulado había empezado a adivinar en su corazón que sin tener que esforzarse ni preocuparse por nada, con un simple abrir y cerrar de ojos, podríamos pasar de aquel celeste salón de baile directamente a Jerusalén, y confieso que sentí como si se me aligerara el corazón…

—¿Repulsión?

—¿Náuseas?

—¿Repulsión? Ah, sí, ja, ja… Sí, cierta repulsión… asco… ja, ja, ja… una especie de repugnancia, pero es que soy un poco tímido… No te apures, tarde o temprano lo venceré y encontraré una judiíta con la que meterme bajo las sábanas…

—No…

—No…

—Quizá sea mejor que lo dejemos aquí, padre. ¿Qué sentido tiene toda esta historia? Que te cuente Linka el final. Yo me voy a acostar aquí mismo, junto al fuego, con una manta, porque uno de esos malditos peregrinos debe de haberme contagiado alguna enfermedad. Mira cómo estoy temblando, este fuego no lograría calentarme más si estuviera ahí simplemente pintado… ¿Y Stefa, duerme ya? Déjame avivar el fuego, si hasta Dios tiene que estar ya dormido…

—Bien podría permitirme ese pequeño pecado después de la buena obra que…

—Si insistes… Se había hecho ya la medianoche y del saloncito contiguo aparecieron entre aplausos y vivas nuestros dirigentes electos, con Herzl y Nordau a la cabeza, y pronunciaron breves discursos repletos de esperanzas y promesas. Después brindaron y todos se pusieron de repente a hablar del siglo que entraba y del

congreso siguiente. «*Fin de siècle*!», gritó alguien conmocionándonos a todos. «*Fin de siècle*!», respondieron otros furiosamente, mostrando odio y aversión por este siglo y pasión por el que viene, el siglo XX. Nosotros tres nos manteníamos a un lado, apartados ya del resto, emocionados. Mani seguía resistiéndose a partir y puede que no se hubiera marchado si no llega a ser porque el cochero suizo, el de la barba negra y el guardapolvo, entró muy decidido abriéndose camino por entre los vociferantes judíos, con el látigo en la mano y muy impaciente y enfadado lo empujó hacia la salida, casi podría decirse que con el látigo alzado sobre él obligándolo a subir al carruaje. Así es como se despidió de nosotros, con cierta tristeza por quedarse solo y sin dejar de preguntarnos: «¿Pero iréis?». Linka se lo prometió y lo abrazó como una niña que abrazara a su padre, mientras le hablaba en inglés, que había pasado a ser ya la lengua que hablaban entre ellos, cuando de pronto hasta lo besó, y a mí ese beso me pareció encantador en aquel momento, cuando quizá debía de haber sospechado ya que después de aquel llegarían otros besos. Pero la verdad es que no pensé en nada, sino que me quedé mirando alternativamente los bártulos y bolsos que estaban sujetos a la parte trasera del carruaje, al caballo negro, tan compuesto, y al solitario pasajero que bajo el hermoso techo no parecía a aquellas horas de la noche alguien que partía hacia la meta por la que allí nos habíamos reunido todos, sino alguien que es devuelto de nuevo a la línea de salida. Y esa noche…

—No. Esa noche…

—Sí. Esa misma noche fue cuando Linka os escribió la primera carta, que yo le requisé por la mañana porque seguía estando tan preocupado por vosotros que todavía dudaba si no anularlo todo. Y entonces fue ella la que se empeñó en que partiéramos hacia Oriente, ya la conoces, diciendo que se lo había prometido al médico, y como temí que se marchara por su cuenta terminé por ceder, de modo que empleamos la mañana en buscar por varias tiendas ropa adecuada para el viaje, en lugar de los tules y las gasas que debíamos haber comprado. Escogimos unos guardapolvos como

el del cochero, un par de *salacots* para protegemos del sol y unos pañuelos muy ligeros, de seda, para protegernos del polvo; mira, este harapo que llevo al cuello es todo lo que queda de uno de ellos. A la hora de la *minjá* subimos al tren de Ginebra, y por la mañana, junto al lago, os escribió Linka una segunda carta, que también requisé porque seguía sin estar muy seguro de que debiéramos continuar viaje. Pero hacia el atardecer el tren nos fue transportando cada vez más hacia el sureste, en dirección a Lugano, adonde llegamos al amanecer del sábado. Como teníamos allí varias horas de espera, alquilamos un coche de caballos para pasear por las calles y hasta nos acercamos a la pensión de Frau Lippmann, primero de incógnito, con los guardapolvos y los *salacots*, observando a los estudiantes de *yeshivá* que estaban finalizando la oración de la mañana y que luego pasaron al salón para oír la bendición del vino que lograra animarlos a encontrar una posible pareja. Finalmente le revelamos nuestra identidad a Frau Lippmann, que se puso furiosa por la anulación de las habitaciones y nos dijo que no nos devolvería ni un solo franco del depósito que le habías enviado e incluso se negaba a entregarnos la ansiada carta que tú nos habías enviado y que estaba allí esperándonos. Pero Linka, muy sonriente, se la arrebató de la mano y enseguida nos sentamos a leerla, una y otra vez, interpretando lo que habías escrito y lo que pudiera haber entre líneas. Dándole después gracias a Dios por habernos librado del suplicio de aquella pensión, seguimos paseando por esa hermosa ciudad, y ya por la noche subimos al tren para Milán. En el coche cama en el que teníamos la reserva os escribí mi primera carta, que guardé en el bolsillo porque seguía temiendo vuestra reacción. Así fue como el domingo por la mañana llegamos a Milán, donde nos encontramos con una ciudad muy gris bañada por una fuerte lluvia de verano y con unos italianos muy ruidosos a nuestro alrededor, las campanas de las iglesias al vuelo y los restaurantes cerrados. Nos unimos, pues, a los fieles de la misa de la gran catedral para protegernos de la lluvia, levantándonos y arrodillándonos con todos, pero sin probar de su santo pan. De esa

ciudad tan bulliciosa y gris no vimos gran cosa porque temíamos perder el tren para Venecia, en el que hicimos amistad con un hombre alemán que resultó sernos de gran ayuda. Yo ya había podido observar que los alemanes en los trenes se acercaban a hablarnos con toda naturalidad, porque por alguna razón se sentían atraídos por nosotros, también mientras creían que éramos matrimonio y con mayor motivo cuando se enteraban de que Linka no era más que mi hermana. El caso es que ese alemán, un hombre muy culto que era escritor y que viajaba todos los años a Venecia, conocía hasta el último rincón de la ciudad, de modo que nos dio muy valiosos consejos acerca de ella y nos previno contra la epidemia que siempre ataca la ciudad a finales del verano pero que las autoridades ocultan. Nos hizo jurar que no tomaríamos agua sin hervir ni comeríamos frutas, y llegó a atemorizarnos de tal manera que me habría gustado poder frenar en seco aquel tren y echar marcha atrás, aunque fuera para volver a la pensión de Frau Lippmann que quizá hasta se apiadara de nosotros.

—Sí, de repente fui presa del pánico y habría querido anular todo el viaje, volver atrás y pensar que nada de todo aquello había existido, que todo habían sido fantasías, un simple sueño. Pero cuando bajamos del tren, medio sonámbulos y muy cansados, salimos de la estación hacia el gran canal y vimos los palacios de mármol reflejándose sobre las putrefactas aguas, aquella maravilla de la cultura columpiándose sobre los pestilentes canales, con sus escalinatas verdosas, comprendimos lo poderoso que es el hombre y lo magnífico que es su espíritu, y nos sentimos poseídos por un profundo amor hacia la humanidad, hacia sus sufrimientos y enfermedades, como si hubiéramos entrado despiertos en un gran sueño, porque la verdad es que Venecia es un auténtico sueño para el que está despierto…

—Sí… sí…

—Sí… sí… sí, nos acordamos… los dos a la vez nos acordamos…

—Sí… sí… también vosotros estuvisteis… claro… es verdad…

—¿Que os envió el abuelo? ¿Cómo se le ocurrió algo tan original?

—Sí… sin saberlo estábamos siguiendo vuestros pasos… ¡Qué extraño es el ser humano!

—Treinta años antes… Espera, en 1869… Intentábamos imaginarnos cómo habríais sido cuando estuvisteis allí, tú, padre, todavía con tus dos tirabuzones, un judío vestido de negro en una negra góndola, ja, ja, ja…

—También mamá era muy joven… una muchacha… como Linka, sería…

—Han pasado nada menos que treinta años, pensaba yo. Quizá fue allí donde me concebisteis, ¿Eh, padre? La verdad es que aquella agua huele como la de la placenta… ¿Fue allí?

—Pero si os escribimos una carta cada día…

—Detrás de San Marcos, en el hotel Roma…

—En dos habitaciones, claro está, con sus respectivos saloncitos y todo… muy lujoso…

—Mil liras al día…

—Haz el cambio…

—Bastante lujoso… Y todos se admiraban de que Linka fuera judía… «No es posible», decían…

—Mucho calor…

—Ninguna señal, imaginaciones de escritor… Una mañana nos cruzamos con él en uno de los canales y bromeando le gritamos: «¿Qué hay de su epidemia?».

—Naturalmente que tomamos precauciones. No bebíamos agua sino vino, y cuando teníamos sed pedíamos té en algún café y nos sentábamos a esperar a que se enfriara mirando el mar que lanzaba hacia la ciudad sus largos dedos enjoyados, y meditando sobre cómo en cualquier momento podría cerrarlos y tragarnos. La última noche fuimos al puerto para comprobar si el barco de Mani realmente existía y lo vimos llegar, con una vela auxiliar, tan pequeño y ligero que me eché a temblar al comprobar su fragilidad, mientras que a Linka le dio por reírse a carcajadas, como si estuviera borracha,

empeñándose luego en que fuéramos a un restaurante de la orilla a comer marisco.

—Gambas… almejas… todo tipo de langostas marinas fritas en mantequilla…

—No sé qué nos pasó… quizá fue la emoción… un momento de relajación… que nos empujó a chupar aquellos rosados moluscos…

—Quizá porque temíamos ir a parar al fondo del mar antes de haber probado esos bichos de los cristianos…

—Como auténticos paganos… la voracidad de Linka parecía no tener fin…

—Hervidos… fritos… asados… te habría…

—No tiene importancia. Comimos de todo ello y a la mañana siguiente regresamos muy temprano al puerto para asegurarnos de que teníamos nuestros respectivos camarotes. Colgamos la ropa en el armarito que allí había, volvimos a bajar a tierra y entonces, seguro ya como estaba de que no podrías detenernos, te envié el primer telegrama y le permití a Linka que echara las cartas. Después subimos de nuevo al barco y nos quedamos en cubierta esperando al doctor Mani, que no llegaba. Subieron ismaelitas, egipcios, griegos, turcos y hasta una pareja inglesa y un grupo de monjes rusos, pero del doctor Mani no había ni rastro, como si todo hubiera sido una pura invención. Un miedo atroz empezó a apoderarse de mí. ¿Qué estaba haciendo? ¿A dónde la estaba llevando, loco de mí? Yo ya quería huir de todo aquello, pero Linka no perdía la esperanza, ni siquiera cuando el barco empezó a emitir un ronco zumbido al izar la gran vela. Fue precisamente entonces cuando divisamos el coche de caballos, que había salido de Basilea en la oscuridad de la noche, avanzando a toda velocidad hacia el muelle, completamente cargado de bultos y con el cochero suizo sin sombrero, sin abrigo, en mangas de camisa, la barba despeinada, desencajado y agitado, blandiendo el látigo y haciéndolo chascar contra el pavimento. Nuestro doctor Mani, enfundado muy orondo en un traje blanco, con la cabeza descubierta y el sombrero sujeto al hombro con un cordón, traía un aspecto muy lozano, y lleno de vitalidad empezó a dar órdenes a los

estibadores para que lo descargaran todo. Nosotros enseguida lo llamamos a gritos desde cubierta, y él, viéndonos, empezó a agitar el sombrero con gran entusiasmo. Como el tiempo apremiaba, los estibadores y los marineros se apresuraron a descargar el coche y a introducir todo el equipaje en el vientre del barco. A todo esto y sin que supiéramos la razón, el cochero suizo seguía gesticulando muy agitado y sujetaba por el freno al caballo que se movía ante él muy inquieto, mientras Mani agitaba un cuadernito negro, hasta que vimos a los marineros griegos bajar a meterle prisa, desenganchar el caballo, ponerle sobre la cabeza un saco gris y, animados por los gritos de júbilo de los pasajeros, meterlo también en el barco, despacito y entre los fuertes relinchos del animal. En cuanto Mani hubo subido tras ellos, recogieron la pasarela de esparto y el barco, que temblaba ya ansioso por zarpar, empezó a alejarse del muelle, dejando el coche del banquero suizo con el enganche sobre el pavimento y al enorme cochero entre desesperado y atónito en el lugar vacío que había dejado el caballo, hasta que se convirtió con el coche en un solo punto.

—Sí, querido padre, el caballo se lo llevó consigo, y si hubiera podido meter el coche en el barco también lo habría requisado, de la misma manera que si hubiera tenido la autoridad suficiente para llevarse al cochero de lacayo lo habría hecho, y se habría llevado hasta los adoquines de las calles, decepcionado y furioso como estaba contra todos los judíos ricos que lo dejaban partir con las manos vacías. Su voracidad era tal que si me hubiera detenido, aunque solo fuera un momento, a analizar su desesperación e insaciabilidad en lugar de observar cómo él y Linka bromeaban en inglés poniéndose mutuamente al corriente de los hechos de los últimos días, habría podido darme cuenta de que aquellas ansias de posesión no podría aplacarlas ni el más brioso de los caballos.

—¿El caballo? Ahora mismo te lo cuento… ¡Querido padre, eres como un niño!

—Enseguida… Yo, al principio, seguía presa del miedo y sobrecogido por una gran ansiedad, aunque reconozco que

mezclados con cierta sensación de placer cuando pensaba en el telegrama que en aquellos mismos momentos estaría cruzando el aire en dirección a vosotros, letra tras letra, por los hilos del telégrafo, avanzando sin trabas hasta el tejado de la oficina de correos, donde se le entregaría un papel grisáceo a Wicek que al punto montaría en su bicicleta para llevártelo a la oficina y entregártelo entre remesa y remesa de harina… Esos eran mis pensamientos mientras navegábamos por entre los vapores de Venecia, que magnífica y resplandeciente se desvanecía entre la neblina violácea. Empecé luego a concentrarme en el movimiento de las negras olas que se rizaban bajo nosotros mientras me sujetaba a la barandilla de la cubierta aspirando aquella nueva brisa salada: al principio me resultó muy agradable, como si fuera un niño al que mecen en una cuna, pero poco a poco comprendí que aquel movimiento ya no cesaría, al comprobar que cada vez se hacía más violento. El balanceo crecía y crecía y las primeras náuseas no tardaron en aparecer; tenía el cuerpo destemplado, sentí un sudor frío en los pies y empecé a vomitar con una gran sensación de alivio, arrojando al agua los bichos que habíamos devorado, la cena del hotel, la carne que habíamos comido en el tren hacia Venecia la noche antes y lo del día anterior a eso, oleada tras oleada, hasta lo más hondo del alma, que también habría arrojado al inmenso mar si hubiera podido, doblándome finalmente hasta caer inconsciente sobre las tablas de cubierta.

—Sí, un mareo como el que nunca habría imaginado. ¡Y pensar que el hombre puede pasar la vida entera sin saber que el mar no es más que una mezcla de ríos! Así fue como transcurrió para mí la mayor parte de los días del viaje, medio drogado por unos potentes somníferos en polvo que me preparaba el jerosolimitano, tendido sin fuerzas en la litera de mi pequeño camarote, al que acudían Linka y Mani para reanimarme con té inglés, bizcochos secos y unas gachas que yo vomitaba con toda facilidad. Intentaban levantarme el ánimo contándome alegremente las peripecias del caballo negro que, prisionero en las bodegas del barco, sufría como yo del mal del mar

y que no cesaba de cocear en protesta por habérsele impuesto aquel viaje ya que nunca había sido sionista, y si era su destino serlo por la fuerza, por lo menos habría preferido no ser pionero, sino esperar a viajar en el cómodo buque en el que viajaba el doctor Herzl, a ser posible en primera clase y escoltado por la flota alemana, ja, ja, ja…

—Ja, ja, ja…

—Nosotros somos gente de tierra adentro, sólidos ciudadanos de Centroeuropa y no me parece humano mecernos sobre las olas.

—Sin tregua, durante siete días. Hasta que llegamos a la isla de Creta, que le había dado el nombre al barco y donde este recalaba siempre en su ir y venir de Europa. Allí es precisamente donde nació Europa según la leyenda…

—Una sola noche. Es la noche que los marineros pasan en casa con sus mujeres. Yo pedí que me bajaran a tierra y allí, entre la arena y las rocas, me tapé con la manta y me aferré al firme suelo intentando volver a encontrar el norte mientras miraba cómo Mani y Linka bajaban el caballo negro con el saco gris sobre la cabeza, porque el capitán, no pudiendo soportar por más tiempo el atronar de las coces, había ordenado su desembarco.

—Sí, Linka también, porque mi mareo y el caballo los habían acercado mucho durante el viaje, aunque es ahora cuando sé que fue aquella clara noche estrellada, en esa solitaria y extraña isla, cuando realmente todo empezó entre ellos…

—Esa amistad, ese amor, esa relación, pasión, dependencia, compasión… o como quieras llamarlo. Desde el momento en que se había empeñado en subir el caballo al barco me había dado cuenta de que no era un hombre corriente, sino un Mani en el que parecían desdoblarse otros muchos «Manis»…

—El caballo lo vendieron aquella misma noche. Se adentraron en la isla con un comerciante judío en busca de comprador.

—¿Dónde no hay judíos, padre? ¡Dime! ¡Anda, dímelo!

—Le pidió que le ayudara a venderlo, porque por lo visto se había olido ya la astucia de aquella hija de comerciantes que sabría cómo

regatear bien el precio.

—Ya te lo he dicho, ¿no? Mujer y dos hijos.

—Pues claro que la vimos, una mujer muy apagada, algo mayor que él, una mujer que apenas salía de casa y a la que se le habían muerto tres niños recién nacidos.

—Aquella misma noche.

—Yo seguía tendido en la arena envuelto en la manta, mirando las estrellas, pareciéndome todavía que toda la isla se columpiaba en el agua, cuando hacia el amanecer los vi llegar a los dos y supe que algo había habido entre ellos, por la timidez con la que de pronto parecían tratarse, como si se temieran casi, y también por el modo como se me acercó Linka, casi excesivamente preocupada por mí…

—Habían vendido el caballo y llegué a sentir verdadera envidia al pensar que andaría correteando por las montañas.

—Me asombra que te intereses por un detalle de tan poca importancia…

—A mí no me preguntes, pregúntaselo a Linka que fue la que cerró el trato.

—Otros tres días, hasta Alejandría, y desde allí a Jaffa, el primer día de Rosh Hashaná.

—Ya no tenía qué arrojar… Las náuseas habían dado paso a una especie de sopor, como un adormilamiento del que no podía salir y la causa era una pócima tranquilizante con la que Mani calmaba a las parturientas. Por la mañana llegamos a Jaffa y me subieron a cubierta para que me reanimara un poco, no fueran a creer los turcos que les llevaba alguna enfermedad que diera lugar a una epidemia en Tierra Santa.

—No, no es exactamente un puerto. Los barcos echan anclas a cierta distancia de la costa y los estibadores llegan en barcas a recogerte con todo el equipaje.

—Ismaelitas, claro está.

—Habitantes del lugar.

—¿Ya estás otra vez con lo mismo? ¿Cómo que si son nómadas? ¿A dónde quieres que vayan?

—Definitivamente no, no son nómadas.

—En casas y en tiendas.

—No los conté.

—No te apresures a echarlos, no los desestimes…

—¿Los turcos? Adorablemente perezosos y corruptos… No nos preguntaron gran cosa. Ante ellos el pasaporte británico de Mani obraba milagros.

—Una luz prodigiosa…

—Porque nada le impide el paso, no hay arboledas, ni bosques…

—Algún que otro árbol aislado…

—Arenas blancas y suaves, doradas arenas que resultan muy agradables de ver pero por las que cansa andar porque los pies llegan a aburrirse de ellas.

—Una tierra de sol. Enseguida me di cuenta de que sol sería lo último que nos iba a faltar allí.

—Desde el puerto nos dirigimos directamente al tren.

—Naturalmente, un tren de los de verdad que va de Jaffa a Jerusalén, solo que es algo más estrecho y lento que los nuestros, casi de juguete; pero como llegamos en un día de fiesta y los trenes de pasajeros en la tierra de Israel también son religiosos, tuvimos que…

—¿Que te parece bien? Lo sabía…

—Se aguantan, porque saben que es el precio que tienen que pagar por vivir en Tierra Santa.

—Excesivo, sí. Pero como nosotros no queríamos quedarnos dando vueltas por las arenas de Jaffa y Mani le había prometido a su familia que llegaría para la fiesta, nos apresuramos a tomar un tren de mercancías que no puedes ni llegar a imaginar lo que transportaba. ¿Qué crees que llevaba, padre?

—Adivínalo…

—Adivina…

—¡Barriles de agua!

—Agua potable, porque había sido un verano muy seco en Jerusalén y necesitaban abastecimiento de agua hasta que les hicieran el trasvase del Danubio…

—Una sola tubería que cruza las colinas.

—Un desierto no, no llega a ser un desierto…, pero es una tierra muy abandonada, sembrada de rocas y piedras…

—Algunos olivos, arbustos, cardos y zarzas. Hay un olor a paja reseca mezclado con oleadas de un intenso aroma a menta…

—No, montañas no, padre… unas colinas pardas, como… como… no sé… colinas…

—Yo me sentía feliz porque nos estuviéramos alejando del mar, aunque resultaba un poco extraño estar entrando así en la tierra de Israel, en un vagón completamente cerrado, entre enormes y silenciosos toneles de agua. De cualquier manera me sentía encantado de haberme librado del endemoniado movimiento de las olas.

—Linka se había sumido en un profundo silencio. Sonrojada por el sol y vistiendo una ligera túnica egipcia que se había comprado en Port Said, estaba recostada en un rincón temerosa por el inminente encuentro que iba a tener lugar con la familia de su nuevo y extraño amor.

—¡Qué manera de insistir en el paisaje, como si fuera más importante que las personas…!

—Si ya te he dicho que se trataba de un vagón cerrado, con un solo ventanuco, de modo que no pude ver gran cosa… Creo que primero pasó cerca de una escuela agrícola… que se llamaba…

—Sí, eso es, y después por una aldea árabe de la que también he olvidado el nombre…

—Puede…

—No, no era grande, allí no hay nada que sea grande…

—¿Ya vuelves a estar con lo de las tiendas? ¿Pero por qué van a ser tiendas? Son chozas, barracas, casas de piedra enclavadas en el

paisaje como rocas…

—Puede que algunas tiendas, pero no vimos gran cosa porque allí oscurece enseguida. Tan pronto está el sol ardiendo en todo su esplendor como desaparece, de modo que estaba el tren todavía trepando con fatiga hacia Jerusalén cuando ya se nos había quedado el vagón entre penumbras.

—Llegamos a Jerusalén a las siete de la tarde, tras cinco horas de viaje y dos de estar detenidos.

—¿Una fosa?

—¿Cómo que una fosa?

—¿Que lo he dicho yo?

—¿Eso he dicho? ¿Por qué? Quizá… pues lo habré dicho…

—Lo habré dicho sin darme cuenta porque no lo es en absoluto, en todo caso sería un panteón bien elevado, ja, ja, ja…

—No pudimos ver mucho porque llegamos cuando ya había oscurecido. ¿Que cómo es Jerusalén? Una ciudad pequeña, pobre e inhóspita, pero nada provinciana, ni jamás podrá serlo…

—¿Espiritualidad? Es posible, pero, ¿en qué consiste? Puede que sea el mero hecho del nombre, Jerusalén. El nombre es su mayor garantía, un nombre mucho más grande que todos sus edificios, mezquitas, iglesias y murallas.

—Qué ansia pareces tener, padre, por conocer cada detalle. ¡Eres insaciable! Intento refrenarme para mantenerme fiel al hilo de la historia y no gritar ya su sangriento final, y tú me pides que te lo cuente como si del viaje de un peregrino se tratara… El caso es que llegamos ya de noche y no vimos ni murallas, ni edificios, ni torres, ni gente. Parecía una pequeña estación rural, más pequeña que la de Chozow, todavía más pobre que la de Wylicka, en la que no estaban esperando más que unos ismaelitas con unos carros para transportar los barriles de agua. Y mientras Mani se alejaba con el propósito de buscar quien nos llevara a nosotros, me puse a pasear con Linka junto a la vía para estirar las piernas: dos pasajeros solitarios de la lejana Galizia, avanzando hasta llegar al final mismo

de la vía, hasta una pequeña barrera hecha de un débil madero detrás del que ya no había nada más que espinos secos. Habíamos llegado a la última estación, que ya no tenía, por tanto, conexión alguna, a un punto definitivamente final.

—Si Dios quiere, padre.

—También hacia la Transjordania, ¿por qué no? Hacia el norte y hacia el sur, con la ayuda de Dios…

—Pero solo si los judíos también lo ayudan a Él un poco… Y Linka, que tan callada se había mantenido durante el camino, empezó de pronto a suplicarme que nos separáramos de aquel señor Mani y no fuéramos a su casa, que nos marcháramos inmediatamente y nos buscáramos una posada, como si no quisiera comprobar por sí misma que él tenía una casa y una familia. Pero yo me negué, porque alrededor todo eran campos, y Jerusalén, a aquella hora, parecía una mera parábola. Además, era ya prácticamente noche cerrada y, ya que nos habíamos perdido la celebración de la primera fiesta, todavía nos quedaba la segunda, a la que me consideraba invitado ya desde el oscuro pasillo de la parte trasera de los aposentos de Herzl en Basilea. Así que le dije que no estaba dispuesto a perdérmela, y antes de que supiera qué contestarme llegaron unos mozos que cargaron nuestro equipaje en dos carros ayudándonos a subir a ellos, dos carros bajos en los que se columpiaban unas lamparillas de aceite. Así fue como iniciamos aquel viaje nocturno por los campos, dando una inmensa vuelta para rodear la ciudad y no irritar a los que posiblemente estarían regresando a sus casas desde las sinagogas. Primero subimos a una colina alta en la que hay un orfelinato alemán muy grande que se llama Schneller, y desde allí bajamos hasta un campo donde tomamos un camino de cabras hasta una solitaria casa de piedra, una casa grande de dos pisos.

—Naturalmente, padre, todo ello fuera de las murallas. Existen ya unos cuantos barrios, muy pequeños y agradables, y no lejos de la solitaria casa de Mani se encuentra un barrio de judíos de Bujara con unas hermosas casas de piedra adornadas por una vegetación tal

que, si no supiera que acababa de salir de Suiza, creería estar entrando en ella…

—No, no son solo los judíos, padre; los árabes también están empezando a salir de las murallas porque la ciudad se les ha quedado pequeña…

—Sí, la suya quedaba separada, muy apropiadamente aislada entre aquellos dos días de la fiesta… Los mozos descargaron rápidamente todo el equipaje en un patio interior completamente empedrado de modo que nadie fuera testigo de la profanación de la fiesta, excepto un campesino árabe que, agachado junto a un pozo que allí había, ocultaba como podía el cigarrillo que se estaba fumando. Nuestro querido Mani, radiante y emocionado, en lugar de subir al piso superior para saludar a su familia que estaría esperándolo, entró directamente en la clínica que tanto había echado de menos mientras nos susurraba: «Venid». Entramos, pues, tras él en una gran sala llena de mamparas blancas que separaban las camas, la mayoría de las cuales se encontraban vacías, aunque algunas estaban ocupadas por mujeres embarazadas que nos miraron con curiosidad. Nosotros las saludábamos con una inclinación de cabeza, asombrados ante los grandes orinales blancos y relucientes que estaban allí en fila, cuando de la profundidad de la sala surgió una enorme matrona, rubia, vestida de blanco, que al ver que el doctor había regresado de sus viajes dejó escapar un grito de alegría mientras le hacía una profunda genuflexión pero sin poder tenderle las manos que llevaba completamente manchadas de sangre. Aunque yo no entendía el *spaniolit* que él le hablaba, supe que me estaba presentando a ella como un médico especialista que había venido de lejos para ver aquella clase de clínica y su equipamiento; una y otra vez repetía el lugar de donde veníamos, como si se tratara de un famoso centro médico, aunque seguía sin pronunciarlo correctamente porque Linka ya se había cansado de corregirlo.

—Cada vez que lo pronunciaba confundía alguna letra; si se esforzaba en pronunciar bien el principio, siempre confundía el final.

De cualquier modo, antes de que nos hubiéramos dado cuenta, la rubia comadrona, que había llegado a Jerusalén hacía varios años con una peregrinación durante la que había perdido la fe, nos llevó hacia la sala de partos. Al principio me asombró que aquella casa tuviera una sala tan ancha como esa, pero enseguida comprendí que no se trataba más que de una ilusión óptica, porque unos enormes espejos enfrentados cubrían las paredes intencionadamente mientras otros espejos móviles rodeaban la cama de la parturienta, de modo que la estancia, que se encontraba iluminada tan solo por dos lámparas, adquiría el aspecto de un espacio muy solemne. Seguía yo admirándome de cómo habíamos ido a caer en manos de aquel misterioso hombre que había logrado arrastrarnos desde tan lejos, cuando la comadrona nos acercó una jofaina con agua para que nos laváramos del polvo del camino y nos puso unos delantales con los que nos vimos reflejados una y mil veces como auténticos espectros…

—Sí, Linka también fue invitada a participar. Admirada y muy radiante parecía feliz porque no la hubiera llevado a la posada tal y como me había pedido, y observaba temerosa a la parturienta que yacía allí cubierta por una sábana, una mujer muy morena que parecía un ágil gato salvaje, el vientre abultado y las largas y desnudas piernas asomando…

—Lo que intento decirte es que estaba muy tranquila, padre, y me pregunté cómo era posible aquel sosiego. No olía a ningún narcótico y además se veía que estaba despierta, observando serenamente a los que habían entrado con unos ojos negros como el carbón, pero sin temor, porque parecía tener una completa confianza en la corpulenta partera que superaba todas las dificultades con la mayor tranquilidad. Mani sonreía ligeramente tras su barbita y con una inclinación de cabeza le indicó a la comadrona que continuara con el parto, de modo que casi parecía que, si no hubiera llegado de Europa para hacerle aquella la señal, el parto habría quedado eternamente congelado en ese punto… ¿Me oyes, padre?

—Sí. Porque hasta el día de hoy sigo viendo ante mí cada detalle de aquel silencioso parto que tuvo lugar la primera noche de nuestra llegada a Jerusalén, a la que habíamos llegado pero sin entrar todavía en la ciudad propiamente dicha, y desde la que a través de la ventana abierta entraba un incomparable aire fresco que traía mezclado un dulce aroma a hierbas, una brisa tan especial que podría decirse que constituye la verdadera grandeza de la ciudad. Linka me tomó la mano, casi clavándome las uñas, temblando, porque era la primera vez que veía de lo que es capaz un útero, y en los innumerables espejos que la reflejaban hasta el infinito vi que comprendía que eso es lo que un día le esperaría a ella. La asombrosa sueca, que se percataba de la siguiente contracción antes que la propia parturienta, que estaba distraída por la presencia de los nuevos visitantes, se había inclinado ahora sobre la cama y le había forzado a abrir las largas y morenas piernas, colocándose entre ellas y poniendo la cabeza muy cerca del útero, como si quisiera lamer las gotas de sangre que fluían, pero sin hacerlo. Empezó entonces a jadear respirando breve y rítmicamente, como un perro fiel que hubiera llegado a la meta en una carrera, y la parturienta, que había levantado ligeramente la cabeza para mirar en el espejo que tenía delante y que reflejaba el que tenía detrás, empezó enseguida a jadear como ella, hasta que la sueca cesó, momento en el que también lo hizo ella. La sueca le brindó una amplia sonrisa de felicidad que al momento se tornó en una mueca de sufrimiento, lanzó luego sus puños cerrados hacia los hombros, como si espantara a algún mal espíritu que se le hubiera posado en ellos, y la parturienta se elevó como un arco ligero imitando su mueca de dolor y expulsando el aire con fuerza. La apertura se hizo un poco mayor y un hilillo de sangre empezó a empapar la blanquísima sábana; no podía saberse quién sufría más, si la partera o la parturienta, porque antes de que esta gimiera se le adelantaba suspirando la comadrona, que había vuelto a empezar a jadear como un sediento perro rubio y grande incondicionalmente seguido por su fiel perra negra. Y todo eso, querido padre, multiplicado por

delante y por detrás, hacia arriba y hacia abajo, lo mismo que como las lágrimas que brillaban en los ojos de Linka, que estaba embelesada por el misterio de la vida que se manifestaba ante ella mil veces multiplicado. ¡Si hubieras podido ver entonces su belleza realzada por la blanca bata a la luz temblorosa de la vela! Nunca ha estado tan hermosa como allí y nunca volverá a estarlo, agarrada a mí y apoyada en Mani, que nos había rodeado a los dos con cada uno de sus brazos mientras nos susurraba en hebreo: «Ya lo veis, sin dolor, sin ningún dolor», a lo que asentimos con la cabeza porque creíamos firmemente que la corpulenta sueca absorbía para sí todo el sufrimiento.

—De momento él no hacía más que observar lo que estaba sucediendo en los espejos que nos rodeaban, en los que tenían lugar múltiples partos que curiosamente parecían distintos si no hubiera sido porque en todos ellos asomaba ya la rizada mata de pelo negro como el carbón de un cachorro humano, un pequeño y oscuro ser que había escogido nacer en el último momento de nuestro viejo siglo en lugar de esperar al siglo siguiente, al desconocido siglo XX. Así fue como finalmente resbaló con toda facilidad por el canal vaginal que parecía una boca bostezante, alentado en silencio por nosotros. Mani se dirigió rápidamente a un rincón, con unas tenacillas sacó de un puchero hirviendo un cuchillo curvo que goteaba agua, asió al recién nacido con una mano, lo levantó, le dio un golpecito en el hombro para que rompiera a llorar y después se apresuró a cortar el cordón; enjugó la sangre, tomó una toalla grande, envolvió al niño y con un gesto de máxima familiaridad lo puso en los brazos de Linka, que se quedó atónita. Por un momento me pareció que ella era la madre y él el padre, y al momento me traspasó un escalofrío porque tuve la seguridad de que con aquel gesto acababa definitivamente de hacerla su prisionera.

—No, padre, se trataba de un ismaelita, un pequeño musulmán, un diminuto niño amarillento de esos que no suelen sobrevivir, solo que este, milagrosamente, aún vivía en Yom Kippur y me miraba con sus amigables y minúsculos ojos de carbón.

—No, ¿por qué? Sí, las judías también, ja, ja, ja… ¿Ya empezabas a estar preocupado? Al día siguiente una judía dio a luz mellizos, niño y niña, y gritó de tal manera que ni siquiera la sueca fue capaz de tranquilizarla.

—No, ¿cómo? No tienes por qué preocuparte. También las judías paren lo suyo en la tierra de Israel…

—Se trata de una clínica abierta. Así es como él lo quiso, padre, una clínica multiétnica, sincretista, ecuménica, porque no podía haber sido de otra manera si quería sobrevivir…

—Ja, ja… un laboratorio humano…

—Podría verse así… En cuanto a Linka…

—Bueno, bueno, creo que ahora estás exagerando… Pero Linka… imagínate a Linka allí de pie vestida con aquella especie de batón, teniendo casi reverencialmente en brazos al pequeño recién nacido que había dejado de llorar, meciéndolo afanosamente para que se durmiera, y eso que acababa de nacer. Mani continuó un buen rato ocupándose de la placenta, como si pudiera contener otro niño, y la parturienta seguía tendida y en silencio, sin sentir necesidad alguna de hablar. Yo, por mi parte, permanecía allí en medio, todavía aturdido a causa del viaje, aunque feliz por sentir tierra firme bajo los pies y por haberme librado del vaivén de las olas, del traqueteo del tren y de las sacudidas del carro; el viaje había terminado, nos encontrábamos en Jerusalén y, aunque no la pudiéramos ver, la sentíamos al otro lado de la oscura ventana. El doctor Mani me llamó para que viera la placenta y me explicó algo para lo que su hebreo estaba tan poco preparado como el mío para entenderlo, por lo que yo no hacía más que asentir medio sonámbulo mientras observaba a aquel hombre corpulento y enérgico que tenía que ser un verdadero mago para haber logrado llevarnos hasta allí. La línea que llevaba de Jelleny-Szad hasta Jerusalén se me aparecía misteriosa, impenetrable, hasta imposible, aunque al mismo tiempo extrañamente dulce…

—Muy dulce.

—Pues eso es lo que yo sentía…

—Una especie de dulzura…

—¿Cómo dices?

—¿Sus hijos? Qué casualidad que los nombres precisamente ahora, porque de pronto los tuvimos allí al lado. Sin que nadie se apercibiera de ello habían entrado en la concurrida sala de partos porque les había llegado a la sinagoga la noticia de que su padre había regresado y habían hecho todo el trayecto hasta la casa corriendo. Al principio pareció que la sala se había llenado de niños, pero no eran más que dos, hermano y hermana, ilusoriamente multiplicados hasta el infinito en los innumerables espejos. La niña, de unos diez años, rechoncha y sin gracia, tenía unas patéticas trencitas y unos ojos de ternera perezosa; el hermano, algo mayor que ella, era un pequeño Mani pero a la vez muy distinto a su padre: delgado, melancólico, vestido con un traje negro, tocado con un fez y con cara de viejo. Se quedó observando atentamente a los extranjeros y noté que ardía en deseos de quedarse a solas con su padre, quien hábilmente cosía a la paciente mientras bromeaba con Linka, que finalmente había logrado dormir al niño. La comadrona se levantó para echar de allí a los niños, pero solo la hermana se dejó empujar, mientras el muchacho volvía a escabullirse dentro como una fina serpiente de mirada torturada y violenta. Al instante entró la madre de los niños y no fue difícil adivinar de quién habían heredado estos su melancólico aspecto, y la razón por la que el doctor viajaba con frecuencia y gustaba de llevar invitados a su casa. Se trataba de una mujer sumisa que padecía una enfermedad ocular crónica y que solo hablaba ladino, *spaniolit*, y al punto me di cuenta de la situación de peligro que se había creado, porque no era aquella una familia fuerte que pudiera neutralizar el nuevo enamoramiento del padre, sino que por el contrario no haría más que inflamarlo. Aunque el niño, que algo había empezado a sospechar, estaba ya en guardia, era demasiado joven para ser un obstáculo, y yo me sentía impotente para frenar todo aquello, sonámbulo como estaba por el viaje, embriagado ya por el aire de Jerusalén, del cual tomaba pequeños sorbos como si de un

excelente vino se tratara, y muerto de miedo por el solo pensamiento de tener que regresar navegando sobre las olas. Además, empezaba a presentir el peligro, querido padre, de que nos fuéramos sumergiendo en aquella ciudad, que en lugar de disuadirnos con su dureza de la idea de quedarnos allí nos absorbiera hasta el punto de que madre y tú os vierais obligados a seguir nuestros pasos, vender el molino, arrendar los bosques, dejar la casa y liberar a los criados…

—¿Que eso es lo que desearías?

—Padre, eres estupendo. ¿Serías capaz de venderlo todo? Eres un idealista, un auténtico sionista, un alma cándida…

—Porque eres un ingenuo, padre, mitad astuto comerciante, mitad alma soñadora. Déjame que te dé un beso…

—Venga, déjame que te abrace… desde que he llegado no he tenido ocasión de hacerlo…

—No ha sido tan fuerte, perdona, un momento…

—¿Cómo voy a haberte casi roto las gafas? Pero querido padre…

—No era mi intención hacerte daño, pero como parecía que te resistías…

—Perdona, lo siento, está bien…

—No veo por qué tienes que tildarme de loco porque te quiera…

—Lo siento…

—Sí, tienes razón, he cambiado mucho… ¿Qué hora es?

—No, espera, no me dejes así… Mira, el parto había terminado y la sueca, que había recogido las toallas manchadas de sangre y pesado al niño, se lo entregó a la madre y dejó entrar al padre para que viera al nuevo ser que había traído al mundo, que si se cuidaba bien podría llegar a vivir para ver el siguiente final de siglo. Aquel árabe era hombre de pocas palabras. Apenas miró a su mujer, le acarició fugazmente la mejilla y salió a desatar el burro para partir en medio de la noche hacia su pueblo, a casa, hacia su segunda o su cuarta mujer con la que engendraría otro hijo.

—Me han dicho que cuatro mujeres.

—Hasta cuatro…

—Todo lo más.

—Cualquiera sabe, lo multan o le confiscan la quinta, no lo sé… ¿Y a mí me lo preguntas que ni siquiera tengo una?

—No, la vivienda la tenía arriba, y al contrario de la clínica que resplandecía de puro limpia y que hasta podría decirse que era lujosa, el piso era pequeño y oscuro y se respiraba en él cierto aire de pobreza. Consistía en un comedor central rodeado de pequeñas alcobas llenas de trastos y ropa de cama, y la iluminación era tan débil que todo quedaba en sombras. La cena ya se había enfriado por culpa del parto, y por los platos que había puestos en la mesa me di cuenta de que no nos esperaban a ninguno de los tres, ni siquiera al propio Mani, cuanto menos a sus invitados, por lo que empecé a arrepentirme por no haber escuchado a Linka cuando me había pedido que nos fuéramos a una posada. «Estaba equivocado», le dije en un susurro. «¿Por qué no nos vamos ahora mismo?» Pero ella, encendida todavía por la emoción del parto, que se había apoderado de ella por completo, me disuadió al momento: «No hay que inquietarlo, es un hombre muy sensible». Así pues, nos quedamos allí, acercándonos a la mesa, indecisos aunque muy hambrientos, para tomar parte en una cena que no nos había sido destinada. En el otro extremo de la mesa, sin embargo, nos esperaba todo un personaje, la madre de Mani: una anciana de bello porte aunque prácticamente ciega y vestida de negro, como las mujeres griegas que habíamos visto en Creta, que parecen ponerse de luto antes de ni siquiera tener un muerto. Mani se acercó a abrazarla con grandes muestras de cariño, le besó la mano y nos presentó a Linka y a mí en un *spaniolit* salpicado de árabe. De nuevo me di cuenta de que me ensalzaba como si fuera un especialista de gran renombre, proveniente de un famoso lugar que él seguía pronunciando erradamente; en la penumbra de la habitación, unas pocas velas proyectaban sus siluetas en las paredes. Decidí volver a aceptar los honores que se me brindaban desde que había llegado a Jerusalén, y con una inclinación de cabeza tomé la marchita mano

de aquella hermosa anciana, cuya ceguera la hacía parecer aún más espléndida, mientras oía sus abundantes y generosas palabras de bienvenida. Linka, sintiéndose repentinamente celosa, también se le acercó y, tomándole la suave mano y besándosela con verdadera devoción, se presentó a sí misma. La madre se dio cuenta enseguida del alma agitada que había irrumpido ante ella, por lo que se levantó de repente y posó su mano sobre la cabeza de Linka para bendecirla, y hasta pareció que hubiese sido incapaz de apartarla de allí si no hubiera sido por el pequeño Mani que, ahora con aspecto de niño después de haberse quitado el fez y la chaqueta, se interpuso entre ambas…

—Solo madre. El doctor Mani nunca llegó a conocer a su padre y ni siquiera tenía una foto de él. Murió antes de que él naciera en una revuelta en una de las callejuelas de la ciudad. Fue su abuelo, el padre de su padre, quien, habiendo llegado expresamente a Jerusalén desde Salónica para visitar a la pareja, ayudó a la joven viuda durante un tiempo; después, sin embargo, en lugar de llevársela junto con el recién nacido, prefirió dejarlos en Jerusalén, mientras que él se volvió a su ciudad para no regresar más, por lo que Mani tampoco llegó a conocerlo bien, ni en realidad conoció jamás a otros parientes de su padre. Su madre fue así la única persona con la que se crio aquel mimado y amadísimo hijo único. Todo eso lo sabíamos ya desde las interminables noches de viaje por mar, cuando ambos se sentaban en mi litera para velar mi bamboleante espíritu mientras se contaban historias de la infancia.

—Historias que yo desconocía. Es posible que se las hubiera contado madre, o la abuela… hasta puede que las inventara…

—¿Un ejemplo…? Pues por ejemplo… No, padre, ahora no, pareces seguir sin comprender que no somos nosotros los verdaderos protagonistas de esta historia, sino aquel ginecólogo sefardí tan fino, astuto e ingenuo a la vez, al que la idea del suicidio rondaba desde hacía tiempo; idea que él intentaba ocultar para no asustar a los demás aunque se regodeaba pensando dónde encontraría un pretexto para llevarla a cabo…

—Aguarda… Antes fue aquella cena a la que nos habíamos visto obligados a invitarnos: una cena muy frugal consistente en pequeños platos de manzana, verdura hervida, granadas y sesos fritos; unos platitos de los que cada uno no era más que un símbolo de algo, de una súplica, una barrera contra el miedo, una defensa contra los enemigos, un deseo, una fantasía, aunque ninguno de ellos bastaba para saciar el hambre sino que no hacían más que abrirnos cada vez más el apetito. Así fue como Linka y yo permanecimos allí sentados escuchando la extraña melodía sefardí de las oraciones y bendiciones que se alargaban interminables, respondiendo ocasionalmente «amén» y tragando aquellos símbolos, y todo ello en cinco lenguas distintas que la oscuridad y el cansancio fundían en una sola.

—Linka y yo en yiddish, ladino entre ellos, de vez en cuando inglés entre Mani y Linka; con la mujer de Mani intentábamos hablar francés, y todo ello envuelto por el hebreo.

—Como la mujer de Mani entendía un poco de francés, Linka intentaba hacerla hablar para calibrar el alcance de su propia victoria.

—Consumida por las fantasías de su marido y siendo algo mayor que él, no se apercibió del peligro que de tan lejos había llegado, ni aquella noche ni en los días que la siguieron. Apenas prestaba atención a lo que decíamos, sino que parecía estar escuchando su propio zumbido interno, porque en realidad Linka y yo debíamos de parecerle unos niños no mucho mayores que sus propios hijos, aunque quizá con la escuela ya terminada; puede que hasta unos pobres huérfanos que le habían confiado a su marido en Basilea para que les sirviera de tutor, pues cuando hubo que buscarnos un lugar en el que dormir quiso que nos acostáramos juntos en las camas de sus hijos, que estaban en una alcoba contigua al dormitorio de ella. Pero Mani le susurró algo al oído mientras Linka y yo esperábamos balbucientes una mejor solución que enseguida encontraron: a la niña la pasaron a la cama de la abuela, Linka dormiría en la alcoba de los niños, mientras que el Mani niño y yo

bajaríamos a la clínica de la maternidad, donde se le ordenó a la sueca que nos rodeara de mamparas para separarnos.

—Por supuesto que fue un grave error, padre. Tendríamos que habernos ido a un hotel, porque me sentía como un intruso violando la intimidad de aquella casa oscura y amueblada sin gracia alguna. Pero ahora era precisamente Linka la que sentía una fuerte atracción por ella, y el solo hecho de saber que en cualquier momento iba a poder bajar para asistir a un nuevo parto la entusiasmó de tal manera que sin pensarlo un momento se apresuró a entrar en la habitación de los niños, se desnudó y se metió en una de las dos camas. Al poco rato también los demás se retiraron a sus habitaciones y yo me quedé solo a la mesa, donde estuve todavía un rato cortando furtivas rebanadas de la *jalá* para calmar el hambre que no había podido aplacarme aquella simbólica cena. Después oí a Mani subir la escalera, seguramente entusiasmado ante la idea de ver a su amada convertida en una niña que dormía en una alcoba tan cerca de su propia cama. Quise adelantarme a él, entré a verla y la encontré radiante allí acostada, los ojos abiertos de par en par; en la cabecera de la cama había una gran muñeca turca con un traje de vivo colorido, una especie de bailarina de la danza del vientre con pantalones de seda y tocada con un turbante escarlata. «Perdona, Linka», le dije, «tenías razón, mañana buscaremos una pensión y nos iremos de aquí», pero ella se incorporó enseguida, muy sonrojada, como si el sol de Palestina hubiera podido quemarla ya. «No, no hace falta, de veras», balbuceó, «aquí hay sitio, no podemos ofenderlo, ahora sé que nos tiene un gran aprecio, no le estropees este amable gesto de hospitalidad». Yo no dije nada, pero sentí claramente su agitación interior, puede que hasta la renovada esperanza que había nacido en ella ahora que había visto cómo eran su mujer y sus hijos. Me senté en el borde de la cama intentando decir algo solemne acerca del viaje que había tocado a su fin, pero sin encontrar las palabras. Mi tribulación era tal que solo alcancé a decir: «Pues bien, ya estamos en Jerusalén», a lo que ella me contestó enseguida: «Sí, ya hemos llegado y soy muy feliz». Esa

declaración tan simple, pronunciada en aquella miserable alcoba y en medio del desorden de los objetos de aquellos niños desconocidos, me pareció conmovedora porque fue además una afirmación terminante: «Soy muy feliz». Le sonreí con indulgencia sabiendo que el origen, la fuente de su felicidad no era precisamente Jerusalén, de la que todavía no había visto nada, sino otra muy distinta, y me consolé haciéndome la ilusión de que nada de todo aquello podría tener futuro. Encogida como estaba en aquella cama infantil y con la muñeca colgada de la pared por encima de su cabeza me preguntó muy seria: «¿Y tú, mi querido hermano, te sientes feliz?». «¿Feliz?», le contesté, como si yo pudiera ser feliz, como si alguna vez lo hubiera sido. «¿Por qué voy a estarlo? ¿Por ese niño prematuro que ha nacido? ¿Por estar aquí? Disponemos de nueve días para visitar el lugar y lo principal es que regresemos sanos y salvos, porque me he comprometido a devolverte a casa tal y como saliste de allí.» Al oír esas palabras se le nubló el semblante y murmuró muy impaciente: «Claro, claro, ya veremos», y me di cuenta de que en realidad escuchaba atentamente en dirección a la puerta donde parecía haber alguien que no resultó ser otro que nuestro anfitrión el médico, quien habiéndose quitado la corbata y la chaqueta permanecía allí en pie luciendo su corpulencia a través de la camisa abierta. Tenía los ojos enrojecidos y me esperaba para bajarme hasta el lecho que me había preparado la diligente e infatigable sueca, que entretanto ya se había lavado, se había cambiado de ropa y que ahora, descalza e irradiando una gran calma, me recibió y me mostró la cama que se me había destinado; una cama que aunque algo apartada de la de las mujeres quedaba muy cerca de ellas, como si por medio de una extraña fórmula me hubieran convertido en una de las parturientas. Y allí muy cerca también, al otro lado de una mampara, se encontraba esperando el Mani niño, intranquilo, de pie junto a la cama y vestido con un camisón similar a las túnicas con las que corretean los niños de los ismaelitas; en cuanto vio a su padre lo apartó de mí y lo arrastró hacia detrás de la mampara, donde se le abrazó mientras le

regañaba en ese *spaniolit* que ellos hablan, una especie de latín raquítico, porque llevaba ya varios meses esperándolo impaciente, y ahora que finalmente había llegado no venía solo sino con dos fastidiosos extranjeros. Pero el doctor, así lo notaba yo, no tenía paciencia para escuchar a su hijo y le contestaba impaciente, ya que lo único que ansiaba era subir hasta la alcoba donde yacía su nueva niña. Y entonces, sin previo aviso, el niño estalló en un llanto seco y amargo, un desconsolado llanto que traspasó el profundo silencio de la clínica. Yo me levanté y me acerqué a él, que al instante dejó de llorar y apartó la cara con furia, y entonces me dirigí a Mani muy enfadado porque se hubiera olvidado de contarle lo principal, lo del caballo negro. «Mira», le dije al niño, «tu padre quiso traerte un caballo». Al principio el niño rehusó escucharme; con la cabeza vuelta hacia la pared esperaba impaciente a que me fuera, entendiendo solo a medias mi hebreo asquenazí, pero poco a poco se fue dejando llevar por la historia y empezó a mirarme de reojo para ver los gestos que yo hacía mostrándole cómo habían tapado la cabeza del caballo con el saco gris y cómo lo habían metido con mucho cuidado en las bodegas del barco, donde se había encabritado de tal manera que nos habíamos visto obligados a desembarcarlo en Creta para soltarlo por los montes y devolverle la libertad. El niño me escuchaba ahora con atención y las lágrimas se le fueron secando; cuando no me entendía una palabra se la preguntaba a su padre, pero de pronto volvió a apenarse porque aquel caballo que habría tenido que llegar a Jerusalén se había quedado en Creta. «¿Dónde está esa isla?», le preguntó a su padre. «¿No podríamos volver a buscar al caballo?», le suplicaba. Mani me lo traducía y yo le prometí que cuando pasáramos por la isla en nuestro camino de vuelta rescataríamos el caballo y se lo enviaríamos, y así, poco a poco, terminó por tranquilizarse y acostarse, ese anciano niño jerosolimitano.

—Se llama Yosef, y desde Beirut no ha pasado un solo día sin que piense en él. Incluso aquí, en este oscuro rincón y a esta tardía hora de la noche, a miles de leguas de Jerusalén, su dolor me

atraviesa de nuevo como si me fuera disparado por un potente arco. ¿Le habrán anunciado ya la muerte de su padre? ¿Qué sabrá de todo ello? Todavía puedo verlo entre las mamparas y los espejos de la clínica, que imperceptiblemente comenzaba a derrumbarse, maldiciendo y odiando a Linka, y también a mí, porque, ¿sería, en realidad, capaz de distinguirnos? ¿Llegará alguna vez a entender que no fuimos más que un instrumento en manos de su padre, un desafortunado pretexto para lograr su verdadera pasión que estaré condenado a buscar el resto de mis días sin llegar a descifrarla y de la que tanto Linka como yo también hemos sido víctimas?

—¿Volver?

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Volver a pasar por todo aquello?

—No, no, yo ya he estado allí… y me ha bastado… ahora le toca a otro…

—¿Pero qué? ¿En qué idioma? ¿Qué se les puede escribir? ¿Qué podría contarles que no aumentara su sufrimiento?

—No, padre, no me parece una buena idea…

—¿Dinero? ¿Dinero? ¿Cómo que dinero?

—¿Pero por qué? Sería como reconocer una culpabilidad implícita… ¿Para qué?

—¿Pero qué culpa? ¿De qué estás hablando, padre? ¿De qué? ¡Eso es una locura! ¿Cómo que culpables?

—No, aguarda, padre, aguarda. No te vayas, padre, espera, espera, te lo suplico, no me dejes dando vueltas y más vueltas en la cama, como aquella primera noche en Jerusalén, una Jerusalén en la que ya estaba pero en la que todavía no había logrado entrar. Todo lo que había visto era esa solitaria e impresionante clínica y las estrellas de fuera, pero eso había bastado para darme cuenta de que también yo, ¿y por qué no?, también yo me sentía casi feliz aunque no se lo hubiera querido reconocer a Linka. Feliz porque la tierra no se ondulaba ya bajo mis pies y podía por fin apartar los pensamientos de mis entrañas revueltas y concentrarme en escuchar

el mundo, las voces, los pasos silenciosos y los susurros provenientes del piso de arriba, el ir y venir de la comadrona descalza, que parecía no dormir nunca y que estaba haciendo la ronda por entre las mujeres dormidas para ver a quién le iba a tocar ser la próxima en dar a luz. Y yo, acostado allí entre ellas, y pareciéndome estar de guardia en el hospital, me levanté a pedirle a la sueca un estetoscopio para escucharle el corazón al prematuro que acababa de nacer. Ya desde el lecho observé que las estrellas palidecían a la par que la oscuridad se levantaba despacito y empezaban a oírse los distintos sonidos del día: primero el dulce sonar de una campana, como si nos hubiera seguido hasta allí la iglesita de San Jodwiga de Oswiecim, y al momento, como si no quisiera ser menos, la clara voz del muecín…

—Son los cantores musulmanes que llaman a la oración, y aunque no soy musulmán de un salto me levanté de la cama, porque por el oído, que no por la vista, comprendí que había amanecido. Me lavé la cara sintiendo un hambre atroz y tomé la determinación de llegar hasta la mismísima Jerusalén y descubrirla por mí mismo en lugar de esperar a Mani, porque sus intenciones me parecían todavía más repulsivas desde nuestra llegada a la casa. Así es como salí encontrándome ya con una potente luz matinal, y orientándome por la dirección de la que provenían los distintos sonidos empecé a cruzar unos campos, pasando de cuando en cuando por delante de pequeñas casas, hasta que muy pronto fui a dar con las pardas murallas de la ciudad, en la que entré por una de las puertas yendo a parar a una callejuela; y a partir de aquella mañana y hasta el último día anduve de un lado a otro por la ciudad, porque el pavimento empedrado actuaba como un imán que atraía mis pies acelerándome el paso. Desde el primer momento empecé a asimilar completamente esa ciudad y desde entonces os llevo ventaja a todos los judíos, sionistas o no, porque yo he estado allí.

—He estado allí inspeccionando a fondo el pétreo útero del que salimos.

—No, no tanto a las personas, porque los judíos son iguales en todas partes. Solo que allí, en lugar de a los polacos tienen a los ismaelitas y, en vez de austríacos, turcos; y burros en lugar de caballos, y los cerdos han sido sustituidos por ágiles cabras negras que a veces, con sus barbitas, se me antojaban ser los antiguos judíos que para no tener que abandonar la ciudad después de la destrucción del Templo se habían encogido disfrazándose de ese modo.

—De un lugar a otro, a paso veloz y atento a todo, para aprenderme bien la ciudad y profundizar en su esencia y naturaleza mientras me admiraba de lo cortas que allí son las distancias. Desde nuestro Muro hasta la mezquita grande de las dos cúpulas no habrá más que unos pocos pasos y de allí a la iglesia del Santo Sepulcro otros cuantos más, y también están muy cerca las iglesias de los armenios, de los pravoslavos y de los protestantes. Todo está muy apiñado, una cosa junto a la otra, como si se entrara en una gran tienda de objetos religiosos cuyos estantes estuvieran repletos de maravillas y de los que el creyente no tuviera más que escoger lo que fuera más de su gusto…

—Simplemente se baja por una calleja que no tendrá más que unos codos de anchura y ya se llega al muro, a la pared o como lo quieras llamar, que es de un tono ligeramente grisáceo y en el que crece el musgo; en realidad se aparece ante uno casi igual a la fotografía que tienes colgada en tu despacho y hasta puede que sean los mismos judíos que se ven en ella los que siguen rezando allí. La verdad es que resultó muy de mi agrado, querido padre.

—¿Que por qué? Por su sencillez formal y su improvisada originalidad, porque no promete nada ni pretende engañar. Es como una parada final en la historia, como la barrera en la estación del ferrocarril, una pared sin ninguna abertura, sin rastro de oquedad alguna. ¿Qué más podría decirte, padre? Quizá que es posible que sea el explícito dique final para contener a los judíos de su eterna propensión a volver al pasado. Es como si dijera: «Alto, prohibido el paso a los judíos».

—Solo al principio, lo reconozco, me quedé allí parado contemplándolo, asombrado, casi emocionado, pero poco a poco me rehíce, me acerqué a las grandes y frías piedras y las besé, ja, ja, ja… ¿A que nunca te lo habrías imaginado? ¡Un consumado ateo como yo besando súbitamente no solo una piedra sino dos! Los judíos y judías que me vieron besar el Muro con la cabeza descubierta quisieron decirme algo pero no se decidieron, de modo que permanecí allí durante un largo rato dejando volar mis pensamientos, hasta que vi a un muchacho árabe que llevaba una bandeja de bollos dorados, se los compré todos por un tálero y me puse a comerlos uno tras otro; estaban tan exquisitos que nunca podré olvidar su sabor y, desde entonces, cuando pienso en esa pared, en el Muro, se me mezcla el sabor de aquella recién horneada y aromática masa como si lo que hubiera masticado fueran las mismísimas piedras…

—Es una calleja estrecha, un pasaje oscuro y frío, muy entrañable. A un lado están los restos sagrados con sus grandes piedras, y lo que hay al otro lado son viviendas con la ropa tendida volando al viento y llantos de niño, una combinación imposible pero real. Me habría quedado allí por más tiempo si los *shofares* que empezaron a ulular no hubieran hecho que me acordara de que vosotros, aquí, en los grises campos de Europa, estaríais impacientes a la espera de noticias nuestras. Unos hombres me mostraron el camino hasta la *sarwiyya*, la casa del gobernador turco, que se encuentra en el corazón del barrio cristiano y desde donde os envié el segundo telegrama, que me ha dicho madre que no consiguió sino aumentar vuestros temores. ¿Cómo fue eso?

—Pero por Dios, ¿qué es lo que decía?

—¿Cómo que resultaba enigmático? Pero si llamaron especialmente a un telegrafista turco que sabe alemán y juntos compusimos el texto del que recuerdo absolutamente cada una de las palabras: «Estamos bien. Saldremos para casa después de Yom Kippur».

—¿Felices?

—Pero si estoy seguro de que escribí «bien», ¿con qué derecho puso él «felices»? Tuvo que ocurrírsele a él; pero aun suponiendo que lo hubiera puesto yo, ¿por qué temisteis?

—¿Cómo que eso era todo? ¿Cómo es posible?

—Muéstramelo. ¿Es este el telegrama?

—¡Pero si faltan las últimas palabras! Pues pagué por ellas, tuvo que quedárselas el telegrafista, a no ser que se cayeran del hilo en algún momento del largo trayecto o que los polacos no se preocuparan de copiarlas…

—¿Cómo lo sabes?

—No sabía que fuera posible…

—¿Que se puede enviar el telegrama al lugar de origen? ¿Y qué dijeron?

—¿Que fue confirmado? ¿Cómo es posible? ¡Qué bribones! Pero si pagué cada palabra…

—Naturalmente, nunca os habría dejado con la duda… y muchísimo menos después de un silencio tan prolongado…

—¡Parece obra del diablo! Lo resumió según le pareció… Ahora recuerdo que no hacía más que cantarme las alabanzas de Jerusalén y lamentar lo breve de mi visita.

—Pero…

—Ah, mis queridos padres, razón tuvisteis de preocuparos… porque tiene que resultar realmente extraño recibir un telegrama que diga: «Estamos muy felices». La verdad es que era para sospechar… ¡Ay, pobrecillos! Pero a pesar de todo…

—Al decir «felices»…

—Aunque bien podría haber sido, querido padre, como tú tan astutamente dices, que estábamos prisioneros de la felicidad…

—Y en realidad aquel ginecólogo era en parte nuestro raptor. Tenía la habilidad de atraer y arrastrar a las personas con su mera presencia entre dulce y despistada, definitivamente imprevisible y que tenía la facultad de desaparecer de improviso. Ya me había dado yo cuenta de cómo manejaba a su familia, e incluso de la manera en

que el niño, el único que intentaba rebelársele, era constantemente reprimido. La misma sueca se encontraba completamente supeditada a él como una verdadera esclava y todavía sentía yo en mi piel el escalofrío de Linka cuando la noche anterior Mani, con un rápido movimiento, le había puesto en los brazos al recién nacido todavía manchado de sangre, imponiéndole, a pesar de ser ella una extranjera y una extraña, una intimidad forzada. ¿Cómo podría haber imaginado yo entonces que aquella carismática personalidad tan imaginativa y vivaracha no era real ni natural sino un falso reflejo, como el de los espejos giratorios de su clínica, mero espejismo de la destrucción y la ruina que apenas dejaba traslucir?

—Sí, constituía un verdadero peligro para Linka, que se veía tentada a convertirse en su enfermera o quizá en su enfermera y amante…

—No, no es ninguna locura…

—Es una conclusión lógica. Todo había empezado a entrar dentro del límite de lo posible. Yo mismo había empezado a sentir aquella mañana una inmensa paz muy próxima al nirvana, una perfecta comunión con la transparente luz matinal. Me movía por el atractivo mundo de colores de los puestos de fruta, las alfombras y los objetos de cobre, acompañado por el salvaje y ahogado sollozo del toque de los *shofares*, disfrutando todavía del hecho de hallarme en tierra firme y sintiendo la inmensa felicidad que tanto tuvo que impresionar al telegrafista para que tomara la iniciativa de cambiar unas palabras y eliminar las que os anunciaban la fecha de nuestra partida de Jerusalén, de modo que aquí, a miles de leguas, os llegaba este inocente telegrama gris que os hizo comprender la amenaza implícita en las palabras que por casualidad ya no aparecían en él. ¿No te parece maravilloso, padre?

—Sí, querido padre, una amenaza, la amenaza de la felicidad que también es amenaza. Por eso me di cuenta de que si quería permanecer en Jerusalén como mero peregrino, aunque fuera como un peregrino agnóstico, lo primero que tenía que hacer era apartarme del doctor Mani y sus mujeres y encontrar una posada, a

ser posible de peregrinos, para lo que no tuve que esforzarme demasiado porque las había por todas partes. Se trata de pequeñas hospederías que ofrecen techo, cama y desayuno, y en aquel momento me incliné precisamente por una inglesa en la que hablaran la lengua que Mani llamaba del futuro. Cerca de la puerta de Jaffa me mostraron una llamada Christ's Church, la iglesia del Salvador, que es a la vez casa de huéspedes y seminario para el estudio de las Sagradas Escrituras. Y el amable director, un sacerdote escocés muy bien parecido y de rojiza barba, aun dándose cuenta de que yo no era ni inglés, ni peregrino, ni nada parecido, sino un simple judío de Galizia en busca de hospedaje, me aceptó benevolente, me condujo hacia el patio interior de la capilla y, después, hasta una habitación oscura que daba a un verde *wadi* y en la que había una sola cama, pero no le pregunté por otra cama y una mampara porque sabía que, si pronunciaba una sola palabra acerca de llevar allí a mi hermana, me echaría al instante.

—Eso es lo que creí, y estaba tan contento con la habitación y la posada que enseguida dejé el sombrero encima de la cama tomando posesión de ella y salí de allí para regresar a la casa de Mani por los polvorientos caminos que cruzan unos pequeños barrios de judíos, arrancando alguna hoja aromática de los arbustos que encontraba a mi paso y saltando por encima de las rocas…

—Edificios aislados, alguna calle, los cimientos de un nuevo barrio, una escuela, un hospital, una posada o un sanatorio. La Jerusalén de fuera de las murallas no es todavía más que un cúmulo de ideas aisladas, el capricho de unos pocos que escogen una colina y proyectan en ella sus sueños, sus pensamientos; unos pensamientos todavía inconexos sin vías que los unan, sino conectados a la ciudad amurallada por senderos ocasionales que se han ido formando por la perseverancia de los caminantes. Y así, sediento y deshidratado, errando el camino una y otra vez a causa de la ausencia de ruidos por los que guiarme y envuelto en el profundo silencio matinal de un día festivo, llegué finalmente a la casa de la que tan temprano había salido y que ahora parecía

desierta. La sueca me urgió a marchar enseguida hacia la sinagoga de la congregación de Bujara diciéndome que la oración estaría a punto de finalizar. Y, en efecto, cuando llegué allí vi que ya salían los fieles, entre los que se encontraba un doctor Mani que avanzaba muy altivo con la enorme bolsa del taled bajo el brazo. Rodeado por un grupo de congregantes guiaba muy despacio a su menuda e invidente madre, asistido por Linka y seguido muy de cerca por la hija, mientras el joven Mani, vestido de negro como parecía ser su costumbre, avanzaba unos pasos detrás, solo y abandonado, como el reclamo al final de la página que debe esperar a que sea leída toda entera para saltar y dar comienzo a la página siguiente.

—Sí, también nuestra querida Linka. Imagina, ella, a la que resulta imposible levantarse de la cama antes de media mañana en un día de entre semana, y no digamos un sábado o cualquier día de fiesta, se había despertado con la aurora y había asistido con el doctor a la sinagoga, donde había permanecido pacientemente, durante largas horas, en la sección de las mujeres, entre la madre de Mani y otras ancianas, con un pañuelo negro cubriéndole la cabellera y escuchando atónita pero con gran placer la entonación y melodía sefardíes de las oraciones que, careciendo del fluctuante tono llorón de las nuestras, tienen un ritmo muy alegre y que quizá estén influidas por las canciones militares del ejército turco en sus campañas por los Balcanes.

—Había permanecido allí sentada, esperando pacientemente con el *majzor* sobre las rodillas, y ahora, en el patio de la sinagoga que hervía de fieles, estaba obteniendo su recompensa, porque Mani había empezado a mostrársela a todo el mundo. La presentaba como una gran dama; paraba a los amigos y vecinos, se quitaba el sombrero y hablaba de ella como si de una prodigiosa joya se tratara, mientras ella, participando en la ceremonia con sus graciosas genuflexiones y tendiendo la mano con aristocrático gesto, no lograba más que atraer todavía a más gente. Aunque Mani le doblaba con creces la edad, la trataba con gran deferencia, y ahora,

al recordarlos allí, al calor del mediodía, no puedo por menos que pasmarme de mi ceguera.

—Porque no me cabe la menor duda de que para entonces había tomado ya la determinación de que se suicidaría por ella. Esa era la razón por la que la tenía en tan grande estima; no por sí misma, sino por el terrible desenlace al que ella lo llevaría, y eso no hacía más que aumentar su desesperación y su deseo de destruirse, de aniquilarse. Y la desgracia que planeaba ya sobre él había empezado a envolver también a Linka, a inundarla por completo, como si también a ella tuviera que sucederle la misma desgracia, padre, una desgracia todavía mayor que la que debía suceder, de la que al final le sucedió a él. Por eso era ella tan importante para él, no ya tanto por su persona sino por todo lo que la rodeaba. De modo que había dejado de ser nuestra querida Linka, la muchacha de veinte años ligeramente rellena, de brillo en la mirada y tan risueña, que había salido de una finca llamada Jelleny-Szad para convertirse en la representante o emisaria de otras mujeres, de un sinfín de mujeres, embarazadas y no embarazadas, unas madres y otras a punto de serlo, pero todas ellas incomparablemente más bellas y maduras que Linka y que formaban una larguísima fila detrás de ella, mientras el robusto y amable ginecólogo pretendía contenerlas a todas dentro de sí, redimirlas por medio de los trágicos y grotescos espejos que había colocado en las habitaciones de la clínica, absorberlas a todas a través de aquella muchacha pelirroja que había ido a parar al Tercer Congreso Sionista…

—¿Yo, padre? Puede que tengas razón y que no fueran más que alucinaciones mías, porque me encontraba bajo el tórrido sol de finales del verano, que dicen es peor que el del mismísimo verano. Tenía los zapatos polvorientos y estaba desbordado por las impresiones de la mañana en la ciudad amurallada; lo único que quería era poder descansar, pero el doctor Mani no tenía la menor intención de permitírmelo porque se me acercó presuroso para darme a conocer a los fieles. «Les presento al doctor Shapiro», anunciaba. «Es un pediatra del imperio de los Habsburgo que ha

venido del congreso sionista con el fin de estudiar los métodos de mi clínica.» Yo me incliné a besarle la mano a su delicada madre, porque había observado que nuestros besos polacos eran muy de su agrado; le hice también una caricia a la niña y saludando con el sombrero me encaminé hacia la casa de la que salían unos fuertes suspiros. En el patio, junto al pozo, se encontraban esperando dos judíos ortodoxos que saludaron al doctor rogándole que se apresurara a entrar, mientras allí fuera, en un cesto de mimbre, descubrí al prematuro que había nacido la noche anterior, completamente desnudo, expuesto al sol, que en opinión de Mani era capaz de derretir las células de la hepatitis que llevaba en la sangre; y entonces, sin estetoscopio, me agaché y posé la oreja contra su pequeño corazón comprobando que seguía batiendo con fuerza y que respiraba con una considerable energía.

—No, padre, a ese parto yo ya no asistí, ni a ningún otro. Yo no había ido a Jerusalén para atender partos sino para aprender y conocer la ciudad. Por eso me volví al lecho y dormí un largo y dulce sueño, y después del atardecer, cuando el sábado había salido ya, le conté a Linka que me marchaba a la casa de peregrinos Christ's Church y sin pedirle que me acompañara me limité a decirle: «Tenías razón, quizá sea mejor que te quedes aquí, no vaya a ser que se ofenda. Líbrate de mí por unos días y disfruta de todos esos partos para que cuando te toque a ti puedas dar a luz con esa misma alegría y sin dolor». Al principio pareció asustarse de mi resuelta decisión de marcharme y ahora sé que ese distanciamiento que yo mismo me impuse fue lo único que, llegado el momento, me dio fuerzas para romper las cadenas que la tenían cautiva…

—Nos mantenía cautivos, padre, sin que nosotros lo supiéramos…

—No. Aquella misma noche todos acudieron a acompañarme: Mani, sus hijos, Linka, claro está, y hasta la sueca, que «quería un poco de tranquilidad y aire fresco». Cada uno de ellos llevaba un bulto de mi equipaje y así fue como nos encaminamos hacia la puerta de Jaffa; los subí a todos a la habitación, abrimos la ventana,

vimos la iglesia rusa con sus torretas en forma de doradas cebollas y después entramos en el seminario anglicano, donde estuvimos tomando té con los sacerdotes, que quedaron encantados del inglés de mis acompañantes. Después llevé a Linka a ver el Muro, pero ella se quedó delante en completo silencio, algo distante, por lo que le dije asombrado: «¿No vas a besarlo? Yo, esta mañana, lo he besado dos veces». Pero ella se negó. Después nos despedimos y así es como le di la libertad.

—No. Naturalmente que nos vimos después, pero era la primera vez que yo la dejaba completamente, y ella lo sabía…

—Lo que quiero decir es que siempre os habéis quejado de que la persigo, de que me entrometo en sus asuntos, de que siempre pretendo influir en ella, de modo que esta vez decidí dejarla libre…

—Literalmente.

—Las diez noches en la habitación de los niños, junto al dormitorio de los padres, con la muñeca turca del turbante bailando por encima de su cabeza.

—¿Su mujer?

—Ah, la niña… en la cama grande de la abuela.

—El niño, detrás de la mampara, abajo.

—No lo sé.

—Es posible…

—Alguna vez.

—¿Por las noches?

—Puede… ¿cómo lo voy a saber…? Yo me encontraba a bastante distancia de allí.

—Naturalmente que pagando. Porque no era británico, ni peregrino… Ni el mismísimo Salvador se habría librado de pagar…

—Media libra esterlina al día.

—Un tálero.

—Cierto que no era barato, pero me trataron como a un rey y también hicieron todo lo posible para que estuviera cómodo. ¡Y su

aguardiente, padre, insuperable, destilado por el mismísimo Espíritu Santo!

—La ciudad, padre, la ciudad.

—No, sus gentes no. La ciudad misma siempre superará a sus habitantes. Me sumergía en ella lleno de entusiasmo, la observaba estrato a estrato, vagaba por ella y por sus alrededores sin descanso, porque enseguida supe que nunca regresaría.

—No, padre, Dios me libre, no es que esté en contra de Jerusalén, pero ahora sé que puedo vivir sin ella, como si no existiera. He tenido la lucidez de saber librarme de ella, del sueño en el que todos vosotros os movéis luchando entre la realidad y la imaginación, sintiéndoos culpables y culpando a los demás, temiendo ir y temiendo quedaros, dudando siempre. Yo, por lo menos, he tenido la honradez de librarme de eso, porque ahora ya sé lo que dejo…

—Por las callejuelas, por los zocos, los patios, dentro y fuera de las murallas…

—No siempre estuve solo porque, cuando se dio cuenta de que la ciudad me interesaba tanto, a veces iba a buscarme con Linka para acompañarme; y como estaba encantado de podernos presentar en público y de anunciar su regreso, un día nos invitó a tomar el té de la tarde en casa del cónsul británico, que era su protector, donde Linka encandiló a todos con su delicioso inglés. En otra ocasión, una mañana, visitamos por sorpresa al *pasháturco*, que nos sirvió un café muy amargo, mientras que en la residencia del patriarca armenio degustamos un finísimo vino. Y un día alquiló Mani un coche de caballos y subiendo en él a su madre, sus dos hijos, a Linka y a mí, nos llevó a una aldea ismaelita que hay en la ladera de una de las colinas de Jerusalén. Fuimos a casa de un *sheij*, un venerable anciano y viejo amigo de la familia que por lo visto había conocido al padre y al abuelo de Mani y al que este seguía visitando los días festivos. Al llegar nos pasaron a una gran sala en la que se encontraba el anciano sentado sobre un cojín y de espaldas a un magnífico tapiz en cuyo centro había clavada una daga. Se

encontraba rodeado de sus familiares y me di cuenta de que la mayoría de ellos padecía una enfermedad ocular. A pesar de ser un hombre muy importante manifestó un gran entusiasmo ante nuestra visita y sobre todo parecía ser un ferviente admirador de la madre de Mani, ante la que no cesaba de inclinar la cabeza mientras le escogía las mejores frutas que allí había en una bandeja y se las ponía en el plato: un higo, una manzana o un racimo de uvas, animándola continuamente a comer, hasta el punto de que a ratos casi parecía que le fuera a acercar la fruta a los labios con sus temblorosas manos. También manifestó su alegría cuando nosotros le fuimos presentados, y creyendo que Mani había tomado una segunda esposa se dirigió a Linka como «Madame Mani» y le puso también un racimo de uvas en el plato. Sus familiares, sin embargo, se interesaron más por mí y me preguntaron si había llegado para establecerme o simplemente de visita. Me pareció que Mani, que hacía las veces de intérprete, intentaba explicarles que aquello no era más que una visita pero con vistas a establecerme en la ciudad en un futuro, por lo que yo me apresuré a alzar la mano y agitándola les dije una palabra que había oído por las calles de la ciudad amurallada: «*Jalas*!», que significa «basta», y eso pareció gustarles mucho porque todos se echaron a reír repitiendo «*jalas, jalas*!». Mani, sin embargo, pareció muy afligido y en el coche, durante el camino de regreso, pude notar por primera vez su temor ante nuestra ya próxima partida, porque me susurró de pronto: «¿No podríais, después de todo, esperar a que pasen las fiestas y ver por lo menos cómo llega el otoño a la tierra de Israel?».

—El otoño.

—Simplemente porque quería aferrarse a algo, pero yo había tomado la firme determinación de no permanecer allí ni un solo día más de lo planeado, a pesar de que cuanto más conocía la ciudad más me estaba gustando. Como Mani se había apercibido de mi insaciable curiosidad, a veces me enviaba a su hijo para que me sirviera de guía, aunque también es posible que su verdadero propósito fuera el de mantenerlo alejado de la casa. Y así, durante

las últimas mañanas, me despertaba ya tarde, y bajando a la silenciosa capilla me encontraba al pequeño Mani junto a la pila bautismal o detrás del altar, y a veces lo sorprendía predicándose a sí mismo, enfervorizado con su iracundo rostro de viejo.

—Hebreo; aunque constantemente se enfadaba y se mofaba de mi pronunciación que, a su parecer, convertía lo que yo hablaba en otra lengua. Además se negaba a entenderla, por lo que tenía que esforzarme en corregir absolutamente cada sílaba. A pesar de ello resultaba un agradable compañero de paseo, porque le gustaba mucho andar y tenía siempre un sinfín de ideas para visitar de la forma más curiosa los más diversos lugares. Así fue como durante los últimos días de nuestra estancia en Jerusalén me llevó a pasear sobre todo fuera de las murallas, hacia el monte de los Olivos, en el que por cierto no hay olivos sino tumbas, donde permanecíamos largamente entre los rebaños de cabras negras deleitándonos con la vista de la ciudad, para bajar después hacia la iglesia pravoslava, la iglesia de Santa Isabel, que él llama la iglesia de las cebollas. Seguidamente me llevaba por la colina del Mal Consejo hasta el terreno ruso. Me di cuenta enseguida de que él parecía buscar la amistad de los soldados turcos, que se sentía atraído por sus puestos de guardia y que siempre los saludaba desde lejos con la mano a la vez que les gritaba unas palabras en turco. Mientras, yo, que seguía teniendo la misma sensación de espacio cósmico, no hacía más que repetirme: «Me estoy liberando de esta ciudad para siempre; ya no sentiré rencor hacia ella ni la veré como un ideal». Paseando con el niño volvía a adentrarme por las callejuelas del zoco, por los patios, y me daba cuenta de que ya no era un extraño en Jerusalén, porque los vendedores árabes y judíos que tan solo unos días antes me seguían simplemente con la mirada, empezaban ahora a detenerme para saludarme, y entonces supe que había llegado el momento de poner fin a nuestro viaje.

—Linka continuaba hechizada por los filtros de la clínica. Ayudaba al médico y a la partera y, a veces, por la noche, en mi lecho de la

posada Christ's Church, me parecía que yo me encontraba en Cracovia y ella en Jelleny-Szad, tan alejada parecía estar de mí.

—No, en Yom Kippur no estuve solo, como habría sido mi deseo, sino que cedí ante sus ruegos de ir a tomar con ellos la comida que precede al ayuno. Y allí, sentados todavía a la mesa una vez finalizada la comida, de nuevo volvió Mani a pedirme que retrasáramos el viaje. Yo, al principio, intenté escabullirme con evasivas, hasta que al final le dije: «Me esperan mis pacientes», aunque en ese momento era incapaz de acordarme de ninguno, excepto del pequeño Antony con el que juego a las damas después de cada visita.

—Sí, con Szimek también suelo jugar… ¿Cómo pude olvidarme de Szimek? ¿Qué tal está?

—¡No es posible! ¡Oh, Szimek…!

—Sí…

—Mañana…

—Dios mío, Szimek… ¿Pero dónde estaba? Ah, sí, en la comida que precede al ayuno, cuando él me rogó que nos quedáramos y yo me puse a hablar de mis pacientes mientras Linka permanecía en silencio. Y entonces, de repente, me propuso abiertamente que regresara yo solo y que Linka se quedara hasta el final del otoño o hasta la primavera, pues él en persona la acompañaría de vuelta a Europa, ya fuera hasta Venecia o incluso puede que llegara con ella hasta Jelleny-Szad. Habiendo dicho eso se hizo un profundo silencio alrededor de la mesa. Linka se ruborizó y los ciegos ojos de la madre, que solo adivinaba lo que estaba pasando, se volvieron hacia nosotros, mientras el niño se mordía los labios. Ponderando cuidadosamente mis palabras dije: «Aunque Linka ya no es una niña y es libre para disponer de su vida, me siento en la obligación de devolvérsela a sus padres. Una vez allí podrá, por supuesto, iniciar un nuevo viaje y regresar». Vi que ella quería rebelarse pero que se dominaba. La madre de Mani movía la cabeza en una y otra dirección para seguir las sombras que se movían junto a ella, y su mujer empezó a quitar la mesa paseando la mirada de su marido,

sonrojado por el amor que lo desbordaba, a Linka, preguntándose a dónde habría ido a parar la niña que su marido había traído de Europa y que en pocos días se había convertido en una joven mujer. En aquel momento se oyó un extraño alarido proveniente del piso inferior y al momento un grito asustado lanzado por la partera. Mani se levantó al instante seguido por Linka y por mí, porque habíamos comprendido que no se trataba del grito propio de los dolores del parto sino de algo mucho peor. Pero Mani nos detuvo con firmeza y nos rogó que termináramos de comer y nos dirigiéramos a la sinagoga, de modo que bajó solo. De este modo seguimos comiendo en silencio hasta que Linka, de repente, se volvió hacia mí, enfurecida, y en polaco, que no en yiddish, me espetó: «¿Qué significa eso de que tienes que volver a llevarme?». «Esa es mi obligación», le contesté con mucha calma, «no tanto por padre como por madre, que está muy enferma, así es que vayamos ahora a rezar por ella». Seguidamente me levanté, le di las gracias a la mujer de Mani por la comida y le pedí al niño que me llevara a su sinagoga.

—¿Cómo que por qué?

—No lo dije para alarmarla sino para que reaccionara…

—De otro modo, padre, no habría regresado… nunca habría regresado…

—¿Cómo que la atemoricé? Pero si… No tiene importancia…

—No…

—No tiene importancia…

—Ya te he dicho que no tiene importancia. Nos dirigimos hacia la sinagoga sefardí, donde innumerables velas ardían por todos los rincones y que más bien parecía una mezquita por la abundancia de alfombras que cubrían el suelo y por los bancos cubiertos de cojines que bordeaban las paredes. El niño me llevó hasta el lugar reservado a su padre, donde me cubrieron con un taled, pues entre los sefardíes no es necesario estar casado para ponérselo. Empecé a dejarme llevar por sus melodías, que poseen un ritmo muy alegre, por sus monocordes súplicas tan diferentes del tono plañidero de

nuestros cantos, hasta que en el silencio de la oración de la *amidá* me di cuenta de que Mani se encontraba ahora a mi lado, envuelto en el taled y con restos de sangre cuajada bajo las uñas, momento en el que me susurró febrilmente: «El niño ha muerto y desconozco el motivo». Quise decirle algo pero él me interrumpió diciendo: «No ha sido porque el cordón lo haya asfixiado.» Luego ya no dijo nada; solo de vez en cuando se levantaba para unir su voz a la del cantor mientras permanecimos allí hasta bien entrada la noche.

—Sí, también yo.

—Fui incapaz de salir. Después regresamos atravesando los desiertos campos, juntos, con paso pausado, mientras el niño, según su costumbre, nos seguía como la negra y solitaria palabra del reclamo que espera al final de la página a que se la pase. Ya desde lejos observamos que junto a la clínica esperaban dos hombres con ropas de diario, trabajadores de una de las granjas próximas a Jerusalén, y en la gran sala, iluminada solamente por la débil luz de la luna, vimos a la mujer tendida, con el rostro vuelto hacia la pared y al marido inclinado sobre la cama intentando que lo mirara. Mani pasó junto a ellos sin detenerse mientras yo lo seguía a cierta distancia; le entregó la bolsa del taled a la comadrona y tomándome del brazo tiró de mí hacia la sala de partos para mostrarme al recién nacido que descansaba en un rincón sobre una mesita, envuelto en una toalla doblada. Era una niña perfectamente formada, aunque ahora violácea, y tenía los ojos cerrados de forma que parecía encontrarse plácidamente dormida. Mani la alzó, la sacudió y le dio una palmadita en el hombro, como esperando todavía que brotase el llanto; después la depositó con sumo cuidado sobre la cama de partos, como si fuera a ser capaz por sí misma de dar a luz otro niño, y me preguntó si recordaba la asignatura de patología. Como asentí con la cabeza, me propuso que le realizáramos la autopsia a la niña con el fin de dilucidar la causa de su muerte. Aunque yo, al principio, intenté disuadirlo, sus ansias por saber de qué había muerto le habían puesto ya en la mano un escalpelo, y andaba buscando el punto por el que empezar cuando un ruido proveniente

de la cortina lo detuvo. Allí, a la luz de la luna, encontramos escondido al muchacho, y cuando intentábamos echarlo nos topamos en la puerta con el padre, que quería a su niña porque los amigos que esperaban fuera habían llegado para llevarlo junto con su mujer de regreso a la granja. Mani intentó que esperaran, pero después accedió, envolvió de nuevo a la niña, que parecía un gran pájaro dormido, y de mala gana se la entregó al padre. Les pedí que me acercaran a la ciudad en el carro y, compartiendo su dolor, me llevaron hasta la puerta de los Leones, por la que entré en la ciudad en dirección a la gran mezquita. La ciudad se encontraba sumida en el mayor de los silencios y, como yo tenía que atravesar sus vacías callejas hasta la torre de David, intenté levantarme el ánimo cantando una de aquellas canciones sefardíes que parecían una marcha militar; pero la melodía se negaba a acudir a mi mente, mientras la imagen de la niña echada en la cama de partos me perseguía sin descanso aumentando mi ya de por sí angustiosa preocupación… ¿Me estás escuchando, padre?

—Mi preocupación por Linka…

—Estaba tan intranquilo que a la mañana siguiente me desperté muy temprano y no pude pasar el Yom Kippur oculto en Crist's Church como era mi intención, sino que me dirigí de nuevo a casa de Mani, hambriento y sediento, obligado a participar en aquel ayuno en contra de mi voluntad. Cuando entré en la casa la encontré vacía y en completo silencio, pues incluso la comadrona sueca se había marchado a la sinagoga y en el piso superior el fuego estaba apagado y el fogón frío. Me apresuré, pues, a salir para la sinagoga y, cuando estaba ya muy cerca, vi llegar desde el norte un carruaje del que Mani se apeó con su maletín y muy mala cara, pues según me contó regresaba de luchar, sin éxito alguno, por un enfermo. Entramos juntos en la sinagoga y hallamos a la congregación de fieles en pie pronunciando la *avodá*; las marchas militares de la noche anterior habían sido ahora sustituidas por unas melodías tan tristes que le partían a uno el corazón. Nos dirigimos hacia nuestro banco y nos unimos a la oración, y allí, tras el blanco

visillo, descubrí a Linka, que nos había visto entrar, sentada, inmóvil, la cabeza cubierta por el pañuelo negro, junto a las mujeres de la casa: la madre, la mujer, la niña y hasta la sueca que había encontrado un sitio en el rincón más apartado, cerca de un ventanal por el que se filtraba aquella luz jerosolimitana que tanto me había impresionado desde mi llegada a la ciudad y que solo el último día, durante el servicio del Yom Kippur, después de contemplarla durante horas desde mi sitio, creo que pude empezar a comprender.

—Se trata de una luz, padre, compuesta por dos luces que pugnan por prevalecer: una de tono amarillento, que afluye libremente desde el desierto, y otra azulada, que nace en el mar y trepa lentamente hasta alcanzar las colinas, absorbiendo por el camino la luz de los olivos y las rocas, hasta chocar ambas en Jerusalén intentando vencerse mutuamente y fundiéndose hacia el atardecer en un tono de vino claro que se vierte de rama en rama desde los árboles hasta tornarse en un rojo cobrizo que, al posarse en aquel momento en el extremo de la ventana, incitó a los orantes a ponerse en pie para pronunciar bramando la *neilá*, que se derramó por el estático mundo exterior entre clamorosas súplicas. De nuevo había empezado Mani a competir con el cantor, entonando también él a gritos los sucesivos versos de la oración, y el pequeño Mani, con todos los demás niños, participaba asimismo con crecientes gritos hasta que sonó el *shofar*, hecho que me produjo una inmensa alegría porque supe que aquel momento marcaba el principio de mi regreso a casa. ¿Me escuchas?

—Así, una vez finalizada la oración, llevaron a la sinagoga unas grandes sandías que cortaron y repartieron entre los congregantes para aplacar nuestra sed. Después de felicitarnos mutuamente emprendimos el camino de regreso a casa, donde tomamos un ligero refrigerio que enseguida nos sació. Ya volvía a oírse llamar a la puerta a los que llevaban a sus parturientas que habían esperado a que el día santo tocara a su fin. La sueca se apresuró a recibirlos y Linka, cambiándose el vestido blanco, corrió tras ella a fregar el suelo y a ayudarla. Yo me quedé con Mani ultimando los detalles del

viaje de la mañana siguiente, y él, tras hacerme algunas observaciones, añadió riéndose: «No podréis partir porque como me habéis gustado demasiado os enviaré unos soldados turcos para que os detengan», y yo sentí cierto alivio ante aquella broma que interpreté como la definitiva aceptación de nuestra partida. ¿Me estás escuchando?

—Por la mañana, junto a la puerta de Jaffa, me esperaba un carro en el que se encontraba sentada Linka; su equipaje había menguado considerablemente porque le había dejado la mayor parte de la ropa a la sueca para que la diera en caridad. Estaba muy pálida y tenía los ojos enrojecidos y vidriosos como después de un gran llanto. Mani, por el contrario, muy sereno y contento, con el rostro resplandeciente, estaba sentado junto al carretero con un grueso abrigo doblado sobre las rodillas, detalle que de haber sido yo lo suficientemente perspicaz me habría tenido que bastar para interpretar lo que significaba, en lugar de pasear por él una mirada indiferente.

—Porque desde Beirut no he hecho más que repasar una y otra vez todos los indicios, los reales y los imaginarios, hasta el punto de que todo ha llegado a parecerme una pista: la forma como examinó las ruedas del tren en Jerusalén, la manera de preguntarle al fogonero por la velocidad que alcanzaba, el lugar que eligió para sentarse.

—Sí, querido padre, esa fue la primera sorpresa que nos llevamos, y es que en lugar de despedirse de nosotros en la estación subió al tren anunciándonos que nos quería acompañar hasta el mismísimo barco, por lo que me figuré que regresaría por la noche desde Jaffa en uno de los carros nocturnos y que el abrigo lo llevaba para hacer más mullido el incómodo asiento. Me alegré de que viajara con nosotros porque de repente me resultaba difícil despedirme de él y de Jerusalén, que desapareció en cuanto rodeamos la primera colina. ¿Me estás oyendo, padre?

—No, pero me ha parecido que cabeceabas un poco y que te vencía el sueño. Sé que te estoy fatigando, pero ya estamos muy

cerca del final aunque en realidad ya te lo he contado al principio. ¿Pero me oyes?

—Llegamos a la estación de Jaffa, que era un hervidero de gente bulliciosa y apresurada, y salimos de ella directamente hacia el puerto donde Mani empezó de nuevo a reprendernos por precipitar de aquella forma nuestra marcha. «¿Qué habéis visto, al fin y al cabo?», nos decía. «Nada. ¿Creéis que Jerusalén es la tierra de Israel?» A lo lejos pudimos divisar el barco, y esta vez no me cupo la menor duda de que mi querida tísica del *Balmhof* se había esmerado, porque se trataba de un magnífico buque de vapor austríaco. Los tres fuimos transportados hasta él en una barca en la que remaban al ritmo de sus cantos unos ismaelitas, que nos despidieron con alegres adioses una vez que nos hubieron embarcado en el buque, en el que fuimos recibidos con grandes honores y conducidos hasta dos agradabilísimos camarotes. Después entramos en el comedor, donde nos sirvieron con exquisita elegancia una tardía comida de mediodía regada de abundante vino. Linka estaba muy pálida y no decía nada, retraída en sí misma como estaba, de modo que solo Mani y yo nos reíamos con nuestras bromas. «¿Qué vas a hacer sin mí entre las olas?», me decía. «¿Quién te va a suministrar los sedantes?» Y el abrigo descansaba en una silla junto a nosotros, peludo y grande, como un animal fiel. Después subimos a cubierta a fumar un cigarrillo y vimos a lo lejos las blancas casas de Jaffa, el gran minarete y el suave rizo de las olas, por las que no cesaban de llegar más barcas desde la costa con los ismaelitas cantando y subiendo hasta cubierta a los atemorizados viajeros para despedirlos luego con sus alegres gritos. Mani observaba a los que llegaban con una mirada irónica y un tanto burlona; una mirada nueva que yo no le había visto antes, como si su verdadera identidad empezara lentamente a aflorar de él dando lugar a un nuevo Mani. Allí permanecimos sentados dejando pasar las lánguidas horas de la tarde hasta que todos los pasajeros hubieron llegado, disfrutando de la fresca y húmeda brisa y conversando sobre los últimos días, sobre la clínica, la robusta

comadrona, acerca del joven Mani. Acordándome de los niños saqué varias monedas del bolsillo y le rogué que les comprara en nuestro nombre unos regalos, especialmente al niño, del que le empecé a hablar contándole nuestros paseos y comentándole lo unido que se sentía a su padre, cuánto lo extrañaba y lo estupendo que era poder dedicarse a su hijo. Mani escuchaba mis palabras un poco incomodado, hasta que me dijo: «Él, por lo menos, sabrá a quién añora, mientras que yo eché de menos a un padre que nunca tuve, que ni siquiera sé si existió, porque cuando intento hallar en el rostro de Yosef el de mi padre no logro ver al joven que murió en una revuelta en las calles de Jerusalén antes de que yo naciera, sino precisamente el rostro de viejo astuto de mi abuelo, que permanece ante mí con sus negros ropajes de rabino». Linka permanecía junto a nosotros escuchándonos solo a medias, como si supiera que aquellas palabras no eran más que una farsa; tenía la mirada clavada en el mar, que castigaba ahora al sol con una sangrienta muerte, y seguía muy pálida, sin tomar ni un solo sorbo del vaso que tenía delante. Esperaba, completamente muda, el inminente momento de la despedida. ¿Me estás escuchando, padre?

—Pero, como ya sabes, no hubo despedida alguna. Cuando empezó a sonar la campana urgiendo a los acompañantes a que descendieran a la última barca, vi que los movimientos de Mani se volvían aletargados y que ladeaba la cabeza como si nada estuviera oyendo; después tomó el abrigo y lo extendió sobre su asiento mientras nos decía: «Habéis escogido un buen barco, pero las olas serán las mismas olas, así es que he decidido continuar con vosotros hasta Haifa para ver cómo se las arregla Efraím. El abrigo me bastará durante la noche, aquí en cubierta, pero no temáis, no tengo intención de regresar con vosotros a Europa». Vi que los ojos de Linka se abrían horrorizados de par en par. Mani llamó a uno de los marineros, le susurró algo, le dio las monedas que yo le acababa de entregar y seguidamente miró hacia abajo para ver la última barca que se alejaba con rumbo a la orilla mientras el buque empezaba a moverse con un ligero balanceo. Las casas de Jaffa temblaron como

si las hubiera sacudido un terremoto, y los verdes naranjales de las colinas quedaron atrás. La verdad, padre, es que el barco era muy silencioso y su movimiento tan suave que parecía que permanecíamos en un mismo punto mientras una mano invisible tiraba hacia el sur de la tierra de Israel haciendo avanzar lentamente la oscura orilla cuyo extraordinario movimiento era atentamente observado por nosotros. Mani me miraba con una triste sonrisa hasta que me preguntó de pronto: «¿Y bien, cómo van las náuseas?». Y sin esperar respuesta susurró, casi para sí mismo, «Aunque la verdad, ¿por qué vas a marearte si ya no tienes miedo?». Padre, por favor, ¿me estás escuchando?

—Te noto muy apagado, padre, si ya casi no puedo verte la cara. No, no te me quedes dormido, no me dejes solo. Aguarda… aguarda… Nos quedamos sentados en cubierta, en silencio, envueltos en unas mantas, frente a la negra orilla que pasaba ante nosotros. La luna desapareció, las estrellas volvieron a brillar y Linka, allí junto a nosotros, cayó en un profundo sopor que la hacía deslizarse de la hamaca, por lo que hubo que bajarla a su camarote. Mani me ayudó, y de pronto, al notar su mano tocar la mía, supe que aquello no era más que una muda lucha por ella…

—Por Linka…

—Linka… pero si no me estás escuchando…

—Pues contéstame, no seas tan cruel… Aún no había amanecido cuando apareció la luz del faro de Haifa dando vueltas sobre la rocosa y pelada montaña y, junto a él, la silueta del monasterio carmelita. El buque echó anclas a cierta distancia de la ciudad; las casitas blancas tan perfectamente alineadas sobresalían apenas de entre la neblina matinal. Los dos permanecíamos en cubierta y Mani me hizo prometer que no despertaría a Linka, que seguía en su camarote, lo que me hizo pensar para mis adentros que por fin íbamos a despedirnos. Estuvimos esperando la barca, que llevaba unos cuantos pasajeros alemanes de la Orden de los Templarios a los que el capitán se acercó a recibir en persona saludándolos en su alemán austríaco. Mani estaba muy cerca de él, enfundado en su

enorme abrigo. Su silueta le hacía parecer aún más corpulento, como si debajo del abrigo se le hubiera metido un segundo Mani que lo tuviera abrazado. Habían subido ya los últimos pasajeros y los marineros ismaelitas esperaban que Mani bajara para soltar las últimas amarras, cuando de súbito se volvió hacia mí y me dijo: «Sabes, siento un gran deseo por ver Beirut, y aunque hace veinticinco años que no he estado allí no vais a encontrar un guía mejor que yo». Entonces me sentí realmente descorazonado, padre, porque supe que era nuestro sino que nos fuera siguiendo hasta Europa, hasta Cracovia, hasta Hasula, hasta Jelleny-Szad, hasta este mismo rincón, hasta este sofá, aquí junto al fuego, hasta nuestras mismísimas camas. ¿Me estás escuchando? ¡Pues dame una señal!

—Cuando llegamos a Beirut era mediodía y los pasajeros fuimos invitados a desembarcar y disfrutar de la ciudad hasta el atardecer, hora en que estaba previsto que zarpáramos para Estambul. Mani, con el abrigo colgado del brazo, la barba de un día cubriéndole las mejillas y el cabello repentinamente algo gris, parecía estar, por vez primera, un poco confuso, y sus movimientos se habían hecho irreconociblemente lentos, como si se hubiera trasladado a una esfera de tiempo casi infinito. Tuvimos que tirar de él para que abandonara el buque y, una vez en el muelle, entre una multitud de pasajeros provenientes también de otros barcos, quisimos tomar un coche de caballos. Cruzaban muchos ante nosotros; unos coches hermosos y ligeros, adornados con borlas y campanillas, pero él los dejaba pasar, hasta que apareció uno tirado por un caballo muy negro, y entonces Mani, haciéndole una señal nos sonrió diciéndonos: «Aquí volvemos a tener nuestro caballo perdido», y haciéndonos subir a Linka y a mí al asiento trasero, tapizado con alfombras persas de vivos colores, se sentó junto al cochero, y su ancha espalda se apareció ante nosotros como la terrible amenaza de sí mismo. Por primera vez desde que llegamos a la estación de Katowice para tomar el tren nocturno hacia Praga noté que Linka se apretaba contra mí en busca de protección, como si hubiera vuelto a

convertirse en una niña, como si la navaja que había estado abierta, padre, se hubiera vuelto a cerrar dentro de ella. ¿Me oyes, padre?

—Empezamos a recorrer la ciudad, y Mani parecía menos interesado en enseñárnosla que en rememorar sus propias vivencias. Aquello fue una visita nostálgica para él, pues empezamos a recorrer los lugares por los que se había estado moviendo hacía un cuarto de siglo. Entabló una entusiasmada conversación con el cochero, que de vez en cuando detenía el coche extendiendo la mano para mostrarle algo o lo hacía bajar desapareciendo con él por una callejuela, un edificio o un patio, mientras nosotros quedábamos olvidados en el asiento trasero del coche que habían dejado en medio de cualquier plaza o mercado y que al momento se veía rodeado de toda clase de curiosos. Lo que no podíamos ni imaginar es que Mani había terminado de escribir el texto, que estaba ya puliendo la puesta en escena, y que teniendo ya decidido el reparto, con actor principal incluido, y preparado el público, estaba simplemente buscando un lugar donde plantar su teatro y dar comienzo a la representación. ¡No me estás escuchando! ¿Por qué no dices nada?

—Así, en el momento en que las ruedas del coche se toparon finalmente con la vía del ferrocarril, le ordenó al cochero que se detuviera y se apeó admirado, pues cuando él se había marchado de Beirut la ciudad no tenía vías ni pasaba por ella tren alguno. Enseguida le pidió al cochero que lo llevara a la estación de ferrocarril, como si tuviera que ser allí donde se resolvería la disputa entre nosotros. Era la hora de la *minjá* y sobre la dulce y potente luz mediterránea caía ya el primer tul del crepúsculo. Al llegar a la estación nos dimos cuenta de que no se encontraba muy lejos del mar, en el que se veía reposar majestuoso el buque austríaco que estaba izando una bandera desconocida. Entramos en el edificio de la estación, una estación tan pequeña como la de Jerusalén aunque mucho más sucia, y vimos a unos ismaelitas con chilabas blancas que corrían hacia el andén, donde desaparecían en el interior de un tren estrecho compuesto por unos pocos vagones y todavía sin

locomotora. Por lo demás no se notaba en el lugar ninguna agitación, sino que reinaba allí una gran calma reforzada por el reposado caminar de dos soldados turcos que avanzaban por el andén con sus curvas espadas al cinto, mordisqueándose los poblados bigotes y mirando con desprecio a los viajeros. En cuanto llegamos me di cuenta de que llamábamos la atención de todos los allí presentes. Un empleado del tren se nos acercó enseguida para ver quiénes éramos, y entonces Mani lo saludó levantando la mano. «*Yahud*», oí que murmuraban a nuestro alrededor, «*yahud*». Mani se apresuró a confirmarles que éramos judíos, en efecto, *yahud*. Estaba claro que la estación lo atraía, y cuando se enteró de que aquel tren se dirigía a Damasco empezó a pasear la mirada por las suaves y arcillosas colinas como si alguien muy importante y amado estuviera esperándolo allí; seguidamente se puso a andar detrás de los soldados turcos a lo largo de la vía y solo ahora puedo comprender que fue en aquel lapso de tiempo cuando lo asaltó el deseo de representar finalmente la función que durante tanto tiempo había arrastrado consigo, y que quería añadir al público que se había llevado desde la tierra de Israel a los dos soldados turcos, a los peregrinos ismaelitas y hasta al empleado de la estación, que había empezado a seguirlo para dilucidar las verdaderas intenciones de aquellos turistas europeos, si tenían la intención de tomar el tren. Pero Mani no tenía todavía ningún deseo de mostrar sus intenciones, por lo que volviendo muy tranquilo hacia donde estábamos nosotros dijo: «Así es que también aquí tienen ahora tren; quién sabe, quizá dentro de unos años podréis viajar en tren directamente desde Jerusalén hasta Oswiecim sin las molestias del mar.» Y entonces, de repente, se acercó a Linka, la abrazó apasionadamente y le tomó la mano besándosela por ambos lados, como si hubiera sido poseído por el deseo de aquel polaco que la había acechado la primera noche que estuvimos en Basilea. Volviéndose luego hacia mí, con una mirada extraña y desconocida, me preguntó: «¿Por qué no la dejas aquí conmigo?» Yo me reí y le dije con voz temblorosa: «No es mía». «Eso es lo que dices», se quejó con amargura, «pero te la

llevas. Despidámonos, pues, aquí. El cochero os llevará al buque y yo me iré a Damasco, porque nunca he estado allí y dicen que es una ciudad muy hermosa». Y habiendo dicho esto, nos pidió dinero. Él, que nunca había hablado de dinero con nosotros. Como no estaba claro cuánto dinero necesitaba, ni si se trataba de un préstamo o de un obsequio, empecé a balbucear… ¿Me estás escuchando?

—Empecé a balbucear prometiéndole que le enviaríamos un donativo para la clínica cuando llegáramos a casa, le aseguré que hablaría contigo, padre; pero él, con la mirada apagada, insistió de pronto en que necesitaba el dinero en ese momento, para viajar a Damasco, que sabía que teníamos mucho dinero. Linka, que solo podía adivinar de lo que se trataba, porque desde por la mañana no habíamos hablado más que en hebreo, empezó a oprimirme el brazo con fuerza hasta que me decidí a sacar del bolsillo *bishliks* turcos, táleros y los restos del dinero que nos había sobrado en Italia. Mani lo recogió todo y se dirigió a la oficina con el fin de adquirir el billete. Cuando regresó parecía muy abatido. «Jamás volveremos a vernos», dijo en hebreo, «y vosotros sois los culpables. ¿No os dais cuenta de que la culpa es vuestra?». Negaba yo todavía con la cabeza en señal de desacuerdo cuando me di cuenta de que estaba cometiendo un grave error, porque el telón se acababa de levantar y yo ya no tenía ante mí al médico jerosolimitano sino a un actor que se veía forzado a declamar su papel sin cambiar una sola palabra, un papel que llevaba grabado dentro desde tiempos inmemoriales, pues a pesar de ser él también el director y el propietario del teatro, no podía eximirse de subir al escenario a representar la función hasta el final. Ahora cambió su expresión: se había quedado estupefacto y nos miraba a la vez con cierto desprecio… Luego nos volvió la espalda y colgándose el abrigo del hombro empezó a avanzar por el andén junto a los vagones del tren atestados de pasajeros ismaelitas, cuyos cigarrillos desprendían un rizoso humo que parecía anunciar el de la locomotora que silbaba ya a lo lejos. Linka fue presa del pánico y me gritó en yiddish: «¡Detenlo! ¡Llevémoslo con nosotros!». «¿Cómo?»,

le contesté yo. «Se marcha a Damasco y nosotros tenemos que volver.» Pero ella, sin dejar de repetir las palabras que me acababa de decir, empezó a tirar de mí como si quisiera que montáramos en el tren de Damasco tal y como estábamos. Mani, que entretanto se había apresurado a llegar hasta el final de los vagones, dejó caer el abrigo sobre el andén y como un relámpago me traspasó la mente la certeza de que quería evitar que se manchara de sangre, y seguidamente, con un ágil movimiento, se tiró a la vía. Uno de los soldados turcos empezó a llamarlo prorrumpiendo en grandes gritos, pero Mani se limitó por un segundo a volver hacia atrás el rostro, que a la rojiza luz que emergía del mar se reveló con una extraña expresión de dureza y derrota; continuó después andando por la vía alzando un dedo amenazante hacia la negra locomotora que llegaba por la curva, como si reprendiera a un niño que vuelve tarde a casa, y al instante, como por un golpe de espada, la locomotora lo partió en dos. ¿Pero no me estás escuchando, padre?

—¿Qué?

—Sí, con todas mis fuerzas sujeté a Linka, porque había empezado a correr hacia él junto con los ismaelitas, que al momento salieron del tren como si la noticia hubiera recorrido los vagones como un rayo desde el primero hasta el último. Conozco muy bien las ansias de la gente corriente por observar de cerca a los muertos o a los heridos. Los soldados turcos empezaron a empujar y a golpear a los ismaelitas y también a Linka, mientras me abrían camino a mí que había echado a correr hacia allí gritando y con el abrigo en alto para cubrir las dos partes antes de que ella llegara… Padre, querido padre, mira, ya está amaneciendo… y yo no he hecho más que hablar… ¿Padre?

—Pero si te has quedado dormido… Levanta la cabeza… padre, padre, responde… me asustas. ¿Pero qué te pasa?

—¿Qué te pasa? ¿Qué es lo que he dicho? ¿Pero por qué lloras?

—No comprendo… querido padre, pero si estás llorando… ¿Por qué?

—¿Por quién?

—¿Por él? ¿Por él? ¿Cómo es posible? Cómo es posible que tú… pero… ah, padre…

—¿Culpable? ¿Pero cómo? Si ya te he dicho que no fuimos más que un pretexto…

—¿Cómo iba a haberse quedado con él? ¿Qué estás diciendo?

—¿Que me hubiera vuelto solo…?

—¿Que os hubiera avisado? ¿Desde dónde? ¿A dónde? No sabes lo que dices…

—¿Dueño de quién…?

—Fue él mismo. El demonio que llevaba dentro… ¡Me sacas de mis casillas!… ¿Quedarse con él? Ja, ja, ja, ¿y dónde?

—¿Cómo que cinismo?

—¿Nihilismo? No quiero hablar más… ¿Pero por qué lloras? ¿Por quién? Pero si madre está gravemente enferma… Estás ciego… se está muriendo… llora, por lo menos, por quien debes llorar…

Apéndices biográficos

EFRAÍM SHAPIRO tardó todavía unos cuantos meses en abandonar la casa paterna, tal y como había prometido, a causa del repentino empeoramiento del estado de salud de su madre, cuyo fallecimiento se produjo un mes después del regreso de sus hijos de la tierra de Israel. No fue, pues, hasta finales del otoño de 1900 cuando Efraím se trasladó a Cracovia, donde trabajó como pediatra en el hospital de la ciudad. Linka, no pudiendo soportar la soledad de la enorme finca, se trasladó asimismo a Cracovia ofreciéndose como enfermera voluntaria en el mismo hospital. No había pasado mucho tiempo cuando se enamoró de un médico polaco y católico, y después de una amarga discusión con su padre y su hermano, que se oponían a aquella relación, se casó con el médico y convirtiéndose al

catolicismo se trasladó con su marido a Varsovia, donde tuvo un hijo y una hija.

Aquella dramática separación resultó sumamente dolorosa para ambas partes, por lo que la familia no tardó en reconciliarse. Como Efraím seguía soltero empezó a sentirse muy unido a sus sobrinos, ya fuera a raíz de las visitas que les hacía a Varsovia o por los meses de verano que disfrutaban juntos en la finca del padre, adonde Linka llegaba siempre con los niños pero generalmente sin el marido.

Tras la muerte del padre, Shalom Shapiro, en 1918, Linka vendió su parte de la finca a los campesinos de los alrededores, mientras que Efraím se establecía en la tierra que había quedado para él. Esa tierra, que puso en manos de un administrador, no le reportaba ya las ganancias que había producido en tiempos de su padre, pero Efraím no dejaba, sin embargo, de ingresar una considerable suma que le permitió disminuir su actividad como médico hasta reducirla a esporádicas visitas a domicilio en la aldea vecina. Así fue como se tomó una especie de cómoda jubilación anticipada cuyos más felices momentos estuvieron siempre relacionados con las visitas de su querida hermana con los niños, quienes, a pesar de su catolicismo oficial, empezaron muy pronto a interesarse por la identidad judía de su madre y de su tío.

Al estallar la Segunda Guerra Mundial y después de la meteórica ocupación de Polonia por parte de los alemanes, Efraím Shapiro, que a la sazón contaba sesenta y nueve años de edad, se marchó a Varsovia para estar junto a su hermana. Pero no tardó en darse cuenta de que no solamente aquel no era un lugar seguro para él, sino que el peligro se cernía igualmente sobre Linka, sus hijos y sus nietos, de modo que se apresuró a regresar a la hacienda donde con la ayuda de unos fieles sirvientes pudo construirse un perfecto refugio en el que «desaparecer». Entre 1939 y 1944 permaneció oculto en dicho refugio, desde el que veía el vecino campo de concentración cuyos constantes avances tecnológicos podía muy bien imaginar el viejo médico, lo que no hizo más que aumentar sus temores de abandonar el escondite. En 1944, tras la caída del gueto

de Varsovia, le llegaron noticias de que su sobrina había sido enviada a aquel campo de concentración, y perdiendo la razón a causa del profundo dolor que ese hecho le produjo se entregó a los alemanes llevándoles también la desgracia a sus devotos criados. Él, sin embargo, nunca llegó al campo de concentración propiamente dicho, pues habiendo tropezado cayó a la entrada donde murió de un disparo a los setenta y cuatro años de edad.

SHALOM SHAPIRO pasó por una época muy difícil después del fallecimiento de su mujer. A pesar de que se había hecho a la idea de sobrellevar el sufrimiento de la delicada salud de ella, nunca imaginó que la muerte estuviera tan próxima. Después de que sus hijos se marcharan de Jelleny-Szad, se encontró tan solo y abandonado en la gran finca que sintió la necesidad de intensificar sus actividades públicas relacionadas con el movimiento sionista. No pudiendo asistir al Cuarto Congreso Sionista en Londres por causa del año de duelo, sí acudió al quinto, que volvió a tener lugar en Basilea, y en 1909 incluso viajó a la tierra de Israel en un viaje que él mismo había organizado para los miembros del círculo sionista de Cracovia. El viaje resultó ser todo un éxito, pues logró reforzar las convicciones sionistas de sus participantes. Estando en Jerusalén se separó Shalom Shapiro del grupo con la intención de encontrar a la familia Mani, pero parece ser que sus pesquisas no dieron los frutos deseados. Llegó, sin embargo, a la clínica del barrio Kerem Abraham, que en 1909 se había convertido ya en posada de peregrinos. Logró identificar la gran sala de la clínica gracias a los empañados espejos que todavía quedaban en una de las habitaciones, pero ningún miembro de la familia Mani vivía ya allí. Le contaron que Yosef, el hijo, había partido dos años antes a estudiar a Turquía, pero que habiéndose detenido en Beirut había desaparecido en esa ciudad. La hermana se había casado con un judío magrebí que se la había llevado, junto con la madre, a su casa de Marsella. Los vecinos que se lo contaron recordaban perfectamente la visita de los dos jóvenes

asquenazíes de Galizia en 1899 y la desgracia que le habían llevado al enamorado doctor.

A pesar de la ligera consternación que le produjo el hecho de haberle perdido la pista a la familia Mani y no poder así recompensarla, aunque solo fuera económicamente, el viaje a la tierra de Israel resultó ser todo un éxito. A su avanzada edad logró disfrutar todavía de una relación romántica con una de las jóvenes de Cracovia que formaba parte del grupo, relación que continuó después de su regreso a Jelleny-Szad.

También él, al igual que Efraím, estaba muy unido a sus nietos «cristianos», y aunque no iba con frecuencia a visitarlos a Varsovia porque la comida y la vajilla no eran *kosher* en casa de su hija, esperaba con verdaderas ansias la llegada de ellos al pueblo para los meses de verano, con la esperanza de inculcarles algo de judaísmo y de enseñarles hebreo. Falleció en 1918, a los setenta años de edad, tras una breve enfermedad, pero había vivido lo suficiente para poder alegrarse con motivo de la Declaración Balfour.

QUINTA CONVERSACIÓN

Mediodía del martes 12 de diciembre de 1848, en una posada situada en la esquina de las calles Dioskoron y Lapolignoto de la ciudad de Atenas.

Los interlocutores:

ABRAHAM MANI, cuarenta y nueve años, nacido en Salónica, Turquía, en 1799, hijo de Yosef Mani.

El abuelo de Abraham, Eliyahu Mani, era el proveedor de forraje de la caballeriza de los jenízaros del ejército turco. Con cinco grandes carros seguía a las unidades del ejército turco en compañía de los numerosos miembros de su familia, que incluía dos mujeres y dos jóvenes rabinos encargados de enseñarles la Tora a sus hijos. Ante los primeros rumores del estallido de la Revolución francesa, su fino olfato de hábil comerciante le dijo que se avecinaba un momento de profundas convulsiones en Europa, donde sus servicios como proveedor de forraje de la caballería serían muy solicitados, por lo que empezó a desplazarse hacia Occidente. En 1793, al tener noticia de la ejecución de Luis XVI, Eliyahu Mani cruzó el Bósforo con intención de dirigirse a Europa, y se detuvo en Salónica, donde encontró una floreciente comunidad judía. Su apuesta no tardó, en efecto, en dar sus frutos, pues gracias a la inestabilidad política y

militar el volumen de sus ventas aumentó considerablemente. Casó a sus hijos con los descendientes de las familias más distinguidas y adineradas de la comunidad, asegurando de este modo sus ya de por sí prósperos negocios.

Su primer nieto, Abraham, que había nacido en el último momento del siglo XVIII, constituyó para él una gran alegría, de la que, sin embargo, no pudo disfrutar muchos años, pues falleció muy poco después de la firma del tratado de Tilsit de 1807.

Su hijo Yosef, nacido en 1776 en la aldea de Ushniyya, cerca del gran lago persa de Shahi, que por aquel entonces formaba parte del Imperio otomano, continuó ocupándose de los negocios con gran empuje, y ello a pesar de los muchos reveses sufridos por los otomanos durante el primer decenio del siglo XIX, llegando a obtener sus mayores ganancias durante las campañas de Napoleón en el este de Europa. Se preocupó asimismo de darles una buena educación a sus hijos, por lo que envió a Abraham, el primogénito, a Constantinopla para que estudiara en la academia talmúdica de una de las más destacadas y valiosas personalidades rabínicas del Imperio otomano, el sabio Shabbetay Hananiah Haddaya.

Abraham Mani llegó a sentir verdadera devoción por dicho rabino, quien a pesar de haber pasado ya de los cincuenta seguía sin mujer y sin hijos. Rabí Haddaya, que también sentía un gran afecto por Abraham, decidió encauzar los estudios del joven para su ordenación como rabino, a pesar de sus pocas dotes para el estudio.

En 1815, sin embargo, tras la firma del tratado de paz de Viena, el fin de la guerra en Europa y los primeros signos del despertar nacionalista del pueblo griego, que empezó a rebelarse contra el Imperio otomano terminando con la seguridad de los caminos, los negocios de Yosef Mani sufrieron un repentino revés, de modo que en 1819 tuvo que llamar a su hijo Abraham para que regresara a Salónica y le ayudara, pues al haber perdido toda su hacienda se veía ahora obligado a mantenerse con una pequeña tienda de especias situada en el puerto de Salónica. La tienda pasó enseguida

a manos de Abraham, ya que su padre no tardó en morir con el corazón destrozado.

La separación forzosa de su rabino le causó un gran sufrimiento a Abraham, por lo que siempre que encontraba la manera de librarse de sus obligaciones mercantiles se tomaba un descanso de una o dos semanas y cruzaba el Bósforo con el propósito de disfrutar de la compañía del rabino, a pesar del gran peligro que tales desplazamientos conllevaban por la guerra con los griegos. Aunque nunca recibió la autorización del rabinato, el rabino Haddaya le proporcionó un «certificado» mediante el cual podía prestar sus servicios como director espiritual voluntario en sus horas libres, convirtiéndose así en una especie de rabino de una de las pequeñas sinagogas del puerto de Salónica, a la que acudían sobre todo marineros y estibadores judíos. Desoyendo las súplicas de su madre retrasó su boda hasta el año 1825, cuando se casó con la hija de un pequeño comerciante apellidado Alfasi, la cual le dio un hijo y una hija, Yosef en 1826 y Tamar en 1829. Su mujer murió en 1832 víctima de una enfermedad desconocida que le contagió un marinero que vivía con ellos.

Cierta prosperidad en los negocios permitió a Abraham empezar a viajar con una mayor frecuencia a Constantinopla para visitar a su rabino, aunque no siempre lograba encontrarlo, porque el rabino Haddaya, que había sido un gran viajero en su juventud, volvía ahora a sentir la imperiosa necesidad de recorrer el mundo, de modo que se ausentaba con frecuencia, sobre todo hacia el oriente y el sur, llegando incluso a pasar varios meses en Jerusalén, ciudad en la que conoció a una mujer que después apareció en Salónica y con la que, para sorpresa de todos, se casó en su ya bien entrada madurez.

Abraham, que seguía viudo y con dos hijos, decidió enviar a su hijo Yosef, después del *bar-mitzvah*, en 1840, a la academia del rabino Haddaya en Constantinopla, como su padre había hecho con él, intentando así realizar en su hijo lo que no había podido llevar a cabo por sí mismo, y también con el propósito de fortalecer sus

vínculos personales con aquel rabino al que cada día admiraba más. Aprendió también algunas palabras en francés, la lengua materna de la mujer del rabino, con el fin de poder también disfrutar de la amistad de ella.

La mujer de Rabí Haddaya, Flora Moljo, le tomó mucho cariño a Yosef, un vivaracho e imaginativo muchacho que se encontraba mucho más dotado para los estudios de lo que lo había estado su padre. Como ella no había tenido hijos, adoptó a Yosef como si fuera su hijo de la vejez a la vez que hizo de él un compañero inseparable, pues su marido se ausentaba de la casa con mucha frecuencia a causa de sus viajes por las innumerables comunidades judías desde las que lo llamaban para que mediara en las disputas de mayor resonancia.

Así, aunque el muchacho Yosef no estudió con el rabino Haddaya propiamente dicho, sino en una escuela en la que la disciplina era hasta tal punto relajada que podía vagar solo y a su antojo por las calles de Constantinopla, prefirieron todas las partes que permaneciera en casa del rabino. Su padre, por el vínculo que por medio de él mantenía con el rabino; la mujer del rabino, porque el muchacho la ayudaba a sobrellevar su soledad, y el propio rabino, porque el chico le parecía de una gran valía, aunque todavía no sabía muy bien la razón.

A principios de 1844 doña Flora recibió la noticia de que su joven sobrina Tamara Valero, hija de su hermana y a la que no veía desde su nacimiento, iba a acudir a Beirut acompañando a su madrastra Veducha, para asistir a los desposorios de su tío político, el hermano de Veducha, Meir Halfón. Doña Flora solicitó entonces el permiso de su marido el rabino para partir hacia Beirut a encontrarse con su querida sobrina. Ante la imposibilidad por parte del rabino de acompañarla, se decidió que sería Yosef Mani, que ya era todo un joven, quien acompañaría a doña Flora a su cita familiar. Así, con el consentimiento añadido de Abraham Mani, quien no puso objeción alguna, se inició aquel viaje que, aun durando más de lo esperado, llegó, sin embargo, a dar sus frutos: el anuncio del compromiso

matrimonial de Tamara Valero y Yosef Mani, que quedaba, sin embargo, supeditado al beneplácito de los padres de ambas partes y del anciano rabino.

Aunque Tamara obtuvo el consentimiento de su padre al regresar a Jerusalén y a pesar de que debía llegar a Constantinopla para que la boda fuera oficiada por su nuevo y afamado «tío», el muy reverenciado Rabí Haddaya, nunca se acababa de fijar la fecha, de modo que Yosef, no pudiendo esperar más, partió en solitario hacia Jerusalén en el invierno de 1846, con el fin de llevarse a la novia. Pero en lugar de regresar con la muchacha a Constantinopla, tal y como estaba previsto, le fue comunicado a la familia que la boda había sido celebrada modestamente en Jerusalén y que Yosef Mani había encontrado un trabajo eventual en el consulado británico que existía en la ciudad desde el año 1839.

Tanto Abraham Mani como Flora Haddaya sufrieron una gran decepción al recibir la noticia, pues habían estado planeando celebrar una pomposa boda en casa del rabino, en Constantinopla, y les habría agradado que la joven pareja hubiera permanecido cerca de ellos, mientras que según parecía Yosef Mani se encontraba ahora tan entusiasmado con Jerusalén que incluso tenía intención de quedarse allí. Como el servicio de correos entre Jerusalén y Constantinopla no era de lo más regular y durante cierto tiempo no les llegó noticia alguna de la pareja desde Jerusalén y, sobre todo, porque no se sabía si la muchacha estaba ya encinta, decidió Abraham Mani presentarse personalmente en Jerusalén con el fin de intentar convencer al joven matrimonio de que regresara a Salónica o, por lo menos, a Constantinopla.

Abraham le confió, pues, el negocio a su yerno, y llevándose consigo unas muestras de sus especias favoritas y de mayor rareza, con la esperanza de intentar que se interesara por ellas algún comerciante de Jerusalén, partió por mar hacia la tierra de Israel, a la que llegó a finales del verano de 1847. Abraham Mani debía haber regresado pasados unos meses, pero permaneció en Jerusalén durante más de un año, y la incomunicación con él fue también casi

completa. De cualquier modo, unos misteriosos rumores que llegaron a Constantinopla en diciembre de 1847 revelaron que Yosef Mani había muerto en Jerusalén en una revuelta callejera. Y en efecto, cuando en 1848 llegó a Constantinopla uno de los rabinos de Jerusalén como enviado de las comunidades de Israel para recaudar fondos, confirmó el rumor del asesinato de Yosef Mani y contó que su padre, Abraham Mani, se había quedado con su nuera Tamara hasta que naciera el nieto que de ella esperaba.

La primera mitad del año 1848 la pasaron el anciano Rabí Haddaya y su esposa Flora seriamente preocupados por la falta de noticias de Jerusalén, especialmente por desconocer la fecha en la que tenía que nacer el niño. De vez en cuando, sin embargo, recibían saludos de Abraham Mani y alguna que otra noticia, pero siempre tan vaga y confusa que de nada les servía. Hasta que de pronto un día, con el encendido de la primera vela de Janucá, Abraham Mani se presentó en la posada de Atenas en la que se hospedaba desde hacía unas semanas muy gravemente enfermo el rabino Haddaya.

FLORA HADDAYA, de cuarenta y ocho años, nació en 1800 en Jerusalén y era hija de Yaakov Moljo, que había llegado a dicha ciudad con su familia a finales del siglo XVIII, proveniente de Egipto. Su única hermana, más joven que ella, se casó en 1819 con un hombre llamado Rafael Valero y muy pronto tuvieron un hijo. Flora Moljo, por el contrario, permaneció soltera. En parte por la escasez de hombres casaderos apropiados que había en Jerusalén y en parte porque se sentía tan unida a su hermana y a su sobrino que no quiso viajar a casa de los parientes de su padre a Egipto, ni a la de la familia de su madre en Salónica, con el fin de que le encontraran mejor partido. En 1827 visitó Jerusalén el rabino Shabbetay Haddaya, y alojándose en casa de los Valero conoció a aquella mujer joven que seguía soltera y cuyas negativas a abandonar la ciudad para casarse y formar una familia judía intrigaron al rabino. En aquel momento, además, el rechazo de Flora a marcharse era más fuerte

que nunca, pues su hermana se encontraba en avanzado estado de buena esperanza tras haber sufrido dos dolorosos abortos después del nacimiento del primogénito.

Muy pronto, sin embargo, tuvo que cambiar de opinión, porque después de que el rabino se hubiera marchado hubo en Jerusalén una terrible epidemia de cólera que acabó con la vida de su querido sobrino, y su hermana, que acababa de dar a luz una niña, sufrió una depresión tan profunda que la llevó también a la muerte en 1829. Flora Moljo, que temía que su cuñado Rafael Valero se viera obligado a proponerle matrimonio para que ocupara el lugar de su difunta esposa, se apresuró a marchar de Jerusalén y se dirigió a casa de la familia materna en Salónica. Su llegada a la ciudad despertó el interés de Rabí Haddaya, por lo que en 1833 intentó casarla con su protegido Abraham Mani, que había enviudado recientemente. Abraham Mani estaba entusiasmado con la idea, mas Flora, que contaba ya treinta y tres años de edad, lo rechazó. El rabino Haddaya le propuso entonces otros muchos maridos, pues la soltería de aquella mujer lo tenía seriamente preocupado, pero como ella rechazara sistemáticamente todas las propuestas acabó por proponerse a sí mismo como marido. A pesar de que Flora era casi cuarenta años más joven que él, aceptó la proposición, de modo que al año y medio, en el invierno de 1835, se casaron, y Flora pasó a vivir con él en Constantinopla.

Aunque no tenían hijos y el rabino seguía con sus viajes, que en ocasiones lo mantenían alejado de casa durante largas semanas, parecía que la pareja convivía en una perfecta armonía. En cuanto a Abraham Mani, a quien el rechazo de Flora y el subsiguiente matrimonio de esta con su maestro y rabino lo habían ofendido en un principio, se recobró enseguida de su humillación y renovó con más entusiasmo que antes su amistad con el rabino, por lo que en 1840 llevó a su hijo Yosef a casa de Rabí Haddaya con el fin de que fuera educado en su escuela talmúdica. La mujer del rabino recibió al muchacho con los brazos abiertos, y como el chico resultó ser encantador, inteligente e imaginativo, ella lo tuvo enseguida por su

más grata compañía. En las temporadas durante las que el rabino estaba de viaje se le pidió a doña Flora que el muchacho viviera con ella en la casa para que lo vigilara, pues se había convertido en un joven muy independiente y aventurero que aprovechaba las ausencias del maestro para vagar libremente por las calles de Constantinopla. Así fue como Flora Haddaya-Moljo se entregó al cuidado del muchacho, que la ayudaba en los trabajos de la casa y por quien cobró tal aprecio que incluso a veces lo acostaba junto a ella en la cama del rabino cuando este se encontraba ausente.

En 1844 llegó a oídos de doña Flora la noticia de que su sobrina Tamara, a la que no veía desde su nacimiento, iba a asistir con su madrastra Veducha a un acontecimiento familiar en Beirut. Enseguida se le ocurrió la idea de aprovechar el viaje de la sobrina para intentar casarla con su querido Yosef y fortalecer así los vínculos con él. Recibió, pues, el beneplácito del rabino para partir hacia Beirut en compañía de Yosef, así como el permiso del padre de este, Abraham Mani, quien recibió con gran entusiasmo la idea de vincularse a la familia de su venerado Rabí Haddaya, aunque fuera de una manera indirecta. En Beirut se sucedieron las reuniones al respecto y, aunque Yosef dio grandes muestras de entusiasmo ante aquella posible boda, la novia parecía reticente sin que revelara claramente el motivo. Los jóvenes, presionados por las incansables negociaciones de doña Flora, apoyada a distancia por Abraham Mani, que seguía viendo ese matrimonio como una forma de mayor acercamiento a su admirado maestro, llegaron, pues, en 1845 a un apresurado compromiso matrimonial. Tamara regresó a Jerusalén, en principio con la intención de prepararse para la boda que, según lo planeado, se celebraría en Constantinopla, pero muy pronto dejaron de tener noticias suyas y de la familia, y las escasas e imprecisas cartas que Yosef Mani recibía parecían apuntar a que este, como futuro marido, debía acudir a Jerusalén para conocer a la familia de la novia y su ciudad natal. Así fue como, en 1846, Yosef Mani partió para Jerusalén, desde donde durante cierto tiempo no se supo nada de él, hasta que un día llegó la noticia de que los dos

jóvenes no habían esperado a llegar a Constantinopla sino que se habían casado en Jerusalén y que Yosef Mani incluso había encontrado trabajo en el consulado inglés.

Flora Haddaya y Abraham Mani, doblemente abatidos porque la boda no se hubiese celebrado en Constantinopla y por encontrarse tan lejos de la joven pareja, decidieron, en 1847, viajar juntos a Jerusalén para visitar a sus parientes y con la esperanza también de lograr convencerlos para que regresaran a Constantinopla; pero como Rabí Haddaya no viera con buenos ojos aquel viaje en común, Abraham Mani se vio obligado a partir él solo. Una vez en Jerusalén, en lugar de regresar con el hijo y la nuera, desapareció por un tiempo sin dar ningún tipo de explicaciones, hasta que se supo que aquel silencio tenía su origen en la desgracia del asesinato de su hijo y en que se había quedado a esperar el nacimiento de su nieto.

En 1848 decidió el rabino Haddaya, que a la sazón había pasado ya de los ochenta años, salir para Jerusalén en busca de Abraham Mani, pero durante el viaje sufrió una embolia cerebral que le provocó la pérdida completa de la capacidad de hablar. Esta invalidez obligó a su mujer, que era casi cuarenta años más joven que él, a dedicarle toda su atención con el fin de intentar mediar entre él y el mundo; un mundo que seguía resultándole digno de respuestas aunque ya no fuera capaz de expresarlas sin la ayuda de ella.

RABÍ SHABBETAY HANANIAH HADDAYA desconocía la fecha exacta de su nacimiento, por lo que su apariencia juvenil y dinámica, unida a su enérgica forma de andar, confundían a la mayoría de la gente en lo relativo a su edad. Él mismo hacía constantes bromas acerca del año de su nacimiento y, como carecía de familia, nadie podía afirmar ni desmentir nada. Sea como fuere, se supone que nació después de 1766 y se sabe que ello sucedió en uno de los barcos que llegaban del extremo oriental del Mediterráneo, aunque no faltaban quienes bromearan diciendo que había nacido del mismísimo mar, pues sus padres murieron a causa de la peste que se declaró en la nave durante su travesía de Siria a Marsella, ciudad

en la que fue desembarcado el recién nacido, que tras pasar por distintas casas de caridad y orfanatos fue finalmente entregado en adopción a una familia judía porque estaba circuncidado. Los padres adoptivos, un matrimonio sin hijos llamado Haddaya, fueron quienes le dieron el nombre de Shabbetay, ya que según se decía eran descendientes de los últimos seguidores del falso mesías Shabbetay Zvi que había vivido cien años antes. El niño, sin embargo, no permaneció con ellos mucho tiempo, porque fue enviado a un orfelinato judío en el que creció y se educó y donde, además, le añadieron el nombre de Hananiah. Los distintos educadores se apercibieron enseguida de las inigualables dotes intelectuales del niño, por lo que dispusieron para él un plan de estudios especial con el fin de que pudiera desarrollar al máximo su talento.

Así fue como Shabbetay Hananiah ingresó en la academia talmúdica del rabino Yosef Kardo, descendiente de una familia de marranos que había retornado al judaísmo a principios del siglo XVIII. Shabbetay Hananiah despuntó de tal forma en sus estudios que, tras la muerte de su maestro, fue elegido como director de la academia, cargo que aceptó a pesar de que ello le impedía, en parte, viajar por las distintas comunidades judías como era su mayor anhelo. De cualquier modo, su nombre alcanzó gran fama entre los círculos de rabinos franceses, por lo que en 1806, contando ya alrededor de cuarenta años, fue invitado a la famosa reunión de líderes judíos convocada por Napoleón en el palacio de las Tullerías de París y en la que se pretendía debatir el estatus civil y nacional de los judíos en la Francia posrrevolucionaria. Su participación en esos debates y posteriormente, en 1807, en las discusiones concernientes a la posible reconstitución del Sanedrín, llegaron a conmocionarlo de tal manera —contrariamente a lo que les sucedía a sus colegas los rabinos que disfrutaban del honor de haber sido invitados, y creían que todo aquello mejoraría la situación de los judíos— que se sumió en un profundo pesimismo, por lo que ya en 1808 decidió abandonar la academia talmúdica de Marsella y, despidiéndose de sus discípulos, se embarcó hacia la parte oriental del Mediterráneo. Pasó

por Cerdeña, por el sur de Italia y se estableció durante largo tiempo en Venecia. Desde allí partió luego hacia Grecia, anduvo de isla en isla, descendió hasta Creta, regresó a Atenas y estuvo viajando por la costa macedonia hasta que llegó a Constantinopla. En todos esos lugares actuó como predicador y como juez rabínico en las disputas de mayor importancia, pues a pesar de que continuó siendo un estudioso de la Tora no quiso limitarse a la esfera teórica, sino que prefirió tomar parte activa y actuar pronunciando sermones e interviniendo en los tribunales rabínicos.

No hay que olvidar que una de las principales características de Rabí Haddaya era su persistente y recalcitrante soltería, inexplicable de todo punto, ya que le satisfacía sobremanera participar en arreglar bodas ajenas y buscarles dotes a las novias, e incluso era capaz, en ocasiones, de recorrer grandes distancias para oficiar en una boda, mientras él se negaba a casarse escudándose en su incapacidad para tener hijos por un supuesto defecto físico que arrastraba desde la infancia.

Cuando en 1812 Rabí Haddaya llegó por primera vez a Salónica se alojó en casa de Yosef Mani, el padre de Abraham Mani, causando muy buena impresión a todos los miembros de la familia, especialmente por sus conversaciones sobre Napoleón, que en ese momento se encontraba en plena campaña contra Rusia. Tras permanecer varios meses en Salónica continuó hasta Constantinopla, donde pareció encontrar finalmente un lugar de su agrado en el que establecerse, pues abandonando su vida errante abrió, en el barrio de Haidar Pasha, en la costa asiática, su propia academia talmúdica, a la que no tardó en llegar desde Salónica el muchacho Abraham Mani, en el que Rabí Haddaya, a pesar de notar enseguida que carecía de aptitudes para el estudio, halló unas excelentes cualidades espirituales entre las que se contaba una lealtad ilimitada.

El joven Abraham Mani desarrolló tal dependencia del anciano Rabí Haddaya que este solía llamarlo en privado «mi pequeño *pesgado*». A pesar de ello, cuando el padre del muchacho le ordenó

regresar a Salónica tras el hundimiento de su negocio, lamentó tanto la partida del muchacho que se sorprendió de lo profundos que en realidad eran sus sentimientos hacia él. Enseguida volvió el rabino a sentir sus viejas ansias por desplazarse, por lo que viajó por todo lo largo y ancho del Imperio otomano, sobre todo en dirección a Iraq y Persia, pero sin obviar por ello el sur, llegando incluso hasta Jerusalén, donde se hospedó en casa de Rafael Valero y llegó a entablar una sólida amistad con su mujer y su joven cuñada Flora, quien le causó tan buena impresión que quedó extrañado de que siguiera soltera.

A su regreso a Constantinopla, hacia 1830, reanudó su relación con su querido Abraham Mani que, de vez en cuando cruzaba el Bósforo para acudir a visitarlo desde Salónica. Rabí Haddaya volvió a querer probar sus dotes de casamentero intentando unir en matrimonio a Abraham Mani, que había enviudado en 1832, y a Flora Moljo, que entretanto se había trasladado de Jerusalén a Salónica a causa de la muerte de su hermana. Cuando Flora Moljo rechazó la proposición, el rabino la invitó a Constantinopla con la esperanza de que cambiara de parecer, pero como se mantenía en sus trece optó por sugerirle otras muchas posibilidades, que también fueron rechazadas. Finalmente, dando un sorprendente paso que a él mismo le pareció en cierta manera fruto de la desesperación, se ofreció a sí mismo como marido y cuál no sería su sorpresa cuando doña Flora aceptó. Con la intención de que su querido Abraham no se sintiera herido, el rabino se comprometió con ella en secreto, tras lo cual, y para impedir que las malas lenguas comentaran su matrimonio con una mujer que era casi cuarenta años más joven que él, prefirió que la ceremonia tuviera lugar en una de las más apartadas aldeas de Mesopotamia, donde le bastaría con encontrar los diez judíos que necesitaría para la ocasión.

El matrimonio convivía en una perfecta armonía a pesar de la diferencia de edad. Él viajaba mucho y dejaba a su leal esposa Flora en completa libertad. Cuando Abraham Mani le envió a su hijo Yosef, el rabino vio en aquel gesto un claro deseo de reconciliación, por lo

que a pesar de que la actividad de la academia talmúdica se había visto drásticamente reducida por sus continuas ausencias, encontró el modo de que el muchacho estudiara. El chico resultó ser muy imaginativo, en ocasiones hasta el punto de perder la noción de la realidad, pero era en definitiva un joven encantador que cautivó sobre todo a doña Flora, la cual cada vez se sentía más sola a pesar de que su renuncia a tener hijos había sido una decisión propia. Así fue como Yosef se crio en casa del matrimonio Haddaya como si de un hijo de la vejez se tratara.

Rabí Haddaya no tomó parte activa en el compromiso matrimonial que tuvo lugar en Beirut entre Tamara Valero, la sobrina de su mujer, y Yosef Mani, e incluso pareció que, al principio, estuvo en contra de que la boda se celebrara. Sea como fuere, después de que la pareja se hubiera establecido en Jerusalén y de que Abraham Mani partiera en su busca desapareciendo también él y, sobre todo, cuando se enteró por boca del rabino Gabriel Ben-Yehoshua, quien había llegado desde Jerusalén a Constantinopla para recaudar fondos, de que Yosef Mani había muerto, sintió tal pesar que su salud se resintió seriamente. Decidió, sin embargo, salir para Jerusalén con el fin de dilucidar personalmente lo que allí había sucedido. Dada la inseguridad de los caminos decidió viajar por mar, y así fue como se embarcó en una nave que zarpaba de Salónica y en la que prácticamente todos los marineros eran judíos. A finales de la primavera de 1848, después de casi treinta años de no haber pisado Europa, cruzó el Bósforo.

Rabí Haddaya fue recibido en Salónica con todos los honores y los rabinos Gaón, Arditi y Luverani lo llevaron al puerto acompañándolo hasta el mismísimo barco. Su nerviosismo y excitación debían de ser tan grandes que el aparentemente robusto y fuerte anciano sufrió una embolia cerebral antes de que se hubiera cumplido el primer día de navegación en alta mar. La trombosis le produjo una afasia motora del lado izquierdo, que lo postró en cama con una parálisis de toda la mitad derecha del cuerpo. Habiéndole quedado afectado, pues, el centro del habla, e incapacitado desde

entonces para expresarse, podía, sin embargo, entender todo lo que se decía, aunque no era capaz de responder. Si intentaba escribir la respuesta en un papel, esta resultaba ahora incomprensible o, cuando menos, las letras aparecían al revés. No pudiendo proseguir el viaje en semejante estado, el capitán ordenó el regreso de la nave al puerto del Pireo, desde donde el paralítico fue llevado por su mujer y sus acompañantes a una posada judía de Atenas mientras que él no hacía más que sonreír, balancear la cabeza y pronunciar unas breves sílabas que sonaban algo similar a «tu tu tu».

La noticia de la enfermedad del afamado rabino se extendió con gran rapidez, de modo que los judíos de la zona así como los de tierras más lejanas se esforzaron en ayudar a doña Flora Haddaya-Moljo a cuidar al sabio paralítico; el gobernador griego de Atenas incluso apostó frente a la posada una pequeña guardia, y tanta atención recibía el rabino que, cubierto con una colcha de seda y transportado en una silla de ruedas especial que había sido llevada hasta allí desde Salónica, parecía disfrutar de su nuevo estado gracias al cual se había librado finalmente de su obligación de hablar, mientras podía limitarse a escuchar lo que decían los judíos que lo rodeaban y a mover de vez en cuando la cabeza para asentir o negar. De cualquier modo su mujer puso mucho cuidado en que no se le molestara ni sufriera grandes emociones, ya que notaba el progresivo deterioro físico que estaba sufriendo su marido.

Fue por eso por lo que, cuando un buen día de invierno apareció por sorpresa en la posada de Atenas, procedente de Jerusalén, Abraham Mani, muy preocupado y agitado, doña Flora le permitió entrar a visitar al enfermo «solo para conversar un momento».

En la conversación que sigue a continuación faltan las palabras de doña Flora.

* * *

—De veras, será solo por un momento, doña Flora, solo una brevísima conversación. ¡Por amor de Dios, tengo que hablarle! Le ruego que no me niegue este favor, porque además de ser de la familia soy su más antiguo discípulo.

—No, no volveré a llorar.

—No, tampoco levantaré la voz ni lo importunaré.

—Con toda suavidad…

—He elevado mis súplicas con verdadero fervor… todos oramos para que Dios le conceda su gracia. «Aun cuando la afilada espada se apoye en la garganta de un hombre, no…» ¿Pero se da cuenta el rabino de que estoy aquí? ¿Conserva todavía parte de su capacidad de percepción? Los judíos que están ahí fuera dicen: «Ya no hay esperanza para Rabí Shabbetay; ahora vaga entre sueño y sueño».

—Alabado sea el Señor.

—Alabado sea el Señor, madame.

—No, doña Flora, ya no me dejaré llevar por el llanto. Le juro por mi difunto hijo que me tragaré las lágrimas, aunque no creo que me queden ya muchas. Desde la mañana no he hecho más que recitar salmos con todos ellos, llorar, recitar salmos y llorar y llorar.

—No, le prometo que no lloraré en su presencia. *Jalas*, como dicen los ismaelitas…

—Directamente desde el barco, sin entretenerme. No habían arriado la primera vela y ya me encontraba yo en el carruaje saliendo del Pireo hacia Atenas.

—No, madame, la amarga noticia nos llegó en el mar, estando todavía a mitad del viaje. De un pequeño puerto de la diabólica isla de Creta nos salió al encuentro un barco pirata, y después de haber sido despojados de todos nuestros objetos de valor me reconoció uno de los bandidos, que solía entrar en mi tienda del puerto de Salónica, y me dijo: «A tu rabino se le ha roto una cuerda».

—Sí, hablaré muy quedamente… ciertamente… ¿Pero cómo hablarle?

—¿Con toda naturalidad? Ah… señor… maestro… Rabí Haddaya…

—¿Más suave?

—¿Pero cómo va a oírme si parece completamente ensimismado? Parece tener el alma vuelta…

—Maestro, rabino, maestro y señor… «He creado la paz, fruto de labios; paz para el que está lejos y para el que está cerca, dice el Señor, y los he curado.»

—Alabado sea el Señor.

—¿Es esa la señal conforme ha entendido? Alabado sea el Señor…

—Si no me reconoce a mí, ¿a quién va a reconocer? ¡Ah…!

—En verdad que posee una sonrisa maravillosa.

—Desconocida…

—En efecto, doña Flora. Jamás en toda su vida se había posado sobre sus labios una sonrisa igual, y bien que lo sé porque hace ya treinta y seis años que lo trato, doña Flora, incluso antes que usted, muchísimo antes que usted… Mucho antes… fui presentado ante él… entonces era un muchacho y ya soy viejo…

—Demasiado entregado toda su vida…

—Naturalmente… como usted diga… Señor, ¿me recuerda, venerable maestro? Escrito está: «Siempre he vivido entre sabios y no he hallado nada más conveniente que el silencio».

—Ah…

—Ha consumido su vida, venerable maestro, vagando de comunidad en comunidad para llevarles sus prédicas y ahora, maestro, merece reposar. «Pero dame también a mí tu bendición, ¡oh padre mío!»

—Ah… perdóneme… perdóneme, doña Flora… me he dejado llevar por mis sentimientos…

—No lo sabía… nadie me ha advertido… Solo deseaba besar esta santa mano y que me bendijera como siempre ha hecho…

—No lo sabía… nadie me ha advertido… ah, madame…

—Ah… ¿Lo habré ofendido?… Me maldigo si ha sido así…

—No lo sabía… perdóneme, doña Flora, nadie me ha prevenido…

—Es cierto, parece que tiene la mano seca, está tan inmóvil…

—¿Todo ese lado del cuerpo? ¡Dios Santo!… ¿De arriba abajo?

—¡Los caminos del Señor son inescrutables! Y yo, ingenuo de mí, he creído que solo tenía afectada la cabeza y no la totalidad de su cuerpo… ¿Pero cómo sucedió?

—Quizá entonces también la curación le llegue en un abrir y cerrar de ojos, madame, créame, ¡en un abrir y cerrar de ojos! Dejémoslo, pues, que permanezca un poco en silencio, que sonría cuanto guste, porque finalmente lo despertaremos. No nos vamos a rendir, nunca lo abandonaremos, maestro, ¡jamás!

—No, Dios me libre, será con toda suavidad. Ya desde el barco, doña Flora, vengo meditando cómo devolverle el habla, y creo que sé cómo conseguirlo…

—Por ejemplo, he pensado ponerle delante un retrato del emperador francés, de ese Napoleón I, para irritarlo, pues como bien sabrá usted, hace cuarenta años Rabí Shabbetay acudió a visitarlo en París, en compañía de otros sabios, y desde entonces no ha cesado de hablar de él. Todavía me recuerdo siendo niño y sentado a sus pies la noche entera en nuestra casa de Salónica escuchando cómo se explayaba sobre la personalidad de aquel emperador, que en aquellos momentos se adentraba más y más en las nevadas estepas rusas…

—No, evidentemente, Dios me libre… no en este momento…

—Pasito a paso… tendremos que darle tiempo al tiempo… Pero ¿lo habré ofendido, doña Flora?… Parece que me mira tan asombrado… y es que ni siquiera puede mostrar su enfado…

—¡Qué terrible es la mano de Dios! De pronto parte a un hombre en dos abriendo un abismo entre su siniestra y su diestra. Pero Dios no quiera, maestro y señor, Dios no quiera que se sienta disminuido, inútil o partido en dos, ¡Dios nos libre! Sepa, maestro, que para sus amados y devotos discípulos siempre será uno, que la parte vegetativa y la parte viva forman un todo merecedor de un

redoblado amor. Doña Flora, ¿me permite que tome con el mayor cuidado la santa mano al rabino entre las mías? ¿No podría…?

—¿Me permitiría que se la apretara un poco? ¿Puedo?

—«Dame también a mí tu bendición, ¡oh padre mío!», maestro… Bendice al mayor de tus discípulos… bendice a este afligido y abatido hombre…

—No, doña Flora… Dios me libre… no voy a llorar… no más llantos… tendrá que ser poquito a poco…

—No, madame… Por Dios, que no es nada… enseguida me rehago…

—Poco a poco…

—¿Pero cómo puede decirme eso? ¿Que desaparecí?

—¿Pero cómo que desaparecí? Pero, doña Flora, si estuve esperando a que llegara la hora del parto.

—Sí, nació. Para bendición de todos nosotros.

—Al terminar el día de Yom Kippur ya teníamos al niño en los brazos.

—Un varón, señores, un varón nacido en Jerusalén, del que usted, madame, es ahora la abuela. Ya que su pobre hermana, bendito sea su recuerdo, no ha podido serlo, tendrá que serlo usted por ella.

—También yo, por lo visto… es decir… en cierta manera… también yo, si Dios quiere…

—Ambos se encuentran en perfecto estado, la madre y el niño. Todos la saludan desde Jerusalén: Rafael Valero, las calles de la ciudad, los rabinos, hasta las casas le mandan saludos; también la sinagoga Hurva de Rabí Yehudá Hasid, las cisternas de agua y el mercado; la saluda asimismo su habitación, doña Flora, su minúscula alcoba junto al arco de la ventana, y su lecho de doncella en el que tantas noches he dormido cubierto con la vieja colcha pensando en su infancia y en la mía…

—Sí, en su propia cama, y ha sido todo un honor para mí. Su cuñado Rafael les había ofrecido a la joven pareja la cama de los

padres de usted, que en paz descansen; allí dormían los infortunados, mientras que a mí me alojó en la habitación contigua, su pequeña alcoba de niña, entre los dos magníficos espejos que usted tenía colgados de la pared y que constantemente me confundían; ahora ya no me sorprende, doña Flora, que nunca buscara novio en Jerusalén, porque en una habitación como esa uno parece siempre estar acompañado, ja, ja, ja…

—Le he puesto Moshé Hayyim, para que sea un nuevo comienzo.

—No, no he querido darle el nombre de su padre. Ya es suficiente con que ese nombre me haya precedido y seguido como una auténtica maldición. Estoy cansado de los nombres de los antepasados cargados del recuerdo de sus descalabros y derrotas. Cansado de *Génesis* he pasado a *Éxodo*, y de ahí es de donde he tomado el nombre de Moshé, así, sin más. Que él nos proteja, porque en realidad todo ha sido un milagro… antes de que la muerte llegara, una sola y hedionda gota… Pero mire, doña, vuelve a sonreír de esa manera tan… ¿Habrá aprobado el nombre de Moshé?

—¡Asiente con la cabeza! ¡Entiende! ¡Alabado sea el Señor! Le aseguro, doña Flora, que la salvación del rabino Haddaya está próxima y que en un abrir y cerrar de ojos volverá a solazarnos con sus prédicas… esto no será más que un breve paréntesis…

—Con moderación… por supuesto… no hay prisa…

—Con gran padecimiento, doña Flora, pero con mucha contención…

—A Rafael, su padre, le causaba tal pánico la idea del parto que se refugió en la sinagoga Hurva para recitar salmos y me dejó allí diez horas, como uno de los centinelas del sultán, con mi túnica y las babuchas, asistiéndola con compresas de agua caliente.

—No, madame, todo ocurrió en la cama de usted, que había sido la mía y que ahora había vuelto a ser la de Tamara. Supongo que representará para usted una gran alegría saber que ese niño ha venido al mundo en su vieja cama.

—En el último momento Tamara fue presa del pánico y se negó a dar a luz en la cama de sus padres, que era su lecho matrimonial. Empezó a implorar ayuda del cielo y entonces la llevamos a la vieja cama de su querida tía, a través de la cual recibía la gracia de su venerable tío, porque fue gracias a su intercesión como logramos sobrellevar un parto tan difícil… ¿Me está oyendo, maestro?

—Diez horas duraron los dolores…

—Dos parteras. Una, la mujer de Zurnaga, y la otra se llama miss Stewart y es una religiosa inglesa, alta y seca como una tabla, aunque una gran experta, que fue enviada por el cónsul británico en Jerusalén, que no ha cesado de llorar la muerte de nuestro querido Yosef.

—De noche, doña Flora, antes de que cantara el gallo, se oyó el tan ansiado llanto, y si se me permite hablar abiertamente y no se me malinterpreta, tanto la madre como yo la echábamos tanto de menos, madame, que solo pensábamos en usted en medio de aquella gran soledad…

—No, pero si no estoy llorando…

—No, no más llanto… señor… mi maestro… Nos está escuchando… siento que su silencio me oprime la garganta…

—Porque su sobrina, doña Flora, no cesó de hablar de usted en medio de su padecer y de repetir lo muchísimo que la extrañaba; estaba alumbrando por usted, madame, y durante todas aquellas horas, entre dolor y dolor yo, que me encontraba en la habitación contigua junto a la puerta abierta y viendo difuminado en el pequeño espejo el rostro de Tamara, no podía menos que imaginármela a usted como una joven en la Jerusalén del año 5588 o 5589 de la Creación, tendida en su cama y también dando a luz. Porque tantos eran los muertos que nos rodeaban con sus sombras, doña Flora, que solo nos quedaba reconfortarnos pensando en los vivos…

—Ciertamente.

—¿De nuevo insiste con eso de que «desaparecí»? ¿Pero cómo que desaparecí?

—Si todo este tiempo he permanecido en Jerusalén. Solo en Jerusalén. Iba y venía por entre las murallas de piedra, cruzando las cuatro puertas y pensando: por aquí tuvo que andar correteando con sus piececitos la madame-niña hace ahora cuarenta años, entre estas piedras y estas iglesias, de la puerta de Jaffa a la de los Leones, saltando por encima de la basura de los campos que separan las mezquitas, bajo el ardiente sol y la amenaza de las epidemias.

—Así, paseando en solitario asumí sus añoranzas por Jerusalén, doña Flora, y los recuerdos de mi maestro y rabino que había honrado con su presencia a esa sagrada ciudad en el año 5587, en uno de sus incontables viajes; aún moran allí ancianos que siguen viviendo a la sombra de ese recuerdo. Quién sabe si esa pobre ciudad sigue existiendo en su corazón y hasta quizá en su mente. ¡Ah…!

—¿Que está escuchando?

—¡Alabado sea el Señor!

—¿Pero cómo que guardé silencio? ¿También sobre mí, doña Flora, ha de recaer esa culpa? Todo el invierno pasado estuve rezando para recibir aunque no fueran más que unas palabras de ustedes. El muchacho había muerto, lo habíamos enterrado y nosotros mismos parecíamos haber descendido a una tenebrosa tumba, porque en aquel momento, madame, solamente la simiente sabía ya que había prendido a tiempo. Además yo tenía la seguridad de que la noticia llegaría hasta Constantinopla vía Beirut, adherida a la negra y polvorienta capa de nuestro indigente limosnero Rabí Gabriel Ben-Yehoshua, de modo que quedé a la espera de alguna señal de Constantinopla… Incluso me solazaba imaginando que muy pronto llegarían ambos a Jerusalén para consolarnos y reconfortarnos a todos, pues sabía lo grande que había sido su amor por el muchacho desde que lo habían adoptado como suyo… porque ustedes lo habían cuidado y le habían forjado un futuro… en sus

manos lo puse siendo todavía niño y a su lado lo acostaba, madame, en la gran cama de mi bien amado maestro…

—No, si no estoy llorando…

—Dios me libre… de ninguna manera… no quiero ponerlo nervioso… le hablaré muy suavemente…

—Sin ninguna tristeza… Dios me libre…

—Me tragaré las lágrimas…

—Nada de llantos…

—Por mi propia voluntad… en efecto, doña Flora… no lo niego…

—Desde luego que la idea de llevarles el muchacho surgió de mí… Fue una especie de presente que les hice para no perderlos… el regalo de su inesperada y milagrosa boda que iluminó el firmamento…

—Temí que siguiera usted rechazándome, madame, como ya había hecho una vez… De modo que me apresuré a enviarle al muchacho… como en su momento había hecho mi pobre padre conmigo…

—Es cierto… no tardó en convertirse en un joven en edad casadera, con la ayuda de Dios… Pero el arreglo matrimonial que tuvo lugar en Beirut con su sobrina huérfana de Jerusalén fue todo obra de usted, madame, ideado por usted… fue por voluntad suya…

—Ciertamente, con mi bendición… en efecto… y yo diría aún más, de mil amores… porque lo principal era no perderlos a ustedes… es decir, al rabino, porque él ha sido siempre mi maestro y mi guía, y he tenido mi lealtad hacia él en mayor estima «que el amor de las mujeres…».

—Parece que entiende, está escuchando y entiende…

—No estoy llorando. No, madame, esta vez se equivoca, porque ya no me quedan lágrimas…

—¿De nuevo con que «desaparecí»? Aunque hubiera sido así, no fue por mucho tiempo, ni tampoco fui el primero en desaparecer, sino el último. La primera fue la huérfana, la novia jerosolimitana, seguida de mi único hijo Yosef, desapareciendo luego juntos en

Jerusalén. Y yo partí en su busca no para desaparecer también, sino para traérmelos, pero finalmente no hubo ya nada que traer…

—¿El niño, doña Flora? ¡Qué ocurrencia! ¡Dios nos libre! ¿Con qué fin?

—¿Apartar a la madre y al niño de Jerusalén?

—¿Pero por qué? Después de haber logrado darle un pequeño Moshé a Jerusalén, ¿para qué llevárnoslo de allí? ¿Quién iba a hacerse cargo de él?

—¿Pero cómo? Me asombra usted, madame, por su deseo de cuidar de ese niño con el trastorno que tiene usted ya.

—¿Cómo? Pero si dispone ya de un niño propio, de este sagrado y venerable anciano al que hay que alimentar, cuidar, lavar, mudar y adivinar el pensamiento. ¿Cómo iba a hacerse cargo de otro niño? ¿No creerá que habrían podido jugar entre ellos?, je, je, je…

—Maestro, je, je, je…

—Mire, doña Flora, querida amiga, se está riendo en silencio… je, je, je… nos escucha… entiende todo… En un abrir y cerrar de ojos sanará… je, je…

—Señor, maestro y rabino… amadísimo Rabí Shabbetay…

—No, si no estoy gritando, pero mire, querida doña Flora, está asintiendo con la cabeza… es dichoso… lo sé, lo noto, y es que siempre he sabido cómo animarlo… Como antaño, en aquellos días felices cuando cruzaba el Bósforo, llegaba a su casa, y tomando un alfanje y un pañuelo de seda le bailaba la danza de los jenízaros, cuyo nombre sea borrado…

—No, no voy a llorar… ya no me quedan lágrimas…

—Me dominaré.

—Aunque bien cierto es, queridísima doña Flora, que mi agitación no tiene límites, que se encuentra usted ante un alma turbada… No se disguste conmigo… me alarma usted hablando así del niño, como si no tuviera una madre joven y entregada. Y no solo una madre, sino una casa, la vieja casa de sus padres, doña Flora, y a su querido cuñado Rafael con sus nuevos hijitos… y a Jerusalén

entera… ¿Por qué despreciar a Jerusalén, la ciudad donde usted misma nació, que se está sacudiendo el polvo de siglos de olvido ahora que los hijos de Edom la han redescubierto y les están dando una nueva esperanza a los judíos? ¿Por qué sacarlo de allí precisamente ahora, y sin un padre? Porque nadie podrá ocupar el lugar del padre…

—No, no, madame. Muy pronto yo tampoco estaré aquí… porque está escrito: «El hombre vive a su pesar», aunque también es cierto que en ocasiones el hombre muere cuando es su voluntad… Incluso quisiera añadir, madame, que Rabí Levitas de Yavneh solía decir: «La esperanza del hombre son los gusanos». Señor… que juzgue el rabino… que él me haga justicia. ¿Habría deseado, maestro, que sacara de Jerusalén a la madre y al niño?

—¿Cómo?

—Ah…

—¿Una señal?

—¿Y qué significa?

—¡Ah!… Lo ve… Gracias, señor… ¿No se lo he dicho…? Lo sabía… ¿No estaba yo en lo cierto…? Nadie conoce mejor que yo el alma de este sabio. No fui capaz de estudiar gran cosa con él, porque mi pobre cabeza era demasiado dura… ¡Cabeza de calabaza, solía llamarme! Pero sí supe estudiarlo a él… Lo conozco mejor que usted, madame, y se lo digo con mi mayor respeto y sin el más mínimo deseo de ofenderla, Dios me libre… porque hace tanto tiempo que lo conozco… No, no se enfade, doña Flora… que cuando frunce el ceño y se muerde los labios me recuerda a Tamara, nuestra querida huérfana, novia y viuda… Se lo ruego, doña Flora, no se enfade, porque entonces volveré a echarme a llorar… Pues desde que perdí a mi único hijo tengo el llanto muy fácil… me entristezco por nada… una sola palabra, un susurro, me derrumban.

—Pero…

—Pero aquí, en este escabel… a sus pies… «mejor ser rabo de león…».

—Se encuentra casi completamente recuperada, doña Flora. Se está reponiendo…

—Naturalmente que le da el pecho, aunque con una pequeña ayuda, porque a los pocos días se le secó el pecho izquierdo y, como no tenía suficiente leche, el cónsul se apresuró a enviarle un ama de cría armenia, que va todas las noches a darle un suplemento, porque dicen que la leche de las armenias es inmejorable…

—Ciertamente, madame, ese cónsul es un verdadero ángel que no nos ha escatimado favores. No sé lo que habríamos hecho sin él. Desde aquel terrible y amargo momento nunca nos ha olvidado, y nada ha podido consolarlo de la pérdida de nuestro querido Yosef en el que tantas esperanzas había puesto. *Little Moses*, llama al recién nacido, y hasta le ha hecho unos papeles tomándolo bajo su protección, de modo que pueda ser ciudadano inglés. Si algún día decide marcharse de Jerusalén y establecerse en Inglaterra, podrá entrar sin temor alguno.

—*Little Moses*…

—En la sinagoga de Rabí Yojanán Ben-Zakkai. Tamara vistió al pequeño Moshé un hermoso blusón de terciopelo azul, le puso en la cabeza una *takaica* roja y Rabí Vidal Zurnaga recitó las bendiciones y lo circuncidó rodeado de los cantores. Después lo tomó en brazos el cónsul inglés, para calmarle el dolor, y Valero y su mujer Veducha repartieron a los presentes confites y rosquillas en abundancia, de los que les guardé a ustedes unos pocos en este pañuelo, y también les he traído unos pocos garbanzos tostados; lo llevo todo conmigo desde hace semanas, para que lo coman y participen ustedes de la fiesta como si hubieran estado allí… Tómelo, madame… para que puedan cumplir el precepto de bendecir al niño… También el cónsul y su mujer comieron de ello y lo bendijeron…

—Que el rabino también se coma uno, aunque solo sea por la bendición…

—No, no se ahogará., si es un garbanzo muy pequeño…

—Ah… se lo está comiendo… me ha entendido… seguro que todavía recuerda cómo solía traerme «bendiciones» de las bodas,

cómo me despertaba por la noche y me enseñaba a bendecir… ahora seré yo quien las diga por él. «Bendito eres Tú, Señor, nuestro Dios, Rey del Universo, Creador de todas las especies de alimentos.»

—Amén.

—Ni tan siquiera es capaz de decir amén… ¡Oh, Dios mío, qué desgracia…!

—No, no voy a llorar, lo prometido es deuda…

—Por supuesto, madame, Dios me libre de hacerlo llorar. Pero sé de cierto, doña Flora, que, aunque mis ojos no derramen ni una sola lágrima, él, a pesar de su estado, lee en mi alma como en un libro abierto el profundo dolor que siento, porque Rabí Haddaya siempre me ha conocido bien… «Como el barro entre las manos del alfarero…» ¡Ay, Rabí!

—Todo llegará. Todavía no he podido olvidar mi partida de su Jerusalén, madame, una ciudad tan dura, ¿cómo diría yo? Primero tan difícil de tragar y luego de escupir. Y también me resultó muy difícil separarme de mi joven nuera, la viuda de mi hijo, su dulce protegida, madame. Pero lo peor de todo, doña Flora, lo que se me hizo casi imposible, fue dejar al pequeño Moshé, que me tenía completamente robado el corazón por su dulzura. Si usted lo viera, madame… Si mi rabino y maestro hubiera podido ver al niñito, al pequeño Moshé, que todavía vestido con el traje del «rescate del primogénito», aquella blusa azul y la *takaica* roja, iba tan calladito, chupándose el pulgar muy pensativo, durante horas, ¿qué durante horas?, durante días enteros en el cesto a lomos de caballo…

—Un precioso caballo consular, madame, que llevó a la madre y al niño de Jerusalén a Jaffa.

—¡Ojalá me hubiera mordido la lengua!

—Mejor hubiera sido callarlo…

—En efecto, a caballo… mas no sufrió daño alguno, madame, llegó a Jaffa sano y salvo…

—¿Cómo que invierno? Ni siquiera era otoño. Veo, doña Flora, que ha olvidado un poco cómo es su tierra, en la que «el final del

verano es más duro que el propio verano…».

—Aunque hacía un poco de fresco en las montañas, no le causó ningún daño. Iba muy bien envuelto en mi capa de piel de zorro que había llevado de Salónica, y en el interior del cesto, muy cómodo y seguro…

—Sí, era muy pequeño, pero es un niño muy fuerte… Quizá nos equivocamos, ella y yo. Nos dolía separarnos, lo fuimos alargando… y la obstinación nos llevó a la locura…

—No, no hubo malicia en ello, solo buenas intenciones… Porque en la puerta de Jaffa, viéndome ella tan triste, dispuesto ya a partir con la caravana de camellos y asnos que baja hasta el puerto de Jaffa, me dijo: «Aguarde, no está bien que se marche tan afligido de Jerusalén, porque después nunca querrá volver.» Y dicho esto se llegó hasta la casa del cónsul y le pidió un caballo para acompañarme a Lifta. Hasta que hubo atado el cesto al caballo y acomodado en él al niño, la caravana había partido ya. Nos apresuramos a seguirla, y enseguida nos encontramos en el *wadi* de Lifta. El camino, que al principio había sido desértico y tortuoso, se hizo repentinamente muy agradable y placentero, pues empezamos a descender por entre viñas y olivares, higueras y albaricoqueros, hasta que llegamos al puente de piedra de Colonia, donde soplaba una brisa muy dulce. Jerusalén ya había quedado atrás con toda su tristeza y es posible que hubiéramos tenido que despedirnos allí; pero, de súbito, ella se empeñó en subir conmigo hasta el Castel, desde donde creía que podría ver el mar, porque decía recordar que en su niñez la habían llevado una vez a un sitio desde el que podía verse. Así que empezamos a ascender por el estrecho sendero hasta lo alto de la colina, desde donde vimos a lo lejos la caravana que avanzaba serpenteando como una fina culebra. El día era muy claro y desde la mezquita de Nebi Samuel parecía llamarnos el muecín, por lo que respondimos a su llamada. No imaginábamos que la subida sería tan larga y que el crepúsculo estaba tan próximo y, sin embargo, cuando llegamos a la cumbre del monte ya no quedaba nada de la hermosa luz crepuscular ni se veía el mar en el horizonte,

de modo que solo nos quedó imaginarlo. Mi caravana seguía desapareciendo poco a poco por la cuesta que lleva a Karyat-al-Anab y solo se oía ya el ruido de los cascos de las bestias chocando contra alguna piedra. ¿Qué podía hacer yo, doña Flora? ¿Despedirme de ellos allí? Yo no quería regresar con ellos a Jerusalén, porque sabía que si regresaba a Jerusalén tendría que convertirme en asquenazí y yo no quería convertirme en un asquenazí.

—Porque se me había terminado hasta la última moneda del dinero que había llevado, también las especias que llevé desde Salónica se me habían terminado, de manera que si hubiera regresado así a Jerusalén, pobre y menesteroso, me habría visto obligado a unirme a la comunidad de los asquenazíes para poder recibir la limosna que les dan a los suyos. Y yo no quería, rabino y maestro, convertirme en un asquenazí. ¿Le habría gustado, maestro, que me hiciese asquenazí?

—Le puedo asegurar que no le habría gustado, madame, aunque permanezca en silencio. Lo conozco bien y todavía le merecen ciertas dudas.

—Sin esfuerzo alguno, doña Flora. Nos encontrábamos ya en lo alto del Castel cabalgando tranquilamente sobre nuestras caballerías, yo sobre la mula y ella sobre el caballo, rodeados de montes pelados. Incluso Nebi Samuel había sido tragado por la oscuridad, y mucho más Jerusalén, que quedaba completamente oculta tras las montañas. Yo sabía que me había marchado de la ciudad santa para siempre y que solo regresaría a ella con la llegada del Mesías y la consiguiente resurrección de los muertos. Entretanto teníamos que encontrar una posada para pasar la noche y un ama de cría para nuestro querido Moshico, por lo que bajamos poco a poco hasta Karyat-al-Anab y cerca de Ein-Dilba nos topamos con un pastor al que le preguntamos por un ama de cría. Él lanzó un potente grito en medio del silencio de la noche a su compañero de Abu-Ghosh, quien al punto le respondió en la distancia. Avanzamos, pues, en aquella dirección y no tardamos en encontrar al ama de cría y una caravana en una gran casa de piedra, a los pies de Kafr-Saris.

—No, madame, ¿por qué iba a llover? La tierra seguía estando seca y el aire era muy agradable. Había una gran claridad, una claridad que lo atraía a uno, como si los campos estuvieran muy cerca.

—¿Un sueño, madame, un sueño?

—Un ama de cría del pueblo, corpulenta y rubia, que contribuyó a la cena de *Little Moses*, que durmió entre los dos protegido de las culebras. Y por la mañana, cuando creí que finalmente iba a despedirse de mí y regresar con la caravana que subía de Beit-Mahsir a Jerusalén, me juró de pronto que no se marcharía hasta no ver el mar por el que yo iba a embarcarme. Así que subimos hasta lo alto del cerro y vimos el mar a lo lejos, por lo que pensé que se habría calmado. Me despedí, pues, de ella, pero no tardé en darme cuenta de que la visión del mar no solo no la había tranquilizado, sino que había hecho crecer su preocupación, pues estaba yo todavía descendiendo hacia Wadi Ali, madame, para ir al encuentro de mi caravana, despacito por lo tortuoso del sendero, cuando, ¿qué oigo, como un eco lejano ascendiendo desde el silencio del abismo?

—El sonido de la caída de una piedra empujada por el casco del pura sangre consular…

—De veras, doña.

—Sola.

—Con el niño, por supuesto, con *Little Moses* en el cesto, envuelto en mi capa de zorro y zarandeado de curva en curva.

—Cabalgaba tranquilamente, siguiéndome.

—Me oculté detrás de un saliente de la roca de la ladera, entre la espesura de unos grandes arbustos, y me quedé mirándola desde lejos. Estuvo esperando hasta que la caravana desapareció para salir cautelosamente de su escondite hacia el lecho del torrente, menuda pero muy erguida sobre el caballo negro mientras un rayo de sol se rompía sobre su cabeza encendiéndole el cobrizo cabello.

—Un carácter muy audaz…

—No resulta muy difícil adivinar de quién lo ha heredado…

—También yo me preguntaba, madame, hasta dónde me seguiría. Pero hacia el atardecer, tras largas horas de cabalgar yo solo por el estrecho sendero sin ver a nadie, salí finalmente de la oscuridad de la espesura hacia un valle abierto, que como sabe es la llanura del Sharón y enseguida alcancé a los camellos, los burros y los mulos atravesando campos, olivares y huertos de higueras, hasta que llegamos a la valla de chumberas del pueblo de Emaús, donde acampamos y pedimos agua mientras disfrutábamos de la luz del sol poniente. Me orienté en dirección a Jerusalén para rezar la *minjá*, cuando vi de pronto asomando por un oscuro *wadi* el caballo consular que montado por la Obstinación avanzaba hacia el Desatino.

—Así hasta Jaffa, hasta el barco.

—También en Emaús encontramos un ama de cría, y en Ramleh y en Azur.

—No, doña Flora, no fue la falta de leche lo que la empujaba a pasar de aquel modo de ama de cría en ama de cría, porque yo muy bien sabía que el pecho izquierdo, antes seco, volvía a producir leche desde el día de *Simjat Torá*; pero algo me decía en mi interior que lo que ella deseaba era darle a probar al niño de los jugos del largo camino de Jerusalén a Jaffa, para que recordara un poco a su pobre padre.

—¿Cómo, madame, pero ya se ha olvidado de él? ¿Ya se ha olvidado de mi único hijo?

—No, si no lloro, ya no más lágrimas. Pero que me diga Rabí Shabbetay, mi maestro, mi guía, si se ha olvidado del hijo que le ofrecí, mi amado Yosef…

—¡Alabado sea Su Nombre! ¿No es cierto, doña Flora, que ha hecho una clara señal? No lo ha olvidado. ¡Alabado sea Su Nombre! Rabí Yannai solía decir: «Nunca nos podremos explicar la fortuna de los perversos ni los padecimientos de los justos…».

—¿Cómo que me estoy burlando, madame? Si usted, doña Flora, no se hubiera precipitado empeñándose en sacar de Jerusalén a su sobrina huérfana para casarla con mi hijo, estaríamos muy

posiblemente los tres disfrutando todavía de su compañía en lugar de acurrucamos en esta pobre posada de griegos rebeldes al poder otomano, porque podríamos haber estado todos placenteramente sentados en el hermoso diván de su casa de Constantinopla, junto al hogar, mirando el Bósforo, solazándonos con los rosales de los jardines de Abdul Mejid y meditando, pero solo meditando, sobre el mundo venidero.

—¿Que qué quiero decir? ¿Cómo que qué intento decirle?

—En resumen, madame, y sin intención de ofenderla, madame, que se precipitó usted un poco.

—No, doña Flora, no, *rubisa*, ¿cómo podría atreverme a enojarme con usted? ¿Qué provecho iba yo a sacar de ello, dígame? Si ello pudiera servir de algo, con gusto me enfadaría. Pero mejor será que me enoje contra mi propia persona. ¡Maldito sea mi nombre, madame, por no haber comprendido a mi hijo, sangre de mi sangre! ¡Maldito sea yo por no haberme dado cuenta de hacia dónde nos estaba llevando a todos! ¡Ay de mí, cabeza de calabaza, qué ingenuo fui, qué inocente!

—Porque no supe ver que tras cualquier pensamiento siempre se oculta otro pensamiento.

—Un pensamiento que nació de la indulgencia y los mimos que usted le prodigó en su casa. ¿Sabe acaso el rabino que, cuando salía de viaje, doña Flora acostaba a mi hijo junto a ella, en su lecho, maestro?

—Un niño, por supuesto… es decir, más bien un muchacho ya… Un chico muy sensible y abierto… que tuvo el privilegio de acostarse en la cama del rabino, privilegio que yo jamás tuve…

—¿Por qué no, madame? Todos deseamos acostarnos con los que son más poderosos y grandes que nosotros para que nos calienten con sus fuerzas superiores. También a mí, al fin y al cabo, me enviaron a casa de Rabí Shabbetay; pero eso fue hace tanto… Mi padre, que en paz descanse… Recuerdo bien cómo, tras la derrota de Napoleón, los cañones rugían por las noches sobre el Bósforo por temor al ruso… y cómo se apoderaba de mí tal temor que salía de mi

pequeña alcoba del extremo del corredor y volaba hacia la cama del maestro para calmar mis miedos, pero el inmenso respeto que sentía por él nunca me permitió subir a su lecho… ¿Me recuerda, maestro, reverendo rabino, allí de pie, con mi blusón y cantándole del romancero de *Tía Loja*: «Todos besan la mezuzá, / mas yo beso tu cara / Esterica, niña de mis ojos…?». Mire cómo se ríe, madame; recuerda la melodía, se sonríe… ¡Alabado sea el Señor! Con una sola palabra podría volver a crearlo… se recuperará en un abrir y cerrar de ojos… Mire, maestro, ha vuelto su *pustema*, su *pesgado*, para cantarle de nuevo…

—¿A dónde?

—¡No, madame, no me eche todavía!

—No, no me diga que me vaya, madame, porque no lo va a lograr…

—En modo alguno…

—Tengo derecho… soy de la familia… desde hace siglos…

—No cantaré más…

—No habrá más cantos…

—Os lo resumiré, *betajsír*, como dicen los ismaelitas en Jerusalén…

—Es cierto, doña Flora, que en cada pensamiento hay un bolsillo y dentro de cada bolsillo otro pensamiento. Y nuestro muchacho sacó de uno de esos bolsillos los pensamientos descartados por el rabino, los pensamientos que se le habían caído de los sueños quedándose entre la almohada y las sábanas, o debajo de la cama… Porque, ¿cómo, si no, pudo fiarse de un pensamiento que lo llevaría incluso a la muerte?

—Pero si ya les ha llegado noticia de todo por medio de ese irascible recaudador de limosnas, Rabí Gabriel Ben-Yehoshua…

—¿De nuevo?

—Degollado, madame, cual inocente cordero, cual negrísima cabra en la oscuridad de la noche…

—Ahora es usted la que tiembla, madame… ahora las lágrimas son suyas…

—¿De qué le vale ya?

—¿Para qué seguir atormentándose?

—Si insiste, *rubisa*… Pues salió una noche sin el farol, sin luz alguna que alertara sobre su presencia, y además con un manto negro…

—Se metió por una de las callejuelas del Suk-el-Lammamin para dirigirse a la Vía Dolorosa, el día de la conmemoración del nacimiento del Mesías, cuyo nombre sea borrado, y allí recibió el alto de la guardia. Pero en lugar de permitirles que lo detuvieran y esperar el juicio emprendió la huida, y en lugar de dirigirse hacia la sinagoga Strambulis o a la de Yojanán Ben Zakkai, donde habría podido ocultarse en la Sagrada Arca, siguió calle arriba, traspuso la casa de Vital y después se dirigió hacia la mezquita de Haram-es-Sharif, quizá para que no sospecharan de los judíos sino de los musulmanes; pero allí, en la explanada del Templo, frente a la escalinata que conduce al Domo de la Roca, fue degollado, madame, como un cordero negro.

—A manos de nuestros primos, los maestros del cuchillo oculto.

—De ahí mi dolor, mi tristeza, mi constante interrogarme durante todos los días que estuve allí con él; desde el momento en que me levantó de las arenas de Jaffa que yo besé con un inmenso amor en cuanto fui dejado en tierra: desde aquel momento en que me aferró con fuerza para preguntarme enseguida por usted, madame, dónde estaba usted, atónito de verme allí solo….

—Porque tenía la seguridad de que la llevaba conmigo en el barco, o que usted me llevaba a mí…

—Él no sabía nada de la negativa de último momento de Rabí Shabbetay para que usted emprendiera viaje conmigo, doña Flora, de modo que se quedó allí en la orilla mirando con gran pesadumbre el barco que arriaba las velas, con la esperanza de que quizá todavía fuera posible que los marineros la bajaran del barco… je, je, je…

—¿Qué explicación podía yo darle, doña Flora, si el maestro no me había dado ninguna…? ¿Acaso había dicho Rabí Shabbetay el motivo de su negativa?

—Me está mirando, el pobre… «Oh, Dios, devuélvele, te ruego, la salud…»

—¿Como una madre?

—Es posible, madame, puesto que no pudo disfrutar lo suficiente de la suya, que tan deprisa partió hacia un mundo mejor. ¿Pero fue usted para él una madre, madame, o también una suerte de hermana?

—Quiero decir una especie de hermana mayor con la que se comparten los más dulces secretos y a la que se le cuentan los más extraños sueños… Porque allí se quedó nuestro querido Yosef sumido en la más profunda tristeza y muy decepcionado, aunque muy seguro de sí mismo, tocado con el alto y negro fez consular algo ladeado y mirando ya a cierta distancia para dirigirse a los lugareños que nos rodeaban y hablarles con amabilidad y paciencia, como si fueran sus amigos; entonces vi que la lengua ismaelita brotaba ya de sus labios con toda naturalidad. Como también me había dado cuenta de que mi llegada en solitario no le había comportado la menor alegría, quise dejarme caer de nuevo para aplacar mi amargura sobre las suaves y dulces arenas de Jaffa, pero me sujetó con firmeza, y por el solo contacto de su mano noté que algo había cambiado en él…

—Es decir, por su firmeza… porque me levantó de la arena a la fuerza y me ordenó: «Ya es suficiente, padre, el camino es largo y los caballos nos están esperando…».

—En efecto, mi querida amiga. Así es, doña Flora, no había llevado ni burros, ni mulas ni camellos, sino que había llegado de Jerusalén a recibirnos con caballos, un magnífico caballo para cada uno de nosotros. Y la yegua que había llevado para usted, *rubisa*, era un verdadero prodigio… Todavía puedo verla ante mí, tan briosa… enjaezada con una guarnición de vivos colores…

—En especial para usted… Y no permitió que nadie la montara, de modo que fue trotando junto a nosotros sin jinete durante los tres días que cabalgamos de Jaffa a Jerusalén, con tan solo el fardo de las especias que yo había llevado conmigo atado a su lomo. Cada vez que nuestras miradas se topaban con la yegua nos acordábamos de usted, madame, y de la prohibición de su excelencia el rabino… que cuanto más nos esforzábamos por comprenderla más sonoros eran nuestros suspiros.

—La miraba con tristeza, pero sin resentimiento, porque yo seguía sintiéndome como en un sueño, columpiado todavía por el movimiento de las olas. Dejamos el bullicioso mercado de Jaffa, que era un hervidero de colores y aromas, y por las serpenteantes calles salimos hacia las huertas y los campos, madame, avanzando entre las grandes flores y los resistentes espinos, hasta que de súbito no quedamos más que nosotros dos, padre e hijo, rodeados por una vasta tierra y bajo un sol inhumano y violento ante el que el mismísimo cielo se postraba.

—Hasta el gran *khan* de Kafr-Azur me arrastró en aquel primer día, porque quería dar alcance a la caravana del amanecer y regresar lo antes posible junto al cónsul de Jerusalén. ¿Acaso recuerda su excelencia el camino?

—Cierto, doña Flora, cierto, ¿cómo habré podido sufrir esta confusión? Es cierto. Pero si el rabino llegó desde Damasco y entró en la tierra de Promisión cruzando el Jordán… como es debido… por la puerta grande y no por la trasera… ¿Entonces, mi maestro no llegó a conocer Jaffa? Una lástima, porque es una ciudad muy animada…

—Es cierto… me aferro a esos recuerdos como quien se aferra al hilo de la vida, porque cada imagen que llevo dentro me mueve a una compasión sin límites. Así fue como empezó todo… con un padre cabalgando tras su hijo por Tierra Santa, un poco abochornado y aturdido, observando a su alrededor y viendo una tierra yerma, aunque no siempre.

—Así es, madame, tal y como usted muy bien dice; de pronto aparece un bello campo de espigas, un naranjal, un palmeral o una huerta de árboles frutales regada por una acequia, o la choza de un campesino y un grupo de niños alrededor de un pozo y, después, de nuevo un desierto sembrado de antiquísimas ruinas. Con la puesta del sol llegamos al gran *khan*, que se encontraba completamente vacío, puesto que la caravana había partido ya hacia Jerusalén para llegar a pernoctar en Ramleh. Añadieron paja para nosotros en un rincón de la sala, junto a la ennegrecida pared, y nos prepararon unos lechos. Salí afuera y vi la inmensa llanura profundamente oscura, sin una sola luz. Muy cerca de la entrada se rizaba el humo de un horno en el que se horneaba un pan para nuestra cena. Volví a entrar y Yosef salió a ver cómo estaban los caballos; me quedé mirándolo desde la inmensa sala, a aquel hombre erguido y hermoso que se detuvo junto a la valla de chumberas y les colgó a los caballos los morrales mientras les acariciaba la cabeza y les hablaba, apretando la cabeza contra el cuello de «su» yegua, madame, como si quisiera decirle unas consoladoras palabras porque su amazona no hubiera aparecido. El ismaelita que estaba allí cerca se puso a hablar con él y Yosef lo escuchaba amigablemente, con atención, mientras yo volvía a darme cuenta de cómo aquel muchacho tan delicado y consentido que la acompañaba a las tiendas del bazar de Kapele Carse, para ayudarle a llevar los vestidos y perfumes que compraba, se había convertido en todo un hombre que ocultaba un gran secreto bajo el poblado bigote que se había dejado crecer. Se parecía tanto a mi padre en su juventud, antes de que quebraran sus negocios, que sentí de pronto una profunda amargura, señores, una tristeza tal que ansié regresar al mar del que hacía tan solo unas horas había salido, aquel mar que se había entretenido jugando conmigo entre sus olas. Pensé en mis padres, de santa memoria, y al momento sentí la necesidad de pronunciar por ellos el *kadish*, allí, en Tierra Santa, la necesidad de orar por sus almas. De modo que me aproximé a mi hijo para preguntarle si no habría por allí cerca un pueblo en el que pudiera encontrar los diez judíos

necesarios para la oración porque quería pronunciar el *kadish* del huérfano. Él, al principio, quedó tan atónito como si le hubiera pedido que me alcanzara unas cuantas estrellas. «¿Judíos? ¿Aquí?» Y yo le pregunté asombrado: «¿Pero existe un lugar en el mundo en el que no haya judíos?». Él entonces ladeó la cabeza y, clavando los ojos en mí, me sonrió débilmente, y yo me pregunto, maestro, si sería en ese momento cuando nació en su interior aquella terrible idea o si ya la llevaba oculta desde antes, pues después de meditar un momento me dijo con voz muy suave: «Enseguida, padre, enseguida». Y pasando por una brecha que había en la valla de chumberas se dirigió hacia las chozas de adobe que se divisaban, de las que empezaron a salir unas siluetas que luego trajo hasta donde yo me hallaba, encontrándome de pronto rodeado de ismaelitas de piel oscura y descalzos, algunos tocados con unos turbantes muy gastados y otros con *kaffiyehs* negras, pero todos muy dóciles y callados, como si acabaran de ser sacados de su primer sueño, madame. «Aquí los tienes, padre», me dijo Yosef, «ya puedes orar». Yo, muy asustado, le pregunté: «¿Pero quiénes son estos hombres, hijo mío?» Y en el silencio de la noche me susurró, como si hubiera perdido el juicio, señor y maestro, doña Flora, querida amiga: «Estos hombres son judíos, padre, pero ellos no lo saben todavía…».

—Sí, madame, esas fueron sus palabras. «Estos hombres son judíos que pronto comprenderán que lo son, son judíos que llegarán a recordar que un día fueron judíos», volvió a repetirme, y antes de que yo alcanzara a pronunciar una sola palabra los instó amablemente a que dirigieran sus rostros hacia oriente, donde no se veía más que un cielo negro llenándose de estrellas, y empezó a entonar la oración de la tarde con una nueva melodía que yo jamás había oído, cayendo de rodillas y postrándose para que los ismaelitas comprendieran sus intenciones y lo imitaran. Y yo, Rabí Haddaya, maestro y guía, yo, en mi pecado, me dejé arrastrar por mi deseo de pronunciar el *kadish*, y profané el Nombre del Señor al orar por mis padres, por mi pobre y difunta esposa y por el niño… en compañía

de aquellos hombres… La manta, madame… se le está cayendo la manta…

—Permítame que yo lo tape, doña Flora… déjeme a mí… Pero si está temblando… parece muy intranquilo… quizá…

—Yo…

—¿Pero qué significa, madame, «tu, tu, tu»…? ¿Qué cree que pueda querer decirnos?

—Dios mío, estará intentando decir algo…

—Pero si la manta está mojada, doña Flora, completamente empapada… Lo mejor será encender el fuego para secarla y que yo entretanto cambie al rabino.

—¿No, por qué?

—¿Por qué un criado? ¿Por qué un griego? Pero si me tiene a mí a su entera disposición, madame, y de todo corazón… Permítame hacer esta buena obra… Si él es como un padre para mí, doña Flora… se lo suplico…

—No. Nos escucha, me sigue con la mirada… Rabí Shabbetay me comprende… recuerda lo que solía decir… que en cada pensamiento hay un bolsillo y en cada bolsillo un nuevo pensamiento… «No existe un hombre que no tenga su hora, ni cosa alguna que no tenga su función…» ¿Pero qué querrá decir con ese «tu, tu, tu»? ¿Qué significará? Parece tan agitado…

—Así pues, doña Flora, en una palabra, mi visita dio comienzo en el camino de Jaffa a Jerusalén, intentando dar alcance a la caravana de peregrinos que nos llevaba una delantera de un día completo. Durante tres días estuvimos cabalgando tras su rastro, sintiendo el olor que emanaba de ella, pisando la hierba ya hollada, aprovechando las brasas de los fuegos que había ido encendiendo y pasando por encima de los cagajones que había ido dejando. Nosotros dos cabalgando a buen paso y «su» yegua, madame, que solo era una boca más que alimentar, trotando entre ambos; a veces, sin embargo, a la luz del crepúsculo, nos parecía ver su figura montada en ella. Y el hijo se esforzaba por enseñarle al padre el

camino. Le mostraba los segadores de Emaús y los trilladores de Dir Ayub, y lo hacía descabalgar para que oliera la dulce albahaca y el verde geranio, para que mordisqueara unas briznas de hierba o unas hojas de arbusto, pues quizá fuera posible encontrar alguna nueva especia. También a la siguiente noche, junto a la tapia de piedra de Kafr-Saris, con la primera señal del crepúsculo y sin preguntar, desapareció por un momento entre las rocas y los olivos para regresar con unas cuantas sombras que había logrado reunir, más de aquellos judíos que todavía no sabían que eran judíos, es decir, unos cuantos labradores y pastores medio dormidos que habían sido sacados de su primer sueño y que se mantenían en pie gracias al medio *bishlik* que había repartido entre ellos. Y todo aquello, señores, exclusivamente por mí, para permitir al padre visitante que volviera a pronunciar su *kadish* completo, no solo por las almas de sus padres, sino por las de todos sus antepasados, para que incluso nuestro primer padre supiera que Abraham Mani había llegado a la tierra de Israel y que muy pronto iba a entrar en Jerusalén.

—Así fue. Al mediodía habíamos adelantado ya a los peregrinos rusos, porque desde el momento en que habían sabido que Jerusalén estaba muy próxima se habían quitado los sombreros de piel y avanzaban de rodillas con gran devoción, arrastrándose en fila por el camino, desde la encina grande hasta la encina pequeña y desde allí hasta el monasterio de la Cruz que, en su hondonada, se encontraba sumergido en un mar de flores rojas. Y, de pronto, Jerusalén: murallas, torres y cúpulas, inscrita en el horizonte con una gran austeridad. No había pasado demasiado rato cuando me encontré solo por las callejuelas de la ciudad siguiendo al macero del consulado.

—Porque Yosef no había podido esperar, y se había dirigido antes de nada al consulado para devolver los caballos y contarle al cónsul los avatares del viaje, mientras que a mí me envió a casa a través del zoco, con el equipaje, y acompañado por el macero que avanzaba ante mí golpeando con la maza las grandes losas de piedra del suelo para abrirme camino entre la gente. Así es como me llevó

hasta una callecita y subimos las escaleras de una casa, a cuya puerta no tuvimos necesidad de llamar porque esta se encontraba abierta. Permanecía yo todavía vacilante en el zaguán cuando vi reflejarse en el espejo que tenía frente a mí la imagen de un caminante desaliñado y calcinado por el sol, los ojos hundidos en las cuencas, y de la habitación contigua vi salir, Rabí Shabbetay, a quién si no a doña Flora en persona, pero treinta años más joven, como si hubiera llegado volando por el aire y pasando al barco se me hubiera adelantado. ¡Qué prodigiosa aparición, señores! Así que ese era el secreto beirutí que yo desconocía y que, por lo visto, le había robado el juicio a Yosef. Una dulce imagen que había querido volver al mundo por segunda vez, porque no le había bastado con la primera. Me encontraba yo tan sumamente fatigado del camino y del sol, tan emocionado por la vista de Jerusalén y de sus tortuosas calles, que me pareció, queridos amigos, sentir que acababa de llegar a una ciudad repleta de espacios sin fondo por los que avanzaba como un sonámbulo: «¿Madame Flora, es usted? ¿Es posible que sea usted? ¿Le ha permitido venir el rabino?» Je, je, je…

—Estaba tan aturdido…

—No, un momento… se lo ruego…

—Aguarde… madame… no puede ni imaginarse el prodigioso parecido que existe entre las dos y que quizá fue, sin saberlo, la razón por la que usted se sintió atraída hacia Beirut, para encontrarse con su propio doble y entregárselo a mi difunto hijo, el pobre, en secreto… ¿eh?

—Nosotros no sabíamos nada, ¿qué podíamos saber?

—Los desposorios fueron tan precipitados… También el rabino lo supo después de hecho…

—Sí, un sorprendente parecido…

—Sí. Incluso ahora, rabino y maestro, ¿podrá oírme?, cuando miro a la *rubisa* veo claramente a Tamara dentro de treinta años. Como dos gotas de agua… en encanto y en belleza…

—Al principio se asustó, se puso muy colorada, pero se acercó a besarme la mano y a que la bendijera; también tomó mi fardo y lo llevó delicada y respetuosamente hasta su cama de la infancia de usted, madame, bajo el ventanal en forma de arco, la cama en la que de ahí en adelante yací un verano y un invierno. Aprontó también la mesa para mí y puso agua a calentar para lavarme los pies y las manos, y de ese modo siguió sirviéndome hasta la puesta del sol. Observé que no se extrañaba de que Yosef se demorara en casa del cónsul en lugar de apresurarse por llegar a casa, a pesar de llevar ya ausente más de siete días, como si estuviera acostumbrada a que el cónsul fuera antes que ella. Una vez que estuve lavado y alimentado fue a llamar a su padre, Valero, para que me conociera y me llevara a la sinagoga para la oración de la tarde. Valero resultó ser un hombre muy amigable y acogedor y al regresar de la sinagoga nos demoramos conversando sobre las epidemias de Jerusalén, hasta que nos envolvió la noche y encendimos unas velas para iluminar la casa. Solo entonces llegó Yosef, con un farol encendido, desaliñado todavía por el viaje de Jaffa a Jerusalén que solo en ese momento tocaba a su fin para él; saludó con una cortés inclinación de cabeza, a su mujer y a los que sentados con ella allí estábamos y nos contó que había confundido su fardo con un paquete de documentos del consulado, y tan distraído estaba que empezó a hablarnos en inglés, hasta que se dio cuenta. Entonces comprendí, madame y maestro, que tenía en mente algo mucho más importante que su matrimonio, que tenía una *idée fixe*, como dicen los franceses, que le interesaba más que la descendencia.

—Suya, madame.

—Por supuesto…

—Enseguida lo comprenderá.

—Lo más brevemente que sea capaz.

—¿Qué es lo que va a comer el rabino?

—¿Y por qué va a molestarnos el hecho de que se tome esas gachas?

—Evidentemente…

—Porque quizá, Rabí y maestro, fue doña Flora quien inflamó la imaginación del muchacho y forjó poco a poco su arrojado carácter. Fueron las historias sobre Jerusalén que usted le contaba al muchacho, madame, durante las noches que yacía a su lado en el lecho del venerable anciano, las que llevaron al joven a sus delirios de grandeza, es decir, que fue usted quien le inculcó a mi hijo que basta proponérselo para que sea posible hacer rodar el mundo de un lado al otro como si fuese un huevo, sin que se rompa la cascara ni su contenido se derrame, y todo ello envuelto en los pequeños pensamientos que, desechados por Rabí Haddaya, él recogía de entre las sábanas. Porque no habían pasado muchos días cuando vi con claridad que no había sido solo por entretenerme durante nuestro viaje de Jaffa a Jerusalén por lo que había sacado de sus lechos a todos aquellos adormecidos lugareños repartiéndoles medio *bishlik* para que permanecieran conmigo mientras recitaba el *kadish*, sino que desde que había ido en busca de Tamara para casarse con ella en Constantinopla y ella se había negado a abandonar la tierra de Israel, había decidido que si era su destino quedarse en Jerusalén, todos los que allí lo rodeaban tenían que ser judíos que todavía no sabían que eran judíos, judíos que habían olvidado que un día fueron judíos, por lo que los trataba con gran deferencia y simpatía. Le dolía el olvido de esas gentes y temía la conmoción que les produciría el hecho de que les fuera a ser recordado; de modo que, junto con el cónsul de Inglaterra, los estaba preparando para que el esperado momento resultara lo más apacible posible.

—Sí, querida señora. ¿Me está escuchando, maestro y rabino? Esos eran los pensamientos que llenaban el corazón de mi hijo, esa era la *idée fixe* que se le había clavado en la mente como una barra de hierro con la ayuda del cónsul.

—No podía saberse quién empujaba a quién en todo aquello o cuál de los dos prevalecía, porque ese cónsul, como buen inglés, no ve a los judíos como seres de carne y hueso sino como personajes literarios que directamente salidos del Antiguo Testamento entraremos a formar parte del Nuevo Testamento el día del Juicio

Final, mientras que entretanto lo que hay que hacer es vigilarnos para que no nos metamos por equivocación en otro libro… Enseguida supe, pues, que mi misión allí tendría que consistir en proteger el matrimonio de mi único hijo.

—Sin duda alguna. Ya a la mañana siguiente de nuestra llegada se presentó el macero con una invitación para acudir a tomar el té con el cónsul y su esposa. Me compré un fez nuevo en la puerta de los Leones, Tamara lavó y planchó mi túnica, y nos marchamos los tres a presentarme ante el cónsul a esa hora en la que Jerusalén queda bañada por una luz de canela.

—La casa consular se encuentra muy cerca de la iglesia del Santo Sepulcro. Se llega atajando por la Vía Dolorosa.

—No, por la calle de los Magrebíes. Se sale por la casa de los Bejar y enseguida hay que subir la escalera de los Nabón. Detrás de la bodega de Genio, por el lado de los Halfón.

—No, el otro Halfón, el más joven, el que está casado con la hija de Rabí Arditi.

—Los asquenazíes se encuentran algo más abajo.

—Madame, aquello está ahora todo edificado, todo edificado… ya no queda espacio allí.

—Han edificado incluso detrás de la sinagoga Hurva. Los asquenazíes lo están ocupando todo.

—De momento, no; pero también ahí, sin duda, acabarán por edificar. ¡Qué se le va a hacer, madame! Por todos pasa el tiempo, hasta por Jerusalén.

—Intentaré ser lo más breve posible, pero de todos modos, doña Flora, tengo que contarles toda la historia fidedignamente, con sus alegrías y sus penas. En aquel momento seguía siendo yo en Jerusalén un respetable visitante en el que todavía se pensaba como en un forastero de paso y no como en alguien que hubiera llegado para establecerse. El cónsul y su mujer nos recibieron con grandes muestras de afecto, y el cónsul incluso me dirigió unas palabras en hebreo… ¿Madame?

—Sí, madame, en un hebreo como el de los profetas. Yosef se movía por la casa consular como si de un miembro de la familia se tratara, y yo no podía dejar de pasmarme ante la capacidad de mi muchacho para encontrarse un padre y una madre siempre que fuera necesario y la facilidad que tenía para hacerse querer. Entretanto habían ido llegando más invitados: un viejo *sheij* que habían llevado especialmente desde Siloé para que me diera la bienvenida, y su hijo, un hombre hermoso y de muy buen porte que era además funcionario del consulado; unos peregrinos franceses que acababan de llegar a la ciudad; unas damas inglesas que tomaban té, fumaban narguiles y parecían estar encantadas de sus propias ocurrencias; un espía alemán vestido con un traje oscuro, seguido de un judío austríaco bautizado, etcétera. No obstante, madame, yo, maestro, no había olvidado la misión que me había encomendado a mí mismo, de modo que mientras escuchaba entusiasmado a todos, como es el deber de un buen invitado, «pues escrito está: ¿quién es respetable? El que respeta a su prójimo», no dejaba de observar a Tamara, madame, que muy menuda y resplandeciente se encontraba apretujada entre las inglesas como un tierno corderillo entre unas escuálidas yeguas, sorbiendo el té y mordisqueando el seco bizcocho inglés, envuelta en aquella luz de vino claro, sonriendo distraída, el pensamiento muy lejos. Y muy pronto me di cuenta de que su distracción no era fruto de un estado de plenitud, sino de vacío, como si todavía no hubiera salido de los esponsales ni el matrimonio hubiera podido prender en ella… y en ese momento di gracias a Dios por haberme enviado a Jerusalén…

—Me refiero a su útero…

—No. Ni siquiera un aborto. Nada.

—En una palabra, madame, nada. Y para no añadir palabras innecesarias, les diré que desde esa nada fue desde la que inicié la misión que me había propuesto y que consistía en que aquel matrimonio diera su fruto en lugar de que pudiera terminar en un fracaso por quedar reducido a aquella *idée fixe*. Y por la noche, mientras regresábamos todos cada uno a su casa con los faroles

bien altos, como es costumbre en Jerusalén, y serpenteando de calle en calle tras el macero del consulado, que avanzaba guiándonos y golpeando las losas con la maza como si anunciara nuestra llegada a los habitantes del infierno, supe ya que mi intención era quedarme allí, es decir, establecerme en casa de aquella joven pareja, en la alcoba y en la cama que me habían asignado, para tranquilamente hacer cumplir desde allí mis designios. Y esa, señores, es la causa de mi desaparición que tan preocupados les ha tenido. ¿Me puede oír, maestro? ¡Mire con qué encanto asiente moviendo la cabeza!

—No, no deseo fatigarlo, pero si no le presento toda la historia, ¿cómo va a poder fallar su callado veredicto? Porque aquella misma noche, señor, aunque ya un poco arrepentido de mi actitud, me quedé acostado con la intención de vigilar a los dos jóvenes desde mi privilegiada posición de aquella alcoba que estaba situada junto a la suya. Dejé la puerta entreabierta de modo que veía cómo la luna bañaba el extremo de su cama desde donde un rayo de luz avanzaba de espejo en espejo; me quedé escuchando la respiración de ambos, sus murmullos entre sueños, las risas y suspiros, para llegar a distinguir el grano de la paja y saber descifrar las señales, es decir, dónde se encontraba el defecto o impedimento que había retrasado la procreación: si se derramaba fuera o si no era firme; si el defecto, en suma, era físico, para llegar a saber qué remedio habría que poner de modo que la simiente prendiera con fuerza y yo pudiera acudir a Constantinopla a anunciarle la buena nueva a mi amado rabino y maestro. Y así, me apresuré a madrugar a la mañana siguiente, y con el canto del primer gallo que encontré pavoneándose en nuestra calle avancé, a la débil luz de la aurora, lleno de vitalidad y ansiando conocer Jerusalén, hacia el Muro de las Lamentaciones para llorar por la destrucción del Templo, recitar frente a él las bendiciones de la mañana y tomar con los labios el rocío de sus piedras mientras le rogaba a Dios que atendiera mis súplicas: desde allí regresé subiendo por Harat Bab-as-Silseleh hasta el en aquella hora desierto zoco, donde le compré a uno de los árabes rosquillas, huevos *jaminados* y *zatar*. Entré seguidamente en

casa de los jóvenes, que no habían salido de su placentero sueño, les preparé un puchero de café bien cargado y se lo puse, con el resto de las cosas que había comprado, en una mesa que tenían junto a la cama. A continuación los desperté y les dije: «No soy solo vuestro padre, sino también las dos madres que perdisteis en la flor de la vida, así es que es mi obligación seguir mimándoos un poco, pero a cambio dadme un nieto, porque si no moriré». Los dos se ruborizaron y se rieron un poco, se miraron de reojo con cierto temor y tiraron de la manta para cubrirse mejor. Al punto empezó el muecín, con su potente voz, a llamar a la oración de la mañana desde la gran mezquita, y Yosef se quedó escuchando con gran atención aquel ondulante gemido que a mí me resultaba mareante, y sentándose en la cama me dijo de pronto: «Padre, tenemos que hacer nuestro ese gemido y acostumbrarnos a él hasta que la verdad que ha sido olvidada vuelva a salir a la luz, porque si no, ¿qué va a ser de nosotros?». Dicho esto apartó la manta, tomó de entre ella la *idée fixe* con la que había pasado la noche entera, la sacudió, la introdujo en el fez, y se fue a lavar la cara para terminar de espabilarse.

—Es una broma, doña Flora… pura fantasía… una mera imagen…

—No volveré a hacerlo… Mi solo propósito ha sido explicar la razón por la que de ahí en adelante decidí no ser más un simple visitante, sino establecerme en Jerusalén, que con gran rapidez había empezado a cambiar la suave brisa de la primavera por el ardor de un fiero verano, cuyo mayor calor los habitantes del lugar, estimado maestro, llaman *jamsín* y yo llamo, en broma, *mohín*. A los pocos días, pues, ya tenía yo una maza con la que golpear las losas de la calle y un farol para ser visto en la oscuridad, y a la semana unía ya mi voz a la de los orantes de la sinagoga Stambuli, donde se me permitía leer de la Tora los lunes y los jueves. Para entonces salía además a comprar en el zoco y ayudaba a Tamara a limpiar las verduras y a desescamar los peces; a las dos semanas le alquilé medio puesto en Souk-al-Attarin a un ismaelita y allí acudía por las tardes a exponer las especias que había llevado de ultramar, a las

que añadí pasas, almendras y pipas de girasol que vendía con una pequeña ganancia. Estaba hecho, pues, todo un jerosolimitano: recorría de arriba abajo las estrechas calles, muy deprisa y sin razón aparente, a no ser por el temor de perderme en cualquier esquina alguna palabra de Dios.

—Todo aquel tiempo seguía yo durmiendo en su cama, madame, en su antigua alcoba situada bajo el ventanal en forma de arco, junto al que añadí un espejo propio para que acompañara a su viejo espejo que colgaba enfrente y saber lo que se hacía en la casa y poder así llevar adelante el secreto designio que yo mismo me había fijado. Y a pesar de que mi crecida barba saltaba de espejo en espejo por toda la casa, los jóvenes parecían apreciarme, de modo que no me sentía una carga para ellos sino que, por el contrario, parecía darle vida a aquel hogar en el que flotaba cierto aire de ensueño, de dejadez y de desorden y hasta una cierta pobreza, porque a nuestro querido Yosef más le pagaban con honores que con dineros, ya que también el cónsul era un soñador que se comportaba como si fuera un gobernante y no un simple cónsul, de modo que se había empobrecido repartiendo sus bienes entre los peregrinos, aunque no fueran ingleses, y entre los judíos que eran, a sus ojos, la llave del futuro. No había dama que llegara a Jerusalén que no se hospedara con toda generosidad en su casa y que no fuera acompañada por Yosef a visitar las iglesias de Belén, las mezquitas de Hebrón, que no fuera guiada a la tumba de Absalón, a la piscina de Siloé y al monte de los Olivos, siéndoles mostrada primero cada cosa por separado para después, hacia el atardecer, mezclarlo todo con la pasión que lo caracterizaba y convertirlo en un conjunto de lenguas, pueblos y razas que asaba sin piedad al fuego del desierto hasta convertirlo en la masa uniforme que a él le entusiasmaba considerar que es Jerusalén…

—Podría decirse, madame, que era guía, una especie de intérprete para los visitantes, correo de pequeños documentos y escribano de la correspondencia secreta. A veces preparaba también los pocilios de café que servían en el consulado y otras se enzarzaba

en disquisiciones literarias en las veladas de la Sociedad bibliófila de Jerusalén. En una palabra, señora, que era hombre para todo, aunque recaían sobre él las misiones nocturnas, porque solía regresar a casa ya muy entrada la noche. Yo me había acostumbrado ya a despertarme a medianoche y acudir a su cama para comprobar si había regresado, y cuando no lo encontraba era tal la preocupación que sentía porque le estuviera sucediendo algo que, temiendo salir a la calle desierta, subía a la azotea de la casa para mirar a la pobre luz de la luna las torres, las murallas y las entrañas de las callejuelas, esperándolo sin aliento, hasta que por el barrio musulmán o por el cristiano asomaba de pronto bamboleante la llama, que por el balanceo reconocía yo ser de su farol; me apresuraba entonces a bajar de la azotea para abrirle el portón de su propia casa, como si él fuera el querido huésped lejano al que yo debía agasajar en cuanto me fuera posible, incluso más de lo que usted misma, madame, lo había mimado cuando no era más que un muchacho. Y así, le ayudaba a quitarse el fez que el sudor pegaba a su cabeza, lo descalzaba, y le soltaba el cinto para dejar en libertad la *idée fixe* que llevaba en su interior; después le llevaba agua para lavarle los pies y la cara y le calentaba algo de comer, porque sabía yo que en ocasiones se había pasado el día sin que hubiera ingerido nada más que café. Después, ya más relajado, y habiendo recuperado el rostro sus colores, me recompensaba contándome las peripecias del día, con quién se había encontrado y a quién había servido de guía, desde dónde había salido y hacia dónde, lo que pensaba el cónsul y lo que opinaba su mujer, lo que les habían escrito desde Inglaterra, y el escrito de protesta que le habían enviado en esa ocasión al gobernador turco; y yo escuchaba con suma atención todas aquellas cosas, preguntándole y siempre recibiendo respuesta, volviéndole a preguntar y siendo de nuevo contestado, hasta que al final, bromeando, lo empujaba a hablarme un poco de su *idée fixe*, que seguía allí descuidadamente tirada ante nosotros, de modo que le preguntaba: «Y ahora dime, hijo mío, ¿qué hay de esos judíos que todavía no saben que son judíos?». Al

principio mi pregunta parecía enojarlo, porque apreciaba en ella cierto tono burlón, pero después se reconciliaba conmigo y sonriendo con sus ojillos me decía: «Todo llegará, padre, es que se les ha olvidado, pero al final acabarán por recordarlo». «¿Pero y si se empeñaran en no recordarlo nunca?», insistía yo. «¿Y si no quisieran recordarlo?» Para entonces él ya había cerrado los ojos, la sonrisa todavía asomada a ellos, aunque ahora una sonrisa teñida de cierta crueldad. «¿Si se empeñaran en no recordar?», decía él asombrado de mi propia insistencia, «pues les infligiríamos terribles tormentos hasta que lo reconocieran por sí mismos».

—Sí, «tormentos», decía «tormentos», pero sin especificar, como si los tormentos fueran siempre los mismos y no hubiera que molestarse en explicar en qué consistiría cada uno de ellos. Maestro, rabino, ¿me oye?

—Ah… Y así, venerable maestro, bromeábamos un poco a costa de su *idée fixe*, hasta que Yosef caía en un blando sueño, momento en el que yo lo ayudaba a levantarse y lo acompañaba, todavía con el farol en la mano, hasta el lecho en el que yacía en silencio su mujer, que al oírnos abría unos bellos ojos claros como los que usted tiene ahora abiertos ante mí, madame…

—Dios me libre, doña Flora, por la fuerza no, sino por gusto…

—Solo hasta ahí…

—Los alentaba en silencio, madame… intentaba animarlos…

—Solo eso…

—Tenía que tener la certeza…

—Buscaba una señal definitiva, madame…

—En el espejo no veía más que sombras…

—Están llamando a la puerta, madame… ¿quién será?

—¿Ya es la hora de la cena? Con la ayuda de Dios…

—No. ¿Cómo va a ser una molestia…? Al contrario…

—Dios no lo quiera, pues naturalmente que no me marcho. Estaré encantado, querida amiga doña Flora, de ver cómo le da de comer a mi maestro el rabino…

—De lado, de lado…

—Así es que esto es lo que toma Rabí Shabbetay, madame… ¡Qué guiso tan blanco, pero si parece nieve!

—Comprendo…

—Tiene que ser en papilla… comprendo…

—Lo comprendo muy bien… ¡Pobre hombre! Sé que no le gustaban nada los alimentos pastosos…

—Evidentemente, no hay elección, así es como debe ser, madame. Qué se le va a hacer. Esto es lo único que es capaz de tragar para calmar el apetito y dar así reposo al cerebro. ¿Quién es el criado?

—Es un muchacho realmente hermoso. Pero, ¿no sería más adecuado que quien sirviera al rabino fuera uno de los nuestros?

—De todos modos parece un muchacho muy agradable.

—Dios me libre, madame, no ha sido mi intención disgustarlo, al contrario, puede comerlo tranquilo. ¿Quiere que le ayude? Retírese a descansar, doña Flora, y yo le daré de comer a Rabí Shabbetay. Será un placer y todo un honor para mí…

—Como usted quiera, pero quizá después…

—¿El babero? ¿Dónde está?

—Enseguida… es cierto, parece que tiene apetito…

—Dios mío, Dios misericordioso, pero si es como un niño… un niño pequeño…

—¿Maestro…? ¿Cómo?

—En resumen, doña Flora, se lo contaré en dos palabras, aunque ya estoy empezando a temblar, porque a pesar de estar ya en verano… porque era un verano muy caluroso pero sin nubes, madame, empezaron a hacer su aparición en la ciudad los primeros brotes de una epidemia cuyo nombre nadie sabía todavía, y ahora me doy cuenta, doña Flora, que fue entonces cuando nació en mí la sensación de una inminente desgracia cuyo origen me parecía vagamente divisar en aquellos paseos nocturnos de Yosef, en los sueños y fantasías del cónsul inglés que hablaba hebreo, porque ni

tan siquiera ellos sabían quién empujaba a quién ni cuál de los dos era el emisario del otro. A veces, cuando me cansaba de esperar en la azotea, bajaba y tomando el farol salía a la calle a esperarlo en la esquina, junto a la reja de los Calderón, bajo la luna, ansiando ver aparecer la bamboleante llama que en ocasiones aparecía por el sur entre un rebaño de cabras negras que se había retrasado en volver del pastizal del lejano valle de la Cruz, o por el oeste, entre un grupo de oscuros peregrinos que regresaban de oír la misa de medianoche en el Santo Sepulcro y a los que se había unido mi hijo Yosef para servirles de guía nocturno con el único propósito de penetrar en los lugares que los judíos tenemos prohibidos…

—Ciertamente, madame, una auténtica provocación. Los cristianos se encuentran ya lo suficientemente divididos entre sí en unas cuantas sectas, que recelosas se acechan unas a otras y se disputan cada llave y cada cerrojo, como para que encima les llegara un judío a curiosear la tumba de su Dios y a recordarles lo que ni siquiera creían haber olvidado y lo que nunca se les ocurriría recordar. Además no se conformaba con acudir a ellos, sino que de allí seguía hacia la puerta de los Magrebíes, que lleva a la escalinata de la gran mezquita, para desearles amablemente las buenas noches a los dos mahometanos que hacen allí guardia, antes de regresar a su casa y subir al lugar que más temía de todos: su propio lecho.

—No es más que una metáfora, doña Flora, hiperbólicamente hablando… Mire, Rabí Shabbetay parece estar escuchándome, y está comiendo muy bien. Espero, por lo menos, que esta historia lo distraiga del sabor de la papilla… je, je, je…

—No, no, madame, no la cama en sí, sino la mera idea…

—Es decir…

—No, no… Dios me libre… la trataba siempre con afecto, delicadeza y respeto…

—Lo que he querido decir es que… simplemente temía al hecho de dormir… el sueño mismo es lo que le preocupaba… madame…

—No fuera a despertarse para darse cuenta de que el mundo había cambiado entretanto, que mientras él dormía hubiera sucedido

algo sin él saberlo, sin haber participado en ello… que la *idée fixe* de la que se consideraba como único portador posible se desvaneciera sin que hubiera podido llevarla a cabo…

—Esa era la sensación que él tenía, madame, que «el día es breve y el trabajo abundante», y es además posible, estimado maestro y rabino, que sin saberlo presintiera ya la muerte que lo acechaba en esa ciudad de Jerusalén que tanto lo provocaba.

—Tamara, doña Flora, guardaba silencio…

—Es decir, lo veía y lo oía todo, pero esperaba…

—Estaba abierta a sus ideas, y deseaba que se cumplieran…

—Por las noches Tamara dormía, madame… La veía en el espejo que yo había colgado frente a su viejo espejo de usted, madame, que se reflejaba en el que ellos tenían a la cabecera de su lecho. La observaba y sabía que descansaba plácidamente. Pero… se le ha manchado la barbilla, doña Flora, le está escurriendo por los labios…

—Aquí tiene…

—Necesitaría una toalla limpia…

—Como guste, madame, estoy a su entera disposición… Puede que de todas maneras nuestro apuesto griego haya preparado la papilla demasiado rala…

—Dios me libre, madame, no querría entrometerme… Se trataba simplemente de una suposición… parece que vuelve a comer…

—Por supuesto, madame, abreviaré. El caso es que encontré en su sobrina a una mujer muy valiosa que hacía un pan excelente y guisaba a las mil maravillas, nada más que en ocasiones parecía olvidársele todavía aumentar la ración, de modo que me veía obligado a…

—*Majshi, kusa* y calabaza, y algún día *shakshuka*…

—Los viernes ponía el *jamim* con todos los *jaminados*…

—En ocasiones con carne, y otras solo con caldo de carne…

—Por supuesto, lavaba y limpiaba ella misma, y la casa, doña Flora, brillaba como un gran espejo; también ayudaba a su padre Valero y a su joven esposa, a cuya casa acudía todos los mediodías

para llevar a su hermanastro y a su hermanastra a la alberca de Mamila a que disfrutaran del frescor del agua y jugaran entre las lápidas de los ismaelitas con los hijos de Atias…

—Atias, el que se casó con la hija pequeña de los Franco…

—Ahora no lo recuerdo, *rubisa*, pero lo tengo en la punta de la lengua. Entretanto, maestro y rabino, ¿puede oírme?, permítame que le exponga el cuadro de cómo transcurría allí la vida para nosotros. Mi designio era, en realidad, asegurar aquel matrimonio que había encontrado un tanto apagado y que parecía no haber pasado de ser el noviazgo que tan precipitadamente se había acordado en Beirut. Por eso me esforzaba por sacar un poco a Tamara en lugar de que se quedara encerrada en casa. Así pues, la llevaba de vez en cuando a mi puesto de especias y pipas de Souk-al-Attarin, para que se sentara junto a mí y se fijaran en su belleza los que por allí pasaban; porque así, al mirarla a ella, se fijaban también en alguna especia, y entre mirada y mirada quizá se encendiera la chispa que pudiera prender en su marido, cuya única ocupación era un constante ajetreo de idas y venidas entre Belén y Hebrón para acompañar a los huéspedes del consulado. Mi esperanza era que llegara a darse cuenta de que su mujer despertaba la admiración de otros muchos ojos…

—¡No, Dios me libre! Dentro del mayor de los respetos, porque en cuanto el sol se tornaba purpúreo en los frascos del romero, la canela y el *zatar*, y amarilleaba sobre las pasas, recogía yo la mercancía, levantaba el puesto y la llevaba al gineceo de la sinagoga de Rabí Yojanán Ben Zakkai para que oyera las lecturas de la *Misná* que recitábamos hasta la hora de la oración de la tarde. Solían reunirse allí todos los hombres del zoco, que de esa forma volvían a encontrársela, sentada ahora entre las viejas y las viudas de la calle Jarat el-Yahud. A veces, entraba también Yosef, muy agitado y presuroso, su *idée fixe* oculta en el bolsillo; se quedaba junto a mí rezando fervorosamente mientras sus ojos correteaban sobre nosotros, simples judíos que no necesitábamos recordar que éramos judíos, sino que seguíamos orando con toda naturalidad aquellas

ancestrales oraciones. De vez en cuando, volvía la vista hacia el gineceo, entornando los ojos como si oteara un lejano horizonte, hacia donde se encontraba su menuda mujer quien, aunque había pasado ya un año desde que habían tenido lugar los esponsales en Beirut, seguía como él bañada en una fina y azafranada miel que debía ser lamida paciente y placenteramente. Y yo, Rabí Shabbetay, había empezado poco a poco a lamerla… con verdadera determinación, madame…

—Por supuesto, no es más que una metáfora, madame… no tema… pura y llana *fantasie*, como dicen los franceses, con el único propósito de acercarlos, de que cumplieran, estimado rabino, con el deber con el que se habían comprometido en Beirut. Así vagábamos ambos por Jerusalén, madame, la huérfana desposada y yo, en medio del verano jerosolimitano que nos abrasaba con su clara y purísima luz cuyo destello recordaba haber apreciado ya en los turbados ojos de usted, doña Flora, en Salónica, al verla por vez primera. Poco a poco me había ido proponiendo que aquel matrimonio llegara verdaderamente a serlo, por lo que llevaba conmigo a la novia a todas partes, incluso al jardín del consulado, donde la invitaba a sentarse a la sombra del frondoso árbol que hay junto al pozo mientras mirábamos a los obreros que excavaban los cimientos de una nueva iglesia que llamarían después Christ's Church, construida para gloria de los ingleses. De nuevo notaba yo entonces como parecía encenderse el aire que la rodeaba; los obreros, vencidos por el poder que ejerce la belleza, soltaban las herramientas y se volvían a mirarla, y los transeúntes que en aquellos momentos pasaban por la calle se detenían indecisos, siendo así que alguno de ellos incluso se molestaba en volver sobre sus pasos como si al verla le hubiera asaltado la duda de si había perdido o encontrado algo. Así era, pues, como la gente empezaba a arremolinarse alrededor de nosotros, hasta que la mujer del cónsul salía para invitarnos a tomar el té, con leche claro está, y a fumar de la narguile, mientras mandaba a uno de los criados a buscar a Yosef a una de las habitaciones interiores para que también nos saludara.

Él, primero, se asustaba al encontrarnos en el consulado, pero cuando veía que todos sonreíamos, felices, ladeaba la cabeza resignado por tener que recibirnos y hacerse cargo de nosotros. Esa era la única treta con la que lograba sacarlo de allí hacia el mediodía para llevarlo a su casa, que comiera como era debido, se refrescara un poco y se acostara con su mujer, que las miradas de otros hacían ahora más apetecible a sus ojos. Yo no me quedaba ya a mirar en los espejos, sino que salía de la casa para dejarlos solos, porque también en mí había empezado a nacer ya una *idée fixe*, que aunque menor que la suya y más modesta, no era por eso menos poderosa, y que os confieso, señores, eran mis ansias de que la simiente prendiera. Salía yo, pues, por la puerta de los Leones, con el bochorno del mediodía, esa hora tórrida y sin la más ligera brisa en la que el silencio del calor lo invade todo resultando inigualable para el olfato, y bajaba hasta el pueblo de Siloé, hasta la casa del *sheij*, donde me presentaban atados de hierbas, cardos, flores y raíces que había recogido para mí un grupo de ismaelitas por orden del *sheij* en Judea y Samaria, a orillas del mar Muerto y hasta en la llanura de la costa, con el fin de que las oliera y pudiera encontrar alguna hierba, rama u ortiga de la que pudiera extraerse la especia del futuro…

—En efecto, madame, con el olfato me bastaba, y así fue como todo el aroma de nuestra tierra de promisión fue penetrando en mí brizna a brizna…

—Una especia que superara en aroma y sabor a las especias que había llevado conmigo desde Salónica y que se iban agotando en ese final de verano en el que el calor aprieta más que en pleno verano…

—Sí, madame, se estaban agotando y, aunque había subido los precios, la gente seguía acudiendo a comprarme el *zatar*, la albahaca o el azafrán, el romero, la mejorana y la timiama o la nuez moscada y el orégano, porque los mahometanos, que habían comenzado su mes de ayuno, sazonaban abundantemente los guisos nocturnos para recordar su sabor durante las largas horas de ayuno

hasta que al atardecer sonaba el cañonazo que les permite volver a comer; ese mismo cañonazo, venerado maestro Shabbetay Hananiah, que provocaba un escalofrío en mi hijo Yosef, a quien yo encontraba a la tenue luz del crepúsculo sentado solo en la cama, erguido como la hoja de un cuchillo entre las sábanas y azotado por las correas de los últimos rayos del sol que pestañeaba ya tras la puerta de Jaffa. Habiendo puesto fin a la siesta que yo le imponía e incluso habiendo hecho salir a su mujer por la ventana de la cocina al patio trasero de los Zurnaga, enviándola a casa de su padre para que llevara a los niños a la alberca de Mamila, esperaba a que yo volviera de la olfacción en Siloé para liberarlo abriendo la puerta que había dejado candada…

—Sí, se quedaba esperándome, madame, envuelto en la sábana y sumido en sus pensamientos. Yo me sacaba unas cuantas hierbas y raíces aromáticas de la capa y las esparcía por la cama para mitigar un poco el olor a semen, a tristeza y lucha que emanaba de aquel lecho que yo creía ver invadido por unos hombrecillos transparentes, unos gnomos sin rostro, en realidad desdichados hermanos del pequeño Moshé que más tarde acabaría por nacer… Niños demoníacos derramados como polen en aquella habitación que retumbaba por el cañonazo que tarde tras tarde golpeaba nuestra santa ciudad… Ah, Rabí…

—¿Madame?…

—Dios me libre, estimada *rubisa*…

—Dios me libre, doña Flora, con todo mi respeto…

—Dios me libre… no era mi intención… con mucho respeto, pero con toda sinceridad…

—¿Cómo que lo hostigaba? Él no pensaba lo mismo…

—No, nuestro querido Yosef no se enfadaba, ni siquiera estaba molesto, porque comprendía perfectamente mi pequeña *idée fixe* y para contentarme la había asimilado a la suya propia, por lo que ambas revoloteaban ahora juntas en su alma que lo que más ansiaba era salir a la calle a reunirse con la multitud de fieles que se dirigían a la gran mezquita, para estar con aquellos olvidadizos

judíos que muy pronto y con la ayuda de Dios se descubrirían a sí mismos como auténticos judíos, momento en el que se alegrarían de encontrarse bajo el cielo que se encontraban y no tener que desplazarse más hasta la lejana Meca…

—Ciertamente, madame…

—¿Se extraña usted de que eso fuera posible? Pues lo era…

—En más de una ocasión… En la mezquita de el-Aksa y también en el Domo de la Roca…

—Sí, estimada amiga, una terrible provocación…

—Sí, también se mezclaba con ellos… no solo con los cristianos…

—Era una doble provocación, pero eso era lo que según Yosef la justificaba, porque cuando llegara el momento y todos recordaran su oculta y verdadera naturaleza harían las paces entre ellos.

—Sentía demasiada piedad por ellos para temerlos, doña Flora, porque había trillado bien todos sus pensamientos y sabía los sufrimientos que les provocaría su propia obstinación, todo el tormento y el dolor que padecerían junto con sus descendientes, y sentía tal piedad por ellos que era incapaz de imaginar que mientras él los compadecía ellos iban a atraparlo para darle muerte…

—¿Pero cómo, madame, que no entiende muy bien a lo que me refiero…?

—¿El cónsul? Esa fue la verdadera raíz del mal, la irrefrenable admiración que Yosef sintió por el cónsul inglés y que le hizo tener la seguridad de que la flota británica en pleno llegaría navegando por las colinas de el-Bireh a Ramalah para anclar donde él se encontrara y brindarle su protección…

—¿Cómo, doña Flora? Pero si se le estaba acabando el tiempo…

—Porque yo había empezado ya a desesperar de su maldita *idée fixe*, que devoraba cualquier otra idea que se cruzara en su camino, que la trituraba como la papilla que madame le está dando en este momento al venerable rabino; y yo estaba más convencido que nunca de que teníamos que empujar a aquel matrimonio a que nos diera un niño que fuera capaz de luchar desde la misma cuna contra

los irracionales pensamientos de su padre, aunque fuera con la simple realidad de su llanto, de su risa o del misterio de su futuro. Y así, doña Flora, así fue, venerable maestro, como se inició una alocada carrera entre la muerte de mi hijo y el nacimiento del suyo. Corría el mes de Elul, cuando las oraciones penitenciales rompen el silencio de las noches y cuando —puede que madame lo recuerde— nace del aire esa maravillosa brisa que mezcla un sinfín de aromas y sabores y que incluye un pellizco del hedor de las aguas podridas de la piscina de Ezequías y otro de los cardos secos que se calcinan entre las casas de los armenios, y que recoge además el agrio olor que se filtra por los resquicios de las tumbas agrietadas del monte de los Olivos para rizarse luego como un incienso que revolotea de calle en calle… Y fue solo entonces, maestro y rabino, cuando me di cuenta de que la verdadera especia, la especia del futuro, no la encontraría nunca en una hoja o en una raíz, en una baya o en el polen, sino que se encontraba en ese incorpóreo y aromático viento al que le abrí todos mis frascos de especias para potenciar sus propiedades y que me confortaran en los días reverenciales y terribles que se avecinaban, sí, literalmente terribles…

—No, doña Flora; no, mi rabino y maestro, puse buen cuidado en que asistiera a la oración en la sinagoga. El cónsul y su mujer habían bajado a Jaffa a hacer unas visitas, y el aire de Jerusalén empezaba a adquirir esa trémula y sutil cualidad del día de Yom Kippur, cuando parece que el mismísimo Misericordioso, que el Juez del universo en persona, hubiera regresado en secreto de Sus viajes a Su ciudad y que oculto en una de Sus moradas quisiera celebrar el santo ayuno junto a nosotros, llevando en el bolsillo la lista definitiva y firmada que teme leer: «Quién por fuego, quién por agua, quién a su tiempo y quién antes de su tiempo». Diríase que Yosef se hallaba ahora en paz consigo mismo y que incluso su *idée fixe* había empezado a perder cierta importancia; aparecía risueño mientras Tamara preparaba sus deliciosos guisos, y sus ojos, que había tenido inflamados durante el verano a causa del polvo, habían vuelto a agrandarse y a aclararse, tan iguales a los ojos de madame que

ahora tengo ante mí, Rabí Shabbetay, hasta el punto de que el parecido llegó a conmocionarme. Antes del amanecer lo desperté y lo llevé a la sinagoga, donde me quedé con él muy cerca del cantor Yitzjak Nabón, para poder cantar las partes que, de vez en cuando, nos dejaba a los orantes, como unos versos de «Oh Dios y Rey que estás sentado en el trono de la misericordia», que nosotros recitábamos a voz en grito para mostrar el fervor de nuestras almas y para que el Señor se apiadara de nosotros…

—¿Pero qué me dice, doña Flora? No lo sabía…

—¿El viejo Tarabulus? ¡Cómo no voy a recordarlo, si todos los viernes se nos saltaban las lágrimas en la gran sinagoga con su «Ven, Amado»!

—No me diga…

—¡Oh… mi pobre hijo!

—Sí, aquel taled ennegrecido por el uso, bien que lo recuerdo… Si estaba ya negro cuando yo era un niño… Yo también sentía una extraña atracción por él, pero nunca me atreví a tocarlo…

—¿Realmente? ¡Oh, desventurado… pobre hijo mío!

—Ay, mi pobre hijo… habla usted de él con tanto amor…

—No, si no lloro…

—Ay, madame, ay, venerable rabino, qué dulce dolor siento al pensar en mi muchacho envuelto en aquel negro taled frente al hogar de vuestro salón en Constantinopla, imitando con sus cantos al genial Tarabulus…

—Claro, esa es la oración… «Hoy el mundo ha concebido…», en año nuevo «Seamos tus hijos o tus esclavos…».

—No, no voy a cantarla ahora… oh, desdichado… mi pobre hijo… Porque aunque sé que todo se decide en el cielo, también sé que «si yo no miro por mí, ¿quién va a hacerlo?»… Y por eso seguí insistiendo y no cejaba… porque si abandonaba mi empeño, ¿quién iba a tomarme el relevo? Su querido cuñado, señora, Rafael Valero, estaba muy ocupado con el cuidado de sus hijos, y como su mujer Victoria volvía a estar encinta no tenía ninguna necesidad de otro

niño, aunque se tratara de un nieto… Así es como, repitiéndome sin tregua «si yo no miro por mí, ¿quién va a hacerlo? Y si no es ahora, ¿cuándo?», empecé a perseguirlo por las casas y las calles, entre los judíos y entre los demás, sin quitarle la vista de encima, de modo que llegué a tener un cabal conocimiento, casi diabólico, de Jerusalén, la ciudad de su juventud, doña Flora.

—Porque entraba y salía por todas partes como una astuta serpiente…

—Es decir, y eso lo aprendí de Yosef, que en esa ciudad todo se encuentra comunicado entre sí, que no existe muro que no pueda ser franqueado, que se puede pasar de casa en casa sin poner un pie en la calle…

—¿Que cómo?

—Pues, por ejemplo, alguien que suba la escalera de los Arditi puede llegar a la azotea del mayor de los Genio y bajar por la cocina hasta el patio del patriarca griego, desde donde, a través de la capilla, sin salir a la calle y solo con abrir una portezuela, se encontrará en el salón de los Shealtiel. Si Shealtiel estuviera en casa tomará con él café y le pedirá permiso para continuar, pero si Shealtiel no se encontrara en casa o estuviera dormido, no tiene uno que volverse por donde ha llegado sino que puede seguir el pasillo hasta el final, sin mirar hacia los dormitorios, y allí encontrará cinco escalones, restos de una casa antiquísima que destruyeron los malditos cruzados, y esos escalones lo llevarán directamente a la verdulería del señor Bejar, donde no hay más que apartar unas cuantas sandías y sacos y agacharse ligeramente para llegar al Arca Sagrada de la pequeña sinagoga de Riblin. Si en ese momento están orando, se quedará uno un momento a rezar con ellos, aunque sean asquenazíes, y si están leyendo la *Misná*, preguntará por la letrina, que comparten con el guarda de la *wakf* musulmana quien, por muy dormido que esté, siempre verá con buenos ojos recibir un medio *mejidi* para llevarle a uno a través de la larga sala de los sabios del Corán hasta la calle, donde atónito se encontrará uno frente a la

casa de sus padres de usted, madame, que Dios los tenga en el Paraíso, frente a la casa de su juventud, madame…

—¿La parte trasera? ¿Cómo que en la parte trasera?

—Pero allí ha sido todo edificado, madame, ya lo han unido… ese solar está ya edificado…

—Nada de perderse, doña Flora… yo mismo estaba pasmado por no extraviarme nunca… Porque en Constantinopla, por el contrario, ¿lo recuerda, estimado rabino?, ¿lo recuerda, maestro?, solía perderme con toda facilidad, y no solo de niño, sino también siendo ya un muchacho, y sin esforzarme demasiado, je, je, je… Cuando me mandaba, *rubisa*, por ejemplo, a por tabaco para Rabí Shabbetay, o a por café, queso o un poco de sésamo, enseguida me perdía entre bazar y bazar, entre los puestos de alfombras, paños y vestidos, entre mil colores y olores, hasta que sin darme cuenta atravesaba el Cuerno de Oro, pasando de Asia a Europa, desde donde ya, completamente perdido, madame, no lograba regresar. De modo que cuando caía la noche, ¿se acuerda, venerable maestro?, y Rabí Shabbetay veía que no había ni tabaco, ni café, ni sésamo, ni queso, ni tampoco Mani, forzado a abandonar el estudio, bajaba a la calle en busca de un soldado de la guardia montada del sultán que por un *bishlikpasara* el Gálata y me devolviera pálido y atemorizado a casa, a Asia… ja, ja, ja… Lo recuerda… Válgame Dios, pero si está sonriendo… Ni siquiera muchos años más tarde sabía moverme por Constantinopla… por esa extraña e intrincada ciudad de Estambul que hasta el mismísimo día de hoy no tengo clara en la mente… mientras que por el contrario Jerusalén, madame, se abarca enseguida, diría yo que hasta casi con demasiada facilidad, una ciudad que cada noche podía sentir cómo me envolvía más y más…

—Porque por las noches, doña Flora, durante esas noches que ya se estaban alargando, después de que hubieran pasado las fiestas y el sol empezara a ponerse cada vez más pronto, la *idée fixe* que se había ido marchitando con el verano volvió a brotar vigorosa con la llegada del otoño, hasta desarrollarse con la virulencia de una enfermedad que por su estado latente creemos vencida, porque no

sospechamos que duerme con el único propósito de recabar fuerzas. Entonces empecé también a temer por mí mismo…

—Que su *idée fixe* llegara a alcanzarme también a mí, doña Flora, y empezara a ver el mundo por sus ojos. Porque su poder se encontraba precisamente en el silencio, en sus tranquilos ojos cerrados cuando no contestaba a mis palabras de advertencia y desaprobación que terminaba borrando con una media sonrisa para vestirse a continuación la extraña y amplia capa que había conseguido en el mercado de Hebrón y salir después a sus recorridos nocturnos, que por mucho empeño que puse en impedirlos, siempre me resultó imposible lograrlo. Porque aunque le escondía el farol, él tenía los bolsillos repletos de unas velitas que llevaba para poderlas encender ante la guardia nocturna turca y mostrarles su rostro y sus buenas intenciones. Así, en cuanto caía la noche, se apoderaba de él aquella extraña fuerza, y mientras nosotros, Tamara y yo, nos disponíamos a retirarnos a descansar, él salía de la casa sin el farol, a pesar del peligro que ello conllevaba, y siguiendo el mismo sistema de entrar y salir por las casas de los judíos para ir de lugar en lugar sin pisar la calle, entraba en las casas de los otros, que en realidad no eran tales a sus ojos, sino *judíos que no sabían que eran judíos*, a lo que se atrevía por la fuerza que le daba la esperanza de llegar a encontrar una señal o una prueba que les hiciera ver que estaban equivocados.

—Por ejemplo, madame, un fragmento de pergamino, un pedazo de tela, un trozo de cerámica, una piedra o cualquier objeto ritual antiguo, y cuando desesperaba de encontrarlos se quedaba a escuchar por si pronunciaban en sueños alguna palabra a la que poder aferrarse, como si sujetara unas tenacillas sobre el fuego del olvido para sacar el recuerdo al rojo vivo y dejarlo enfriar hasta que recuperara, cual oro fundido, su forma original. Así, Rabí Shabbetay, de ese modo, doña Flora, era como Yosef entraba en las casas de sus judíos cuando dormían su primer sueño, al comienzo de la noche, cuando las puertas estaban todavía abiertas, y así es como pasaba de corredor en corredor y de escalera en escalera hasta el

interior de las viviendas, encontrando a sus habitantes vencidos por el sueño, tomándose el último té del día y con los relojes de cuco que les vendían los mercaderes alemanes cantando desde todos los rincones. Yosef los saludaba con una inclinación de cabeza y les hablaba muy amablemente, con palabras agradables y educadas, llevando los saludos de los unos a los otros, preguntando por este y escuchando al otro; ellos, en realidad, no sabían muy bien quién era ni qué es lo que quería pero, cautivados por su desbordada cordialidad, lo recibían de tan buena gana que ni cuenta se daban de que se les metía en el dormitorio a husmear, a apartar con disimulo una manta para observar al sinfín de niños que allí había, los cuales en sus pequeñas camisas de noche dormían el sueño de los justos, creciendo y no solo descansando, con los ojos todavía pegados por el amarillento pus del tracoma del recién pasado verano. Y entonces mi pobre hijo volvía a pensar en el sufrimiento que les causaría a todos ellos con su obstinación y su ánimo decaía y las lágrimas le anegaban la garganta mientras acariciaba las paredes en busca del oscuro hueco del que pudiera brotar la memoria. De esa manera, madame, así, estimado rabino, fue como nos llegó el otoño y el invierno tras él. La lluvia azotaba las murallas y los peregrinos rusos seguían arrastrándose de rodillas hasta la Ciudad Santa envueltos en sus gruesos abrigos de piel y similares, con sus barbas y bigotes rojizos, como gigantescos gusanos de seda avanzando con la cabeza erguida; inundaban por completo la plaza de la iglesia del Santo Sepulcro y las callejuelas adyacentes, esperando la celebración del Nacimiento bajo una incansable lluvia y con los pies enterrados en el barro de los charcos, mientras su odio por los judíos era ahora inconmensurable; no solo porque les hubieran matado al Mesías, sino por haberlo hecho en una tierra tan apartada y perdida y no en su querida Rusia.

—Porque lamentaban ya el momento no lejano en el que tendrían que despedirse del abigarrado sepulcro que a cada momento les resultaba más preciado y lamentaban no poder arrancarlo de sus cimientos para llevárselo con ellos a su tierra, y

por eso, madame, era por lo que buscaban en su exaltación piadosa un nuevo cadáver como sustituto, preferiblemente otro joven judío… que en realidad acabaría entregándoseles…

—*Él* se les entregó…

—Se entregó a sí mismo… pasando de mano en mano…

—Alegóricamente hablando… *fantastiquement* hablando… ¿comprende, maestro…?

—Ya se lo he contado… no puedo repetirlo…

—¿Nuevamente? Pero si antes ha comenzado a temblar, madame, y las lágrimas han acudido a sus ojos…

—¿Otra vez? No puedo…

—Yo no vi nada… me lo contaron…

—Ya se lo he dicho…

—Lo degollaron…

—Mire, ya está empezando a temblar, madame, y el rabino ha dejado de comer…

—Se lo pasaron de mano en mano…

—En realidad se metió entre la multitud de los peregrinos, y durante la ceremonia del Fuego Santo…

—Posiblemente su *idée fixe* había devorado todos sus miedos haciéndolos desaparecer por completo.

—No es de extrañar, madame. También los mahometanos temen aproximarse a esos exaltados peregrinos…

—Es posible… quizá pretendía convertirlos también a ellos… ¿quién sabe?

—Lo que quiero decir es que no sé lo que mi hijo pensaba en realidad o lo que creía que pensaba… aunque creo que había decidido que todos en Jerusalén debían estar relacionados, por lo que hasta el más bárbaro y extraño de los peregrinos merecía ser objeto de su insaciable curiosidad, que buscaba sin descanso unificar a todos los seres y luchar contra el aislamiento y la autosecesión.

—Quizá primero a la huérfana que le entregó usted como esposa, madame… y posiblemente también yo estaba incluido en la

categoría de los automarginados…

—No, por Dios, la amaba, madame, la amaba y respetaba mucho y siempre le hablaba con gran corrección y delicadeza, como si siguieran estando simplemente comprometidos y no pudiera exigirle nada, por lo que todas las noches se marchaba dejándola sola, hecho que convirtió ya en inexcusable costumbre desde que vio que yo me quedaba en casa con ella…

—¿Seguirlo también por las noches, madame?

—Al principio lo intenté, pero las noches eran cada vez más frías, ya que los peregrinos parecían haber logrado, para su satisfacción, atraer la nieve y el granizo de su tierra, y la *idée fixe* de Yosef ya no bastaba para frenar mis espantosos temores. Por eso le supliqué a su amigo del consulado, al hijo del *sheij* de Siloé, que velara por él para salvarlo de sí mismo, mientras yo me quedaba en casa al calor de la estufa cantando el *conecero* de Tía Loja a la gotita que ya sabía yo, al encender la primera vela de Janucá, que había sido finalmente depositada en el lugar destinado, madame… Mire, doña Flora, y así es como cantaba…

—Porque para entonces ya no había vuelto a ver yo la sangre de su impureza…

—Siempre lo supe, y no me pregunte cómo… Y me sentía tan feliz, que así cantaba…

—Ahora verá, madame, como todavía tengo una voz agradable… solo un breve *conecero*…

—Pero si el rabino me está escuchando, y conoce la canción…

—No, no quiero dejar de cantársela…

—Le gustaba mucho este *conecero* de la Tía Loja, se lo suplico, madame… ¡Estoy deseando cantárselo!

—No, pero si me está mirando, sé que le agradaría. Voy a cantarle tan solo unas estrofas… después me marcharé enseguida, madame… «la esperanza del hombre son los gusanos…».

—No, yo no necesito de reposo, sino usted, doña Flora, que la veo muy pálida y desmejorada y todavía tiene por delante muchas

horas difíciles…

—Yo me quedaré… yo me quedaré a cuidarlo… puede retirarse tranquila…

—No lo molestaré, lo dejaré dormir…

—Con voz muy suave… hasta que se duerma… ¿Se acuerda, maestro? Vaya en paz, madame, adiós, madame, que yo me quedo a cantarle un poco… vaya, madame… adiós, madame…

Cuando todos van a la kehiláyo
marcho hacia tu casa,
Esterica, niña de mis ojos;
cuando todos besan la mezuzá,
yo beso tu rostro,
Esterica, niña de mis ojos.
Tu madre está en el camposanto
rogando por mi muerte,
para que no te despose;
tu madre está en el camposanto
con todas tus hermanas,
para que no sean mis cuñadas.

¡Bueno, por fin se ha ido, la mujer! Ya volvemos a estar los dos solos, maestro y rabino, como cuando éramos jóvenes. ¡Esta doña Flora es admirable! «¿Quién hallará una mujer valerosa? Más valiosa es que las perlas, porque su marido puede confiar en ella sin que nada le falte nunca.» ¿Pero tendrá las fuerzas suficientes? Como solíamos decir en el puerto de Salónica: «¿Qué puede haber de bueno cuando el marido es viejo?». ¿Y si además está enfermo? Al principio me pareció, Rabí Shabbetay, que le envidiaba por su tardío matrimonio, pero ahora comprendo que mis celos iban en realidad dirigidos hacia doña Flora por habérmelo arrebatado, maestro. ¿Pero será ella capaz de resistir la prueba? La mano de Dios me ha devuelto, fiel discípulo, a vuestro lado, mi amado maestro y guía. Ahora que estamos los dos solos, le agradecería al rabino que me

susurrara aunque no fuera más que una palabra. Porque no alcanzo a comprender el significado de este «silencio» vuestro, Rabí.

¿Entonces se trata de un auténtico silencio? ¿Acaso se ha impuesto este mutismo? ¿O es que, Dios no lo quiera, al laúd se le han roto las cuerdas? ¿Será posible que no le quede voz ni para pronunciar una sílaba? Incluso el «tu tu tu» de hace un rato sería de agradecer. Rabí Eleazar ben Jisma solía decir: «El cómputo de las revoluciones celestes y la geometría son los aperitivos de la sabiduría.» Pero aunque no fueran más que pedacitos de voz, yo los recompondría en palabras, porque conozco bien su forma de hablar, maestro… Tanto tiempo juntos… No tema… ¿Pero se trata de un silencio definitivo o no es más que una tregua? ¿Será posible que nos vaya a abandonar en medio de este silencio? ¡Quién lo habría pensado, señor, quién habría podido imaginarlo! Aunque en realidad siempre supe que llegaría un día en que su excelencia se cansaría de todos nosotros, pero sin saber por qué, nunca creí que ello fuera a manifestarse por medio del silencio, sino marchándose, una especie de *desaparition*, como dicen los franceses, de esas a las que nos tenía acostumbrado cuando salía a formar parte de algún tribunal rabínico a las distintas comunidades, a predicar y juzgar, y creíamos que estaba aquí o allí, para de repente un día no saber ya dónde estaba. Así es como siempre me había imaginado su partida: el tabaco sobre la mesa, la pequeña narguile al lado, la pluma y el tintero en su sitio, el libro abierto, la capa balanceándose junto al espejo de la entrada, y su excelencia, venerable Rabí, desaparecido. Entonces yo habría salido en su busca hacia un lugar por el que siempre sintió añoranzas, maestro, hacia Mesopotamia, rabino, a Babilonia, al lugar donde recibió sepultura su primer antepasado, su primigenio padre. Ya me hacía yo a mí mismo, Rabí Haddaya, siguiendo placenteramente sus pasos, entrando para la oración de la tarde en esas antiguas sinagogas, que el tiempo ha vuelto rosadas, para encontrar a un solitario judío reclinado en el diván y recitando las *azharot* y al que preguntaría por su excelencia, Rabí Shabbetay, y

quien sin dejar su lectura me señalaría hacia la ventana abierta como queriéndome decir: «Hijo, debes seguir tu camino. En verdad ha estado aquí, ha pasado por aquí, pero ha marchado hacia los violáceos campos inundados de luz, a ese paraíso amarillo y reseco; ha estado aquí pero se ha ido… hacia el Oriente, hacia la inmensa tierra, a las prístinas ruinas, al ocaso de los ingentes ídolos hechos pedazos, decapitados y sin nalgas… siempre hacia oriente…». Así es como lo había imaginado… y ahora, este silencio. ¿Ya todo va a ser silencio? ¿No volverá a pronunciar ni una sola palabra de consuelo, una última reliquia de su sabiduría…? ¿Y va a ser en esta lúgubre habitación de esta Europa que su excelencia había jurado jamás volver a pisar? ¿En esta posada de griegos rebeldes al otomano, confinado en esa silla de ruedas? ¿Y qué es lo que veo por la ventana? Una capilla con sus santos muertos, borrados sean sus nombres… Rabí, maestro, sus ojos reflejan tal dolor y pena que el corazón se me parte. Pero maestro, regreso de la tierra de Israel con la necesidad urgente de oír una palabra clara, un veredicto… ¡Ay, maestro, Rabí Shabbetay, necesito que me juzgue! Quiero que constituya para mí el tribunal rabínico que necesito, aquí y ahora…

¿Quizá sea ese su modo, señor, de burlar a la muerte? Cuando mi padre falleció y me llamaron para que regresara al punto a Salónica, lloré ante su excelencia en Constantinopla porque no quería marcharme y regresar a casa. Recuerdo muy bien lo que entonces me dijo: «Es tu deber volver con tu madre y recitar el *kadish* por tu padre.» A lo que yo le contesté: «¿Y quién va a recitar el *kadish* por mi maestro y rabino?». Enseguida me ofrecí, para cuando llegara el momento, pero su excelencia, sin decir nada, se limitó a acariciarme la cabeza sonriendo para sus adentros, y comprendí por su silencio que mi maestro no creía en su muerte, sino en otra posibilidad. ¿Es esta la «otra posibilidad»? Y sin embargo…

Necesito con verdadera urgencia que se me juzgue, y aunque está escrito: «No seas juez único pues juez único no hay más que Uno», sé con certeza, rabino, que usted nunca ha sido uno sino dos,

y aquí está la terrible prueba de ello manifiesta a los ojos de todos: un lado paralizado y un lado vivo, un lado que escucha y un lado mudo. ¡Ahora se ha manifestado la verdad! Ben He-He solía decir: «La recompensa será de acuerdo al sufrimiento», y yo, maestro y guía, oso transformarlo en «el sufrimiento será de acuerdo a la recompensa». Yo no me arrepiento ni del sufrimiento ni de la recompensa, pero solo querría saber si podrá existir para mí un lugar en el mundo venidero…

Le hablo en un susurro no vaya a ser que doña Flora esté escuchando desde la otra habitación, ya que es mi deseo evitarle todo dolor. Pues aunque es mujer de gran inteligencia, es inconcebible que llegue a entender lo que sé, por el brillo de sus ojos, Rabí, que mi maestro ya ha comprendido en su silencio. Y es que allí no había simiente, ni podía haberla habido, por lo que la simiente no podía saber que era simiente, sino tan solo esperar llegar a serlo; era la simiente de la esperanza, de la impaciencia por serlo, de la añoranza, la simiente que resbala por el picaporte, que fluye hasta la tierra reseca, simiente de sepulcro y sudario, «simiente de malvados, de perversos».

Con su permiso voy a candar la puerta, no sea que a pesar de todo doña Flora quiera entrar, pues el tribunal no debe ser molestado en su labor; eso me lo enseñó usted, venerable rabino, cuando acudían los judíos a su casa de Constantinopla para ser juzgados y a mí se me cerraba la puerta. Así estaremos mejor. Vamos a remover las brasas, porque el maestro está mojado y la manta ha vuelto a empaparse. ¿Cómo han podido fajarlo de este modo? Con su permiso, voy a soltarle un poco los paños. ¿Es este su *brazo fuerte* o es este? Si le causo dolor, hágame una señal con el *brazo fuerte*…

En realidad no se trata de un caso difícil. El acusado ya se ha juzgado a sí mismo y se ha impuesto la pena mayor, pero duda si

esa pena redimirá la culpa o si por el contrario la aumentará. En otras palabras, querría saber si tendré parte en el mundo venidero, aunque no sea más que una minúscula parte, un mínimo agujero por el que merecer observar los honores que le prodiguen, amado maestro, y poder decir a quien tenga oídos para oír, «también yo lo conocí…».

Ahora estará mejor. Permítame que le frote un poco la espalda para empujar la sangre hasta los lugares a los que le da pereza llegar. ¿Recuerda, señor y maestro, cómo me enseñaba, de niño, a rascarle aquí o allá? Bueno, pues ahora se encontrará mejor. Demasiado encorsetado lo tenía nuestra respetada doña. La pobre se excede en sus cuidados. Voy a soltárselo todavía un poco más. Hubo un tiempo, señor, por qué lo voy a negar, en el que veía a madame como una prenda que su excelencia guardaba en depósito para mí, porque como ella se rebelaba contra el matrimonio y no tenía padre que le impusiera su voluntad, creí que el rabino quería simplemente acostumbrarla un poco… Por eso le envié al muchacho para contribuir a ello, pero poco a poco comprendí que no era yo el destinatario de la prenda. Cuando le prohibió que se uniera a mí en el viaje a Jerusalén todavía creí que era simplemente porque temía que nos precipitáramos en las conclusiones si daba su consentimiento. Pero al ser testigo de la profunda tristeza de mi hijo en el puerto de Jaffa, al verme descender solo del barco, y después, cuando cabalgábamos sin ella hacia Jerusalén, proporcionándome judíos que desconocían que lo eran, lo comprendí todo. Y con mayor razón cuando entré en la pequeña casa de Jerusalén y vi por vez primera a la sobrina huérfana de madre, a la doncella jerosolimitana con la que lo habían comprometido en Beirut. ¿Tenía mi rabino conocimiento del asombrosamente fascinante parecido que existe entre ambas? ¡Y es que es la viva imagen de doña Flora, pero treinta años más joven, y fresca como un sol resplandeciente!

Me voy a permitir frotarle también un poco los pies, señor, el sano y el doliente. ¿Qué habrá llevado a la *rubisa* a envolverlo en tantos pañales? Como si no le bastara tener que darle la papilla y tuviera también que cubrirlo de pañales como si volviera a ser un niño de días. Quizá crea que acaba de alumbrar a su excelencia, je, je, je… Con su permiso avivaré un poco el fuego, le soltaré algo más la ropa y le contaré mi singular historia, la historia de mi dulce perdición, porque aunque su excelencia se haya dado ya cuenta de que allí no había simiente alguna, quizá no se haya apercibido de que no podía haber habido simiente, de que no podía haber respuesta porque la pregunta ni tan siquiera había sido formulada. Y a la misma secreta luz irradiada de la nieve que adornaba las murallas de Jerusalén y sus callejuelas como una oscura y canosa barba, llegó el momento de saber que existía una verdad que precedía a la verdad…

¿Aquí? ¿O se encuentra mejor así? Volvamos ahora al momento en el que regresábamos del cementerio del monte de los Olivos y sentaron a los dos dolientes, a la viuda y al padre, uno junto al otro, en el suelo sobre sendos cojines, descalzos y rasgadas las vestiduras, frente a la estufa. Los rabinos Franco y Ben-Atar se esforzaban con delicadeza en mitigar nuestro dolor, en cerrar nuestra sangrante herida acompañándonos en el luto; nos llevaban rosquillas y pasas y nos ponían en las manos el redondeado huevo cocido que sin principio ni fin tan bien simbolizaba nuestro sufrimiento; repetían con nosotros, palabra a palabra, las bendiciones del duelo, mientras el cónsul, su mujer y los que los acompañaban observaban nuestras costumbres lamentando no poder imitarnos en ellas: rasgarse las vestiduras, descalzarse, echarse al suelo y comer del infinito huevo cocido, porque también ellos sufrían la muerte del muchacho y se arrepentían ya por haberlo empujado a soñar más allá de sus posibilidades. Y entre los allí reunidos que se apiñaban en la pequeña vivienda, a la puerta, entre Carso y el guardia turco, pude ver, maestro y rabino, al joven *sheij*

de Siloé que había llegado con todos desde el cementerio para seguir llorando a su amigo y que con toda certeza se estaría formulando la pregunta que torturaba a todos, hasta el punto de que abrasaban con la mirada a la joven mujer vestida de negro que, temblorosa, permanecía sentada a mi lado frente al brasero y que durante las horas que habían transcurrido desde la muerte de su marido había envejecido, acrecentándose de ese modo el ya de por sí asombroso parecido con su doña Flora… ¡Ay de mí!

Es decir, como si no fuera ya suficiente el parecido que existía entre las dos y hubiera que llevarlo a su extremo… Porque ya le he dicho, señor, que ambos fuimos unos ingenuos por no haber indagado más sobre el compromiso que tuvo lugar en Beirut y haber descubierto así el terrible parecido existente y habernos podido poner en guardia… El caso es que cuando finalizó la oración de la tarde y hube de nuevo recitado entre sollozos el *kadishmientras* todos lloraban, vi que Rafael Valero se levantaba para regresar a su casa y que su mujer, Veducha, cubría con un paño las bandejas de alimentos que había llevado, las *burekas*, el *majshi* y el *kusa*, y se marchaba con él, y que dejaban a Tamara en la casa, porque es costumbre en Jerusalén que ninguno de los que haya comido del huevo del duelo abandone la casa. Caía la noche y uno a uno se fueron marchando todos, incluso el asesino, que se acercó a despedirse con las más dulces palabras. Solo dejaron en la casa, como vigilante, al viejo Carso, que se sentó temblando entre nosotros frente al brasero, abriendo la boca como si quisiera absorber todo su calor mientras yo notaba que la joven viuda me miraba insistentemente, como si ansiara contarme lo que mi alma temía preguntar. Seguía anocheciendo y los copos de nieve revoloteaban encendidos a la luz de la luna; el viejo Carso había caído en un profundo sopor junto a la estufa, absorbiendo para sí mismo todo su calor, de modo que lo desperté, señor y maestro, y le rogué muy respetuosamente que regresara a su casa con su mujer y sus hijos, pues aunque sabía que pecaba quedándome a solas con

ella no perdí la calma, porque si la hubiera perdido ya por tan pequeño pecado, cómo habría podido llegar a cometer uno mucho mayor…

Sepa, Rabí Shabbetay Hananiah, que en realidad su silencio me agrada y que resulta para mí de profundo significado. Ojalá también yo pudiera enmudecer así tras declarar: señores, he dicho todo cuanto tenía que decir y podéis hacer de mí lo que gustéis… pero como a mí nadie me ha escuchado nunca, nadie podría apreciar mi silencio. Por eso, rabino y maestro, no deje de escucharme ahora. Me basta con un ligero movimiento de cabeza que me indique con un sí o un no la sentencia, porque el veredicto ya lo conozco…

Y sucedió, señor, que la estufa no tardó en apagarse, porque el carbón que habían llevado del consulado estaba húmedo y las llamas no prendían en él, de modo que el frío en la casa era creciente. Ella se dirigía al armario y se ponía prenda sobre prenda, y aunque parecía ya una inmensa bola no cesaba de temblar. Cuando vi que iba a envolverse en la capa que su marido había comprado en Hebrón y en la que aparecían ahora las señales del cuchillo, me apresuré a ofrecerle mi abrigo de piel de zorro que ella tomó sin vacilar para taparse con él. El frío era cada vez mayor y a pesar de que también yo me había ido poniendo prenda sobre prenda, tuve que cubrirme finalmente con el manto que Yosef había comprado en Hebrón, aunque estaba manchado de sangre. Ya con el mismo aspecto anduvimos los dos por la casa, de alcoba en alcoba y de cama en cama, dos oscuras figuras sobre las que caía la luz de la luna devolviéndoles su imagen desde los muchos espejos sin saberse ya muy bien quién era quién. Jerusalén había cerrado las puertas y ya «nadie salía ni entraba». Fuera reinaba un profundo silencio, como si no hubiera nadie más en el mundo y solo existiéramos nosotros, allí, en aquella antigua casa, cada uno sentado en su cama y mirando al otro a través de los espejos. La vela que yo sostenía en la mano se estaba consumiendo y antes de que se apagara no pude

contenerme más y le dije: «Hija mía, querría consolarme con el hijo que vas a traer al mundo, de modo que he decidido aguardar aquí hasta el nacimiento para saber que no soy el último Mani que queda sobre la tierra». Y envuelta en mis pieles de zorro como se encontraba, una peluda bola sobre la enorme cama, dejó sonar su clara voz: «Usted es el último, no se quede a esperar nada porque no habrá nada, ni lo ha habido ni habría podido haberlo jamás, porque sigo intacta, como usted adivinó desde el momento de su llegada a Jerusalén. Nunca fuimos marido y mujer, nos quedamos a las puertas con el dolor y el miedo. Ni siquiera mi padre lo sabe. Todavía soy doncella». En aquel preciso instante se me detuvo el corazón, Rabí Shabbetay, y tal fue el pavor que me causaron sus palabras que me apresuré a apagar lo que quedaba de la vela para no ver ni tan siquiera su sombra… Pero, estimado maestro y rabino, aunque su imagen desapareció, ella permanecía allí sentada, y la sombra de la desgracia que nos había traído mi hijo muerto planeaba sobre nosotros uniéndonos el uno al otro. Empecé, pues, a llorar mi fracaso, que en realidad siempre había conocido. No había logrado salvar aquel matrimonio, y el cordero degollado que yacía bajo el polvo y la nieve del monte de los Olivos había sido sacrificado antes de tiempo sin que ya pudiera evitarse la desgracia y la vergüenza que recaería sobre él a ojos del que desposara a su viuda. Me sentí inundado por un gran dolor y una terrible ira, Rabí Haddaya; el dolor por mi hijo que yacía allí desnudo bajo la tierra y la nieve, y la irrefrenable, colérica ira contra doña Flora, contra su amada madame, que nos había conducido a tamaña desgracia. Y entonces recordé las palabras de Ben Bag-Bag que solía decir: «Sigue dándole vueltas porque en ella está todo y en ella lo hallarás todo».

Por fin abre la boca atónito, por fin he logrado sorprenderlo, yo, el *pesgado*, yo, su fiel *pustema* carente de toda gracia y encanto. ¿Podría, maestro, volver a dejar oír su «tu tu tu» de antes para que adivine lo que piensa? Lo recuerdo en Salónica, no siendo yo más

que un niño, sentado junto a la chimenea en casa de mi padre, que en paz descanse, viajero incansable que había llegado de las islas quejándose de Napoleón cuando se oía murmurar por los pasillos: «Es una eminencia y está soltero, no hay otro como él». Y después, cuando viví en su casa de Constantinopla, supe llegar a apreciar la naturaleza de su soltería, su timidez e inocencia que cautivaron por completo mi corazón, hasta que mi padre falleció y nos vimos obligados a separarnos. Usted, maestro, volvió a viajar por Oriente llegando a nuestra tierra de promisión, donde en Jerusalén conoció a doña Flora, que resultó ser de su agrado, como lo era a los ojos de todos, y bondadosamente pensó usted enseguida en mí, que había enviudado de mi mujer; de modo que cuando doña Flora llegó a Salónica, de nuevo se acordó de mí, rabino y maestro. ¿Aunque sería solo en mí en quien pensaba? ¿O no sería yo más que un mero pretexto? Porque cuando madame me rechazó se casó usted con ella en una apartada ciudad, y en secreto, ante la indescriptible sorpresa de todos sus discípulos. El maestro, tan inocente, tan puro, tan tímido. ¿Y con qué propósito? ¿Con qué fin? Y yo, en Salónica, me torturaba pensando en ese matrimonio, lamentándolo y envidiándolo, hasta que no pudiendo soportarlo más decidí enviaros como obsequio a mi hijo, con el objeto de que me dilucidara el secreto de aquel repentino y milagroso casamiento. Y pareció, en efecto, que lo comprendería todo muy pronto, porque doña Flora, esa maravillosa y arrojada mujer, quería que comprendiera. Primero metió en su lecho de usted, maestro, al joven muchacho y después lo prometió en Beirut a su sobrina, la viva imagen de sí misma, a esa huérfana jerosolimitana, virgen y viuda, cuya imagen, maestro y rabino, me devolvía poco a poco la luz de la luna que asomaba por entre las nubes… ¿Lo recuerda, maestro?

Así es que mire, de ese modo es como interpreto yo la *idée fixe*… Y hablo en un susurro no vaya a ser que madame nos esté escuchando tras la puerta, pues desde el momento en que he llegado a la posada la veo extremadamente recelosa conmigo. He

pensado mucho en las ideas de mi hijo y me pregunto qué sentido tenía tanto empeño por levantar a aquellos ignorantes ismaelitas de su sueño para convertirlos en judíos olvidadizos si no era, mi maestro y rabino, por la terrible soledad que se apoderó de él en la árida tierra que separa Jaffa de Jerusalén; soledad que no hizo más que crecer al ver las murallas y las puertas de esa obstinada ciudad de piedra rodeada de desierto en la que lo estaba esperando aquella huérfana, la novia de Beirut, la viva imagen de su admirada madame, por lo que decidió hacer de los ismaelitas sus amigos convirtiéndolos en sus iguales. Pero también me pregunté una y mil veces si no sería esa soledad, que se había apoderado de él, fruto de los muchos mimos que había recibido en vuestra casa de Constantinopla, porque bien sabido es lo mucho que le consentía su querida doña Flora, de modo que cuando finalmente aparecía en la academia se limitaba a hacer dos insulsos comentarios sobre el Talmud y ya volvía a salir a la calle para ir de bazar en bazar, cruzando una y otra vez el Cuerno de Oro, entre las abigarradas alfombras, los bruñidos platos de cobre, los vestidos de seda perfumados que revoloteaban sobre las brasas en las que asaban el cordero, un muchacho amado y adorado por todos… Puede que todo ese exceso de amor fuera lo que provocara en él el terrible terror por la soledad en la que después se encontró, pero también es posible que hubiera sucedido todo lo contrario y que los mimos no fueran más que un refugio para la duda que ya entonces lo atormentaba acerca de su virilidad, y por eso buscaba con amables palabras y con amistad a aquellos ismaelitas adormilados, para que le ayudaran a engendrar lo que tan profundamente llevaba oculto. ¿Me está escuchando, Rabí Shabbetay? Tiene que escucharme, porque muy pronto me habré ido. «La esperanza del hombre es la gusanera», decía Rabí Levitas de Yavneh…

¿Pero por qué pondría en duda su capacidad viril para engendrar ya desde que avanzaba lentamente con la caravana por la tierra salvaje y yerma que separa Jaffa de Jerusalén o cuando por primera

vez vio desde la encina pequeña las murallas de la ciudad con sus torres, como si de una frase grabada con indescifrable escritura se tratara? ¿Por qué no se alegraría al ver a su prometida, que inocentemente había llegado a Beirut para asistir a la boda de un pariente y que sería atrapada por el amor de su tía, si no era porque temía por el dolor que debería causarle a la imagen de su verdadera amada, amada medio madre medio hermana mayor, cuyo perfume llevaba impreso en el alma desde los días en que había dormido en la gran cama de usted, Rabí Haddaya, a pesar de estarle mil veces prohibida?

Entonces, maestro y guía, fue entonces, sentado como estaba en la cama de aquella alcoba helada, voluminoso por la mucha ropa y buscando de nuevo la silueta de Tamara que dibujaba con exquisita delicadeza la luz de la luna entre mi manto de pieles, cuando sentí que el profundo dolor y la piedad por mi hijo muerto, que yacía desnudo bajo la nieve y el polvo del monte de los Olivos, me estaban perturbando los sentidos hasta el punto de que solo deseaba la muerte. Porque a sabiendas o no, lo habíamos empujado a aquella paradoja en la que se había visto forzado a engendrar la *idée* que lo consolara de la soledad. La misma soledad que empezaba ya a atraparme a mí con su garra mortal, y aunque quería reconciliarme con ella sabía que para poder lograrlo tendría antes que morir con él, ser degollado como él lo había sido y tenderme bajo el polvo y la nieve. Y así fue, Rabí Haddaya, como empecé a despojarme de la ropa, prenda tras prenda, hasta que me quedé completamente desnudo en la fría habitación, en aquella primitiva casa candada, frente al espejo que se reflejaba en el otro espejo, recordando la noche en que lo expulsé de mí y preparándome para devolvérmelo ahora… Estaría ahora en el monte de los Olivos, entre antiguas sepulturas, rígido y descomponiéndose, la carne y la sangre separándosele y pudriéndose, pero regresando a mí, simiente en forma de copo de nieve en la oscuridad, tragado por mí hasta convertirnos de nuevo en uno solo, él en mí y yo en él; y entonces,

por la fuerza que le conferían sus esponsales en Beirut y su desposorio en Jerusalén, entró en la otra habitación, deshizo la bola de ropa que allí había, poseyó a su esposa para engendrar a su nieto y volvió a morir.

Y volvió a morir, Rabí Shabbetay. ¿Puede oírme?

Y así también yo, indirectamente, impulsado por el arco tensado entre los dos extremos de Asia Menor, también yo me metí en su cama, señor; una cama a la que nunca me había atrevido a subir, ni siquiera cuando era un niño solitario que corría a su habitación por el largo pasillo, con el blusón, y aterrorizado por los cañones que disparaban sobre el Bósforo. Mientras que ahora, en Jerusalén, me metí en su cama y me acosté con su querida doña Flora, treinta años más joven y en su ciudad natal, en la casa de su juventud, en la cama de sus padres, aspirando en la distancia el aroma de su tabaco, maestro, entregando amor y recibiendo amor para endulzar aquel gran precepto que solo podía cumplirse por medio de un gran pecado. Y con la aurora, cuando el viejo Carso llamó a la puerta con objeto de llevarme a la sinagoga para que recitara el *kadish* del huérfano y la oración matinal, no podía ni imaginar que el padre doliente que había dejado allí la noche anterior estaba convertido aquel amanecer en un abuelo pecador.

Si le soltara esta cinta y le desabrochara este otro botón, maestro y guía, podríamos quizá calmar con un ligero masaje los retortijones de su atormentado vientre para que la papilla de arroz que le ha preparado el hermoso griego pueda llegar a su destino. Oigo unos suaves pasos al otro lado de la puerta; quizá sea que los judíos que se han ido reuniendo en la posada temen que el rabino me esté concediendo sus últimas palabras y envidiando la antigua relación que tenemos reclamen también su derecho a participar en ello. Pero no he venido yo a bromear con su excelencia, sino a pedirle que me juzgue. Porque cuando regresé de la sinagoga tenía

la certeza de que Tamara habría huido de mí a casa de su padre Valero, por lo que me sorprendió encontrarla allí, cubierta con el manto del duelo, intentando avivar el fuego que apenas brotaba del carbón húmedo y preparándome el desayuno; ahora parecía más alta, sus pasos más ligeros y la opacidad de los ojos producida por la infección del verano había desaparecido por completo. Las camas estaban hechas y tenían también ahora un aspecto tranquilo y respetable; el suelo recién fregado y los espejos aparecían debidamente cubiertos con unas sábanas. Comí, pues, me descalcé y me senté en el suelo sobre un cojín a leer un capítulo de la *Misná* y continuar con el duelo. Ella me siguió en zapatillas, se sentó a corta distancia de mí y me miró directamente a los ojos, ni como pecadora ni como víctima, sino como una decidida juez que quisiera determinar mi capacidad para el amor.

Amor he dicho, maestro y rabino, y a pesar de que su respiración resulta ahora imperceptible, Rabí Shabbetay, y de que tiene los ojos cerrados, noto su tensa carne escuchando atentamente bajo el masaje de mis manos. Apelo a su benevolencia para que no me abandone ahora, porque todavía no sé qué sentencia merece ese amor que empezó a florecer aquel invierno. ¿Mitigará la sentencia o la agravará? Pues yo nunca se lo exigí a Tamara, y si aquella misma mañana ella se hubiera marchado a casa de su padre yo no habría dicho absolutamente nada. Pero se quedó en su casa, y los jerosolimitanos estaban tan atemorizados por la magnitud de las nevadas que los peregrinos habían llevado consigo desde Rusia que casi fuimos olvidados por completo, a no ser por el viejo Carso que llegaba con el amanecer para llevarme a la sinagoga Media o a la de Yojanán Ben Zakkai, mientras que antes del atardecer aparecían Valero y su mujer Veducha, Alkalai y la familia Avayou y otros jerosolimitanos amigos de la familia, con cazuelas y bandejas, para rezar con nosotros y contarnos los prodigios de la nieve. Y más tarde llegaban a nuestra casa el cónsul y su mujer, acompañados a veces por el asesino, para hablar de mi hijo muerto y sus tormentos hasta

bien entrada la noche, momento en el que todos suspiraban y, encendiendo los faroles, se marchaban cada uno a su casa. Yo enviaba también al viejo Carso a la suya para continuar adentrándome en la noche y en mi amor. Al término de los siete días de duelo, un clarísimo y transparente día, subimos al monte de los Olivos a despedirlo rodeados de una gran multitud de parientes, de rabinos, del personal consular y de sus amigos ismaelitas, y vi, que en la cabecera de la tumba había quedado un pequeño pedazo de hielo blanquecino, como un terco resto del semen del muerto que hubiera irrumpido desde la tierra, y no pudiendo dominarme lo aparté de allí y me desmayé entre las lápidas como si yo también deseara la muerte. ¿Qué puede decirme, rabino?

Aunque persista, maestro, en su actitud de guardar silencio y me observe con los ojos cada vez más entrecerrados, debo seguir contándoselo. Sepa, Rabí Shabbetay, que caí en cama con unas fiebres altísimas y que aquella huérfana esposa y viuda me cuidó con gran aplomo, acierto y paciencia oponiéndose a que me llevaran al hospital de las monjas italianas y teniéndome en su casa ayudada por el cónsul, que me visitaba a diario llevándonos de los mejores productos del mercado y preguntándome por mi estado con las pocas palabras hebreas que conocía, todas muy sublimes y proféticas y cuyo marcado acento británico no hacía más que aumentarme la fiebre, de modo que Tamara se esforzaba por alejarlo de mí. Así fue transcurriendo el tiempo hasta que al término de los treinta días de duelo, Rabí Haddaya, pude levantarme, y ayudado por un bastón subí al cementerio para consagrar la lápida que ya le había sido colocada. Y cuando cantábamos el Señor misericordioso frente a las azafranadas murallas de la melancólica ciudad azotadas por el gélido viento jerosolimitano, supe con toda certeza, maestro y rabino, que habíamos logrado evitar el oprobio. En otras palabras, que éramos dos los que habíamos entrado en los treinta días del duelo y salíamos tres.

Es decir, que no era el fin de los Mani.

Y así, maestro y rabino, fue como empezamos a contar los meses de gravidez; los días se sucedían lentamente en Jerusalén, que luchaba contra los vientos del invierno que se abatían sobre ella desde la llanura costera por un lado y desde el desierto por el otro. Los habitantes de la ciudad suspiraban ya por el verano, aunque nadie sabía todavía qué plaga les traería ese año. Entretanto, todos se apiadaban de mi querido Yosef, que no podría conocer a su hijo, pero lo alababan por haberse preocupado de dejar descendencia. Nadie se extrañaba, pues, de que Tamara y yo estuviéramos siempre juntos, porque sabían que nos unía el nacimiento de aquel niño que manifestaba ya su presencia en el dulce y pequeño vientre de Tamara que todos bendecían. El cónsul, como el que más, se interesaba mucho por aquel vientre, e incluso le había asignado una pequeña dotación consular de un napoleón de oro que le entregaba cada primero de mes, y sin el cual nos habría resultado difícil subsistir a pesar de que yo me esforzaba por conseguir nuestro sustento con la venta de las especias que había llevado conmigo desde Salónica, que eran lo suficientemente fuertes como para seguir conservando su peculiar aroma, aunque las seguía mezclando con las locales, y que vendía en las horas que precedían a la oración vespertina ya fuera en el Suk el-Attarin o en el Suk el-Lammamin. Tamara permanecía sentada junto a mí. Su vestimenta negra resaltaba de tal manera la belleza de sus grandes y claros ojos, que la gente que pasaba creía ver dos luces repentinamente encendidas y volvían sobre sus pasos para comprobar su origen. Pues a pesar de que intentaba persuadirla, maestro y rabino, para que permaneciera en casa y no molestara a la criatura con el bullicio de las calles, ella se empeñaba en permanecer siempre conmigo, llevando con delicadeza y dignidad su vientre contra el viento sin que pudiera apreciarse en ella ningún signo de fatiga o malestar, de modo que incluso la afección ocular que la atacaba con regularidad no se le presentó ese año, como si el feto que llevaba en las

entrañas alejara de ella toda enfermedad, hasta el punto de que yo, en broma, lo llamaba doctor Mani, lamentando no ser yo el que lo llevara dentro para que me librara de mis dolencias. Y cuando llegó la primavera y hasta los viejos olivos del camino de Belén empezaron a brotar, no pude apartar de mí un repentino pensamiento: que aquella pequeña huérfana, esposa y viuda prematura, que era la viva imagen de su renombrada tía y que me seguía a todas partes, era lo suficientemente audaz e irreflexiva como para haberse enamorado un poco de mí, para compensar, probablemente desconociéndolo, aquel amor que me fue vedado en Salónica en el año 5592 de la Creación del mundo.

¡Maestro, rabino, no duerma, atiéndame! Le untaré un poco de este aceite para reanimar la carne aletargada y sus santos y entumecidos huesos. No dudo de las excelentes intenciones de doña Flora y de sus ayudantes, judíos o no, pero se diría que temen que usted se les deshaga entre las manos, señor, razón por la que lo han fajado como a una momia, paño sobre paño, hasta casi provocarle la asfixia, Dios no lo quiera. Vamos, así, a retirar sin escrúpulos hasta el último pañal, pues solo un fiel y viejo discípulo como yo, que conoce desde inmemorables tiempos este sólido cuerpo, no temerá causarle cierto dolor con el fin de curarlo. Así… y ahora este… por aquí también… Y ahora, Rabí Haddaya, quédese ahí tranquilamente tendido y escuche cómo fue que de simple visitante me convertí en residente y después en eventual amante en esa Jerusalén en la que se edifica sin cesar, Rabí Haddaya, no solo por nuestra parte, pero siempre y con la ayuda de Dios para nuestro provecho; mientras, el amor de la huérfana viuda me maravillaba y me sobrecogía porque, ¿qué porvenir podía esperarle? «Pues yo moriré pronto, niña mía», solía decirle cada atardecer mientras sentados a la mesa cenábamos nabo, tomate y *pitauntada* en aceite, y al otro lado de la ventana se hundía el sol y el muecín dejaba oír su triste llamada. «Compareceré ante Rabí Haddaya en Constantinopla para que me conceda matarme como Saúl, hijo de Quis.» Ella me escuchaba y callaba

abriendo mucho sus hermosos y claros ojos que se llenaban de lágrimas y posando unas manos temblorosas sobre su vientre, como si primero quisiera calmar al pequeño Mani para que no se asustara de las palabras de su abuelo que lo había sembrado allí saltándose toda una generación y que ahora amenazaba con no quedarse a la siega. Después se levantaba, bajaba a fregar los platos con el agua del pozo y regresaba, mirándome insistentemente, como si me hubiera dado tiempo a prepararme la soga, y pasar luego a hacer las camas, alimentar los candiles de aceite y sentarse a bordar con hilo rojo la blusa y la *takaica* del pequeño Mani, alzando de vez en cuando los ojos hacia el espejo que pendía ante su cama y ver así el que yo tenía frente a la mía y adivinar mis pensamientos. Y así fue, maestro y rabino, como de espejo en espejo empezaban a envolverme el temor y el amor hasta lograr debilitarme como una vela que se apaga. Entonces me dirigí a la azotea a despedir la última brisa del día que soplaba hacia el mar Muerto sobre los últimos faroles que se balanceaban por las callejuelas, y cuando descendía la encontraba despierta y sentada en la cama; incapaz ya de contenerse por más tiempo prorrumpía en un amargo llanto que yo me apresuraba a calmar, jurándole una y mil veces que no la dejaría antes del parto. Y aunque ella, maestro y rabino, confiaba en que aquella verdad volvía a unirnos, no sabía que tras ella se ocultaba otra verdad…

Ya ve con qué insistencia están llamando a la puerta, Rabí Shabbetay, porque quieren echarme de aquí. Pero no saldré sin que me haya sido dictada sentencia, aunque «su hijo Rabí Yishmael solía decir», así me lo enseñó usted, Rabí Haddaya, «quien se abstiene de juzgar se evita la enemistad». Y también decía: «Se nace para morir, se muere para resucitar, se vive para juzgar, para saber, para enseñar y para darse a conocer». Vamos, pues, a avivar un poco el fuego para caldear la habitación, descorramos la cortina y miremos el cielo que empieza a cerrarse sobre ese templo de ellos con todos sus santos, borrados sean sus nombres, mientras llegamos al final

de esta siempre única historia de dulce perdición que se repite hasta el infinito generación tras generación.

Y pronto, aprisa, porque el golpear en la puerta es creciente, maestro, y doña Flora y su gente no tardarán en forzarla. Ha llegado el momento, Rabí Haddaya, aunque sea precipitado, *tajsir, vite-vite, chabuk*, de llegar al final de esta historia, la del asesino, pues ya le he dicho, maestro y guía, que hubo una especie de asesino, o si lo prefiere, un *shojet*, un matarife, al que desde aquella primera noche se le veía entre los transeúntes de las calles de Jerusalén, junto a los pozos, merodeando por la plaza del mercado o atisbando por las puertas de la ciudad, destellantes las pupilas, sin pronunciar una palabra, saludando con un movimiento de cabeza y una pequeña reverencia, bajando la mirada y estremecido por un escalofrío. El corazón ansiaba encontrárselo en todo lugar, en la ladera de polvo calcáreo de Siloé o entre los olivos del camino a Efrata y, a veces, era tan fuerte el deseo que mis pies se deslizaban silenciosos hasta el consulado inglés, donde me encontraba con una de sus veladas literarias y me sentaba a escuchar a una dama inglesa cantar las alabanzas de algún lejano libro de amores, que nadie había leído ni nadie leería jamás, con el único fin de volver a mirar sin pronunciar una palabra las pupilas del que permanecía a la puerta y que llevaba grabado el recuerdo de mi pobre hijo, mi amado muerto que estaría ya pudriéndose en su tumba, Yosef, mi querido hijo único, que aquella maldita noche de nieve y sangre… ¿Quién habría podido, Rabí Haddaya, evitar seguirlo por las callejas para prevenir el ataque, que resultó ser una retirada, la provocación, que en realidad no era más que una huida del castigo y del dolor que imaginaba revolcándose en su cama como un puñal iracundo y a la vez paciente? Así fue como el matarife se unió al matarife, y a la luz de las antorchas de los peregrinos rusos que gritaban su fervor desde el enlosado suelo del Santo Sepulcro se encontraron los dos, el atribulado padre y el bigotudo y aristocrático amigo ismaelita, hijo del *sheij*, uniendo sus fuerzas para frenar la *idée fixe*, que de pura

pasión y orgullo estaba a punto de volverla contra sí mismo, pues en lugar de descubrir *judíos que habían olvidado que eran judíos*, él mismo iba a convertirse en ejemplo vivo para los más recalcitrantes incrédulos. Porque se había ido adentrando entre la multitud de peregrinos que se arrastraban enfervorecidos por la fangosa nieve, poniendo cuidado en no ser reconocido por alguno de los exaltados edomitas que pudiera delatarlo a los soldados turcos que rodeaban la plaza, mientras intentaba, o así lo creía yo, Rabí Shabbetay, olvidarnos a todos, olvidar Constantinopla, Salónica, a mí y a usted, maestro, como si hubiera nacido de aquellas mismas piedras o hubiera ascendido de las cisternas de agua hasta el zoco como un *ismaelita nuevopara* descubrir que no era más que un *olvidado judío* que quizá podría llegar a recordar… ¿pero qué?

En verdad, maestro, que no le falta razón al cerrar los ojos y contener la respiración por temor a oír el final de esta historia… Porque no menos temerosos, aunque aparentemente tranquilos, estuvimos pensando los dos, el asesino y yo, la forma de sacar a mi hijo de entre aquella congregación de fieles y devolverlo a su casa y a su cama; pero cuando finalmente nos llegamos a él y le quitamos el farol para que no le quedara más remedio que seguirnos, fue presa del pánico y emprendió la huida, de modo que los celebrantes, al vernos correr tras él, emprendieron también la persecución. Él corría por la desierta y larga calle de Tarik Bab-el-Silseleh con el manto al viento, y me parece que desde ese instante empecé a pensar en él como en un gran pájaro negro, una extraña ave a la que había que cortar las alas antes de que empezara a sobrevolar nuestras cabezas. Él seguía corriendo. Y por el manto de nieve que cubría Jerusalén entera y que hacía que todas las calles parecieran iguales, en lugar de tomar hacia su casa, hacia el barrio de los judíos, y entrar a través de la sinagoga Media hasta la de Rabí Yojanán Ben Zakkai, corrió hacia el frente sin torcer ni a derecha ni a izquierda, hasta llegar a la puerta de la ciudad llamada Bab-el-Silseleh; la golpeó un par de veces, y al comprender que se hallaba

cerrada no se detuvo a pensar sino que, como si la nieve no lo hubiera fatigado, se volvió hacia la izquierda, con aquel mismo correr ligero y despreocupado que más parecía un vuelo, y se dirigió a la siguiente puerta que es Bab-el-Matra, por la que entró a la desierta explanada de la gran mezquita de áurea cúpula que la nieve había coronado con unas frías canas. Resonaba todavía el eco de sus pasos cuando se encontró rodeado por los brazos de los adormilados guardas mahometanos que quizá también lo vieron como un ave negra que les había caído de las alturas, por lo que antes de que volviera a emprender el vuelo lo ataron con unas largas cintas de paño y lo sacaron de entre las columnas hacia la gran escalinata donde enseguida quedó impresa la huella del convulso cuerpo en la blanda nieve…

Maestro, rabino. Rabí Shabbetay. Excelencia. Rabino Haddaya. Maestro y guía. Shabetay-Hananiah. Hananiah-Shabbetay. Maestro… ¿será posible que…?

Al instante se vio rodeado de una multitud, porque el rumor había corrido de puerta en puerta por la desierta explanada, entre la cúpula plateada y la cúpula dorada, y de entre las columnas seguían saliendo más guardas adormilados, aunque esta vez ya no podía saberse si mi hijo los había sacado de su primer sueño o del último. Todos se apiñaban inclinándose sobre él para leer en sus ojos los imaginados castigos que les tenía deparados y que él suplicaba le infligieran ahora a él para probarles que era el primero en despertar y recordar su verdadera naturaleza. Y a pesar de que los guardas se habían dado cuenta de que el ser cuyo manto había quedado extendido sobre la nieve cubriendo algunos de los escalones ante ellos era un alma enferma, no creyeron, en su simpleza, que fuera además un alma atormentada, sino que sospechando que disfrutaba de su locura quisieron deleitarse también ellos y empezaron a hostigarlo haciéndolo rodar por la nieve, el brillo de un cuchillo oculto pasando de mano en mano. Y yo, mi maestro y rabino, seguía

sin cruzar la puerta, observándolo todo a cierta distancia mientras oía las esquilas de un rebaño extraviado, cuando, de pronto, el lucero del alba apareció diminuto y refulgente por oriente, y me quedé esperando, silencioso y desdichado, a que pasara la noche, para acercarme a él y tocar el último extremo de su terror, entre observador y matarife, para liberarlo de sus ataduras, porque tenía la convicción de que había depositado la simiente…

Veo, maestro y guía, que ahora su silencio se ha hecho verdaderamente profundo. ¿Será posible que haya partido?

¡Aguarde! Deseo acompañarlo en su marcha… Rabí Shabbetay Hananiah… deme una respuesta… ¡Por Dios, una respuesta…!

Hágame, aunque solo sea, una señal con la cabeza.

Sabré interpretarla, no necesito palabras…

¿Entonces?…

¿Quitarme la vida?

Sí… No…

Apéndices biográficos

ABRAHAM MANI. Abraham Mani no obtuvo respuesta a su pregunta, ni supo interpretar un fortuito movimiento de cabeza que hizo el rabino como afirmación o negación, porque llegados a ese punto de la conversación, a causa de la emoción que lo embargaba al haberse dejado llevar por el torrente de sus palabras, no pudo ya dejar de

reconocer el hecho de que Rabí Shabbetay Haddaya, al que había acudido en busca de un veredicto, había fallecido. Abraham Mani no llegó a saber jamás el momento exacto en el que el rabino había exhalado el alma, a pesar de que durante los años siguientes repasó una y otra vez aquella conversación intentando reconstruir cada instante y llegando incluso a escenificarla, interpretando alternativamente su propio papel y el del rabino, todo ello con el único propósito de poder llegar a dilucidar el momento preciso en que le había sobrevenido la muerte. Fuera como fuere, recordaba muy bien sus desesperados intentos, tan extraños como persistentes, por resucitar al rabino, esfuerzo que estuvo acompañado de los cada vez más insistentes y violentos golpes en la puerta, que acabó por ser derribada. Después de que un médico local, que había sido llevado urgentemente, hubo certificado la muerte del anciano rabino, una fuerte emoción embargó a todos los judíos de Atenas. A pesar de que aquella muerte estaba ya, por muchos motivos, más que anunciada, ello no supuso ningún alivio para los que se habían ocupado del anciano durante los últimos cuarenta días, y menos que nadie para doña Flora, que había mantenido la esperanza de poder seguir cuidándolo por bastantes años más. El dedo acusador se dirigió, como era de esperar, contra Abraham Mani, ya fuera en forma tanto de durísimas palabras o de miradas hostiles, como si su insistencia en acompañarlo, la emoción que había exteriorizado y el llanto hubieran provocado al anciano una conmoción tal como para empujarlo antes de tiempo a la muerte. Pareció, sin embargo, que Abraham Mani no se sentía afectado por esas acusaciones, pues sumido como estaba en su duelo y en el profundo dilema que seguía torturándolo de si quitarse la vida o si al hacerlo perdería su parte en el mundo venidero, se mantenía ajeno a toda murmuración.

De cualquier modo, Abraham Mani resultó ser la figura central de las ceremonias del entierro y del duelo. Aunque no era consanguíneo del difunto, se rasgó la ropa y pronunció el *kadish* junto a la tumba con voz potente y gran solemnidad. Los siete días del duelo

permaneció sentado en un cojín a los pies de doña Flora, como si fuera miembro de la familia, y disfrutando de las innumerables visitas que recibieron, entre las que se contaron también las de altos dignatarios griegos, políticos y religiosos así como de personalidades turcas que acudieron especialmente desde Salónica y Constantinopla; como él era el único que conocía al finado desde la época de las guerras napoleónicas en Rusia, llevaba además la voz cantante en todas las conversaciones relatando incontables anécdotas sobre el rabino.

Al término de los treinta días del duelo, cuando doña Flora se disponía ya a hacer el equipaje, Abraham Mani consideró la posibilidad de proponerle matrimonio, ya fuera para «cumplir la voluntad primigenia del rabino», como tenía intención de presentárselo a ella, o bien para reparar la afrenta que había sufrido a causa de «aquel rechazo». Mas finalmente no se atrevió a hacerle la menor insinuación, pues doña Flora, que manifestaba un manifiesto rechazo hacia él y lo trataba con suma frialdad, temiendo que fuera a seguirla hasta Constantinopla, decidió cambiar de rumbo marchando de Atenas directamente a la tierra de Israel para pasar un tiempo con su sobrina y el niño, pues lo que Abraham le había contado acerca de él la impulsaba a ir a conocerlo.

Temeroso porque pudiera descubrirse el secreto de su paternidad y porque a raíz de ello su situación se hiciera insostenible en Jerusalén, Abraham Mani decidió no salir tras los pasos de doña Flora. Regresó, pues, a su ciudad, a Salónica, para ver a su hija, a su yerno y a los dos nietos que de ellos tenía, preocupado todavía constantemente por la posibilidad de quitarse la vida y por el modo de hacerlo. Entretanto seguía de duelo por el rabino y recorría las sinagogas anunciando su muerte. Sentía además la imperiosa necesidad de subir los sábados al estrado de la sinagoga en el momento de la apertura del Arca Sagrada o ser el último en leer, para cerrar el libro de oraciones con un golpe seco que hiciera poner en pie a los fieles y obligara a los cantores a pronunciar completa en honor de Rabí Haddaya la oración de los difuntos, destinada a los

muy principales y que comienza con los siguientes versículos: «¿Dónde se hallará la sabiduría, y en qué lugar el entendimiento? Bienaventurado el hombre que haya encontrado la sabiduría y que logre descubrir la inteligencia. ¡Oh, cuán grande es tu bondad por haberte ocultado a los que te temen y servir de consuelo a los hombres!». Pero ni siquiera oraciones tan dramáticas lograron serenar su espíritu ni apartar su mente de la cuestión que más lo torturaba: si debía quitarse la vida por su gran pecado o si eso no constituiría un pecado todavía mayor. De ese modo inició una vida errante, como la que había sido del agrado de su maestro, intentando llevar a cabo un simulacro de «desaparición». En 1853 se dirigió a Damasco, desde donde le envió una breve carta a su hijo-nieto de cinco años en la que incluía un *conecero* que él mismo había compuesto lleno de alusiones. Pero tampoco en Damasco encontró sosiego, por lo que tras la guerra de Crimea, todavía en 1853, siguió camino hasta Iraq y se estableció en la zona en la que habían nacido su padre Yosef y su abuelo. Las últimas noticias que sobre él llegaron a oídos de su hija y su yerno en Salónica fue que vivía en una pequeña aldea llamada Dahaman, cerca de Midshakar, un puerto de la antigüedad que el aluvión había ido alejando del mar, ciudad en la que fue rabino y cantor. Se cree que, a pesar de sus constantes dudas, murió de muerte natural en 1860, año en que nació Herzl, o en 1861, año en que estalló la guerra de Secesión en los Estados Unidos de América. A su muerte contaba, pues, sesenta y uno o sesenta y dos años de edad.

FLORA MOLJO-HADDAYA. Doña Flora sufrió una fuerte conmoción por la muerte de su marido Rabí Haddaya. A pesar de la embolia que había paralizado parcialmente al anciano dejándolo sin habla, el viaje interrumpido y la precaria situación en la que se encontraban en aquella posada de Atenas que le causaba incontables molestias, halló doña Flora, que no había tenido hijos, un especial placer en dedicarse en cuerpo y alma al cuidado de su afamado y ahora impedido marido, que se había convertido, como

tan bien lo describió Abraham Mani, en un «venerable bebé». Cuando con ayuda del criado griego logró forzar la puerta candada y encontró a Abraham Mani brincando alrededor del cadáver del rabino, no pudo contenerse y prorrumpió en amargos sollozos y gritos de dolor, enfurecida contra Mani. Aunque enseguida se rehízo volviendo a recuperar su aristocrático porte, que mantuvo durante los siete y los treinta días del duelo, pasando a comportarse muy comedidamente con Abraham Mani, aunque solo fuera por respeto a su difunto marido. Porque en cuanto hubo finalizado la última ceremonia en el cementerio decidió cortar con él toda relación, y en lugar de regresar a Constantinopla decidió viajar a la tierra de Israel para visitar a su sobrina Tamara y sobre todo por el deseo de conocer al niño.

Regresó, pues, a Jerusalén, su ciudad de nacimiento, en la primavera de 1849, tras dieciocho años de ausencia, y fue recibida con verdadero aprecio y amor por todos sus conocidos. Se instaló en la antigua casa de sus padres, en la que le fue asignada la cama de su habitación de soltera, y el niño la llamaba «segunda abuela». El cónsul y su mujer, que acababan de inaugurar la iglesia Christ's Church con gran pompa y esplendor, se percataron enseguida de la finura y elegancia de la señora, «la tía de Yosef», y le tomaron un gran afecto, invitándola incluso a una velada literaria jerosolimitana en la que se debatió acerca de la recientemente publicada novela *David Copperfield*, a pesar de que los conocimientos de doña Flora de la lengua inglesa eran nulos.

Tamara, como es natural, no le reveló la verdadera identidad del padre del niño, y doña Flora, que se sentía muy feliz en su tierra natal, incluso se interesó, animada por varios amigos, por la posibilidad de llevar hasta allí desde Atenas los restos mortales de su marido Rabí Haddaya para poder enterrarlo solemnemente en el monte de los Olivos. Pero en 1853, en los días de la guerra de Crimea, llegó de pronto una carta de puño y letra de Abraham Mani que contenía un poema que había compuesto para su nieto y en el que parecía haber alusiones a un posible regreso suyo a Jerusalén.

Tamara, profundamente emocionada, fue presa de un gran temor, y después de muchas dudas y de padecer largas noches de insomnio, no pudo contenerse por más tiempo y terminó por revelarle el secreto a su querida tía. Doña Flora la escuchó horrorizada, y aunque pareció que aceptaba la nueva realidad empezó poco a poco a mostrar cierto rechazo por el entorno, incluida Jerusalén y la tierra de Israel. A finales de 1855, tras el terremoto de Jerusalén y las reyertas entre los griegos y los armenios en la iglesia del Santo Sepulcro, y después de participar en la inauguración de una nueva escuela para judíos que había construido el cónsul judío en Kerem Abraham, doña Flora marchó a Egipto, a Alejandría, ciudad en la que residían unos primos de la familia de su padre, Yaakov Moljo. No saliendo ya de allí, murió en Egipto, amargada y sumida en una profunda melancolía en 1863, a la edad de sesenta y tres años.

RABÍ SHABBETAY HANANIAH. Resulta difícil saber en qué momento de la conversación entregó el alma y si realmente Abraham Mani había estado hablando durante un largo rato con un cadáver. ¿Podía sospecharse acaso que su muerte fuera a ser tan inminente? Según parece, un médico griego local que había sido llamado en el otoño para un primer reconocimiento después de que el rabino hubiera sido bajado del barco, le dijo a doña Flora que él conocía personalmente en el barrio de Plaka, cerca de la Acrópolis, unos cuantos casos de ancianos que llevaban viviendo con ese tipo de parálisis desde hacía muchos años; pero podría suponerse que aquel pronóstico habría sido exagerado desde el primer momento por el optimismo de doña Flora. No obstante, no debe descartarse por completo la idea de que la entrada de Abraham Mani en la habitación produjera en el rabino una conmoción tal que llegara incluso a acelerar su muerte. ¿Estaba aún con vida cuando su antiguo discípulo, su querido *pesgado*, le formuló la última pregunta? ¿Intentaría encontrar en las tinieblas de su pensamiento alguna sentencia rabínica que mostrase cierta permisividad para con el suicidio? Y por último, a pesar de la fuerte emoción recibida, ¿fue

esta lo suficientemente grande como para causarle la muerte? ¿Habría sido posible retrasarla, si todo hubiera sucedido de otra manera? Ninguna de estas preguntas podrá tener nunca una clara respuesta. Es innegable que Rabí Haddaya sintió un gran temor cuando doña Flora abandonó la habitación y Abraham Mani echó de repente la llave a la cerradura y empezó a pronunciar su largo monólogo mientras lo despojaba de sus ropas y pañales. Por eso, no es de extrañar que los judíos que allí entraron cuando finalmente se forzó la puerta y que encontraron a Abraham Mani danzando y cantando alrededor del cadáver desnudo, con la pretensión de resucitarlo, se enfurecieran con él, aunque no por ello pusieran en duda las buenas intenciones de Mani.

CRONOLOGÍA DE LOS MANI

ELIYAHU MANI (1740-1807)

YOSEF MANI (1776-1820)

ABRAHAM MANI (1799-1861)

YOSEF MANI (1826-1848)

MOSHé MANI (1848-1899)

YOSEF MANI (1887-1941)

EFRAÍM MANI (1914-1944)

GABRIEL MANI (1938-)

EFRAÍM MANI (1958-)

RONI MANI (1983-)

ORDEN DE LAS CONVERSACIONES

PRIMERA CONVERSACIÓN:
Mashabei Sadé, 1982

SEGUNDA CONVERSACIÓN:
Heraclión, Creta, 1944

TERCERA CONVERSACIÓN:
Jerusalén, Palestina, 1918

CUARTA CONVERSACIÓN:
Jelleny-Szad, 1899

QUINTA CONVERSACIÓN:
Atenas, 1848